

BEATRIZ VELASCO

Elisa Rivas,

recuerdo de una historia velada

Trilogía
Mundo Elisa
Vol.1



*Elisa Rivas,
recuerdo de una historia velada*

Beatriz Velasco

© Beatriz Velasco Hernández
1ª edición, octubre 2019
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

BIOGRAFÍA
AGRADECIMIENTOS
SINOPSIS
INTRODUCCIÓN

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

BIOGRAFÍA

Beatriz Velasco nació en Palencia en 1977. Tras años de lucha a vida o muerte con las Matemáticas, la Física y la Química, consiguió estudiar letras puras en el instituto y, poco después, cursar estudios de Historia en la Universidad de Valladolid. De poco le sirvió todo esto, porque un curso antes de acabar la carrera, la dejó para seguir su sueño de ser independiente en A Coruña, donde fijaría definitivamente su residencia.

Apasionada de las letras, empieza a escribir con apenas ocho años poemas y relatos cortos. En 1989 termina su primera novela “*El azul del mar*” (que descansa en un cajón de su habitación), donde narra la vida de una mujer gallega (curiosidades de la vida... o no) que espera con nostalgia el regreso a puerto de su marido pescador.

No ha dejado de escribir desde entonces en los cientos de cuadernos que siempre tiene a mano, hasta que una noche de invierno de 2018, la protagonista de su primera novela publicada, la levanta de la cama para que se anime a escribir de manera más profesional.

Si quieres saber más sobre ella puedes seguirla en instagram @nervea4, donde va actualizando todos sus trabajos.

Para todas aquellas personas con ganas de volar, de aprender, de dejarse sorprender y de abrirse a las posibilidades.

Para Maite, por dejarse la piel en esto.

AGRADECIMIENTOS

Confieso que hasta que no empecé a escribir nunca me había parado a leer los agradecimientos. Pensaba que solo tenían interés para los conocidos del escritor. Poco podía imaginar que, en realidad, nos daban pistas de cómo ha sido su trabajo e incluso, en ocasiones, pueden mostrarnos parte de su arraigo más personal. Por eso he querido arriesgar y ponerlos al inicio.

Voy a intentar, en pocas líneas, agradecer a todas aquellas personas que, de una u otra manera, me han ayudado a salir de mi zona de confort y me han dado los ánimos necesarios para emprender este camino.

Gracias a Darío, por darme el tiempo y espacio necesario para poder dedicar todas las horas posibles a esto. GRACIAS por respetar y no juzgar esos momentos de ausencia.

Gracias a mi madre, hermanos, sobrinos, cuñados..., gracias por animarme a seguir adelante.

Gracias a mi correctora Maite porque, sin comerlo ni beberlo, se vio envuelta en un trabajo mucho más que tedioso. Aunque bueno... ya lo dice el refrán... *“la curiosidad mató al gato”*, tú ya me entiendes. GRACIAS por tu profesionalidad, ha sido un placer trabajar contigo.

Gracias, como no, a mis fieles e incondicionales amigas, las de siempre, las de toda la vida: Bea, Bianca, Dori y Laura, que me han inspirado, animado y soportado. Gracias por contestar siempre con el emoticono sonriente. Gracias por hacerme reír, por encontrar siempre un hueco para quedar conmigo cuando estoy por allí. GRACIAS, AMORES, queda pendiente ese fin de semana en una casita rural a mitad de camino. Fijo que volveréis a inspirarme.

Gracias a mis compañeros de facultad, (a los que, por cierto, hace mil años que no veo aunque con las redes sociales se logre suavizar un poco más el paso del tiempo), porque nuestras experiencias juntos me han servido de mucho para contextualizar la vida de nuestra protagonista. Gracias por prestarme anécdotas, vivencias, recuerdos... Gracias a vosotros, me ha sido mucho más fácil entender a Elisa.

Gracias a Abril Camino, por ayudarme a darle forma a esto que, durante un año, no ha sido más que un documento de texto en mi ordenador.

A Alexia Jorques, mi diseñadora gráfica.

A tí, lector, por interesarte y darle una oportunidad a esta novela.

Y mi último agradecimiento, aunque suene raro, quiero dárselo a Elisa Rivas. ¿A Elisa? ¿Pero no es un personaje de ficción? Sí, es un personaje imaginario que me ha gritado tan fuerte, pero tan fuerte, que no he podido hacer otra cosa que sentarme a escribir lo que quería decirme. Ha roto todas y cada una de mis barreras. Me ha levantado de la cama a las tres, cuatro y cinco de la madrugada para demostrarme que, cuando uno hace algo que le entusiasma, no hay esfuerzo, no hay trabajo. Me ha enseñado a ser paciente, a no correr, a establecer tiempos. Me ha demostrado que puedo ser un poco más libre y romper determinados tabúes impuestos por una educación demasiado tradicional. Porque sí, venga, lo admito, para mí no ha sido fácil describir según qué escenas, pero después de haber intentado suavizar algunos detalles de su vida “más íntima”, Elisa de pronto se calló y volvió de repente otro día gritándome aún más fuerte que la primera vez : *“¡o lo escribes como te lo estoy contando o no lo escribes!”*

GRACIAS, Elisa, gracias por abrirme la puerta a las posibilidades.

SINOPSIS

¿Cómo lograr alejarse de un abuelo manipulador que tiene programado tu futuro junto a él en su bodega? Esta interrogante acompañará durante mucho tiempo a Elisa que luchará sin descanso por hacerse con el control de su vida. Tras varios traspies de juventud, será en la universidad donde Elisa reiniciará una nueva etapa.

Estudiosa, organizada y enigmática, Elisa nos conducirá por los pasillos de su facultad donde seremos testigos de una apasionante historia de amor secreta que nos envolverá en la magia de ese primer amor imposible de olvidar.

“Elisa Rivas, recuerdo de una historia velada.” es la primera novela de la trilogía “Mundo Elisa” (#mundoElisa), donde iremos descubriendo la personalidad de cada uno de los tres protagonistas y la relación que les une.

INTRODUCCIÓN

Si tuviera que elegir el momento más duro y difícil de mi vida, quizá tendría que volver a aquellos años de universidad. El simple hecho de recordar retuerce mi estómago de tal manera que, a veces, siento dificultad para respirar y es que, a pesar de los años, hay vivencias que permanecen adheridas a nuestra alma. No es fácil olvidar cuando tus recuerdos te golpean constantemente haciendo de tu día a día una continua lucha por mantenerte a flote en una rutina que sientes que no es la que te corresponde. A pesar de que tu vida se dibuje perfecta a vista de todos, percibes que tu yo más interno se mueve en paralelo a esa monotonía que llevas de la forma más corriente y natural posible.

No. Yo no soy la persona que todos los que me rodean creen conocer. Me niego a olvidar, me niego a dejar atrás todos aquellos sentimientos, me niego a permanecer resignada a esta lucha que se mantiene en mi interior haciéndose cada día más presente y dificultando por momentos mi trabajo, mi relación, mi vida...

No. No puedo seguir obviando todas estas emociones, cerrar los ojos y hacer como que nada ha pasado, como que todo sigue igual. No. No, porque el volver a pisar aquellas aulas de manera improvisada me ha removido de tal manera que ya nada va a volver a tener la misma forma.

Mi trabajo, que me apasiona y ha sido el motor de mi vida estos últimos años, ha hecho que vuelva al origen... A donde todo empezó.

Y es que, a pesar de que aquel año fue tremendamente duro, es el único que reconozco como propio. El único en el que Elisa Rivas pudo ser ella misma, inocente, insegura, apasionada y, sobre todas las cosas, enamorada.

Hoy necesito parar mi mundo y recordar. Necesito pensarle, aunque te haga daño. Hoy no puedo seguir adelante si no recuerdo, si no me doy esta tregua.

Quien dijo que el tiempo lo cura todo no debió amar en su vida. El tiempo no cura... Adormece...

I

"A ver... la carpeta, unos folios, bolis, el móvil, la cartera... Vale, yo creo que lo tengo todo. ¡Mierda! ¡Las llaves! ¿Dónde narices he puesto las llaves?" Tranquila, si yo estaba tranquila, solo que perdí como unos diez minutos en buscar unas llaves que tenía en las manos... A ese tipo de tranquilidad me refiero.

No era la primera vez que me enfrentaba a un primer día de clase. Lo había hecho muchas veces en el instituto y mucho más difícil fue el año que tuve que enfrentarme sola al inicio del curso en la academia de baile de Londres... No sé a qué venía tanto desasosiego si yo estaba tranquila; aunque, bueno, lo cierto es que no daba pie con bola.

Me reí de mí misma cuando descubrí que tenía las llaves en las manos y fue en ese preciso instante en el que decidí frenar un poco antes de salir de casa. "Elisa, tranquilízate... Si sales de casa con esta energía, no va a salir nada bueno de aquí. Bebe agua y respira. Es solo el primer día de clase..."

Venga, va... Ha llegado el momento de asumirlo. Estaba nerviosa. Y lo estaba porque ese momento era mucho más que un comienzo de curso: significaba el comienzo de una etapa, de una nueva vida, el punto de inflexión que me permitiría volver a mis orígenes, a lo que yo era. Quería borrar de una vez por todas aquellos dos años encerrada en la bodega de mi abuelo y quitarme de las entrañas ese olor a vino añejo que desprendía aquel lugar.

Aún recuerdo la cara de espanto que puso mi abuelo cuando le conté la fantástica idea de estudiar Historia. Como era de esperar, él tenía otros planes para mí; y no es que no quisiera que estudiara, claro que quería, pero lógicamente él había pensado en otra carrera más... —digamos— acorde con sus expectativas para mi futuro en su bodega. A pesar de todo, y después del susto inicial, decidió ayudarme en todo lo que fuera necesario. En realidad prefería aquello a verme descontrolada con su empleadoacabándonos en su bodega las botellas de vino en las que tanto esfuerzo había invertido.

Una vez encontradas las llaves —como si alguna vez las hubiera perdido

— me marché de casa. En un primer momento pensé en ir andando: no me llevaría más de veinte minutos —mi abuelo había elegido muy bien la ubicación del apartamento cuando me lo compró— pero, a pesar de ser septiembre, el calor apretaba con fuerza en Valladolid y no me apetecía llegar roja como un tomate mi primer día de clase. No es que fuera excesivamente presumida, de hecho no me interesaba lo más mínimo la moda, casi siempre vestía con básicos. Aunque eso no quería decir que me pareciera bien llegar con el rímel corrido por el sudor, el pelo pegado en la cara y un sonrosado demasiado natural que seguramente iría acompañado con alguna que otra gotilla de sudor. No, gracias. Así que opté por coger el bus y, como llegaría con tiempo más que suficiente, me daría una vuelta por la facultad para inspeccionar bien el terreno.

Cuando pisé por primera vez las escaleras de la entrada, sentí un hormigueo por todo mi cuerpo. Miraba todo expectante: cómo la gente iba de un lado para otro pareciendo conocer perfectamente el terreno, cómo algunos se saludaban con entusiasmo, otros miraban los tabloneros de anuncios, muchos en la cafetería, otros apostados en las puertas de las clases esperando a que llegara el profesor... Me sentí pletórica. Yo formaba parte de todo aquello y en breve me encontraría, como toda aquella gente, hablando en grupo con mis compañeros esperando para entrar en clase...

—Hola, ¿buscas el aula de Antropología? —me preguntó una tímida vocecilla que salía de un pequeño cuerpo tembloroso que respondía al nombre de Úrsula.

Enseguida noté su imperiosa necesidad por formar tribu ante esa inmensa vorágine de estudiantes que ya empezaban a colapsar los pasillos.

—Pues, sí... es la primera asignatura que aparece en el horario de Historia.

—Ya... es que te vi cogiendo ese horario y por eso me atreví a preguntarte. Yo ando un poco perdida... Acabo de llegar y no sé muy bien por dónde puede estar el aula. Me llamo Úrsula.

—Yo Elisa, encantada, si quieres vamos a buscar el aula juntas. Ya llevo un rato dando vueltas y creo que está por aquí cerca.

Al llegar a la clase vimos que ya había mucha gente esperando en el pasillo y, cuando el chico que estaba apoyado en la puerta nos dejó pasar, vimos que dentro también había bastante. Úrsula y yo decidimos quedarnos y coger un sitio en la primera fila.

—Buenas tardes... Vayan entrando, por favor...

Ahí estaba nuestro profesor, mi primer profesor de la carrera... Al levantar la vista y verle, el corazón se me aceleró, los engranajes de mi nueva vida ya empezaban a ponerse en marcha. Aquel hombre debía rondar los sesenta años, tenía una mirada afable pero su gesto era serio y un tanto distante. Era tal cual me lo había imaginado, el típico profesor de Historia algo mayor y con mucha sabiduría a sus espaldas. Respiré hondo mientras me giraba para hacer de ese momento un recuerdo y para mirar aquel aula llena de gente que me pareció enorme (perspectiva que, con el paso de los meses, se transformaría en psss... más bien mediana tirando a pequeña). Cuando iba a girarme de nuevo para atender al profesor, me topé con la sonrisa infinita del compañero que tenía sentado detrás y entendí que, en aquel aula, encontraría grandes amigos.

—Parece un buen profesor, ¿verdad? —me dijo Úrsula nada más acabar la clase—. Yo me esperaba un tipo más serio cuando le vi entrar. ¡Ja, ja, ja!

—Pues sí, la verdad yo también creí que sería más serio, pero veremos cómo da la asignatura. A ver si le podemos seguir bien.

Lo cierto es que estaba deseando empezar el curso con normalidad porque, una de las cosas que más me ha descrito siempre, es que me encanta la rutina: eso y estudiar. Visto mi agenda de cientos de colores para tener un control total y absoluto de mis horas de estudio. Por eso necesitaba que empezaran las clases, para planificar mis horarios.

No tuvimos que esperar mucho para que todo se normalizara, exactamente hicieron falta veinticuatro horas. Al día siguiente los profesores empezaron a impartir sus clases con total normalidad, como si los pobres novatos recién salidos del instituto (los afortunados, porque yo llevaba dos años sin coger un solo apunte) estuviéramos acostumbrados a tomar anotaciones como alumnos de cuarto. Así que no era extraño encontrarte en los apuntes, cuando los repasabas en casa, con la anécdota del perro del profesor que se había comido la fotocopia que nos quería entregar ese día. Detalles nimios que fuimos puliendo con el tiempo consiguiendo, poco después, ser unos verdaderos expertos en coger apuntes.

La vida en la universidad era muy dinámica: unos que entraban, otros que salían... las clases, que al principio estaban llenas, fueron vaciándose para llenar cafeterías y pasillos... La variedad de personas y edades en una misma clase hizo que me relajara en el mismo instante en el que pisé en el aula. Porque sí, he de admitirlo, una de las cosas que más nerviosa me ponía era pensar que yo sería la abuela de la clase. Por norma general todo el mundo

empezaba la universidad con dieciocho años, pero yo, después de casi dos años en Londres y los dos encerrada en la bodega de mi abuelo, empecé la carrera con veintidós años y me sentía demasiado mayor... ¡Con esa edad muchos la estaban acabando! Ahora, al recordarlo, me da la risa... muy mayor, me sentía muy mayor con veintidós años... qué locura...

Como digo, todo se normalizó más pronto de lo que me esperaba y en seguida la ansiada rutina se apoderó de mi vida. Fueron pasando las semanas y ya todos estábamos más que habituados a ese nuevo escenario en el que pasábamos muchas horas al día. Así que, poco a poco y de forma totalmente natural, empezamos a formar pequeños grupos en los cambios de clase, casi siempre coincidiendo con los compañeros que teníamos sentados al lado. Las típicas conversaciones de clase fueron dando paso a otras más personales en las que ya dejábamos ver nuestras inquietudes, miedos y formas de pensar.

Así empezamos a formar un grupo que ni los años ni las circunstancias pudieron segregar. Úrsula y yo estuvimos juntas desde el primer momento. Después, en los días sucesivos, empezamos a hablar con las chicas y chicos que teníamos al lado y, sin darnos cuenta, nos unimos seis personas totalmente diferentes cuya diversidad no haría otra cosa que unirnos más.

Úrsula, discreta y reservada, nos daba la calma y serenidad que muchas veces necesitábamos. Nunca juzgaba ni aconsejaba, pero sus palabras te llegaban justo cuando más lo necesitabas.

Pedro... Pedro Salvador fue mi gran amigo, mi aliado, mi favorito... Siempre bromeando. Nos sacábamos de quicio el uno al otro muchas veces, pero aquello era lo que a la vez más nos unía. Nos conocíamos, nos mirábamos, nos entendíamos... Pedro Salvador... Jamás un apellido tuvo tanto significado...

Sonia representaba la cruda realidad. En su cabeza no había lugar para la imaginación. Todo era tal cual, sin interpretaciones ni suposiciones. Y, a pesar de que pudiera parecer muy terca, en realidad era una gran cómica que se reía de su propia sombra.

Olivia era guapa y atractiva, sabía jugar con eso. Dicharachera, risueña y sobre todo una gran persona a la que jamás vi enfadada. Sus continuos piques con Pedro me hicieron sospechar, en más de una ocasión, que estuvo enamorada de él, pero eso nunca me lo llegó a confesar. Raúl era el inconformista, siempre peleando por los derechos de la gente, por lo que él creía que era justo. Muchas veces me pregunté si no se habría confundido de carrera: siempre metido en un montón de asuntos, pero, eso sí, con su guitarra

auestas.

Y yo, que era unos años mayor que ellos y que venía con una historia a mis espaldas de la que poco a poco quería desprenderme.

II

Antes de empezar la universidad, mi vida en el instituto transcurrió sin demasiadas complicaciones. Me gustaba estudiar y salir poco de fiesta por lo que nunca tuve problemas en superar los cursos con buena nota. Además, mis años de *ballet* me habían otorgado una disciplina muy poco propia para una chica de mi edad que supe aprovechar para gusto de mi familia. Las complicaciones surgieron una vez acabados mis estudios. El ansia de mi abuelo por que trabajara en su bodega hizo que cogiera el dinero que nos había dado a cada uno de mis hermanos cuando acabamos el bachillerato y me fuera lejos de su poder y mando.

La relación con mi abuelo siempre fue un tanto difícil. A él le encantaba tener el poder absoluto sobre la vida de todos y a mí, no me gustaba que me controlasen, así que cada vez que estábamos juntos saltaban chispas.

Manipuló la vida de mi padre que no tuvo opción de elegir y, con 14 años, empezó a trabajar en la bodega sin otra alternativa. Silenció la voz de mi madre ante su negativa a los muchos planes para nuestra vida. Al menos, ella tuvo la suerte de ver como cuatro de sus hijos volaron lejos para desentenderse del futuro que nos había planificado mi abuelo y, a pesar de la distancia, pudo sentirse feliz al saber que sus hijos hacían su vida sin ningún tipo de manipulación. Conmigo, la mujer sufrió un poco más: al ser la pequeña, tuvo que escuchar mil veces el proyecto de vida que mi abuelo me tenía planeado. Cuando decidí marcharme a Londres para seguir estudiando *ballet*, ella vio las puertas abiertas y me alentó fervientemente a que lo hiciera pese a la pena que le daba separarse de mí.

Superar las pruebas de acceso al The Royal Ballet School era prácticamente imposible. Eran cientos de solicitudes las que les llegaban y de jóvenes muy preparados. Yo sabía que tenía aptitudes para superarlas, pero los nervios y la presión podían hacer mella en mí. Mi concentración y disciplina me ayudaron a superar los nervios y, algún tiempo después de hacer las pruebas, me llegó la ansiada solicitud de “ADMISIÓN”.

Estaba admitida en una de las diez mejores escuelas de baile del mundo. Se abrían las puertas a un futuro soñado. Habían sido muchos años de preparación, mucho sacrificio para una niña, pero al fin me vería recompensada por tanto esfuerzo y podría no solo cumplir un sueño sino alejarme de las garras de mi abuelo.

Mi madre enloqueció de alegría cuando recibimos aquella carta. Podría alejarme de ese trabajo en la bodega que tanto tiempo había estado esperando por mí y, sobre todo, podría hacer lo que más me gustaba en el mundo : bailar.

No se alegró tanto el que supuestamente tenía que sufragar los gastos de aquella aventura y el que, durante años, había insistido para que trabajara con él. "¿Qué era eso de bailar? ¿Estábamos locos? Eso era una fantasía de niña, ya era hora de que estudiara algo como Dios manda para poder continuar con su negocio y dejarme de películas en mi cabeza".

—Eres una desagradecida, Elisa. No sabes la suerte que tienes de tener un negocio en el que *invertir* tu vida.

—*Hipotecar* más bien, abuelo.

Aquello era un continuo enfrentamiento que me alejaba cada día un poco más de mi sueño, ya que con la beca que me habían concedido, no tendría suficiente para sufragar todos los gastos de academia y residencia. Pero mi madre, por primera vez en su vida, se enfrentó a su suegro y peleó con todas sus fuerzas para que mi sueño siguiera adelante.

Me sentí tremendamente culpable del ambiente que había creado en casa: mis padres enfrentados por aquella discusión con mi abuelo, mi abuelo exageradamente ofendido y yo, en medio, pidiendo limosna para poder conseguir llevar a cabo aquella aventura.

Ante la reticencia de mi abuelo a sufragar los gastos, mi madre, en poco menos de un mes, consiguió empleo en una oficina y dedicó aquel sueldo íntegro a pagar mis gastos. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de que volara lejos de aquel hombre manipulador.

Aquella situación de locos me marcó bastante. El sentimiento de culpabilidad al que me enfrentaba cada día minaba la ilusión por aquel proyecto. Empezaron a surgir dudas e inseguridades que desencadenarían más tarde en una serie de traspiés que acabaron por truncar mi futuro como bailarina.

Cuando ingresé en la academia, el ambiente era extremadamente rígido. Nada podía dejarse a la improvisación. El nivel de aquellos bailarines era

máximo y yo me sentía muy pequeña al lado suyo. No se me ocurrió pensar que, si estaba admitida en aquella escuela, era porque quizá yo también tenía potencial. Al final, el estado de angustia que venía arrastrando desde casa unido a aquella nueva experiencia a la que me enfrentaba fueron creando una enorme y terrible sensación de debilidad. Sentimiento que por otra parte me era totalmente desconocido. Tuve, no solo que asumirlo, sino también entenderlo y perdí demasiado tiempo enredada en mis inseguridades.

La rutina en aquella escuela era muy estricta y el agotamiento fue máximo. Estuve muchos meses intentando dar lo mejor de mí, pero aquello no parecía ser suficiente.

Mientras, el ambiente en casa se había relajado. Mi abuelo acabó cediendo y aceptando pagar aquella formación viendo que su hijo, al tener problemas en casa, no rendía demasiado bien en el trabajo. Ese era mi abuelo, todo bondad y altruismo (bueno, en este punto he de aclarar que en realidad es mi rabia la que habla). Años más tarde podría reencontrarme con la verdadera cara de mi abuelo.

Mi madre dejó aquel empleo presionada por su suegro, quien le alentó a desempeñar el mismo puesto en su bodega. Había estado muchos años insistiendo para que trabajara con él, pero ella lo había rechazado en innumerables ocasiones para evitar que el control sobre nuestra familia fuera completo. Al final, y bajo presión, tuvo que aceptar. Al menos así, aseguraba que sus hijos estuvieran lejos de su alcance.

Mientras tanto yo empecé a caer en un pozo sin fondo. Cada vez con menos fuerza, cada vez con menos ilusión, me enfrentaba a las clases sin mucho éxito. El punto de inflexión en mi carrera fue una lesión que arrastré desde el principio, pero que no quise comunicar a los profesores por no sentirme, si cabe, más pequeña. Aquello acabó desencadenando en una lesión del ligamento cruzado. No llegó a haber rotura por lo que no hizo falta cirugía, pero sí mucho tiempo de reposo que yo no estaba dispuesta a asumir y creo que la academia tampoco. Me negué voluntariamente a recibir asistencia ante el miedo de que se lo comunicaran a mis padres y así, sin avisar a nadie de mi familia, decidí buscarme un piso de estudiantes y abandonar la academia y la residencia poniendo punto final a mi carrera como bailarina.

Fueron meses muy oscuros a nivel emocional, cada vez me sentía peor, estaba empezando a notar el fango de la vida y aquel clima londinense tampoco ayudó demasiado. Encerrada en aquel piso sin apenas poder mover la pierna, fueron pasando los días viendo cómo mis compañeros se

emborrachaban día sí, día también. Poco a poco fui sucumbiendo a los "encantos" del alcohol. Mis compañeros, que cada dos por tres organizaban fiestas, me ofrecían de sus copas para animarme un poco. No debía ser plato de gusto verme allí lisiada sin poder moverme.

Así, de la manera más tonta, empezaron los años más oscuros de mi vida.

Las fiestas en el piso fueron aumentando y, a medida que el alcohol iba entrando en mi cuerpo y mostrándome sus "bondades", yo me sentía más segura. Empecé a levantarme poco a poco y a moverme de aquí para allá mientras la juerga empezaba a descontrolarse demasiado. Bebida y drogas circulaban por el salón como si de agua se tratase. Aquel piso, cada noche, se convertía en una auténtica discoteca por la que pasaban centenares de personas que jamás llegué a conocer. No me importaba nada. Me creía fuerte cuando el alcohol corría por mis venas. Jamás creí que pudiera llegar a tener aquella relación con el alcohol. Yo, que desde bien pequeña me había criado con el olor rancio a vino añejo y que lo aborrecía hasta límites insospechados, me encontraba vencida por aquel líquido apestoso que aletargaba mis sentidos.

En aquellas fiestas todo el mundo bailaba desatado, sin prejuicios ni mucho sentido, claro. Mis compañeras de piso se arribaban insinuándose al primero que pasara cerca sin importarles nada en absoluto, y cuando digo nada, me refiero a sus parejas, que hacían lo mismo en el lado opuesto de la habitación. James, el novio de una de ellas, no veía todo aquello con buenos ojos y una de aquellas noches de fiesta se acercó a mí creyéndome más responsable que toda aquella gente, incluida su novia. Se equivocó de pleno.

—Elisa, tú que pareces la más sensata de todas, por favor, pon un poco de freno a la cosa...

Pero la sensatez no era una de mis mayores virtudes en aquella época y, al contrario de lo que me pidió, empecé a bailar delante de él tan descaradamente como hacía su novia (¡pobre James!). Ella nos miraba desde lejos y sonreía. James me miró un tanto sorprendido y reculó dando un paso hacia atrás. No le permití que siguiera haciéndolo. Fui acercándome a él, lento y cada vez de forma más sensual, hasta que le agarré por el cuello. Me giré y empecé a bailar de forma insinuante (lógicamente olvidando mis años de danza), rozando mi trasero con su cuerpo. El rechazo que mostró al principio pareció ir disminuyendo al notar mi pompis danzarín frotándose contra su entrepierna.

—Elisa... Creo que no deberías seguir así... Corres el riesgo de que

quiera besarte...

Haciendo caso omiso a su comentario, agarré una copa de... algo con mucho alcohol que nos dio alguien que pasaba por allí y se la ofrecí.

—En ese caso creo que esto te dará el valor que todavía no tienes...

Alice, su novia, que nos miraba desde el otro lado de la habitación, se acercó hasta nosotros de la mano de su "nuevo amigo".

—¿Te gusta, James? Si quieres te la presto esta noche —le dijo.

"Te la presto esta noche... Dios, Elisa, vuelve...", pensé sin querer detenerme demasiado en aquella reflexión.

James, que seguía mirándome, dejó el vaso de aquello que le ofrecí no sé muy bien dónde y me siguió el juego. Creo que fue debido a los celos que sentía por su novia, aunque tampoco he de desmerecer los frotamientos de mi trasero. Me agarró por la cintura y empezó a bailar al ritmo del reguetón machacón que llevaba toda la noche sonando. No tardé en notar un abultamiento a la altura de su bragueta y mi movimiento se hizo más rítmico con la clara intención de provocarle. Me giró hacia él y me besó atropelladamente, sin mucho tino. A los 18 años, y bajo todo pronóstico, me estaban dando el primer beso de mi vida. Un beso sabor a alcohol, vacío y sin ningún sentimiento, salvo el que le provoqué en su entrepierna. La desilusión inicial no consiguió apaciguar el desenfreno provocado por aquel líquido infernal, que muchos insistían en llamar ron a pesar de mis serias dudas, así que me dejé llevar sin demasiados remilgos. Su lengua, demasiado húmeda y áspera, buscaba la mía sin encontrar un punto de unión. Ambas parecían ir por libre con miedo a encontrarse y rebuscaban, entre una y otra boca, un hueco lo suficientemente grande para poder escapar. Sus manos empezaron a buscar, sin mucho acierto, la tira de mi sujetador y, ante la mirada y risillas de los que nos rodeaban, nos arrastramos hasta mi dormitorio para allí dar rienda suelta a lo poco que nos quedaba de imaginación.

James era un buen tipo al que, como a mí en otra época, no le gustaban demasiado las fiestas, pero en aquella noche en la que sucumbió al poder del alcohol, su saber estar quedó reducido a la mínima expresión. Sentados en la cama empezamos a quitarnos la ropa como si nos quemara en la piel. James me besaba por todo el cuerpo con prisa, intentando desahogar su pasión, aunque yo diría más bien su rabia. Estábamos a punto de entrar en faena, cuando Alice entró con su nuevo amigo. Sus rostros mostraban un deseo enfermizo, deseo por cualquier cosa que hubiera estado delante, y ahí estábamos nosotros... Se detuvieron en la puerta y Alice, mirando a James,

empezó a besar a ese chico con el que iba. James, movido por una mezcla de celos y morbo, hizo lo propio conmigo que me dejaba hacer encantada... bueno... más bien algo ida... Poco a poco se fueron acercando hasta que los cuatro estuvimos en la misma cama. Alice besó a James, que le devolvió un beso bien distinto a los que me había estado regalando a mí. El otro chico vio la oportunidad de besarme en ese corto período de tiempo, pero ante mi reticencia, fue James el que volvió a besarme esta vez, mucho más calmado, con mucho más deseo que antes. Le devolví el beso de la misma manera y empecé a sentir un cosquilleo en mi parte baja que hasta entonces no había notado. Aquello me encendió y quise volcar todo mi deseo en James que me ofrecía su cuerpo receptivo. Alice, con una media sonrisa en la cara, cogió la mano de su novio y me la puso en mis partes. James, con una habilidad asombrosa, llegó directamente al lugar exacto que me hizo gemir involuntariamente. Mientras él seguía moviendo su mano dentro de mí, Alice le empezó a besar a la vez que acariciaba el miembro de su acompañante. Aquella imagen provocó en mí un deseo desconocido al notar los besos del otro chico en mi boca, algo que jamás imaginé empezó a ser una realidad en aquel mismo instante.

Lo que pasó aquella noche no es difícil de imaginar... Fue la primera de muchas noches de desenfreno. En esa situación de noches de fiesta y mañanas de resaca, estuve al menos un año y medio. Dejé de comunicarme con mi familia, apenas les llamaba. No. Miento... No volví a llamarles en todo el curso. Me molestaba ver sus llamadas en el móvil. Quería que me dejaran en paz, quería sentirme libre y desaparecer, a pesar de que cada día, y sin poder evitarlo, me estaba volviendo más presa de lo que tanto odié siempre: el alcohol.

No recuerdo en qué momento acabó todo aquello, tan solo aparece en mi memoria la imagen de una sala blanca de hospital y a mi abuelo gritando a mi madre, haciéndola responsable de todo aquello. Estuve casi de una semana ingresada sin saber muy bien el motivo. Había tocado fondo. Estuve llorando cerca de quince días seguidos intentando recomponer los pedacitos que quedaban de mí. Volvimos a casa. No me hicieron demasiadas preguntas acerca de qué hacía en aquel piso de estudiantes y de qué había pasado con la academia. Tiempo después les explicaría lo de mi lesión, pero obviaría otras muchas cosas más... Me llevaron a la finca de mi abuelo a ver si el sol, la naturaleza y la tranquilidad conseguían recuperarme de aquel pozo en el que me había metido sin mucho sentido. Mi abuelo se empeñó en dejarme allí

trabajando con él y mi madre, ante la sensación de culpabilidad tan grande que tenía por todo lo que había pasado, accedió sin miramientos. En aquel momento yo no tenía fuerzas para rebatir, así que asumí mi castigo o mi destino, sin dar demasiada guerra.

Después de unos meses sosegados en la finca recuperando fuerzas, empecé a trabajar con él. Al principio me buscó un trabajo junto a mi madre en la oficina, ayudándola en tareas fáciles de archivos, pasar documentación, recibir llamadas... Pero rápidamente mi abuelo vio que aquello no debía ser suficiente castigo, así que decidió llevarme a las viñas. Aquel no fue mi peor trabajo, era muy duro sí, pero me gustaba aquel contacto con la naturaleza, aquella delicadeza con la que había que tratar las uvas... Lo peor fue que, viendo lo pronto que me adapté a aquel trabajo, mi abuelo creyó que necesitaba más mano dura, y entonces me llevó al proceso de fabricación. Aquel olor a vino me revolvió las entrañas desde el primer minuto en que estuve allí. Lo había conseguido, había encontrado el peor castigo con el que poder torturarme.

Fue un año duro, muy duro, trabajando de sol a sol con aquel tufo enquistado en todo mi cuerpo. Supongo que, con el tiempo, mi abuelo comenzó a sentirse algo culpable por los trabajos que me encargaba y por tenerme rodeada de aquel olor que día tras día me iba minando. Mi carácter se empezó a agriar y, ante mis continuos cambios de humor, se vio en la obligación de disculparse.... algo que era nuevo para él...

—Elisa, yo quiero lo mejor para ti. Nos has dado un susto muy gordo, pensábamos que te perderíamos. Elisa... tú eres el futuro de esta bodega. Cuando yo fallezca y tu padre ya no pueda hacerse cargo, quiero que seas tú la que siga con este proyecto. Quiero que empieces desde abajo, conociendo cada proceso, desde la recogida hasta que llega a la mesa de un restaurante. Quiero que conozcas cómo funciona este mundo . Por eso... —carraspeó— quiero que mañana vengas conmigo a Madrid, a una reunión con unos posibles clientes. Quiero que empieces a ser mi mano derecha.

Sí, eso fue una disculpa aunque pudiera parecer una nueva intromisión en mi vida. Aún así me alegró saber que al día siguiente no tendría que estar soportando aquel continuo olor a vino, aunque tampoco es que me entusiasmara demasiado la idea de pasar una mañana de reuniones ...

Fuimos y volvimos en el mismo día. Aquella reunión no fue un encuentro demasiado largo: atar algunos lazos que quedaban pendientes y dejar claras las condiciones del contrato, poco más. Eso sí, aprovechamos lo que quedaba

de mañana para visitar a otros clientes y comer. Superado aquel primer contacto con el mundo comercial, al día siguiente me tocó volver a la bodega, eso sí, con una nueva incorporación. Un nuevo empleado que empezaba aquella mañana y al que tenía que mostrarle todo el funcionamiento de la bodega. Mejor aquello que estar desde primera hora masticando aquel olor. Cuando fui a la oficina a buscar a aquel individuo, me llevé una grata sorpresa... ¡Qué digo grata!.. Me volví loca al ver que no se trataba de uno de los típicos señores que contrataba para la vendimia. Era un chico joven de unos veinticuatro años, alto, delgado, con una barba castaño claro bastante poblada, ojos claros, pelo largo y castaño igual que su barba, atado en un moño alto. No me encajaba en el perfil que solía buscar mi abuelo, pero su carácter serio y reservado seguro que fue lo que inclinó la balanza.

—Hola, imagino que tú eres Martín —dije siendo simpática pero sin parecer demasiado cercana, conocía muy bien el protocolo...

—Hola, buenos días. Sí, Martín, encantado —dijo con la misma entonación que yo había empleado pero sin saber muy bien si inclinarse para darme dos besos.

Le ahorré la incertidumbre y pasé directamente a enseñarle la bodega. Hice con él un recorrido explicándole cómo funcionaba la empresa de mi abuelo y las funciones que debería desempeñar desde aquel momento.

A partir de ese día fue algo más agradable ir a trabajar, he de confesar. No es que hubiera sido un flechazo a primera vista, pero era lo suficientemente guapo y atractivo como para alegrarme el día todas las mañanas cuando me levantaba y cuando trabajaba cerca de él. En pocos meses Martín consiguió ganarse la confianza de mi abuelo. Trabajaba de sol a sol y siempre estaba encantado de echar una mano en lo que fuera. Esa era una virtud que a mi abuelo le encantaba, claro está, y empezó a depositar en él una confianza que me extrañó siendo, como era, el hombre de hierro.

Llegó septiembre, la época de vendimia, y preparó la casa que tenía cerca de las bodegas para la llegada de los trabajadores. En aquellos meses la finca era un ir y venir de empleados entrando y saliendo y el ambiente empezaba a tensarse de manera bastante peligrosa entre mi abuelo y yo... no, rectifico, entre mi abuelo y el mundo.

Martín y yo trabajamos juntos codo con codo en la vendimia, la época de más trabajo. Fueron horas y horas que nos sirvieron para conocernos algo más, a pesar de que Martín no era demasiado comunicativo, todo hay que decirlo. Sacarle alguna palabra de más o intentar que hablara algo de su vida era un

reto al que me enfrentaba cada día con muchas ganas, eso sí. Martín era un trabajador ejemplar y se concentraba al máximo para conseguir el mejor rendimiento posible. Eso implicaba momentos de un silencio atronador que resonaba en mi cabeza, mientras yo me esforzaba por encontrar la pregunta perfecta para atraer su atención. Misión imposible, Martín era un chico mucho más que reservado, "vaya por Dios...".

Superada la vendimia con éxito, la confianza que mi abuelo había depositado en Martín se consolidó de forma notable y le fue encargando trabajos de mayor envergadura. Se mostraba serio y responsable en el trabajo, algo que le encantaba a mi abuelo. No le gustaba entretenerse demasiado en conversaciones, como me había dejado bastante claro cortando sin miramientos las que había intentado tener con él. Prefería hacer bien su trabajo evitando, en la medida de lo posible, que le dijeran lo que tenía que hacer. Lo cierto es que era un chico bastante resolutivo y eso a mi abuelo le encandiló... a mí también.

Después de la vendimia, una vez que los empleados habían empezado a regresar a sus casas, empecé a fijarme en cómo Martín se marchaba en su coche cada noche y fue en ese momento cuando la sensación de sentirme enjaulada me golpeó más fuerte. En aquella finca, de la que raras veces me dejaban salir, vivía sin más aliciente que el levantarme cada mañana para poder ver y pasar un rato con Martín, a pesar de que él mostrara una indiferencia a veces doliente. Habían pasado casi dos años desde mi viaje a Londres, pero aún no había conseguido ganarme la confianza de mi familia. Tenían miedo de que volviera a caer y me tenían allí aislada, sin ningún tipo de entretenimiento, salvo Martín, como digo, que se convirtió en mi válvula de escape. Jamás dio muestras de interesarse por mí, vamos, ni por mí ni por mis conversaciones, la verdad. Quise pensar que aquel distanciamiento era por tratarse de la nieta del jefe; nieta, a la que de vez en cuando había que echar un ojo, no fuera a ser que se volviera a despendolar. Imagino que le llegaron rumores por parte de los empleados de mis aventuras en Londres y se veía en la obligación de vigilar mi conducta para salvaguardar su relación con mi abuelo. Estaba claro que cada uno buscaba sus propios intereses.

Aquel aislamiento junto con el distanciamiento más que descarado de Martín hicieron el efecto contrario al que buscaba mi familia, porque me volvieron a surgir las angustias, las contradicciones y la sensación de manipulación por parte de mi abuelo que tan nerviosa me ponía. No era muy alentador que el único de mi especie por edad, Martín, no quisiera entablar

ningún tipo de amistad conmigo. Aquello me hizo pensar en lo agrio que se había vuelto mi carácter con aquel aislamiento, ¡ya ni siquiera era capaz de relacionarme con gente de mi edad!. Volví a centrarme de nuevo en la lectura, era la única forma de desconexión que encontraba. De ese momento vino mi entusiasmo por la Historia, en esos ratitos de lectura se empezaron a fraguar mis nuevos proyectos de vida. Mi objetivo empezó a estar más claro, ahora solo necesitaba tiempo para llevarlo a cabo. Tiempo en el que tuve que volver a caer para poder levantarme.

III

Fueron meses de angustia, cada día notaba más el peso de esa jaula de oro en la que mi abuelo me había encerrado. Visualizaba mi futuro allí, rodeada de aquella pestilencia que se metía por mi nariz y se me clavaba en las entrañas, ejerciendo un trabajo que no me gratificaba y sin posibilidad de socializar con nadie, salvo empleados, clientes, proveedores y poco más. Todos, claro está, con una media de cincuenta años.

Quizá fuera por eso por lo que me obsesioné con Martín, el único chico de mi edad que había visto por allí. Con el paso del tiempo y a pesar de su indiferencia, me empezó a gustar todo de él. Su forma de andar, sus silencios al trabajar, su forma de respirar... Era una auténtico sinsentido, todo aquel arrebatado de sentimientos sin la más mínima posibilidad de ser correspondida. Pasé muchas noches llorando sus desplantes involuntarios (involuntarios porque Martín no podía ni sospechar lo que sentía por él), su ausencia de miradas, su indiferencia...

Una tarde después del trabajo, asfixiada con aquel olor y harta de aquella vida que me había tocado vivir, me fui a una de las bodegas donde se encontraba el vino más familiar, el que fabricaba mi abuelo para su consumo particular y el de sus allegados. Al entrar, un olor a vino añejo abofeteó mi cara provocándome una repentina náusea que logré controlar a tiempo. Intentaba hacer terapia de choque. Sí, ya sé, fue una idea absurda, pero me surgió en un momento de hartura máxima y no encontré mejor manera de asimilar de una vez por todas aquel hedor que me perseguía día y noche revolviéndome el estómago continuamente. Quitarme de una vez aquel asco que me producía todo aquello era mi objetivo prioritario.

Me acerqué a las botellas y elegí una al azar. No estaba etiquetada, así que supuse que aquella sería la mejor opción si quería que mi abuelo no se percatase del asunto. La abrí reprimiendo el asco en una arcada y acerqué mi nariz a la boca de la botella. Era demasiado pequeña de modo que opté por llenar una copa e introducir en ella todo lo que pudiera de nariz para poder

impregnarme lo máximo posible de aquel “perfume”.

Me encontraba en plena sesión de rehabilitación cuando se abrió la puerta. “¡Mierda!” Temí que fuera mi abuelo y escondí a toda velocidad la copa detrás de mi espalda. Fue una verdadera estupidez, puesto que la botella abierta seguía encima del barril y con el giro me tiré todo el vino de la copa por encima de la falda. ¡Cómo podía ser tan torpe! De repente apareció Martín. Respiré aliviada en un primer momento, pero al ver su cara de horror, saltaron todas mis alarmas y di unos pasos hacia atrás. Se acercó corriendo hacia mí y me quitó de las manos la copa que tenía a mis espaldas.

—¿Qué se supone que haces? ¿Estás loca? —“ ¡ostras, pero si habla!”, pensé intentando bromear para mis adentros, aunque en su gesto y tono de voz no había la más mínima pincelada de humor.

—No es lo que parece.... —titubeé, realmente parecía lo que se estaba imaginando, pero muy lejos de mis pensamientos estaba el volver a probar una gota de vino, claro que eso él no lo sabía.

—¿Ah no? ¿Y qué se supone que estás haciendo con una copa de vino en las manos?

—Terapia de choque...

—¡JA! Esa sí que es buena... —se rio irónicamente.

—¡Es cierto! Puedes olerme la boca, no he probado ni gota. Solo lo estaba oliendo para poder asimilar de una vez por todas este maldito olor.

Le acerqué mi boca abierta para que pudiera comprobarlo. Él, incrédulo, se acercó (me sorprendió el gesto, he de admitirlo). Por primera vez en todo el tiempo que estuvimos juntos, pude notar cierto nerviosismo al tenerme tan cerca.

—¿Ves? —Abrí más la boca.

Arqueó una ceja mostrando cierta disconformidad y eso me sirvió de excusa para envalentonarme y acercarme más.

—¿No me crees? Pruébalo... —Toma ya... de repente me salió el lado canalla. No sé de dónde me salió tanto atrevimiento, seguramente de la amargura que tenía encima. Y me acerqué un poco más a él cerrando ligeramente los ojos y dejándome llevar por mi absurda valentía. No pensé que fuera a corresponderme, pero ya no tenía nada que perder y además estaba más que harta de mi vida monacal. Sumida en el más oscuro de los encarcelamientos, aquella era mi única oportunidad de ver un poco la luz. Y vamos si la vi... Ante mi sorpresa me agarró por los brazos y me besó.

“¿Cómo? ¿Qué era aquello, qué estaba pasando?” La calidez de su lengua

en mi boca acariciando la mía removi6 todos mis sentidos. Sus labios suaves encajaban en los m6os con una perfecta armon6a, se entretuvo bes6ndolos mientras sus manos se enredaban en mi pelo en una suave caricia... Aquel s6 que era un beso en condiciones, nada que ver con los besos vac6os que hab6a conocido. En ese momento no solo vi la luz, sino que un tupido manto de nubes blancas de algod6n vinieron a buscarme para llevarme a dar un paseo por el para6so. Nubes de algod6n, arco6ris de caramelo, cielo de purpurina... Era m6gica aquella sensaci6n... ¿ser6a eso el amor?

Estuvimos envueltos en una perfecta sinton6a un instante demasiado corto para mi gusto, pero el suficiente para que mi abuelo, que siempre revisaba que todo estuviera en orden al final de la jornada, viera la puerta de la bodega abierta sin explicaci6n ninguna. Entr6 sorprend6ndonos en un inocente y casto beso que sus ojos no consiguieron entender; tan solo pudo apreciar la botella de vino abierta, la copa en el suelo y mi falda manchada de vino. Puedo imaginar lo que pas6 por su mente... Aterrado m6s que por lo que estaba viendo (a su nieta liada con uno de sus mejores empleados) por mi reca6da, apart6 bruscamente a Mart6n de mi lado con los ojos encendidos en fuego culp6ndole de todo aquello con gritos que debieron escucharse en las bodegas vecinas. Lo despidi6 en el acto. A m6 me llev6 a casa tir6ndome de un brazo y alterando la paz que 6ltimamente reinaba en ella.

Ese fue el punto de inflexi6n que propici6 que todo empezara a fluir de una manera m6s acorde a mi edad y a mis pensamientos. Me rebel6, patale6, llor6 y me expliqu6, pero jam6s me disculp6 por hacer la cosa m6s tierna y emotiva que hab6a hecho en a6os. La explicaci6n de terapia de choque no les convenc6 demasiado. Entiendo que pudiera parecer una idiotez, pero ni siquiera hicieron el amago de intentar comprenderlo, as6 que desist6 de dar m6s explicaciones y me aisl6 en mi habitaci6n un par de meses. Dej6 de ir a trabajar, dej6 de hablar con mi familia y me sumerg6 de lleno en la lectura. Fui consolidando mi prop6sito de comenzar la carrera y alejarme de una vez por todas de aquella finca.

Cuando ya ten6a todo perfectamente hilado en mi cabeza, hice de tripas coraz6n y reun6 a mi familia para explicarles mis prop6sitos. Segu6a furiosa, pero la necesidad de salir de all6 hizo que me tragara el orgullo. Al principio todo fueron reticencias por parte de mi abuelo (c6mo no, no esperaba menos) que puso el grito en el cielo. "¡Historia! ¿Para qu6 narices quer6a estudiar yo Historia?"

—¡Esta ni6a ha nacido para volverme loco... ahora dice que quiere

estudiar Historia! —dijo gritando como un energúmeno—. Por favor, Elisa ¿cuándo vas a sentar cabeza?

—Pues cuando me dejes hacerlo, abuelo —le respondí gritando con más fuerza que él. En ese momento la voz de mis padres ya había desaparecido de la conversación como cada vez que hablaba con él. Nos anulaba a todos—. ¡Cuando pueda tomar mis propias decisiones sin tu supervisión, cuando pueda ser libre!

—¡Mis decisiones!, dice... ¿Qué decisiones, Elisa, dime, las de dejar la academia de baile y buscarte un piso con perroflautas para vivir como una borracha?...

“¡Mierda, sabía que eso iba a salir!”

—Abuelo, me da igual lo que digas. No puedes tenerme aquí encerrada de por vida. No eres ni mi padre ni mi madre, no puedes anularles y dejarles al margen de las decisiones de su hija. ¡Es que no sé para qué te digo nada a ti, si sería con ellos con quienes debería hablar!

Aquello le dolió y lo sentí, lo sentí de veras, pero era mi vida y tenía razón. Miré a mi madre de soslayo y pude apreciar en su rostro sorprendido algo parecido a una sonrisa .

Con el tiempo, y a pesar de todo, la idea de volver a retomar los estudios no le pareció tan descabellada, aunque eso sí, intentó persuadirme una y otra vez para que eligiera una carrera más acorde con su negocio y boicotear de todas las maneras posibles mi idea inicial. Lo que no sabía mi abuelo es que aquel deseo era inamovible y, por mucho que insistiera, jamás iba a claudicar.

Pasaron algunas semanas hasta que mi madre pudo hacerle recapacitar. Argumentó que el estar allí, tan en contacto con el vino, no me hacía ningún bien y que las probabilidades de que pudiera recaer eran mucho más elevadas. Llevaba ya muchos meses desanimada, triste, apática y el miedo a que aquel estado de ánimo me empujara hacia el pozo asustaba mucho a mi abuelo y mi madre, que lo sabía, supo jugar con eso.

Además era positivo verme ilusionada por algo, y si me daban la confianza para poder desenvolverme sola, quizá todo aquello que habíamos pasado quedaría en un feo recuerdo. "¡Bravo, mamá!". Mi abuelo, a regañadientes, acabó aceptando, incluso diría yo que al final llegó a estar ilusionado al verme tan contenta. Aunque eso tendría que suponerlo porque él nunca lo demostró.

Aún quedaban algunos meses para que empezara aquella nueva aventura, pero poco a poco fuimos preparándolo todo para esa nueva etapa que se abría

en mi vida.

IV

Empezamos abriendo las puertas del apartamento que mi abuelo me había comprado hacía años en Valladolid.

Cuando todos mis hermanos y yo fuimos acabando el instituto, con muy buena nota, todo hay que decirlo, nos premió comprándonos un piso a cada uno de nosotros. Sí, sí, así era mi abuelo de espléndido. Su intención, en el fondo, era mantenernos a todos lo más cerca posible del núcleo familiar. Al hombre le salió el tiro por la culata con mis hermanos ya que, en cuanto vieron posibilidades, vendieron sus pisos sin ningún tipo de remordimiento se marcharon fuera para fastidio de mi abuelo. A mí, para afianzar más si cabe la bonita relación que teníamos, me compró un apartamento en pleno centro de Valladolid aún sabiendo que aquella era una ciudad que detestaba y en la que nunca me hubiera imaginado vivir... "Lo que son las cosas". Al final tuve que agradecerle que lo comprara allí.

A pesar de que hacía algunos años que lo había comprado, esa era la primera vez que lo veía y, no solo me entusiasmó, sino me enamoré de él en cuanto lo vi. Era un ático muy bonito, pequeño pero muy acogedor y con mucha luz. Aquel falso balcón del salón con vistas a la calle Platería y a los tejados de las casas colindantes le daba un aire romántico que me fascinó desde el primer momento. Poco a poco fuimos amueblándolo y, para mi sorpresa, me dejó libertad absoluta a pesar de ser él el que sufragara los gastos... Imagino que aquello formaba parte de nuestra reconciliación. Me acompañaba encantado a elegir los muebles sin dar su opinión y yo, agradecida, se lo devolvía con mi buena conducta. Fue una época de tregua en la que los dos llegamos a estar verdaderamente cómodos y en la que él sintió que las cosas podrían marchar bien a pesar de haber elegido aquella carrera.

Como compensación por lo que estaba haciendo por mí, volví a trabajar en la bodega, eso sí, alejada de los trabajos directamente relacionados con el vino. Trabajé en la oficina mano a mano con él y con mi padre. Mi madre volvió a nuestra casa y dejó aquel trabajo que estaba acabando con la poca

armonía familiar que en aquella época reinaba en nuestra familia. Mi padre, a pesar de tener que desplazarse todos los días hasta la bodega para ir a trabajar, se fue con ella y yo seguí viviendo en la finca con mi abuelo por pura comodidad, para evitar desplazamientos y madrugones. Ese tiempo que estuve trabajando con él, lo dedicó a enseñarme el mundo comercial y fueron meses de visitas, viajes, reuniones ... Y a pesar de que aquello no era para mí, no me sentí demasiado incómoda, quizá porque sabía que en unas semanas todo aquello habría acabado.

Al final llegó el ansiado momento de formalizar la matrícula. Cada día estaba más cerca mi nuevo destino...

V

Úrsula y yo vivíamos muy cerca y eran muchas veces las que coincidíamos en el bus, donde fuimos afianzando nuestra amistad. En esos viajes descubrimos una afición en común: andar.

—¡Ja, ja, ja!, ¿en serio me lo dices? —dije muerta de la risa.

—De verdad que me gusta mucho... ¡ja, ja, ja!

—Pues para gustarte tanto ¿por qué siempre te encuentro sentada en el bus?

—Mira como voy de cargada, Eli, a mí me gusta andar para hacer deporte y disfrutarlo...

—¡Ja, ja, ja!, claro, claro...

Empezamos a quedar los sábados y los domingos por la mañana para ir a andar. Ambas coincidimos, además, en nuestro poco gusto por las fiestas, preferíamos pasar la noches del fin de semana relajadas en casa y disfrutar al día siguiente de las bonitas mañanas de los sábados y domingos. Después de pasar aquella época en Londres que nada tenía que ver conmigo, volví a reencontrarme, a ser yo misma. Mis antiguas aficiones como la lectura, la música, andar... volvieron a tener la importancia que nunca debieron haber perdido. Aquellos paseos con Úrsula, con la que hablaba de mil cosas, me hacían sentir pletórica, sentía que formaba parte de algo, y el poder compartirlo con mis compañeros, de los que me enamoré extraordinariamente pronto, hizo que aquellos meses en la facultad fueran inolvidables. Volví a formar parte del mundo, de la sociedad, estaba rodeada de "iguales" con los que poder hablar, reír, compartir. Después de tanto tiempo todo eso se convertía para mí en una especie de acontecimiento. El tiempo pasaba rápido y la amistad que creamos con aquel grupo se empezó a fortalecer. Nos ayudábamos en todo lo que podíamos, nos prestábamos apuntes, estudiábamos juntos, nos guardábamos los sitios en la biblioteca... En poco tiempo dejamos de ser compañeros de clase para convertirnos en verdaderos amigos.

La vida en la universidad era fantástica y era curioso ver como iba

cambiando el ambiente de la facultad dependiendo del momento en el que estuviéramos. Cuando empezó el curso las aulas estaban llenas a reventar, pero a medida que el tiempo iba avanzando, las salas se vaciaban y los puntos de encuentro se localizaban en otros lugares como cafetería y pasillos, que formaban el primer puesto en el *ranking*. Biblioteca y aulario se lo arrebataban en la época de exámenes, en la que además muchas veces las clases volvían a tener su máximo esplendor gracias a los alumnos que, desesperados, regresaban para recopilar apuntes y para enterarse bien de la materia que entraba en examen.

Nosotros éramos de los que siempre asistíamos, exceptuando cuando había alguna fiesta, concierto o similar en los que, tanto Pedro como Raúl, e incluso Olivia en alguna ocasión, se iban dejándonos a nosotras como responsables de coger apuntes. Sonia alguna vez también se unió a ellos porque, por aquel entonces, empezó a encontrar en Raúl un atractivo especial y aprovechaba cualquier excusa para pasar más tiempo a su lado fuera de clase. Jamás nos comentó nada, pero todos vimos que entre ellos la amistad se había ido transformando en algo diferente que, inconscientemente, les obligaba a buscarse y pasar más tiempo juntos.

Úrsula y yo éramos de las que nunca faltábamos (¡hasta en eso nos parecíamos!), no solo por las explicaciones, sino porque era una manera de interactuar con el profesor, de conocerle y poder hacer los exámenes de acuerdo a su criterio, ya que algunos consideraban más importante el detenerse en los datos y fechas y otros preferían que nos detuviéramos en una explicación argumentada en la que primara la idea general y no tanto los datos en particular. Además, con las respuestas que me daban a las preguntas que planteaba de vez en cuando en clase, se podía intuir por dónde iban a ir los tiros...

Se iban acercando los exámenes y mi presencia en clase cada vez era más activa, no me quedaba con una sola duda sin resolver, algo que agradecieron el resto de compañeros...

En época de exámenes encontrar sitio en la biblioteca se hacía misión imposible, así que optamos por estudiar juntos en mi casa. Las jornadas de estudio eran largas e intensas. Todos sabían ya de mi método de planificación de estudios y empezaron a apuntarse a la moda de tenerlo todo estrictamente organizado. Formábamos un buen equipo, y a pesar de pasar largas horas estudiando, también perdíamos muchos momentos hablando de nuestras cosas y bromeando, aunque a medida que los exámenes se acercaban, los nervios

iban anudándose en nuestros estómagos y cada vez encontrábamos menos ratos para hablar. Al final, todos superamos con éxito esa primera tanda de parciales. Mis notas fueron excelsas y no tuvieron mejor idea que hacerme una fiesta sorpresa...

Aquella tarde todos estaban sospechosamente callados cuando llegué a clase. Como hacíamos habitualmente, esperábamos a los profesores hablando en el pasillo. Sin embargo, ese día cuando me vieron aparecer a lo lejos entraron en clase con una sonrisa que me pareció muy sospechosa. No le di mayor importancia pero aquellas caras no presagiaban nada bueno... Cuando me senté en mi sitio, vi un folio en el que ponía escrito con letras en grande: "FIESTA". Miré a Úrsula que encogió los hombros como desligándose de aquello. Miré a Pedro, que me lanzó un beso cómico al que yo respondí con un gesto de arcada, devolviéndole la broma. Al final de la tarde, cuando acabaron las clases, me cogieron de los brazos arrastrándome hacia la cafetería.

—¡Hoy no te libras, tienes fiesta! —dijo Olivia exaltada.

—Oh, pero ya sabéis que no me gustan las fiestas...

—Un día es un día, mujer... —dijo Pedro que me empujó hacia la entrada de la cafetería haciéndome tropezar con un hombre muy alto y de un guapo subido bastante reseñable que salía en ese momento.

—¿Está bien, señorita? —dijo aquel tipo con una sonrisa que no me pasó inadvertida.

—Oh, sí, sí disculpe...

Una vez dentro, me llevaron a la barra y el camarero, con el que debían haber hablado antes, sacó de la nevera una tarta de nata decorada toda ella con un montón de dieces de chocolate. No pude evitar reírme al ver aquello. Empezaron a cantarme una canción bastante cómica que consiguió apaciguar mis nervios y poder disfrutar de aquel momento. ¡Cómo nos lo pasamos!. Les agradecí en el alma que aquella fiesta no derivase en emborracharse y perder las formas. Respetaban mi manera de entender la diversión sin juicios ni presiones. Incluso ellos se animaron a beber agua y refrescos en vez de alcohol. ¿Cómo no les iba a coger cariño?

VI

Y así fueron transcurriendo los días, entre anécdotas, clases y jornadas de estudio. Fue una época muy bonita. Los profesores cada día se mostraban más cercanos y dispuestos a colaborar con nosotros si necesitábamos su ayuda.

Ese año hicimos varias prácticas en las que se incluyeron algunas excursiones, una de ellas a Atapuerca con los profesores de Arqueología. Recuerdo que fue un día muy frío y gris. Las explicaciones del guía y de los profesores a medida que íbamos avanzando por el yacimiento, a pesar de estar plagadas de pasión y de un amor profundo hacia todo aquello, no llegaron nunca a entusiasmarme. No captaron mi atención de manera especial, como sí lo hizo un chico que se encontraba en la cafetería que había fuera.

No pude verle demasiado bien, había mucha gente y ya estábamos yéndonos, pero me pareció que era Martín. Me dio un vuelco el corazón, no me lo podía creer. Me puse tan nerviosa que Sonia me lo notó.

—¿Qué te pasa?

—Nada, creo que he visto a alguien conocido.

Pedro, que estaba a mi lado, levantó la cabeza dirigiendo la mirada hacia donde yo miraba buscando a alguien que ni siquiera conocía...

—Vaya... debe ser algún noviete, tal como te has puesto... —dijo intentando burlarse de mí.

—Te burlas pero yo creo que fue el amor de mi vida... hasta que mi abuelo lo fastidió todo ¡como siempre! —le contesté con cierta nostalgia.

No pude volver a verle, no supe si realmente era él, pero aquella aparición removió de arriba abajo todo mi ser. Durante todo ese tiempo que no había sabido de él, había estado más o menos tranquila. Me había roto en mil pedazos cuando sucedió todo aquello en la bodega y había pasado varios días encerrada en mi habitación llorando día y noche desconsolada; aunque con el ajetreo de la universidad y de los estudios poco a poco fui borrando su imagen y al final no me qued  demasiado tiempo de pensar en él. Pero aquella visión me removió y volvieron a salir a flote sentimientos que ya tenía prácticamente

olvidados.

Ya en el bus, Pedro quiso sentarse conmigo y me animó a que le contara aquella historia. Yo lo hice encantada porque necesitaba liberarme y hablar de ello. Cuando llegamos a casa, lo primero que hice fue tumbarme en la cama y recordar aquel beso que me inundó de sentimientos hasta aquel entonces desconocidos. No pude dormir pensando en él. No solo pensando en aquel beso, en su boca... en su labios... sino en la manera en que le había fastidiado un trabajo con el que estaba tan contento. Tomé la determinación de ir a la bodega aquel fin de semana. Desde que me había instalado en Valladolid no había vuelto a pisar por allí y era hora de poner las cosas claras sobre aquel episodio de la bodega, de hablar y hacer entrar en razón a mi abuelo.

Aquel sábado hacía frío, la niebla se había asentado desde primera hora y no tenía mucha intención de levantar de momento. Serían las once de la mañana cuando me dispuse a salir. Decir que al ser sábado le pillaría en casa, era decir demasiado. Él no conocía el descanso y cualquier excusa era buena para bajar a las viñas o a las bodegas, revisar contratos... Sabía que no le iba a encontrar al llegar pero lo cierto es que no tenía pensado pisar las bodegas en su búsqueda, así que me acomodaría en casa y esperaría su regreso. No le había llamado para decirle que iba, por lo que seguramente su cara de sorpresa al verme iba a ser un poema. Aunque claro, conociéndole, probablemente mostraría indiferencia, más habiéndome pasado tantos meses sin apenas hablar con él. Que iba a estar encantado de verme, eso era seguro, lo que no tenía tan claro es que me lo dejara ver. Nunca entendí por qué ese miedo a demostrar sus sentimientos (sobre todo los buenos, los malos sabía sacarlos que daba gusto...) pero al fin y al cabo era mi abuelo y le conocía, aceptaba su distanciamiento sabiendo que su trasfondo era otro que no mostraba.

Cuando llegué, como había intuido, no había nadie y me pude dedicar en aquella tranquilidad a contemplar la belleza de aquel hogar. Una entrada a la finca cubierta de árboles frondosos daba la bienvenida a todo aquel que llegaba llevándole a un jardín que embellecía la entrada de la casa. Estaba decorado con unos banquitos blancos en los que jugaba cuando era pequeña y una fuente central que jamás dejó de echar agua. Tres pequeñas escaleras daban acceso al porche de la entrada donde estaban colocadas cuatro sillas con su mesa, en la que muchas mañanas de verano desayunaba.

Hacía bastante frío, así que entré en casa a pesar de que me hubiera gustado quedarme esperándole en las escaleras como hacía cuando era

pequeña. Fui a saludar a Rosa, la cocinera y la mujer que se encargaba de ordenar los desastres que iba dejando mi abuelo. Subí a mi habitación y miré por la ventana la extensión de aquellos terrenos pensando en la dedicación y el trabajo que había invertido mi abuelo allí obligado, tal vez, por el deseo de su padre para que aquel proyecto saliera adelante. Pensé en la historia de mi familia, en cómo, de la nada, levantaron aquellas bodegas pudiendo con su trabajo alimentar a más de tres generaciones y las que vinieran, si no lo dejábamos caer. Era nuestro turno, el mío y el de mis hermanos. En nuestras manos quedaba el trabajo y el deseo de tantas personas... Me sentí con poder, con el poder de poner fin a una generación de bodegueros y empezar otra, en libertad y sin ataduras... Aunque sabía que jamás podría hacer eso. Era demasiado el respeto que le tenía a mi abuelo a pesar de nuestros desencuentros, y jamás, por nada en el mundo, dejaría que el esfuerzo de toda su vida se viniera abajo por nuestras discrepancias. No sé por qué fui yo quien asumí aquella responsabilidad. Éramos cinco hermanos, pero todos se desvincularon de aquel negocio en cuanto pudieron sin importarles lo más mínimo que aquella herencia, aquella historia, aquel esfuerzo de tantas generaciones se viniera abajo.

Al rato vi llegar a mi abuelo en el todoterreno y bajé a saludarle. Estaba bajando del coche cuando abrí la puerta de casa. Me miró y, por primera vez que yo recuerde, no escondió su alegría. Supe en ese momento que aquel encuentro sería productivo.

—Pero Elisa, qué sorpresa, ¿qué haces aquí?

—He venido a verte —fui sincera... a medias— y a descansar de los exámenes.

—Estoy muy orgulloso, Elisa, lo estás haciendo muy bien. —“¡Ostras! , aquellas palabras me sorprendieron, "abuelo y orgulloso de mí" era una conjugación que no solía encajar bastante bien.

—Bueno, abuelo, no creo que fuera una sorpresa, tú ya sabes que a mí me gusta estudiar...

Pero yo sabía que no se refería a eso. Estaba orgulloso porque llevaba una vida tranquila, serena y fuera de fiestas y alcohol. Realmente no recuerdo bien qué me pasó para acabar en aquel hospital de Londres. Creo que fue un traspies en una escalera, pero por lo que deduje después, los médicos debieron informarles de algo más que de mi lesión de rodilla. Les debió impresionar mucho haberme visto tocar fondo, porque aquel recuerdo les perseguía constantemente. Aunque yo nunca tuve la sensación de estar perdida,

y mucho menos de ser una alcohólica (vamos, solo de pensarlo me da la risa) , reconozco que bebí bastante tratando de olvidar la lesión que supuso mi fracaso en el mundo de la danza. A pesar de ser un momento muy duro para ellos, fue lo mejor que pudo pasar.

Lo cierto es que gracias a eso pude irme pronto de Londres.

—¿Te quedas el fin de semana?

—Sí...

Y me abrazó, aquello sí que era una novedad... No supe muy bien cómo reaccionar y un nudo de emoción se me atascó en la garganta.

Se acercaba la hora de comer y Rosa, al verme allí, modificó un poco el menú pues conocía mis preferencias. Era una mujer entrañable. En ese momento pensé que mi abuelo se podría haber fijado en ella. Viudos los dos y viviendo en la misma casa, no sería extraño que surgiera el amor... O tal vez cuando uno se hacía mayor se dejaba de tener la necesidad de amar y ser amado... Estuve tentada de hablarle de Martín en la comida, pero al final me contuve y preferí ir viendo cómo transcurría la tarde; no quería aguar su buen humor, además, necesitaba sentir a mi abuelo de aquella manera, cercano y cariñoso. Era algo a lo que no me tenía acostumbrada y quería disfrutar de aquella sensación.

Después de comer se fue a su habitación a dormir un poco. Yo fui al salón a leer un rato. Debía estar muy cansada porque no recuerdo en qué momento me quedé dormida. Sé que, al despertarme, tenía una manta encima cubriéndome el cuerpo y a mi abuelo en el sillón de al lado tomándose una infusión mientras miraba la tele.

—Uy... me quedé dormida.

—No llevas mucho rato, sigue durmiendo si lo necesitas...

—Qué va, ya estoy bien.

El salón en ese momento me pareció muy acogedor: la chimenea, la tele de fondo, mi abuelo con su taza, yo tapada con una manta... Tenía ganas de abrazarle, pero como siempre había mantenido las distancias no me salió de forma natural.

—Si quieres, tenía pensado ir a comprarte lo que necesites para tu casa o para el coche...

—No necesito nada abuelo.

—¿Entonces qué quieres hacer?

—¿Por qué no jugamos a algún juego de mesa? ¿Podríamos llamar a Rosa para que juegue también? Se tiene que aburrir todo el día aquí...

—¿A Rosa? Pero si ella tiene vía libre para hacer lo que quiera, no tiene que estar en casa si no quiere...

—Ya abuelo, pero hoy no ha salido. A lo mejor le apetece...

Le noté un poco tenso, y no sé por qué extraña razón me dio por hacer de celestina. Fui a la habitación de Rosa a proponerle mi plan que aceptó de buena gana. Estuvimos toda la tarde del sábado jugando. Me hacía gracia la manera que tenía de hacer rabiar a Rosa con sus típicas trampas. Ella se enfadaba y le daba pequeños empujones muy ofendida y él le respondía con alguna burla. Me dejaba alucinada la confianza que había entre ellos, fruto de los años que habían trabajado juntos.

—¿Y vosotros nunca hacéis nada juntos, no salís de paseo? —dije aquello sin pensar para sorpresa de ellos... y mía...

Se miraron extrañados y mi abuelo, con su sequedad innata, me respondió con una negativa.

—Pues deberíais. Estando los dos aquí solos, es un aburrimiento no compartir momentos.

La mirada de mi abuelo fue demasiado censuradora por lo que opté por no seguir insistiendo. Ella, en cambio, mostró cierto sonrojo que me hizo sospechar que algún paseo por la finca se habían dado...

El sábado pasó como en un suspiro. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba desperezándome para empezar un nuevo día. Se acercaba el momento de hablar con mi abuelo sobre Martín, y encontrar el momento adecuado, iba a suponer todo un reto. No sabía con qué carácter se iba a despertar ese día. Si tenía la mala suerte de encontrarlo de mal humor, lo mejor sería abortar la misión cuanto antes y asumir que mi objetivo estaba perdido.

Bajé a la cocina y allí solo estaba Rosa preparando la comida. Le pregunté por mi abuelo y su respuesta no me extrañó: había bajado a las bodegas, como era de esperar. Rosa se esmeraba por complacerme cada vez que iba por allí. Estaba preparando para comer lasaña vegetal, porque sabía que era mi comida favorita.

—A tu abuelo le he tenido que meter algo de carne, que si no ya sabes...

Nos reímos cómplices. Después de desayunar fui a dar un paseo por la finca sin bajar hasta las bodegas, me apetecía pasear entre los árboles a pesar de que el frío todavía era bastante notable. Aquel fin de semana en casa de mi abuelo me estaba sentando bien. Era como un pequeño descanso, una desconexión merecida después de tantos días de aislamiento estudiando. Aún así, también me apetecía volver a mi apartamento y regresar a mi rutina

universitaria. Me iría después de comer, así que inevitablemente en la comida tendría que mantener aquella conversación.

Rosa había preparado la mesa en la cocina a petición mía. Siempre que nos juntábamos todos la preparaba en el comedor, pero yo prefería algo más íntimo. Además solo éramos tres. Animé a Rosa a que comiera con nosotros pero ya había almorzado y subió a descansar a su habitación. Me hubiera gustado comer con ella para sentirme más arropada si mi abuelo se molestaba demasiado. Llegó con el mismo humor del día anterior y su recibimiento con un beso en la frente me hizo presagiar que aquello acabaría bien.

—Abuelo, tengo que hablarte de lo que viste en tu bodega...

—¿Qué vi? —No sabía a qué me refería.

—Cuando nos viste a Martín y a mí...

Su mirada cambió de repente, se puso serio.

—¿Hace falta hablar de eso ahora?

—Sí, abuelo, hace falta. Despediste a un buen empleado por besarse conmigo.

—Besarse con MI nieta, en MI bodega, con MI vino y con TU problema...

Aquello último me desesperó, pero no era momento de rebatirlo. Se estaba enfadando .

—Te confundes, abuelo, él solo quería impedir...

—¡Basta ya, Elisa! —dijo dando un golpe en la mesa—. No quiero acabar mal el fin de semana.

Para su fastidio no pude dejar aquello así, aunque supe temprar mis nervios y hablarle de una forma más amable e íntima. Le hice entender que todo aquello fue un error, que él tan solo quería evitar que bebiera de aquella copa y que yo no tenía intención alguna de beber aquel vino añejo. Supe encontrar el tono correcto porque, poco a poco, mi abuelo se fue relajando y cambiando el rictus de su cara. Pude respirar algo más aliviada. Le expliqué mis sentimientos al verme allí encerrada y el amor que sentí por Martín que me hacía volar fuera de aquella cárcel. Creo que llegó a entender mi situación, e incluso yo diría que llegó a sentirse culpable de coartar de aquella manera la libertad ya no solo física sino emocional de una chica de veinte años. Le pedí encarecidamente que volviera a contratarle, que volviera a depositar su confianza en él... Había sido su mejor trabajador y él lo sabía.

—De todas formas ya ha pasado mucho tiempo, Elisa, él tendrá ya un nuevo trabajo y no querrá volver. Tampoco sabría cómo encontrarle.

—Creo que en eso te puedo ayudar, abuelo. Déjame localizarle y que sea

él quien decida.

Dicho y hecho, no tardé en encontrarle. Como me imaginaba, trabajaba en la cafetería de Atapuerca. Llamé y me confirmaron que trabajaba allí. Se lo comuniqué a mi abuelo, que me prometió hablar con él...

VII

Aquel fin de semana fue enriquecedor a todos los niveles. Personalmente, me sirvió para desconectar; emocionalmente, para reencontrarme con un abuelo cercano al que hacía años que no veía; y sentimentalmente, para reabrir el corazón a un muchacho que me había conquistado con sus reservas... Estaba segura de que volvería a saber de él y eso me empujaba cada día para seguir con ánimo hasta que llegara el momento de volver a vernos.

De vuelta a la normalidad, aquel apartamento me parecía si cabe más bonito. Aún no había anochecido cuando llegué a casa, y desde la ventana, podía ver esos últimos rayos de sol entremezclándose entre los tejados de las casas. ¡Qué maravilla poder estar allí! Deseaba detener aquel momento de paz, mientras yo, tumbada en el sofá, leía un libro con una infusión humeante en la mano.

Al día siguiente cuando entré en clase, todo me parecía que tenía otro color y, a pesar de que siempre iba encantada a la facultad, ese lunes yo brillaba de manera especial y enseguida me lo notaron todos.

—Vaya, Eli, has tenido un buen fin de semana, ¿eh, pillina? —me dijo Raúl con una sonrisa picarona.

—¿Eli?¿con lo mojigata que es?... no creo que haya tenido mucho movimiento... Seguramente se habrá pasado el sábado viendo algún documental o recluida en un monasterio. Eso le va más... —añadió Pedro intentando burlarse de mí, aunque no iba mal encaminado.

Yo estaba contenta porque tenía la certeza de que mi historia con Martín no había acabado en aquella bodega, sabía que tarde o temprano volveríamos a reencontrarnos. Le di un par de días a mi abuelo para que pudiera solucionar el tema de Martín, pero cuando le llamé no me pudo dar buenas noticias. Tenía demasiado trabajo en la bodega para ocuparse de aquel asunto. "¡Vaya por Dios..!" Me decepcioné bastante, di por sentado que mi abuelo lo dejaría aparcado el tiempo necesario para que me acabara olvidando de ello. Pero eso no iba a suceder, cada día me acordaba de él y cada día cobraba más

presencia en mi cabeza. Seguía enamorada con más fuerza si cabe de un recuerdo, de una ilusión.

Pasaron dos meses sin saber nada de mi abuelo. ¡Dos meses! Estuvo de viajes, reuniones y nos comunicamos bastante poco en aquel período de tiempo. Al final un día recibí un mensaje de mi abuelo.

WhatsApp Abuelo:

Ya cumplí mi promesa. Le ofrecí de nuevo su empleo. No quiero volver a hablar del tema. Un beso.

¿QUÉ? ¿Había hablado con él? ¿Pero había aceptado? ¿Qué le había dicho? ¡Grrr!, mi abuelo siempre igual. Le llamé rápidamente, pero no me cogió; después a mis padres, pero no supieron decirme; lo mismo que Rosa, a la que llamé con la esperanza de que pudiera informarme de algo... tampoco fue así. Estuve tentada de ir el fin de semana, pero prefería no forzar la situación y dejar tranquilo a mi abuelo que me había pedido no tratar más el tema.

Pasaron como cosa de quince días cuando, una tarde de viernes a última hora, unos ojos azul cielo destacaron por encima de la muchedumbre de alumnos que había por los pasillos. Me dio un vuelco el corazón cuando vi que el que se acercaba era Martín, con su típica seriedad, mirándome fijamente y sin provocar la más mínima mueca en su rostro. Pedro me miró al ver como el rictus de mi cara había cambiado. Buscó por los pasillos en la dirección que marcaban mis ojos. Le vio llegar, pero no se apartó cuando se paró en frente de mí (como hicieron los demás al intuir que aquel chico era Martín).

—Hola, Elisa —me dijo una vez estuvo a mi lado.

—Hola... —contestó Pedro. Yo tan solo me limité a ofrecerle una sonrisa como bienvenida.

—¿Podemos hablar?

Pedro seguía a mi lado muy interesado por todo y tuvo que ser Úrsula quien se lo llevara a rastras con muy poco disimulo.

—Pero, Eli, tienes clase, ¡no puedes faltar!... —voceó Pedro desde la distancia, mientras Sonia le tapaba la boca.

Salimos de la facultad, fuimos a una cafetería tranquila que había cerca. Le ofrecí ir a mi piso donde estaríamos más cómodos, pero él rehusó mi invitación.

—¿Qué tal estás? Se te ve muy integrada en la universidad.

—Sí, la verdad es que me gusta mucho. Pero cuéntame, ¿tú qué tal estás? ¿Cómo te ha ido este tiempo? Lo siento mucho, Martín... Nunca pude disculparme... —me interrumpió con un movimiento de cabeza llevándose un dedo a su boca, pidiéndome que dejara de disculparme.

Me estuvo explicando su bagaje en busca de una estabilidad laboral y cómo acabó trabajando en aquella cafetería. Le conté que le había visto allí y la conversación que tuve con mi abuelo.

—Precisamente de eso quería hablar contigo. No sé qué le pudiste decir, pero fue él mismo, en persona, el que se presentó allí a hablar conmigo.

¿CÓMO? Aquello sí que me sorprendió, ¿mi abuelo yendo a Atapuerca a hablar con él? ¿Dónde estaba mi abuelo y qué habían hecho con él! Ese no podía ser mi abuelo, estaba claro que le habían cambiado...

—Su discurso fue emotivo y sus disculpas fueron sinceras. —continuó.

—¿DISCULPAS? ¿Mi abuelo disculpándose? Eso sí que no me lo creo — le dije mucho más que sorprendida.

—Sí, yo también me quedé bastante extrañado, por eso no pude rechazar su oferta.

—¿De verdad? ¿Vuelves a la bodega? ¡Oh, cuánto me alegro!

Quise abalanzarme sobre él, pero en seguida marcó distancias.

—Una de las condiciones... —cómo no, condiciones, ahí sí que empecé a reconocer a mi abuelo— para poder aceptar el trabajo, fue que me alejara de ti. No quiere que tengas distracciones que puedan... Solamente he venido a agradecértelo.

—¿Y eso es lo que tú quieres? ¿Distanciarte de mí? —Bajó su mirada. Cogió aire.

—No. No quiero, pero es lo que tengo que hacer. Elisa, no me lo pongas más difícil. No quiero volver a quebrantar la confianza que tu abuelo ha puesto en mí.

Le entendía, le entendía perfectamente, más cuando fue mi abuelo el que, personalmente, fue a buscarle para que volviera a formar parte de su empresa. No dije nada, me mantuve en silencio reteniendo alguna lágrima. Aquel era el final de la historia más bonita y... breve que había tenido en mi vida. Nuestra despedida no pudo ser de otra manera más que con un abrazo, sentido y largo, eso sí. Le vería en la bodega y no volvería a besarle. Era la peor tortura que podría haber elegido mi abuelo.

Los días siguientes a aquel encuentro, los pasé sumida en la más profunda de las tristezas. Mis compañeros intentaron ayudarme, pero sus esfuerzos

fueron en vano. No había nada que pudiera sacarme de aquel estado en el que todo se había tornado de gris oscuro. Lo único que me sacaba de mi apatía eran los estudios. Mi poder de concentración me ayudaba a desenfocar la pena y avanzar a pasos agigantados en los temarios y trabajos.

VIII

Poco a poco fueron pasando los meses y la primavera hacía tiempo que se había instalado en aquella ciudad. Se iban acercando los exámenes finales y, a pesar de que todavía encontrábamos sitios en la biblioteca, rara vez podíamos sentarnos juntos.

Se acercaba la fiesta de la facultad y todo se empezó a engalanar con carteles llamativos anunciando los festejos de aquel día. Pronto todo serían risas, música y gente saltando por los pasillos. Aquel ambiente no llegaba a gustarme demasiado; de hecho, no fui a ninguna de las fiestas que habían celebrado el resto de facultades y a las que todos, salvo Úrsula y yo, habían asistido con gran entusiasmo. En esta ocasión sería distinto, era nuestro patrón y teníamos que "venerarle" como se merecía... Yo no estaba demasiado convencida, pero hasta Úrsula, que era de mi misma opinión, me animó a asistir a la fiesta, así que no pude negarme.

El día previo, organizaban en la cafetería un encuentro (vamos, otra fiesta en toda regla) para todos los alumnos. Ponían la música a tope, bebían e interactuaban con algunos de los profesores que gustosamente se prestaban a seguir las indicaciones de sus alumnos enfebrecidos. Aquel año hubo un par de incidentes desafortunados en la cafetería que ni a Úrsula ni a mí nos gustaron, así que con el mayor de los disimulos nos fuimos, esperando que el día siguiente, en la verdadera fiesta, la cosa fuera mejor. Y no lo fue.

Habían montado una gran carpa cerca del campus, rodeada de barras de bar y barriles de cerveza. El ambiente ya estaba muy cargado cuando llegamos: muchos llevaban desde primera hora de la mañana dándolo todo y, a esas alturas, ya no sabían muy bien poner un pie enfrente del otro. Úrsula, Sonia y yo llegamos las últimas. Pedro, Raúl y Olivia, que ya llevaban un par de horas allí, vinieron a saludarnos muy animados, ofreciéndonos de sus copas y hablándonos en un idioma que yo no llegaba a comprender muy bien a pesar de que me era desgraciadamente conocido. Pedro y Olivia estaban sospechosamente agarrados cuando llegamos, pero al vernos Pedro disimuló

de manera bastante patética.

—Te ofrecería un poco de vino pero como ya sé que me vas a rechazar... —dijo Pedro en ese idioma incomprensible provocado por el alcohol.

—Rechazará la copa, panoli, no a ti... —dijo Olivia dándole una colleja.

—Bueno, a Pedro también le rechazaría —dije para picarle como siempre hacía.

En ese momento agarró a Olivia ofendido, y para sorpresa de todos, salvo para Raúl que ya estaba curado de espanto, le dio un beso desatinado, torpe y muy, muy poco romántico. Úrsula, Sonia y yo nos miramos sorprendidas y muertas de la risa, todo sea dicho. Inmediatamente después me miró victorioso y a todos, excepto a él, nos dio una risa descontrolada.

—Vaya, pues va ser cierto eso que dicen de que el alcohol desata las pasiones escondidas... No sabía yo que entre los dos había ese fuego oculto... —dije intentando ahogar la risa que me provocaba todo aquello. Y de verdad que no quería ofenderles, pero es que Pedro y Olivia pegaban como el agua y el aceite...

—Pues aléjate, no vaya a ser que a Pedro se le encienda la luz y te eche la caña a ti, que me parece a mí que se ha confundido de persona... —dijo Sonia levantando una ceja a modo de Sherlock Holmes.

—Hombre, gracias por lo que me toca... —dijo Olivia sin la más mínima muestra de sentirse ofendida. Le divertía tanto como a nosotras meterse con Pedro.

A este sí que le ofendió algo más, y muy indignado, cogió a Olivia de la mano y se fueron a pedir a la barra. El resto nos quedamos allí partiéndonos de la risa. Yo no bebí nada, salvo una botella de agua que me trajo muy amablemente Raúl. Úrsula se animó a beber cerveza y Sonia, que ya se había bebido su primera cerveza, desapareció de nuestro lado en cuanto Raúl le ofreció la segunda. Úrsula y yo nos miramos cómplices al intuir aquella historia que estaban empezando a tener.

El ambiente en aquella carpa se iba cargando bastante: Pedro y Olivia estaban a lo suyo algo más lejos, Sonia y Raúl habían desaparecido y Úrsula y yo nos quedamos bailando una enfrente de la otra con mucha energía, hasta que un grupo de estudiantes que no reconocí se acercaron de manera un tanto impetuosa. Nos hicieron un círculo y empezaron a gritar cual trogloditas. Me empecé a poner muy nerviosa, quizá me vinieron recuerdos que tenía aletargados de mi experiencia en Londres. Al verme tan incómoda, se envalentonaron y dejaron de lado a Úrsula. Todos se centraron en mí. Serían

tres, pero a mí me parecía que eran algo más de un equipo de fútbol. Uno de ellos se puso detrás de mí e intentó tocarme el trasero, yo le di tal empujón que cayó al suelo. Estaba muy nerviosa, y si no me frenan, yo creo que aquello podría haber acabado peor; tenía un genio un tanto peculiar cuando algún indeseable se creía en superioridad de condiciones, me gustaba dejarles claro que quizá estaban equivocados. En un par de palabras: tenía muy mala leche. Intenté apaciguar mis malas reacciones, pero al verme rodeada de tanto mongol, no pude quedarme parada y le empujé con toda mi saña. Aquello encendió más el ego de aquel cretino que, al verse en el suelo ante la risa de sus compañeros, se quiso enfrentar a mí de manera descontrolada. El resto de sus compañeros no pararon de burlarse de él y, ante tremenda ofensa, se levantó con los ojos encendidos en ira y me agarró intentando buscar mi boca. Esa es la manera de actuar de los ignorantes: primero rodearse de ignorantes similares a él para formar tribu y después, una vez comprobada la falta de compañerismo y empatía de sus iguales, actuar de la manera más burda, soez y asquerosa de la que un patán puede hacer gala, intentar someter a otra persona para reafirmar una superioridad inexistente.

En ese momento apareció Pedro más encendido que aquel salvaje y, controlando como pudo su rabia, separó a aquel individuo de mí.

—Oh, lo siento amigo... —le dijo aquel cobarde al verse sorprendido— no sabía que tenía novio.

—Y aunque no lo tuviera, ¿tú lo ves normal, imbécil?

Ahí quedó todo. Pedro me sacó de aquella fiesta y me acompañó hasta casa. Yo creo que fue a partir de ese momento en el que nuestra verdadera amistad empezó a fraguarse de manera más intensa.

—Vaya..., no sabía que tenías ese carácter —me dijo en el bus intentando bromear sobre el asunto, al verme que aún estaba un poco nerviosa—. Cualquiera te dice algo ahora.

Le sonreí como pude.

—Gracias, Pedro, pero no hace falta que te quedes —le dije cuando llegamos a mi casa.

—Vaya forma más diplomática de echarme... —se rio.

—No, hombre, lo digo porque puedes seguir con la fiesta, has dejado a Oli allí sin avisarla, estará buscándote.

—No te preocupes, ya le mandé un WhatsApp.

Y allí se quedó conmigo, tomándose una manzanilla y hablando de banalidades para desviar la conversación de aquel desagradable incidente.

IX

Después de aquel fin de semana, empezarían ya nuestras jornadas de estudio intensas y planificadas. Dejamos de intentar encontrar sitio en la biblioteca y nos quedamos estudiando en mi casa antes y después de las clases. Fueron jornadas bastante abrumadoras de estudio pero que acabaron dando su fruto.

Acabados los exámenes tuvimos unos días de relax mientras iban saliendo las notas. Los aprovechamos para pasarlos juntos, ya que después de las notas y de formalizar la matrícula del próximo curso, cada uno volaría hacia lugares diferentes. Pedro y Raúl se irían a recorrer Europa en tren y el resto de las chicas tenían sus vacaciones programadas con familiares o amigos..

Yo sí que tenía mis vacaciones planificadas. Me tocaba asumir un verano en la finca de mi abuelo, en la que inevitablemente me encontraría con Martín. Desde aquella conversación que tuvimos, no le había vuelto a ver y pensar en el reencuentro me incomodaba bastante, más que nada porque sabía que iba a ser duro verle sin poder estar con él. Busqué cientos de excusas para no tener que pasar el verano en la bodega, pero ninguna parecía ser lo suficientemente convincente para mi familia. Eso sí, pude retrasar un mes más mi estancia allí, con el pretexto de ir a visitar a mis hermanos a EE.UU. En agosto no me quedó más remedio que ir. Quedaba un mes para la vendimia y mi abuelo rezumaba por todos los poros de su piel aquel nerviosismo típico de todos los años. No era una buena época para quedarme con él, ya que las chispas saltarían por la más mínima cosa, pero era la época en la que casi, de forma obligada, tenía que responder como buena nieta de bodeguero. Tendría que andarme con cuidado con el tema de Martín para evitar que surgiera algún conflicto o algo que pudiera incomodar a alguno de los dos. Hacía bastante tiempo que no lo veía y, con el paso de los días, aquel sentimiento de amor roto se había ido esfumando, pero tenía miedo de que el volverle a ver me hiciera volver a desearle. Lo cierto era que aquella sería la única manera de disipar mis dudas y saber cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia él.

Llegué un sábado por la tarde sabiendo que no habría trabajadores, quería

ir asumiendo poco a poco mi nuevo destino aquel mes de agosto. Mis padres ya estaban allí. Era tradición que, un mes antes de la vendimia, nos alojáramos todos en la casa de mi abuelo para hacer frente a los duros meses a los que nos íbamos a enfrentar. Yo tuve la suerte de no vivir con demasiada intensidad aquella época del año, ya que la vendimia solía coincidir con los comienzos de curso y, salvo aquel par de años que pasé enclaustrada allí después de lo sucedido en Londres, pude vivir con bastante tranquilidad aquellos días de locura. Este año no sería diferente, así que intenté verlo con perspectiva y pensar que en un mes mi vida volvería a la normalidad.

El reencuentro con mi abuelo volvió a ser de lo más extraño. Su apasionado recibimiento me volvió a descuadrar, pero lo disfruté sin intentar ver más allá. Realmente desde aquel fin de semana que pasé con él, no le había vuelto a ver, y aunque fueron muchos meses sin tener demasiado contacto, salvo alguna llamada, a mí me sabía a gloria aquel distanciamiento. Todos sabían lo poco que me gustaba estar allí, así que jamás forzaron mi visitas ni mi presencia en eventos familiares, salvo el mes de agosto, claro.

Después de su efusivo recibimiento y el de mis padres, fuimos al salón donde ya estaba preparada una majestuosa mesa para la cena. Mi abuelo, como siempre, presidía la mesa, yo me coloqué lo más próxima a él para poder agradecerle lo que había hecho con Martín. El que eligiera el sitio más cercano a él fue un detalle que, vi perfectamente en sus ojos, le encantó. Pareció como si su orgullo fuera en aumento y su presencia en la mesa se hizo más visible. Ese detalle tan tonto me hizo sospechar que mi abuelo tenía serias dudas sobre mis sentimientos hacia él. Nunca nos mostramos cercanos el uno con el otro, su distanciamiento desde que yo era pequeña no me dio la suficiente confianza para abrirme con él y eso que yo era una niña muy cariñosa con todos. Jamás le dije un "te quiero", ni le di un abrazo espontáneo. Siempre esperé a que me lo diera él, y si lo hacía, yo le correspondía, ni más ni menos. Así era nuestra relación. Me dio un poco de pena pensar que desconocía mis sentimientos hacia él y me propuse que aquel mes de agosto tendría que demostrárselo, eso sí, dosificando mis arrebatos, no fuera a ser que el hombre lo malinterpretara y pensara que lo que buscaba era conseguir un mueble nuevo o un coche diferente...

La mesa me parecía demasiado grande para los pocos que éramos, así que llamé a Rosa para que se sentara con nosotros. A nadie le pareció mala idea, ya que formaba parte de aquella familia y no era la primera vez que comíamos juntos en la cocina.

Al principio se opuso, argumentando que era una cena familiar y que tendríamos que hablar de nuestras cosas, pero de forma increíble e inesperada, mi abuelo, sin decir nada, se dirigió a donde teníamos la vajilla, cogió un plato y un vaso y lo colocó en la mesa al lado suyo. En ese momento estaba tan sorprendida como encantada y quise correr a abrazarle, pero mi reticencia automática a frenar mis sentimientos hacia él era tan fuerte que me contuve involuntariamente. No así mi madre, que le frotó la espalda con cariño y orgullo. El sonrojo de Rosa durante los primeros instantes de la cena me hizo sospechar que entre los dos había pasado algo, y aunque no sabía muy bien qué podría ser, lo pude imaginar. "¡Ay, abuelo!.." Le imaginé invitándola a bailar y aquella imagen me causó una sonrisa que no pude disimular y que todos percibieron.

—Qué pasará por esa cabeza de chorlito —dijo mi abuelo mirándome de reojo.

La cena transcurrió con normalidad, de forma distendida. Charlamos de mis estudios, de mis hermanos, de la bodega... En un momento en el que la conversación estaba dirigida por mi padre, me incliné un poco hacia mi abuelo y le di las gracias, sabiendo que él entendería perfectamente a qué me refería. Sin inmutarse, dijo en voz baja, pero lo suficientemente clara para que le escuchara:

—Tú cumples, yo cumplo.

Rosa le miró de reojo y sonrió de manera casi imperceptible.

Poco después de la sobremesa, me subí a mi cuarto. Me tumbé en la cama y cogí mi libro. No me costó demasiado quedarme dormida, a pesar de que mi mente estaba ocupada pensando en cómo reaccionaría al ver a Martín, pero el cansancio me pudo más y dormí plácidamente toda la noche.

El domingo por la mañana no tuve más remedio que bajar a las bodegas. Mi abuelo me estuvo poniendo al día de cómo iban las cosas y todo lo que quedaba por hacer. Deberíamos contratar a más gente para la vendimia, ese año se preveía una buena cosecha y quería tenerlo todo a punto. Me dio la sorpresa de que al día siguiente él y yo nos iríamos a Madrid a hacer unas visitas. Yo sabía que a mi abuelo le gustaba llevarme con él a ese tipo de reuniones; me desenvolvía bastante bien y él se sentía más seguro sabiendo que poco a poco iba dominando el mundo de las relaciones empresariales. El domingo pasó rápido haciendo los preparativos para todo lo que se avecinaba.

El lunes nos levantamos pronto para el viaje. Desayunamos juntos mi abuelo, Rosa y yo.

—Qué raro, abuelo, que desayunes en la cocina... —le dije con media sonrisilla.

—Bueno, últimamente suelo bajar a desayunar aquí... —hizo una pausa— con Rosa. Tenías razón cuando me dijiste que era una tontería desayunar yo solo en mi habitación, teniendo a alguien con quien compartir conversación.

Miré a Rosa de soslayo y vi como se sonrojaba, disimuló levantándose a por la fruta.

—Abuelo, estás desconocido... Pero encantador. —Y le tiré una servilleta a la cara.

No nos entretuvimos demasiado, teníamos mucho trabajo en Madrid. Aquella ciudad llena de tráfico, humo, sirenas y pitidos de coches parados en algún atasco me ponía de muy mal humor. No le encontraba ningún encanto, todo me parecía gris y frío. De muchas las veces que viajé con mi abuelo a Madrid, en ninguna de ellas pude ver los encantos que todo el mundo le atribuye a esa ciudad. Nos solíamos alojar en un Hotel AC ya que estaban preparados para la gente de negocios, con salas de reuniones, gimnasio... A mí, particularmente, me parecían bastante cómodos ya que no tenía que hacer desplazamientos en busca de clientes o proveedores; concertábamos las citas allí mismo y todo era más fácil.

Ese día no nos alojamos en el hotel. Sería un viaje de ida y vuelta con el consiguiente cansancio que suponía, pero me daba igual. Estaba concienciada de que ese mes la cosa iba a ser así, de modo que lo único que quería era que pasara rápido, y a ser posible, ocupada para no tener demasiado tiempo para pensar. Cuando regresamos a casa estaba agotada. Cené una ensalada rápida y me fui a dormir. Descansé perfectamente, como hacía siempre que iba a la finca, gracias al aire puro que se respiraba y al cansancio que solía llevar encima. Al día siguiente, y de forma inevitable, vería por fin a Martín.

Estaba en la oficina con mi madre cuando sin previo aviso apareció saludándonos a todos de manera efusiva. Sabía que iba a encontrarme algún día por allí, pero no creyó que fuera tan pronto. Creo que se sorprendió al verme. A mí me dio un vuelco el corazón. Pensé que lo tenía superado, pero al volverle a ver sentí que las piernas se me aflojaban. Desde su regreso todos le habían aceptado de maravilla, incluso mucho mejor que cuando empezó. Era muy responsable y trabajador y en poco tiempo pudo ganarse de nuevo la confianza de todos, incluso se convirtió en la mano derecha de mi abuelo, que le enseñó todos los entresijos del funcionamiento de la bodega. Me sorprendió saber que le llevaba a las reuniones cuando yo no estaba.

Mi madre nos miró callada esperando algún gesto por parte de ambos, pero no lo vio. En el fondo yo creo que a ella aquella relación le hubiera gustado. Nos miramos y saludamos como compañeros de trabajo. Acto seguido vino mi abuelo y se lo llevó a otra oficina contigua. Le estuvo enseñando papeles y gesticulando como solía hacer siempre que se entusiasmaba con algo. De pronto me llamó para que fuera con ellos.

—Elisa, por favor, ¿puedes venir un momento?

Tragué saliva.

—Sí, ya voy.

—Martín va a bajar a las viñas porque un empleado me dijo que vio algo que no le gustó demasiado. Quiero que vayas con él y os aseguréis de que todo está bien.

Aquella confianza que depositó en ambos, después de todo lo que había pasado, me sobrecogió. Fue como una especie de visión, en ese momento entendí a la perfección lo que me quiso decir Martín el día que vino a verme a la facultad. Yo también, en ese preciso instante, me sentí en la obligación de no fallar a mi abuelo. Supe en aquel momento que mi relación con Martín jamás podría prosperar por el respeto que le debía. Subimos al todoterreno y fuimos hasta la viña afectada. Al principio hubo un silencio tenso, pero enseguida lo rompió queriendo deshacer aquella incómoda sensación.

—¿Qué tal llevas tu estancia aquí?

—Acostumbrándome, aunque he de confesar que algo más cómoda de lo que esperaba.

—Me alegro.

—¿Tú estás bien aquí? ¿Ha sido buena la acogida?

Me miró sonriente pero algo melancólico, me pareció.

—Bien, ya ves cómo me trata tu abuelo. Siento que formo parte de esto y me gusta poder ayudar.

Le sonreí, sabía que aquella armonía llevaba intrínseca una contrapartida importante: nuestro distanciamiento.

Llegamos a la viña y comprobamos que todo estaba bien. Eliminamos unos cuantos racimos que no estaban en perfecto estado para la recogida, y así evitar que en la vendimia algún empleado despistado los echara al cesto. Recorrimos todos los viñedos y separamos los que consideramos que a mi abuelo no le iban a gustar. Regresamos a la hora de comer, habíamos pasado toda la mañana trabajando juntos y evitando hablar de nosotros. Me fui con la sensación de que en una mañana había madurado, había asumido la

responsabilidad de apartar mis sentimientos en beneficio de todos.

Así fueron pasando los días para mi sorpresa, rápidos y ocupados, tremendamente ocupados. No me quedaba casi tiempo para pensar en mis sentimientos hacia Martín, aunque cada día cuando estábamos cerca, mi estómago hacía un giro de ciento ochenta grados y mi corazón latía a más revoluciones de las técnicamente convenientes.

—Elisa, por favor. Prepara una pequeña maleta para mañana. Nos vamos a Salamanca un par de días, tenemos una reunión con un posible cliente muy importante. Tenemos que ganárnoslo, sí o sí. —me dijo mi abuelo una mañana después de trabajar.

Un par de días sin ver a Martín me vendrían bien, descargaría aquella tensión acumulada de verle y no poder estar con él. A la mañana siguiente, bajé a desayunar y vi que no estaba mi abuelo. Me asusté pensando que había llegado tarde y creí morir.

—Tranquila, cariño —me dijo Rosa al verme preocupada—. Fue a buscar a Martín. En un rato pasarán a recogerte.

—¿A Martín? No entiendo.

—Si no he entendido mal, creo que va con vosotros...

No me lo podía creer, no sabía si aquello era parte de la confianza que había puesto en nosotros o una especie de tortura premeditada. La segunda opción, sin duda. Cuando llegaron estaba enfadada. Me subí en la parte trasera sin saludar, me puse los cascos con la música y no quise saber nada de nadie. Miré a mi abuelo, que me observaba por el retrovisor, con lo que me pareció, una sonrisa sádica. Llegamos pronto y nos acomodamos en tres habitaciones.

—¿Tres habitaciones? Qué raro, pensé que habías cogido dos, una para mí y la otra para los enamorados... —le dije rabiosa perdida—. Como últimamente vais a todos los sitios juntos..

—Elisa, no empecemos —dijo mi abuelo con su habitual tono censorador.

—Hombre, ya vuelve el abuelo que conozco... Estaba tardando.

Estaba muy enfadada y quería hacerle rabiar. Sabía que era una actitud infantil, pero no podía evitarlo.

Una vez acomodados, bajamos a la sala de reuniones a prepararlo todo. Poco a poco fui templando mis ánimos, cosa que agradecieron, porque trabajar conmigo enfadada no era demasiado alentador. Empezaron a llegar los futuros clientes. Eran tres hombres serios, con cara de pocos amigos y, por lo que me pareció en un principio, muy poco receptivos. Unos diez minutos después de empezar la reunión, mi abuelo puso una excusa y se marchó, así, sin más. Nos

dejó al frente de aquellos hombres que parecían mafiosos, sin saber muy bien cómo manejar aquella situación. Martín y yo nos miramos sorprendidos y seguimos la reunión intentando aparentar total normalidad, escondiendo nuestros nervios e inseguridades. Dos horas después acabamos con los clientes más prestigiosos que jamás habíamos tenido. Les invitamos a comer en uno de los mejores restaurantes de Salamanca para celebrar esa nueva relación que íbamos a establecer. Llamé a mi abuelo para comunicárselo pero tenía el móvil apagado. La comida fue amena y mucho más relajada de que lo que había sido la reunión. Aquellos mafiosos resultaron ser gente bastante divertida. Después nos despedimos y Martín y yo, al fin, nos quedamos solos. Descargamos tensiones con una risa nerviosa y un abrazo del que nos desprendimos en seguida. Nos quitábamos las palabras de la boca recordando cómo había ido todo, estábamos deseando contárselo a mi abuelo que, inexplicablemente, seguía incomunicado.

—¿Qué te parece si vamos a celebrarlo? —Me sorprendió aquello viniendo de él—. Te invito a una tila en la plaza mayor... —dijo riéndose.

—¡Planazo! De acuerdo.

Fuimos andando por las calles de Salamanca pero hacía un calor aplastante y tuvimos que meternos en el primer bar que vimos a tomar un helado. Los dos solos, relajados, mirándonos a los ojos... esos ojos azul cielo que eclipsaban todo lo demás. Hablábamos de la reunión, del trabajo, de todo lo que no tuviera que ver con nosotros, pero no tardó en llegar el silencio y nuestras miradas hablaron solas...

—Tienes un poco de helado en el labio —me dijo rompiendo el silencio.

Me lo quité rápidamente riéndome y un tanto avergonzada...

—De buena gana te lo hubiera quitado con mis labios...

Me quedé sin palabras al escuchar aquello de boca de Martín y deseé callarle con un beso que llevaba demasiado tiempo enquistado en mi corazón. Aquel comentario dejaba al descubierto al Martín sensible y romántico que no me habían dejado conocer. Algo se me removió por dentro. Bajé la mirada y, muy a mi pesar, sin decir nada, regresamos al hotel. Sabíamos que si seguíamos allí, lejos de mi abuelo, tendríamos la tentación de besarnos y ninguno de los dos queríamos traicionar la confianza que había puesto en nosotros.

Nada más llegar al hotel, le vimos sentado en un sillón de la recepción leyendo tranquilamente el periódico. Me dieron ganas de estrangularlo: nosotros sufriendo de los nervios y él allí, tan tranquilo, como si nada. "¡Yo le

mato, juro que le mato!"

—¿Se puede saber dónde te has metido? Te he estado llamando un montón de veces y tenías el móvil apagado...

—¿Ah sí? —Se hizo el despistado—. Se me debió acabar la batería.

—Sí, claro...

—Bueno, ¿qué tal fue todo al final?...

Martín y yo nos miramos orgullosos.

—Pues bien, dentro de lo que cabría esperar después de tu huida. —Hice un silencio mientras miraba su gesto de incredulidad—. Ya tienes un nuevo cliente.

—¿QUÉ? —gritó entre sorprendido y emocionado—. ¿Cómo que un nuevo cliente? ¿Lo habéis conseguido? Pero si eso era prácticamente imposible.

Martín y yo nos miramos comprendiendo al instante cuáles habían sido sus intenciones. "¡Será capullo!"

—Pues, sí. No fue fácil, pero lo conseguimos —le contesté con desgana por sentirme engañada, mientras él se reía a carcajadas como hacía años que no le veía reír.

—Os dejé para ver cómo os desenvolvíais sin mí, pensando que os iban a devorar aquellos lobos, sin la más mínima intención de que aquello marchara para adelante. Sabía que eran unos huesos duros que no tenían demasiado interés... ¡Ja, ja, ja! ¡esta sí que es buena!

Ese era mi abuelo, imposible de corregir. En el fondo me alegré de haber superado con creces aquella prueba y de haber evitado aquel encuentro con Martín, que hubiera descolorido la alegría y confianza que sentía mi abuelo por nosotros.

—Si queréis, después de cenar, podéis salir a bailar... —dijo con un tono suspicaz.

—Demasiada tensión acumulada, prefiero descansar... — "Ahora me viene con estas, ¡es incorregible!"

Me encerré en mi habitación y pensé en todo lo que había pasado. El aire acondicionado refrescó un poco mis emociones y templó mi ánimo pudiendo descansar un poco antes de ir a cenar. Necesitaba aquel tiempo a solas en mi habitación.

En la cena le contamos ya, con más detalle, cómo había transcurrido la reunión y la comida. Movía la cabeza asintiendo en cada detalle importante. Martín, que por lo general siempre se mantenía distante y callado, participó de

aquel relato, más sabiendo que mi abuelo jamás pensó que pudiéramos conseguirlo.

Cuando regresamos a la finca al día siguiente, mi abuelo fue el primero en notificar aquel gran triunfo a mi familia. Mis padres me miraron orgullosos y yo tuve la sensación de que, a partir de aquel momento, todos volveríamos a relajarnos y las tensiones y preocupaciones que pudieran quedar de aquel viaje a Londres quedarían definitivamente enterradas.

X

Los días transcurrían con la misma rutina de trabajo. Siempre había algún detalle que solucionar, algún contrato que revisar o facturas que poner al día. El trabajo en la oficina me gustaba y agradecía a mi abuelo el que no me enviara a las viñas a pasar un calor sofocante al lado de Martín. Aún así, seguíamos viéndonos todos los días. Entraba y salía de la oficina constantemente y muchas veces nuestras manos se entrelazaban voluntariamente al entregarnos cualquier documento. Con el paso de las semanas, ya había asumido que aquello jamás podría ser posible y mi amor por él fue suavizándose, a pesar de que cada vez que le veía, se me removía el cuerpo.

Se acercaba septiembre y mi partida era inminente. La finca en pocos días se llenaría de empleados y el jaleo sería inevitable. Los nervios ya estaban a flor de piel y la tensión con mi abuelo iba aumentando a cada día que pasaba. Decidí anticipar mi regreso a casa para disgusto y enfado de mi abuelo, cómo no... Estaba deseosa de volver a mi rutina, a las clases, mis estudios y dejar aquella finca cuya tranquilidad momentánea estaba a punto de resquebrajarse. Deseaba volver a ver a mis amigos, estar juntos, contarnos nuestras cosas y abrazarlos, sobre todo abrazarlos. A pesar de que hablábamos casi todos los días, (excepto con Raúl y Pedro, que andaban perdidos por Europa), su presencia física me hacía falta. Le comenté a mi madre la necesidad que tenía de verles y las ganas de pasar un rato con ellos allí, en la finca. No sé cómo lo consiguió viendo la tensión que se estaba generando con mi abuelo, pero a petición de mi madre, este aceptó invitar a mis amigos el último fin de semana. Yo estaba como loca, no me lo podía creer. Fui corriendo a agradecerse y me respondió con un “espero no tener que arrepentirme”. Así era mi abuelo, todo amor.

Entre Rosa y yo lo preparamos todo para su llegada. Vendrían todos en el coche de Sonia y me los podía imaginar apretados como sardinas enlatadas cantando y festejando lo que podía ser un gran fin de semana. Cuando llegaron

y les vi bajar del coche, todos me parecían más guapos y más adultos. Fue una impresión nada equivocada, como si aquel verano todos hubiéramos madurado de manera irremediable. Sentía cómo los chicos que se habían despedido en junio se saludaban ahora en septiembre como hombres y mujeres renovados. Les abracé como si no les hubiera visto en años y realmente así me parecía. Subimos a las habitaciones, ellas dormirían conmigo y ellos en otra habitación. Hice las presentaciones pertinentes y poco después fuimos a dar un paseo por la finca.

—Madre mía, si esto parece *Falcon Crest*... —dijo Raúl un tanto impresionado.

—¡Qué va! de verdad no es tan grande. Esta es una bodega modesta, nada que ver con lo que hay por los alrededores...

Me parecía mentira estar paseando con ellos por allí, estaba feliz... Bajamos hasta las bodegas y vimos a Martín a lo lejos. Nos acercamos y les presenté de manera oficial, a pesar de que ya se habían visto el día que fue a la facultad. Pedro me miró de reojo intentando sacar algo en claro de mi reacción. Me di cuenta de que le picaba la curiosidad de saber qué había pasado aquellas semanas allí con él.

Cuando nos alejamos de Martín, pude ver que no solo era a él a quien le podía la curiosidad, todos se abalanzaron para interrogarme. Mis respuestas fueron muy poco satisfactorias para Úrsula y Olivia que se imaginaban un romance con final feliz. El resto pareció entender bastante bien la situación y no siguieron con el tema.

Rosa nos había preparado una cena espectacular e incluso, a petición de mi abuelo, había abierto una botella de su bodega. Miré extrañada a Rosa que me hizo un gesto con los hombros.

—Abuelo... Si me pones esta tentación aquí, no sé si podré resistirme — le grité irónicamente sabiendo que estaba en la biblioteca escuchándome.

—Si se te ocurre tocar eso, la botella acabará estallada en tu cabeza.

—Ese es mi abuelo, chicos, todo amor...

No pudieron contener la risa y se oyeron las carcajadas por toda la casa. Estábamos solos en la mesa, mi familia había cenado antes en la cocina para dejarnos disfrutar de nuestras conversaciones a solas. Pasamos una velada extraordinaria de risas, confidencias y muchos, muchos planes. Estuvimos hablando del curso que teníamos por delante. Pedro y yo coincidíamos en todas las clases, el resto tenían alguna que otra asignatura distinta. Revisamos los horarios y comprobamos que el curso que estaba a punto de empezar se

avecinaba más duro que el anterior. Todos estábamos deseando comenzar y conocer a los nuevos profesores. Revisando las asignaturas, vimos que tan solo coincidíamos con un profesor del año pasado, el resto serían nuevos. Nos dieron las tantas hablando de nuestras cosas y al final, muertos de cansancio, decidimos subir a descansar.

A la mañana siguiente, Rosa nos había preparado el desayuno en la terraza. Hacía calor y daba gusto estar allí. Pasamos la mañana disfrutando del lugar y de nuestra compañía.

—Bueno y, vosotros, ¿qué? —pregunté a Pedro y Olivia...

—¿Qué de qué? —dijo Pedro restando importancia a lo que había pasado en la fiesta.

Olivia le agarró dándole un beso muy cómico en la mejilla.

—Nuestro amor fue un romance de media noche... —dijo teatralizando.

—Bueno y de alguna noche más, para qué engañarnos —apuntó Raúl.

—No estamos juntos, si es lo que preguntas —me contestó secamente Pedro.

—A Dios gracias —añadió Olivia—. Si te llegas a enamorar de mí... Hubiera sido tan triste...

Pedro la miró con una sonrisa forzada de oreja a oreja y prefirió no seguir con las bromas, cosa que agradecimos todos. A Raúl y a Sonia no les pregunté nada, porque siempre supimos que se gustaban y no quise romper aquella magia que tenían a escondidas, a pesar de que todos sabíamos lo que pasaba entre ellos.

La comida la hicimos en el jardín con toda la familia. Martín incluido. Desde hacía unas semanas mi abuelo le había acomodado la casa que tenía para los empleados que venían a la vendimia. Era grande para alojar a todos sin problemas. Le dio la opción de usarla siempre que quisiera para no estar yendo y viniendo desde su casa. Al tener ya demasiada carga de trabajo, Martín aceptó y, como ya casi era uno más de la familia, venía a comer muchos días con nosotros. Aquel día, y por petición de mi familia, fue uno de esos. Era mi última comida allí en muchos meses y querían despedirme todos juntos. Lo pasamos bien, Martín y yo aún cruzamos algunas miradas, pero ya nada que ver con las miradas de los primeros días. Pedro observaba todo como si le fuera la vida en ello y, cada poco, me hacía gestos con la cara que yo no sabía interpretar muy bien. Supongo que se preguntaba qué hacía Martín comiendo con nosotros.

La comida fue distendida, pero yo estaba deseando dejar aquello de una

vez. Cuando decidimos marchar, todo eran excusas por parte de mi madre para retener un poco más el momento. "Toma esto, no te olvides de aquello". No había manera de salir de allí.

Al final conseguí meter todo en el coche y las despedidas y abrazos se volvieron a eternizar en el tiempo. Cuando le tocó el turno a Martín y nos despedimos, pudimos notar la mirada de todos en nuestras nuca. Miradas de recelo buscando cualquier tipo de señal que hiciera sospechar que nuestra relación aún no había acabado. Fue una despedida fría para disgusto nuestro, pero fue lo mejor que pudimos hacer para dejar definitivamente zanjado aquel tema.

Dejamos que Sonia y Raúl fueran solos en su coche para facilitarles una tarde a solas, ya que todos, a pesar de que jamás lo comentamos, sabíamos lo que tenían. El resto fuimos en mi coche, cosa de la que al final me arrepentí por el continuo interrogatorio de Pedro y los constantes piques entre Olivia y él. Yo miraba a Úrsula por el retrovisor que agitaba la cabeza de un lado para otro con los ojos en blanco. Me encantaba volver a estar con ellos. ¡Cuánto les había echado de menos!

Al ir alejándome de la bodega, noté cómo el aire entraba de nuevo en mis pulmones y podía respirar. Después de un mes de reclutamiento trabajando a marchas forzadas, todo aquello había acabado y volvería a mi casa, con mis libros, a la facultad...

Dejé a todos en sus casas y, como siempre que regresaba a la mía después de estar un tiempo fuera, me pareció más y más bonita... Me sentí en casa, en mi hogar. Dejé las maletas en el suelo y abrí todas las ventanas, aún olía a verano. Tuve la imperiosa necesidad de tener plantas y pensé en comprarlas al día siguiente. Aún recuerdo aquella sensación de paz, de bienestar...

Rápidamente abrí la nevera y metí todo lo que entre mi madre y Rosa me habían dado. Gracias a eso tuve para cenar y desayunar al día siguiente, si no, me hubiera tocado pedir comida para cenar y desayunar fuera y eso era algo que, por norma general, no me gustaba hacer.. Eché de nuevo una mirada rápida al apartamento y me fijé en lo bien que lo habíamos amueblado. Fui consciente de la suerte que tenía al ser de aquella familia, a pesar del carácter de mi abuelo. Si no fuera por él, no hubiera tenido aquel apartamento y me hubiera tocado ir y venir como muchos estudiantes o compartir piso, como era el caso de Pedro.

Deshice las maletas y me di un baño relajante de sales y espuma. No tenía horarios, no tenía obligaciones, podía hacer lo que quisiera... No pensé en

Martín ni en nada relacionado con la bodega. Sí pensé en la universidad, en que en unos días, empezarían las clases y tenía que tener todo preparado. Me invadió la sensación de que aquel curso sería especial, inolvidable... No estaba equivocada.

XI

Llegó el gran día, el momento que tanto había esperado. Por fin empezaba el curso. Aquella primera semana sería bastante relajada mientras se iban presentando los profesores y las asignaturas, mientras nos adaptábamos todos al nuevo curso... pero después, todo volvería a empezar y volveríamos a coger nuestra rutina de clases y estudios. Ese año, nuestra primera clase sería Historia Medieval, ya empezábamos a meternos en lo que realmente me gustaba.

El primer curso se centró más en el concepto de Historia, Política, Sociedades, etc y fue un poco tostón, la verdad. El caso es que, superado aquel año con muy buena nota, aún siendo el curso que menos me gustaba, presagiaba que la cosa ese segundo año también iba a ir bien, si no mejor. Empezar con Medieval no estaba mal, aunque tampoco es que fuera la asignatura que más me motivara.

La clase empezaba a las cinco y nosotros quedamos una hora antes para pasear un poco por los pasillos y estrenar ese año la cafetería. Al entrar todo seguía igual, el mismo olor y la misma sensación de grandeza. La diferencia con respecto al año anterior radicaba en que ya no éramos novatos. Ya no sentíamos aquel vértigo del no saber y de no poder controlar las cosas. Entramos en la facultad con seguridad y confianza, fijándonos en las caras de los que empezaban por primera vez ese año y nos sentimos identificados con ellos, cuando el curso anterior todo era nuevo y no sabíamos muy bien a dónde ir .

Dimos un par de vueltas por allí y al rato entramos en la cafetería que, para nuestra sorpresa, estaba tan llena como el día que nos fuimos. Encontramos sitio en la barra al lado de un grupo de profesores, entre los que se encontraba Clara, que sería nuestra profesora de Patrimonio y a la que todavía no conocíamos. Me fijé en ella porque me pareció una mujer muy graciosa por su manera de gesticular y hablar atropelladamente.

En aquel momento se empezó a crear un algo, un no sé qué en el ambiente,

que me inundó de ilusión, de esperanzas y ganas de empezar aquel curso. Tardamos demasiado tiempo en conseguir que nos atendiera el chico de la barra y al final tuvimos que tomar el café de prisa y corriendo presumiendo que llegaríamos tarde a nuestra primera hora de clase. Efectivamente, cuando llegamos a clase el profesor ya estaba dentro sacando algunos folios de su maletín. Al vernos llegar nos dedicó una delicada sonrisa a modo de bienvenida y nos animó entrar con la mano. En ese momento intuí que ese no sería el único de sus encantos.

Úrsula y yo nos miramos de inmediato y entendimos a la perfección lo que pensábamos de aquel desconocido profesor. Nos dimos un pequeño empujón cómplice, echándonos a reír disimuladamente. Olivia, que iba detrás, no se percató de él hasta que estuvo prácticamente sentada.

—¡COÑO! —dijo en cuanto lo vio.

A punto estuve de soltar una carcajada a pleno pulmón cuando vi que el profesor la miró extrañado. Al principio, todos creímos que se trataba de un sustituto al ser demasiado joven para lo que estábamos acostumbrados, pero enseguida nos sacó de dudas.

—A ver, silencio, id cogiendo asiento, por favor.

Su voz era firme y segura, invadía por completo el aula y le aportaba a la clase un toque demasiado sensual para tratarse de un profesor de Historia. Irremediamente todas las chicas nos miramos las unas a las otras con caras más que pícaras en muchos casos, guardando silencio y, cómo no, abriendo los ojos de par en par. Debía tener unos treinta y algo, alto, buen porte, pelo corto y bien arreglado. Era... atractivo, extremadamente atractivo, lo que le llegaba a aportar una belleza que casi rozaba la perfección. Vestía unos vaqueros con una camisa blanca con un par de botones desabrochados y una americana que le otorgaba la seriedad y la cátedra que su aspecto no le concedía mostrar.

—Buenas tardes, me llamo Arturo, Arturo Losada y soy catedrático desde hace ya varios años en esta universidad. Como habréis intuido, voy a ser vuestro profesor de Historia Medieval. Sí, sí, si... antes de que hagáis algún comentario... Arturo... Historia Medieval, sí ya lo sé, ironías de la vida. —Y dejó salir una fantástica sonrisa que cautivó a todos y cada uno de los alumnos que estábamos allí presentes. Nos había ganado—. Pero para eso estoy yo, para romper esa imagen que muchos tenéis de este período de la Historia y alejarla del rey Arturo, de la mesa redonda y de Robin de los Bosques.

Al acabar la clase, no pudimos por menos y nuestros comentarios fueron todos dirigidos al nuevo profesor y muy pocos a la asignatura en sí. Estábamos

todas como enloquecidas, Pedro no paraba de burlarse de nosotras y es que, la verdad, no era para menos. Digo todas... pero tendría que marcar una excepción. Una alumna, de más o menos la edad del profesor Losada, permaneció seria prácticamente toda la clase, salvo en los momentos en los que él se dirigía a ella para que corroborara algún detalle o algo significativo de lo que iba a ocurrir durante el curso en su asignatura, por lo que todos intuimos que Inma, así se llamaba, no era la primera vez que cursaba esa asignatura. Su mirada altiva al pasar por nuestro lado no pasó desapercibida para ninguno de los que estábamos allí que nos miramos con gestos cómicos. Encantadas, esa era la palabra exacta de cómo nos sentíamos con nuestro nuevo profesor, al menos sería un aliciente más para ir contentas a clase...

—Madre mía, yo no le había visto pero cuando empezó a hablar y levanté la cabeza... casi me desmayo —comentó Olivia exagerando sus gestos para darle mayor énfasis al asunto.

—¡Ja, ja, ja!, no, si ya te vimos.... Pues Úrsula y yo lo vimos nada más entrar —apunté dándole un codazo a Úrsula para que lo corroborase.

—Hacia años que no veía a un tío tan guapo... y qué estilo, ¿verdad? —dijo Úrsula.

—Pues yo creo que la asignatura parece bastante tostón, ¿no crees Pedro? —le dijo Raúl intentando desviar el tema de conversación.

—Igual de tostón que el profesor que se va de *dandy* —dijo Pedro dejando ver los celos que le provocaba en su ego aquel profesor.

Al decir eso, todos nos miramos con los ojos como platos creyendo no haber escuchado bien y las carcajadas no tardaron en saltar.

Seguimos la tarde con la presentación del resto de asignaturas y profesores, uno de ellos era Clara, la mujer que había visto horas antes en la cafetería y en la que me había fijado. El resto de la semana pasó sin ninguna novedad, presentación de profesores y poco más, aunque sí notamos que la cosa empezaba a ser algo más dura desde el minuto uno. Los temarios eran amplios y muchos de los profesores ya el mismo día de la presentación empezaron sus clases.

Ese segundo año tenía visos de ser mucho más complicado, aunque también mucho más interesante, y no, no lo digo por el profesor de Medieval, lo digo por las asignaturas y todo lo que estábamos por aprender. Nos metíamos de lleno en la Historia, dejando atrás los conceptos y las teorías propias del primer curso. Cada asignatura tenía algo interesante, quitando Prehistoria, que nunca me entusiasmó demasiado, todas me gustaban por algo.

A pesar de que el momento de la historia que más me gustaba era el siglo XIX, en concreto y en su defecto la historia del mundo contemporáneo, en ese segundo año estaba descubriendo asignaturas que empezaban a entusiasmarme de manera inesperada dando una vuelta de tuerca a mis preferencias.

—Voy cogiendo sitio en la biblio —me dijo Pedro según pasó corriendo por mi lado.

—¡Por ahí está la cafetería, payaso! ¡Ja, ja, ja, ja!

XII

Llevábamos cerca de dos meses en este nuevo curso y ya estábamos metidos totalmente en faena y eso quería decir que nuestras horitas en cafetería no nos las quitaba nadie.

Una tarde, en uno de esos descansos, coincidimos en la barra intentando pedir con un grupo de profesores entre los que se encontraba el profesor Losada. Las risillas y los codazos entre nosotras fueron inevitables (como cada día que teníamos clase con él), frente a las caras de descontento de nuestros queridos Raúl y Pedro, que empezaban a estar cansados del protagonismo que les robaba aquel profesor.

—Si no les importa, nosotros nos quedamos aquí cerca de ustedes, que fijo les sirven antes. Llevamos una hora intentando pedir y no hay manera, ¡ja, ja, ja! —dijo Pedro al grupo de profesores con su simpatía innata que hacía sacar el buen humor a todo el mundo.

—No es broma, en esta cafetería es imposible pedir y que te sirvan pronto, así ¿cómo vamos a llegar puntuales a clase? —apuntilló Olivia una manera graciosa y espontánea, mientras se colocaba disimuladamente al lado de Losada.

Todas nos miramos como sorprendidas y él le dedicó una de esas sonrisas que dejan sin aliento. He de confesar que en ese momento sentí una especie de envidia que me recorrió desde el estómago hasta mi rostro, que enrojeció de manera repentina sin saber muy bien por qué, quizá, por la vergüenza de que alguien pudiera leer mi mente y ver esos celos sin sentido que me surgieron de improviso.

—A ver, hombre, sirve a estos chicos, que se les va a pasar la hora de ir a clase y seguro que no está en sus planes faltar, ¿verdad? —le dijo Losada al camarero en tono burlón mientras miraba a Olivia con aquella sonrisa que parecía no tener fin.

—¡Nooo, no, no, qué va! desde luego eso no formaba parte de nuestro plan —alegó Pedro provocando la risa de todos los que estábamos allí.

Pasados unos quince minutos, y ya con la cafeína en nuestros cuerpos, recogimos

nuestras cosas y nos disponíamos a salir cuando, una voz firme y un tanto seductora,

captó nuestra atención.

—Señorita Rivas, se deja el boli en la barra.

Me giré y vi a Losada con esa sonrisa cautivadora que le había ofrecido anteriormente a Olivia, ofreciéndome el bolígrafo con su mano. "Deja de babear que te lo va a notar", ¡chica, anda bien!, un pie primero, el otro después, bien, Elisa, bien... Leche qué manera de temblar. ¡Pero cómo puede estar tan bueno este tío! Céntrate, Elisa..." Segundos, de verdad que fueron segundos los que tardé en llegar hasta él a pesar de que a mí me pareciera haber recorrido una media maratón. Y no solo por lo sofocada que llegué, sino porque el corazón, que tenía en la boca, no parecía querer volver a su sitio. Temí hablar y vomitárselo encima: "tenga, es todo suyo..." Aquella mirada penetrante puesta en mí, acompañada de esa media sonrisa, no ayudó a tranquilizarme. Juro que por un momento dejé de pisar el suelo.

—Aquí tiene su boli —dijo mientras me lo ofrecía rozando mi mano sin disimulo—, muy bonito, por cierto.

—Gracias —respondí alegrándome de no haber escupido el corazón.

Dirigió la mirada al grupo y dijo:

—Les veo en una hora en clase y espero verles a todos. —Y bajó (digo bajó porque realmente era alto) la mirada hacia mí según pronunciaba esas últimas palabras.

Le devolví la mirada y me fui envuelta en una sobredosis de serotonina, dopamina y endorfina. Vamos, que iba como flotando en una nube de embobamiento perpetuo de la que enseguida me bajaron todas con sus codazos y risitas, avergonzándose más si cabe, porque seguía notando su mirada clavada en mi espalda.

—¿Señorita Rivas? Pero qué coño es eso —dijo Olivia—. Ha sonado un poco a flirteo, ¿no creéis? ¡Uy, uy, uy!... ¡ja, ja, ja!

—¿Pero serás payasa? y tú qué, ¿eh? Todos hemos visto esa sonrisa y esa caída de ojos que te ha dedicado...

—Sí y también hemos visto cómo "el depredador rodea a su presa" —dijo Pedro gesticulando y poniendo voz de documental—. Qué descarada eres Oli... Casi no se te ha notado que te arrimabas a él.

—¡Están tontas! —intervino Raúl echando una mirada fulminante a

Sonia...

—Pero mira qué pavas todas, se ponen como tontas con el profesor ese... —se burló Pedro— que lo único que hace es reírse de lo tontas que se ponen cuando le ven. Se os nota demasiado chicas... Disimulad un poco, que dais vergüenza ajena.

—Claro, se ponen en primera fila, bien cerquita para no perderse detalle... ¡Cómo no se va a fijar con lo descaradas que sois!! —protestó Raúl, un tanto celoso.

—Ya, pero por mucho que queramos, el profesor Losada solo tiene ojos para su más, mejor alumna, Inma, ¡ja, ja, ja! —apuntó Sonia, sabiendo que el desviar el tema hacia otra mujer lo iba a agradecer Raúl. "Ya te vale Sonia, qué manera de bajarme de la nube, chica. No me hubiera importado seguir flotando un poquito más, mujer".

Todos reímos. La conversación había tomado un aire jocoso y nadie le dio más importancia a aquellos detalles, en los que yo sí me fijé y en los que pensaría horas después.

Cinco minutos antes de empezar la clase del profesor Losada, me noté nerviosa. Ay amiga... aquello cada vez era más difícil de controlar. Estábamos todos hablando en la entrada del aula como hacíamos habitualmente, cuando se me empezaron a congelar las manos y me comenzó a entrar un sudor frío que paralizó cada una de mis neuronas. En mi cabeza empezaron a resonar las palabras de Losada: "señorita Rivas, aquí tiene su boli, muy bonito, por cierto" y me sorprendí a mí misma soñando con que me hiciera algún gesto en clase que me pudiera dar alas para albergar algún tipo de sentimiento por mí. "Seré boba..." Sí, así fue como me sentí cuando le vi llegar, ¿qué tonterías estaba pensando? ¡Ni cuando pasé la adolescencia tuve tanta estupidez! ¿Cómo iba a fijarse en mí? Sí, vale, hacía tiempo que notaba que me miraba un poquito más que al resto, pero en aquel momento no supe diferenciar si aquellas miradas eran reales o fruto de mi imaginación porque, por aquel entonces cuando le veía llegar, mi mente viajaba a un mundo de purpurina donde no podía discernir muy bien la realidad de la fantasía. Cada día tenía más ganas de que empezase su clase y no porque me encantase la asignatura sino para poder verle. Nunca comenté aquello con mis compañeros y bromeaba sobre Arturo y sus actitudes en clase como cualquiera, aunque avergonzada, eso sí, por sentir que me gustaba cada día más. Fue muy pronto cuando empecé a sentir esa atracción por él y muchas veces me enfadaba conmigo misma por tener aquel comportamiento tan infantil. Pero... no podía,

cada día me era más difícil reprimir mis ganas de verle y de imaginarme correspondida.

—Venga, chicos, para dentro —dijo Losada mientras hacía un gesto para que entráramos.

Ya en plena clase, su gesto seguía totalmente neutro, como cualquier otro día, no paraba de exponer y la necesidad de coger apuntes hizo que se disiparan rápidamente esas ensoñaciones. Solo unos minutos antes de acabar la clase, todos pudimos relajarnos y volvieron mis esperanzas de que me hiciera algún gesto exclusivo, una mirada, una sonrisa... ¡Algo! "Boba, más que boba". En vez de eso, volcó una vez más su atención en Inma.

—Y para acabar, comentarles que le voy a dejar a su compañera Inma unos documentos para que los deje en reprografía. Hagan fotocopias porque es una bibliografía bastante interesante para complementar con los apuntes. Nada más, pasen un buen fin de semana. Nos vemos el lunes.

¡Y eso fue todo! Después del embobamiento perpetuo en el que me encerró con su "Señorita Rivas, aquí tiene su boli, muy bonito, por cierto", era todo lo que tenía que decir... Me sentí muy idiota, otra vez, sentimiento que me acompañó por mucho tiempo cada vez que acabábamos su clase.

Salimos y seguimos charlando como siempre en el pasillo esperando al siguiente profesor, pero en mi cabeza se lidiaban otras batallas. Fue a partir de ese día cuando acepté que el profesor Losada me gustaba. A pesar de mis luchas internas, tuve que asumir cuáles eran mis sentimientos por él al darme cuenta del vacío que sentía cuando acababan sus clases y de lo aturdida que me dejaba cada vez que se iba sin mostrarme un mínimo de atención. Luego me pasaba el resto del día pensando en él y, cuando no teníamos clase, me sorprendía mirando por los pasillos o cafetería deseando encontrarle y verle aunque fueran solo unos segundos. Después me abofeteaba de nuevo la cruda realidad y me sentía patética al pensar así.

Aquella tarde, de vuelta a casa en el bus, recreé una y otra vez la escena de la cafetería y me volví a avergonzar por pensar en un profesor así, por el simple hecho de que me dijera "señorita Rivas, aquí tiene su boli, muy bonito, por cierto". Pero no fue solo eso, en sus palabras había algo... o no, quizá volvía a ser mi imaginación... "pero, ¿qué me dices de ese roce con la mano, Elisa? No, para, déjalo:"

Dejé de prestar atención a la batalla que había en mi cabeza cuando Úrsula se sentó conmigo, después de que el compañero que tenía al lado se bajara en la primera parada. Conversamos sobre las clases, los próximos

exámenes y fue como si me bajara de golpe a la tierra. Se esfumaron aquellas ensoñaciones y pude visualizar la situación real: un profesor siendo simpático con un grupo de alumnos entre los que me encontraba yo, ni más ni menos.

XIII

El lunes teníamos clase de Historia Medieval a primera hora y ninguno volvimos a hacer referencia a lo que había pasado el viernes, por lo que se confirmaba mi teoría sobre la insignificancia del asunto, al que yo había dado una importancia exagerada ("claro... ¡pero ellos no notaron cómo me rozó la mano cuando... No, Elisa , no sigas por ahí") atribuyendo al detalle una connotación sentimental por parte del profesor. Estupidez máxima. Se me escapó una pequeña sonrisa de la que nadie fue consciente al ver lo estúpida que había sido.

—A clase, chicos... —Acababa de llegar.

Mis manos como siempre frías, mi corazón acelerado. La clase transcurrió con normalidad hasta que al terminar hizo un pequeño inciso que me cayó como un jarro de agua fría.

—Pues nada más, les veo el miércoles. Ah, se me olvidaba decirles que su compañera Inma me comentó esta mañana que ya tienen disponibles las fotocopias en reprografía —dijo en tono neutro dando por finalizada la clase.

Mientras mis compañeros fueron saliendo, yo me quedé en el sitio disimulando ordenar los apuntes, cuando realmente lo que estaba, era, ordenando en mi cabeza el desbarajuste de sentimientos que me habían producido sus palabras. "Otra vez mencionando a Inma!, pero ¿por qué todos los días tiene que hablar de ella!? ¿Y por qué narices habló con él por la mañana si no tiene clase hasta por la tarde? ¿Acaso fue a su despacho?, ¿se encontrarían en los pasillos?, ¿se encontrarían en la cafetería y ya de paso tomarían algo juntos?, ¿acaso se ven fuera de la facultad?". Esas eran tan solo unas pocas de todas las posibilidades que se me ocurrieron que podían haber pasado por un simple comentario sin más importancia. Aquello era de locos... le buscaba las vueltas a todo lo que decía. Una vez pasada esa vorágine de pensamientos y absurdidades, me tranquilicé. Volví a la realidad y empecé a sentirme otra vez ridícula al pensar de aquella manera.

Coloqué todo para la siguiente clase y, cuando me disponía a levantarme,

me di cuenta de que Losada seguía en su mesa recogiendo sus cosas. Levanté la cabeza y vi que tenía su mirada puesta en mí. Terminó de recoger y sin dejar de mirarme dijo un "hasta el miércoles" a todos los que aún estábamos en clase que me pareció que iba solo dirigido a mí. Ayyyy... suspiro máximo.

Me sentí alagada e intimidada a partes iguales. ¿Habría notado en mi cara todo lo que pasaba por mi mente? ¿Significaba algo esa mirada? Volvía a cuestionar de nuevo todo. Tenía que dejar de pensar así o acabaría mal de la cabeza. ¡Qué cansina era!... Pero lo cierto fue que, a pesar de mis propias contradicciones, aquella mirada me ilusionó.

En la siguiente hora no daba pie con bola, era incapaz de coger apuntes, estaba nerviosa pensando en él, preguntándome una y otra vez si era fruto de mi imaginación o si realmente me estaba lanzando señales. Me parecía surrealista que un profesor perdiera el tiempo en hacer esas tonterías para captar la atención de alguien, pero por otra parte... ¿Serían mis ganas de gustarle lo que me hacía interpretar sus gestos como mensajes escondidos?... Estaba mal... muy mal de la cabeza. Las dudas iban y venían, pero el recuerdo de verle mirándome permanecía perenne. Me costó otra hora más recomponer la compostura y focalizar mi atención en las clases. Una vez que el subidón de hormonas alcanzaron sus niveles óptimos de normalidad, pude sacar en claro que la atracción que sentía por él cada vez era más fuerte. ¡Madre mía, si es que me volvía loca solamente con verle llegar!

Esa tarde tuve que dedicar otra hora más en la biblioteca, pasando los apuntes que no había sido capaz de coger en clase y que mis compañeros me facilitaron sin ningún problema, aunque Pedro que, como siempre, se cuestionaba todo lo que yo hacía, no pudo dejar de preguntarme qué necesidad tenía de los apuntes si había estado en clase.

—Chico, ¿tú nunca te distraes? —le dije un poco enfadada.

—¡Ja, ja, ja! ¿con el profesor Valdivieso? —se rio Olivia sin poder evitarlo—. Si me hubieras dicho que te distrajiste con Losada lo hubiera entendido, pero con Valdivieso...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, Valdivieso tiene su punto con ese bigote amarillento, ¡me dirás que no! —contesté intentando ignorar la mirada interrogante de Pedro.

Y es que le quería mucho, de verdad, pero a veces era demasiado pesado, no me pasaba una y en ocasiones conseguía ponerme de muy mal humor con sus comentarios. No me quedaba nada por aguantar... Todos nos reímos bromeando con el asunto. Gracias a aquellos momentos con ellos, lograba

desenfocar la terquedad de mi mente por centrarse únicamente en Losada .

Era tarde cuando decidí marchar a casa, pero o me iba o perdía el bus y no me apetecía nada tener que esperar otra media hora a que llegara el siguiente, así que le devolví los apuntes a Pedro y me marché corriendo a la parada. Obstaculizando la salida de la facultad había un grupo de profesores ensimismados hablando de sus cosas. Yo, viendo a lo lejos cómo el bus se acercaba a la parada, aceleré el paso agobiada porque veía que no llegaba. A medida que me acercaba a la puerta, fui intuyendo la figura de Losada y no solo aceleré el paso, sino que irremediamente se aceleró también mi corazón. En un gesto casual, o quizá instintivo, al notar cómo un torbellino se acercaba peligrosamente hacia ellos, giró la cabeza y se encontró con mi figura que se acercaba de manera avasalladora hacia ellos. Sonrió, imagino, al verme colorada y tan apresurada. En el corto trayecto que hubo entre donde yo estaba y ellos, no me apartó la mirada con lo que consiguió que, cuando ya estaba muy cerca del grupo, mi cara hubiera tomado un matiz algo más que colorado.

—Perdón —dije al grupo mostrándome segura e intentando hacerme hueco para poder pasar.

Losada apartó con la mano a la profesora que tenía a su lado para dejarme paso antes incluso de que hubiera llegado. Me sonrió de tal manera que consiguió que un cosquilleo recorriera todas mis entrañas. Cuando les sobrepasé, vi por el reflejo del cristal de la puerta, cómo sus ojos se clavaban en mí según me alejaba. JO – DER, aquel hombre iba a acabar conmigo. Me derretí por dentro a pesar de que ni siquiera le saludé cuando pasé por su lado en un intento de no parecer tan patética como yo me sentía.

Una vez en el bus, mi corazón seguía acelerado y no precisamente por la carrera. Me estaba tardando el que llegara el miércoles para poder estar en su clase. Aquella noche, y como era de esperar, estuve pensando en él sin poder evitarlo. Quedaban muy lejos ya aquellos supuestos que me hice sobre su relación con Inma y me centré en sus miradas... Aquellas miradas... Quizá me estaba volviendo loca, pero aquellas miradas me estaban diciendo algo... Tardé en coger el sueño pero al final conseguí que fuera profundo y reparador.

El martes fue Pedro quien me despertó por la mañana para desayunar conmigo. Eran muchas las veces que venían a desayunar a casa, unas era Pedro el que se animaba, otras Úrsula o Sonia y otras muchas eran todos los que se juntaban en mi salón para desayunar y pasar la mañana juntos. Me traían fruta, pan reciente o cualquier alimento que intuían me podría gustar conociendo

perfectamente mi gusto por el bien comer. Yo estaba encantada cada vez que me sorprendían porque las mañanas se me hacían muy largas, a pesar de que siempre teníamos algún libro que leer o algún trabajo que terminar. Si no teníamos demasiada materia por repasar o trabajos por hacer, íbamos a caminar o de compras por el centro. Después cada uno volvía a su casa aunque en algunos casos alargábamos aquellos encuentros hasta prácticamente la hora de ir a clase.

—No te esperaba, Pedro, sube.

—¿Estabas dormida? —me dijo al verme los pelos y la cara.

—Pues... —Miré el reloj, ¡eran las nueve y media!—. Sí. ¡Madre mía, cuánto he dormido hoy! ¿Vas preparando el desayuno mientras me ducho?

—Claro, café con...

—Fruta, gracias! —le grité desde la ducha.

Cuando salí de la ducha tenía el desayuno preparado y a Pedro apoyado en la barra de la cocina con pose de seductor y una ceja arqueada. Aquella visión me pareció tan cómica que no pude por menos de echarme a reír, aunque he de reconocer que estaba tremendamente guapo.

—¡Pedro! —le dije riéndome.

—Te quejarás de cómo te trato, ¿eh?

—Hombre, visto que vienes a gorronearme el desayuno día sí y día también, era lo mínimo, ¿no? —le dije burlándome de él.

Pasamos una mañana entretenida paseando por el centro y viendo tiendas. A Pedro le encantaba que le acompañara a comprar ropa, aunque yo creo que más bien lo que le gustaba era que le viera lo bien que le quedaba todo.

La tarde pasó sin demasiados sobresaltos, clases, biblioteca, cafetería y mi mirada en alerta por si le veía aparecer por los pasillos, ascensores, cafetería... Ya era demasiado evidente que me gustaba, así que lo único que podía hacer era asumir e interiorizar ese sentimiento y dejar que fluyera, eso sí, sin decírselo a nadie. Aunque como siempre Pedro, que tenía un radar para detectar cualquier comportamiento extraño en nosotros, en más de una ocasión me preguntó qué era lo que miraba con tanta insistencia. ¡Grrr!, a veces me ponía de muy mal humor ese chico!

Al llegar la noche recuerdo que me costó conciliar el sueño al igual que la noche anterior. Estaba ansiosa porque llegara la tarde y poder empezar su clase. ¿Tendría algún gesto para mí? ¿Serían demasiado visibles mis sentimientos por él? A lo mejor ya se había dado cuenta y eso era precisamente lo que le divertía... Empecé a desvariar y a sentirme muy tonta

por pensar en él. "Vale, Elisa, te gusta. Punto. No le des más vueltas, no pienses en él. No te ilusiones como una niña de primaria. Es ridículo, Elisa, ¡ri-dí-cu-lo!" Al final conseguí caer rendida víctima del agotamiento muchas horas después.

Llegó el miércoles y toda la ilusión que tenía porque llegara ese día y empezara su clase... se fue igual que vino. Entró en el aula, impartió su clase y se fue. Así, sin más, después de todos los nervios que había pasado, de las ganas que tenía de verle, de las expectativas que tenía en sus "señales..." Después de todo, se fue como llegó... "¿Ves, Elisa? Eres tonta del culo, chica". Una vez salió del aula, me quedé rezagada en mi sitio recogiendo las cosas pensando en lo absurdo de todo eso. Yo como una cría de quince años embobada con su profesor... era vergonzoso, pero desgraciadamente real. Cerré la carpeta y también mis ensoñaciones. Decidí no volver a cuestionar cada pequeño gesto que hiciera como una señal personal.

—Madre mía, hoy menuda caña nos ha dado Losada, no hemos levantado la cabeza de los apuntes —dijo Pedro al entrar de nuevo en la siguiente clase.

—Sí, la verdad es que hoy ha sido una clase dura —comenté intentando seguir con su conversación como si nada.

— Ya, la verdad que hoy estaba medio raro, muy serio para lo que es él ¿verdad? —apuntilló Sonia.

"Uy, uy, uy... no sigáis por ahí... que lo veo venir..."

—Será porque Inma no ha venido hoy a clase y le ha dado el bajón —saltó Olivia partiéndose de la risa.

"¡Ves, lo sabía! Y ahora a comerme la cabeza... ¿Lo hacéis para fastidiarme, no?" Hasta ese momento no me había percatado de que Inma no estaba en clase. ¿Sería por eso que estuvo tan serio? ¿Por qué Olivia tuvo que hacer ese comentario! De nuevo quisieron posarse en mi cabeza más interrogantes sobre Inma y Losada, pero conseguí cortarlo a tiempo y desvié la atención hacia otro tema. No quería volver a empezar con mi locura.

Lo que quedaba de semana pasó bastante deprisa, y cada vez que me afloraba algún pensamiento sobre el profesor Losada, lo dejaba ir sin darle más importancia. Me bastó día y medio para equilibrar mis emociones, no estaba nada mal después del tiempo que me llevó con Martín... o eso pensaba.

El viernes a primera hora teníamos Medieval, y como Sonia ese día no iba a ir a clase, Pedro, que siempre se sentaba detrás de mí, decidió aprovechar el sitio de Sonia para sentarse a mi lado. Nos quedamos hablando dentro del aula sin salir como hacíamos habitualmente. Como siempre, Pedro no paraba de

decir tonterías y yo, que me moría de la risa con las bobadas que decía, no paraba de reírme y de jugar con él mientras le daba pequeños golpes en la espalda.

—Debe ser muy divertido lo que le cuenta su compañero, Señorita Rivas, para que no deje de reírse. Espero que no le entorpezca la concentración en clase. —Nos sorprendió la voz de Losada mientras dejaba el maletín en su mesa.

No le había visto llegar. El corazón empezó a latirme descontroladamente y las manos se me congelaron al instante como siempre que le veía.

—Uy, no, no creo que eso suceda —contesté ninguneando a las mil y una mariposas que se habían soltado por mi estómago. Me sorprendí a mí misma de haber podido responderle con una seguridad que realmente no tenía.

Pedro, que no quiso añadir ningún chascarrillo de los suyos —a Dios doy gracias—, no hacía más que darme pataditas por debajo de la mesa intuyendo que aquel profesor me ponía más nerviosa de lo habitual. Pedro... como siempre tan observador...

Por norma general, Losada solía pasearse por la clase según exponía la materia, pero llevaba ya algún tiempo que se quedaba frente a mi sitio, apoyando de vez en cuando las manos sobre mi mesa o, como mucho, se sentaba en un extremo de la suya, que estaba bastante cerca de mi ubicación. Ese pequeño detalle, el que apoyara sus manos tan cerca de donde yo estaba cogiendo apuntes, hacía que en más de una ocasión perdiera el hilo de su explicación y ese viernes tuve que mirar demasiadas veces los apuntes de Pedro para recuperar el hilo de la clase.

—¿Se ha perdido, señorita Rivas? ¿Necesita que vuelva a explicarlo?

Noté como me sonrojaba sin poder evitarlo y me dio mucho coraje.

—No, no, gracias —dije sin levantar la cabeza intuyendo aquella media sonrisa en su cara.

La clase de los viernes era mucho más dinámica que las del resto de la semana. Solía terminar con el temario que tenía preparado o que no había podido acabar durante la semana y luego dedicaba el resto de la clase a dudas y a debatir en algunos casos los temas que fueran surgiendo. Todos estábamos muy relajados y, como era normal, empezamos a cuestionarnos sobre la materia susceptible de entrar en examen.

—Vamos a ver, chicos, no se pongan nerviosos. Ya es su segundo año de carrera y habrán pasado por muchos exámenes. Todo, y siento decirlo, es importante —dijo Losada—. Lo que sí les recomiendo es que completen sus

apuntes con la bibliografía que les voy dando. De hecho, al acabar la clase le voy a entregar un libro a la srta Rivas para que baje a reprografía a fotocopiar unas páginas que me parecen esenciales para que tengan presente.

¿COMO? ¿QUÉ? ¿Perdón, he oído bien? ¿Me iba a encargar a mí esa tarea? ¡Pero si ese tipo de cosas se las encargaba siempre a Inma! El corazón no solo se me aceleró, sino que estuvo a punto de salirse por la boca. Miré de reojo hacia el sitio donde solía sentarse Inma para cerciorarme de que ese día no había ido a clase y ese era el motivo por el que me lo encargaba a mí. "Ay, leche, pero si está en su sitio". Noté un patadón debajo de la mesa que me hizo regresar al mundo terrenal y mirar de muy malas maneras a Pedro. Este no podía contener la risa y me puse furiosa porque Losada se dio cuenta perfectamente del detalle. Vamos, lo último que me faltaba, dejarle totalmente claro lo panoli que era. Yo, que siempre intenté actuar más distante y fría de lo habitual con él por el pánico que tenía a que pudiera sospechar que me gustaba, y el idiota de Pedro poniéndoselo en bandeja... ¡No me fastidies!. Con otros profesores mi relación era más natural y cercana, les hablaba al entrar en clase o me acercaba a preguntarles algo al terminar. Pero con él mantenía las distancias de forma exagerada, incluso le saludaba con bastante desgana solo para que no pudiera percibir nada. Y aquella actitud de Pedro... ¡Grrr!... Me enfadé mucho.

Apenas quedaban cinco minutos para terminar la clase, pero a mí se me hicieron eternos. Me sudaban las manos, el cuello, tenía el ritmo acelerado y no sabía si podría siquiera sujetar el libro que me iba a entregar. Sonó la sirena y todos salieron en manada al pasillo. Pedro y yo, que estábamos en el centro de la mesa, teníamos que esperar a que pasara el resto de compañeros para poder salir. Mientras el profesor Losada recogía las cosas de su mesa y, cuando vio que ya podía dirigirme hacia él sin problema, me llamó.

—Srta Rivas, ¿puede venir un momento? Voy a explicarle qué es lo que quiero que fotocopie.

—Sí, sí, claro.

Me acerqué a su mesa a duras penas porque mis piernas estaban temblando, y él se puso a mi lado. ¡Ay!..Abrió el libro y me fue explicando lo que tenía que fotocopiar. Tuve que prestar mucha más atención de la normal para no dejarme llevar por la cercanía de su cuerpo. Sentía que no había nadie más en clase. Según iba señalando las partes del libro, al contrario de lo que pude imaginar en un primer momento, me fui sintiendo más cómoda y los nervios que tenía en un principio se fueron apaciguando, dando paso a una

calma que me permitió disfrutar de aquel momento con más naturalidad y no como una fan enloquecida que se acerca a su ídolo. Me hizo sentir cómoda, parecía un hombre cercano y me transmitió su seguridad al hablar.

—Cuando lo fotocopie súbame al despacho, por favor. Buen fin de semana, srta Rivas.

—Igualmente, lo intentaré fotocopiar cuanto antes. —Mi voz se oyó clara y segura.

Justo en el momento que Losada salió de clase, y mientras yo revisaba lo que tenía que fotocopiar, se me acercó Inma quitándome el libro de las manos.

—Deja, que ya lo hago yo, que sé lo que hay que hacer —me dijo como si yo fuera lo suficientemente tonta para no saber bajar a reprografía y hacer las fotocopias. "Lo que hay que ver" pensé sin dejarme llevar por mi pronto—. ¿Qué hay que fotocopiar?

—Perdona, pero si me lo ha encargado a mí, lo voy a hacer yo —le respondí con cierta sequedad volviendo a recuperar el libro.

No es que me importara que lo hiciera ella, pero ¿qué imagen iba a dar yo si delego en otra persona algo que me han encargado a mí?. No tenía mucho sentido. Pedro, que estaba viendo aquello con los ojos como platos, se quedó con la boca abierta y empezó con un pequeño gimoteo que acabó en una abierta y gran carcajada. En ese momento entraron Úrsula y Sonia en clase y, en cuanto vieron a Pedro gesticulando y partiéndose de risa, entendieron que algo acababa de pasar.

—¿Pero qué pasa aquí? —quiso saber Úrsula—, ¿qué nos hemos perdido?

Pedro, que era un gran contador de historias como demostraría años más tarde, no escatimó en detalles y, mientras les iba narrando todo lo que había pasado en clase, se unió Raúl aportando su granito de arena a la situación.

—¡Ja, ja, ja! yo me quedé de piedra cuando te quitó el libro —añadió Raúl, mientras se iba preparando para la siguiente clase.

—Yo, cuando vi a Inma que salía con esa cara tan seria, me imaginé que había pasado algo, pero ya cuando vi a Pedro partirse de risa acabé por confirmar mi teoría —dijo Sonia.

—¡Ja, ja, ja! le vas a quitar el puesto a Inma, Eli —comentó Pedro dándome golpecitos en la espalda—. Aquí tenemos al nuevo ojito derecho del profesor Losada.

—Bueno, anda, basta ya. —Me estaba empezando a sentir incómoda.

—Pues fijate que a mí me pareció que te hacía ojitos —dijo Raúl burlándose de mí.

Una sonrisa sarcástica lució en mi cara en el preciso momento en el que llegó el profesor de Prehistoria, impidiendo que le soltara la perlita que le tenía preparada a Raúl. Todos recobramos el sentido común y nos fuimos acomodando en nuestros sitios. Después de las clases, bajé a hacer las fotocopias y avisé a mis compañeros de que ya las tenían disponibles, por si querían mirarlas el fin de semana. Estuve tentada de subir a su despacho y devolverle el libro, como él me había dicho, pero preferí esperar al lunes y dárselo en mano. No me iba a sentir cómoda allí... sola... con él... en su despacho... "Ay, Elisa, boba, piénsalo bien y vete...", pensé para mis adentros riéndome de mí misma.

XIV

Estuve pensando todo el fin de semana en él. Miraba el libro imaginádomelo en alguna estantería de su casa, lo leí sabiendo que habría estado en sus manos. Me acordé del viernes, de la manera en que salí flotando de su clase. Me había elegido a mí y no a Inma para hacer ese encargo, se había fijado en las veces que me había perdido, habíamos hablado...los dos solos. Era la primera vez que cruzábamos más palabras que el típico "hola y adiós" y el "gracias" por aquel episodio del boli. Ese día tuve la sensación de estar sola en clase. Quise volver a la realidad y pisar tierra firme, pero al final me dejé llevar por aquel embobamiento y, a pesar de que sabía que aquello no formaba más que parte de mi imaginación, me gustaba pensar que a lo mejor yo le podía gustar. Así pasé un fin de semana que se me hizo especialmente largo, entre suspiros, nubes y de vez en cuando, tortazos de realidad. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos?

El lunes me levanté con un nudo en el estómago que iba creciendo a pasos agigantados a medida que iban pasando las horas de la mañana, pensar que se acercaba el momento de volverle a ver me provocaba taquicardias. Tenía que marcar más las distancias, me daba la sensación de que llegados a ese punto de tontería máxima, cualquiera podría darse cuenta de mis sentimientos y quería evitar a toda costa que eso pasara para que no se rieran de mí.

Se acercaba la hora. Ya estábamos como siempre charlando en la entrada de clase. Mis manos comenzaron a enfriarse y mi corazón a latir cada vez más rápido. No necesitaba mirar la hora, aquellas señales de mi cuerpo ya me la decían. Le vi a lo lejos, con el traje gris que tan bien le quedaba. Se acercaba animado, con su sonrisa habitual y haciéndonos gestos con la mano para que fuéramos entrando. Si mi cara demostraba lo que sentía en aquellos momentos, estaba perdida.

Entró saludándonos como hacía habitualmente y yo, que siempre me quedaba la última para entrar con él, ese día lo hice la primera para que no pudiera apreciar mi cara de tonta al verle. Quería coger el libro y entregárselo

cuanto antes para evitar nervios innecesarios el resto de la clase.

—Profesor Losada —le dije con voz firme y bastante distante—, aquí tiene su libro, ya dejé preparadas las fotocopias y avisé a mis compañeros el viernes de que las tenían disponibles por si querían echarlas un vistazo el fin de semana.

—Vaya... Gracias, srta Rivas, se lo agradezco —me contestó bastante distante también—. Venga, vayan sentándose, que hoy tenemos mucha materia que dar...

Mientras todos cogían sitio se colocó de nuevo frente a mí apoyando las manos en mi mesa dirigiéndose a Pedro.

—Hombre... Mi amigo Pedro Salvador... Veo que vuelve a sentarse en primera fila, ¿será la cercanía de la srta Rivas lo que le gusta o más bien estar cerca de mí para prestar más atención? —dijo en un tono bastante jocoso.

—Por supuesto que atenderle mejor, sin lugar a dudas —le contestó Pedro en modo adulator y bastante pelota—. No me vaya a comparar...

—Seguro que la srta Rivas tiene mucho más que ver, ¡ ja, ja, ja! —acabó sentenciando Losada mientras me miraba fijamente con esa sonrisa que quitaba el sentido.

Últimamente se estaban haciendo habituales los piques entre ellos dos. Todos nos percatamos de eso y fue blanco de risas cuando acababan las clases. Miré a Pedro de manera cómplice, la verdad es que hacíamos un buen equipo. Desde que había empezado el curso pasábamos más tiempo juntos, habíamos afianzado nuestra amistad. Era una de esas amistades en la que con una simple mirada, podíamos descifrar lo que nos pasaba por la cabeza. No era una amistad romántica ni mucho menos, pero sí que nos gustaba burlarnos de nuestros gustos o romances fuera de la facultad (como si yo tuviera alguno). Andábamos todo el día como el perro y el gato y eso, en el fondo, nos divertía mucho. Losada y él habían entrado en aquel juego también y era como una pequeña complicidad que teníamos los tres.

Terminó la clase y, como siempre, necesité un par de minutos para aterrizar en la tierra. Era increíble cómo me hacía volar por las nubes solo con hablar de la organización económica de la Edad Media... Me reí de mí misma (algo que por otro lado se estaba haciendo demasiado habitual).

Cuando acabaron las clases me fui a casa. No solía subir en ascensor, pero ese día, sin saber por qué, me dio por cogerlo. Estaba preparando la música que iba a ponerme en el bus mientras bajaba el ascensor, me arrepentí un poco de estar perdiendo el tiempo allí esperando. Se abrieron las puertas y

entré sin mirar. Saludé a la persona que había dentro mientras seguía organizando la música.

—Hola, srta Rivas, ¿ya acabó las clases?

OH MY GOD. Miré sin creer que no me hubiera dado cuenta de que estaba allí. Intenté no sonrojarme demasiado, pero creo que fue misión imposible porque, en cuanto alcé la mirada, noté una sonrisa en su cara que me hizo intuir que la mía debía ser un poema.

—¡Ah! Hola, no me había dado cuenta de que estaba aquí —le dije bastante fría intentando mantener las distancias para contrarrestar el tomate de mi cara.

—El viernes la esperé en mi despacho —hizo una pausa viendo que no había entendido muy bien por qué— para que me devolviera el libro, digo.

—Ah, bueno... es que no me gusta molestar si no es por alguna duda —lo estaba haciendo muy bien, creo que realmente parecí poco interesada en el asunto, es más, me vine arriba e inicié una conversación de manera natural, sin mostrar mis inseguridades al estar ante el hombre que me quebraba la cabeza sin sentido—. Además, así aproveché para leerlo el fin de semana. Espero que no lo necesitara.

—No, qué va —dijo con aquella media sonrisa—. Me alegra que le interese el tema...

Bueno, el tema precisamente no era lo que me interesaba, pero saber que había estado en sus manos...

Se abrieron las puertas del ascensor y seguimos andando juntos hasta la salida.

—De todas formas si necesita o le interesa algún tema en especial, dígamelo que a lo mejor yo la puedo ayudar o facilitar algún libro. Me gusta que la gente muestre interés por la asignatura, la verdad.

"Sí, sí, por la asignatura, tal cual"... Lo último que quería es que pensara que le estaba haciendo la pelota y me dio la sensación, por su forma de hablar, que a lo mejor lo había pensado.

—Gracias, pero creo que con el listado de libros que nos entregó, tenemos más que suficiente. —No elegí bien la entonación y lo que pretendí que fuera una gracia acabó pareciendo una bordería. "Muy bien, Eli, genial".

—Vaya... ¿le parece un tostón la asignatura? —dijo intentando quitar importancia a mi comentario y parecer más cercano.

Quise contestarle, pero justo en ese momento habíamos llegado a la puerta de la entrada y al cederme paso le interceptó otra alumna por la espalda. Se

quedó hablando con ella de la misma forma amistosa que lo había hecho conmigo.

—Hasta el miércoles, srta Rivas —me dijo como pudo para no parecer maleducado al dejarme con la palabra en la boca.

"Qué boba soy", pensé una y otra vez... Aquella coincidencia en el ascensor me había dado alas para despegar, pero el final del encuentro lo acabé como una babosa apachurrada en el suelo. "¿En qué momento se te ocurrió pensar que le gustabas? ¿En el que te habló cordialmente en el ascensor igual que habla con cualquiera se encuentre?" "Elisa, tienes que parar ya, chica. No le gustas, no te hagas películas, no actúa contigo de forma diferente, todo está en esa cabeza llena de purpurina que tienes... Eres boba". Esa misma noche dejaría de pensar en él. ¡Ja! Lo intenté. De verdad que lo intenté, pero al final aquella conversación se repetía una y otra vez como el día de la marmota. Me gustaba hablar con él, encontrármelo de forma inesperada y olvidarme del mundo mientras él me hablaba. Era gracioso, cercano y su mirada... te desnudaba el alma.

XV

En su siguiente clase, Raúl y Pedro decidieron sentarse a mi lado por el simple hecho de esperar algún comentario jocoso por su parte. Les divertía cada comentario que hacía y buscaban la manera de retrasar el comienzo de la clase para evitar que hubiera demasiado temario para el examen. ¿Absurdo, verdad? Pero que podía esperarse en aquellos años de esos dos.

—Una estrategia demasiado burda, pienso yo, pero bueno, tratándose de vosotros poco más se puede pedir —les dije burlándome de ellos.

Al rato le vimos aparecer, mis manos como siempre... congeladas.

—Buenas tardes, vayan sentándose, por favor... —dijo como siempre que entraba en clase—. Vaya... srta Rivas, veo que cada día va captando más adeptos —apuntó sin despegar su mirada de mí y con aquella jodida media sonrisa que me dejaba boba.

Yo sonreí un poco forzada sin saber muy bien qué cara poner. Poco después de empezar la clase, Pedro me dio un papelito por debajo de la mesa:

" Mujer de poca fe... Yo sabía que iba a hacer algún comentario, es demasiado predecible el chulito este. Inma tiene que estar que se sube por las paredes. ¿Te ha pitado el oído últimamente? ¡ja, ja!"

Era algo que solíamos hacer en otro tipo de asignaturas no tan densas y algo más relajadas, por eso me sorprendió que lo hiciera en Medieval. Leí la notita mientras el profesor Losada daba uno de sus típicos paseos por el aula. Miré a Pedro con cara de desaprobación y no le contesté. Acabó la clase, y al salir, Losada y yo coincidimos en la puerta, hizo un gesto cediéndome el paso mientras me sorprendió acercándose a mi oído con disimulo para decirme algo en tono casi imperceptible. Nadie se percató del detalle, ¿lo estaría imaginando también?

—¿No cree que el tema de las notitas es para niños de colegio?

Le miré sorprendida y algo ruborizada. Aquello me pareció un susurro, pude notar cómo sus palabras acariciaban mi cara. "Sí, Eli, tienes que estar soñando".

—Aunque, bueno, a su favor diré que le agradezco que no le contestara. Esas cosas me ponen bastante nervioso y de malhumor.

Estábamos muy cerca, demasiado para un profesor y una alumna, aunque nadie se percató. No me atreví a contestar por si me lo estaba imaginando y metía la pata.

Pero no, no lo imaginaba. Aquellas palabras atravesaron mi piel. Si pretendía que aquello fuera una reprimenda no acertó acercándose tanto a mí y hablándome en un susurro. Me hizo temblar... de nuevo... Mierda. Estaba perdida.

Aquel susurro fue lo peor que pudo hacer... Mi cabeza iba a estallar de un momento a otro y no hablemos de mi corazón. Con aquellas cosas lo único que hacía era seducirme más. Cada vez se me iba a hacer más difícil disimular mis sentimientos, no ante mis compañeros, pero sí ante él. A veces tenía la clara sensación de que sus miradas y sus conversaciones conmigo eran diferentes a las que tenía con el resto a pesar de la cercanía que mostraba con todos. Otras veces dudé si no formarían parte de mi imaginación. Desde luego era algo que nunca iba a poder corroborar, siempre me quedaría la duda... O eso pensaba yo.

Después de aquella anécdota, poco más sucedió. No volvió a mostrarse cercano conmigo, ni a tener ningún encuentro verbal con Pedro. Aquello me descolocó y esa vez sí se confirmó que todas esas historias ocultas que veía en sus gestos o palabras no eran más que fruto de mi desesperación y ganas de él. Pasaron los días rápidamente a pesar de que mi cabeza seguía girando cada vez que le veía. Aún así, y haciendo caso omiso a todo lo que pasaba por mi mente, el tiempo no se detenía y los exámenes cada vez estaban más cerca. Los alumnos pasábamos horas recopilando apuntes, leyendo libros, ampliando temario por aquí y por allá. Cada día era más difícil encontrar un sitio en la biblioteca y el aulario, así que viendo las mesas tan grandes que había dentro de cada departamento, nos hicimos con una en el departamento de Historia Antigua y Medieval, que era la única que siempre quedaba libre y allí pasamos nuestras horas de estudio. Los nervios estaban a flor de piel. La época de exámenes era muy dura, teníamos demasiados parciales concentrados en pocas semanas y surgía la sensación de no poder llegar a todo. Además ese año teníamos más asignaturas y demasiado densas, no era fácil asimilar tantos conceptos y tantas fechas por cada asignatura. A todo eso había que sumarle el despiste que tenía yo en mi cabeza con el tema del profesor Losada y para cuando me quise poner a planificar mi agenda de estudio, ya era demasiado

tarde. No iba poder llegar a todo por primera vez en mi vida.

El año anterior, muchos meses antes tenía planificado cómo iba a organizar mis horas de estudio. Era algo que me encantaba. Abrir la agenda con ese olor a papel, llenarla de cientos de anotaciones, jornadas de estudio, colores... ir tachando los días superados con éxito. Me fijaba determinados temas por día, y si conseguía terminarlos, le daba un tachón al día que me sabía a gloria bendita. Pero esta vez la cosa no pintaba bien, dejó de haber tachones en mi agenda y se acumularon los temarios por día. Me propuse alejar de mi mente cualquier tipo de desvarío que pudiera alterar mis horas de estudio. Estaba acostumbrada a concentrarme aunque esta vez iba a ser difícil ya que cada día nos cruzábamos con Losada en el departamento. Le veíamos cada vez que entraba, salía y siempre tenía un saludo amistoso para todos y una media sonrisa muy calculada para mí, o al menos, eso era lo que yo quería creer. Ninguno de mis compañeros se había dado cuenta, salvo Pedro, que siempre tenía alguna ironía preparada para decirme en voz baja. Yo le daba un pequeño golpecillo en el brazo y no le seguía el juego.

Finalmente llegaron los exámenes. Yo iba más nerviosa de lo habitual por la falta de tiempo para prepararlos, pero aún así me presenté convencida de que aquella primera tanda, la iba a superar de manera satisfactoria.

XVI

Realizados ya la mayoría de los exámenes, se acercaba de manera inminente el examen de Medieval, y francamente, era el que menos me había preparado. En sus últimas clases me mostré mucho más distante de lo habitual. En vez de salir al pasillo con todos para esperarle como hacía siempre, me quedaba en clase repasando lo que habíamos visto el día anterior para coger más pronto el hilo de la clase. Losada, cuando entraba en clase, lo primero que hacía era mirar hacia mi sitio para comprobar que estaba allí. Era algo que hacía sí o sí, no había lugar a dudas ni a supuestos imaginarios, sobre todo porque Úrsula, que se quedaba conmigo dentro de clase, también lo había notado. Esa sí que fue la única certeza que tuve en aquella época. Yo intentaba concentrarme lo máximo posible en sus clases y no me era del todo difícil ya que él se mostraba también bastante distante a la hora de impartir las clases, evitando sonreír salvo que fuera estrictamente necesario y nunca dirigiéndose a mí.

—Por favor, prepárense bien el examen, echen un vistazo a los libros que les recomendé y no se pongan nerviosos. Les veo el lunes en el examen. Aprovechen bien el fin de semana.

Ese fue el último consejo que nos dio y en ese momento me di cuenta de lo perdida que estaba. No solo no había leído los libros que nos recomendó, sino que me faltaba medio temario por repasar antes del examen. Estaba perdida. El lunes estuvimos en el departamento desde primera hora de la mañana, cientos de hojas ocupaban la mesa y no había manera de encontrar un poco de orden en aquel desbarajuste. Aquella mesa reflejaba exactamente el caos que había en mi cabeza con un inquietante baile de datos, fechas, acontecimientos...

—Bajamos a tomar un café, vente Eli, que así te despejas un poco —me aconsejó Pedro.

—No, yo me quedo con Úrsula, id vosotros.

—No, Eli, yo también bajo. Estoy saturada, cinco minutos y subo. Venga, anda, vente, te vendrá bien.

—No puedo, chicos, de verdad, lo llevo fatal.

Y allí me quedé intentando hacer en medio día lo que no había hecho en lo que llevábamos de curso: "*...Consecuencias de la expansión del siglo XII... Las fronteras entre cristianos y musulmanes no experimentaban las variaciones que cabría esperar de la superioridad militar de los cristianos...*"

—Buenos días, srta Rivas, la veo muy concentrada y... muy sola, me extraña en usted—me sobresaltó la voz de Losada que por primera vez en bastante tiempo se mostraba cercano conmigo.

—¡Ay, qué susto! —Sí, vale, estaba muy concentrada—. Me asusté.

—Perdone, —sonrió— no era mi intención. Veo que anda un poco angustiada, ¿no lo lleva bien?

—Hmm... —carraspeé—, digamos que no lo llevo tan bien como me gustaría. —Forcé una sonrisa.

—En ese caso, no la molesto más. Pero yo creo que lo mejor que puede hacer ahora es repasar esquemas y poco más. Ya no es tiempo de estudiar, srta. Suerte. La veo por la tarde.

Me sorprendía la naturalidad y la seguridad con la que me hablaba, al contrario de lo que pudiera parecer, me calmó bastante. Tenía razón, ya era demasiado tarde para introducir en mi cabeza los datos que me faltaban. Una vez que se alejó, me decidí a guardar los apuntes y dejarlo todo a la suerte, no podía hacer más. Me dediqué a contemplar los esquemas mientras por mi mente pasaban otras cosas. En ese momento y por cómo acaba de decir aquel "la dejo, no la molesto más", me dio la sensación de que aquella distancia que había mantenido aquellas semanas fue una distancia premeditada, un alejamiento voluntario a fin de no entorpecer mis horas de estudio y concentración. Me parecía que cada día descifraba mejor su lenguaje oculto... Lo que me faltaba, a pocas horas de hacer el examen y yo pensando aquello. Y lo peor de todo era que a pesar de que creía que muchas de las cosas las interpretaba a mi gusto, algo me decía que no estaba equivocada del todo, que quizá aquella sensación que tenía era real.

—¿Qué, aprovechaste mucho estudiando estos diez minutos? —Me despertó de mis pensamientos Pedro.

—Pues la verdad que no, teníais razón. Ya no puedo hacer gran cosa.

Llegó la hora del examen. Un montón de alumnos aparecieron como de la nada y cuando llegamos al aula ya estaba completamente llena. Encontramos algunos sitios vacíos al final de la clase. Nos miramos los unos a los otros e

intuimos que, si la clase tenía tantos alumnos que habitualmente no pisaban por allí, era porque esta asignatura debía tener un porcentaje muy elevado de suspensos. En ese momento sí que acabaron de desplomarse mis nervios. Sí o sí iba a suspender. El primer suspenso de mi vida y encima con él... No había posibilidad ninguna después de ver a toda aquella gente.

Cuando llegó muchos estaban en las mesas repasando los últimos datos, menos yo, que ya había dado por perdido aquel examen.

Al entrar en clase y como siempre hacía cuando no me veía fuera, miró hacia mi sitio. Noté como rápidamente escaneó todo el aula al no verme sentada allí, hasta que me encontró en la última fila. Puso un gesto con la cara de extrañeza dirigido únicamente a mí, al que yo respondí encogiendo los hombros haciéndole entender que era el único sitio que encontré libre. Hizo una pequeña mueca con la cara y me sonrió. Aquella fue una conversación entre él y yo. No se dirigió a la clase, me buscó a mí y se dirigió a mí en concreto. No sabía qué era lo que pasaba por su mente, pero desde luego lo que me quedó claro es que todos aquellos pensamientos que tenía sobre su actitud conmigo eran ciertos. Quizá no fuera un interés romántico lo que le suscitaba, pero sí había algo que le hacía ser diferente conmigo.

Una vez sentada y dado la vuelta al examen, mis nervios parecieron esfumarse como si nada, la suerte estaba echada y sabía que no tenía ninguna posibilidad, así que lo único que traté fue salir lo más digna posible de aquel examen.

Losada paseaba por la clase y en uno de esos paseos se quedó mirando para mi examen, y yo, nerviosa por notar sus ojos en cada palabra que escribía, me giré enfadada hacia él y le miré con cara de pocos amigos. No fue mi intención, pero notar su mirada clavada en cada palabra que escribía, no me ayudaba demasiado.

—Perdón, perdón —me dijo sonriendo mientras se marchaba de mi lado.

Fue muy descarado y muy poco respetuoso por mi parte hacerle aquel gesto, pero me salió de forma inconsciente. Me relajé al ver que se lo había tomado con humor.

Fui de las primeras en acabar. El trayecto hacia su mesa se me hizo eterno. Una vez me levanté de la silla, noté como fijaba su mirada en mí, haciendo caso omiso a los alumnos que le iban entregando el examen. En cuanto empezaron a entregarle los primeros exámenes, él se sentó en la mesa para ir colocándolos y de vez en cuando echar un vistazo. Estiré el brazo para dejarle el mío en la mesa. Estaba apoyado en sus codos con las manos cruzadas

tapando su boca. Aquella era una postura muy seductora que solía adoptar de manera inconsciente cuando estaba pensando algo. Bajó la mirada hacia mi examen y volvió a mirarme. No supe interpretar muy bien aquel gesto.

—¿Qué tal le salió? —me dijo en voz baja para no molestar al resto.

Hice un gesto negativo con la cabeza. Él frunció el ceño sin quitar las manos de su boca y sin decir palabra. Al alejarme noté como me seguía con la mirada aunque no lo pude comprobar. Lo que sí era seguro es que había sido la única persona a la que había preguntado. Arturo Losada tenía interés en mí, no sabía en qué grado ni en qué manera, pero que tenía interés, ya era algo sin lugar a dudas.

XVII

Aún nos quedaban dos exámenes más, así que no me detuve a esperar a mis compañeros, cogí el primer bus y me fui directa a casa. Necesitaba descansar lo que quedaba de día, tumbarme en la cama y pensar... Después de esas semanas viviendo en algo parecido a un mundo paralelo, necesitaba volver a pensar en él, en cada gesto que hacía, en cada palabra que decía, necesitaba descifrar ese mensaje que parecían mandarme sus ojos.

Me di un baño relajante, me hice una cena ligera y me tumbé en la cama. Recordé cada encuentro, cada palabra, cada gesto que salía de su cuerpo. Cada día tenía más necesidad de él, ya no me llegaba con verle, o más bien escucharle, porque sus clases eran demasiado densas como para levantar la cabeza de los apuntes, sino que quería más. Necesitaba sentirle cerca, rozar sus manos... Pero aquello era algo que se escapaba de la realidad, aquello era imposible. Aunque le suscitara cierto interés, no le veía teniendo un romance con una alumna quince años más joven que él y eso, suponiendo, que aquel interés fuera romántico. Además, las palabras que no se dicen, que permanecen ocultas, son inexistentes... A pesar de que sus ojos me hablaban, su boca no. Todo aquello no dejaban de ser suposiciones.

Al final el cansancio me pudo. Estuve durmiendo más de diez horas, y al despertar, quitando esa resaca inicial de cansancio típico de haber dormido tanto, una vez me tomé el café, me sentí pletórica. Metí los apuntes de Prehistoria e Historia Antigua en la mochila y me fui a la facultad. Hacía un frío horrible que se metía por los huesos. Me tocó esperar bastante en la parada hasta que llegó el primer bus. Creí morir congelada. Un error de cálculo me hizo salir de casa antes de lo estrictamente necesario. Oí el móvil en la mochila.

—¿Estabas en la cama? ¿Te he despertado? Como no coges el telefonillo... —Era Pedro.

—Anda ¿pero estás en casa? Yo estoy en la parada. Si te das prisa llegas antes que el bus.

—*Okey. Voy.*

Al poco le vi llegar con paso acelerado y sacando la lengua.

—Madre mía, qué madrugadora...

Tampoco es que fuera tan temprano, pero Pedro conocía mi gusto por remolonear en la cama y lo que me costaba levantarme.

—Ya... es que ayer me metí muy pronto en la cama. He dormido diez horas que me han sabido a gloria. ¿Y tú? ¿Cómo por aquí a estas horas?

—Como ayer ya no te vi después del examen, te echaba de menos —me dijo burlándose de mí—. ¿Qué tal te salió?

—Una verdadera patata, ¡va a ser el primer examen que suspenda en mi vida!. ¡Qué vergüenza!

Cuando llegamos, a pesar de que hacía poco que habían abierto, la biblioteca ya estaba completamente llena. Sonia me mandó un mensaje para que fuéramos al departamento de Medieval, llevaba un rato allí y había cogido sitio para todos. Pedro se quedó hablando en la entrada con un amigo y yo fui subiendo. Cogí el ascensor aprovechando que las puertas estaban abiertas, no me apetecía subir andando. Alguien interpuso su brazo entre las puertas para impedir que el ascensor se cerrara y poder entrar, di al botón de apertura, y cuando se volvieron a abrir las puertas, ahí estaba él, Arturo Losada. Mi corazón se puso a mil.

—Srta Rivas... —Permaneció callado unos instantes, él también se sorprendió de verme pero su gesto en nada se parecía a nuestro último encuentro en el ascensor. Estaba serio y parecía enojado—. He revisado su examen y me parece un desa...

Se abrió de nuevo la puerta del ascensor, subió más gente. Se colocó a mi lado para dejar más sitio y guardó silencio. Me miraba, serio, impassible, seguro y... enojado. Estábamos muy cerca, nuestras manos estaban al límite de rozarse, pero ninguno hicimos muestra de querer apartarlas. Un momento. "¿Ha dicho que corrigió mi examen? ¡Pero si lo hicimos ayer!" Cuando llegamos a nuestra planta salimos del ascensor, seguíamos andando muy cerca el uno del otro en la misma dirección. Se detuvo antes de abrir la puerta del departamento y me tocó el hombro para detener mi paso. Quería decirme algo, pero en ese momento apareció un compañero suyo y cambió radicalmente el tono de su voz y el semblante de su cara.

—¡Qué tal, Alfredo! —le dijo a su compañero—. Vamos a ver si empezamos la faena.

Abrió la puerta del departamento cediéndome el paso y lo primero que

vimos fue a Sonia y Raúl sentados estudiando.

—¡Hombre, mire, si tiene aquí a sus compañeros esperándola! —De nuevo un tono irónico en su voz.

Siguió andando con su compañero y yo me senté en el sitio que me habían reservado. Raúl fue el primero en comentar aquello.

—¿Qué le pasa a este hoy? —El también le había notado raro.

—Pues no lo sé. Creo que me iba a decir que mi examen es una mierda, pero llegó el otro profesor y no acabó de darme la reprimenda.

—Joder. ¡Pero si hicimos el examen ayer! Caray, qué nivel tienes, guapa.

Vale, Raúl también pensaba que era raro, menos mal, no estaba tan loca.

—Anda calla, qué vergüenza me da. Me salió fatal. ¡Jo, yo nunca he suspendido!

—¿Qué pasa aquí? —En ese momento llegó Pedro.

—Nada, que Losada ya corrigió el examen de Eli —aclaró Raúl entre risillas mientras le hacía un guiño cómplice a Pedro.

—Bueno, mujer, no es para tanto, es solo un examen —dijo Pedro restándole importancia.

—Para ti será solo un examen, pero para mi será el primer suspenso de mi vida. Claro, un bala perdida como tú estará acostumbrado a suspender, pero yo no —le dije queriendo herirle. Estaba enfadada conmigo y lo pagué con él.

No me pudo contestar porque Sonia nos llamó la atención, intentaba estudiar pero con nuestras voces de fondo le era imposible. La entendimos perfectamente y guardamos silencio. Intentamos concentrarnos en el estudio aunque a mí me costó un poco. Pasado ese momento de nerviosismo y vergüenza que sentí al ver a Losada de aquella manera, pude coger el hilo del temario. Esos dos últimos exámenes los llevaba bastante bien, porque al ser asignaturas que no me acababan de gustar, las llevaba muy al día por el miedo a que aquella desgana por ellas me hiciera dejarlas de lado. Tal fue el grado de concentración que conseguí, que ni cuenta me di de las veces que Losada pasó por allí, y debieron ser unas cuántas según comentaron Pedro y Raúl cuando nos íbamos ya para casa.

—Hoy han debido tener algo en el departamento, porque no hacían más que entrar y salir profesores. Y tu amigo Losada, no te quitaba ojo cada vez que pasaba por allí... Uy que este te tiene ganas... —me dijo Pedro riéndose de mí descaradamente, a Pedro nunca se le escapaba nada y tuve miedo de que hubiera notado mi enamoramiento por Losada.

—Claro que me tiene ganas pero de echarme la bronca del siglo.

—La bronca y lo que no es la bronca, ya me conozco yo a estos tipos... —
acabó por rematar Raúl haciendo un guiño a Pedro que le rio la gracia cual
colegiales en el patio del recreo.

Nosotras les mirábamos con caras de suficiencia, pero seguían enlazando
bobada tras bobada. Optamos por ignorarles y dejarles atrás con sus tonterías.
Salimos de la facultad y fuimos a una de las cafeterías que había cerca de allí
a tomar algo antes de irnos a casa. Al entrar nos encontramos con un grupo de
profesores, que por lo visto habían estado entrando y saliendo continuamente
del departamento. Lógicamente entre ellos estaba Losada que nada más
levantar la mirada se dio cuenta de mi presencia. Hablaba de forma distendida
y amigable con sus compañeros, en cambio después de saludarnos cuando
pasamos por su lado, me dedicó una leve negación con la cabeza que solo yo
pude apreciar. Un tsunami removi6 todas mis entrañas. Estaba claro que se
estaba comunicando conmigo, aunque desgraciadamente para nada bueno. Me
sorprendió que un mal examen de un alumno le pudiera poner de tan malhumor,
a pesar de saber la gran pasi6n que le ponía a su asignatura, era tan solo eso...
el examen de una alumna de las cientos que habría tenido en su vida. Por un
momento se me pasó la vergüenza del examen y pude disfrutar de aquel
protagonismo que me estaba otorgando a escondidas. Después de aquel
encuentro, cada uno volvió a sus quehaceres y nosotros, al final, decidimos
comer allí a pesar de lo poco que me gustaba la comida de esos sitios. Fue un
día intenso de estudio y de emociones por el subid6n que tenía de sentir que
era real lo que estaba pasando con Losada, a pesar de no ser la realidad que
yo hubiera soñado.

XVIII

Esos dos días que nos quedaban para terminar los exámenes, estuve totalmente abstraída, nada pudo entorpecer mi concentración. Era una de las buenas cosas que tenía, mi capacidad de abstracción a la hora de estudiar. Conseguí hacer dos buenos exámenes, aunque no me sorprendió porque los llevaba bien preparados. Una vez pasadas las pruebas, poco a poco todo fue volviendo a la normalidad. Pasaron las semanas y las calificaciones ya empezaban a aparecer bajo el nerviosismo y la expectativa de muchos. Yo sabía perfectamente cuáles eran buenos, muy buenos y... el de Medieval, que lamentablemente iba a suponer una mancha en mi impoluto expediente. Por lo tanto no hubo ninguna sorpresa. Eso sí, la nota de Medieval la esperaba un tanto avergonzada, la verdad. Ya no solo por la rabia que me daba suspender un examen, sino porque no quería que él creyera que era mala estudiante, pero su actitud últimamente en clase me decía que era eso exactamente lo que estaba pensando.

Los últimos días en clase se había mantenido bastante distante conmigo, a pesar de que sus miradas en muchas ocasiones seguían dirigiéndose a mí. No me sonreía e incluso, si notaba que le miraba más tiempo del necesario, giraba la cabeza y seguía a los suyos. Me tenía bastante desconcertada; la seguridad que había sentido semanas antes de que le interesaba por algún motivo, había ido desapareciendo.

Un viernes antes de acabar la clase, hizo un comentario que encendió esa parte de mí que siempre sacaba con mi abuelo: mi malhumor ...

—Y para acabar, decirles que ya tienen las notas en la web, así que si quieren, ya pueden verlas. De todas formas he de apuntar que ha habido exámenes que me han sorprendido... —"ahí tienes tu bofetada, Elisa", pensé— muy gratamente... —"ah, pues no" y he de reconocer que me molestó que ese comentario no fuera destinado a mí. Yo era muy buena estudiante y no se lo pude demostrar—. Nunca digo las notas en público, pero esta vez, permítame Inma, que diga la suya en alto y bien claro. Y es que ha sido un placer leer su

examen, ha sido un claro ejemplo de cómo desarrollar un contenido, de cómo mencionar datos y fechas de total relevancia. Ha sido un examen hecho por una persona adulta e implicada con la asignatura, ha conseguido una merecida matrícula. Enhorabuena, Inma.

"¿Qué? ¿Perdona? ¿Esa matrícula debía ser mía! ¿ Un examen hecho por una persona adulta e implicada?, ¿de verdad era necesario decir aquello? ¿eso sobra! Desarrollo del contenido, datos, fechas... Vamos, lo que viene siendo un examen... Pero de qué va este tío, todo eso está de más", pensé enfadada y ofendida conmigo, por no haber logrado esa matrícula, y con él, porque con el alago a Inma estaba echando por tierra mi examen, muy sutilmente, como solo él sabía hacer.

Si lo que en ese momento quería era darme en los morros la mierda de examen que había hecho, lo había conseguido. Una mezcla de rabia, celos y vergüenza se apoderaron de mí y... de mi rostro, que al instante se enrojeció dejando bien claro la humillación que sentía.

—Una cosa más, "todavía te queda más que decir, venga, no me fastidies" —pensé con unas ganas horribles de que acabara ya su clase—, le voy a dejar a la señorita Rivas un documento para que lo fotocopie en reprografía y lo recojan cuanto antes. —"¿QUÉ? ¿CÓMO?—. Es una reseña interesante que creo estará bien que la tengan —dijo así sin más—. Haga el favor de subírmelo cuanto antes, lo necesito para la siguiente clase —me dijo mientras me entregaba el documento, eso sí muy serio—. Gracias, muy amable.

Su rostro denotaba distancia y frialdad, sabía que la había cagado con aquel examen. Me sentí derrotada, aunque por otra parte... Joder, no sé... ¿Por qué me mandaba ahora esas cosas a mí? ¿Por qué tenía la sensación de que quería hablar conmigo? Quizá porque seguía con las mismas gilipolces en la cabeza, "Elisa, chica, no aprendes... ¡deja de soñar! Acabas de perder una matrícula y te acaba de decir que has hecho un examen de mierda".

Hice las fotocopias y subí a devolverle el papel de marras, a pesar de la vergüenza que me daba, más sabiendo la imagen de niñata que se había hecho de mí con ese examen. Pasé por el departamento, haciéndome hueco entre los alumnos que había en los pasillos en espera de hablar con los profesores. Recé para que ninguno fuera a hablar con él y así no tener que esperar y alargar más la tortura. Respiré aliviada al ver que ninguno esperaba por él. Llamé a la puerta de su despacho.

—¿Sí? Adelante

—Hola, vengo a entregarle esto.

—Muy bien, pase y cierre la puerta por favor. —No levantó la vista de lo que estaba haciendo.

"Hmm... que solo vengo a dejarte esto. Que no quiero hablar de mi examen".

Una vez que me planté delante de su mesa, apoyó sus brazos en la mesa y cruzó las manos reposando su barbilla en ellas. "Ayyy... Eli... céntrate"

—Siéntese... —Hizo un silencio que me incomodó bastante—. ¿Me puede decir qué le ha pasado en el examen? La tomaba por una estudiante más responsable.

Ahí estaba el tirón de orejas que estaba deseando darme. Me ofendió que pensara que fuera una alumna poco implicada con todo el esfuerzo que llevaba detrás de mí. Titubeé un poco al principio.

—Ya... el examen, bueno, he de decirle que realmente fue un error de cálculo. No planifiqué bien mis horas de estudio y se me echó el tiempo encima. Prioricé otras asignaturas que llevaba peor y al final la suya me quedó colgando... —Me noté con cierto tono de justificación que no me gustó nada—. Tan solo fui al examen con las explicaciones que había dado en clase, y poco más... —volví a titubear—. Suspende es algo nuevo para mí... —enfaticé ese detalle, para dejarle claro que era una alumna responsable y sobre todo brillante—. Pero es que realmente no me dio tiempo...

Sonrió de manera irónica.

—Vaya... entonces debo de estar orgulloso porque al menos sé que me escucha en clase. ¿Vio su nota?

—No, acabo de subir de reprografía, y como me dijo que necesitaba el documento, se lo he traído cuanto antes. No me ha dado tiempo.

—Vamos, que por lo que me está dando a entender, le importa bastante poco mi asignatura. Hace un examen de un niño de primaria y ni siquiera se preocupa en ver su nota... —Se levantó de la mesa y se dirigió a un fichero a recoger lo que parecía mi examen.

—No es falta de interés. Le acabo de decir que no me ha dado tiempo, estaba haciendo SU recado. —" Joder, Elisa, cállate". Pero es que me enfadó—. Creo que está haciendo juicios de valor innecesarios.

Me miró con cara de incredulidad, estiró la mano y me entregó el examen.

—Aquí lo tiene —dijo desganado con una sonrisa irónica en su cara.

—¿Un aprobado?! —Los ojos se me salían de las órbitas. Le miré intentando comprender aquella nota que no me esperaba.

—Sorprendida, vaya, vaya. Es decir que pensaba que le había salido

peor... Pues de buena gana la hubiera suspendido, pero los datos, las fechas y las anotaciones son correctas y la forma de desarrollar el poco contenido que hay es más que acertado. No me quedó otra que aprobarla.

—Bueno —volví a titubear a pesar de que me sentía algo más relajada al ver la nota—. Sí, la verdad es que algo sorprendida estoy, no es el tipo de exámenes que suelo hacer. Me alegro no haber manchado mi expediente con un suspenso, sería el primero de mi vida. —Volví a remarcar aquello por si no le había quedado claro anteriormente.

—Por eso mi enfado, señorita Rivas. Conozco su expediente y me enfureció saber que ponía tan poco entusiasmo en esta asignatura. —"¿Perdona?" Inmediatamente se percató de que mi gesto había cambiado al decir aquello. Intentó disimular—. Pensé que tenía más interés por la asignatura. Quizá piensa que no es importante para...

—Disculpe, ¿ha dicho que conoce mi expediente? —le interrumpí sin darle tiempo a réplica. Estaba... sorprendida, ofendida y alagada a partes iguales, aunque esto último no dejé que lo intuyera. Intenté parecer una tía segura, estaba muy metida en mi papel—.¿Me está diciendo que ha mirado mi expediente?¿Con qué derecho se cree usted a...? Y no es que tenga nada que ocultar, por el contrario estoy muy orgullosa de mi historial académico, pero me parece un atrevimiento por su parte y una falta de respeto hacia mí y... y a parte, ¿eso no es ilegal? —Cogí la mochila que tenía apoyada en la mesa e hice intención de marcharme.

Aquello era surrealista, yo "indignadísima" porque el profesor cachondo de turno parecía tener interés por mí, por mis cosas..." Indignada"... mejor no digo cómo me encontraba realmente... Bueno, vale, lo digo para que no se piensen otras cosas. Estaba cagada. De golpe y porrazo me había dado cuenta de que todas las fantasías que tenía en mi cabeza tenían algo, por no decir bastante, de realidad y eso me dio un miedo atroz.

De repente el sueño se hizo realidad, aunque no de la forma que hubiera imaginado. Losada estaba interesado en mí y yo... me hice caquita.

Justo antes de abrir la puerta, me cogió del brazo y me retuvo. Noté como su mano me agarraba firmemente el brazo y como un escalofrío recorría toda mi espalda. Sentir esa cercanía, su mano en mi brazo... No me lo podía creer, quedaba poco para que empezara a volar de nuevo, pero ante la vergüenza de que él se percatase, tuve que exagerar mi mueca de enfado.

—Srta Rivas, por favor, espere —Su tono de voz había cambiado, a pesar de seguir siendo firme, tenía cierto toque de sumisión que me descolocó y

atrajo de manera inesperada—. Por favor, siéntese, déjeme explicarle. No quería ni mucho menos invadir su intimidad. Su examen no me cuadraba con... no sé..., me descolocó... Investigué un poco sobre usted, pero vamos, que solo me informé de algunas calificaciones del curso pasado. No piense que... —ahora era él el que titubeaba y eso me estaba otorgando un poder que supe aprovechar muy bien—. Es igual, lo siento de verdad, no tengo excusa, no, no debería haberlo hecho. No quería ofenderla. —No encontraba las palabras exactas para disculparse y eso me acercó más al hombre que había detrás de aquella fachada.

—Está bien, no pasa nada, de verdad —le dije sintiéndome dueña de la situación—. Pero no entiendo qué interés le pueden suscitar mis notas...

—No son sus notas lo que me causan curiosidad... —Ahora su gesto volvía a ser el de siempre, altivo, seguro... sensual. Me volvió a entrar el pánico. No estaba soñando.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Hasta ese momento no había sido consciente de lo cerca que seguíamos, ahora eran sus dos manos las que sujetaban mis brazos. Del sobresalto nos separamos de inmediato y nos miramos fijamente.

—¿Sí? Adelante. —Seguíamos mirándonos.

—Arturo... —Era Alfredo, un profesor del departamento—. ¡Ah! no sabía que estabas ocupado, perdón. Era por si bajabas ya.

—Ah, sí, sí, bajo enseguida, Alfredo.

Mientras le estaba contestando me escabullí como pude, recogí mi mochila a toda prisa y me fui del despacho. Antes de salir oí como me llamaba, pero no me giré, seguí sin mirar atrás. Fue la sensación de pánico la que me hizo actuar así. No me lo podía creer. Aquello había pasado de verdad... ¿Había pasado realmente? Empecé a dudarlo, no podía ser... Estaba tan confundida con todo lo que había sucedido... No atinaba a poner las cosas en claro. De repente me dio mucha vergüenza pensar que él sabía que me gustaba, no sé por qué empecé a pensar que él me vería como una cría y me sentí patética. Finalmente, cuando me relajé algo más y el tiempo había conseguido poner algo de distancia, empecé a razonar de forma más sensata. Fue él quien se mostró débil, quien abrió una puerta por la que salió la profesionalidad con la que un profesor se supone que debe tratar a sus alumnos. Todo aquello no era una situación normal. ¿A qué venía querer saber de mí? ¿A qué venía cogerme por los brazos?... Siendo él el profesor, debería haber marcado distancias. Mi cabeza no hacía más que dar vueltas de

una dirección a otra. Estaba muy confundida. Además, ya no solo era la cercanía lo que me estaba volviendo loca, sino sus palabras... ¿qué había pasado ahí dentro? "No son sus notas lo que me causan curiosidad..." No paraban de repetirse esas palabras en mi cabeza. ¿Y por qué se había molestado en informarse sobre mí? ¿Acaso hacía eso con otros alumnos?

Me choqué de bruces con Raúl que venía de mirar su nota.

—Pero chica, mira por dónde vas —dijo riéndose al chocarme con él de bruces sin haberle visto—. Voy un momento a hablar con Losada de mi examen. Espérame y bajamos a la cafetería que están todos.

—No te molestes, vengo yo de hablar con él y se marcha ahora. Le vino a buscar un profesor. —Mi tono era apagado y algo ausente.

—Vaya... Bueno, es igual ya iré otro día, vamos para abajo que Sonia ha conseguido mesa y ¡eso hay que celebrarlo!

Sonreí. Me vino bien encontrarme con Raúl porque me colocó en tierra firme.

—¡Venga corre, que está aquí el ascensor!

Bajamos y, efectivamente, ahí estaba todo el grupo festejando la captura de la mesa. Y es que era realmente difícil conseguir sitio a determinadas horas, y aquel logro había que celebrarlo bien. Pasamos un rato bastante divertido. De momento, y salvo dos calificaciones que faltaban por salir, habíamos salido victoriosos de esa primera tanda de exámenes, así que como era lógico, estábamos eufóricos, sobre todo yo con aquel aprobado que no esperaba.

Les comenté que, a pesar de haber pensado que había suspendido el examen de Losada, finalmente lo había aprobado y esa fue la excusa que les vino al pelo para tener otro motivo de celebración. Todos sabían de mi asco absoluto por el alcohol y lo respetaban de manera casi religiosa. Nunca bebían delante de mí, a no ser que fuera algo estrictamente necesario y aquel día, no pude evitar que rodaran las cervezas de manera casi pecaminosa. Pero es que, entre que habían acabado los exámenes y que había una de las muchas fiestas que organizaba la facultad de al lado, el ambiente en la cafetería era más que propicio para dejarse llevar un poco, desconectar y disfrutar de esas fiestas universitarias que tanto les gustaban a Raúl y Pedro, y que yo odiaba con todas mis fuerzas, sobre todo después del desagradable incidente del año anterior. El caso es que ese día necesitaba descargar de alguna manera el torrente de emociones que tenía y no puse demasiadas pegas a toda aquella mesa llena de cervezas y a la tontería que ya llevaban en el cuerpo alguno que otro.

Pedro, para hacer la gracia, me puso una cerveza en la mano y yo le seguí la broma simulando que la bebía y me emborrachaba. Y lo cierto era que algo borracha estaba, no de alcohol, pero sí de sentimientos. Una y otra vez recordaba la cercanía de su cuerpo y sus palabras...

Cuando el ambiente ya estaba bastante cargado, entró un grupo de profesores entre los que se encontraba Losada. Según le vi entrar, me dio un vuelco el estómago y todas las emociones que me provocaron aquel encuentro en su despacho cobraron vida dentro de mí. Me sonrojé, Pedro lo notó, pero tenía la excusa perfecta en la mano izquierda e hice como si diera un trago y me mareara. Él y el resto me siguieron el rollo bromeando sobre el asunto.

—¡Ja, ja, ja! pero Eli, llevas una cerveza y mira qué colores tienes ya. Tienes que salir más, mujer. Pero no te preocupes que nosotros hoy te sacamos de fiesta —dijo Pedro riéndose un poco de mí y de mi sonrojo.

Rieron todos al unísono, yo también, a pesar de que aquel comentario fue mal

intencionado conocía muy bien a Pedro y supe que quería provocarme. Losada no se había percatado de que yo estaba allí y se le veía relajado hablando con sus colegas. Yo aproveché para mirarle. Aquellas palabras "no son sus notas lo que me causan curiosidad" que en un principio me provocaron desconcierto, en ese momento resonaban como música celestial en mi cabeza, me parecían dulces, sensuales y me recreé imaginándole loco de amor por mí... Y en ese estado de embobamiento mental me encontraba, cuando Raúl sacó su guitarra y se puso a tocar. Todo el mundo se giró para mirarle, entre ellos Losada que me vio al instante. La relajación que mostraba su rostro segundos antes desapareció en ese mismo instante, su mandíbula se tensó y su mirada dejó de centrarse en Raúl. Me miraba a mí. Solo cuando algún compañero le hacía algún comentario, sonreía y desviaba su mirada. Yo le seguía mirando, embobada y... algo borracha de tanto sentimiento encontrado. Seguí imaginando que le gustaba, que estaba loco por besarme... y en el momento en el que volvieron a encontrarse nuestras miradas, le sonreí... Un tanto... Descarada. Su rostro cambió de repente y la tensión de sus mandíbulas se trasladó a todo su cuerpo, miró el reloj como excusándose ante sus compañeros y se marchó. Y así de golpe y porrazo, me topé con otra realidad. Me sentí algo más que ridícula, me sentí boba, avergonzada... ¡Dios! ¿Qué habría pensado de mí? En ese momento de vergüenza absoluta, decidí no volver a ir jamás a sus clases. "Elisa...qué mal estás, chica". Ya me las apañaría para recopilar apuntes. No, no quería volverle a ver jamás. ¡Qué

vergüenza más horrorosa! ¿Por qué se me ocurrió sonreír de aquella manera tan descarada? Siempre intentando ocultar mis sentimientos, mostrándome con él más distante que con otros profesores, para acabar ofreciéndole una sonrisa escandalosamente provocadora.

Quince minutos después, estaba con otra cerveza en la mano, de Olivia eso sí, que se había ido al baño, y bailando como una loca en aquella fiesta de motivo desconocido. Ciertamente fue que al tener aquella botella en la mano tuve tentaciones de darle un trago, sabiendo que el alcohol apaciguaría un poco aquel torbellino de pensamientos que cada dos por tres se pasaba por la cabeza. Quería borrar aquella escena de mi mente y tenía en mi mano el antídoto perfecto. Pedro se debió percatar de mis intenciones porque se acercó bailando y con mucho disimulo, quitándome la cerveza que tenía en las manos.

—Toma, te la cambio por esta botella de agua. Seguro que tú la disfrutas más que yo —me dijo intentando que no me diera cuenta de su verdadera intención.

Al final no tuve mucho desenfreno. Mi cuerpo no estaba acostumbrado a las fiestas y a esos ambientes tan cargados con tanto ruido, así que al tercer baile tuve que desistir del intento de dejarme llevar y bailar como una loca, y cogí el primer bus de vuelta a casa. La cabeza me iba a estallar, la historia en el despacho, mi sonrisa, su huida... Ya no había cabida para ningún pensamiento más. Tenía la sensación de que todo aquello era un sinsentido, intenté olvidarlo todo y dejarlo ir de mi cabeza. Lo que no pude fue olvidar esa estúpida sonrisa que me golpeaba una y otra vez. Me tumbé en la cama, esperé unos segundos a que mi cabeza parase de girar y me dormí.

A la mañana siguiente todo parecía haber sido un sueño. No sabía muy bien lo que había sido real y lo que había sido imaginación de tantas vueltas que le dí al asunto. Como era sábado, no me levanté inmediatamente, me quedé tumbada en la cama escuchando música suave en el móvil e intentando aclarar un poco aquella situación tan extraña. Estaba algo menos aturdida y parecía que al menos podía pensar con algo más de claridad. Aún así, lo mejor hubiera sido no volver a pensar en el asunto, pero fue imposible. Por una parte, estaba el tema de mi expediente, por otra, su curiosidad hacia ¿qué? Y por otra... mi desafortunada sonrisa. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿coquetear de esa forma tan descarada con un profesor? ¿Qué pensaría de mí? Pero por otro lado... Su atrevimiento al cogerme por los brazos... No parecía la manera más apropiada de dirigirse a una alumna, ¿no?.

No darle más vueltas al asunto era una tarea que se me estaba

complicando por momentos, así que buscando la manera de vaciar mi mente, me di una ducha, me preparé el desayuno y llamé a Úrsula.

—Vale, dame una hora y paso a buscarte —me contestó.

Pasamos una mañana muy agradable paseando. Era algo que solíamos hacer desde poco después de conocernos y que con los exámenes habíamos dejado a un lado. Nos pusimos al día de todo o más bien de casi todo, porque yo no le conté nada de lo que había sucedido en el despacho del profesor Losada. Me encantaba hablar con ella porque me daba la dosis de realidad que necesitaba, me templaba el ánimo, me hacía reír y arreglábamos el mundo en un pispás.

El resto del día lo pasé en casa y algo más tranquila, leyendo y con mi música favorita, que se alejaba mucho de ser los éxitos del momento. Fue una tarde larga y con demasiado tiempo para pensar, y a pesar de que intentaba disuadir mis pensamientos una y otra vez, acabé en más de una ocasión dándole vueltas a la curiosidad de Losada por mí.. Quizá mi apellido, quizá sabía de la bodega de mi familia y quiso saber que hacía una Rivas estudiando Historia...

"No, no Eli... Demasiado enrevesado. Ni que mi familia tuviera el monopolio del vino." Esa tan solo fue una de las muchas tonterías que se me pasaron por la cabeza. No había manera de desconectar. Estuve tentada de llamar a Pedro para pasar la tarde con él pero conociéndole, sabía que me iba a notar algo y no me apetecía esquivar una y otra vez el interrogatorio al que seguramente me sometería.

XIX

El domingo transcurrió mucho más relajado a nivel emocional. Llovía y se ve que mis queridos amigos no tenían un lugar mejor donde refugiarse porque, a las doce de la mañana, se presentaron en casa con bolsas llenas de comida.

—Eli, te vimos tan "borracha" el viernes que hemos venido a ver qué tal estás... —dijo Raúl mientras dejaba las bolsas en la cocina.

—Tú lo has dicho Raúl, el vi-er-nes, es decir, ¡hace dos días! —le dije burlándome—anda que ya podía morirme, ya...

—Día y medio, mujer, no exageres, tampoco es tanto.

—Anda, pasad y poneros cómodos —dije irónicamente viendo que ya cada uno estaba en un rincón de la casa.

Como era lógico, ellos vivían bien con sus padres bien compartiendo piso como era el caso de Pedro, así que no había mejor lugar que mi apartamento para pasar el domingo. Lo cierto es que pasamos un día estupendo. Raúl sacó su guitarra y cantamos, reímos, comimos, merendamos, cenamos y a las diez de la noche les mandé a todos para sus casas, harta ya de escuchar las sandeces de Pedro, los desvaríos de Raúl con la justicia y a las chicas insistiéndome para que me comprara aquel vestido de Mango que habíamos visto hacía dos días. No más. Por ese día era suficiente. No tenía que madrugar, ya que las clases eran por la tarde, pero necesitaba respirar un rato sola. Al acostarme me percaté de que no había pensado en Losada y al final tuve que agradecer a esa banda de *okupas* que se instalaran en mi casa de improviso. Por fin, pude conciliar el sueño de forma inmediata.

El lunes teníamos clase con Losada y yo no sabía muy bien qué hacer. Aquel primer pensamiento que se me pasó por la mente de dejar de acudir a clase no entraba en mis planes (ya, hija, ya, ya lo sabíamos), pero volverle a ver después de aquel tonto descarado que hice en la cafetería me resultaba muy vergonzoso. Quizá si me sentara por el medio de la clase a modo de garza agazapada... Lo mejor sería actuar como siempre y punto. Con el tiempo se acabaría olvidando de todo y problema solucionado.

Estuve tanto rato mirando el armario mientras pensaba aquello que ni cuenta me di de que quedaba poco más de media hora para empezar la clase. Si no me daba prisa, perdería el bus y entonces sí que no llegaría a tiempo. Me puse lo primero que pillé (vamos, como siempre) y salí pitando. Cogí el bus cuando estaba subiendo la última persona de la parada. Cuando me senté, pude descansar de aquel momento de estrés que había creado al despistarme tanto con mis “*embobaciones*” (que no ensoñaciones). Tenía que empezar a darle menos vueltas a las cosas. Siempre lo pensaba todo demasiado, demasiadas veces y con demasiadas interpretaciones. Todo aquello era DEMASIADO para mi mente. Tenía que aprender a relativizar. Y en eso estaba, cuando empecé a subir las escaleras de la entrada. Levanté la cabeza y le vi en la puerta de la facultad con una mujer. Era alta, esbelta, rubia, con el pelo perfectamente peinado y un maquillaje muy sutil. Él estaba de espaldas, ella le sonreía y agarraba por la cintura. Él se giró y me di cuenta de que llevaba un bebé en brazos. “¿Cómo he podido pensar que estaba interesado en mí?, ¿cómo he podido ser tan idiota!”. Lo acomodó en el capazo y le dio un beso largo e imagino que cálido a aquella mujer. Mi ángulo de visión no me dejó ver si se lo daba en la boca o en la mejilla, pero lo que sí vi es que ella le respondió con un abrazo infinito... Y ahí, en medio de tanto amor no reprimido, me colé yo, haciéndome hueco entre tanto arrumaco. “¡Qué vergüenza! —pensé—, aquí en medio de la puerta”. Estaba terriblemente abatida y desilusionada pero sobre todo, y para ser sincera, muerta de envidia.

—Perdón —dije, creo que bastante seca.

Y entré sin mirar, directa a mi objetivo: las escaleras. Subí corriendo, muerta de celos y sobre todo de vergüenza. ¿Cómo se me había podido pasar por la cabeza que le pudiera interesar?, ¿cómo fui tan inocente de pensar que su comportamiento conmigo en clase eran señales de algo?, ¿cómo pude creer que aquella historia en el despacho fue motivada por algún sentimiento?... “Qué boba, por favor, qué boba...” Humillada, desilusionada, avergonzada y ridiculizada, entré lo más digna posible a clase y me senté en mi sitio mostrando la más absoluta normalidad.

—¡Eli! Pero ¿qué haces ahí sentada?, si quedan más de cinco minutos para empezar la clase —me gritó Pedro desde la puerta.

—¡Coño, es verdad! —dije mientras me levantaba. Estaba tan ida que ni les había visto en la puerta. Iba tan acelerada que ni cuenta me di.

—Ya te vi, ya... —dijo mientras me despeinaba el pelo.

Unos minutos después llegó Losada. Le vi llegar a lo lejos con paso firme

y seguro.

—Vamos chicos, para adentro... Srta Rivas. —He hizo el gesto de cederme el paso.

Entré sin dar las gracias. Los nervios, los celos, la vergüenza y la rabia hacia mí misma hicieron que entrara sin mirarle siquiera. No levanté la cabeza de los apuntes en toda la hora. Ni cuando acabó la clase me digné a mirarle. Fueron saliendo todos mis compañeros, mientras yo me quedé ordenando los apuntes y preparando las cosas para la siguiente clase. Solo quedaba yo y algún rezagado más. Me levanté y fui hasta donde estaban mis compañeros. No me percaté de que Losada seguía allí.

—Srta Rivas, ¿sería tan amable de subir a mi despacho cuando acabe sus clases? —Me sobresaltó su voz—. Me gustaría comentarle alguna cosa sobre su examen...

Me giré pensando que estaba lejos, pero al darme la vuelta me choqué con él. Me sorprendió esa cercanía. Sonrió... De aquella manera...

—Hum —dudé—, no creo que tenga mucho más que comentar de mi examen...

Me agarró el brazo con disimulo para detenerme, miró al detalle que nadie estuviera mirándonos y me dijo al oído en un susurro descarado que me erizó la piel...

—Se lo estoy pidiendo por favor.

Noté como me ruborizaba al instante y no pude mirarle de la vergüenza que me daba aquel maldito color en mi cara. Me desprendí de su mano con gesto seco y me fui cual telenovela venezolana. No quería irme así, no sé por qué parecí tan ofendida si en el fondo estaba encantada con todo aquello. Debieron ser los nervios los que me hicieron soltarme de su brazo de aquella manera.

"Ahora sí que no entiendo nada. Se presenta en la facultad con su mujer e hijo, después de lo que ha pasado el viernes en su despacho y ahora me pide por favor que suba a su despacho..." He de reconocer que me desencantó bastante saber que era un sinvergüenza. Pero en el fondo, a quién quería engañar, la cercanía que había mostrado conmigo hizo que no pudiera esconder una sonrisa al salir de clase. Todos me miraron con curiosidad puesto que el gesto era demasiado visible. Al verles con aquellas miradas me di cuenta en seguida de que llevaba la sonrisa puesta y quise disimularla tosiendo. Detrás de mí salía Losada.

—Hasta el próximo día, chicos —dijo para despedirse de nosotros.

Yo le miré de reojo y a punto estuvo de volver a aparecer aquella expresión en mi cara, menos mal que la pude frenar a tiempo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Olivia a la vez que miraba a Losada con mirada suspicaz como intentando averiguar.

—Nada, que di vuelta para dejar un boli, me choqué con Losada y me entró la risa.

La cara de Pedro me hizo entender que aquella excusa no había sido muy buena.

—Vaya relación tenéis Losada y tú con los bolis... Que sepas que las relaciones a tres nunca salen bien —dijo bromeando sin quitar aquel gesto en su cara.

Los demás rieron mientras Pedro y yo nos retábamos con la mirada como en una película del Oeste.

Las siguientes horas estuve algo distraída pensando en la petición de Losada. ¡Desde luego que iba a ir! No podía seguir así, volviéndome loca. Tenía que zanjarse de una vez por todas tanto desvarío. Ya no sabía qué pensar. Todo era una locura.

Quise volver a centrar mis pensamientos en las clases, pero lo cierto era que cogía apuntes de forma mecánica sin saber muy bien lo que estaba anotando. A última hora teníamos clase con Clara, la profesora de Patrimonio. Durante toda la hora, como en las anteriores, tuve la mente en otra cosa pero desperté sobresaltada de mi estado de abstracción cuando nos convocó a nuestro grupo de trabajo para una reunión. Las prácticas de esta asignatura consistían en un trabajo abierto que cada grupo podía enfocar de diferente manera y orientarlo hacia diferentes variantes.

Nuestro grupo llevábamos bastante tiempo con un estudio entre manos de bastante envergadura y de vez en cuando teníamos reuniones con Clara para que nos orientara sobre cómo enfocar determinados puntos. Decidimos realizar una investigación bastante ambiciosa sobre un castillo de la provincia de Palencia que permanecía cerrado desde hacía muchos años. Era bastante difícil acceder a él y, en más de una ocasión, tuvimos que recurrir a ella para agilizar algún trámite que otro.

"¡Dios, no puede ser, justo hoy!". En décimas de segundo pensé en mil y una excusas para no acudir o para cambiar la fecha de la convocatoria, pero no se me ocurrió ninguna mínimamente creíble.

—Es importante que vengáis, os tengo que facilitar unos pases... —dijo como si me hubiera leído el pensamiento.

Me resigné. No tenía tiempo material para subir al despacho de Losada. Inmediatamente después de la clase, teníamos la reunión y después ya sería demasiado tarde. A esas horas, ya no solía quedar ningún profesor por los departamentos, salvo por reuniones o tutorías... Justo después de terminar la clase, Pedro y el resto de compañeros del grupo subimos al despacho de Clara. Estábamos esperando el ascensor mientras Pedro me andaba contando sus historias de fin de semana muy entusiasmado. Se abrieron las puertas y me empujó a modo de juego contra la pared.

—Se me acercó así, tal cual estoy yo ahora y me dijo: "eres demasiado guapo para ser un buen tipo", ¡ ja, ja, ja!, como te lo digo. ¿Te lo puedes creer?.

Pedro estaba totalmente metido en su papel, me tenía acorralada entre la pared y sus brazos y estaba tan cerca de mi boca que hasta temí que me diera un beso. No sé en qué momento apareció Losada, pero ahí estaba mirando entre el grupo que estaba subiendo al ascensor. Mi primer impulso fue apartar a Pedro, pero me tenía tan acorralada que no tuve margen para separarme. Subió, me miró serio y nos dio la espalda. Pedro se separó y permanecimos todos en silencio . Se bajó en el segundo, se despidió únicamente del grupo que tenía al lado. Nosotros seguimos hasta el tercero, me quedé pensativa.

—Qué raro que Losada no nos haya dicho nada —apuntó Pedro—. Él que siempre tiene algo que decir , ¡ja, ja, ja!

Yo, en mi mundo, seguía callada sin hacer caso a las tonterías de Pedro. "Si al menos hubiera tenido un segundo para decirle que hoy no podía ir... Tenía que haber ido aunque fuera un segundo, antes de entrar a la reunión... O quizá no, mejor así, ¿de qué va este tío? Ni que yo tuviera que dejar todas mis cosas para ir corriendo a su despacho... Además ¿qué me querrá decir? Es mejor así, cuanto más distancia ponga con él mejor... Está casado y eso no va a cambiar. No quiero encoñarme más... Joder, pero es que está tan bueno... Vuelve, Elisa, que te estás perdiendo de nuevo".

La reunión duró bastante más de lo que pude imaginar. Me fui a casa algo triste y sobre todo, muy, muy pensativa. Estaba desbordada. A la mañana siguiente dudé si ir a hablar directamente con él, pero no estaba segura de que fuera por las mañanas, así que decidí esperar. De esa tarde no pasaba, tenía que hablar con él, sí o sí. No me importaba faltar a alguna clase, necesitaba saber qué estaba pasando o me iba a volver loca tanto pensar, imaginar, deducir y suponer...

Ese día perdí el bus para ir a clase y, al tener que esperar por el siguiente,

llegué muy justa a clase. Todos estaban ya sentados y, aunque aún no había empezado la clase, me quedé en el asiento más cercano a la puerta para no molestar al resto de compañeros. Tuve que esperar a que acabara la clase para comentarle a Pedro que no me quedaría a la siguiente hora. En cuanto acabó, me acerqué adonde estaba.

—Pedro, hoy no me puedo quedar a clase de Antigua —le dije sin muchas más explicaciones—. Tengo algo que hacer. ¿Luego me prestas los apuntes?

—Madre mía, pues sí que tiene que ser importante para tú faltes a una clase —me respondió con sarcasmo—. No sé yo si te los dejaré...

—Payaso —le contesté y recogiendo mis cosas me fui antes de que llegara el profesor.

Subí las escaleras lo más despacio que pude intentando representar mentalmente lo que le iba a decir. No lo tenía muy claro. Pum pum, pum pum. Solo oía los latidos de mi corazón. Respiré hondo, el corazón se me iba a salir. Llamé a su puerta. Silencio. A punto estuve de irme.

—Adelante. —Pum pum ,pum pum, pumpumpumpumpumpumpumpum...

Según abrí la puerta le vi ordenando papeles en la estantería, estaba de espaldas.

—Lo siento, estaba hablando por teléfono y no pude... —Se giró.

Al verme se sorprendió. Cambió la expresión de repente. Se puso serio.

—Hola. No la esperaba.

—Lo sé, lo siento —dije disculpándome—. Ayer no pude venir a última hora. Clara nos convocó para una reunión y no...

—Sí, bueno es igual —me interrumpió de forma descarada ninguneando mi excusa—. Siéntese, por favor.

Me senté, él hizo lo propio en su lado de la mesa. Apoyó los codos mientras se frotaba la barbilla con una mano y su mirada se perdía en el horizonte. Yo le miraba expectante y algo embelesada, he de confesar. Le observé de arriba abajo sin que se diera cuenta, intentando encontrar algo en él que no me fascinara. Era imposible. Todo en él era perfecto: su cara, su cuerpo, sus expresiones, su forma de moverse, de hablar... y cómo olía... "Joder, Elisa, céntrate... Mujer, niño... ¿te acuerdas?"

—¿Sabe por qué la he hecho llamar? —dijo después de un largo silencio.

—Pues... no, realmente no y me gustaría... —me volvió a interrumpir, "¿para qué me preguntas si no me dejas contestar?" —Le noté nervioso. Hundió su cabeza entre las manos.

—¿Puede explicarme qué pasó el otro día en la cafetería? Supongo que lo

pasaron bien a mi costa, ¿no? La vi muy risueña. Se divirtieron mucho conmigo, imagino...

Estaba serio, desencajado. Y yo, perpleja, porque no sabía de qué narices me hablaba.

—No le entiendo —contesté algo enfadada por el tono con el que me estaba hablando—. Disculpe pero lo que haga fuera de aquí y de lo que me ría, no le interesa.

Y al decir aquello último entendí a qué se refería, a esa sonrisa presuntuosa y descarada que me había estado golpeando una y otra vez aquel fin de semana. Recé a todos los santos para que no se estuviera refiriendo a eso. Me iba a morir de vergüenza si me decía algo sobre cómo me insinué con aquella sonrisa.

—¿Qué no me interesa? ¡SÍ, cuando es de mí de quien se está hablando! —me rebatió algo más que enfadado—. Le faltó tiempo para ir a comentarles a sus compañeros lo que le dije en el despacho, ¿no?

—Lo siento de verdad, Losada, pero es que ¡no le entiendo!

—Vi como se burlaba, srta Rivas, vi ese gesto en su cara... —¿aquello fue un grito? ¡Mierda! Sí, se refería a la sonrisa... pero confieso que me sentí algo aliviada porque malinterpretó el mensaje.

—Siento que piense así de mí, Losada —contesté algo más relajada—. ¿Qué clase de persona se cree que soy? De todas formas, ¿qué iba a contar si ni yo misma entendí lo que pasó aquí ese día?

Aquella conversación era un tanto surrealista, profesor y alumna discutiendo por un malentendido en la cafetería. Le empecé a notar más relajado, sus facciones se destensaron y empezó a aparecer ese hombre atractivo que vimos todas ese primer día de clase. En un momento de la conversación se había levantado, nervioso, impulsivo. Ahora volvía a sentarse. Se produjo otro silencio, se frotó la cara.

—¿Cree que esto es fácil para mí, srta Rivas? —dijo de repente. No entendí muy bien a qué se refería.

—¿El qué, el qué no es fácil? —No entendía nada, era como una conversación de besugos.

Suspiró y en un ataque de valentía dijo:

—¿Cree que es fácil levantarse cada día pensando en usted? —"Toma ya". Tenía la cabeza apoyada en sus manos, me miraba fijamente—. Verla en clase, en los pasillos, con ese... lo que sea suyo y no poder decir nada. ¡Callarme!

A veces la realidad supera a la ficción. Me apoyé en la mesa buscando un punto de apoyo, cerré los ojos poniendo mis manos en ellos con la necesidad de escuchar su voz. Necesité unos segundos para asimilar aquello que acababa de decirme. Cuando separé mis manos de mis ojos, estaba en frente de mí. Me cogió de las manos y me levantó de la silla.

—Elisa...

En ese momento me derretí, no había un solo órgano de mi cuerpo que pesara. Estaba flotando. Dejó de haber gravedad en aquel despacho. No estaba soñando, era él a quien tenía en frente, era él quien me decía aquellas palabras...

—Elisa... —Puso una de sus manos en mi cara con cierto temor a que yo le increpara, pero al ver en mis ojos lo que no decía mi boca, me acarició con una suavidad casi imperceptible y se atrevió a seguir hablando—. No sé qué me has hecho, pero estoy hechizado. Me estoy volviendo loco. He luchado contra mí, pero tú has sido más fuerte.

Tenía los ojos cerrados y su frente apoyada en la mía. Yo no sabía muy bien qué decir, salvo que sentía lo mismo, que quería quedarme allí, en esa burbuja en ese momento, hasta el final de mis días. Levanté la cabeza, abrió los ojos y me miró. A falta de palabras acaricié su cara en silencio mientras seguía mirándome con una sensualidad que hasta ese momento no había percibido y no sé de dónde me vinieron las fuerzas, pero... le besé. Sus labios se entreabrieron para recibirme, eran tan suaves que tenía miedo a que se me escaparan, por eso le agarré con fuerza. Fue un beso lento, lleno de ganas. Nuestras lenguas encontraron la sintonía perfecta para bailar un tango húmedo y sensual dentro de nuestras bocas. Se paró un instante llevándose consigo mi labio inferior con mucha delicadeza. Me miró y sonrió triunfante. Apoyó la cabeza hundiéndola en mi cuello y lo llenó de besos. Subió de nuevo hasta mi boca y la acarició con su lengua consiguiéndome arrancar un gemido de placer que ahogó con un beso algo más intenso que el anterior. Nuestros cuerpos estaban respondiendo de manera demasiado rápida para el lugar en el que estábamos. Me separé a duras penas de aquel beso intentando apaciguar un poco el fuego que sentía dentro, me mordí el labio y él no tuvo más opción que ponerme un dedo en la boca para frenar su ímpetu. Nos quedamos mirándonos, deseándonos. Recorrió mi espalda con su mano hasta subir a mi cuello y enredarse en mi pelo. Fue un momento eterno de apenas un par de minutos...

XX

—Qué has hecho Elisa... —dijo mientras recorría mi cara con sus manos—. Esto es una verdadera locura, no puede ser... —se decía mientras volvía a inclinarse para besarme la boca.

Una desagradable sensación de hastío se apoderó de mí al recordarle con aquella mujer y aquel bebé en la entrada de la facultad. Empecé a entenderlo todo. Se alejó de mí cabizbajo y se apoyó en el marco de la ventana mirando hacia ninguna parte.

—Claro... ya entiendo —dije abatida a punto de llorar al saber que inmediatamente después de aquello, venía el "estoy casado, esto es un error"—. Pues deberías haberlo pensado antes de decirme nada, antes de todo esto...

Se giró de forma repentina mirándome extrañado...

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¡Qué dices, Elisa!— "Elisa... me llama Elisa...".

—Digo que hay que ser un sinvergüenza para liarse con una alumna estando casado...Y yo soy una estúpida. No sé en qué estaba pensando... —dije aquello enfadada, mucho, pero conmigo misma por haber sido tan idiota.

Recogí mi mochila de la silla y me quise ir cuando me agarró del brazo.

—Espera, por favor... ¿De dónde te sacas que estoy casado?

—¿Y esa mujer? —Le solté sin filtros.

Pareció sorprendido.

—¿Y ese niño que tenías en brazos? Os vi en la entrada.

Sonrió relajado y creo que algo encantado de verme celosa.

— Es Claudia, mi...

No le dejé acabar la frase, me separé de él bruscamente buscando la salida. ¡Estaba casado, me lo iba a confirmar el muy canalla!. Recuerdo como si fuera hoy cómo la sangre me hervía por las venas. El fuego de pasión que había sentido minutos antes se había convertido en lava que arrastraba toda furia.

—Hermana —Terminó la frase lo más rápidamente posible viendo mi actitud. Estaba encantado—. Es mi hermana, Elisa. Mi hermana y mi sobrino. Son lo único que tengo y les adoro.

El mundo, que hacía un segundo había cogido una velocidad vertiginosa, se detuvo de nuevo. Respiré y noté su cuerpo pegado a mi espalda, me abrazó por la cintura, me separó el pelo y me besó de nuevo en el cuello.

—Entonces no lo entiendo —dije aliviada mientras me giraba para mirarle...

—Eres joven... Las fiestas, el alcohol... Basta un simple comentario tuyo en un momento de fiesta y estoy perdido. Yo he vivido esa etapa y sé cómo funcionan las cosas...

—Puede que sepas cómo funcionan las cosas, pero desde luego no sabes cómo funciona yo —Me sorprendí a mí misma reconociéndome en esas palabras, sin miedos e inseguridades, me mostré tal cual, Elisa Rivas, gracias a la magia que él creaba—. Si dices eso es porque no me conoces. Déjame demostrarte. Además... —apunté riéndome— yo odio el alcohol...

Arqueó una ceja y me miró con un gesto irónico, supongo que recordando la cerveza que tenía en mi mano aquel día en la cafetería...

—De verdad, no bebo nunca. —Insistí sin dejar de reírme, era lógico que no me creyera. Sobre todo después de ver aquella odiosa sonrisa que aún me perseguía en la cabeza.

—Eso no fue lo que me pareció el otro día —me dijo mostrándome una sonrisa cómplice.

—El otro día estaba haciendo el bobo con mis compañeros...

—No lo entiendes, Elisa —Se puso serio—. Llegar aquí es muy difícil. Son muchos años de estudio, de trabajo... No...

—Claro que lo entiendo, no tienes que justificarte. Solo te pido que confíes en mí..

Se acercó de nuevo. Se sentó en la mesa y me arrastró hacia él. Encajé perfectamente en la apertura de sus piernas. No estaba incómoda ni nerviosa... disfrutaba de cada momento que estábamos viviendo, de sus palabras, de su contacto... Él creaba una complicidad y una confianza muy poco propia para un par de desconocidos.

—Quiero que entiendas que me estabas volviendo loco. Ayer cuando te vi en el ascensor con tu... amigo, de aquella manera...

—¿Pedro? ¡Ja, ja, ja! —Me entró la risa solo de pensar que podía habernos imaginado juntos—. Pedro es mi compañero. Dios me libre de tener

algo con él... ¡Ja, ja! ni loca...

—Pues eso no fue lo que me pareció ayer en el ascensor... ¡Ves! Por favor, no me hagas caso. No sé ni lo que digo.

—Son tonterías de él... Es un teatrero.

Me miró sonriendo, aunque con cierto recelo, y haciendo oídos sordos a lo que seguramente le decía su mente, se acercó a mi boca hasta casi rozarla, se detuvo lo suficientemente cerca como para sentir su aliento acariciándome los labios. Me besó suave, como queriendo saborearme, pero a esas alturas el mínimo roce de su cuerpo me encendía a niveles insospechados. Hundí mis manos en su cuello y lo acerqué hacia mí de forma apasionada para sentir más cerca su boca, el ritmo de nuestras lenguas empezó a acelerarse hasta que la sirena de fondo penetró en nuestras entrañas de forma impetuosa haciéndonos conscientes, por primera vez desde que estaba allí dentro, del lugar en el que nos encontrábamos. Retrocedimos de forma instintiva, recomponiéndonos como pudimos. Recogí la mochila a toda prisa algo sonrojada por todo lo que había pasado, como si de repente me diera vergüenza el saberme la alumna y él el profesor. En el momento en el que estaba a punto de salir sin apenas haberle mirado, noté como me agarraba por la cintura girándome para que pudiera mirarle.

—Elisa... Tengo miedo... He puesto en tus manos toda mi carrera, toda mi vida. Ahora eres dueña de mi destino...

He de reconocer que el que me otorgara ese poder me hizo sentir más segura.

Le miré embelesada sin saber muy bien qué decir. Abrí la puerta y me fui. Según avanzaba por el pasillo del departamento iba pensando si aquello no sería un sueño. ¿Cómo podía ser que fuera real? ¿Cómo podía ser que el hombre más perfecto de la tierra se hubiera fijado en mí? Tuve una gran sensación de vértigo.

Después de aquella declaración, de todo lo que había vivido con él, necesité un par de horas más para recomponerme y pisar suelo firme, así que, sin dudarlo, no asistí a lo que me quedaba de clases y me fui a andar para reestructurar mis pensamientos al aire libre. Hacía frío, pero necesitaba sentir el aire en mi cara, necesitaba mover mi cuerpo y desbloquear toda aquella energía que se había quedado enganchada en mi corazón. Cuando asimilé todo lo que me había pasado, volví a la facultad. Me crucé con un grupo de profesores entre los que iba él. Me dio un vuelco el corazón, noté como el calor que tenía en el cuerpo al recordar todo fue subiendo hasta alojarse en mi

cara. Nuestras miradas se cruzaron y hubo tanta complicidad... Nadie, salvo él y yo, sabíamos lo que había pasado...

—Srta Rivas —me saludó como siempre cuando estaba a su altura.

—Hola —le contesté al cruzarnos.

—¡Ah, Elisa, por favor!, disculpa un momento. —Me reclamó Clara, la profesora de Patrimonio, que iba en el grupo. Arturo era el único profesor que se refería a mí por mi apellido. El resto de profesores e incluso él, al resto de alumnos, siempre nos llamaban por nuestro nombre—. ¿Puedes hacerme un favor? —me preguntó mientras revolvía entre sus carpetas.

Losada y el resto de profesores estaban detrás esperándola. Él seguía mirándome con esa sensualidad y aquella sonrisa...

—Sí, claro, dígame —dije intentando centrarme en lo que me iba a decir.

—Qué me tutees, ¡leche! Ayer se me olvidó daros estas fichas que os servirán de ayuda para el trabajo y como no os veo hasta la próxima semana... —En ese momento miré a Arturo para cerciorarme de que había escuchado cómo Clara había confirmado mi excusa sobre la reunión del día anterior. Me sonrió con un gesto de aceptación imperceptible para el resto.

—Oh, genial, muchas gracias, Clara.

Después de aquello corrí rápido hacia la biblioteca con la esperanza de que Pedro no se hubiera ido y me prestara los apuntes.

—Vaya... Benditos los ojos.. ¿Se puede saber dónde te has metido toda la tarde? —me dijo nada más verme.

—¡Pues no!, ¡no tengo por qué darte explicaciones de todo lo que hago! Que eres muy cansino chico —le contesté sonriendo y removiéndole el pelo—. Tuve un mal día y necesitaba un poco de aire. Me fui a andar.

—Pues para tener un mal día tienes muy buena cara... —Me miró con cara de sospecha.

Siempre ponía en cuarentena todo lo que le decía, al menos esa era la impresión que me daba.

—Anda, tonto... ¿Tienes los apuntes?

—Los tengo, pero si los quieres tendrás que quedarte conmigo a tomar algo.

—Grrr.. Pedro...

Llegué a casa más tarde de lo que acostumbraba. Al final nos quedamos en un bar tomando algo, y cuando nos quisimos dar cuenta, era muy tarde. Me acercó a casa en su coche. El silencio en el trayecto fue algo incómodo y no pude obviar más la situación.

—¿¡QUÉ!?

—¿Qué de qué? —me preguntó haciéndose el loco.

—Si tienes algo que decir suéltalo ya, Pedro, que me tienes frita con tanto silencio.

Aparcó en doble fila muy cerca de mi casa en una maniobra que me pareció eterna por la lentitud con que la hizo. Se mantuvo unos segundos en silencio y me miró... raro... "Vaya, Pedro, andas con el guapo subido, no me había fijado" pensé cuando le miré para que me hablara.

—Eli... yo... hay algo que te quiero decir desde hace tiempo, pero no encuentro el momento.

Me revolví en el asiento, de sus ojos brotaban unos destellos que parecían... ¿emoción? "bah, qué va... no, Pedro no".

—¿Qué pasa? —pregunté ansiosa.

—Tenía que habértelo dicho antes... Imagino que ahora ya habrás entrado en la segunda fase y será demasiado tarde...

—Joder, Pedro, de qué hablas, me estás poniendo muy nerviosa... ¿De qué fase hablas?

—Hablo de sentimiento...

"¿QUÉ?" empezaron a sudarme las manos de manera incontrolada "¿de sentimiento?".—Por tus plantas... —No le di una bofetada con toda la mano abierta no sé por qué—. Desde que te dio por ponerlas en el salón, me entran unos picores y un malestar que no veas. Y como llevas tanto tiempo con ellas y las cuidas tanto... Me daba palo decírtelo...

—¡Ja, ja, ja! eres un idiota. ¿Lo sabes, verdad, Pedro?... ¿Tanto misterio por las plantas? De verdad, eres para darte de comer aparte. No te preocupes, hombre, las cambiaré de sitio cuando vengas... Ya te vale... Me habías asustado. ¡Pensé que te ibas a declarar! ¡Ja, ja, ja! me hubiera muerto.

Ya en casa, lo primero que hice después de ponerme cómoda, fue pasar todos los apuntes de las clases que me perdí. Eran bastantes así que me acomodé, hice mi habitual desconexión para concentrarme en lo que estaba haciendo y me puse al lío. Tardé un rato largo ya que mi concentración no estaba pasando por su mejor momento. Mi cabeza iba y venía constantemente, y aunque me obligara a centrarme, aquello parecía misión imposible. Cuando acabé, lo único que me apetecía era meterme en la cama. Estaba cansada y me dolía la cabeza de tanto apunte y de tanto intentar centrar mi atención en lo que estaba haciendo.

Una vez relajada me permití el lujo de dejarme llevar por los recuerdos

de aquel momento. Pensé en todo lo que había pasado sin remordimiento. Estaba eufórica, no me lo creía. ¡Era correspondida por el hombre más *sexy* de toda la facultad! Me puse a gritar y a saltar encima de la cama con un cojín tapándome la boca para no molestar a los vecinos. ¿Al día siguiente le vería por la facultad? ¿Cómo actuaría, me haría algún guiño cómplice? Estaba deseando verle y sobre todo sentir de nuevo su boca en mi piel.

Una vez superado ese momento de euforia, me tranquilicé y recreé, una por una, todas sus palabras. "Tenía miedo, yo era la dueña de su destino." Entendía perfectamente ese miedo. No me conocía, no sabía la clase de persona que era. Podía ser una niñata y contarle aquella hazaña a toda la facultad, joder, realmente tenía el poder. Podía destrozar su vida... Y él me la entregó, la puso en mis manos a pesar de su miedo. Tenía que devolverle de alguna manera esa confianza. Tenía que hacer algo para que estuviera tranquilo, para demostrarle que podía confiar en mí, para que supiera que ni en el peor de los casos yo le contaría nada a nadie. No sabía muy bien qué hacer, pero algo se me ocurriría. Cerré los ojos y poco a poco el sueño me fue venciendo. Dormí profundamente...

XXI

La mañana siguiente fue un poco de locos. Me desperté a primera hora con una idea en la cabeza. Cogí lo primero que encontré en el armario, desayuné a toda prisa y saqué el coche del garaje. No solía cogerlo para andar por el centro, pero esa mañana me recorrí unos 100 km para irme a otra ciudad en busca de un notario amigo de la familia. Era un hombre muy amable al que conocía de toda la vida. Sabía que podía confiar en él y que jamás le contaría aquella anécdota a nadie. Le pedí que diera fe a un documento que había redactado. Al leerlo, me miró sin mostrar ningún tipo de gesto que pudiera ofenderme, pero me dio a entender que aquello no tenía ningún sentido.

—Lo mejor que puedes hacer es hablar con esa persona y explicarle tus sentimientos, Elisa. Hacerle comprender que puede confiar en ti. —Intentó persuadirme a pesar de mis reticencias. Lo hizo de la forma más sutil para no dañarme.

Ahora, y solo con pensarlo, me ruborizo irremediablemente. Fue la estupidez más grande que hice en mi vida, pero en aquel momento me pareció la mejor idea del mundo.

" La señorita Elisa Rivas de la Fuente jura solemnemente no hacer pública la relación que mantiene en este momento, asumiendo cualquier tipo de responsabilidad si llegase el caso de no cumplir tal juramento. A fecha de....."

Por más que intentó hacerme entrar en razón, mi obcecamiento fue tan grande que tuvo que doblegarse ante mi insistencia. Fue una idea tonta y sin sentido, pero fue la única que se me ocurrió. Lo único que se me pasó por la cabeza para transmitirle confianza de manera inmediata. No hacía falta que nadie me dijera que la confianza se gana con el tiempo, pero eso era precisamente lo que yo no tenía. Le veía demasiado inseguro y, si no actuaba rápido, tenía miedo de que sus temores acabaran con lo que aún no había empezado.

Volví a casa, comí algo y me preparé para ir a la facultad. Como iba con

tiempo, fui andando hasta la parada donde Úrsula cogía el bus. Me apetecía estar ese rato con ella. Hacía tiempo que no coincidíamos por culpa de los trabajos que teníamos pendientes, y ese rato que pasamos juntas, lo agradecemos las dos. Una vez en clase, no hacía más que pensar en él, en si debía ir a su despacho. Estaba deseando verle, pero también me atormentaba la idea de parecer demasiado pesada o de que aquello se hubiera esfumado como una tormenta de verano. Tenía miedo de que hubiera sido un arrebató del que estaba arrepentido.

—Eli, vente abajo, vamos a estar todos. —Me tentó Raúl al acabar la primera hora de clase—. Úrsula se queda cogiendo apuntes.

Desde que habían acabado los exámenes se habían acostumbrado a faltar a algunas asignaturas. Se organizaban de la misma manera que cuando salían por las noches, en las que uno tenía que quedarse sin beber para llevar el coche. En este caso, cada día era uno diferente el que se quedaba cogiendo apuntes y el resto se iba.

—¡Ja! Raúl, qué iluso eres, no insistas. Eli es demasiado responsable. —Me picó Pedro para provocarme—. Además habiendo faltado ayer casi toda la tarde...Sería demasiado para su intelecto...

—Toma, Pedro, tus apuntes de ayer. Muchas gracias, estaban bastante completos para lo que sueles acostumbrar —le contesté burlona e intentando cerrarle la boca—. Y sí, Raúl, bajo con vosotros.

—¡Toma ya! Eso sí que es una novedad. ¡Habrás que celebrarlo!

Pedro me cogió por los hombros arrastrándome hacia la cafetería. Nos íbamos riendo. Él, como acostumbraba, haciendo el payaso y recreándome la historia que había vivido con aquella chica el fin de semana.

—Debe de ser la primera chica que se te pone a tiro, chico —dije muerta de risa. Todos rieron al unísono—. Como no paras de repetirlo.. Me contaste la misma historia ayer.

—Ya, pero no te conté cómo acabó la cosa —me contestó intentando mantener nuestra intriga.

—A ver qué inventa. —Le provocó Raúl.

—Ven, por favor, dame un beso —Empezó a dramatizar. Me hizo tanta gracia que le seguí el juego—. No me dejes así, no puedo vivir sin ti...

—Ven aquí donde nadie nos vea, que vas a saber lo que es bueno —dije yo simulando ser aquella amiga de Pedro...

—Perdonen... —No podía ser, cerré los ojos intentando convertir aquello en un mal sueño—. Me dejan pasar o tengo que esperar a que acaben el circo.

—Arturo, serio, con los ojos inyectados en algo parecido a la rabia, intentaba salir por la puerta de la cafetería que nosotros habíamos taponado.

Pedro le dejó el paso libre sin notar que el tono de su voz no era el mismo que cuando empleaba alguno de los sarcasmos a los que nos tenía acostumbrados en clase. Yo, en cambio, pude apreciar el nivel de estrés que había alcanzado. Me entristeció profundamente pensar en lo que posiblemente se había imaginado. Si de aquella sonrisa que le dediqué en la cafetería dedujo que era por estar hablando de él, desde fuera y sacado de contexto, aquello podía parecer una burla... Una burla hacia él... En ese momento quería morir. Dejó de circularme la sangre y pensé que aquello acababa de boicotear su confianza en mí.

—Ni que hubieras visto un fantasma... —me dijo Pedro poniendo morritos una vez más, haciendo el payaso—. Uy, uy, uy... a ver si es que te hubiera gustado vivir mi situación con el Losada...

—Bueno, eso lo queríamos todas —le dijo Olivia permitiéndome no ser yo quien le contestara.

—¡Bueno, Pedro, ya! —dije malhumorada.

Me cambió el humor, aunque intenté disimular, ya no era posible dar vuelta atrás. No quería estar allí, ni escuchar sus gracias ni sus historias. Quería irme, salir corriendo y hablar con él. Esperé un tiempo prudencial para evitar preguntas y al rato inventé una excusa para marcharme. Corrí hasta su despacho tan rápido como no había corrido en mi vida. Me detuve ante su puerta para recuperar el aliento y llamé. No tuve contestación. Volví a llamar. Nada. Intenté abrir la puerta pero estaba cerrada. Hubiera gritado pidiéndole que me abriera la puerta, pero no podía hacerlo. ¿Qué hubieran pensado de oírme alguien? Dudé si enviarle un correo, todos teníamos las direcciones de los profesores. Sabía que enviar un mensaje personal al correo no era muy buena idea, pero en aquella situación era más que justificable.

Asunto: No es lo que parece

Por favor, ya sé que no debo enviarte correos personales aquí, pero es la única manera que encuentro para justificar lo que has visto.

Vi en tu cara lo que estabas pensando y te juro por lo que más quieras que no estábamos hablando de ti. Sé que sacado de contexto se podría malinterpretar, pero por favor, no lo hagas. Confía en mí. Déjame hablar contigo. Lláname...

Nada más enviar el correo sentí que no tenía que haberlo hecho. ¿Por qué era siempre tan impulsiva? ¿Por qué no me paraba dos segundos antes de

hacer las cosas? Debería haber esperado a poder hablar con él o darle algo de margen al asunto. Pero aquella mirada me preocupó tanto... Tenía tanto miedo a perderle...

Saqué el documento del notario que llevaba en la mochila. Miré a ambos lados para cerciorarme de que no había nadie mirando y metí el papel por debajo de la puerta. ¿Veis? ¡Lo que digo, que no pienso las cosas!

Volví a clase preocupada, pero ya no podía hacer nada más. Sí, Elisa, ya habías hecho todas las estupideces posibles. Cada poco miraba el móvil disimuladamente para ver si tenía algún correo. Nada. No tuve contestación. Aquello me entristeció mucho y, con el paso de las horas, empecé a mentalizarme de que aquella historia no podría ir más allá. Al menos me quedaban aquellos besos tatuados en mi boca. De repente me vino la lucidez y me sentí la mujer más idiota del mundo. "Menuda niñata de mierda, ¿en qué pensabas, Elisa?" Ahora te das cuenta, ¿no? A-HO-RA. Me moría de la vergüenza. Me alejaría de él, no volvería a mirarle en clase y, seguro que con el tiempo, se acabaría apagando el fuego que sentía al recordarle. Pude hacerlo con Martín, así que solo sería cuestión de tiempo.

Al llegar a casa, dejé todo encima de la mesa del salón, me preparé una ensalada, me puse cómoda y encendí la tele. Era algo que no solía hacer a menudo, más que nada, porque me gustaba ocupar mi tiempo libre en otras cosas, pero aquel día necesitaba dejar de pensar y nada mejor que ver lo que echaban en la tele para conseguirlo. Pasé la noche como pude, despertándome a menudo y acordándome de lo estúpida que fui yendo al notario, enviándole el correo y metiéndole el papelillo por la puerta. Conseguí conciliar el sueño casi por la mañana, pero me levanté cuando noté que los pensamientos volvían a girar en torno a él. Me duché y me preparé el desayuno. Por nada del mundo quería volver a ese círculo vicioso de suposiciones, pensamientos y demás, que en nada me ayudaban.

Pasé la mañana paseando por el centro, viendo tiendas y haciendo la compra. Necesitaba estar ocupada y aquello parecía que funcionaba. Cuando llegué a casa ya era bastante tarde, entre lo que preparaba la comida, comía y recogía un poco la casa, llegaría la hora de marchar a clase. Al pensarlo se me puso un nudo en el estómago. "Respira, Eli, respira y suelta el pensamiento". Me sonó el móvil. Me dio un vuelco el corazón pensando que a lo mejor era Losada contestando a mi correo. "¡Inocente!". Miré y vi que era un mensaje de Pedro.

WhatsApp Pedro:

¿Vamos juntos a la facultad por la tarde? Parece que hace buen día...

WhatsApp:

Okey, si no has comido vente que te invito a comer en casa.

WhatsApp Pedro:

¡Lechuga! Mmm... qué rica, voy enseguida.

Me apetecía estar con él y dejar de pensar en Losada y en lo que pudo haber sido...

Llamé también a Úrsula para que se uniera a comer con nosotros y luego salir juntos de mi casa, pero no pude competir con la comida que había preparado su madre, así que pasamos a recogerla después de comer. Cuando abrí la puerta, Pedro me puso en la cara un par de bolsas de hierbas para hacer infusiones.

—Seguro que estas no las has probado.

Las miré con cara de incredulidad...

—Pues no, tienes razón, puedes pasar...

Pasamos una comida muy entretenida, con Pedro era imposible aburrirse. Después de comer y de pasar algún rato en el sofá, miré a Pedro sobresaltada llevándome las manos al pecho. Acto seguido entrecerré los ojos y me acerqué más a él para examinarle detenidamente... Me miró extrañado.

—Pedro... ¿A ti no te daban alergia mis plantas?... Se me olvidó cambiarlas de sitio pero... yo te veo estupendamente.

Lo cierto es que a Pedro era difícil verle mal, siempre estaba escandalosamente guapo.

Fingió un estornudo dejándome apostada todas sus babas en mi cara, cogió su mochila y salió corriendo hacia la puerta.

—Como no te des prisa, vas a llegar tarde a la clase de tu querido Losada —dijo partiéndose de risa cuando ya estaba en el rellano de la puerta.

Dios, cómo le odiaba cuando hacía esas cosas...

Pasamos a buscar a Úrsula y fuimos hablando todo el camino mientras ella, cada dos por tres, le daba pequeños empujones para que avanzase, ya que cada vez que nos contaba una de sus batallitas, necesitaba pararse para recrear lo más fielmente posible sus hazañas. Yo me partía de la risa y conseguí llegar tranquila a la hora de clase. La cosa fue cambiando cuando quedaban diez minutos para que llegara Losada. Las manos se me empezaron a enfriar y, como siempre, el corazón a acelerar. Dejé de prestar atención a las conversaciones que teníamos, e inevitablemente, los nervios afloraron en mí. Disimulé lo mejor que pude aunque dejé de participar en la conversación que

teníamos sin poder remediarlo. Le vi llegar a lo lejos. Estaba serio y su cara mostraba la mala noche que seguramente había pasado aunque obviamente no por mí.

—Buenas tardes. —Saludó de manera bastante seca al grupo que estábamos fuera.

Le miré de reojo pero él pareció ignorarme. Intenté entrar la primera a clase pero, como siempre lo hacía la última, todos empezaron a entrar sin dejarme un hueco por el que colarme. Acabé la última y me hizo un gesto con la mano para que entrara sin mostrar un ápice de acercamiento. Dio su clase de manera mecánica, más serio de lo habitual y sin ninguno de los comentarios jocosos a los que nos tenía acostumbrados. Acabó antes de lo habitual y, según estaba recogiendo sus cosas, nos dijo serio y en voz alta:

—Quería comentarles que hay algunos alumnos que últimamente utilizan mi correo para tratar asuntos que no son propios de la asignatura. Les recuerdo que el correo que les facilitamos los profesores es única y exclusivamente para asuntos académicos, así que les agradecería que en lo venidero lo utilizaran para ese fin. Nada más, pasen un buen fin de semana, nos vemos el próximo día.

Me ruboricé de manera incontrolada. Seguía sin mirarme pero yo sabía que aquel tirón de orejas era por mí. Estaba claro que era su forma de marcar distancias conmigo. Me estaba diciendo que no me quería volver a ver, que aquella historia había acabado, que no le molestara más. Porque... ¿lo habéis entendido igual que yo, verdad? Me sentí como si me hubiera caído en un pozo, dolorida por el golpe, sola y... a oscuras.

La tristeza invadió mi alma y las ganas de llorar arremetieron contra mis ojos una y otra vez a pesar de que a duras penas pude contenerlas. Tomé la determinación de subir a hablar con él, me daba igual que no quisiera abrir la puerta. Sabía que estaba en el despacho y esperaría a que saliera el tiempo que hiciera falta. Quería zanjar el tema de una vez por todas. Me disculparía por el atrevimiento del correo y escucharía lo que me tenía que decir, asumiendo de la mejor manera posible la situación. Pero no quería volver a pasar una noche suponiendo cosas. De pasarlo mal que fuera por algo real. Estaba cansada de leer entre líneas.

Nada más salir de clase recogí mis cosas y, sin dar explicaciones a nadie, subí a su despacho. Imagino las caras de todos al verme desaparecer así, pero no tenía tiempo de dar aclaraciones, de eso ya me encargaría más tarde. Llamé a su puerta de forma impulsiva sin pensarlo demasiado.

—Adelante...

Respondió rápido, mi ritmo cardíaco se aceleró de repente. Abrí la puerta. Estaba sentado en su silla ordenando papeles. "¿Habría leído el que yo le dejé debajo de la puerta?" Me miró serio y no hizo gesto alguno, siguió haciendo sus cosas sin decir nada. Entré y cerré la puerta tras de mí. Avancé muy segura hacia su mesa a pesar de que no sabía muy bien lo que iba a decir. Dejé que fuera la propia inercia la que me llevara. Al contrario de lo que pensé hacer en un primer momento, no me senté en la silla, me planté de forma descarada delante de él.

—Puedo entender perfectamente que te pareciera una burla. Te juro que no le he contado nada a nadie. Estaba teatralizando historias tuyas de fin de semana. Tienes que creerme, Arturo —“Arturo... vaya aquello sonaba muy cercano”—. Yo no haría algo así.—Noté como mis ojos empezaban a contener las lágrimas que me producía aquel final—. Siento haber utilizado tu correo para intentar explicarme, pero no te encontré en el despacho y no supe de qué manera...

Seguía sin mirarme, hacía como que ordenaba papeles. Se levantó y se dirigió hacia el archivador.

—¿Y qué quieres que piense? —dijo al fin... "Madre mía, qué voz..."

—Si piensas que yo podría hacer algo así es que no me conoces. —Seguía sin mirarme pero mi voz delató las lágrimas que tenía retenidas. Se giró de inmediato y me miró.

—No Elisa, no te conozco. —Su voz dejó la dureza anterior al ver mis ojos cargados de lágrimas. Se acercó hacia mí. Me separó el pelo de la cara muy cariñosamente, ese gesto me sorprendió y me relajó también—. Ese es el problema, que no te conozco. No sé cómo puedes actuar ni cómo puedes llegar a pensar...

—¿Viste la nota? —Le interrumpí.

Se rio de manera bastante cómica, me sentí ofendida y avergonzada, sobre todo avergonzada "seré ridícula..." .

—Sí, sí la vi. Agradezco el gesto, Elisa, pero ese documento no sirve de nada, ¿lo sabes, verdad?.

Y volvió a reírse dejándome claro que aquella había sido la idea más tonta que se me podía haber ocurrido. Notó como me ruborizaba y entendió que me sentía muy avergonzada, intentó hacerme sentir mejor.

—Pero a mí me sirvió para que se me pasara el enfado, para darme una tregua y poder confiar en ti. Para pensar que, quizá, lo que había visto no

estaba relacionado conmigo...

—No, claro que no —insistí—. Era otra de las muchas payasadas de Pedro.

Se acercó más, me tenía aprisionados los brazos con sus manos. Me miraba muy fijo, muy sensual.

—De verdad, fue un gesto muy bonito que me abrió los ojos a la espontaneidad y a la naturalidad que le otorgas a las cosas. Me hizo creer en tus sentimientos, en tu bondad...

Sus manos recorrieron mis brazos hasta alcanzar el cuello, se acercó lentamente hacia mi boca y, a un palmo de ella, se detuvo. Miraba mis labios, se mordió de forma muy erótica el suyo y se dirigió hacia la puerta. La cerró con llave. Pum, pum, pumpum, pumpum...

Se sentó en la mesa y me arrastró hacia él encajando mi cuerpo en la apertura de sus piernas. Y me besó de forma lenta, bajó hasta mi cuello, inclinó la cabeza hacia atrás y pudo bajar su boca hasta mi escote. Me acariciaba de forma suave, muy sutil. Llamaron a la puerta, me sobresalté y me separé de él de forma inconsciente. Me agarró por el brazo y me atrajo de nuevo hacia él esta vez con su mano en mi boca pidiendo silencio. Se estaba riendo en silencio. Se le veía muy cómodo con aquella situación. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Esto es lo que suelo hacer cuando no me apetece atender a nadie. "Vale, lo que hiciste el otro día cuando llamé y no había nadie, ¿no?" —Me guiñó el ojo, se puso el dedo en la boca como pidiendo guardar el secreto y siguió riéndose bajito junto a mi oído, erizándome la piel.

Aquello me produjo mucha risa y a punto estuve de soltar una carcajada. Cuando se dejó de escuchar ruido le pregunté:

—¿Y ahora, cómo se supone que voy a salir? ¿Y si te están esperando fuera en el pasillo?

—En ese caso saldré yo primero y tú tendrás que esconderte en el armario. —Ahí estaba Arturo Losada con sus bromas y esa sonrisa que me regresaba al primer día que le vi sacando unos papeles de su maletín mientras nos instaba a entrar en clase... con aquella sonrisa.

Se hacía tarde y tenía que regresar a las clases. No podía perder ninguna más. Me costó deshacerme de sus brazos porque estaba en la gloria, pero los dos debíamos volver a nuestras tareas. "Bienvenida, Elisa, ¿cómo tú por aquí? Como llevas desaparecida tanto tiempo... Te podías haber quedado donde estuvieras un ratito más, guapa...", pensé para mí cuando apareció después de

mucho tiempo la Elisa responsable y cuadriculada que solía ser.

—Quizá el comentario que hiciste en clase sobre el correo estuvo un poquito de más ¿no crees?... Podías haber esperado a decírmelo en persona, me sentí muy avergonzada —le dije un tanto burlona mientras recogía mis cosas.

A él no pareció hacerle mucha gracia, porque enseguida desvió la conversación.

—Bueno, no fue mi intención que te sintieras mal, ni aludida —me dijo de forma bastante irónica intentando esconder el verdadero motivo de aquel comentario .

—¡No!, claro, cómo me iba a sentir aludida... ¿Cuándo voy a poder verte? —le pregunté cambiando de tema...

Sonrió de aquella manera... "prometo que si vuelve a sonreírme así, de aquí no me saca nadie."

—No sé, Elisa, dame tiempo para pensar cómo podemos hacer. Esto es tan nuevo para ti como para mí. No sé dónde podríamos vernos sin problema... Hay gente de todas partes estudiando aquí, en el rincón más escondido de la geografía puede aparecer un alumno como de la nada... —dijo intentando ser cómico.

Puse mala cara.

—Prometo —me besó— que buscaré la manera de solucionarlo. —Me besó de nuevo.

—En ese caso, nos vemos el lunes... —Me resigné de mala gana.

Y me volvió a sonreír de aquella manera. "¿Lo ha hecho?¿Lo ha vuelto a hacer?, pues voy a tener que volver a cerrar la puerta con llave", pensé bromeando conmigo misma. Estaba feliz. Regresé a clase. Cuando llegué, el profesor ya llevaba demasiado tiempo como para interrumpir así que, muy a mi pesar, decidí no entrar .Bajé a la cafetería a ver si veía a alguien y oí como Raúl y Pedro me llamaban a lo lejos.

—¿Pero que haces tú aquí? No me puedo creer que te hayas saltado otra clase. Estás desconocida —me dijo Pedro burlándose de mí.

—Me entretuve en el baño hablando con una compañera y cuando quise ir ya estaban dentro.

Arqueó una ceja, vale, admito que fue una excusa muy tonta, pero fue la primera que se me ocurrió.

—Anda, vamos a la cafetería a tomar algo rápido, no se te vaya a pasar la siguiente clase también —me dijo Raúl siguiendo con la gracia de Pedro.

Aunque estaba en la cafetería hablando con ellos, mi cabeza estaba en otro lugar...con Arturo en su despacho.

El tiempo pasó rápido y cuando miré el reloj vi que era tarde.

—Me voy, que con la tontería me pierdo la siguiente hora, ¿subís?

—Yo no —dijo Raúl que aún tenía su té a la mitad.

Pedro estaba hablando por teléfono y no me contestó. Cogí mi mochila y me fui corriendo tanto que acabé empotrada en el pecho de alguien que entraba por la puerta.

—Tranquila, señorita, seguro que quien la esté esperando no se marchará.

—Me sonrió Arturo separándome de su pecho donde me había quedado encajada por el choque.

Le miré y le sonreí, me pareció más guapo que nunca. De buena gana me hubiera quedado en su pecho.

—¡Ay! Vaya, disculpe...

XXII

El fin de semana lo pasé soñando, pensando en él y mirando el correo por si se le ocurría escribirme... Pero nada. Me daba igual, sabía que él seguramente estaría pensando también en mí ¿estaría buscando el lugar donde poder vernos? No estaba dispuesta a verle solamente en su despacho donde podríamos ser descubiertos en cualquier momento. Arturo todavía no estaba preparado para que nos vieran juntos y yo lo entendía, pero tendría que buscar la manera de vernos fuera de la facultad.

Para despejar mi mente y dejar de pensar en él, llamé a Úrsula el sábado por la mañana para andar como hacíamos siempre que podíamos. Hablar con ella me sentaba bien, su equilibrio ante las situaciones de la vida lo transmitía con sus palabras. Nunca le daba a las cosas más importancia de la que tenían y eso me ayudaba a equilibrar, a mí también, mi yo más interno. Después de andar, la invité a comer y estuvimos ocupadas hablando de nuestras cosas hasta que Pedro me llamó.

—¿Qué haces por la tarde?

—Pues no sé, ahora estoy con Úrsula y no tenemos pensado hacer nada. Pero qué pasa ¿tú no quedas con la chica esa de sábado noche?

—Hombre, claro que quedaré con ella, pero tú lo has dicho, el sábado noche. Dadme media hora y voy para allá.

Al final, poco a poco, se fueron incorporando todos a aquella reunión improvisada en mi casa. Estuvimos charlando y riéndonos hasta bien entrada la noche, pero igual que vinieron se fueron. Las salidas del sábado por la noche eran sagradas y a pesar de que me insistieron para que fuera con ellos, me negué. No eran ambientes en los que me gustara estar o me sintiera cómoda, así que preferí quedarme en casa. Úrsula tampoco se les unió, tenía la misma percepción que yo de aquellas salidas.

Cuando se fueron todos, quise relajarme un poco y dedicarme esas horas a pensar en Arturo sin censura. A pesar de estar todo el día ocupada, no fui capaz de controlar mis pensamientos que saltaban muy a menudo a su

despacho, a sus manos, a su boca, a sus palabras... Pasé la noche pensando en él hasta que poco a poco me venció el sueño.

El día siguiente llegó a mi vida a las doce de la mañana sorprendiéndome a mí misma por lo que había dormido. No tenía ningún plan pensado, así que como el día estaba bastante desapacible, lo dediqué a ponerme al día de aquellas asignaturas a las que había faltado. Así pasé el domingo, entre apuntes y Arturo, que se inmiscuía cada dos por tres en mi cabeza y me sacaba una sonrisa y algún suspiro...

—Andas muy rarita últimamente —me dijo el lunes Pedro según íbamos de camino a la facultad.

Esa mañana habíamos quedado los del grupo de Patrimonio para hacer el trabajo.

—No sé por qué dices eso.

—Llevas unos días faltando a clases, a veces parece que estés en otro mundo... No sé, no sé... —me dijo intentando adivinar con la mirada lo que estaba pensando.

—Sí, puede ser, últimamente no consigo organizarme bien y eso ya sabes que me pone de muy mal humor. —Aquello no era del todo mentira.

Nos quedamos esperando en la entrada de la facultad a los compañeros que faltaban por llegar. Yo hablaba animada con uno de los que ya había llegado cuando me fijé por el cristal de la puerta que subía Arturo con alguien a su lado. Fue tal el subidón que me dio que ni pude fijarme en quien le acompañaba. Las manos se me congelaron repentinamente y el corazón se aceleró encantado de verle. ¿Qué raro, verdad?

—Buenos días, chicos, qué madrugadores... —dijo Arturo deteniéndose un instante antes de entrar por la puerta.

Al girarme para saludarle, me di cuenta de que la persona que iba con él era Inma."Grrr" No quise hacer caso a su cara de superioridad, preferí centrarme en Arturo que iba con el guapo subido... Y cuando digo guapo subido, digo que estaba de muerte... Inma que se dio cuenta del poco interés que puse en ella, quiso asegurarse de que me había percatado de que era con "ella" con quien había llegado.

—Hola —nos saludó—. Bueno, Arturo, yo voy subiendo.

Y le frotó el brazo de manera cariñosa y sin venir a cuento. "¿Arturo?¿Qué familiaridad era esa? Grrr." Él hizo un gesto con la cabeza sin prestarle demasiada atención.

—¿Tienen alguna clase ahora? —preguntó extrañado y, aprovechando que

alguien salía por la puerta, se separó para ponerse de forma disimulada a mi lado. Aquella cercanía me sacó una sonrisa que conseguí disimular.

—No, estamos esperando para hacer un trabajo para la clase de Patrimonio —contestó el compañero que estaba con nosotros.

Pedro miraba a Arturo de forma, cómo diría yo, retadora, nunca le tuvo demasiada estima, pero aquel gesto me pareció tan feo que llegó a ponerme un poco nerviosa.

—Muy bien, pues aplíquense porque las clases de Clara pueden serles de mucho provecho en un futuro.

—Sí, yo creo que estamos haciendo muy buen trabajo ¿verdad? —volvió a contestarle el mismo compañero mientras nos miraba para que corroborásemos su afirmación.

Arturo le sonrió desplegando sus encantos sin ser consciente de que aquello me mataba.

—No les robo más tiempo, les veo por la tarde —dijo mientras se apartaba para dejar pasar a alguien, empujándome un poco de manera intencionada—. Disculpe, señorita Rivas —me dijo con picardía en su mirada. "¡Ay!"

Ese tipo de encuentros eran los que minutos después revoloteaban en mi cabeza y en mi estómago cual mariposas en una jaula de cristal.

La mañana fue rápida y muy productiva. Me notaba muy receptiva, resolutiva y con muchas ganas de estudiar a pesar de mis continuas idas y venidas al recuerdo de Arturo. Por la tarde, como todos los días, esperamos en la puerta del aula a que llegara, y como me pasaba cada vez que se acercaba el momento, mis manos se helaban y mi corazón se aceleraba irremediadamente. Le vi llegar a lo lejos, él también me vio a primer golpe de vista y me dedicó de nuevo aquella sonrisa...

—Uy... parece que Losada viene contento —comentó Pedro—, a ver si no nos da la caña del otro día... ¿Por cierto, quién sería el de los correos?

—¡Ja, ja, ja! ¡es verdad! —contestó Sonia—. Cuando lo comentó el otro día me quedé de piedra...

—¿Por qué Sonia? —Empezó a bromear Raúl—. ¿No serías tú? Todos nos reímos sin poder evitarlo.

—Buenas tardes, chicos... —dijo—, qué contentos se les ve.

Entraron todos dejándome como siempre algo más rezagada.

—Srta Rivas —dijo haciéndome un gesto con la mano y cediéndome el paso.

Y según entré me rozó disimuladamente la mano. Sabía hacerme sufrir.

La clase fue bastante fluida. Hubo varias preguntas que bajaron un poco el ritmo con el que empezó y pudimos descansar de coger tantos apuntes.

—Y eso es todo por hoy. Si el miércoles nos da tiempo, dedicaremos los últimos minutos a preguntas ya que el viernes no pudimos detenernos. Es demasiada materia y hay que dar... .

—¡Losada! ¿Pero el miércoles no son las jornadas de conferencias? — dijo un compañero del fondo.

—Oh, es verdad. ¡Qué cabeza! Tiene razón. Pues nada, lo dejaremos entonces para el viernes.

Sonó la sirena y empezamos a recoger.

—Esperen un momento, tengo en mi despacho unos dosieres que tenía preparados sobre la charla que voy a dar. Les servirá para seguir mejor la conferencia y hacer sus anotaciones. Los iba a bajar, pero como acaban de comprobar se me olvidó por completo. ¿Srta Rivas, sería tan amable de subir a por ellos? Luego déjelos en reprografía para que los puedan recoger sus compañeros.

—Sí, subo ahora —contesté. Pum, pum, pum, pum..

—No se preocupe, vaya después de clase que veo que ya llegó mi querido amigo Lucas. —Y le dio una palmadita en la espalda al profesor de Arqueología, en un gesto tan masculino que no pude obviarlo—. Disculpa que me haya liado tanto, Lucas, aquí te los dejo enrabietados por no haber tenido descanso.

Se rieron los dos.

—Venga, salgan a estirar las piernas y comenzamos en cinco minutos. — Nos sorprendió nuestro más que entrañable profesor de Arqueología.

Estaba deseando que acabara la clase y subir a su despacho, tenía la excusa perfecta, pero aquella hora parecía que no iba a acabar nunca. Cuando por fin acabó, me dirigí a Úrsula.

—Voy a subir a por los dosieres esos, ¿vale?

Salí rápidamente de clase para evitar encontrarme con las constantes interrogantes de Pedro, que vio como me escabullía antes de que pudiera frenarme. Supuse que aquello le enfureció y solo pensarlo me hizo sonreír. Subí como siempre que iba a su despacho, corriendo. Llamé e inmediatamente escuché su voz.

—¿Sí?

Abrí la puerta.

—Hola —Saludé con gracia. "¡Dios cómo estaba aquel tío!" Pumpumpumpum...

—Vaya... Señorita Rivas, qué agradable sorpresa —me dijo en tono mucho más que sensual. ¡Y qué voz...!

Dejó los papeles que tenía encima de la mesa y se acercó a mí. Me acorraló entre sus brazos y la puerta, me miró, primero a los ojos, después a los labios. Se acercó despacio, deteniéndose como hacía muchas veces a un milímetro de mi boca, sonrió y me besó lento al principio, como saboreando ese instante en el que estábamos, después empezó a coger fuerza a medida que nuestros cuerpos sentían nuestra necesidad.

—Se me ha hecho eterno este fin de semana. —Me susurraba mientras me besaba una y otra vez de forma apasionada—. Necesitaba olerte, tocarte, sentirte cerca. ¿Sabes que me has vuelto loco?

Deslizó su mano por mi escote acariciándome mientras sus ojos se fundían en los míos. Volvió a besarme, esta vez de forma más lenta, pero con las mismas ganas. Llamaron a la puerta. Nos sorprendió oír los golpes tan cerca. Me latía tan fuerte el corazón que creí que se oiría mi latido desde el otro lado de la puerta. Cerró mi boca de forma chistosa y me llevó hasta la mesa en volandas. Yo emití una pequeña carcajada que enseguida disimulé.

—¿Sí?, adelante... —dijo totalmente recompuesto y metido en su papel.

—Hola, Arturo.. .Ah perdona. —"Grrr"

Cómo no, ahí estaba Inma haciéndose la sorprendida. ¿Por qué le tuteaba la muy descarada? Me sentaba fatal aquella forma tan cercana de dirigirse a él. Arturo lo notó y pareció encantado.

—Aquí tiene, srta Rivas, gracias. Espero verla el miércoles en las jornadas. Hasta pronto. Dígame, Inma.

Al salir del despacho y cruzarme con ella, noté la rivalidad entre las dos que no pudimos disimular y en aquel momento, muy a mi pesar, me pareció más guapa que nunca. Cuando bajé ya había empezado la clase. Entré por la puerta de atrás y me senté en la última fila para no molestar demasiado.

—¿Diez minutos en recoger un dossier? Joder.. .pues cuando tengas que ir a revisar un examen te echas la semana ahí dentro... —Me soltó Pedro al acabar la clase.

¿Me entiende alguien ahora cuando digo que era muy cansino...?

—¿Pero qué dices? Oye, que había gente cuando subí y luego tuve que bajar a dejar los dossieres en reprografía... ¿Tú de qué vas?

Sabía que su comentario no era más que una broma, pero es que ya me

tenía muy harta con tanto retintín. No había cosa que pasara con Arturo que no mirara al detalle y me cansaba tener que estar justificándome cada dos por tres. Después de las clases nos fuimos directos a casa. Y pensé en Arturo, en sus besos...

XXIII

El miércoles, al tener las jornadas, estuvimos desde por la mañana en la facultad.. No sabía muy bien si subir o no a su despacho. Imaginé que estaría preparando las conferencias con el resto de compañeros. Tampoco encontré una excusa para poder separarme del grupo un rato, así que lo dejé estar. A las doce subimos al salón de actos donde se celebraban las jornadas y ahí estaba él, sentado de forma informal en la mesa, hablando con el resto. Se le veía relajado y entusiasmado. Le encantaba su trabajo. Según entré me vio. Me sorprendía esa facultad que tenía para encontrarme a primer golpe de vista. Me dedicó una mirada de lo más sensual, imperceptible para el resto, pero descarada para mí. Me sonrojé un poco. "Anda, tonta, si estás encantada..." Cogimos sitio nada más llegar porque había demasiada gente y se nos limitaba la oportunidad de poder sentarnos juntos. Al rato empezó la conferencia. Disimulé un poco mirando el móvil, mientras a Pedro no le quedaban más narices que sentarse al lado de Raúl que le cogió por un brazo al ver que yo no me sentaba. Había calculado perfectamente el movimiento para alejarme un poco de él. No quería que estuviera toda la conferencia dándome el coñazo con sus impertinencias y comentarios desagradables. Empezó a hablar y todos nos callamos al instante como hechizados. Qué manera de transmitir, de vivir la Historia. Estaba embelesada, bueno, yo y el resto de los mortales que había allí, especialmente el género femenino. Sonreí al pensar que ese hombre con su barba de dos días perfectamente arreglada, su cara perfecta y esas manos tan... de hombre... pensaba en mí... A ratos me parecía estar viendo una película X en vez de una conferencia sobre el Al Andalus. Sus gestos, su forma de expresarse, esa voz tan masculina...

—Joder, qué cachondo está el tío —me susurró Olivia de repente sacándome de mi ensoñación—. Cuando se pone así tan... Puf... Madre mía, qué tío...

—Y que lo digas —contesté casi por inercia para no perderme detalle de aquel hombre... digo, de la conferencia, claro.

Todos notábamos su apasionamiento al hablar del medievo y lo sensual que inconscientemente se ponía cada vez que lo hacía. Creo que ese día no fui la única que creyó estar viendo una película X...

—¡Madre mía! ¿Pero qué le pasa a este hoy! —Soltó Úrsula nada más acabar la ponencia para sorpresa de todos—. Ha venido con el guapo subido.

—¡Pero Úrsula! —gritó Pedro escandalizado.

Todos nos reímos sin poder evitarlo. Úrsula no solía hacer ese tipo de comentarios y nos pareció tan graciosa esa situación que no pudimos contener la risa.

—Pues yo noté que miraba para nuestro grupo muy a menudo, ¿no os habéis fijado? —comentó Sonia—. Yo creo que le caemos bien ¡ja, ja!.

—Seguro que Pedro sí porque no pierde detalle de todo lo que hace Losada —dije intentando que pillara la ironía—. Yo creo que andas medio enamorado de él, ¿no Pedro?

—Te miraría a ti, Eli, como ahora eres su nueva secretaria... —respondió lejos de darse por aludido—. Estaría pendiente de que cogieras bien las notas —Añadió Pedro con muy poca gracia—. Seguro que luego te llama al despacho para que se la...

Le miré asqueada y sin ninguna gana de contestarle mientras Úrsula le daba una colleja. El resto le rio la gracia.

—Miraría a ver si estábamos todos los de su clase, que este tío se fija en esas cosas.

—Ahí Raúl estuvo acertado hasta que acabó la frase, claro—. O quizá miraba a su enamorada Inma que estaba detrás.

Todos volvieron a reír, yo forcé una sonrisa.

—Enamorada parecía la profesora que estaba a su lado. —"Ale, venga, hundidme más en la miseria... Tener amigos para esto..."

—Esa creo que es la que viene de Granada y han estado todo el día juntos. Les vi a los dos esta mañana en la cafetería y Losada no veáis cómo le hacía gracias. Yo vi tonto... Ahí lo dejo. Seguro que por la noche han tenido al pim-pam-pum. —Nos puso al día el simpático de Raúl.

"Joder... De verdad ¿es necesario pisotearme de esa manera? Dejadme dos segundos de ilusión, por favor!"

—Pues yo no digo nada pero hoy viene con el guapo subido... así que... cuando el río suena... —Reforzó Olivia la teoría de Raúl. "Venga, muy bien ¿alguien que me eche más mierda encima?"

¡Qué no, qué no! que me negaba a volver a entrar en el círculo de las

inseguridades. Hice caso omiso a todos esos comentarios (bueno, lo intenté).

Se reanudaron las jornadas después de un parón para comer. Cuando subimos al salón de actos, coincidimos en el ascensor con el grupo de conferenciantes, entre los que estaba él y esa tipa de Granada que tendría su edad y... ¡mierda! Que guapa era. Pero... espera... un momento. Tenía una alianza... "Venga, va, Eli, confía, aún hay esperanza". Hablaban de forma distendida sobre cosas banales. Al vernos, Arturo nos saludó, y muy sutilmente, nos cedió el paso hasta conseguir de forma totalmente estudiada colocarse cerca de mí sin que nadie se percatara del movimiento. Pum pum... Siguió hablando con sus compañeros de forma relajada. De pronto noté como su mano se entrelazaba muy despacio con la mía y la llevaba hasta el final de mi espalda jugueteando con mis dedos a modo de caricia. Pumpumpumpum... Intenté que en la expresión de mi cara no se apreciara el subidón de todo que tenía en ese momento, sobre todo porque Pedro, que estaba enfrente de mí, no me quitaba ojo. Todos aquellos gestos a escondidas me parecían tan sensuales y estudiados que me dejaban claro que era un experto en el arte de la seducción, sabía perfectamente lo que hacía y yo, encantada, le seguía el juego.

Si por la mañana me había parecido tremendamente seductor, por la tarde aquello ya no tenía nombre. Necesitaba estar con él, estaba tan encendida solo con verle allí que no soportaba la idea de tenerle tan cerca y no poder tocarle. Esperar a otro día para notar su cercanía me desesperaba profundamente. No sabía si podría ser al día siguiente o al otro o al otro... Y yo necesitaba tenerle ya, sentir sus caricias, sus besos, aquella voz tan seductora rozándome el oído.

Por la tarde ya no dio ninguna ponencia pero sus miradas fugaces cargadas de sensualidad y de ganas caldearon demasiado el terreno. Él lo sabía y jugaba con eso. Como era de esperar, aquel día no tuve más contacto con él. La ansiedad porque llegara un nuevo día para verle hizo que esa jornada duplicara sus horas.

La noche fue larga y no hice otra cosa que pensar en la forma de vernos fuera de la facultad. Ya no me bastaban aquellos encuentros fugaces en los que cualquiera podía interrumpirnos. Quería más e iba a hacérselo saber. "La culpa es tuya por haber caldeado el ambiente".

Al día siguiente, después de una noche sin apenas dormir pensando en él, me fui directa a su despacho. No sabía si le encontraría, era pronto. No entendía cómo él podía estar así, sin comunicarse conmigo de ninguna manera.

Y vamos a ver, que yo entendía su miedo a que alguien pudiera vernos, pero aquello era demasiado cruel y ya le había demostrado que podía confiar en mí. Un WhatsApp, una llamada... No pedía tanto. Llamé a su puerta, me contestó. Me sorprendió que estuviera, no tenía muy claro que le fuera a encontrar a esas horas. Me alegré y mi corazón también, ya que empezó a bombear sangre más rápido de lo habitual. Pumpumpumpum... pumpumpumpum... Abrí la puerta y lo encontré en su mesa trabajando con el ordenador. Cuando me vio se quedó paralizado aunque una sonrisa no pudo evitar salir a saludarme.

—Hombre... Srta Rivas... —dijo con una amplia y seductora sonrisa—. Esto sí que es una sorpresa...

—¿Esperas a alguien, tienes alguna reunión o tienes que marcharte? —le pregunté directamente sin saludar siquiera.

Negó con la cabeza, la media sonrisa en su cara me demostró que intuía lo que iba a hacer. Me di la vuelta para cerrar la puerta con llave. Siempre la dejaba puesta y solo tuve que girarla para poder tener intimidad sin miedo a que se abriese en cualquier momento. Noté su mirada clavada en mi trasero. Al volverme de nuevo, me di cuenta de que no estaba equivocada. Aquella media sonrisa, más que pícaro, me encendió más de lo que ya estaba.

—Uy... arriesgando al máximo, ¿eh pequeña?

Su tono de voz había dejado de ser sensual y se había transformado descaradamente en pornográfico. Empezaba el juego. Apoyé las manos sobre la mesa, buscando que mi escote quedara lo más cerca posible de su cara. Sonrió, entendió mi jugada.

—No, no, profesor Losada. ¡Muy mal! ¿Sabe qué noche he pasado pensando en usted?

Él seguía observando sin quitar aquella sonrisa que me enloquecía, esperando a ver mi siguiente paso. Fui hasta la ventana y cerré la persiana, muy despacio. Después me puse detrás de él, masajeando suavemente su cuello. Me acerqué hasta su oído y le susurré:

—¿No cree que es demasiado cruel dejar a una alumna con tantas ganas después de una excitante charla sobre el Al-Andalus?...

Dije aquello despacio mientras le aflojaba la corbata y desabrochaba algunos botones de la camisa para introducir mi mano dentro. Era la primera vez que tocaba su piel y casi me muero del gusto al encontrarme con aquel pecho tan firme que dejaba ver las horas que debía pasar en el gimnasio. A simple vista se notaba que era un tío que se cuidaba, pero cuando noté su cuerpo con las manos... Era mucho más de lo que podía haberme imaginado...

creí desfallecer.

—No sé si será cruel, pero desde luego sí estúpido —me dijo agarrándome las manos y girando su silla para atraerme hacia él. Su voz estaba cargada de ganas igual que sus gestos.

Me senté a horcajadas en sus piernas, me quiso besar pero yo le separé la boca con mi dedo.

—No, no, no profesor Losada. ¿Qué se supone que iba a hacer?...

"Dios, esa sonrisa... Este hombre quiere acabar conmigo".

—Aprovechar el tiempo que he desperdiciado... —dijo casi gimiendo de placer cuando empecé a besarle el cuello.

Notaba sus ganas de besarme, pero quería hacerle sufrir un poco más. Me sacó la blusa de la falda con celeridad, con la necesidad de meter su mano debajo de ella para acariciarme la espalda. Me incliné hacia atrás para saborear mejor ese momento. Cerré los ojos y pude apreciar en mi entrepierna como bombeaba su miembro pidiendo permiso para salir de sus pantalones. Empezó a desabrochar los botones de la blusa, pero le aparté. No quería que se hiciera dueño de la situación. Le miré con demasiadas ganas mientras, inconscientemente, empecé a acompasarme a los latidos de su entrepierna con pequeños movimientos de cadera. Le estaba poniendo muy nervioso y eso me excitó el doble. Me miraba mientras se mordía el labio, me acariciaba con la mirada. Seguí besándole el cuello. Subí despacio hasta su boca, y cuando estaba a un palmo de ella, intentó acercarse para poder besarme. Le volví a frenar.

—Elisa vas acabar conmigo —dijo sin apenas voz.

Me levanté muy despacio sin dejar de mirarle y me puse frente a él. Me miró confuso, pensando que me iba a marchar y dejarle así, pero para su sorpresa, me descalcé y muy despacio comencé a bajarme las medias junto con mi ropa interior sin dejar de mirarle.

—Estás loca... —dijo frotándose la cara.

Yo seguía mirándole cada vez más provocadora, cada vez con más ganas. Volví a sentarme en sus piernas. Desabotoné su camisa, estuve recreándome en su cuerpo totalmente perfecto. Empecé a desabrocharle el pantalón, hizo amago de detenerme, pero le quité las manos.

—Elisa... Por favor —me dijo intentando parar aquello de manera no muy convincente.

—No he parado de pensar en ti. —Le susurré de nuevo en su oído—. Me estás volviendo loca...

—No... eres tú la que me vuelve loco... mírame no soy nadie...

Sonrió y se dejó hacer. Acaricié su cuerpo, besé cada rincón de su pecho. Me acerqué a su boca, me detuve, pero él me atrajo hacia sí y ya no pude esperar más, le besé. Le besé con la necesidad de beber de su boca, su lengua arrastraba de tal manera la mía que era demasiado fácil perder la cordura. Los movimientos de mi cadera empezaron a acompasarse con las llamadas de su entrepierna. Acabé de desabrochar su pantalón y dejé al descubierto lo que con tanta insistencia me golpeaba. Lo acaricié sin dejar de mirarle provocándole un gemido sordo, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Me miró desesperado y me alzó un poco consiguiendo que al devolverme de nuevo al sitio nuestros cuerpos encajaran a la perfección. Le sentí dentro de mí, nos miramos saboreando aquel momento que tanto habíamos deseado, me moví ligeramente hacia él mientras besaba mis pechos. Los movimientos empezaron a ser cada vez más rítmicos y nuestra respiración más agitada, a pesar de los esfuerzos que hacíamos por estar en silencio.

—Joder, Elisa , para que no puedo más...

Me mordí el labio y sonreí malvada. Empecé a moverme de arriba abajo con firmeza. Ahogó un gemido en mi cuello para evitar que se le oyera.

—Dios, para por favor , voy a correrme, Elisa...

Me gustaba tener el poder de aquella situación.

—Mira debajo de los folios... —dije mientras empecé a bajar el ritmo de mis movimientos.

—¿Eh? ¿Qué dices? —me dijo como volviendo en sí.

—Que mires ahí debajo...

Sin saber muy bien lo que decía, revolvió entre sus papeles y encontró un preservativo. Me miró sorprendido, mientras yo me moría de la risa.

—¿Qué hace esto aquí?

—Lo puse antes cuando me acerqué a tu mesa, pero se ve que estabas demasiado ocupado mirándome las tetas porque no te diste cuenta.

—¡Ja, ja, ja! Elisa... cómo dejar de mirarte...

Arrancó el envoltorio con los dientes y se lo colocó sin a penas movimientos. La introdujo de nuevo dentro de mí ayudándose de la mano que dejó jugueteando con mi clítoris, mientras me miraba triunfante con su media sonrisa. Le besé de nuevo colmada de demasiadas ganas e iniciamos el baile que nos llevaría al orgasmo más sentido que he tenido en mi vida. Sentido por el placer, por nuestras ganas y, sobre todo, por nuestros sentimientos que se anudaron eternamente en ese mismo momento. Cuando acabamos apoyó su

cabeza en mi frente y me cogió la cara.

—No vuelvas a hacer esto. Vas a acabar conmigo —me dijo sonriendo.

—No vuelvas tú a dejarme un día entero sin ti.

Volvió a besarme.

—Elisa...

Después de un rato abrazados notando cómo nuestra respiración se acompasaba, nos recompusimos.

Pasado un tiempo empecé a ponerme nerviosa por si alguien llamaba a la puerta, ¡anda, ahora con remilgos!. Hasta aquel momento no me percaté de que aquello podía pasar y, como vencida por la vergüenza de lo que acababa de ocurrir allí, decidí marcharme a toda prisa.

—Es muy raro que venga alguien a estas horas, salvo que lo haya concertado. Estate tranquila —me dijo riéndose al ver mi repentino nerviosismo.

Me acompañó a la puerta y, justo antes de abrirla, intentó decirme algo.

—Tengo... —Parecía nervioso y dubitativo—. Tengo una casita en el norte, en la montaña... ¿Había pensado que a lo mejor te apetecería pasar allí el fin de semana?

Siempre que no tengas nada que hacer, claro.

No me lo podía creer: ¡estaba nervioso!, ¡toma ya!. Me sorprendió aquella inseguridad y miedo a mi rechazo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Me encantaría, ¡cómo no!.

Estaba eufórica, creo que llegué a parecer una niña con un juguete nuevo. Me abalancé sobre él y le besé. Cuando fui a abrir la puerta para marcharme, me lo impidió. Volvió a cerrarla y me besó. Me miró y movió la cabeza como negándose algo.

—Elisa... —Y sonrió de nuevo de aquella manera.

Esa mañana no le volví a ver a pesar de que me quedé en la facultad estudiando, pero el recuerdo de aquel momento me persiguió durante toda la jornada —y el resto de mi vida, claro—. Podía sentir sus labios en mi piel cada vez que cerraba los ojos.

Por la tarde fue distinto, pude verle un par de veces por los pasillos y disfrutar las sonrisas que me dedicaba de forma exclusiva, sin que nadie se enterara.

—Hoy tengo que quedarme después de las clases en la biblioteca, quiero

empezar a llevarlo todo al día, que últimamente ando un poco despistada —les dije a todos, por si alguno se animaba a quedarse conmigo.

—No, que andas despistada ya lo hemos notado y que andas un poquito rarita también... —dijo Pedro con su habitual tono interrogante—. ¿No tendrás algo por ahí y no nos has dicho nada?

—Pues yo me quedo contigo, que últimamente también he faltado bastante y no quiero empezar a liarla —dijo Olivia ninguneando el comentario que había hecho Pedro, cosa que agradecí. Me tenía muy harta.

—Genial, pues cuando acaben las clases vamos.

Cuando terminó la última clase, ya se había unido a nuestro plan de estudio Úrsula. El resto bajaron a la cafetería como solían hacer los días que no teníamos demasiadas asignaturas. Al despedirnos de ellos se cruzó con nosotros un compañero con el que Pedro y yo hacíamos el trabajo de Patrimonio.

—Oye, Eli, ¿al final le preguntaste a Clara lo del trabajo?

—Anda, es verdad, se me había olvidado —le contesté echándome las manos a la cabeza—. Subo ahora mismo, y con lo que me diga, te aviso y quedamos para seguir con el trabajo. Gracias, Mateo, si no me lo llegas a recordar, se me pasa.

—No te preocupes —me contestó restándole importancia—, con lo que sea nos avisas.

Habíamos conseguido que aquel trabajo de Patrimonio se hubiera convertido en un proyecto muy ambicioso. Los cinco compañeros que formábamos el equipo nos compenetrarnos perfectamente desde el primer momento y muy pronto tuvimos claro lo que pretendíamos hacer. Clara nos orientaba sobre algunos pasos, pero ni mucho menos podía intuir cuál era nuestra intención al hacer ese trabajo. Fue algo que supimos que queríamos hacer desde el momento que elegimos aquel castillo como tema principal. Necesitábamos acceder a un archivo y no sabíamos ni cómo ni si podríamos conseguirlo, así que no tuvimos más remedio que acudir a ella sin dejar entrever demasiado cuáles eran nuestros planes.

—Id cogiendo sitio que voy ahora. Subo a hablar con Clara y vuelvo enseguida.

La oí hablar cuando me puse frente a su puerta, pero no pude apreciar si era ella hablando por teléfono o había alguien más, así que llamé de todas formas.

—Adelante... —me dijo desde dentro.

Cuando abrí la puerta no pude disimular mi cara de sorpresa al ver a Arturo sentado, mirando unos papeles con ella. Él también se sorprendió, pero supo guiñarme un ojo muy disimuladamente de forma muy cómica. Sonreí sin poder evitarlo e intentando mirar únicamente a Clara.

—Disculpe, no sabía que estaba ocupada.

—No, tranquila, no pasa nada, cuéntame y tutéame por favor —me dijo muy en su estilo y agitando los brazos muy exageradamente para que pasara.

—Venía por lo del archivo que le comentamos el otro día. Para saber si podíamos acceder a él o no —dijo sin bajar la mirada hacia Arturo, que estaba observando la situación muy interesado.

—Ah, sí, sí es verdad —dijo buscando algo como una loca por los cajones—. Espera a ver dónde lo he puesto...

Arturo me hizo un gesto con la cabeza haciéndome cómplice del despiste de Clara. Se me escapó una especie de carcajada que supe reprimir rápidamente con una tos.

—Ay... Si es que soy más despistada ... —se excusó Clara mientras seguía buscando como una loca.

Arturo afirmó con la cabeza muy cómicamente y yo sonreí controlando esta vez mi risa sin problema.

—¡Aquí está! —dijo al fin, encantada con su proeza y entregándome algo parecido a una tarjeta—. Oye, Arturo, estos chicos prometen, te lo digo yo... O si no, al tiempo.

Arturo me miró sonriente.

—Si necesitáis algo más o si tuvierais algún problema, podéis llamarme a cualquier hora, ¿vale? —dijo Clara en su tono habitual de amabilidad.

Miré a Arturo haciéndole ver lo fácil que era llamar a Clara, mientras que el tío con el que había tenido algo más que palabras, se mostraba totalmente inaccesible. Entendió perfectamente lo que quería decir e hizo un gesto casi inapreciable con los hombros.

—Muchas gracias, Clara, y disculpa.

Bajé a la biblioteca casi sin pisar el suelo. Cada vez que veía a Arturo mi cuerpo empezaba a levitar de manera incontrolable. Aterricé en la biblioteca donde Úrsula y Olivia habían cogido sitio. Estuvimos completando apuntes con lo que teníamos cada una y repasando un poco lo que llevábamos de semana. Pasado un rato Olivia me dio un codazo.

—Mira a Losada... —dijo sin quitarle ojo con la cara embobada—. ¿Me lo parece a mí o cada día ese tío está mejor?

Úrsula y yo nos miramos y nos reímos dándole la razón. Iba charlando con Clara y dirigiéndose hacia el aula donde le tocaba impartir clase. Sabía que cincuenta minutos después, le iba a volver a ver pasar por allí. Me tenía loca perdida, me quitaba el sentido y creo, por el comentario de Olivia, que a más de una también.

XXIV

El viernes amanecí pletórica. Estaba deseando que llegara la hora de entrar en clase. Después de desayunar y arreglarme algo más que un poco, para qué negarlo, metí los apuntes en la mochila y me fui a la biblioteca. No era posible llevar todas las asignaturas al día, pero al menos quería no perder el hilo y saber por dónde andaba cada una.

Quedé con Úrsula en la cafetería.

—Hay sitio suficiente en la biblioteca, así que si quieres tomamos antes un café.

—Perfecto. Lo voy a necesitar.

Encontramos mesa e hicimos despliegue de apuntes, entre los de ella y los míos, aquello parecía un campo de batalla. Al poco entró Arturo con un grupo de profesores y, como siempre hacía, me vio nada más entrar. Se acercó a nosotras para nuestra sorpresa. Se apoyó en ambas sillas consiguiendo que su cuerpo quedara más cerca del mío involuntariamente... ¿involuntariamente?, visualicé mentalmente la perfección de su pecho y la suavidad de sus besos..."Elisa, que te lías... vuelve".

—Buenos días, chicas. ¿Estudiando tan temprano?

—Bueno, ordenando más bien este caos —dije.

Él me sonrió de manera pícara, Úrsula no se percató, permanecía callada y algo ruborizada. Me hizo gracia verla así. La verdad es que tener a un tipo como Arturo Losada tan cerca, imponía bastante.

—Bueno, pues no las entretengo más. Que estudien mucho. Nos vemos por la tarde.

Y en un gesto disimulado me tocó la espalda. Me sorprendió que no disimulara aquella cercanía haciéndome sentir única entre tanta gente. ¿Por qué, por qué tenemos siempre la necesidad de que nos hagan sentir únicos, como si no lo fuéramos ya? Si me sorprendió esa reflexión, fue porque jamás había pensado que me pareciera a los demás, siempre me vi diferente. Pero Arturo... me hacía especial, al menos para sus ojos. Sonreí y haciendo un

esfuerzo, no me giré para ver cómo se marchaba.

Por la tarde, Úrsula y yo fuimos las primeras en plantarnos en la puerta de clase a esperar al resto de compañeros. Nos habíamos quedado a comer en la cafetería y subimos a clase con bastante tiempo.

—¿Qué pasa con Pedro, Eli?

Me sorprendió esa pregunta. La miré levantando las cejas.

—No te entiendo.

—Te noto muy tirante con él, todo lo que dice te sienta mal y a veces le contestas un poco... seca. Yo lo he notado y él también, claro.

—Úrsula, ¿es que no le ves? está muy pesado con sus bromitas y ya me cansó. Ya sabes cómo es y es que no para, controla cada paso que doy. Es casi peor que mi abuelo —me reí para quitar importancia al asunto.

—Sí, ya lo sé. A veces se pasa, pero me ha extrañado veros así. Vosotros que no ibais al baño juntos por vergüenza y ahora... No sé, Eli, me da pena. Es muy bonito tener una amistad así.

—Bueno, Úrsula, la nuestra también lo es..

—Es distinta... Pedro... es más guapo. —Bromeó al notar que aquellas palabras me habían tocado.

Poco a poco fueron llegando todos. Pedro se mantuvo algo distanciada de mí y no bromeaba como siempre. Le miré apenada pensando en lo que me había dicho Úrsula. Intenté acercarme para hablar con él pero en ese momento me lo impidió la voz de Arturo.

—El día que no les vea en la puerta esperando me voy a preocupar. ¡Venga, todos para dentro!

La clase teórica duró poco más de veinte minutos después, como nos había prometido el día anterior, empezamos con la tanda de preguntas y comentarios. Fue una clase amena y fueron muchas las veces que mi cabeza desvió el rumbo imaginándome los momentos que vivimos en el despacho. Pedro, que había vuelto a sentarse detrás de mí, me dio un papelito con disimulo cuando Arturo estaba en la parte trasera del aula:

"Eli cuando acaben las clases tenemos que hablar"

No me gustaba hacer aquello, pero me sentí algo culpable de la distancia que

empezamos a marcar y le contesté:

"No tengo mucho tiempo, Pedro, ¿qué te parece después de esta clase?"

"Vaya, qué privilegio que puedas otorgarme SOLO cinco minutos, no está mal. Como quieras".

De pronto oímos un comentario que provenía del fondo de la clase. Me ruboricé al instante.

—Como siga con las notitas, al final va a acabar conquistando a la srta Rivas, Pedro. — Soltó de repente Arturo intentando hacerse el gracioso.

Algunos de la clase se rieron, los que estaban más cerca de él. El resto no se enteró muy bien de qué iba la cosa.

—Pues fíjese que no es mi intención hacerlo, no se preocupe —le respondió Pedro con un tono de voz lo suficientemente alto como para que le escuchara toda la clase y en una forma que llegó a parecer un reto.

Arturo, que ya se había puesto delante de nosotros, le sonrió como si de la pataleta de un niño se tratara. Pedro, que notó esa mirada, se calentó más. A todo esto yo *mutis por el foro*, con la cabeza gacha y roja como un tomate.

—Yo quería decirte, Arturo —interrumpió de forma descarada Inma, cosa que por primera vez desde que la conocía agradecí—, que estuviste espectacular el miércoles en la conferencia.

—Sí, eso precisamente comentamos todos, que estuvo espectacular —añadió Olivia al comentario de Inma, dándome por debajo de la mesa y riéndose para adentro. "Por no decir tremendo" me dijo por lo bajinis cuando Arturo se distanció un poco.

Yo le solté una patada por debajo de la mesa. Ella se moría de la risa y... yo también, fue inevitable. "Pues si lo vieras sin camisa amiga...", pensé para mis adentros.

—Muchas gracias, Inma, es de agradecer el comentario —le contestó Arturo bastante seco para lo que él solía ser.

—Y bueno, los dossiers estaban genial para seguir la charla. Se nota que echaste horas de trabajo. —Siguió la mujer adulándole de forma ya un poco desagradable.

—Gracias. —Se le notaba incómodo. Forzó una sonrisa.

—¿Qué le pasa a Inma hoy? —me dijo Olivia al oído—, ¡esta quiere guerra, seguro!

Y empezó a reírse lo más disimuladamente que pudo. No fue suficiente.

—Pues cuando acabe de reírse, srta Olivia, puede compartir con nosotros qué le hizo tanta gracia, así podemos reírnos todos. Nos haría un gran favor.

"Frase típica de profesor", pensé. "No le pega"

—Nada, simplemente me sorprendió que estuviéramos tan de acuerdo Inma y yo, me hizo gracia ese detalle —respondió Olivia de la manera más educada posible para no volver a molestarle.

Olivia siempre tenía respuesta para todo, era increíble. Arturo le sonrió aceptando esa pequeña travesura. Era lo que tenían esas clases así de relajadas, que a veces nos íbamos por los cerros de Úbeda. No era fácil mantener una sesión de debate y preguntas totalmente seria, al final siempre había alguien que acababa liándola. Sonó la sirena.

—Bueno, nada más. Pasen un buen fin de semana.

Y me sonrió de forma descarada con aquella sonrisa...

Cuando quise pisar tierra firme, me di cuenta de que no estaba Pedro. Me extrañó.

—¿Dónde está Pedro? —pregunté extrañada—. No le he visto salir. Quería hablar con él.

—Salió corriendo el primero, pero no me digas dónde fue.

—Tendría un apretón. —Teoría de Raúl.

Pasaron todas las clases que teníamos, pero no volvimos a ver a Pedro. Confieso que me preocupé. Después de un rato en la biblioteca ordenando y repasando todo lo que habíamos hecho ese día, subí a su despacho. Quise hacerle sufrir un rato y no subir inmediatamente después de su clase, pero creo que arriesgué demasiado, era bastante tarde y temí que no estuviera. Antes de llamar me quedé escuchando por si oía algo, temiendo que ya se hubiese marchado. No escuché nada y me temí lo peor, aún así decidí llamar igual.

—Adelante... — Respiré aliviada.

—Pensé que no vendrías... —dijo según se acercaba a mí.

—¿Y si hubiera venido más tarde? ¿Cómo habiéramos quedado? ¿O quizás es que te has arrepentido? —dije sin saludar.

—Estoy deseando pasar el fin de semana contigo, así que me hubiera tocado cenar en el despacho. —Sonrió, me sabía ganar.

—Vale, ni por asomo me hubieras llamado o mandado un mensaje, ¿no?

—No, creo que no. —Joder, qué seco era cuando quería.

—¿Y si no llego a venir?

—Sabía que sí vendrías. —Me molestó tanta seguridad.

—¿Y si no hubiera podido venir por algún motivo?

—Pues tendríamos que haberlo dejado para otro fin de semana —me dijo totalmente tranquilo, según se acercaba a mí.

—Así, sin más... ¡Oh! eres tremendo —dije algo molesta.

Y se rio. No teníamos tiempo para mucho más, ya era bastante tarde.

—Bueno, y cómo se supone que vamos a hacer, porque me imagino que no vendrás a buscarme a la puerta de mi casa... —le dije de forma irónica.

—Supones bien. —Sonrió. "Brrr, cómo se puede estar molesta con un tío así"—. ¿Tienes con qué ir?

—Sí, sí, tengo coche —dije un tanto desganada. ¿Desganada, de verdad? Anda...

—Pues quedamos mañana a las doce en Velilla del Río, en las Fuentes Tamáricas. ¿Sabrás llegar?

—No hay lugar donde Google Maps no te pueda llevar, ¡ja, ja, ja!

—Allí podrás dejar el coche sin problema y después iremos en el mío hasta la casa. ¿Te parece?

—Me iba a dar igual aunque no me pareciera... —le contesté un poco irritada ¿irritada, de verdad?—. De todas formas, qué loco...anda que si alguien nos ve en tu coche.. ¿No será arriesgar demasiado?

Me dio una palmadita en el hombro según se dirigía a la mesa a recoger sus cosas. Eché de menos algo más de roce, ni siquiera me dio un beso...

—Venga anda, vete pronto para casa y descansa. Que te espera un fin de semana muy largo —me dijo al oído mientras me metió algo en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saqué y vi que era su número de teléfono. Mi cara de asombro y de alegría... se fue desdibujando a medida que empezó a hablar. ¡Mierda!

—No me llames si no es estrictamente necesario. No quiero ni mensajes ni llamadas ni nada... ¿De acuerdo? —me dijo mostrándose un poco inseguro por habérmelo dado—. Y sobre todo no lo anotes en contactos, al menos no con mi nombre. No quiero que nadie pueda siquiera imaginar que estamos juntos.

Aquellas palabras me ofendieron un poco y él lo notó. No quiso ser desagradable, pero fue exactamente lo que consiguió .

—No me mires así, por favor. Tengo miedo, esto es nuevo para mí. No quiero que anden chismorreando y perder el prestigio que me ha costado años ganar. Dame tiempo..

Iba a abrir la puerta algo decepcionada por aquel encuentro, cuando puso su mano en ella impidiendo que la abriera.

—Estoy deseando que llegue mañana y poder pasar a tu lado cada momento del día — me dijo muy bajito y muy cerca del oído. Me dejó tiritando. Acto seguido acarició mi boca con la suya en un beso que me pareció demasiado corto. Sabía calentar el terreno.

Al llegar a casa, y una vez me puse cómoda, cogí el teléfono para ver si tenía alguna llamada de Pedro. Me pareció raro que no tener noticias suyas y

le llamé. Esperé hasta el último tono pero no lo cogió, al final opté por mandarle un WhatsApp. Esa desaparición tan repentina y esa ausencia a todas las clases por la tarde me pareció más que raro y sobre todo el no saber nada de él con lo pesado que era con los mensajitos... Me preocupó.

WathsApp:

¿Se puede saber dónde te has metido? ¿Tú no querías hablar?

No recibí respuesta. Ya era tarde y estaba cansada, así que preparé todas las cosas para el fin de semana. Estaba nerviosa y a la vez expectante. ¿Cómo sería estar con él fuera de la facultad? No estaba segura de que pudiera dormir aquella noche, aún así cogí un libro y me metí en cama. Dejé que pasaran las horas hasta que me venció el sueño.

XXV

El despertador sonó a las ocho de la mañana. Aún era de noche pero me levanté como una bala. Eran cerca de dos horas de viaje y no quería llegar tarde. Esta era una de las características que siempre me definió: la puntualidad. No sabía muy bien si sabría llegar, así que mientras desayunaba, preparé bien la ruta en el móvil. Estaba más que nerviosa, estaba deseando llegar y poder verle. Eran las nueve y media cuando cogí el coche. Llegaría a las once y media y aún me quedaría media hora para inspeccionar un poco el terreno. ¡Iba a pasar el fin de semana con él! Todavía no me lo creía. Hacía frío, pero el sol poco a poco empezó a asomar entre la niebla y lucir más radiante que nunca. Como había calculado, llegué a las once y media. Hacía años que no iba a la montaña palentina y ver aquel paisaje me inundó de una serenidad que quise retener en mi memoria. Busqué las Fuentes Tamáricas y efectivamente, como me había dicho, no tuve problema en aparcar. Serían las doce menos veinte más o menos, cuando le vi aparecer con su Audi Q6 negro. Me dio un vuelco el corazón cuando le vi bajar del coche. Llevaba unos vaqueros y un jersey gris de lana que le otorgaba un aire más que juvenil. Nunca me había parado a pensar en cómo vestiría sin su americana, y verle así, fue más que sorprendente. Nadie hubiera dicho que era catedrático en la universidad. Se apoyó en el coche a mirar el móvil. El sol le daba de frente y no pudo ver como me acercaba.

—Llegas demasiado pronto, ¿no crees? —le dije de forma inesperada.

Sonrió y me cogió en volandas dándome un giro.

—¿Has venido bien? ¿Lo has encontrado con facilidad?

Aquella cercanía con la que actuó me relajó por completo y el nerviosismo que me había acompañado todo el viaje desapareció como por arte de magia.

—Sí, sin problema. Bueno... tú dirás.

—Ven, quiero que veas algo.

Me cogió de la mano y fuimos andando hasta lo que parecía un pequeño

manantial con tres arcos. Parecíamos una pareja, yo le miraba y, cada vez que coincidíamos mirándonos, paraba y me daba un abrazo juguetón.

—Mira, ¿sabes qué es esto?

—No.

—Son las Fuentes Tamáricas, datan de la época de la conquista romana de los cántabros. En uno de los primeros relatos que se conoce del historiador y geógrafo Plinio el Viejo, se relataban las peculiaridades de esta fuente...

—¿Qué peculiaridades? —Volvíamos a parecer profesor y alumna.

—Se llenan y vacían sin explicación alguna. Si el caudal aparecía lleno, presagiaba buenos augurios, si por el contrario estaba vacío, imagínate. —Sonrió—. Dicen que si la primera vez que lo ves lleva caudal, es que tendrás buena suerte.

Me acerqué impaciente para mirar mejor, la curiosidad me pudo...

—¡Ah, está lleno! —grité como si me hubiera tocado la lotería, mientras le guiñaba un ojo.

Se rio, me tiró del brazo hacia él y me besó. No fue un beso tierno, ni lento. Fue apasionado, lleno de fuego y me extrañó que actuara así, a plena luz del día, con tanta gente como había paseando... Estaba desconocido, relajado y ¡me encantaba! Me sonrió, me separó el pelo de la cara y me besó en la mejilla a modo burlón. Pasó un brazo por mi hombro e iniciamos el paseo. Hacía una mañana muy agradable y el andar por la orilla del río resultó de lo más placentero. Pensé en que era la primera vez que un amor idealizado superaba con creces al personaje que había imaginado en mi cabeza. Aquella era una situación idílica, mucho más bonita de como yo la hubiera podido imaginar. Rodeados de montañas, el río con un buen caudal acariciado por el dorado del sol, aquel olor a montaña... quería procesar cada pequeño detalle. Sentir su mano en mi hombro, que por momentos caía hasta mi trasero, le otorgaba al paseo un halo de sensualidad muy difícil de obviar.

—Mira, ¿ves este puente?

—¿Te refieres a la mitad de ese puente? —Apunté arqueando una ceja mientras le miraba.

—Sí —Se rio—. A pesar de que todo el mundo lo conoce como puente romano, en realidad es una construcción medieval...

—¡Ja, ja, ja! Claro, cómo no, todo el mundo diciendo que el puente es romano pero por sus narices que tiene que ser medieval —le contesté burlona.

—Pues sí, medieval. ¡Anda! como esa asignatura que parece se te ha cruzado un poco.

Se rio mientras me daba palmaditas en la espalda.

—¿Por qué solo se conserva la mitad? —le pregunté recuperando el tono intelectual—. El resto del puente se perdió en una riada. Una lástima.

Me gustaba mirarle cuando no se daba cuenta, no parecía tener muchos más años que yo, pero a pesar de esa juventud que aparentaba, se le veía muy hombre y yo no podía creer que lo tuviera a mi lado. ¡Qué bobos nos vuelve el amor! ¿He dicho amor? Sí, amor.

El resto de la mañana estuvimos viendo el pueblo, callejeando y disfrutando de esos paseos juntos. Se hacía tarde, así que nos metimos en un bar para comer algo. Al rato de estar allí se acercó un hombre muy campechano de unos sesenta y tantos años.

—¡Hombre, Arturo! Tú por aquí... Ya hacía tiempo que no venías... —le dijo aquel hombre apoyando su mano en la espalda de Arturo.

—Sí, Paco, ya hacía tiempo que no venía, tiene razón.

—Bueno y ya era hora que te viéramos acompañado, hombre... —Le espetó de forma descarada mientras se dirigía a mí guiñándome el ojo.

Forcé una sonrisa.

—Paco...

—¿Y qué, te quedas solo el fin de semana?

—Hay que trabajar, Paco...—contestó resignado.

—Sí, hombre tienes razón. Bueno, os dejo. Y a disfrutar de estos días en el pueblo que parece que va a hacer bueno.

—Gracias, hombre...

Cuando se marchó, Arturo puso los ojos en blanco en un gesto muy cómico.

—¡Dios, Arturo, nos han visto! Vayámonos al medio puente ese "medieval" y suicidémonos juntos... —le dije burlándome de él.

—Tú te burlas, pero estuve a punto de decirle que eras mi sobrina, lástima que conoce demasiado bien a mi hermana, no colaría... —Se burló de mí mientras se metía un trozo de lechuga en la boca como si nada. Al final, como siempre, fue él quien me ganó la partida.

Me gustaba verle así de cómodo, estaba relajado, despeinado y... muy sensual. A veces mientras charlábamos, mi cabeza se iba a sus manos acariciando mi cuerpo, tenía que hacer verdaderos esfuerzos por concentrar mi atención... Estaba deseando que me besara.

—Bueno, vamos ya hacia el coche que aún hay un rato hasta llegar a Cardaño.

De camino al coche fuimos de la mano y ese simple contacto me hacía levitar. Me abrió la puerta del coche dejándome pasar.

—¿Estás seguro? Mira que podría haber algún alumno por ahí, agazapado, mirándonos.

Me pegó un empujón y caí dentro del coche. Yo me moría de la risa. Estaba descubriendo a un Arturo que, lejos de la distancia que mantenía en clase, mostraba su lado más payaso. Tardamos algo menos de media hora en llegar. Aquel lugar era espectacular, no sabía que esa zona tuviera aquellos rincones tan cautivadores. El pueblo se encontraba ubicado en una especie de pequeña península bañada por el pantano de Camporredondo, en cuyas aguas se reflejaba majestuoso el Espigüete. Era un pueblo pequeño, de no más de veinte habitantes, pero me pareció tan carismático con aquella luz que le otorgaba un sol de media tarde... La casa se encontraba algo separada del pueblo. Era una casa de piedra, con una valla de madera delimitando la propiedad. Aquello parecía un paisaje de película... ¿Cómo era posible que existiera un lugar así tan cerca de casa?

—Demasiado grande para ser "una casita" en la montaña como dijiste, ¿no crees?

Sonrió mirándome de reojo.

—Bueno, es la casa familiar, donde pasamos muchos momentos... Es una herencia...

—Oh vaya... ¿tus abuelos? —le pregunté al notar cierta melancolía en sus palabras.

—Mis padres. —"Ups".

Por el tono de su contestación intuí que se trataba de un tema demasiado doloroso para él, sentí que me daba un pinchazo en el estómago.

—Oh, lo siento... No sabía...

—No, no te preocupes. Fue hace ya bastante tiempo. Nos dejaron esta casa a mi hermana y a mí, pero ella no pudo volver, así que cuando pude, decidí comprarle su parte.

—Y ¿tú sueles venir a menudo?

—Solía, ya hace bastante tiempo que no vengo. Me gustaba venir, desconectar de la rutina y conectar un poco con mis raíces. Me gusta hacer montañismo, aunque ahora tengo demasiado trabajo para poder venir. Pero venga, vamos a entrar.

Entramos y me pareció una casa de ensueño. Todo perfectamente decorado con un toque moderno, pero sin perder la esencia de lo que se veía había sido

aquella casa. Una enorme chimenea chispeante presidía el salón. ¿Chispeante?

—La chimenea está encendida y la casa caliente... —le pregunté con suspicacia.

—Vine antes. La casa llevaba cerrada mucho tiempo y podíamos morir congelados, porque... —Se empezó a acercar a mí de forma muy sensual, me quitó la chaqueta y empezó a besarme en el cuello—. No entraba en mis planes estar vestidos...

—Profesor Losada, qué descarado... —le miré haciendo ojitos.

—¿Me lo está diciendo usted, srta Rivas, que me encerró en mi despacho sin darme más opción que caer rendido a sus encantos?

No me dio margen para contestar, me besó. Me besó como si no hubiera un mañana, aprovechando cada segundo juntos para descubrirnos. Sus manos me recorrieron entera hasta posarse en mi entrepierna donde jugaron de manera perfectamente estudiada. Nos deshicimos en caricias, acabamos sudando y tirados frente a la chimenea.

—Toma, ponte esto... —me dijo mientras se levantaba desnudo a por una manta.

Nos sentamos en la alfombra mirando el fuego. Él detrás de mí y yo, entre sus piernas, apoyaba mi cabeza en su pecho. Estuvimos un rato en silencio sin que ello resultara incómodo, estábamos interiorizando todo lo que estábamos viviendo juntos.

—Cuéntame cosas de ti, Elisa, ¿vives con tus padres, residencia de estudiantes, compartes piso?

—Vivo sola, en un ático en la calle Platería... —No podía ver su cara pero intuí su gesto de asombro.

—Vaya... una calle con historia... Y bastante cara ¿cómo puedes permitirte?

—Bueno... fue... —no sabía cómo decir aquello sin que pareciera algo presuntuoso— un regalo de mi abuelo.

—¡Caray con tu abuelo! Qué espléndido. —Se rio.

—Sí, demasiado. Pero no da puntada sin hilo, no te creas. Eligió un ático allí porque sabía que a mí me horrorizaba Valladolid y porque, en el fondo, a pesar de tener otros planes para mí, quería que estudiara una carrera allí. Por supuesto Historia no, casi le da un infarto cuando se lo dije. De esa manera le devolví la jugada. Así es nuestra relación, un tira y afloja.

—¿Elegiste la carrera de Historia solo por fastidiar a tu abuelo?

—No hombre, no. Pero tengo que confesar que algo ayudó. —Sonreí

maliciosa mientras me tumbaba en la alfombra mirando hacia él.

Arturo puso un gesto de desaprobación que me pareció simpático.

—¿Y cómo te mantienes en el día a día?. Me refiero a la comida, transporte, tus gastos...

—Bueno... de eso también se encarga mi abuelo. —Puso cara de sorprendido—. Me pasa un dinero cada mes, algo parecido a un sueldo...un buen sueldo, la verdad. A pesar de que hace mucho que no voy por allí, he trabajado y trabajaré mucho en su bodega.

La cara de Arturo mostraba sorpresa y cada vez que hablaba parecía entender menos. Lo cierto es que entender nuestra relación y su forma de ser no era fácil.

—¿Bodega? —me dijo sorprendido—. A cada cosa que me dices me dejas más alucinado. —Se rio de aquella situación.

—Sí, bodega. No es que sea muy grande, pero sí lo suficiente para vivir desahogadamente. Bueno, eso yo, porque él vive ahogado con su trabajo, lo hace día y noche sin respiro. Está tan obsesionado con ella que yo creo que no la llega a disfrutar.—Los gestos de Arturo me causaban mucha gracia—. Sabe que al final, cuando ellos falten, quien se va a hacer cargo de su bodega voy a ser yo. Mis hermanos se desentendieron de ella en cuanto pudieron. Tres de ellos se fueron a EE.UU y el otro es piloto, así que ya me dirás. La autoridad de mi abuelo fue demasiado para ellos y emigraron sin pensarlo. Idea que también se pasó por mi mente en más de una ocasión, no lo voy a negar. Pero al final sabe que, a pesar de todo, no voy a dejar que la bodega en la que ha invertido toda su vida, en la que puesto toda su ilusión, se venga abajo. Él lo sabe y "ese sueldo" es su forma de agradecérmelo, aunque no me lo diga, claro.

—Pero, entonces, si tienes claro que vas a acabar trabajando en su bodega, ¿por qué sigues estudiando la carrera?...

—Que quiera continuar el sueño de mi abuelo, no quiere decir que tenga que abandonar el mío...

—Eso dice mucho de ti...

Me retiró el pelo de la cara, se tumbó a mi lado y me besó en el cuello. Sentir sus labios húmedos en mi cuello hizo que me recorriera un escalofrío por toda la espalda... Se incorporó un poco y siguió besándome, al principio suave, pero poco a poco fui notando como aumentaba el ritmo de su cuerpo. Se tumbó encima de mí mientras yo enredaba mis manos en su pelo. No hizo falta más que un ligero movimiento de mi cadera para volver a sentirle dentro. Se

detuvo un instante y me miró hipnotizado. Sus embestidas fueron suaves y profundas, parecía querer alargar al máximo aquel momento, pero yo estaba demasiado encendida. Mi pelvis pareció cobrar vida propia y empezó a moverse con la misma cadencia. Poco tiempo más seguimos enredados, nuestros cuerpos aumentaron el ritmo y en unos pocos movimientos más, ya estábamos de nuevo acompasando nuestra respiración el uno al lado del otro.

—¿Te preparo algo de comer? —me dijo mientras se abrochaba el pantalón.

—Vale...

Me recompuse y fui con él hasta la cocina, me senté en una repisa que había en el enorme ventanal.

—Es muy bonito todo esto. No tenía idea de que pudiera haber un lugar así por aquí.

Sonrió.

—Tú sí que eres bonita.

Me gustó tanto ese alago, así sin venir a cuento, que me acerqué hacia él para darle un beso. Según iba a donde él estaba, sonó mi teléfono que había dejado justo en la mesa donde estaba preparando la comida. Volvió a sonar.

—Vaya, veo que tu amigo Pedro es muy insistente —me dijo con una mirada desafiante pasándome el móvil con mucha desgana.

—Oh, tengo que mirarlos. El viernes se marchó después de tu clase y no volvimos a saber de él. Cogí el móvil y volví a la repisa donde había estado sentada y leí los mensajes...

WhatsApp Pedro:

¿De verdad te interesa dónde me he metido? Venga ya, Eli, no te hagas la preocupada.

WhatsApp Pedro:

Si puedes y te apetece, llévame el lunes los apuntes de las clases que me perdí o ¿será también mucho pedirte?

WhatsApp:

Andas raro, Pedro, no sé que te pasa. Claro que te llevo los apuntes, ¿Estás bien?.

WhatsApp Pedro:

Perfectamente, aunque no tan bien como tú. Gracias, no te molesto más. Que pases un muuy buen fin de semana. Hasta el lunes.

Me dejó bastante pensativa. Pedro no solía ser tan borde por teléfono y estaba claro que andaba enfadado, además parecía como si supiera que no

estaba en Valladolid. ¿Se habría acercado a mi casa para hablar conmigo? Me entristeció un poco imaginarle en el portal esperando a que le contestara.

—¿Te das cuenta por qué no quiero nada con el móvil? Igual que yo vi quién era, cualquiera puede hacerlo... —Me sacó de pronto de mis pensamientos.

Le miré con cara de desaprobación.

—A ese chico le gustas —me dijo serio y con cara de pocos amigos.

—¡Anda, no digas tonterías! Pedro es así. Sí que es cierto que últimamente anda raro, pero vamos que te aseguro que no es por mí.

—Sí, sí es por ti.

—¡Ja, ja, ja!, ¡qué va! Si le conocieras, te darías cuenta de que estás equivocado —Arqueó una ceja poniéndome cara de incredulidad—. Más bien es todo lo contrario. Anda liado con una chica demasiado espabilada para él, creo yo... De eso justamente hablábamos cuando nos viste en la puerta de la cafetería aquel día. Creo que esa chica no le conviene...

—Uy... no andarás tú celosilla —me dijo en un tono que quiso ser irónico pero que quedó en un intento.

—¿Yo? ¡ja, ja, ja!, celosa de Pedro. Más bien no serás tú el que anda celosillo —le dije mientras le abrazaba por la espalda.

Se giró y me dio un beso en la frente.

—Venga, cómete esto y vamos a dar un paseo. Aún podemos aprovechar algo de luz —dijo para cambiar de tema—. Es impresionante pasear a los pies del Espigüete, no vayamos a perdérselo.

—Por supuesto que no.

Aquella situación era de novela romántica. La casa, el paisaje, el chico... Estaba como en un sueño, todo lo que estaba viviendo superaba con creces lo que yo había imaginado. Y saber que sentía celos, a pesar de que no lo admitiera, fue lo que le puso la guinda al pastel.

Andábamos cogidos de la mano, a veces abrazados, otras muchas se paraba y me enseñaba lugares en los que había estado de pequeño, me contaba sus anécdotas, la historia de algún lugar relevante... Me encantaba escucharle cuando me relataba algo, usaba la misma pasión para hablar de su niñez que para hablar de la Historia. Era él, era Arturo Losada en estado puro... y... era para mí...

Regresamos a casa ya prácticamente de noche. Había luna llena, con lo cual tuvimos la suerte de tener algo más de luz. Seguramente de no ser así, nos hubiera resultado difícil llegar porque, a pesar de que el pueblo estaba

iluminado, su casa se encontraba algo más alejada, en un pequeño desvío. Arturo parecía controlar la situación y se le veía muy divertido haciéndome sufrir por aquellos caminos oscuros. Se veía que no era la primera vez que se iba a oscuras a casa. Cuando abrimos la puerta, sentí el calor que había dentro. Tenía los pies helados y el frío me estaba subiendo por todo el cuerpo.

—Ponte cómoda, yo voy preparando la cena.

—Vale, yo mientras me voy duchando, a ver si entro en calor que estoy helada.

Su media sonrisa me hizo adivinar cuál era la forma que tenía pensada para hacerme entrar en calor. Le devolví la sonrisa con la misma picardía que la suya.

—Siento decirte que no traje vino, aunque casi mejor, porque siendo tan experta, a lo mejor metía la pata... —Se rio.

—Pues menos mal que no lo has traído, Arturo, yo odio el vino. Lo aborrezco, ese olor... puaj. Odio el vino y todo lo que huelga a alcohol. Yo no bebo jamás...

—Bueno jamás... —Volvió a reír.

—De verdad, no me gusta el alcohol.

—Me alegra oír eso. Yo tampoco bebo. —Me guiñó un ojo—. Y no me gusta la gente que lo hace. Sube a la habitación principal, allí tienes la mejor ducha.

Su mirada... Estaba allanando el terreno. Subí a la habitación. Era enorme y todo estaba perfectamente colocado al detalle. En una de las paredes, colgaba una réplica grande de *La noche estrellada*, de Vang Ghog. Si aquella habitación me fascinó, la ducha me dejó con la boca abierta. Luces, chorros, modo lluvia, música... sin hablar de las dimensiones. Era espectacular. No quise tocar demasiados botones por si la liaba, así que abrí el grifo con delicadeza y dejé que cayera el agua. El agua que corría sobre mi cabeza no pudo llevarse la sensación de alegría que invadía mi cuerpo. Tenía los ojos cerrados y no me di cuenta de que Arturo había entrado en el baño y había apagado la luz. Se metió en la ducha dándome un susto de infarto.

—¡Joder! —grité sin poder evitarlo.

Él sin inmutarse, sonrió y siguió a lo suyo.

—Si le das aquí, consigues una luz que evoca calma y serenidad —dijo en un tono de voz tan bajo que casi parecía un susurro—. Y si giras esto, tienes el efecto lluvia. ¿Notas cómo caen las gotas sutilmente en tu cuerpo?

Le respondí con un gesto de cabeza. Había tejido su tela de araña sin

darme cuenta y ya me tenía enredada en ella.

—Es una ducha espectacular, jamás había visto nada igual. ¡Aquí caben cuatro personas por lo menos!

—¿Qué tal si lo dejamos mejor en dos? —Sonrió con picardía.

Me agarró con una mano la cara y me empotró contra la pared de la ducha. No me hizo daño, pero noté la fortaleza de su brazo. El agua caía suavemente sobre mi cuerpo, provocándome una sensación muy placentera. Me miraba en silencio, con los ojos encendidos. Me besó en la oreja y el cuello, se paró muy cerca de mi boca. Necesitaba besarle, pero no me dejó. Su otra mano empezó a explorar mi cuerpo. Bajó lentamente desde mi pecho. Me tenía retenida la cara firmemente con su mano. Mi cuerpo estaba empezando a agitarse y su mano encontró el lugar perfecto para seguir mi compás. Se mordió sutilmente el labio mientras me miraba con deseo, pero no me besó. Se mantuvo firme, mirando cómo estaba a punto de desfallecer. Su mano, que seguía el ritmo de mi cuerpo, empezó a bailar sola dentro de mí. Introdujo dos dedos dejando el resto de su mano pegada a mi clítoris y empezó el baile. El roce de su mano en aquella zona y sus dedos en mi interior hicieron que las piernas me empezaran a fallar, estaba al borde del colapso. Mis gemidos se mezclaban con la música de la ducha en perfecta conexión. Aquella era la experiencia más placentera que jamás había experimentado. Cuando notó que había alcanzado el clímax por la agitación de mi cuerpo, se mantuvo unos segundos sin retirar su mano, mientras me besaba cerca de la oreja. Una vez quitó su mano de mi barbilla, mi cuerpo cayó desplomado en el asiento que tenía aquella majestuosa ducha. Salió de ella como si nada y me acercó una toalla.

—Toma, sécate, que al final te va a coger el frío —me dijo con aquella sonrisa tan sensual.

En ese momento creí desmayarme, sobre todo al verle alejarse con aquel cuerpo tan perfectamente trabajado. ¿Cómo podía hacer aquello y marcharse como si nada? Cuando pude recobrar la compostura, acabé de ducharme y bajé a la cocina. Cenamos una ensalada, huevos y el humus más rico que jamás había probado. De beber había puesto una copa de balón de agua con hielo y unos trozos de limón exprimidos. Desde aquel momento, esa fue mi bebida favorita. Mientras cenábamos, él me miraba con picardía, acordándose tal vez de aquel momento que acabábamos de tener en la ducha.

—Jamás imaginé que debajo de tu americana pudiera haber ese cuerpo —le espeté así sin más—. ¿Entrenas mucho?

Sonrió agradecido.

—Todos los días... o casi todos. Desde la muerte de mis padres el deporte ha sido mi válvula de escape.

—¿Puedo preguntar qué les pasó?

—Sí, claro. Fue hace mucho tiempo. Venían a pasar un fin de semana, como hacían casi siempre. Los inviernos aquí son duros, una placa de hielo en la carretera les jugó una mala pasada. —Su rostro cambió, lamenté haber sacado el tema—. Yo tenía veinte años, estaba en los primeros años de carrera. Fue un golpe muy duro y me replanteé dejarlo todo. Mi hermana estuvo conmigo, apoyándome cada día, y luchó para que siguiera con los estudios. No me dejó caer. Me centré de forma obsesiva en la carrera y empecé con el deporte. A partir de ese momento, ambas cosas han estado unidas.

—Me dijiste que tu hermana no volvió a esta casa...

—Así es, nunca más volvió a aparecer por aquí. Los recuerdos le hacían demasiado daño. En cuanto vio que mi vida se había asentado, que yo podía caminar solo, cogió las maletas y se fue para Holanda. Allí trabajaba su novio desde hacía años y... allí se quedaron. Formaron una bonita familia con la llegada de mi sobrino Hugo.

Sonreí.

—Pero bueno, de eso hace ya tiempo —dijo intentando dejar atrás la nostalgia.

—Entonces estás solo aquí, ¿no tienes más familia?

—No. Solo tengo a mi hermana. Mis padres fueron hijos únicos los dos y mis abuelos habían fallecido varios años antes... Estaba solo...

—Vaya...

—Por eso no fue tan difícil conseguir la cátedra, no tenía con qué despistarme —dijo en tono burlón y quitándole importancia al asunto...

Me miró de soslayo con bastante picardía. Entendió mis ganas de saber sobre su pasado sentimental. ¡Qué le vamos a hacer! Era algo que me suscitaba mucha curiosidad y vi el momento perfecto para sacarlo sin que pareciera una paranoica... Aunque en el fondo, pensar en que otras mujeres le habían tocado, me ponía enferma...

—Sé lo que estás pensando y te diré que soy virgen. Virgen emocionalmente. Tú eres la primera. —Me miró serio, sin complejos y con una profunda admiración... ¿por mí? ¡Wow!

Me entró la risa nerviosa. Me levanté a echarme un poco más de agua. El seguía mirándome, con una media sonrisa.

—¿Demasiada carga emocional de repente? —me dijo pensando que me había asustado.

—¡Ja, ja, ja!, es que eso sí que no me lo puedo creer, Arturo. ¿No hubo nadie? ¿En el colegio, instituto, en la uni? ¿nadie, de verdad? ¡Anda, venga ya!

—Nadie. —Hizo un silencio para que aquella palabra cobrara un mayor significado—. Vamos a ver sí he estado con chicas, lógicamente —"¿Ves? Para qué te metes en estos temas si sabes que vas a acabar mal..."—, pero ninguna ha rozado ni un poquito mi corazón —"ah... vale".

De pronto, me entró la curiosidad de saber cómo eran esas chicas, qué tuvieron para que Arturo se fijara en ellas. Me puse celosa y noté como me ruborizaba. Él también lo notó y sonrió.

—Pero de eso hace ya mucho tiempo —apuntó para tranquilizarme pero mi gesto ya había cambiado irremediabilmente.

—Claro, claro... —dije después de un largo silencio en el que él se quedó mirándome— ¿y cómo sé yo que no soy como una chica de esas? ¿Qué me hace diferente a ellas y cómo voy a rozar yo ese corazón de acero?. —¿Perdona? Estaba idiota perdida, de haber sido él me hubiera salido pitando.

—Para empezar... ¿qué tienes, unos quince años menos que yo? Elisa, yo jamás me hubiera fijado en una alumna. Tú eres especial en ti misma, en todo tu ser y... no solo has rozado mi corazón, lo has perforado, nena —dijo aquello último de manera burlona, a pesar de que yo no tenía ninguna gana de reírme. ¿Se puede ser más ridícula?—. No sé cómo puedes plantearte el compararte con ellas... Elisa. —Se levantó y vino a mi lado. Me giró en la silla y se arrodilló frente a mí. Me cogió las manos y desapareció de su rostro el tono burlón que había estado utilizando—. Elisa... yo he puesto toda mi vida en tus manos, he arriesgado mi carrera para estar contigo. Tanto esfuerzo, tantos años trabajando sin descanso, sin levantar la cabeza de los libros... Todo te lo he puesto aquí —Me mostró mis manos—. Tú eres la única que puede manejar mi destino. Una pataleta tuya, una mala jugada por tu parte y mi vida se hunde. —Hubo un silencio—. ¿Qué más quieres? Elisa, qué más quieres si yo ya no puedo vivir sin ti.

Hundió su cabeza en mis piernas, le noté abatido y temeroso, realmente él pensaba que yo tenía su vida en mis manos, me había dado las llaves de su destino.

—Esto es una locura —se dijo para sí en voz alta.

—Pues si tanto poder dices que tengo, déjame pedirte solo una cosa. Llámame, quiero comunicarme contigo. Quiero saber de ti el resto de la

semana, quiero saber si piensas en mí, si estás trabajando, qué vas a hacer ese día...Es muy duro vivir esto y de repente no poder hablar contigo si no subo a tu despacho.

—Dame tiempo... un poco más de tiempo... No... no me siento seguro ¿Y si te llamo y estás con tu amigo Pedro y ve la llamada o si te mando un mensaje y estás con el móvil en la mesa y lo ve alguien igual que te lo vi yo esta tarde?

—Hombre, no te pondría en los contactos con el nombre de "profesor cachondo"...—dije bromeando a pesar de que para él aquel tema era complicado—. Te podría llamar... Constantino o Teodorico o Recaredo o Recesvinto o si no algo más actual... Alfonso o Enrique serían más creíbles, ¿no crees? —Insistí en bromear a pesar de que su gesto seguía siendo serio. No le hizo demasiada gracia la broma.

Me miró un tanto abatido. Realmente se sentía inseguro, aquel miedo le paralizaba.

—¿De verdad crees que cambiar el nombre es la solución?

Me sentí un poco inocente, yo solo quería comunicarme con él sin esperar a verle cinco minutos en el despacho...

—Es la única que se me ocurre. Nadie sabría que eres tú... —dije a la desesperada.

Me dio un beso en la frente y se levantó. Esa fue la manera de poner fin a la conversación.

—¿Y si nos vamos a descansar? Había pensado para mañana, hacer alguna ruta andando.¿Qué te parece?

—Bien —le contesté sin olvidarme del tema, él se dio cuenta y quiso zanjarlo de una vez.

—Elisa... Solo te pido tiempo.

—¿Pero si dices que me has puesto tu destino en mis manos qué más te da arriesgar un poquito más? —Intenté bromear para que no se sintiera culpable, ya que en el fondo le entendía.

—Esto es una locura, pero lo otro sería un suicidio —dijo bromeando para relajarme, a pesar de que en seguida volvió su gesto serio—. Mira, te lo digo para que te quede claro para el resto de la semana y de los días. Cuando estoy en casa, pienso en ti, cuando estoy en cama pienso en ti, cuando trabajo pienso en ti, cuando hago deporte pienso en ti, cuando te veo en clase solo pienso en quitarte la ropa, besarte y que se pare el mundo. Si no te veo en clase me preocupo, si te veo cerca de tu amigo Pedro me pongo celoso,

cuando estoy en el despacho y llaman a la puerta pienso en que ojalá seas tú... Si te veo por los pasillos solo quiero cogerte por la espalda y abrazarte, cuando te veo en la biblioteca estudiando y tú no me ves, pienso en cuándo será el momento de poder estar juntos...

—Espera, espera un momento... ¿Cómo que cuándo me ves en la biblioteca y yo no te veo?

Se rio y subió corriendo a la habitación. Subí detrás de él intentando alcanzarle pero era demasiado rápido y llevaba ventaja, así que al ver que no podía, hice como si me hubiera golpeado con algo.

—¡Ah! —grité teatralizando.

—¿Estás bien? —Vino enseguida.

Me incorporé rápido y salí corriendo, ahora era él que me perseguía a mí, pero lógicamente con un resultado bien diferente. Me alcanzó y me lanzó sobre la cama. Caímos juntos y estuvimos un rato riéndonos. Tumbados boca arriba en la cama me fijé en que en el techo había una pequeña ventana por la que se veía el cielo. Me miró y vio como estaba mirando para aquella ventana que parecía estar ahí sin mucho sentido.

—Hice abrir una ventana ahí para poder salir cada noche a reencontrarme con mis padres... Parece una tontería ¿verdad? pero...

Le cerré la boca con un beso. Aquello fue lo más romántico y sensible que había escuchado en la vida... Se tumbó encima de mí, seguimos besándonos. Al poco rato se colocó a mi lado, apoyó la cabeza en su mano y me miró en silencio, pensativo...

—¿Y tú? —me dijo poco después.

—¿Yo qué?

—¿Cuántos novios has tenido?

—Ja, mejor no quieras saberlo —bromeé pero a él pareció no hacerle demasiada gracia. Aquel comentario era totalmente contrario a lo que seguramente pensó.

—¿Cuántos?

—Pues, no sé... —"Venga, Elisa, no te hagas la interesante. Si descuentas la época de Londres... ¿Cuántos te quedan? Anda, solo uno, Martín".

—No me interesa el número, ¿alguien especial? ¿te has enamorado alguna vez?

Me pensé la respuesta, creí tenerla clara... hasta ese momento. Aquella relación con Martín pensé que me marcaría para el resto de mi vida por ser un amor prohibido. ¿Un amor? No. Ahora sabía que no había sido amor. No le

dije nada a Arturo.

—Sí.

—¿Sí? ¿Y de quién? ¿Algún compañero de clase? ¿Le conozco? —Se le notaba incómodo haciéndome esas preguntas, pero por algún motivo no dejaba de hacerlas. He de reconocer que me gustó notarle así.

—Sí, claro que le conoces... Me enamoré... De ti, Arturo Losada, bajo todo pronóstico y ante mi más absoluta sorpresa, me enamoré de ti.

Me miró, se quedó callado y me besó.

—Esto es una locura, Elisa Rivas, una auténtica locura. Jamás en la vida podría haber imaginado que esto me pudiera pasar. Yo... yo estaba a otras cosas... tenía otras preocupaciones en las que pensar... Y llegaste tú, rompiéndome los esquemas desde ese primer día en que te sentaste en la primera fila... Tan cerca de mí... Desde ese instante, supe que te querría. Te quiero a mi lado, srta Rivas, hasta el final... Aunque suene egoísta...

"¿Egoísta?", pensé. Y me besó, fue un beso eterno... que aún recuerdo. Me desperté a mitad de la noche y me giré para mirarlo. Ahí estaba, desnudo rodeándome con su brazo. Sonreí, no pude evitar imaginármelo en clase tan... profesional. Me hizo gracia recordarle así, tan solo llevábamos un día juntos y ya me había olvidado por completo del profesor Losada. Me gustaba más el hombre que tenía a mi lado. Miré por la ventanita que teníamos encima de nuestras cabezas. La luna entraba por ella iluminando nuestros cuerpos... Estaba feliz, allí, a su lado...

—Despiértate dormilona —Oí a la vez que notaba un almohadazo en mi cara.

—Pero ¿será posible? —y le respondí con el mismo gesto, aunque mucho más torpe. Yo nunca conseguí tener agilidad nada más levantarme.

Estuvimos peleando un rato, de repente e detuvo, me miró y me dijo:

—Te quiero, Elisa.

Y se fue a la cocina como si nada. No me dio tiempo de reacción. Me quedé tumbada en la cama, mirando por la ventana y asimilando lo que acababa de decir.

—¿Bajas a desayunar o te vas a quedar ahí todo el día? —me gritó desde la cocina.

Me puse rápidamente la camiseta y bajé a desayunar.

El domingo lo pasamos paseando, haciendo rutas, disfrutando de aquella montaña palentina que nos ofrecía paisajes sorprendentes y majestuosos. El paraje era espectacular, en plena zona de glaciares, arroyos, cascadas... La

belleza de aquellas montañas hacía nivelar en su justa medida la realidad de nuestras vidas. Una sensación de libertad y de poder con todas las adversidades inundó mi cuerpo. Lo miraba mientras subíamos por aquellas rutas, me impresionaba su agilidad. Llevábamos horas andando y subiendo pendientes y él parecía no inmutarse, yo en cambio, estaba arrastrándome por los suelos, algo que a él le debía parecer muy cómico por las caras que me ponía. Al final decidimos hacer un pequeño descanso para comer, cosa que agradecí en el alma, no podía más. Se adelantó un poco para encontrar el mejor sitio para sentarnos.

—Esta zona es espectacular —le dije.

—Sí, es preciosa. Casi tanto como tú —dijo mientras me guiñaba un ojo.

—Para hacer tiempo que no vienes por aquí, se te ve muy ágil subiendo las montañitas... —le dije mientras intentaba recuperar el aliento.

—Siempre que vengo, me pierdo por estas montañas. Me dan vida... —me dijo serio con la mirada perdida en el horizonte.

Me dirigí sigilosa hacia él y le abracé por la espalda sorprendiéndole.

—Y yo que estaba deseando parar para poder besarte... —le dije intentando que se alejara de los pensamientos en los que se había abandonado.

Se giró y me cogió en volandas, me impresionaba la fuerza que tenía. Enredé mis piernas en su cintura.

—Para eso no hacía falta parar, solo con que me lo dijeras hubiera sido suficiente —me dijo riéndose. Y me besó apasionadamente.

Comimos allí sentados, tranquilos, hablando de las montañas, de la naturaleza, de sus aventuras de montañero y de nosotros, de la manera que tuvo ese sentimiento de sorprendernos y de arrastrarnos. Hacía sol, pero a pesar de la calidez de sus rayos, el aire aún era demasiado frío. La vuelta a casa fue más relajada, íbamos hablando y jugando, a veces con pequeñas carreras que terminaban en besos intencionados. Al llegar a la casa, se hizo un silencio entre los dos. Nos detuvimos frente a la puerta en un suspiro compartido. Ya era tarde y sabíamos que aquel fin de semana llegaba a su fin.

Entramos en silencio, notando en la cara la calidez del fuego de la chimenea. Nos desprendimos de los abrigo y nos dejamos caer en el sofá. Estuvimos callados un rato.

—Oye, me acabo de dar cuenta de que no hay televisión en esta casa —comenté para intentar olvidarnos de que pronto tendríamos que despedirnos..

—No. Nunca la hubo, ni cuando éramos pequeños. ¡Aquí no hace falta!. Ni me planteé poner una, es algo que me sobra. —Me miró con aquella sonrisa

que me volvía loca y me dio un golpecito en la nariz.

Le sonreí. Estuvimos remoloneando bastante rato en el sofá con una infusión caliente, hablando de todo y de nada. Alargando el momento.

—Creo que deberíamos empezar a plantearnos el marchar. Se está haciendo tarde y... mañana hay que trabajar —dijo sin muchas ganas.

—Sí, tienes razón.

Recogimos nuestras cosas en silencio. Cuando ya habíamos acabado, me abrazó.

—Te quiero Elisa, quiero que te quede claro. No quiero que lo olvides...

—Escríbeme por favor, llámame... No me dejes sin saber de ti, no quiero verte solo en clase... — En clase... Aquello me parecía como de otro mundo.

—Sabes que no puedo, no, no, —titubeaba— no de momento, no me veo seguro, Elisa, tengo miedo de que pueda verlo alguien y levante el rumor...dame tiempo...

—¿De verdad no confías en mí? ¿Crees que voy a fallarte?

—No, claro que no. No es por ti, son las circunstancias... ¿Y si Pedro te coge el teléfono y lo ve?, en un ataque de celos es capaz de hacer cualquier cosa.

—Ya estamos. ¿A qué sale ahora Pedro? ¿Y celos de qué? Por favor, no digas tonterías...

—Dame tiempo, Elisa, dale tiempo al tiempo...

Y me besó, de forma pausada y algo melancólica. Así era imposible negarse. Cerró la puerta de la casa y antes de subir al coche, nos giramos para mirarla por última vez. Ahí encerrados quedarían nuestros primeros recuerdos, nuestra pasión escondida y nuestras declaraciones de amor. Solo aquellas paredes serían testigo de todo.

XXVI

Subimos al coche. Nos miramos sabiendo perfectamente que aquello era nuestra despedida. Después del fin de semana, nuestros encuentros tendrían que ser a escondidas del mundo y bajo la sospecha de todo. Estuvimos en silencio prácticamente todo el camino hasta Velilla. Poco antes de llegar se estiró hasta la guantera del coche y sacó un CD. Lo puso, empezó a sonar una canción que jamás había escuchado y que me rompió por completo los esquemas. Mi cara fue de auténtica sorpresa, casi me da un ataque de risa. Nunca en la vida hubiera imaginado que escuchara ese tipo de música: "*Ba ba babylon girl...*" Le miré tan sorprendida que enseguida entendió que buscaba una explicación.

—¿Acaso pensabas que solo escuchaba música clásica?

—¡Ja, ja, ja! no, no es eso, es que no me imaginaba que pudieras escuchar este estilo de música. —No podía dejar de reírme, me resultaba tan cómico...

"...Ba ba babylon girl..."

Y de pronto y bajo todo pronóstico se puso a cantar, me cantaba a mí...

"Dime cómo le explico a mi destino que ya no estás ahí..."

Dime cómo haré para desprenderme de este frenesí

Esta locura que siento por ti

Con esa química que haces en mí

Ya no puedo girl, ya no puedo girl..."

Me miraba, me cantaba y me sonreía... Y yo... hipnotizada, admirada y hechizada una vez más por aquel hombre.

"...Nena, discúlpame si te ilusioné yo no lo quise hacer

Sé que el amor cuando es real se vuelve y vuelve

Pero cómo olvidar tu piel y cómo olvidarte mujer...

*...Me rehúso a darte el último beso así que guárdalo
para que la próxima vez te lo dé haciéndolo..."*

Su brazo izquierdo un poco apoyado en la ventanilla mientras agarraba el volante, su mirada en la carretera y a veces en mí, cada vez que quería

dedicarme alguna parte de la canción... Estaba escandalosamente atractivo.

*"...Nena por favor entiéndelo
solo dame tu mano y confía en mí
si te pierdes solo sigue mi voz...
...Y dale tiempo al tiempo
que tú y yo estamos hechos para estar los dos..."*

Aparcó al lado de mi coche y siguió sonando lo que quedaba de canción, mientras nos quedamos en silencio apurando aquellos últimos instantes juntos. Me miró de nuevo pensativo, no sabría decir en qué estaba pensando. Bajó la mirada y resopló. Se giró hacia mí mirándome y acariciándome la cara. Me besó de forma lenta como queriendo detener el tiempo. Pero el tiempo pasaba y nos tuvimos que ir...

—Te quiero pequeña. Por favor, recuérdalo.

Ya no le insistí más para que habláramos por teléfono, no quería romper la magia del momento. Le miré con lágrimas en los ojos a pesar de que me esforcé porque no salieran. No sabía cuando volveríamos a estar así. Me miró en silencio, me secó las lágrimas y me volvió a besar. Salí del coche. Las piernas me temblaban de la emoción. Me ayudó a meter mi maleta en el maletero. Nos quedamos un rato más allí de pie, recordando el momento en el que nos encontramos un día antes, en ese mismo lugar.

—¿Y cómo se supone que va a ser todo ahora? ¿Igual que antes? ¿Limitándonos a encontrarnos por los pasillos o encontrarnos en tu despacho? Arturo, después de esto yo necesito más. Es muy difícil ver tu distancia en la facultad, a veces cuando te cruzas conmigo me pregunto si todo lo que hemos vivido es real.

Guardó silencio.

—Lo sé, Elisa, para mí tampoco es fácil. Pero de momento no sé qué más podemos hacer. No estoy preparado para que nos vean juntos. Por favor, entiéndelo.

Me entristecieron sus palabras. Cerré los ojos y le di el que sería nuestro último beso en libertad, sin prisas, sin escondernos... Me metí en el coche.

—Elisa, por favor... No te vayas así...

—Tranquilo. Estoy bien, de verdad. —Mentí—. Me entristece que esto acabe, no poder tenerte en mi cama cuando llegue a casa. Eso es todo...

Volvió a besarme.

—Encontraré la manera de poder estar juntos, tranquila. Te quiero Elisa, como jamás he querido a nadie, recuérdalo cuando nos veamos y solo pueda

saludarte.

Y se fue a su coche. Esperó a que arrancara y anduviera un poco para ponerse detrás de mí. Y así, nos fuimos. Así volvimos de nuevo a la realidad. Yo en mi coche y él en el suyo, para que nadie nos viera juntos.

El viaje a casa fue muy triste, no quería regresar, pero cada vez que miraba por el retrovisor y le veía, recordaba paso por paso todo lo que habíamos vivido, lo que habíamos hablado... Seguía notando su olor en mi cuerpo.

Al llegar a casa, lo vi todo tan frío, tan vacío... En tan solo dos días me había acostumbrado a su presencia, a sus miradas cargadas de deseo, a su sonrisa... Aquella sonrisa... Me tumbé en la cama, cerré los ojos y creí sentirlo encima de mí, con su fortaleza, su piel, su olor... Esa noche no quise ducharme, quise dormir con aquel olor tan suyo que me hacía sentirle cerca.

XXVII

A la mañana siguiente, habíamos quedado los compañeros del grupo de trabajo de Patrimonio para intentar acceder al archivo que necesitábamos. Como Pedro estaba entre esos compañeros, quise quedar antes con él para hablar y solucionar aquel distanciamiento que últimamente manteníamos. Parecía más receptivo que el sábado cuando le envié un mensaje para quedar. Cuando llegué a la cafetería estaba sentado con un café en la mesa y mirando el móvil. Me quedé un rato observándole y me sentí culpable. No me había portado demasiado bien con él últimamente. Aparte de las contestaciones que solía darle para responder a sus bromas un tanto cansinas, también hay que decirlo, le había apartado de mi vida sin explicación alguna. Antes de toda esa locura que estaba viviendo con Arturo, hacíamos tantas cosas juntos...Quedábamos siempre primero antes de quedar con el resto, estudiábamos juntos, venía muchas mañanas a mi casa a desayunar, íbamos al cine, nos reíamos juntos de todo lo que pasaba en clase. Habíamos congeniado tanto este segundo año de carrera... Y ahora, verle allí solo esperando por mí, esperando a que le preguntara por su ausencia del viernes, le vi tan serio... Me causó mucha tristeza y me sentí responsable.

—¿Qué pasa, amigo? ¿De picos pardos el viernes o qué? —le dije dándole una palmadita en la espalda e intentando allanar el terreno.

Noté que se alegraba de verme y eso me relajó un poco.

—¡Venga va! En serio, cuéntame qué te pasó, nos dejaste preocupados a todos —le dije para que no soltara alguna de las suyas intentando esquivar el tema.

—¿Ah sí?

—Pues sí, Pedro sí. Te fuiste así de repente, sin avisar a nadie...

—Ya bueno... —Titubeó un poco—. Resulta que Vero, ¿te acuerdas que te hablé de ella?Me mandó un mensaje diciéndome que estaba esperándome en la puerta de la facultad. Como comprenderás tuve que bajar inmediatamente. Eli, está tremenda, no podía perder esa oportunidad y vaya que compensó el no ir a

clase... Puso una cara de cerdo, de obsceno, de extasiado que me pareció bastante exagerada, aunque viniendo de él tampoco me extrañó demasiado. No quise decirle nada. Me gustaba verle así otra vez, con sus películas...

—¿En serio fue por eso? Tanto misterio por eso... —resoplé—, pues a mí me pareció que te fuiste enfadado, es más, en tus mensajes dejabas entrever que estabas molesto.

—¿Eh? ¡Vaya! no me acuerdo. Me sentó un poco mal que no tuvieras tiempo para mí, pero fue una tontería. No me pasa nada de verdad... Si es que en el fondo soy un crío... —dijo sorprendiéndome con esa actitud.

—Anda que estás de un rarito, chico.

—¡Ja! fue a hablar la reina del misterio.

Y me dio un empujón juguetón que yo le devolví de la misma forma. Ahí estaba Pedro, mi Pedro, el de siempre. Empezamos a jugar tirándonos los bolis y a reír como críos, como hacíamos siempre.

Fue cuando me agaché a coger un boli del suelo, cuando casi se me para el corazón. Allí estaba él, en la barra con otros profesores, con su traje y su pose profesional, mirándome sin dejar de hablar con sus compañeros. No le esperaba ver por la mañana y noté como me sonrojaba. Ese hombre que estaba allí, dialogando de forma tan correcta y con esa mirada clavada en mi escote, hacía unas cuantas horas había estado en mis entre mis piernas... Le sonreí con disimulo pero él permaneció serio, no sé si consciente o inconscientemente, pero no me devolvió la sonrisa. Me dejó pensativa "ya empezamos, otra vez a comerme la cabeza". Me di cuenta de que Pedro también le había visto e intentó iniciar de nuevo el juego agarrándome por los hombros y atrayéndome hacía él para continuar esa especie de lucha interna que se traían los dos desde hacía un tiempo. "¡Qué oportuno eres con estos jueguitos, caray! No sé de dónde te viene esa fijación por fastidiarle, chico" pensé separándome de él para no seguirle el juego. Me puse a remover entre mis apuntes y le entregué todos los que le faltaban.

—Anda, vamos a la biblioteca que quiero aprovechar a pasar apuntes antes de quedar con el grupo —me dijo.

Yo no me quería ir y le puse una excusa. Volvió a mirar hacia Arturo con cara desafiante.. Me di cuenta, pero no alcanzaba a entender aquella rivalidad.

—Mira, ahí esta Losada —me dijo disimulando saber que yo le había visto—. Bueno y cuéntame, ¿qué tal el fin de semana? Te veo algo más morena, ¿has estado fuera?

—Sí, me fui a la bodega. Ya ves, me entró el mono familiar. Con lo bueno

que hacía este fin de semana quedarme en casa me daba mucha pereza, así que para allá que me fui —le dije disimulando aún sabiendo que no me creería.

—¡Ja, ja ,ja! ¿tú en la bodega de tu abuelo? —Me miró entrecerrando los ojos sospechando que lo que le decía no era del todo cierto—. Eso sería para verlo...

Nos reímos juntos. Cuando volví a mirar a la barra, Arturo ya no estaba. Me decepcioné un poco. Quería seguir sintiendo su presencia allí.

—¿Bueno qué? ¿Te acabas el café o vamos a quedarnos aquí toda la mañana...?

—Sí, sí, tienes razón. Vamos.

En la biblioteca nos encontramos con Úrsula.

—Hombre... otra vez juntos vosotros dos... —nos dijo muy bajito cuando nos sentamos a su lado.

—Bueno, juntos pero no revueltos, que para revolverme yo tengo un pibón que tiene... —P uso sus manos a la altura del pecho con un gesto bastante obsceno que enseguida le recriminamos.

Nos reímos lo más bajito que pudimos pero no fue suficiente, nos rogaron silencio, así que bajamos el tono y nos pusimos a estudiar.

"...Cuando te veo en la biblioteca y tú no me ves, pienso en cuándo será el momento de poder estar juntos..." Me venían sus palabras a la cabeza una y otra vez. "Te veo y tú no me ves..."

¿Me estaría viendo ahora? Levanté la cabeza y le busqué, pero no le vi.

—Voy al baño un momento —me excusé.

Se me ocurrió de repente, sin pensar. Me levanté y me fui corriendo a su despacho. Llamé a su puerta. Pum pum pum pum.

—Adelante. —Pumpumpumpum.

Cuando oí su voz al otro lado de la puerta se me aceleró el corazón.

—¡HO -la! —dije frenando disimuladamente mi ímpetu.

Había una profesora con él, sentada en su silla, él de pie detrás de ella mostrándole algo en el ordenador, parecía muy cercano. Sentí una especie de celos al notar aquella cercanía a pesar que era evidente que únicamente tenían una relación laboral. "Pisa el freno, Elisa".

—¿Sí?¿Quería algo srta Rivas? —me dijo sin cambiar un ápice su postura.

—Bueno... —titubeé un poco, no sabía muy bien por dónde salir.

—Si no es importante puede pasarse por la tarde que tengo tutoría. — Pareció querer echarme un cable y a la vez deshacerse de mí.

—Sí, sí mejor, no tengo prisa, era solo una duda , me paso por la tarde. Lo siento. Cerré la puerta y tuve que llevarme la mano al pecho porque creí que el corazón se me iba a salir. Me sentí como estúpida, patética. De pronto sentí como mis emociones se transformaban en enfado, enfado conmigo misma por ser tan idiota. Yo inventando excusas tontas para poder verle un segundo y él no parecía inmutarse. No solo me rechazaba, sino que parecía haberle molestado que fuera a esas horas. Quería llorar. Me fui corriendo a un baño y me desahugué como pude. Estaba distante, frío, lejos de ser el que me había cantado en su coche. Cuando conseguí serenarme un poco, me lavé la cara aunque aún seguí hipando como una niña. Me miré al espejo y quise llorar de nuevo, se me había corrido el rímel. "¡Y cómo me quito ahora estos pegotes de la cara!"

—¡Joder, vaya mierda! —grité pensando que no había nadie en el baño. Pero sí había alguien.

—Vaya... ¿Nuevo *look*? —me dijo Inma nada más verme la cara.

La miré con cara de pocos amigos, era la última persona que me apetecía ver en ese momento. Me recompuse como pude y salí toda digna del baño con la cara como un cristo.

Cuando me vieron entrar en la biblioteca, me miraron todos con cara de cuadro. Raúl y Olivia que se habían unido a la mesa, se llevaron las manos a la boca.

—¡Madre mía! Pero chica ¿tú dónde has ido, al baño o a la guerra? —dijo Olivia bromeando.

—Calla, calla que me cayó un bicho en la cara. Ni vi lo que era, pero me puse tan nerviosa que me la lavé del asco que tenía. Ni cuenta me di del rímel hasta que me miré al espejo, claro. —Puse cara de circunstancia, no sé ni cómo pude salir airosa de eso...—. Qué rollo, porque no me apetecía volver a casa...

—Si quieres yo tengo maquillaje. —Me ofreció Olivia.

—¡Ay qué bien! Pues te lo agradezco.

Volví al baño. Esta vez al que estaba cerca de la biblioteca. Me miré en el espejo y me volvieron a entrar las ganas de llorar. ¿Cómo podía haberme contestado de esa manera tan fría? Era como si se hubiera olvidado del fin de semana, de sus palabras, de sus "te quiero". ¿Por qué marcó distancia de aquella manera tan fría?... Podía haber disimulado y haberme hecho algún guiño como hacía siempre para que yo le entendiera. Sin embargo, esta vez se mostró frío y distante. No pude reprimir las lágrimas de nuevo. ¿Dónde habían

quedado todas esas palabras... "Te quiero", me dijo "Te quiero..."

Después de un rato me volví a lavar la cara y me maquillé. Me volví a mirar al espejo y cogí aire... Salí del baño, y poco antes de entrar a la biblioteca, oí una voz que me decía por detrás muy disimuladamente:

—Corre, sube al ascensor que se está abriendo. —Era él.

—Pero...

—¡Sube! —me dijo con voz firme y autoritaria sin posibilidad de réplica.

El ascensor se estaba abriendo, aceleré el paso para poder cogerlo. Él que iba detrás de mí, también lo hizo. Entramos, estábamos solos. Le dio compulsivamente al botón de cerrar puertas porque veía que se acercaba un grupo de estudiantes. Las puertas no se cerraban, tan solo le dio tiempo a decirme fugazmente:

—No puedo... ¡Hola! —dijo al grupo de estudiantes que finalmente consiguieron subir al ascensor.

Miré su cara de desesperación. Estaba enfadado. Se abrieron las puertas y salí detrás de él. No sabía muy bien qué hacer, si ir a su despacho, no ir... No sabía realmente qué era lo que quería de mi en ese momento.

—Hombre Arturo, te estaba buscando. —Era Clara, la profesora de Patrimonio—. Necesito las láminas que te pedí de la Iglesia de San Juan...

—¡Ah sí, claro! Ya las tengo preparadas, te las iba a llevar más tarde.

Seguí de largo viendo que iba a ser imposible hablar con él. Bajé por las escaleras, enfadada, dolida y asqueada por sentirme tan ridícula. Cuando entré en la biblioteca, todos estaban estudiando y no se percataron de que llegué hasta que me senté. Todos excepto Pedro, él me vio llegar de las escaleras.

—Gracias Olivia...

—¿De dónde vienes? —me preguntó Pedro sin esconder su curiosidad.

—Fui al baño de arriba, que este lo estaban limpiando.

En ese mismo momento vi entrar al personal de limpieza que se acercaban para entrar en los baños. Recé porque Pedro no les viera. Les vio, pero se hizo el despistado y no dijo nada. Poco después Pedro y yo tuvimos que irnos. Cuando llegamos, ya estaban esperando nuestros compañeros del grupo de trabajo.

—¡Hola, chicos!, ¿ya vais al archivo? —nos gritó Clara que venía desde lo lejos con Arturo.

—Sí —le contestó Pedro cuando ya estuvieron a nuestra altura.

—En principio con lo que le di a Elisa, no deberíais tener mayor problema. Si os ponen impedimentos, llamadme que intentaré solucionarlo,

¿vale?

Arturo me miraba serio, y aunque por su gesto intuí que quería mostrarme algo parecido a una sonrisa, no la llegué a ver. Parecía querer decirme algo con aquella mirada, pero no logré descifrarlo. El caso es que el simple hecho de ver como intentaba comunicarse conmigo, me relajó un poco más. Nos despedimos y nos marchamos.

Tuvimos que desplazarnos hasta Palencia. Fuimos en el coche de Pedro y en el mío. Una vez allí, y como nos dijo Clara, no tuvimos problema para acceder al archivo. Nos empapamos bien de toda la historia de aquel castillo y conseguimos tener cada vez más claro el final de aquel trabajo. Nos llevó toda la mañana y al final estábamos tan entusiasmados que nos quedamos a comer por allí todos juntos, hablando de cómo íbamos a redactar todo aquello que teníamos en mente. Sabíamos que aquel trabajo no era lo que Clara se esperaba. Ella pensaba que íbamos a hacer una pequeña reseña del castillo focalizándolo en la importancia del patrimonio y poco más, pero nosotros, desde el primer momento, vimos muchas más posibilidades y quisimos arriesgarnos a llevarlo a cabo. Cada vez quedaba menos para terminar y entregárselo a Clara, nos preguntábamos cual sería su valoración.

—¿Y si le parece un atrevimiento? —dijo uno de los compañeros.

—Yo también lo he pensado, pero lo tenemos tan claro que no tiene por qué salir mal la cosa, ¿no creéis? —le contesté.

—Sí, pero y si está tan claro, ¿por qué no lo ha hecho ella antes?

Se creó un silencio y de repente nos entró una risa incontrolable a todos.

—Bueno, hay demasiado patrimonio para abarcarlo todo, ¿no? —dijo Pedro partiéndose de risa.

XXVIII

Estaba deseando que llegara la hora de ir a clase, poder verle, oír su voz cincuenta minutos seguidos. Después de aquella mañana con tantas emociones a flor de piel, necesitaba volver a reencontrarme con el profesor que, entre miradas y guiños, dejara paso al hombre que había conocido aquel fin de semana. ¿Qué le hizo comportarse así conmigo por la mañana? ¿Habría reculado? ¿Volver a la realidad le hizo aumentar sus miedos y quiso dar marcha atrás? ¿Podría volver a estar con él? Necesitaba algún gesto que me hiciera ver que él se acordaba igual que yo de lo que habíamos vivido. La frialdad con la que me había tratado por la mañana me dejó tan desanimada que, aún pensando en las palabras que me dijo antes de marcharnos, "recuerda que te quiero como jamás he querido a otra mujer..." no conseguían restablecer mi ánimo. Parecían tan lejanas que era como si se esfumasen a medida que pasaban las horas. ¿Al volver a la rutina habría visto que esa relación no tenía futuro y quería dejarlo ahí..? "No puedo" me dijo en el ascensor "no puedo".. ¿A qué se refería? ¿Cómo era posible que la magia que surgió el día anterior en el coche, se disipara como si nada?

Pedro y yo, que llevábamos juntos toda la mañana, llegamos a clase y vimos que cada uno estaba a lo suyo. Esperamos como todos los días en el pasillo. Ese día estábamos todos especialmente apagados, no había una conversación fluida y, al final, cada uno se puso a mirar su móvil. Yo estaba apoyada en el marco de la puerta mirando la esquina por la que él iba a aparecer. Estaba triste y no me apetecía fingir, así que aquel silencio no me incomodó.

—Mira, Eli, ven... —Me sacó Pedro de mis pensamientos.

—¿Qué?

—¿Qué te parece esto que he escrito?

Me senté a su lado, reclinando mi cuerpo hacia él para leer lo que había escrito en el móvil.

—Vaya... qué romántico Pedro, es precioso...

—Hola, chicos... Para clase... Estás hecho todo un conquistador, ¿eh Pedro? —le dijo mientras le daba una palmadita en la espalda a modo de compadreo.

No le vi llegar. Me molestó un poco el hecho de que viniera como siempre, como si no hubiera pasado nada esa mañana en el despacho. Y me molestó también esa fijación que tenía con Pedro.

Pedro ni siquiera se molestó en fingir una sonrisa. Entró a clase, se sentó detrás de mí y se preparó para coger apuntes. Yo me giré y le miré cómplice, él no me miró, estaba como ausente.

—¡Pedro! —Le tuve que insistir para que me mirara—. Tú ni caso.

No se molestó en responder. Siguió mirando a Arturo, esperando que empezara la clase. Fue una clase bastante densa, demasiados datos, anotaciones y muy poco tiempo dejar el boli en la mesa y escuchar las historias o anécdotas a las que nos tenía acostumbrados. Aún así, mi cabeza tuvo el tiempo suficiente para volver la vista atrás. Me parecía estar viéndole apoyado en su coche esperando por mí, o mirando las Fuentes Tamáricas, o ese momento en la ducha, o diciéndome te quiero, o cantándome aquella canción... Y al verle allí distante, ensimismado con su trabajo, poniendo pasión en cada palabra que nos decía... No podía estar enfadada, no podía sentirme triste... Me gustaban las dos versiones de él. Profesor y hombre me habían conquistado.

—Y por hoy yo creo que está bien. Siento haber ido tan deprisa pero entre las conferencias y la clase del viernes vamos un poco retrasados. ¿Alguna duda, alguna cosa que quieran comentar?

—¿Puedo subir al despacho a hablar contigo, Arturo? —dijo Inma que, como siempre, tenía algo que preguntar.

—Sí, Inma, sí puede. Aunque si es algo relacionado con la clase puede exponerlo ahora y a lo mejor su duda puede ayudar a otros compañeros —Me dio la impresión de que quería deshacerse de ella—. De todas formas hoy tengo tutoría, así que si alguno necesita algo puede subir cuando quiera —concluyó dirigiéndose a todos.

Me miró mientras recogía sus cosas, la primera mirada en toda la tarde. Me alivió saber que aún tenía alguna mirada para mí. Yo se la devolví rendida a sus encantos y él, por fin, me respondió con aquella sonrisa... No sabía muy bien en qué momento podría escabullirme para subir a su despacho. Se me acababan las excusas y tenía la tarde repleta de horas de clase... Además, llevando desde la mañana en la facultad, seguramente se iría pronto. No podía

imaginar irme a casa sin poder estar con él aunque fueran cinco minutos y comentarle mi malestar por lo ocurrido por la mañana. Pasar una día entero con aquello dentro, sin poder aclararlo, iba a suponer una noche de insomnio garantizada y no estaba dispuesta.

Salió de clase e Inma lo llamó con una familiaridad que me sacó de quicio.

—Arturo, espera que subo contigo...

Y me miró de reajo asegurándose de que la había oído... "Perra". Me puse muy nerviosa. Sabía que en ese momento estaría con ella en el despacho —y no nos engañemos—, Inma era una mujer muy guapa y atractiva. No entendía muy bien mis ataques de celos sabiendo los sentimientos que aquel hombre tenía hacia mí. Pero era imposible deshacerse de ellos. Era un sentimiento nuevo y destructor, muy destructor. "No, él no es así" intentaba autoconvencerme. "Lo que he vivido con él ha sido real"...

En la clase siguiente no daba pie con bola, mi cabeza no paraba de dar vueltas... Decidí ir después de esa clase. No podía esperar más. Además, si seguía con ese estado de ánimo en la hora siguiente, perdería la clase con mis pensamientos y no conseguiría centrarme en las explicaciones del profesor. Sonó la campana. Sin recoger los apuntes y sin dar demasiadas explicaciones, me fui a verle. Llamé sin titubear, aún estaba recuperando el aliento de la carrera que me había dado.

—Pase... —dijo desde dentro—. Pumpumpumpum

El corazón se me volvió a revolucionar.

—Oh disculpe, no sabía que estaba ocupado. —La cara se me puso roja de ira. Ahí seguía ella, ¡una hora después!

—No, no. No cierre, Inma ya se iba. —Y la acompañó muy amablemente hasta la puerta.

—¡Uy sí, que llevo una hora aquí! Bueno, pues piénsate eso, y con lo que sea, ya me dices, ¿vale?

Lo dijo bien alto y bien clarito, para que la escuchara perfectamente. Arturo me hizo un gesto para que entrara y cerró la puerta inmediatamente. Me besó. Me besó en la boca, en el cuello, en las manos... Y yo, a pesar de mi enfado y mis celos, quise llorar de felicidad. Aún así, me separé de él, necesitaba una explicación.

—¿Una hora, lleva aquí dentro una hora? ¡Nosotros en menos tiempo hicimos demasiadas cosas! —Le recriminé.

Sonrió de forma muy sensual al recordar la escena.

—Sí... demasiadas —E intentó darme un golpecito en la nariz. Me aparté —. Elisa, por favor... No tenemos tiempo. Olvídате de Inma...

—¿Qué es lo que tienes que pensarte?¿Y por qué te tutea con esa familiaridad?

—De verdad, Elisa, ¿tenemos que hablar de ella?

—¿Acaso te molesta que quiera saber a que viene tanto colegueo y que se eche horas en tu despacho?

—Estoy diciendo que me molesta perder el tiempo hablando de ella.

Hundió sus manos en mi pelo.

—Te he echado de menos esta noche en mi cama...

—¿Sí? Pues sería por la noche porque esta mañana... me sentí ninguneada, una estúpida... —Estaba enfadada, pero más que por lo que había pasado por la mañana (que se esfumó con sus besos), lo estaba por aquella hora que había pasado con Inma y de la que no me quería comentar nada.

—Lo siento, lo sé... No tuve opción. Aquella mujer era la vicerrectora y...

—Pues para ser vicerrectora parecía que teníais mucha afinidad. —"Elisa, cállate por favor .¿Te estás escuchando? No, seguro que no, si no, no seguirías por ahí".

—Sí, lo cierto es que hicimos buenas migas en mi época de...¿estás celosa de la vicerrectora? Es igual. Elisa esto es muy difícil para mí, de verdad créeme. Ayer te dije que no lo olvidarás, que no olvidarás todo lo que te he dicho, y no pasan ni veinticuatro horas y parece que no te acuerdes de nada.

—Eso es lo que pienso yo de ti, no puede ser que me digas esas cosas un día y al siguiente... —Me estaba derrumbando, demasiada tensión acumulada —. Pensé que al volver a la realidad, te asustaste y quisiste olvidarlo todo.

—Sí, me asusté. Sí, tengo miedo y sí, no sé cómo narices manejar todo esto. Pero lo que sí tengo claro es que te quiero, que quiero pasar el resto de mi vida contigo y que buscaré la manera de ...

Ahora era él el que parecía derrumbado. Apoyó su cabeza sobre mi frente...

—Abrázame por favor —me dijo abatido—, esto es muy nuevo y muy difícil para mí...

—¿Difícil para ti que solo tienes que esperar a que yo venga? ¡Difícil para mí, que tengo que robar horas de clase, de estudio para venir a verte. Que tengo que mentir y poner excusas idiotas a mis compañeros para poder subir. ¡Y eso si no te encuentro ocupado o recibo una mala contestación por tu parte!

...

Me intentó calmar. Acarició mi pelo, me cogió la cara con sus manos y me besó suave en los labios. Oímos pasos. Un grupo se acercaba y efectivamente tocaron en la puerta. Siguió con sus manos en mi cara, mirándome.

—Un segundo que ya acabo —gritó para que le oyeran desde fuera.

—Lo siento. Siento hacerte pasar por esto. Soy un egoísta...

"Egoísta" otra vez esa palabra. Me acompañó hasta la puerta y la abrió.

—Y no se preocupe, srta Rivas, que todo tiene solución, seguro que remonta la nota y todo acabará bien...

Leí entre líneas... Eso es lo que quería, que acabara todo y que acabara bien... Y poder decir al mundo que ese hombre me quería y que yo le quería a él. "Me quería a mí." Salí del despacho algo más tranquila. Volví a las clases. No me dio tiempo a llegar a la siguiente, de modo que decidí quedarme fuera. Cogí un libro y me puse los cascos para escuchar algo de música. No me concentraba en la lectura, así que cogí el móvil y busqué la canción que me había dedicado en el coche. Sonreí al recordarle cantando...

Cuando salieron de clase, Pedro me miró con recelo pero no me preguntó dónde había estado.

—Muy bonito el mensaje ese —le dije rápidamente para evitar que se arrepintiese y me hiciera un tercer grado—. ¿Es para la chica esa?

—Sí, para Vero, se llama Vero.

—Pues le va a gustar mucho.... Aunque no te pega nada ponerte tan romántico... Seguro que lo has sacado de Internet —me reí, pero a él no le hizo mucha gracia.

—¿Quieres los apuntes de Arqueología? —Cambió de tema.

—Sí vale, pero me los llevo a casa. Estoy cansada y no me apetece ir a la biblioteca después de clase. Llevamos todo el día aquí.

—Pues tu pareces encantada... —dijo por lo bajinis aunque le oí—. Digo que como quieras...

Al salir de la facultad cuando me iba para casa, vi a Arturo con Inma al lado de su coche. ¡Otra vez ella! Inma sonreía mientras le daba golpecitos en el hombro muy cariñosamente. "Será usurera". Me puse muy nerviosa y aceleré el paso para pasar cerca de ellos y saber de qué estaban hablando. Él tenía las manos en los bolsillos del pantalón y vi cómo ella descaradamente le sacó una mano y le dio algo. Él lo miró y le sonrió. Quería ir más deprisa pero mis pies no me respondían. Estaba loca de ira. Él se dio cuenta de que me acercaba y debió verme la cara porque, inmediatamente, intentó zafarse de ella. Cuando pasé a su lado, ella me saludó y dijo para que yo la escuchara...

—Anímate, va a estar bien. Me llamas con lo que sea, ¿vale?

Le miré inyectada en rabia, mis ojos estaban a punto de escupir llamas. Él no le contestó, noté que me seguía con la mirada."¡Joder, no me voy a librar de la maldita noche de insomnio!" Me planté en la parada del bus. Acababa de llegar y seguía con las puertas abiertas. El conductor me preguntó por dos veces si iba a subir. Le escuché pero estaba tan paralizada que no podía articular palabra... Me miró con cara de pocos amigos, arrancó y se fue... En un acto automático y con la mirada perdida, empecé a andar hasta mi casa. "Me llamas..." Hablaban por teléfono... No me lo podía creer, con todas las veces que le insistí, me ponía siempre tantas excusas... Y ellos hablaban por teléfono... De la rabia pasé a la tristeza más absoluta y de la tristeza al vacío... Llegué a casa, abrí el grifo de la bañera y la llené a tope. Me metí. Seguía con la mirada perdida. No me apetecía pensar... Estaba hueca, sin recuerdos... Solo me bañé y me metí en la cama sin pensar en nada. Para mi sorpresa dormí profundamente toda la noche y parte de la mañana.

XXIX

Cuando desperté sentí un profundo dolor de cabeza, parecía que hubiera estado bebiendo toda la noche. Miré el despertador y eran las doce y cuarto de la mañana. No me lo podía creer ¡había dormido más de doce horas! Cogí el móvil para ver si tenía algún mensaje y vi cuatro llamadas de Pedro y dos mensajes.

WhatsApp Pedro:

¿Se puede saber dónde te metes? He ido a buscarte para desayunar pero no había nadie en casa ¡Hoy tenemos el trabajo de Patrimonio!

"¡Dios, es verdad, el trabajo!", pensé.

WhatsApp Pedro:

Has tenido suerte, acaba de llegar el de Arqueología para avisarnos de que Clara está enferma y no puede venir...

Resoplé, menos mal... Le llamé.

—Hola Pedro, lo siento... —dije un tanto inquieta.

—Ya bueno, no pasa nada... No estabas por la mañana ¿No leíste el mensaje? Al final no vino...

—Sí, lo vi..Y sí estaba sí, pero no escuché el telefonillo, estaba profundamente dormida, de hecho me acabo de levantar.

—¿Te pasa algo? —joder, Pedro, cómo me conocías...

—No sé, estoy fatal. Yo creo que estoy incubando algo... No creo que vaya hoy a clase... ¿Sigues en la uni?

—Sí, me quedé en la biblioteca para estudiar. ¿por?

—Para devolverte los apuntes. ¿Te apetece pasarte por casa, comemos juntos aquí y así te doy los apuntes? Es que no puedo salir de casa...

—Vale, recojo y voy. No hagas comida, ya llevo yo algo para comer... Y no te preocupes que no cojo *pizza*, que ya sé que tú solo comes lechuga... ¡ja, ja, ja!

—Y fruta, Pedro, fruta también, ¡ja, ja, ja! Bueno, pues te voy a esperar en cama porque me encuentro fatal...

—¿Qué me esperas en la cama? Pues ni recojo ni compro nada, allá que voy ahora mismo... ¡ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!.. Pedro...

Volvía a ser él otra vez... Y me encantaba, lo necesitaba así, como siempre... Pasé la mañana bien gracias a él. Me trajo la compra y me hizo la comida para varios días. Me cuidó como un padre.

—Pero ¿por qué compraste todo esto?

—Bueno, siempre estamos aquí arrasándote la despensa... Además, así no tendrás que bajar tú.

—No hacía falta, hombre...

—Venga, anda, déjate cuidar un poco, que vaya cara, chica... Si llego a entrar en casa y te veo así en la cama, salgo despavorido y no me ves el pelo en la vida... Me había imaginado algo más... *sexy*...

—Mira que eres. Te lo agradezco de verdad...

Estuvimos bromeando todo el rato, y a pesar de que a mí me iba a estallar la cabeza, no quería que se callara. Cuando se fue, me sentí... sola... Me volví a meter en la cama y cerré los ojos. Era curioso que no me viniera ninguna imagen de él. Creo que estaba tan dolida que le bloqueé en mi cabeza, aunque realmente yo creo que fue la fiebre la que no me dejaba pensar. Estuve todo el día en la cama.

Al día siguiente me levanté algo mejor, pero aún tenía un ligero mareo y malestar, así que no hice intención de ir a la biblioteca. Serían las nueve de la mañana cuando llamó Pedro al telefonillo.

—¿Qué tal estás? ¿Has desayunado?

—Hola, pues no, no he desayunado, me acabo de levantar.

—Bueno, pues abre que subo. Y arréglate un poco la cara antes de que me de un infarto. Me preparó un café y tostadas con aceite mientras me duchaba. Me trajo los apuntes del día anterior y nos quedamos el resto de la mañana en casa estudiando juntos. A pesar de que me encontraba algo mejor, cada poco paraba agotada y me dejaba caer en el sofá. Desde la mesa del comedor Pedro me miraba sin prestar demasiada atención a lo que estaba haciendo.

—Eli... ¿Te encuentras bien? ¿Por qué no te vas a la cama? Allí estarás más cómoda.

—No, estoy bien aquí, lo que pasa que todavía me canso un poco.

—Por eso, estarías mejor tumbada...

Sonreí y volví a reincorporarme a la mesa con él. Seguimos estudiando, y a la hora de comer, se levantó a prepararme la comida sorprendiéndome con

verduras salteadas y un pescado al horno que le quedó de miedo, y a pesar del poco apetito que tenía, lo comí no solo por lo rico que estaba, sino por el cariño con que lo había hecho.

—Vaya, Pedro, no conocía esta faceta tuya... Está todo riquísimo...

—Eli, es que no sé por qué te empeñas en verme como un parásito social y emocional... —¡Ja, ja, ja! qué teatrero eres... Yo no te veo así... Vaya, veo que la chica esa ha despertado en ti virtudes que tenías ocultas...

—No estaban ocultas, siempre han estado ahí, simplemente ella se ha molestado en verlas —dijo en un tono bastante cortante.

"¡Zasca!, en toda la boca". Siempre que hablaba de ella se ponía como a la defensiva, quizá por salvaguardar el honor que parecía robarle aquella mujer con sus actitudes públicas, digamos que era demasiado...densa (aunque de ella ya hablaremos más tarde). Se acercaba la hora de ir a la facultad y, como era de esperar, no pude ir.

—Creo que me voy a quedar en casa hoy también.

—Haces bien, Eli. Te traigo los apuntes después. Como hoy tenemos pocas horas no vendré muy tarde...

—Genial. Muchas gracias, Pedro.

Y allí me quedé, tumbada en el sofá con un libro en la mano sin muchas ganas de leerlo... Me quedé dormida un rato (dos horas) sin darme cuenta. Al levantarme ya me encontraba mucho mejor, así que dediqué la tarde a estudiar todo lo que tenía atrasado. Cuando miré el reloj ya era algo tarde "¿Se habrá extrañado de que no estuviera en clase?¿Me habrá echado de menos?..." Volvieron de forma inesperada los pensamientos en él, prueba inequívoca de que ya me encontraba mejor. No quise dedicarle más tiempo de modo que me centré en los estudios. Era algo que hacía con relativa facilidad, concentrarme en algo para evitar pensar en otra cosa. Estudiar me gustaba, así que aproveché bastante bien el tiempo. Al poco tiempo, empecé a escuchar mensajes en el móvil...

WhatsApp Olivia:

Qué fuerte, Eli, Losada nada más entra, no ha hecho más que preguntar por ti..

WhatsApp Sonia:

Tendrías que ver la cara de Inma... un poema. Yo creo que la tienes celosita... ¡Ja, ja, ja!

WhatsApp Raúl :

¿Tú te has tirado a este o qué? Hasta mensajitos para ti nos ha dado y

todo...

Se me iba a salir el corazón. Me puse nerviosa, se me empezaron a congelar las manos. ¿Un mensaje? No quería preguntarles y parecer interesada, pero me moría de ganas de que llegara Pedro y me contara. Hora y media más tarde llamaron al timbre.

—Abre...

Y ahí estaban todos armando jaleo y partiéndose de risa.

—Ay Eli, es que tenías que haber estado hoy... —comentó Olivia, según entra por la puerta.

—Olivia, si llega a estar en clase, no hubiera pasado nada... —dijo Sonia haciéndonos reír a todos.

—Estoy bien, chicos, muy bien. Gracias por preguntar —Les reprendí cómicamente.

—Oh es verdad, qué tal estás... —dijo Raúl burlándose- Que quede claro que yo vengo a verte a ti, pero ellas solo han venido para cotillear.

—Bueno, a ver, calma, calma... ¿Qué ha pasado? —pregunté sin poder esperar más—. Que me tenéis frita con tanto misterio...

—Así contado, no tiene mucha gracia... —dijo Sonia para restar importancia al asunto.

—Al entrar, como no te vio, me preguntó por ti. Pero vamos que ni siquiera le dio tiempo a mirar si estabas dentro —me comentó Úrsula.

—Y a Pedro, con el cariño que le tiene, le sobró tiempo para contestar —añadió Raúl.

—Pedro... —le dije. Me temía lo peor.

—Yo solo le dije que estabas con fiebre, pero que no se preocupara que había pasado TODO el día contigo y ya estabas mejor —dijo aquello con ironía y supe que había hecho exactamente lo mismo en clase.

—¿Y no le dijiste lo que desayuné?

—No, pero le podía haber dicho la comida tan buena que te preparé...Es que como le vi tan preocupado... —me dijo burlándose con un tono un poco hiriente—. Se lo dije para tranquilizarle, mujer.

—Y luego, a lo largo de la clase hizo un montón de alusiones a ti. Todos nos quedamos flipando un poco... ¡Para mí que te ha echado el ojo el tío este...! —Sentenció Olivia.

Me entró la risa nerviosa.

—Anda, anda, no seas tonta... —le contesté un tanto orgullosa, para qué negarlo.

—Bueno, bueno... Ni a Inma nunca la ha mencionado tanto en clase.

—¡Qué exagerada! —dijo Pedro para mi sorpresa y para ponerme también algo nerviosa —Que Eli, aunque es mayor que nosotros, es demasiado joven para él. Yo creo que a él, le siguen gustando más las de su edad... Porque hoy también con Inma ha tenido sus palabras.

Todos se rieron.

—Sí las ha tenido, pero por lo pesada que es.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté tremendamente impaciente.

—Nada, pero ya sabes cómo es. Cada dos minutos interrumpiendo, preguntando... Llamando la atención, vamos, como hace siempre.

—¡Pues vaya! ¿Y eso es todo? Hija, pues ya ves. ¿Y por eso tanta historia? ¿Por qué preguntó por mí?, qué misterio... —dije un tanto desilusionada.

—Pues cuando hemos faltado alguna de nosotras no ha preguntado... No ha hecho ninguna referencia a nosotras...

—Porque vosotras faltáis demasiado, ¡guapas! —Me reí.

—Ya, pero luego al final de la clase le dio a Úrsula una hoja para ti

—Hoja que Pedro me quitó de las manos —apuntó Úrsula—, bajo la mirada de sorpresa de todos. ¿Te acuerdas de Inma con el libro que te dio Losada? —Claro que me acordaba—, pues así pero más descarado porque lo hizo delante de él.

Todos nos reímos, menos Pedro, claro. ¿En qué estaría pensando para hacer eso?

—Hombre, ¿para qué te lo da a ti, si sabía que yo la iba a ver antes?...habiendo pasado el día con ella era lógico... —Quiso justificarse Pedro.

—¿Qué tontería es esa? Él qué va a saber... De verdad, Pedro... —le contestó Úrsula moviendo la cabeza—. "Trae, que ya se lo llevo yo que me quedaré con ella esta noche"... Espetó así, con toda su cara. Me dejó sin palabras.

Miré a Pedro que estaba empezando a ponerse rojo de la ira.

—Y Losada, le volvió a coger el folio y se lo devolvió a Úrsula, diciéndole que si estabas enferma lo mejor que podías hacer era descansar. De verdad, Eli, porque no estuviste allí. Fue todo surrealista.

—Losada y Pedro en plena lucha de titanes. —Se burló Raúl, dándole un empujón a Pedro.

—Vaya pique se traen entre los dos, parece que a Losada le divierte y

todo, ¡ja, ja,
ja!

"Sí, sí le divierte mucho... Un montón."

—Es que se va de *gigoló* o yo qué sé. Que como profesor no digo nada, que a mí me gusta pero es un chulo pu... —Intentó justificarse sin mucho tino.

—¿Chulo? —intervino Olivia—. Lo que pasa es que está como un queso y eso te da una rabia, Pedro... Todos conocemos tu ego, amigo.

Nos reímos todos menos Pedro que se fue refunfuñando al baño.

—Bueno y el papel entonces ¿quién lo tiene?, ¿dónde está?, ¿qué es?

—Toma —me dijo Úrsula mientras rebuscaba en su bolso—. Dijo que era una bibliografía que le pediste para no sé qué.

—Ah, sí... —dije disimulando, sin tener la menor idea de lo que hablaba.

Lo miré y efectivamente era un listado de libros. Me llevé una pequeña desilusión. Poco a poco se fueron marchando todos menos Pedro, que se quedó conmigo para avanzar un poco en el trabajo de Patrimonio. Nos quedamos hasta tarde y le ofrecí quedarse en casa a dormir.

—A ver que pienso... Creo que, entre quedarme contigo y ese moño mal hecho con un lápiz clavado en el medio, o irme con Vero con su melena al viento y sus dos, ejem, horquillas bien puestas... Me voy con Vero, pero oye... que ha sido muy difícil decidirme, ¿vale? No lo tomes a mal.

—Anda tira... —le dije deseando, en el fondo, quedarme un rato a solas.

No tenía muy claro que se fuera a casa de esa chica, pero tampoco quise investigar demasiado. En realidad quería quedarme sola y ver aquel papel de Arturo, quería ver si encontraba algún mensaje escrito, algo dedicado para mí. Le eché un vistazo y no vi absolutamente nada. ¿Por qué me habría mandado esa bibliografía?. Volví a mirar y seguí sin entender nada. Leí los títulos por si eran significativos, pero nada, no veía qué podía encontrar detrás de obras como *Castilla, señores y campesinos en la Italia medieval*. Lo miré por delante, por detrás... Nada.

Estaba segura de que tenía que tener algún mensaje oculto, así que seguí dándole vueltas a ver qué podía ser. Nada. No estaba inspirada. Quizá simplemente me tenía que fijar en el detalle de entregarme un... ¿papel? No, qué va, Arturo hilaba más fino.

Me puse el pijama, me hice una infusión y volví a intentarlo. ¿Serían los autores? Me fijé en ellos, pero tampoco me decían nada. Estuve un rato mirando aquella hoja sin intentar ver más allá hasta que de pronto lo vi. Estaba ahí, tan claro... Me empezaron a temblar las manos, el corazón me iba a mil.

Respiré lo más hondo que pude, cogí un boli y subrayé las letras bajo las que se encontraba el mensaje.

Toubert, Pierre (1990). *Castilla, señores y campesinos en la Italia medieval*. Barcelona: Crítica.

Echevarría Arsuaga, Ana (2004). *La minoría islámica de los reinos cristianos medievales: moros, sarracenos, mudéjares*. Málaga: Sarria.

Esteban Recio, A. (1985). *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos*. Editorial: Universidad de Valladolid.

Collins, R. (1996). *España en la alta edad media: 400 – 1000*. Barcelona: Crítica.

Huizinga, Johan. (2001). *El otoño de la edad media*. Barcelona: Alianza Editorial.

Orlandis, J. (1976). *La iglesia en España visigótica y medieval*. Navarra: Eunsa. Ediciones Universidad de Navarra.

Duby, Georges. (1998). *Damas del siglo XII: Eloísa, Leonor, Iseo y algunas otras*. Barcelona: Alianza Editorial.

Eslava Galán, Juan. (2004). *Los templarios y otros enigmas medievales*. Barcelona: Planeta -De Agostini.

Montanelli, Indro y Gervasio, Roberto. (1966). *Historia de la edad media*. Barcelona: Plaza & Janés.

Echevarría Arsagua, Ana Y Rodríguez García, José Ramón (2013). *Atlas histórico de la edad media*. Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces. UNED.

Navarro Durán, Rosa. (1994). *La edad media: historia de la literatura española*. Barcelona: Editorial Ariel.

O'Callaghan, J. (1989). *Las Cortes de Castilla y León 1188-1350*. Valladolid: Ambito Ediciones.

Saitta, Armando. (1996). *Guía crítica de la historia medieval*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Te echo de menos ...

Era increíble, ese hombre era increíble. Salí corriendo por toda la casa, saltando por el sofá, la cama. Quería llamarle, hablar con él, abrazarle... Quería volver a aquella casa en la montaña, volver a nuestra realidad...

Elisa... ¿tú no estabas enferma?

XXX

Aquella noche no dormí demasiado. Volví a pensar en él, a recordar nuestros días juntos, aquella primera vez que me llamó para que subiera a su despacho, aquellas miradas fugaces, aquella sonrisa... Después de pasar media noche en vela en íntimo reencuentro con nuestros recuerdos, caí rendida. El sueño pudo conmigo y conseguí descansar algo más de un par de horas antes de que sonara el despertador. Me levanté despacio, sin demasiadas ganas. Había quedado con el grupo de Patrimonio para avanzar en el trabajo y eso fue lo que me hizo no doblegarme de nuevo a la tentación de tirarme en la cama.

Me duché y no pude evitar pensar en aquella ducha inmensa de Arturo y en aquel momento inolvidable. Pensé en él mirándome excitado mientras yo disfrutaba de aquellas gotas de agua y de sus manos tocando mi cuerpo. ¿Se acordaría él también de aquellos momentos? En la facultad me parecía tan inaccesible que a veces dudaba que fuera la misma persona con la que estuve en Cardaño.

Al final tuve que apurar. Con tanta ensoñación iba a llegar tarde y eso era algo que no soportaba. Cogí la carpeta, los apuntes y me fui directa a la facultad. No iba a llegar a tiempo para coger el bus, así que no me quedó otra que coger el coche.

Era algo que evitaba a toda costa. Valladolid, en hora punta y en pleno centro, era una mezcla demasiado explosiva para los nervios de cualquiera, pero tenía que intentarlo. Como imaginaba, fue bastante caótica la salida del centro, pero al final conseguí hacerme un hueco en el carril con menos tráfico... Pero cuando ya creía que mi *via crucis* en los atascos había acabado, los semáforos se aliaron de nuevo contra mí para ponerse en rojo. Resoplé y me armé de paciencia.

Que tú y yo, que tú y yo estamos hechos para estar los dos.

Baby, no, baby no,

Me rehúso a darte el último beso

así que guárdalo.."

Aquella canción sonaba con fuerza fuera de mi coche. Me dio un vuelco el corazón, miré hacia un lado y le vi en su coche, al lado del mío, con la ventanilla bajada, la música a tope y cantando. Cantándome...

Y el semáforo me hizo la puñeta de ponerse en verde. De los nervios que tenía no atinaba a dar al botón para bajar la ventanilla, para poder gritarle que le quería. Puso el intermitente y, en un giro suicida, se puso detrás de mí. Me miraba desde su coche desplegando cada uno de sus encantos. Volvió a poner el intermitente, me hizo luces y giró hacia la derecha. No iba a la facultad. Desde aquel momento, el coche no era el que me llevaba, era la nube blanca de algodón que aparecía cada vez que estaba cerca de Arturo. Purpurina, purpurina...

Llegué a la facultad con el tiempo justo, pero el suficiente para no ser la última, aún quedaba gente del grupo por llegar, entre ellos Pedro. Estuvimos toda la mañana rematando un trabajo que nos llevó mucho tiempo y esfuerzo. Estábamos muy orgullosos de lo que habíamos hecho. Éramos un grupo muy dispar, pero nos habíamos entendido a las mil maravillas y las aportaciones de cada uno hicieron un trabajo final cargado de iniciativas a tener en cuenta por cualquiera que entendiera del tema. Nos atrevimos a "aconsejar y valorar" cómo estaban las cosas en cuestión de Patrimonio en ese momento y a ensalzar las virtudes de aquel castillo para poder ser mostrado al público. Un atrevimiento propio de estudiantes entusiasmados y llenos de poca visión de la realidad. O eso nos pareció.

Para celebrar el final de aquel proyecto fuimos todos a la cafetería. Allí estaba Arturo, hablando con sus colegas relajadamente. Nada más entrar, como pasaba siempre, me vio a primer golpe de vista. Nos acercamos hasta donde estaba, ya que era el único hueco un poco decente donde acoplarnos cinco personas. En cuanto estuvimos a una distancia adecuada nos saludó a todos. Le respondimos muy cordialmente también. Estaba tan guapo... Seguía cayendo purpurina.

—¡Ah! Srta Rivas ¿qué tal se encuentra? Me comentó ayer su amigo Pedro —y le dedicó una sonrisa un tanto retardora— que se encontraba algo indispuesta. ¿Está ya mejor?

—¡Oh! Sí, gracias. Debió de ser un virus... —Era nuestra primera conversación a vista de todos, hum... qué interesante...

—Vaya, me alegro de verla mejor. Y dígame, ¿le hicieron llegar la bibliografía que me pidió?. No sabía cuánto tiempo iba a estar sin venir y, por si la necesitaba, se la entregué a su compañera. —Y le volvió a dedicar a

Pedro una mirada con retintín.

—Sí, sí, gracias. Sí me la entregó.

—¿Y? ¿Le sirvió? ¿Le resolví alguna duda?

Me hizo gracia que fuera tan descarado delante de todos. A pesar de que nadie sabía de lo que estaba hablando, el tener aquella conversación delante de todos me hizo sentir un deseo irrefrenable de besarle. Su mirada pícaro y su media sonrisa hacían el mismo efecto en mí que sus manos en mi piel. Sonreí.

—Sí, la verdad es que era precisamente lo que necesitaba. Encontré en esos autores respuesta a muchas de mis preguntas. Le agradezco el trabajo que le debió suponer.

—No se preocupe, siempre es un placer ayudar a alumnos interesados por el medievo.

Me dedicó una sonrisa que me trasladó de inmediato a ese medio puente "romano" de Velilla, que en realidad era medieval. Sabía que era exactamente allí donde me quería llevar con aquella sonrisa, yo... le respondí con otra.

Cómo le quería... Sabía crear momentos íntimos, detener el mundo entre nosotros dos mientras el resto seguía girando. Sabía crear silencios cargados de ruidos... Sabía decir te quiero cantándome una canción...

Estuvimos un rato más a su lado, cerca de él. Me impresionaba la habilidad que tenía para quedarse siempre cerca de mí sin que los demás lo notaran. De la forma más imperceptible, conseguía encontrar el hueco para estar a menos de un metro de distancia de mí. Varias veces forzó un movimiento para dejar pasar a alguien a la barra y disimuladamente chocar conmigo y rozarme la mano. Le empezaba a conocer y sabía que me estaba provocando. Ayudaba también el hecho de que finalizara aquellos roces intencionados con una media sonrisa más que provocadora.

En un despiste, Pedro me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta de la cafetería dónde había un tablón de anuncios.

—Mira...

Compañía Nacional de Danza

ROMEO Y JULIETA

Venta a partir del 3 de abril.

—En cuanto lo vi me acordé de ti. Sé que tenías muchas ganas de ver algo así..

—¡Oh qué bien!, pues tengo que hacer un hueco para ir, sí o sí, el año pasado me quedé con ganas de ver un *ballet* y de este año no pasa. Se lo diré a Úrsula que seguro está encantada de venir.

Pedro quiso decirme algo pero justo en ese momento Arturo y el grupo de profesores pasaron por nuestro lado. Le dio un par de palmaditas en la espalda a Pedro que acompañó con una sonrisa. Pedro le devolvió la sonrisa descaradamente forzada.

—¿Tú lo ves? ¡Me provoca!

—Hombre, yo creo que fue un gesto de compadreo.

—Pues yo creo que fue un gesto de "no tienes nada que hacer, chaval"

—¿Qué?

—Nada, nada... Que yo había pensado lo del *ballet* para que fueras conmigo, no con Úrsula...

—¿Qué Pedro? ¿Qué dices?

—Nada, nada...

—Venga va... vente que te invito a comer a casa, Pedro.

—No, paso de comer otra vez ensalada... —No entendí por qué me contestó tan cortante pero no quise darle importancia.

—Anda, vente y me cuentas qué tal ayer con las dos horquillas de tu amiga Vero...

No fue muy difícil convencerle. Pasamos un rato muy agradable. Yo me moría de la risa cuando me contaba sus batallitas con esa chica; eran exageraciones muy evidentes pero a mí me daba igual. Era un auténtico espectáculo verle representar cualquier historia de las suyas. Me le imaginé como monologuista, no se le daría mal, la verdad. Era tan gracioso escucharle hablar. Muy pocas veces le vi comentar algo en serio. Casi siempre encontraba humor en cualquier tipo de conversación. Era un chico genial y muy guapo, ¿he dicho alguna vez que Pedro era muy guapo?

Al final, después de comer y a pesar de que no paraba de hablar, nos quedamos dormidos en el sofá. Cuando nos despertamos, ya era tarde... para variar. Y cuando digo tarde, digo que no llegamos a la primera hora de clase. ¡Otra clase perdida! ¿Cuántas llevaba ese mes?

No me gustaba faltar, al final perdía más tiempo en recuperar esas horas y ponerme al día que otra cosa. Tenía que empezar a establecer una rutina. En poco más de dos meses iban a empezar los exámenes de nuevo y tenía que llevar todo mejor preparado. No quería que me volviera a pasar lo que me pasó con la asignatura de Arturo.

Nos adcentamos un poco y pusimos rumbo a la facultad. Esta vez fuimos andando, la primera clase ya había empezado y no podíamos hacer nada para llegar. Teníamos tiempo suficiente hasta la siguiente hora para ir relajados, y

con el sol que ya empezaba a templar el ambiente, era un plan perfecto.

Como era habitual en Pedro, iba gesticulando todo el rato, me cogía por los hombros, me empujaba, me intentaba tirar la carpeta... Era como ir con un niño pequeño. A ratos me hacía correr detrás de él hasta que no podía más. Entonces venía y me daba un achuchón. A veces era demasiado intenso...

Cuando vi la facultad a lo lejos, di gracias al cielo de que acabara ese suplicio. Grité una y otra vez dando las gracias de haber llegado para burlarme de él, hasta que Pedro se cansó y me intentó tapan la boca con sus manos. Me cogió por la espalda y me tiró hacia atrás buscando mi boca para tapármela mientras yo, muerta de la risa, movía la cabeza de un lado a otro. En uno de esos movimientos vi a Arturo que acababa de llegar con el coche, iba con Inma ¡otra vez!. Hablaba con él de forma animada. Él, como siempre, me vio a la primera. Me miraba serio y no parecía hacerle mucho caso a Inma. Salieron del coche y cerró la puerta de un portazo, con gesto más que serio, se dirigió a la entrada casi olvidándose de que iba acompañado. Respiré hondo. No sabía muy bien que pensar. ¿Por qué iban juntos en el coche? ¿Por qué no parecía importarle que les vieran? Empecé a sospechar lo que estaba pasando, pero no podía ser verdad... Volví a respirar y fingí no haber visto nada. Quería engañarme a mí misma... Intenté seguir como si nada, también para que Pedro no me bombardeara con preguntas interminables. Una vez dentro de la facultad y viéndonos llegar con tanta tontería en el cuerpo, todos nos preguntaron de dónde veníamos.

—¿Una siesta? Ahora lo llaman siesta... —dijo Raúl en tono irónico.

El resto le rio la gracia, incluido Pedro, cómo no. Nunca pude comprender por qué los hombres le buscan el lado sexual a todo lo que sucede en el mundo.

Cuando acabaron las clases, encontré una excusa para desligarme un rato del grupo y subir al despacho de Arturo. Le daba vueltas a la escena del coche, pero no quise profundizar más. Confiaba en él... Confiaba en él...

Cada vez llevaba peor el tener que ser yo siempre la que iba a buscarle. Él solo se limitaba a esperar, como si le diera igual que fuera o que no. Si iba, bien y si no, pues se iba para casa y listo. Sin más. No parecía incomodarle el no poder hablar en todo un día.

Llamé a su puerta.

—¿Sí?

—¿Tiene un minuto? —Pregunté asomando medio cuerpo por la puerta.

Le saludé con una sonrisa de oreja a oreja pero me sorprendió no

encontrarme con la misma respuesta .Se acercó a mí, pasó de largo y fue directo a cerrar la puerta... con llave.

—Ya es tarde, no creo que venga nadie más —dijo serio.

No le vi intención de besarme, ni tocarme, ni casi hablarme... Así que me quedé plantada en el mismo sitio en el que me había quedado cuando entré. Se fue hasta la ventana, se apoyó en el marco y miró al horizonte (bueno... al horizonte... al patio interior al que daba, más bien). No sé por qué recordé la ventana de su habitación y la historia que había detrás. Por fin se dignó a hablar.

—Qué tienes con ese chico, ¿Elisa?. No fuisteis a clase. ¿De dónde veníais?

Seguía serio.

—De mi casa —Titubeé un poco, sabía que aquello no iba a sonar muy bien.

—¿De tu casa? No vais a clase y me dices que es porque estabais en ¿tu casa? —¡Estaba enfadado! *Oh my god.*

—Le invité a comer, estábamos cansados de toda la mañana y al final nos quedamos dormidos, se nos fue la ho...

—¿Qué? —Se giró de forma precipitada hacia mí—. ¿Me estás diciendo que estabais en la cama y os quedasteis dormidos?

—No, no, no... en la cama no... —Aclaré rápidamente

—Me da igual la cama, una silla, el sofá, el suelo... ¡Bien sabes tú que cualquier sitio es bueno para follar!

Aquellas palabras me dejaron sin respiración por un instante. ¿Perdona? Estaba desconocido, me ofendí profundamente. Me parecía imposible que aquello hubiera podido salir de su boca. Sin articular palabra me di media vuelta para marcharme, pero en seguida caí en que la puerta estaba cerrada con llave. Me giré para indicarle que quería salir haciendo un gesto serio con la cabeza. Y ahí estaba, detrás de mí.

—Perdóname, perdóname —me dijo en un tono totalmente sumiso—. Llevo dos días sin verte, sin saber de ti. Y él ... puede estar contigo siempre que quiera. Puede estar en tu casa, comiendo contigo, rozándote, hablándote, mirándote... Me estaba volviendo loco, loco sin saber de ti. Saber que él puede hacer todo lo que y yo no puedo...

Quise recriminarle que yo también le había visto a él con Inma, pero preferí tranquilizarle primero...

—No sé cómo hacerte entender que somos amigos, muy buenos amigos...

Pero por favor...

—Lo siento. No debí decir eso... No son celos, de verdad, es desesperación. Sé que le gustas y va hacer todo lo que esté en su mano para conquistarte... Y él tiene herramientas para poder hacerlo... yo... solo puedo mandarte mensajes a través de una bibliografía... ¡Por Dios, es absurdo!

Yo permanecía callada, me estaba dejando de piedra el saber todo lo que él llevaba dentro también, a pesar de verle siempre tan seguro, tan distante. Se sentó en la silla y apoyó sus brazos en la mesa mientras escondía su cabeza.

—No tienes por qué preocuparte por eso... Pedro —y le sonreí— jamás podría conquistarme.

Levantó la cabeza y arqueó una ceja.

—Dime, ¿cuánto tiempo vas a aguantar así, viéndonos a escondidas, sin poder hacer nada juntos? —me preguntó algo asustado por escuchar mi respuesta..

—Bueno, cada vez queda menos para acabar el curso —le dije intentando dar algún tipo de esperanza.

—El curso... —y sonrió con sorna...

—Bueno, el próximo año ya no serás mi profesor. —Intenté explicarme mejor.

—El próximo año yo seré tu profesor de Tendencias Historiográficas , Sociedad Medieval y Archivística, si todo sigue como hasta ahora y no hay ningún cambio. ¡Es una locura!

—¡Caray! Tienes el monopolio de la carrera. —Intenté bromear—. Pero cómo es posible que tengas tantas asignaturas...

Venga va, para ser sincera me entusiasmaba la idea de volver a estar con él en clase.

—Han sido cambios de última hora... de ahí que vieras a la vicerrectora aquel día.—Se frotaba la cara como sobrepasado con lo que tenía y con lo que le venía por delante.

—Me da igual Arturo. Para entonces, ya habrá pasado el verano, habremos pasado más tiempo juntos y tú habrás cambiado. Te sentirás más libre y con menos ataduras mentales de esas que tienes, estarás más seguro y... ¡Me llamarás por teléfono! Podrás hablar conmigo cada vez que quieras y preguntarme todas las dudas que tengas y...

—Calla anda, que te pareces al amigo tuyo ese que tienes. —Le había cambiado el humor, ya volvía a bromear—. Perdóname, de verdad. No sé cómo me he podido poner así contigo. Ven. —Me pidió que me sentara en sus

piernas. Me senté. Apoyó su cabeza en la mía y me metió su mano por debajo del jersey. Acariciaba mi espalda. Me abrazó. Empezó a besarme por el cuello hasta llegar a la boca. Nos fundimos en un beso cálido. Apoyé mi cabeza en su hombro y así nos quedamos un rato, acariciándonos la piel, sin decir nada.

—Se hace tarde, tenemos que irnos —dijo como siempre fastidiándome el momento.

—Nooo

Sonrió.

—No sé cómo hacer, Elisa... No encuentro la manera de... tener paz. Quiero estar contigo, pero todo esto es tan difícil... —Se volvió a excusar.

Le miré seria, en silencio y con un gesto que entendió a la primera. Quería hacerle entender que seguramente todo sería más fácil de lo que imaginaba, si...

—Oh no, por favor, Elisa, no me mires así... Sé lo que estás pensando. Y no. No se solucionaría nada con unas cuantas llamadas de teléfono

—Quizá no se solucionaría, pero ayudaría bastante. Tendríamos menos dudas, las podríamos resolver sin dejar pasar un día entero con nuestras suposiciones. ¡Es que no entiendo ese miedo por llamar a una alumna...! Con Inma hablas... —"hala, ya está, lo solté".

—Elisa, no es lo mismo... Tengo miedo, miedo de perder mi reputación como profesor, de las críticas, los juicios... Tiraría por tierra años de trabajo. No puedes entenderlo... ¿Tú crees que si empezaran los rumores, todo seguiría igual? Pues no, Elisa, no. Nada sería igual. El mundo en el que yo me muevo es un mundo añejo, obsoleto... Perdería muchos apoyos... Seguramente perdería el respeto de mis compañeros, por no hablar del alumnado. Estaría en boca de todos... Arturo Losada liándose con alumnas... —Se echó las manos a la cabeza—. Dame tiempo...

—Entiendo lo que me dices, pero no te estás liando con alumnas ¿no?, estás solo conmigo. A eso se llama relación, todo el mundo tiene relaciones...qué más da que sea alumna o vecina... además no te pido que lo grites a los cuatro vientos, solo que cojas el teléfono y me llames... Que contestes a mis mensajes... ¡Ese miedo que tienes es... es absurdo! ¿Quién va a cogerte el móvil...o quien me lo va a mirar a mí...? Es una tont...

—Yo te lo vi... —me interrumpió—, vi cuando te mandó el mensaje Pedro. Ya hemos hablado de esto, Elisa —me dijo serio intentando zanjar el tema.

Me di por vencida. Cogí mis cosas resoplando y me dispuse a salir.

—No te vayas enfadada...

Me giré para despedirme y me choqué contra su pecho. Me maravillaba la agilidad que tenía para moverse sin hacer ruido.

—¿Y cuándo se supone que le voy a volver a ver, profesor Losada? — pregunté desganada.

—Mañana en clase, srta Rivas... —me contestó con gracia... — ¿O piensa saltársela con su amigo Pedro, como hace habitualmente? Le tendré que poner falta...

La picardía con la que me hablaba hizo que olvidara lo indignada que estaba. Le di un beso corto y me fui.

De vuelta a casa estuve pensando en lo que me había dicho. Le imaginé sin miedos, mostrando nuestra relación, libres. Me imaginé entrando en su despacho con la vicerrectora delante y saludarle como si nada, ir a su despacho sin estar pendiente de que nos pudieran molestar, nos imaginé en la cafetería juntos o con sus colegas... Humm.. Algo chirriaba. Me pareció ridículo, ¿qué iba a hacer yo rodeada de tanto... erudito? La piezas no encajaban. Yo quería estar con Arturo. El hombre que cantaba, que subía montañas como si nada, el hombre con un pecho perfecto que abría ventanas en su tejado para poder acercarse a sus padres... Yo quería estar con Arturo, Arturo Losada... el hombre que abrió a quemarropa mi corazón. Le necesitaba a mi lado.

Abrí la puerta de casa y la encontré tan vacía como mi alma cuando no estaba con él. ¿Sentiría él la misma sensación al llegar a su casa? Su casa... Nunca me había cuestionado donde vivía... ¿Dónde estaría? Quizá si no estuviera tan en el centro como la mía, podríamos vernos allí. En mi casa sería prácticamente imposible, la verdad es que siempre me encontraba a algún compañero de camino a la facultad o paseando por allí... ¡Sería un suicidio para él! Me lo imaginé subiendo a casa escondiéndose para que nadie le viera y me dio la risa... Resoplé... Tendría que darle tiempo al tiempo como me pidió tantas veces...

XXXI

Al día siguiente me preparé un café bien cargado, cogí la mochila, me puse los cascos y me fui andando a la facultad. Cada vez se presentía más la llegada de la primavera y, a pesar de que a primera hora de la mañana hacía frío, a estas alturas del año ya me empezaba a gustar ir andando. Me encontré a Úrsula en su parada esperando el bus y la animé para ir conmigo. A pesar de su reticencia inicial, al final acabó accediendo.

—¿Qué tal lo llevas todo? —me preguntó.

—Bueno, más o menos... A estas alturas ya debería llevarlo mejor, pero con tanta pérdida de clase, ando un poco retrasada. Por eso a partir de ahora ya empieza mi reclutamiento en la biblioteca.

—Yo ando igual. Por eso quería llegar pronto a la facultad, para empezar cuanto antes. Por cierto, enhorabuena por el trabajo de Patrimonio. Ayer Clara os felicitó en clase. Estuvo comentándolo y todos nos quedamos alucinados. Lo habéis hecho genial.

—¡Oh mierda! ¡Nos lo perdimos! —dije llevándome las manos a la cabeza—. Muchas gracias Úrsula, lo cierto es que nos costó mucho esfuerzo hacerlo, pero nos comprometimos todos y formamos un grupo muy homogéneo. Trabajamos la mar de bien juntos.

Al llegar a la biblioteca vimos que ya estaba Pedro reservándonos un sitio. Siempre nos poníamos en la misma mesa si estaba libre. Son manías de estudiante, parece que te concentras mejor si siempre tienes el mismo ángulo de visión. El mío daba al pasillo por el que supuestamente me miraba Arturo sin que yo me diera cuenta. Sonreí al recordarle.

La mañana fue muy productiva. Cogimos bastante bien el hilo de las asignaturas poniéndonos al día de aquellas en las que estábamos más perdidos. Después de varias horas estudiando, comimos algo rápido y volvimos a subir a la biblioteca. No me había dado cuenta de que no había visto pasar a Arturo en ningún momento ni en la cafetería ni en los pasillos ni en el ascensor... Había estado tan concentrada pasando apuntes y repasando

aquellas asignaturas que llevaba peor que no paré ni un solo segundo para pensar en Arturo. Poco a poco fue pasando el tiempo hasta que llegó la hora de su clase. Se me empezaron a poner las manos frías. No sé por qué me pasaba eso, pero siempre que se acercaba el momento de verle, mis manos se congelaban, era algo sintomático. Nos fuimos a clase y allí estaban Raúl y Sonia hablando con Inma. Nos quedamos bastante sorprendidos y aceleramos el paso para poder enterarnos bien de lo que pasaba.

—Vale, pues ya se lo digo yo a Arturo para que nos ponga juntos. — Alcanzamos a escuchar mientras se metía en clase.

—¿Pero qué pasa aquí? —preguntó Pedro pudiéndole la curiosidad.

—Nada, que ha venido Inma y nos ha dicho que hoy Losada va a venir con una bibliografía para que elijamos un libro para hacer un trabajo en grupos. Se ofreció a hacerlo con nosotros y...

—Y... —interrumpió Raúl a Sonia— inmediatamente yo le dije que sí, porque Inma tiene enchufe con Losada y esa tontería que se traen los dos nos puede ayudar para la nota...

—Tú siempre tan altruista Raúl. —Le saltó Úrsula.

¿Qué era eso de que tenían tontería los dos? ¿Se me había pasado algo por alto? ¿Y por qué narices sabía ella lo que iba a hacer ese día Arturo? Se me pasó todo en cuanto le vi llegar. Con esa seguridad, esa mirada y esa sonrisa que parecía estar insinuando las ganas que tenía de mí. Las mismas que tenía yo de él.

—Hola... —nos dijo mientras nos invitaba a entrar en clase.

Como siempre esperé a entrar la última, para hacerlo delante de él y su sonrisa aún fue más visible y descarada. Noté su mano en el bolsillo trasero del pantalón según entrábamos en clase. Me sobresalté, porque me pareció un gesto muy arriesgado viniendo de él. Me toqué el bolsillo y noté una nota doblada. Me dio un vuelco el corazón. Estaba deseando leerla, pero me contuve hasta que acabó la clase.

Efectivamente, como había dicho Inma, ese día poco antes de acabar la clase nos entregó una bibliografía de la que teníamos que elegir un libro y hacer un trabajo en grupo. Hubo alumnos que se quejaron.

—Vamos a ver, yo entiendo que se van acercando los exámenes, pero la universidad es así. Tendrán que aprender a trabajar con varios frentes abiertos. Los grupos los dejo a su elección, de tres o cuatro personas, y a lo largo de la semana me van dando los nombres. Cuanto antes los hagan, antes podrán empezar. Tienen tiempo para entregar el trabajo hasta el día del

examen y aplíquense porque entra en la nota final. Les dejo bastante margen de tiempo, así que no se quejen. Luego voy a ser yo el que esté apurado corrigiendo exámenes y revisando los trabajos. ¿Ven? cada uno tiene lo suyo —nos dijo intentando aplacar los nervios de muchos—. Nada más, en cuanto tengan los grupos suban a mi despacho a darme los nombres... Buen fin de semana. Nos vemos el lunes.

Era la primera vez que estaba deseando que acabara su clase. Según se marchó me fui como una bala a los baños. Me encerré en uno e intenté no romper la nota con los nervios que llevaba. Abrí el papel y ahí estaba su letra perfectamente trazada, como todo lo que hacía: "*Y cómo olvidar tu piel... cómo olvidarte mujer...*". Respiré profundo. Necesité un momento para recuperar los latidos de mi corazón. Lo que hacía ese hombre era increíble, cómo podía ilusionarme con cada gesto que hacía... Salí del baño e intenté disimular mi sonrisa, era misión imposible. Me dirigí de nuevo a clase en una especie de nube de ensueño.

Cuando terminaron las clases, a pesar de estar bastante cansada, decidí quedarme un rato más en la biblioteca pero ninguno quiso acompañarme.

—Como queráis. Luego subo a ver si está Losada en el despacho y le digo nuestro grupo y el libro que cogemos. —Era la primera vez que no tenía que inventar una excusa.

—Vale, nos vemos.

—A lo mejor mañana quieres ir a andar —me preguntó Úrsula.

No supe qué contestarle, estaba esperando a ver que me deparaba el destino, quizá Arturo había pensado algo...

—No sé si podré... A lo mejor voy a la bodega a echar una mano...

—¡Venga ya!... —me sobresaltó la indignación con la que Pedro dijo aquello.—Inventa algo mejor.— Acabó diciendo como para sí mismo.

—Con lo que sea, te llamo —dije ignorando su comentario—. Y adiós Pedro, a ver si tu amiga te calma un poquito los nervios este fin de semana, guapo.

No tardé ni cinco minutos en salir de la biblioteca. Subí directa a su despacho. Estaba ocupado. Había un grupo esperando y otra chica que llegó detrás de mí. Inventé una excusa y le cedí mi turno. ¡Madre mía! Aquello parecía la cola de la pescadería. Me agobié un poco. Hoy no podríamos estar tranquilos. Por fin mi turno. Llamé a la puerta y la abrí sin esperar a que contestara, sabía que no había nadie dentro.

—Hola Losada, vengo a darle el nombre de los del grupo y el libro...

—No me diga más, srta Rivas, su compañero y amigo Pedro Salvador será el primero de la lista — dijo acercándose a mí y enredando sus manos en mi pelo. Bajó sus manos hasta mi trasero y me apretó hacia él.

—Debí haber hecho los grupos sin preguntar —dijo medio en broma, medio en serio, mientras seguía apretándome y besándome el cuello.

—No tenemos mucho tiempo, hay gente esperando...

—Que esperen... —dijo mientras metía su mano dentro de mi pantalón.

—¿Cuándo vamos a volver a vernos?

Sacó la mano de mi trasero dándose cuenta de que aquello no podía llegar a más. Se apoyó en la mesa, de forma mucho más que seductora. No sabía si iba a poder aguantarme.

—Este fin de semana está complicado. Mi hermana vuelve a Holanda el domingo por la tarde y pasaremos el fin de semana juntos.

Notó mi cara de desilusión. Estiró los brazos pidiéndome que le cogiera las manos. En ese momento llamaron a la puerta. Cerró los ojos con cara de resignación.

—Dos minutos, en seguida acabo... —gritó sin inmutarse demasiado—. Lo siento...

—No te preocupes... Aunque sería más fácil si pudiera comunicarme contigo...

—Elisa...

—Vale, vale...

Cogí mis cosas y me marché.

Cuando abrí la puerta ahí estaba apoyada en la pared, esperando su turno, la compañera que había llamado antes. La saludé sin demasiado entusiasmo. Antes de doblar la esquina oí que me llamaban desde su despacho.

—¡Srta Rivas! Se deja el boli...

"¿El boli?, ¿qué boli?", pensé. Me giré y le vi en la puerta de su despacho con la mano en alto mostrándome un boli. Me acerqué y me lo entregó. Al dármele sus manos se enredaron en las mías y su mirada me erizó el bello. ¿Cómo iba a poder pasar todo un fin de semana sin la piel de aquel hombre? Cuando se metió en su despacho me fijé en el bolígrafo. Era de lo más vulgar, un bolígrafo de propaganda que ponía: *Teatro Calderón*. Lo examiné intentando ver algo más allá, pero esta vez sí que no encontré mucho sentido al asunto. Lo guardé y me fui para casa.

Me resigné a pasar el fin de semana sola. Me parecía que hacía un siglo de aquel encuentro en su casa. Recordé cada instante de nuevo intentando

revivir aquellos momentos. Pensé en el boli y volví a cogerlo de nuevo. Qué más da que no me dijera nada, era suyo y eso me bastaba.

A la mañana siguiente quedé con Úrsula para ir a andar. Me enfundé unos *leggings*, una sudadera ancha, las deportivas y me fui a buscarla. Dimos un paseo bastante grande y a un ritmo al que ya casi no estaba acostumbrada. A la vuelta y ya cuando la había dejado en su casa, fui a comprar al mercado que había en el barrio. Al final, y como me pasaba siempre, las dos cosas que tenía en mente se convirtieron en docenas y me costó un triunfo llegar hasta el portal. Llegué como humanamente pude, y tras pelearme con el mundo para poder sacar las llaves de aquel bolsillo roto que nunca tenía tiempo a coser, decidí dejar las bolsas en el suelo y sacar las llaves de aquel odioso agujero.

—Hombre, Srta Rivas...

Pumpumpumpum... No me lo podía creer, el corazón se me aceleró al instante. Me giré sorprendida al oír la voz de Arturo. Cuando le vi detrás de mí, tuve el impulso inconsciente de atusarme un poco el pelo. Él se dio cuenta y me sonrió.

—Hola!... profesor Losada. —Tuve que decir al verle acompañado de alguien, aunque no me fijé muy bien en quién tenía a su lado. El llamarle profesor con esa cara de crío que tenía cuando se quitaba la americana, se me hizo un poco raro. No pude fingir mi cara de sorpresa—. ¿Usted por aquí?

—Le presento a mi hermana Claudia. —Hice un gesto de saludo—. Estábamos dando un paseo por el centro. —Me sonrió de manera que pude entender que aquel paseo fue intencionado—. La vi desde lejos cargada y me acerqué a ayudarla, parecía tener dificultades para llegar al portal. —Y se rio.

Miró a lo alto del edificio como haciendo una radiografía.

—Ah, gracias... Si es que no se puede hacer la compra con hambre... — dije mirando a su hermana intentando parecer simpática. "Vaya... qué guapa es". Claudia permanecía en silencio haciendo carantoñas a su hijo, aunque respondió a aquel comentario con una sonrisa. Al verla así con el niño, pensé en que quizá eso era lo único bueno de tener hijos, que te servían de comodín para determinadas situaciones. Aquella era una de ellas.

—¿Es su sobrino? —pregunté temiendo aparentar ser demasiado indiscreta delante de su hermana.

—Sí, se llama Hugo y es un cielo de niño...

—Tiene un hijo muy bonito —le dije a Claudia sinceramente."¿Se dice así o eso se le dice a los perros?¿o era a las plantas?"

—Gracias —me respondió sonriendo.

—Bueno, vamos a seguir con el paseo que al final se nos va a hacer tarde —dijo Arturo al ver que su sobrino empezaba a impacientarse.

"No, por favor. Quédate un poco más".

—Yo voy a ver si como algo y me pongo a leer el libro del trabajo... — dije disimulando mis ganas de seguir allí.

—Hace bien. Tienen que aprender a organizar el tiempo. Ya se lo dije ayer en clase, la vida en la universidad es complicada. La organización es clave si quieren salvar el curso.

Parecía que él tampoco quería marcharse. Sonreí como una boba y creo que Claudia me lo notó. Le miró queriendo poner fin a aquella conversación. El niño se estaba agobiando de estar allí parado y ella, con cara de circunstancia, daba meneitos al carro para intentar tranquilizarle.

—Bueno, lo dicho. Nos vemos en clase. Pase un buen fin de semana.

—No creo que sea muy bueno, pero espero al menos que sea productivo —y le hice un pequeño guiño aprovechando que su hermana estaba sacando al bebé del carrito. Él me lo devolvió con aquella sonrisa...

Efectivamente, aquel fin de semana no fue muy divertido pero avancé mucho en el estudio. Me sentía realmente inspirada y cualquier dato o acontecimiento que memorizaba, se agarraba en mi cabeza cual lapa en la roca. Me sentía capaz de poder con todo.

El sábado lo aproveché para leer el libro del trabajo y el domingo para pasear de nuevo con Úrsula por la mañana y seguir con aquellas asignaturas que tenía más olvidadas por la tarde. En eso estaba cuando me llamó Pedro al telefonillo de casa. No tenía ninguna gana de salir. Estaba cansada del paseo que dimos por la mañana y, en ese momento, a pesar de la tarde tan buena que había quedado, no quería salir más. Estaba despeinada con mi típico moño de estudiar anudado con un lápiz y una camisola de manga larga. No me di cuenta de que podía parecer algo parecido a *sexy* hasta que Pedro lo insinuó.

—Chica, como recibas así al repartidor, algún día vas a tener un problema... —dijo Pedro mirándome las piernas según abrí la puerta...—. Tienes unas piernas demasiado largas y bonitas... Claro que si solo se fijan en tu cara... con esos pelos... Estás salvada.

Y me quitó el lápiz que me sujetaba el moño haciendo que mi pelo cayera todo lo largo que era sobre mis hombros. Me miró de una forma un tanto extraña que no supe muy bien cómo interpretar. Se quedó en silencio unos segundos. Yo moví la cabeza preguntándole qué le pasaba.

—Anda, mejor póntelo —Y me devolvió el lápiz.

—No sabía que ibas a venir, si no me hubiera puesto mis mejores galas — le dije burlándome un poco de aquella situación.

Me miró de reojo según se dejaba caer en el sofá y no pude escuchar lo que murmuró. Pasamos lo que quedaba de tarde hablando mientras tomábamos un té. Le insistí en que se pusiera con el libro de Arturo porque yo quería empezar cuanto antes a hacer el trabajo. Con Olivia y Úrsula no había ningún problema porque eran muy responsables y seguramente ese fin de semana también se habrían puesto con él.

—Ay, Eli... ¿tiene que salir siempre ese tipo a relucir?

—¿Pero qué dices Pedro? ¿Quién ha hablado de nadie? Solo te digo que te pongas con el libro. Mira que eres cansino, de verdad —le dije algo enfadada.

Me miró de arriba abajo moviendo la cabeza aunque no supe muy bien porqué lo hizo. "¡Cómo me cabreabas Pedro!"...

—Me voy a marchar. Voy a ver si leo el libro de mi gran amigo Arturo Losada.

XXXII

Cuando llegó el lunes cogí mi mochila, los cascos y me fui a primera hora a la biblioteca. La mañana estaba realmente fría, y a pesar de que en un principio pensaba ir andando, al final acabé por coger el bus en la siguiente parada. No vi a Úrsula así que cogí el libro y seguí leyendo... Empecé a desconcentrarme pensando en Arturo. El fin de semana se me había hecho muy largo y, al fin, estaba a unas horas de poder verle. Le imaginé pensando en mí, echándome de menos. Sonreí.

En la biblioteca tampoco había nadie, me extrañé y miré el reloj creyendo que me había equivocado de hora. No sería la primera vez que me pasaba. Pero no. Todo correcto. Cogí sitio en nuestra mesa y me puse a estudiar. Poco a poco fueron llegando todos menos Pedro, que no lo hizo hasta la crítica hora de entrar en clase. Tampoco vi a Arturo y eso hizo que a medida que se iba acercando la hora de su clase yo me fuera encontrando cada vez peor. Un malestar extraño se me instaló por todo el cuerpo y me hizo presagiar que algo iba a pasar. No tardé en comprobarlo.

Era la hora de su clase, y cinco minutos después, seguía sin aparecer por allí. Nos extrañó a todos, porque por norma general, solía ser bastante puntual. Al rato vino Clara y nos avisó de que ese día Arturo no podía asistir a clase. No nos dio ninguna explicación más.

—No puedo deciros nada más, a mí me acaba de avisar un compañero para que os bajara a decir que no teníais clase. Por cierto, chicos... —Y nos juntó a los que habíamos hecho el trabajo de Patrimonio—. Extraordinario, el trabajo...

En ese momento dejé de escuchar lo que estaba diciendo, para dejarme arrastrar por la voz de Inma que estaba algo más atrás hablando con otros compañeros.

—¡Qué va! Nada, un virus... Ha estado en el médico por la mañana, pero en un par de días recuperado.

"Fue al médico y no le pasa nada..." Mi preocupación por él y mi malestar

por no poder verle se convirtió en una rabia indomable. ¿Por qué narices sabía ella que había estado en el médico?. Sentí que Arturo me estaba ocultando algo. No podía ser que esa mujer siempre tuviera algo que decir, supiera más que los demás y que aún encima, no se dignara siquiera a ocultarlo. Hablaba con total normalidad de su "relación" con él.

Estuve toda la tarde con la mosca detrás de la oreja intentando averiguar qué tipo de relación podrían tener los dos, porque, que se veían fuera de la universidad, estaba claro.

Aquella no fue una de mis mejores noches, algo que empezó a ser habitual en aquella época. Siempre que tenía un período de tranquilidad mental con él, sucedía algo que me mantenía alerta.

Quería desaparecer. Fuera lo que fuera aquello que tenían, desaparecía cuando Arturo estaba conmigo. Quería irme lejos, desaparecer con él. Huir de miradas, horarios, despachos ... Solos él y yo, como aquella vez, cuando le vi apoyado en su coche, esperando por mí...

XXXIII

Cuando regresó de nuevo a las clases, sucedió algo que me hizo desistir de ir a su despacho, de buscarle y dedicarle miradas. No sé muy bien cómo sucedió, ni exactamente qué fue lo que pasó, pero cuando le volví a ver, noté el hielo en su piel, en su rostro y en su mirada. Así, sin más, sin ninguna explicación. Fue tan fría la distancia que mantuvo conmigo que no me atreví a subir a su despacho a hablar con él. Fueron pasando los días y cada vez aquella distancia se hacía más grande y aquel miedo al rechazo si iba a hablar con él, se fue acrecentando hasta llegar a vivir en el más absoluto de los vacíos. Cada día al levantarme pensaba en si ese día me dedicaría alguna mirada, si me diría algo... Pero no pasaba nada. Regresaba a casa con el corazón encogido y sin ninguna explicación.

Pensé tanto en lo que podía haberle pasado para que se comportara así que llegué a creer que me iba a estallar la cabeza. Estuve varios días con unas jaquecas insoportables que no me dejaban descansar. Mi imagen se fue deteriorando, no porque no me maquillara, sino por el cansancio que era imposible disimular. Tan solo cuando algún día, por casualidad, se cruzaban nuestras miradas, podía coger un poco de aire para continuar viviendo. El resto de los días vivía bajo reservas... Me obsesioné con los estudios, eran mi vía de escape. Estudiaba de manera mecánica sin ningún tipo de entusiasmo, pero al menos en ese momento no pensaba en él. Agradecí en muchas ocasiones la capacidad que tenía para evadirme y concentrarme a la hora de estudiar. De no haber sido así, seguramente no hubiera podido continuar la carrera.

Fueron unas semanas duras sin tener el más mínimo contacto con él, sin saber nada, aceptando que había reulado, que ya no quería seguir viéndome... Yo no moví ficha, y el ver que él tampoco quería moverla, me hundió en lo más profundo. Así que sufrí, sufrí sola, en casa, cada noche, en la cama, llorando y cuestionándome todas aquellas cosas que durante el día no me daba permiso a preguntar. ¿Qué sucedió para que de repente aquella magia

se volatilizara... ? Parecía que Arturo, el hombre que había detrás del profesor, hubiera desaparecido. No quedaba rastro de él, salvo alguna pequeña mirada involuntaria que se cruzaba con la mía en clase.

Una de esas noches en las que me ahogaban las preguntas y los porqués, saqué el boli que me dio, la nota que me metió en el bolsillo trasero de mi pantalón y la hoja con la bibliografía que le había entregado a Úrsula, para cerciorarme de que todo aquello había sido real. En un ataque de rabia lo tiré todo al suelo y caí rendida en la cama, sin poder creer que el final de la historia más bonita de mi vida hubiera llegado sin previo aviso. Derrotada y sin más lágrimas conseguí dormir un poco. Eran las diez de la mañana cuando me desperté, me desesperé y me quedé un rato más en la cama. Cogí el móvil y vi un mensaje de Pedro.

WathsApp Pedro:

Estamos en el departamento, la biblioteca imposible.

Me froté la cara con las manos intentando encontrar en aquella fricción un poco de energía para superar con éxito otro día más. Entré en la facultad con la mirada totalmente perdida. De manera programada me dirigí al ascensor ya que apenas me quedaban fuerzas para subir por las escaleras y esperé a que se abriera la puerta.

—Lo siento...

Ni siquiera me giré para mirarle. Estaba a mi lado a un milímetro de mi brazo. Seguí esperando el ascensor sin mover un solo órgano de mi cuerpo, salvo el corazón claro, ese me iba a mil. Noté como hacía un gesto para asegurarse de que no había nadie que pudiera escucharle.

—Lo último que quiero es hacerte sufrir...

"Joder, pues oye, tal cuál..." Yo seguía con la mirada ausente, esperando a que se abriera la puerta del ascensor. Se abrió. Entré, entró. Le fui a dar al botón pero se adelantó. Se inclinó para darle y noté su cuerpo rozando el mío. Sabía hacerme temblar, pero no me moví. "Mmmm su olor..."

—Elisa, mírame por favor...

Yo seguí rígida como una estatua. Ante mi ausencia de movimiento, optó por dar su discurso sin pretender ningún tipo de reacción por mi parte.

—Lo he intentado. He intentado obviarte, he intentado apartarte de mi vida para no hacerte sufrir... Pero soy débil, egoísta... Y te necesito a mi lado. "Egoísta..." Otra vez... Estaba empezando a comprender ese término. Ahora sí, ahora no... Siempre todo bajo sus formas y normas. "Sí, Arturo Losada, eres un egoísta".

Lejos de alegrarme por sus últimas palabras, me encendió una rabia interna, no sé si fruto de los nervios o de la emoción de volver a estar a su lado rendida de nuevo a sus pies. Se abrió la puerta. Nos dirigimos juntos al departamento. Abrió la puerta y me cedió el paso. Entré, saludé a los compañeros que había allí y me senté a estudiar. Así, nada más. No rebobiné para volver a escuchar sus palabras en mi mente. Cogí mis apuntes y me concentré de manera casi enfermiza. No había pasado ni un minuto, cuando escuché la voz de Arturo que me llamaba desde la esquina asomando medio cuerpo.

—Oh, srta Rivas, qué pena. Veo que no están los compañeros con los que hace el trabajo. Quería comentarles un detalle... Pero si viene un segundo se lo comunico a usted y ya quedo libre...

Me chocó que no encontrara mejor excusa para llamarme a su despacho. Sin ningún gesto de emoción en mi cara fui con él. Cerró la puerta tras de mí. Yo me senté en una de las sillas que había frente a su mesa.

—Elisa, por favor perdóname...

Me giró la silla y me puso mirando hacia él. Qué cerca estaba... Se agachó hasta ponerse a mi altura.

—Lo sé, he sido un desgraciado apartándote de mi lado...

—De la noche a la mañana, sin previo aviso y sin ningún tipo de explicación... —dije al fin con voz temblorosa más rota que otra cosa.

Mis ojos estaban a punto de estallar. "No, Elisa, aguanta"

—Lo sé...

Bajó la cabeza. Se puso de pie y se alejó de mí.

—No quiero hacerte sufrir y es precisamente lo que consigo cada día con esta actitud... Lo he pensado, Elisa, y quiero estar contigo a pesar de...

—Pensé que eso ya lo tenías claro hace unas semanas... —Le interrumpí—. Era el miedo a que se enterara la gente, no a estar conmigo lo que te paralizaba...

—Tienes razón.

Se giró y se acercó a mí. Yo, que me había levantado, di un paso atrás. No le quería tan cerca, tenía miedo de volver a caer. Él se percató y se detuvo.

—Dame una oportunidad. Deja que te demuestre...

—Me tengo que ir. Llevo aquí mucho rato —dije lo más fría que pude.

Me dirigí hasta la puerta.

—Espera, toma.

Me entregó una hoja. Sus dedos rozaron los míos intencionadamente y le

miré a los ojos por primera vez desde que estaba allí dentro con él. Le vi abatido, herido de guerra, pero no quise ceder.

—Os ayudará a orientaros con el trabajo.

Cerré la puerta y me fui. Cuando llegué ya estaban allí Pedro, Olivia y Úrsula, les entregué el folio sin mucho ánimo y les expliqué que era una guía para el trabajo. Me encontraba bastante abatida, y a pesar de que sus palabras eran esperanzadoras, no tenía energía para poder asumirlas. No tenía fuerzas para un reencuentro y un nuevo desengaño como me tenía acostumbrada. Volqué mi poco ánimo en estudiar. Cinco minutos más tarde pasó por allí Arturo con un compañero. Veinte minutos después volvió a pasar. A los dos minutos siguientes le oía hablar desde el fondo del pasillo. Cogí mis cosas y me fui.

—¿Te vas? —me preguntó Pedro.

—Sí, aquí hoy hay mucho ruido. Me voy a casa y ya vendré por la tarde para ir a clase.

—¿Quieres que te acompañe?

—Como quieras...

—Vale, pues me voy contigo.

Salimos del departamento y esperamos el ascensor. En la espera apareció Arturo con el profesor de Paleontología. Se acercaron a nosotros esperando también el ascensor mientras seguían hablando, a pesar de que Arturo no me quitaba ojo.

—Pedro, vamos por las escaleras que llevamos mucho rato esperando y no baja. Debe estar subiendo mucha gente.

En ese momento se abrieron las puertas. "Maldito ascensor, parece estar aliado en mi contra".

—Pasen —nos dijo Arturo.

Subimos todos un poco apretados. Esta vez Arturo no consiguió ponerse a mi lado.

—¿Ya se van? ¿Acabaron de estudiar? —nos preguntó con aire desenfadado.

—¡No, qué va! Vamos a casa a seguir estudiando juntos, que hoy hay mucho jaleo por aquí —le contestó Pedro recalcando la palabra juntos, no sé muy bien con qué intención, pero fue la primera vez que agradecí que le contestara así.

Arturo fingió una sonrisa que apenas hizo acto de presencia en su rostro. Yo le miré sin ningún tipo de expresión y él, sin dejar de mirarme, siguió la

conversación que tenía con el profesor."¿Ahora me miras, no?¿Después de cuánto tiempo sufriendo por evitar que nuestros ojos se cruzaran?¿Ahora, no?"

Según íbamos para casa, Pedro me hizo un interrogatorio en toda regla. Yo fui esquivando como pude sus preguntas y desviando el tema. No tenía demasiadas ganas de conversación así que una vez que acabó el interrogatorio, le di vía libre para que se explayara con sus historias de fin de semana. Estuvimos estudiando tranquilos y concentrados. Era increíble como mis momentos de mayor concentración venían de la mano de los desengaños que me provocaba Arturo. Cuando dejaba de estudiar, era otra cosa. Bombardeos continuos de recuerdos, palabras, momentos, sonrisas y sobre todo desilusiones... una tras otra.. Quedaba poco más de una hora para que empezara la clase de Arturo y empecé a recoger las cosas para marchar.

—¿Y si no vamos?

—Oh no, Pedro, yo no quiero volver a faltar a ninguna clase, ya lo sabes. El tiempo que pierdo pasando los apuntes de esa hora no la dedico a estudiar.

—Vale, sí. Tienes razón.

A menos de cinco minutos para empezar, mis manos volvieron a congelarse, las frotaba para calentarlas. Pedro lo notó y me las cogió para calentarlas frotándolas con las suyas. En un primer momento me sorprendió aquel gesto y en un acto reflejo intenté separarme, pero en cuanto vi que Arturo se acercaba, lo entendí todo. No sabía muy bien aquella fijación que tenía Pedro por molestar a Arturo. Estaba empeñado en pensar que yo le gustaba y hacerle rabiarse de alguna manera. Era su máximo placer. Para ser sincera, en aquel momento yo le seguí un poco el juego.

—Buenas tardes, venga, a clase por favor.

Fue raro que no hiciera alguna gracia picando un poco a Pedro, así que este para forzar un poco más la situación, me llevó de la mano hasta la misma mesa. Arturo iba detrás viéndolo todo. Parecía que el propósito de Pedro ese día era poner nervioso a Arturo y desconcentrarle. No lo consiguió. Una de las virtudes de Arturo era su profesionalidad, nada podría distraerle.

Las notitas de Pedro por debajo de la mesa eran constantes, y a pesar de que yo no las leía, él seguía insistiendo. Estaba claro que su objetivo no era yo. En un momento en que Arturo estaba explicando algo a un compañero en el fondo de la clase, me giré para reprenderle.

—Basta ya Pedro, por favor. ¿Qué narices te pasa?

Me sonrió con una suficiencia que me puso de muy mal humor. Me estaba enfadando y mucho.

—Bueno, pues nada más por hoy. Hice una serie de guías para ayudarles en sus trabajos, si las quieren suban a mi despacho y se las entrego. Y srta Rivas, hoy que tengo algo más de tiempo puede subir a comentarme aquella duda. Prometo que hoy tendré tiempo para resolvérsela.

Sonrió de aquella manera y de forma descarada, parecía no importarle estar en clase.

—Pero Arturo, ¿no habías quedado con los de nuestro grupo para mirar nuestro trabajo? —Se interpuso de nuevo Inma, entre él y yo.

—No se preocupe Inma, hay tarde para todos —le respondió sonriendo.

Hasta acabadas las clases no hice intención de ir. Lo pensé una y otra vez. Para qué subir... Siempre era yo la que tenía que ceder, pero por muy enfadada que estuviera, si quería algún tipo de explicación tendría que ir. Sabía que a pesar de tener mi teléfono, nunca me llamaría. No, decidido, no iría. O... sí... Vi que Inma, Raúl y Sonia salían del departamento, así que di por supuesto que ya habrían acabado de hablar con él. Me acerqué hasta ellos.

—¿Ya habéis hablado con él? —les pregunté desganada.

—Sí. Este tío es una pasada. Nos ha dado un montón de ideas. Yo de ti iba, si tienes alguna duda. —Me aconsejó Raúl, que parecía más enamorado de él que yo misma.

—Por eso dije de ir a hablar con él, porque le conozco y sé que podía echarnos una mano. —Inma y sus puntillas... Brrr... qué cansada estaba de ella.

—Ya... bueno, no sabía muy bien si ir. Me da tanta pereza quedarme otro rato aquí...—dije sin mentir demasiado.

—Son dos minutos y te va a ayudar. Te lo digo porque yo tampoco tenía ganas de ir y al final me alegro de haber ido. —Intervino Sonia.

—Bueno venga, voy que si no, no acabo. Adiós, hasta mañana... —Quise zanjar la conversación cuanto antes.

Aquellas palabras me sirvieron para acabar de tomar la decisión. En el fondo tenían razón aunque de otra manera. En dos minutos podría resolver alguna duda que otra... o al menos desahogarme y decirle todo lo que pensaba de él. Llamé a su puerta.

—Enseguida le atiendo... —gritó desde dentro. Estaba ocupado.

Pensé en irme y dejar que fuera él quien diera el siguiente paso, pero quería deshacerme de aquel vacío que había en mi vida de una vez por todas. Al poco se abrió la puerta y mi sorpresa fue máxima cuando vi a Pedro salir del despacho.

—¡Coño, Pedro! —me salió del alma.

Vi a Arturo que me miraba desde dentro, pero nos dejó dos segundos para hablar antes de mandarme pasar.

—¿Qué haces aquí?

—Soy un chico bastante inteligente, pero a veces también me surgen dudas. No me juzgues por eso... —dijo intentando bromear aunque su rostro estaba demasiado serio para acompañar aquella broma.

—Si era por el trabajo podías haber esperado a ir los tres...

—No era por el trabajo. ¿Tu duda sí? Porque si quieres entro contigo —me dijo en un tono más que sarcástico.

—No, no... —titubeé, me pilló desprevenida—. Es del temario.

—Ya. Pues igual que yo, del temario...

—Por favor, chicos, ya hablaréis después. Srta Rivas, ¿puede pasar ya? —Nos interrumpió desde dentro del despacho Arturo.

—Sí, sí...

Me fijé en Pedro según se marchaba y no sé por qué, me inspiró tristeza al verle irse así... Entré y cerré la puerta. Me dirigí a la silla. Él se levantó y se apoyó en la mesa con esa postura tan sensual, sabiendo el efecto que causaba en mí. Yo me mantuve a distancia.

—¿Y bien? ¿Qué quería Pedro?

—¡Ja, ja, ja! ¿Perdona?, no puedo decirte a qué viene cada alumno al despacho.

—No te he preguntado por el resto de los alumnos, te pregunté por Pedro. —Estaba seria—. ¡Ni que fueras un cura con el secreto de confesión!

—Cosas de la asignatura, ¿qué iba a ser si no? —me contestó quitándole importancia al asunto.

—Elisa... —Intentó cogerme las manos. No le dejé—. Te digo en serio que esta vez es diferente. He aparcado mis miedos, mis dudas. Elisa... Te quiero, no lo olvides, aunque me veas distante a veces...

—¿A veces...? Llevo semanas sin saber de ti.. Me has alejado, de repente sin motivo...

—Elisa, el motivo es difícil de explicar, de explicártelo a ti... Fue... —noté cómo intentaba encontrar la palabra exacta— el miedo a hacerte sufrir... —Puse cara de indignación sin poder evitarlo—. Ya lo sé, no lo entiendes y no espero que lo hagas... Solo te pido perdón...

—No sabía que fueras tan cobarde... —dije con rencor intentando hacerle daño.

—No lo soy. Ya no se trata de la universidad, ni siquiera de los rumores...

—¿Y de qué se trata, Arturo?

Se acercó a mí, quise dar un paso para atrás, pero no me dio tiempo. Ya me había cogido las manos. Se las llevó al corazón. Pude notar su pecho perfecto debajo de la camisa, de esa camisa blanca informal con un par de botones desabrochados que llevaba debajo de su americana. "Elisa... céntrate". Me estaba provocando de manera consciente. Suspiró. Sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta.

—Toma. Antes de mi distanciamiento oí a Pedro decir que te gustaba el *ballet*.

Miré aquellos papeles y eran dos entradas para ver a la compañía nacional de Danza en *Romeo y Julieta*.

—Muy propio, ¿no crees? —dijo con tristeza a la vez que intentaba ser gracioso.

Mi gesto cambió completamente. Me estaba volviendo loca, ¡dos entradas para Romeo y Julieta!. Impulsivamente y sin pensarlo, me abalancé sobre él. Me enganché a su cintura con mis piernas. Él, sorprendido, se rio y me abrazó dando un giro en el aire. Con aquellas entradas me estaba diciendo que había cerrado la puerta al miedo, que estaba dispuesto a empezar de cero sin importarle lo que la gente pudiera decir, sin importar que nos vieran...

—La puerta está sin llave... —me dijo mientras me bajaba intentando no molestarme de nuevo—. ¿Esto quiere decir que me perdonas?

Le sonreí... En aquel momento no me di cuenta de lo rápido que se me había pasado el enfado, estaba tan contenta por el paso que acababa de dar que tuve que perdonarle sin más explicaciones. No, claro que no se trataba de las entradas, sino del paso que había dado al querer ir conmigo al teatro aún sabiendo que podría vernos cualquiera. Me pareció la muestra de amor más importante que él podía ofrecerme... Era imposible seguir enfadada.

—No vuelvas a hacerlo. No me dejes al margen. Cuando creas que no puedas seguir con esto, dímelo pero no ningunees, no hagas como que no existo.

—Eso no va a volver a pasar —Hizo el amago de besarme, pero se acordó de la puerta y reuló—. Ha sido una actitud muy inmadura, lo siento de verdad.

Recogí la mochila y me dispuse a marchar.

—No puedes ni imaginar lo mal que lo he pasado —le dije intentando resumir en medio segundo la tristeza tan profunda que había experimentado.

—Lo sé. Lo siento mucho Elisa... Y aunque no te lo creas, para mí fue muy duro también.

Antes de salir por la puerta miré de nuevo las entradas con un suspiro contenido. Estaba a mi lado, mirando orgulloso la felicidad que había en mi rostro. Me fijé en la fecha, ¡eran para ese sábado! Y... me fijé en los asientos... Me giré hacia él todo lo rápido que pude. Mi cara no pudo disimular la rabia que sentía dentro.

—¿Asientos separados? ¡Pero si ni siquiera están en el mismo palco, por favor!

Estaba enloquecida. No me lo podía creer, aquel hombre se estaba burlando de mí, quería poner mi cordura al límite. Yo no podía más. Estuve a punto de ponerme a llorar de la rabia. Él me pidió silencio poniéndose un dedo en la boca y me apartó de la puerta.

—Elisa, por favor, escúchame. —Yo peleaba por salir de sus brazos—. Es un error, de verdad. Estas entradas las cogí hace tiempo, cuando aún tenía miedos, cuando estaba inseguro. Ni me acordaba del detalle de los asientos cuando te las he dado. Por favor, relájate. Te estoy diciendo la verdad. Me fui relajando... Me decía la verdad eso estaba claro... Pero no pude evitar mirarle desilusionada...

—Intentaré cambiarlas, no te pongas así por favor. —Se frotó la cara con las manos.

—Todo esto es un sinsentido... —Estaba profundamente desilusionada... —. ¿Sabes? Quizá tenías razón cuando decías que esto era una locura. No... no creo que quiera seguir jugando a este juego. Es mejor dejar aquí esta locura que me está quitando la vida.

Él me miraba atónito, sin decir nada pero negando con la cabeza. Llamaron a la puerta. Estábamos cerca de ella y la abrí con la intención de irme. Me choqué de bruces con Inma.

—Ay, hola Elisa, todavía estás aquí... No quería molestar.

"No, qué va...", pensé.

—No te preocupes ya me iba.

—Arturo, solo quería preguntarte si puedes llevarme cuando vayas a casa...

Lo dijo antes de que hubiera salido del despacho con la clara intención de que la escuchara. Abrí los ojos de par en par mirándole incrédula, era lo que me faltaba. La tensión acumulada que llevaba de antes, lo que acababa de pasar en el despacho y lo que acababa de escuchar por boca de Inma hizo que

se desencadenara en mis ojos un llanto insostenible que aguanté el tiempo suficiente para salir lo más entera posible a vista de Inma. Quería salir corriendo pero mis piernas no me respondían, me temblaban tanto que tenía miedo de caer en cualquier momento. Escuché como se cerraba la puerta y al instante, como se volvía a abrir. Doblé la esquina y le escuché llamarme. Entré en el primer baño que encontré y me senté. Respiré profundo intentando calmarme, me temblaba todo. ¡Vivían juntos! ¡Eran pareja! De ahí esa confianza que demostraba tener siempre, por eso sabía cosas que los demás desconocíamos, por eso les vi en el coche... Y yo engañándome todo este tiempo, intentando mirar para otro lado... Por eso su lucha, por eso no podía llamarme, por eso no quería que le llamara yo, por eso... Todo había sido una mentira...

No podía seguir en el baño, así que me arreglé como pude, me limpié la cara y me fui. Tuve que coger el ascensor, porque mis piernas aún me fallaban. Estaba bastante lleno pero conseguí un hueco y me apoyé en la pared. Miré el móvil porque lo había oído sonar mientras estaba en el baño y vi tres llamadas y dos mensajes de... ¡Arturo!. Abrí los ojos como platos, como esa cara del WhatsApp. Irremediablemente el corazón se me aceleró, las manos empezaron a congelarse y no pude evitar la sonrisa que apareció en mi cara.

WhatsApp X : (Vale, sí, ya lo sé. No fui muy original al elegirle un nombre para añadirle a contactos cuando me dio su teléfono, pero fue lo primero que se me ocurrió y así lo dejé. Sí, sí, ya lo sé, ya lo sé...)

Cógeme el teléfono por favor

WhatsApp X:

Elisa, no me dejes, te lo suplico. No hagas caso de las tonterías de Inma. Déjame hablar contigo. Por favor contéstame.

Volví a guardar el móvil en la mochila. No quería darle ninguna oportunidad. No se había portado bien aquellas semanas, las entradas, Inma... No. Quería seguir firme en mi decisión de empezar otra vez mi vida sin él. Debía obviar que le quería a mi lado, que aquellos mensajes eran un esfuerzo para él... Pero no. No quería volverme loca. "¡Me ha llamado! ¡Arturo me ha escrito mensajes! Eso para él era muy difícil y ha dado el paso por mí..." "No, Elisa, mantente firme, por favor. No puedes ser tan débil, acuérdate de estas semanas" .¿Cómo no iban a tambalearse los cimientos de aquella decisión tomada desde la rabia y la desilusión? Si yo estaba perdidamente enamorada de Arturo...¿Cómo iba a poder dejarle? ¡A quién quería engañar? "No, no,

no... mal, Elisa, mal..." Pero a ver cómo conseguía que el pumpumpumpum de mi corazón volviera a su ritmo habitual... Empezó a sonar de nuevo. Lo ignoré, pero la gente que había en el ascensor empezó a mirarme, así que tuve que sacarlo y colgar. Volvió a llamar, la gente me volvió a mirar. Se abrieron las puertas y salí como pude de aquella marabunta.

Llegué a casa y tiré todo al suelo. Me dejé caer en el sofá sin fuerzas abatida por tantas emociones contradictorias. Miraba sus llamadas una y otra vez. Leí aquel WhatsApp como unas mil veces, no me cansaba de leerlo... Serían cerca de las diez de la noche cuando sonó el telefonillo.

"No me lo puedo creer, Pedro a estas horas, no, por favor" ya que era el único que irrumpía siempre a las horas menos habituales. No encendí la cámara del vídeo portero.

—¿Sí? —contesté sin ánimo ninguno.

—¿Puedes abrirme, por favor?

Se me cayó el telefonillo de las manos y quedó colgando del cable dándose contra la pared. No me lo podía creer, ¡era Arturo! Le abrí sorprendida de haber conseguido dar al botoncito de apertura, y una vez más, la habilidad que tenía para moverse tan rápido me dejó de piedra. Subió corriendo, y antes de que pudiera colocarme un poco el pelo, ya estaba en la puerta. Entró y la cerró tras él.

—Elisa, sé lo que estás pensando y ya te digo desde ahora que no.

—¿Cómo has sabido donde vivía? —le dije con la más profunda apatía a pesar de que no pudiera creerme que lo tuviera en mi casa.

—Te vi aquel día con mi hermana y, bueno, como me habías dicho que vivías en un ático... Solo hay dos, así que... A o B. —Hizo una mueca en forma de sonrisa.

—No quiero hablar contigo, Arturo... nunca más.

Arturo me miró en silencio, creo que aquello no se lo esperaba. Le abrí la puerta para que se marchara.

—No, Elisa, si esto tiene que acabar, no va a ser de esta manera... No va a ser por un malentendido... —Volvió a cerrar la puerta.

—¡Por un malentendido dice! ¿No crees que tengo muchos motivos para dejar "esto" en este punto? No se trata solo de Inma, ella es lo de menos...

—Sí, creo que no lo he hecho bien últimamente, creo que he cometido error tras error. Creo que he sido un cobarde, pero eso, ya te dije esta tarde, quedó atrás. Le he dado muchas vueltas y he llegado a la conclusión de que yo ya no puedo vivir sin ti... Por muy egoísta que sea... —"Egoísta... otra vez... Qué

obsesión tiene este hombre..."

—Te he llamado Elisa, he venido a tu casa, que por cierto está en pleno centro —dijo intentando sacarme una sonrisa—. ¿Qué más puedo hacer para que creas que ya no hay más dudas, ni miedos, ni nada que me paralice?

—¡Llévame a tu casa! —Le espeté para su sorpresa.

Se rio. Yo seguía mirándole seria, apoyada en la pared de la entrada. Sabía que tendría una negativa por respuesta.

—Mi casa sería el último sitio al que yo podría llevarte, Elisa.

—¡Ja! ¡Claro! Ya lo sé. Por eso, por eso te lo he pedido. ¡Sé de sobra que vives con ella y no gracias a que tú me lo dijeras! —En ese punto ya estaba muy enfadada y a punto de llorar en cuanto él me lo reconociera—. Eres... un sinvergüenza...

—No, eso no es así. No es verdad. Yo no vivo con ella, pero —ahí estaba el pero —, digamos que tengo una vecina bastante puñetera...

Crucé los brazos, arqueé una ceja y le hice un gesto con la cabeza pidiéndole que se explicara.

—Su simpática y risueña compañera Inma vive en la puerta de enfrente y, créeme, controla cada vez que entro y salgo. No hay día que no la encuentre...

—¡¿Qué!?! —Aquello sí que no me lo esperaba y mi corazón pareció volver a bombear sangre. Pumpumpumpum...

—Lo que oyes Elisa, he tenido varios problemas con ella, por... digamos... insistente... Se lo he comentado a algún compañero porque tuvo una época que me agobió mucho. ¿Te acuerdas el día que comenté lo de los correos en clase? No era por ti, era por ella. Me mandaba correos, como diría yo...muy personales. Me pide que la lleve en coche a clase, se pasa media vida en el despacho... Y provoca a las alumnas que considera rivales...es decir a ti. Solo me pidió que la llevara en coche para provocar esto, porque sabía que estabas allí conmigo. Hace un tiempo le amenacé con tratar el tema por otras vías si no me dejaba tranquilo y, desde esas, parece que se relajó. Pero creo que intuye que estamos juntos y ha vuelto a las andadas.

No supe qué decir...

—¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Es un tema desagradable para mí, Elisa, no me gusta hablar de ello.

Notó que me había relajado y se acercó a mí. Me separó el pelo de la cara, justo como había querido hacer antes de que él subiera... Bajé un poco la cabeza, pero él me la volvió a subir. Me besó en la mejilla, muy suave y muy lento.

—Te lo he dicho, Elisa, te quiero. Solo te quiero a ti a mi lado, ¿qué clase de hombre crees que soy? —me susurró al oído mientras chupaba el lóbulo de mi oreja. "Ay, ay, ayyyy".

Ese hombre sabía cómo allanar el terreno.

—El tipo de hombre que enamora a las mujeres y luego se evapora, se desintegra...

Se detuvo un instante. Se separó de mi oreja, me miró en silencio con una expresión dura, rígida y muy serio. Gesto que entendería a la perfección meses después.

—Entonces quieres decir que ¿te he enamorado? —dijo intentando alejarse de donde le habían llevado mis palabras.

Me separé de él con media sonrisa y me fui hasta el salón. Noté su abrazo por la espalda y su boca besándome el cuello.

—Dime qué es lo que sientes, Elisa... —me susurró.

Me giré y le miré...

—Ahora soy yo la que tiene miedo...

—¿A qué? ¿Tú qué puedes perder?

—A ti... otra vez... —Cerró los ojos como si le dolieran aquellas palabras —.Tengo miedo de despertar mañana y encontrarme de nuevo con el profesor distante al que no tengo acceso.

—Mírame. —Se separó y alzó los brazos cómicamente—. Es el profesor el que ha venido a tu casa.

Le sonreí. Se volvió a acercar. Sin preámbulo ninguno, accedió a mis labios y los besó con firmeza y pasión acumulada. Necesitaba notar su piel en mis manos. Le desabroché atropelladamente la camisa y la tiré al suelo. De nuevo quedaba al desnudo aquel pecho perfecto. Le acaricié la espalda apreciando cada músculo perfectamente trabajado. Caímos en el sofá completamente enredados. Después de aquel reencuentro, nos quedamos hablando allí sentados.

—Tienes un apartamento muy bonito, no me lo imaginaba así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te lo imaginabas? —le contesté riendo .

—No sé, más como una casa de estudiante, con muebles viejos aprovechados o algo así...

Se rio.

—Bueno, mi abuelo es generoso y pude decorarlo a mi gusto.

—Háblame de tu familia...

—Uy... para eso necesitaría toda una vida y no me apetece gastarla

hablando de ellos.

—¿Acaso no os lleváis bien?

—¿Quieres algo de cenar? —Intenté desviar el tema.

—Vale, lo capto —Se rio sin insistir más.

—No es que nos llevemos mal. Cada uno tiene su vida... Y siempre que mi abuelo no se quiera inmiscuir en ella, todo va bien. —Le expliqué brevemente para que se sintiera mejor—. ¿Cenas algo?

—No, gracias. Me tengo que ir. Tengo mucho trabajo... Mañana tengo que estar toda la mañana fuera, por la tarde ayudar en una tesis... A veces es complicado compaginarlo todo...

—¿Y para mí tendrás un hueco?

—Humm —Se hizo el interesante—. Creo que para usted, srta Rivas, tengo todo el tiempo del mundo.

Se volvió a tumbar encima de mí besándome de manera tan sensual que me enredé de nuevo en su espalda, inmovilizándole para que no se fuera. Sonrió y deshizo el nudo de mis piernas en su espalda con una facilidad espantosa.

—Me tengo que ir de verdad, nena —"nena.."

Mientras se vestía yo me recreaba en ese cuerpo tan perfecto que tenía que desaparecía bajo aquella camisa y aquella americana que le sentaba como un guante.

—¿Sabes que tienes a las chicas locas? —le dije mientras se ataba una de sus deportivas.

—¿Ah sí? —Se hizo el sorprendido aunque no creo que realmente lo estuviera.

—No tienes la imagen típica de profesor de Historia que todo el mundo se imagina...

—¿Ah no? ¿Y cómo se supone que son los profesores de Historia? No sabía que
tuviéramos un prototipo.

Le miré levantando una ceja y con cara de incredulidad... Una vez vestido me levantó del sofá y me llevó hasta la entrada con tanta facilidad que llegué a pensar que quizá aquel hombre fuera de otro planeta. Me besó.

—¿Te vas a atrever a salir del portal? Qué peligro, cómo alguien te vea...
—Me burlé de él.

—Pues si me preguntan les diré que vengo de estar con la mujer más bonita que he conocido en mi vida, la que me ha robado el corazón...

"Zalamero... ji,ji,ji..." Sabía cómo enamorarme...

Cuando cerré la puerta caí desplomada al suelo. ¡Había estado en mi casa! ¡Había estado conmigo! Quería gritar de alegría. Salté como loca en la cama mientras ahogaba un grito en la almohada y me fijé en que estaban en el suelo la bibliografía, la nota y el boli que había tirado la noche anterior de la rabia. Reflexioné sobre cómo te puede cambiar el ánimo en un mismo día. Yo, que me había levantado ese día abatida, sin ninguna fuerza para seguir adelante, lo acababa ilusionada, con más energías que nunca y ... enamorada. Enamorada como una quinceañera, con la misma fuerza y la misma pasión.

Recogí las cosas del suelo y me fijé en el boli. Sonreí al recordar las vueltas que le había dado a ese boli intentando descifrar el mensaje. Ahora lo veía claro. Pretendía decirme que nuestra siguiente cita sería en el teatro viendo *Romeo y Julieta*. ¿Cómo podía haberme imaginado aquello? No pude contener la risa al recordar su torpeza de comprar dos entradas en diferentes palcos. ¿De verdad pensaba que yo iba a aceptar algo así?. Lo guardé todo y me tumbé en la cama. No quise ducharme. Quería retener el máximo tiempo posible su olor en mi piel. Le pensé... A pesar de ese estado de ensoñación en el que me encontraba, surgía desde lo más profundo de mí, un cierto miedo a que todo aquello se disipara cuando me levantara por la mañana.

Me llegó un mensaje al móvil. Cuando vi la X en la pantalla creí morir.Pumpumpum.

WhatsApp X:

Ya te echo de menos

Lo apreté contra mi pecho... No, nada podría salir mal esta vez. Había borrado sus miedos. Me había llamado, había estado en mi casa... Esa sí que era una verdadera muestra de amor... viniendo de él, claro. Nunca entendí de dónde le venía esa paranoia, ese miedo absurdo al móvil. Me parecía tan inmaduro viniendo de él que no encontraba una manera racional de justificarle.

Los ojos se me estaban empezando a cerrar, habían sido unas semanas muy duras en las que apenas había pegado ojo y, además, ese había sido un día tan agotador emocionalmente... De estar en el fango más absoluto a rozar el cielo. Tenía la sensación de estar sedada. Poco a poco los ojos se me fueron cerrando de forma lenta, casi inapreciable. Me giré y dejé que mi cuerpo cayera a un vacío infinito de calidez y paz absoluta. Me quedé dormida.

XXXIV

Por la mañana temprano, me despertó una llamada en el móvil. No sabía muy bien dónde lo había puesto, así que rebusqué entre las sábanas hasta que por fin lo encontré. En un primer momento tuve la intención de silenciarlo, pero por otra, sabía que era Pedro que me llamaba para ir a estudiar, que era precisamente lo que tenía que hacer, así que descolgué...

—Vaya... parece que te pillo en la cama. Te espero en la cafetería de tu calle en quince minutos, ¿te dará tiempo?

¿QUÉ? no me lo podía creer, ¡era Arturo! No tuve tiempo de reacción. Estaba dormida y sorprendida a partes iguales. No pude articular más palabra que un *Okey*, al ser la expresión que menos vocalización requería. Me puse ropa cómoda y bajé lo más rápidamente que pude. Cuando llegué, le vi sentado en la mesa del fondo leyendo un libro y con un café en la mano. Iba sin la americana, solo con unos vaqueros y una camisa. Parecía un estudiante más.

—Hola, estás muy guapa...

—Hola —dije mientras me sentaba y pedía un café con tostadas al camarero.

—¿Te he despertado? —me dijo riéndose ante mi pereza matutina.

—No suelo levantarme a estas horas, pero es que es la primera noche que duermo bien en mucho tiempo. —Me justificué mientras le tiraba un dardo.

—Ya... Pues me alegro de que hayas descansado. Es el único hueco que he encontrado para verte. Ahora marchó para Simancas. Estaré toda la mañana fuera con un trabajo de investigación y por la tarde con la tesis de un alumno, así que no quería que pensases que hoy te ibas a encontrar con el profesor ese distante del que hablas y... al que no conozco. —Se burló descaradamente de mí.

Llegó el camarero con mi café. Puse mis manos en la taza para intentar que recuperaran su temperatura natural y él me cogió una mano. La acarició suave mientras me hablaba.

—¿Sabes de lo que me he acordado esta noche? Del papel del notario que

me metiste debajo de la puerta.

—¡Brrr! ¡No, por favor! —Me cubrí la cara con las dos manos de la pura vergüenza—¡Calla!

—No te tapes la cara, boba —me dijo mientras me cogía las manos—. Estuve pensando en lo estúpido que he sido. Me burlé de ti por considerar aquel gesto infantil y yo... lo hice todavía peor. Buscándole tres pies al gato en una historia que podíamos haber normalizado desde el principio. Qué absurdo, ¿no? Tenía tanto miedo al que dirán que cualquier excusa para tapar lo nuestro me servía, por ridícula que fuera. Lo siento Elisa, siento haberte hecho daño. Tú, desde el primer momento, pusiste todo de tu parte y yo... fui un cobarde.

Sus palabras me estaban dejando sin aliento... al igual que su mirada...

—Bueno, déjalo, ya está, no te martirices. Ya veo que ahora te has vuelto un temerario.

Y miré aquel bar que, en aquel momento estaba casi vacío, pero por el que podía pasar cualquier persona conocida. Le sonreí.

—Llámame ilusa, pero te prometo que pensé que podrían abrirte un expediente o yo que sé... Y al verte tan preocupado porque pudiera decir algo... No sé...

Se rio...

—No, mujer... Los dos somos adultos. —Volvió a sonreír—. Aunque a veces mis actos no lo parezcan, lo admito. Como te dije el otro día se trata más de un tema ético, de prestigio... Aunque estemos en la universidad y supuestamente todos vienen a estudiar porque quieren, no es fácil ganarse el respeto de los alumnos... Más siendo joven, te consideran un colega más y es difícil hacerse respetar, ya no solo por alumnos, sino también por compañeros. Imagínate si se empieza a rumorear que me ando liando con alumnas, ¿cómo quedaría yo, mi prestigio? —Se frotó la cara con las manos visualizando aquella escena. Temí que aquel pensamiento le hiciera recular de nuevo—. Es la primera vez que me pasa esto, y mira que ya llevo unos años ejerciendo, pero jamás me planteé siquiera que me pudiera pasar.

—¿Nunca? ¿Nunca te has fijado en nadie? Por tus clases pasan chicas muy guapas...

—Nunca. Hasta que te vi entrar por la puerta. Me asustaron las ganas que tenía de ti.

Su mirada era profunda, intensa y muy sensual. Se tocó de manera inconsciente el labio con el dedo y yo, sin saber muy bien cómo reprimir mis

ganas de besarle, tomé un sorbo de café.

—¿Me puedo pasar por tu casa cuando acabe de trabajar? —"JO-DER, espera que cojo aire"...

—Puedes, claro. Eso sí, quizás te encuentres a Pedro y Olivia. —Me reí—. Hoy teníamos pensado cenar en casa e ir terminado tu trabajo...

Su cara no pudo disimular la desilusión. Me volvió a coger las manos. Seguía mirándome...

—Se me hace tarde, me tengo que marchar...

Recogimos nuestras cosas y nos fuimos de la mano. Ya en la puerta de la cafetería quise despedirme con un beso, pero sabía que él todavía no estaba del todo seguro para las muestras de cariño en público, así que no hice intención de dárselo. Me apretó la mano con fuerza, se la llevó a la boca con disimulo, me la besó a modo de despedida. Cada uno se fue por su lado.

Nada más salir de la cafetería y girar en dirección a mi casa, vi a Pedro en el portal. No estaba segura de si habría visto a Arturo. Llevaba un tiempo esperando por mí. Se me había olvidado completamente que había quedado con él. A medida que me iba acercando al portal, iba pensando en qué excusa ponerle para justificar mi olvido. No se me ocurrió ninguna y acabé por aceptar mi despiste. Le pareció raro que desayunara fuera, ya que conocía perfectamente mis preferencias. Lo justifiqué alegando que no tenía nada en casa para desayunar, algo que por otra parte era totalmente cierto.

Nos fuimos andando a la facultad mientras intentábamos organizar nuestro plan de estudio. El trabajo que nos había mandado Arturo realmente nos había trastocado nuestro planteamiento inicial y el encontrar huecos para juntarnos los cuatro y dejar de lado el estudio de otras asignaturas se nos complicaba por momentos.

La facultad empezaba a mostrar ya el ajetreo típico de época de exámenes. Aún quedaba tiempo para que comenzaran, pero los pasillos se habían llenado de traficantes de apuntes, las clases se habían vuelto a llenar y los sitios libres en bibliotecas y aulas empezaban a escasear. Aquel ambiente, unido a la proximidad de la fiesta de la facultad, hacía que en los pasillos fluyeran infinidad de dopaminas y endorfinas alteradas y entrelazadas que provocaban reacciones bastante sorprendentes tanto en alumnos como en profesores que, arrastrados por aquel carácter fiestero que se estaba respirando, se mostraban más amables y condescendientes.

Raúl, que siempre estaba metido en todos los saraos, fue uno de los encargados de organizar la que iba a ser la fiesta del año. La competencia

entre facultades por organizar el fiestón padre era algo típico y llevaba consigo cierta tensión y nerviosismo en aquellos que se implicaban en la organización. Aquella mañana fue prácticamente imposible estudiar al lado de Raúl. Entraba, salía, cogía el móvil y nos comentaba todo lo que se estaba planificando: hoy esto aquí, mañana hay que contratar esto allá... Al final optamos por bajar a la cafetería con él y que nos pusiera al día de todo. En mis planes no estaba la idea de asistir, pero al verle tan emocionado no quise desilusionarle. Quería que bajáramos todos ese día a la cafetería, sería como su presentación oficial de "el organizador de las super fiestas". Después de aquel obligado descanso volvimos a subir al departamento a seguir estudiando. Estaba vez conseguimos mayor concentración gracias a que Raúl se quedó en la cafetería ultimando detalles de "su" fiesta. Aprovechamos bastante bien lo que nos quedó de mañana, y visto que teníamos bastante motivación, decidimos comer un bocadillo rápido y seguir estudiando hasta la hora de ir a clase.

A primera hora de la tarde, poco antes de que nos dispusiéramos a ir, apareció Arturo por la puerta. Cuando le vi entrar me dio un vuelco el corazón, no le esperaba y me pareció que él tampoco esperaba verme allí porque su cara reflejó una expresión de sorpresa que fue apreciada por todos los que estábamos allí. Nos saludó muy afectuosamente, como solía hacer, y se fue al despacho. Cuando bajamos para asistir a clase, en mi cara aún se podía apreciar la tonalidad rosada que me dejó la impresión de verle. Pedro, cómo no, lo notó enseguida, y aunque se reservó de hacer ningún comentario, su mirada me lo decía todo. Según bajábamos por las escaleras, oí el móvil. Era un mensaje de Arturo. No pude esperar a leerlo.

WhatsApp X:

Echo de menos tu boca en mi piel.

El corazón empezó a latirme a mil por hora. No solo ya se "arriesgaba" a enviarme mensajes, sino que además me los enviaba bastante comprometidos y, con Pedro pegado a mí, era un riesgo que parecía querer asumir. Lo guardé tan rápido como pude al ver a Pedro bastante interesado en saber qué ponía.

—¿Tu madre? —me dijo en un tono bastante sarcástico.

—No, mi abuelo. Quiere comprarme un sillón de piel —le dije al sospechar que podía haber captado alguna palabra del mensaje.

Sonrí, no sé muy bien si por aquella tontería de mi abuelo que sabía que podía ser verdad o porque no me creyó.

Las horas de clase pasaron rápidas, me gustaba asistir a ellas. Ese año tuvimos la suerte de coincidir con profesores muy comprometidos con sus asignaturas y muy buenos oradores. Asistir a sus clases era un auténtico privilegio ya que contábamos con historiadores, paleontólogos y arqueólogos de prestigio nacional. Aquel fue un año clave en mi carrera. Pude definir y orientar hacia dónde quería encaminar mi trayectoria.

Después de las clases Pedro, Olivia y yo nos fuimos directos a mi casa. Úrsula, que llevaba un par de días traspuesta, no pudo ir. No nos poníamos de acuerdo a la hora de elaborar un planteamiento de trabajo. Cada uno tenía una visión muy diferente de cómo quería plantear aquello. Después de un rato largo deliberando, decidimos poner sobre la mesa las ideas que teníamos cada uno y que el resto aceptábamos como válidas, y a partir de ahí elaborar un proyecto uniforme en el que tuvieran cabida todas las propuestas. El resultado nos sorprendió a todos, habíamos encontrado la manera de encajar todos los planteamientos de forma sorprendente y en ese momento ya podíamos empezar a desarrollar el trabajo. Para celebrar aquel pequeño éxito me levanté y fui a la cocina para preparar un tentempié. Sonó mi móvil.

WhatsApp X:

Estoy en el portal. Invento una excusa y baja por las escaleras.

Me alegré de no haber dejado el móvil encima de la mesa. Ese hombre se había vuelto loco, había venido a mi casa sabiendo que ellos estaban allí y que podían verle si decidían marcharse antes.

—¡Oh! —dije en voz alta desde la cocina para que me oyeran—. Tengo que bajar un momento al buzón. Se me olvidó mirar antes y estoy esperando un pedido. Voy a ver si me llegó ya. Subo enseguida. Me acerqué a la mesa y les dejé el tentempié que les había preparado. Bajé las escaleras de dos en dos. Oí como él también subía. Nos encontramos a mitad de camino, nos miramos y en un acto improvisado, nos abalanzamos el uno sobre el otro. Me besó de arriba abajo. Abrió mi camisa de forma atropellada y me tocó los pechos, los besó, siguió por el cuello. Introdujo su mano dentro de mi pantalón hasta encontrar el lugar perfecto para hacerme desfallecer, creí morir.

—Estás loco...

—Por ti.... No podía resistir un minuto más sin verte —me decía mientras me besaba toda entera.

Me dio la vuelta y me inclinó hacia delante mientras me bajaba un poco el pantalón. Oí como se bajaba la cremallera del suyo y la pasión que sentí en ese momento fue indescriptible. Al instante noté como su miembro se

restregaba por mi entrepierna buscando la entrada que no le fue difícil de encontrar. Sentí como me invadía lentamente y no pude controlar el gemido de placer que me produjo ese encuentro. Arturo se rio.

—Si no pones un poco más de cuidado van a salir todos los vecinos. — Intentó bromear entre jadeo y jadeo.

—A lo mejor quieren unirse a la fiesta... ah —Apenas podía articular palabra, sus embestidas me estaban llevando irremediablemente al clímax—. El abuelillo del primero...

Ah —No pude acabar la frase—. Arturo...

—¡Qué Elisa, qué...! Me vuelves loco, no aguanto más...

Sus embestidas empezaron a acelerarse precipitadamente al igual que su aliento en mi oído. Aquella situación acabó por provocarme el orgasmo más inesperado que jamás tuve y las contracciones de mi interior se lo provocaron a él sin darle margen a retirarse a tiempo. Permaneció unos segundos en mi interior alargando aquella sensación y apoyó la cabeza agotado sobre mi espalda.

—Lo siento, Elisa, no he podido quitarme...

—¡Dios mío, Arturo! ¡Seguro que me he quedado embarazada! —le dije bromeando.

Me giró y me besó en la boca con restos de la pasión que aún permanecía en el ambiente según me abrochaba la cremallera de mi pantalón. Su lengua recorrió mis labios hasta que la mía se enredó con la suya.

—Elisa... ¿es un problema?...

—¿El que esté llena de ti? —Acabé su frase mordiéndome el labio y mirando aquel rostro perfecto que no dejaba que la quemazón interna que tenía se esfumase—Tranquilo, no tienes de qué preocuparte.

Estuvimos enredados, sin ser conscientes del lugar en el que estábamos. Doy gracias a que en aquel edificio no había muchos vecinos y los pocos que había eran personas mayores que a las diez de la noche ya estaban prácticamente durmiendo. Estábamos entre la primera y la segunda planta, de oír algo hubiéramos tenido tiempo de reacción, aún así, aquello fue una locura. Una locura que repetiría mil y una vez.

—Tengo que subir, se van a extrañar —dije sonriendo a pesar de que me hubiera quedado allí toda la vida—. Desde que se te han quitado los miedos estás desconocido...

—Eres tú quien me hace ser así —me dijo mientras me abrochaba los botones de la camisa y me besaba por el cuello.

Nos dimos un beso corto de despedida y subí lo más rápido que pude.

—Nada, no hubo suerte —dije mientras recuperaba el aliento.

—Madre mía, pero cómo has tardado tanto... —dijo Olivia.

—Me encontré con el del primero que fue a bajar la basura, el hombre tenía ganas de conversación y ahí que me lió. —Disimulé como pude.

Después de aquello, era más que difícil poder concentrarme. Debieron notar mi desgana por seguir con el trabajo, porque en varias ocasiones me preguntaron si estaba cansada. Al rato, y viendo que la situación no mejoraba, decidieron marcharse. Arturo... Ese hombre me volvía loca. Su saber estar en clase y su profesionalidad chocaban de bruces con el hombre que se escondía detrás de las aulas. Libre, apasionado, divertido y muy, muy sensual. Su cara perfecta y su cuerpo firme y esculpido le otorgaban a aquellos encuentros una sensualidad que me hacían rozar el paraíso.

Sin mucho sentido, lo sé, empecé a pensar en las mujeres que habrían estado con él, que le habrían disfrutado igual que yo... Un incontrolado arrebató de celos nubló aquella nebulosa de paz y sensualidad que había envuelto mi cuerpo después de aquel encuentro. ¡Qué manera de estropear aquel momento! ¿Por qué mierda tenía que sentir tanta inseguridad? A veces me odiaba por eso, pero no pude evitar pensar en ellas, cómo serían, dónde las conoció, serían jóvenes o mayores, ¿les habría hecho sentir lo mismo que a mí? Sí... seguro que eso sí, Arturo sabía muy bien lo que hacía en cuanto a sexo se refería... Joder...

Con esa sensación irracional me fui a la cama. Lógicamente no podía dormir, estaba intranquila pensando en aquello. Cogí el móvil, lo pensé muchas veces antes de mandarle un mensaje, pero al final no pude resistir más tiempo con esa angustia que innecesariamente había instalado yo misma en mi cuerpo. Ya era tarde, seguramente no me contestaría, pero se lo envié igual.

WhatsApp:

¿Has hecho esto con otras mujeres? No pareció que fuera tu primera vez...

Esperé un rato pero no hubo respuesta. Me empecé a sentir si cabe, más insegura. Al poco mi móvil empezó a vibrar y mi corazón se aceleró al mismo ritmo.

—¿Pero qué dices, mujer? ¿A qué viene todo eso? —me dijo Arturo desde el otro lado de la línea nada más descolgar y sin margen a poder contestar.

No supe muy bien qué responder, me sentí un poco estúpida e inmediatamente me arrepentí de haber enviado el mensaje.

—Tú, solo tú me haces actuar así —continuó—. Ya te lo dije antes. Mis relaciones sexuales con otras mujeres han sido monótonas, automáticas y con una ausencia total y absoluta de sentimiento.

Yo permanecía en silencio, sin saber muy bien que decir, pero encantada de escuchar aquellas palabras.

—Elisa, es tu cuerpo, eres tú entera la que me enciende de esa manera. Jamás me había enamorado y experimentar el sexo con ese sentimiento es totalmente desconocido para mí.

Seguía callada...

—Fui a tu portal con la única intención de verte, y fue precisamente al verte, cuando me provocaste aquella reacción. Siento enormemente si te hice sentir incómoda, no era mi inten...

—No —le interrumpí— no me sentí incómoda. Fue precisamente todo lo contrario. No sé a santo de qué me vino esta inseguridad... Lo siento de verdad, no debí mandarte el WhatsApp.

Hubo un silencio.

—Te amo Elisa...Te amo.

"Te amo..." Que grandiosidad de palabra, inmensa, eterna, infinita...

XXXV

La mañana siguiente estuvo repleta de acontecimientos que marcaron el inicio de lo que sería mi vocación. Un proyecto bien realizado que abriría mis ojos y que daría sentido a mi vida, algunos años después.

Como cada mañana todos nos encontrábamos en el departamento estudiando. De pronto escuchamos a Clara hablar con Arturo desde su despacho. Trabajaban juntos en un proyecto. Clara era una profesora muy peculiar. Algo mayor, bajita, de pelo rizado y canoso, corte recto de media melena. Tenía un carácter muy risueño y siempre gesticulaba mucho al hablar. Hablaba alto, rápido y como con mucha urgencia, con miedo a que se le olvidara lo que quería decir. Era una mujer muy cómica que vivía acelerada. Cuando pasaron por nuestra mesa se paró de inmediato.

—¡Ay! Pedro, Elisa, qué bien que os veo, no estáis todos los que hicisteis el trabajo pero es que no aguanto más y os lo voy a decir ahora. Envié vuestro proyecto a la Diputación y... lo ¡han aceptado! ¡Van a invertir en el castillo, van a habilitarlo y abrir al público este verano! ¡Ah! Chicos, ¡es fantástico!!

Pedro y yo nos miramos asombrados, sabíamos que aquel trabajo era bueno y que tenía posibilidades reales, no era un proyecto utópico, pero jamás pensamos que Clara lo llevara adelante.

Arturo, que estaba a su lado, me miraba orgulloso y yo no pude evitar pensar en el reencuentro de la noche anterior. Me debió leer el pensamiento, porque me sonrió inmediatamente.

—Enhorabuena, chicos —nos felicitó.

En cuanto se marcharon, Pedro y yo nos miramos quitándonos las palabras de la boca. Parecía un imposible, habíamos invertido mucho esfuerzo en aquel trabajo y ahora un castillo que estaba prácticamente abandonado iba a ser abierto al público gracias a nuestro proyecto. Era increíble. Rápidamente llamamos al resto de compañeros del trabajo y nos reunimos en la cafetería para celebrarlo. Allí estaban Clara y Arturo con un grupo de profesores. Clara nos llamó, nos felicitó de nuevo a todos juntos y nos invitó a una ronda. Nos

quedamos con ellos hablando de aquel proyecto. Clara no paraba de hablar y gesticular de aquella manera tan graciosa... Me acordé de la primera vez que la vi en ese mismo lugar.

Arturo que, sutilmente, y como hacía siempre, se había colocado a mi lado, no llegó a hablar directamente conmigo. Sí lo hizo con Pedro y, sorprendentemente, parecía que ambos se entendían bien. Después de aquello, cada uno volvió a su quehacer. Mucho más inspirados y mucho más entusiasmados, seguimos estudiando hasta la hora de comer. El resto de compañeros se fueron a la cafetería, pero Pedro insistió en llevarme a un restaurante que había al lado de la facultad. Una vez que cogimos mesa y nos sirvieron, le tuve que preguntar. Lo cierto es que le había notado ya bastante despistado desde que le vi por la mañana, pero pensé que se debía al cansancio o a cualquier historia de las suyas.

—Chico, a qué se debe tanto misterio... —le pregunté.

—La comida de la cafetería deja bastante que desear y sé que a ti te gusta comer bien...

—Sí, claro... Venga, qué pasa...

—Vero... —dijo al fin— cree que está embarazada.

El trozo de lechuga se me quedó atravesado en la garganta. No me lo podía creer, pero ¿en qué estaba pensando? No me podía imaginar a Pedro, con lo payaso que era, haciéndose responsable de una criatura. ¿Qué iban a hacer? ¿Y la carrera? ¡Por favor! Pero si ni siquiera conocía a esa chica. Un malhumor intenso invadió todo mi cuerpo. Traté de disimular pero Pedro, que me conocía bien, enseguida me lo notó.

—Venga, va. Suéltalo.

—Apenas conoces a esa chica. Dios mío, Pedro ¿en qué estabas pensando? y ¿qué vas a hacer ahora?

—¡Joder, qué oportuno! Siempre en el mejor momento... —dijo Pedro mirando hacia la entrada.

—¿Qué dices? —Me giré hacia donde miraba Pedro.

Acababa de entrar Arturo en el restaurante con Clara. Enseguida se acercaron a saludar. Se sentaron dos mesas más allá y Arturo lo hizo en la silla desde la que podía mirarme.

—No sé qué hacer, Eli, no le he dicho nada a nadie... Y para serte franco... Estoy acojonado.

—Es difícil aconsejarte, Pedro. Yo no puedo decirte nada. Sabes que me tienes aquí para lo que sea...

Pedro me cogió las manos y se las llevó a su frente. Cerró los ojos y respiró hondo buscando un poco de equilibrio en su agitado estado de ánimo. Miré a Arturo de reojo, estaba serio, mirándonos... Pero yo no podía separarme de Pedro, me necesitaba y, si quería cogerme las manos, por supuesto que se las iba a ofrecer a pesar de las miradas recriminatorias de Arturo.

—Pedro... Seguro que todo se soluciona, ya verás...

Me miró incrédulo aunque agradeció aquel comentario que, por otra parte, no me creía ni yo.

—Pero... ¿lo habéis hablado?

—Sí, sí claro... Ella insiste en que quiere tenerlo —"no me extraña, con lo vieja que es", pensé para mis adentros muerta de la rabia. ¿Por qué Pedro se había dejado liar de esa manera?—. Pero yo no lo veo tan claro. Joder, Elisa, mírame, soy un crío.

No sabía muy bien qué poder decirle porque "sí, Pedro, eres un crío y tonto del culo" no creo que le hubiera ayudado demasiado.

—Pero, por otra parte, no estoy dispuesto a tener un hijo por ahí perdido sin conocerle ni hacerme cargo...

—¿Cargo, Pedro? De qué te vas a hacer tú cargo, si no tienes ni para caerte muerto...

—Bueno... me iría con ella a vivir, es la que tiene trabajo. Yo me quedaría con el crío.

—Vaya... pues sí que lo tenéis hablado, sí... —Me dio la impresión de que aquella mujer sabía muy bien lo que quería.

Acabamos de comer, así que Pedro y yo nos fuimos despidiéndonos de Arturo y Clara desde la mesa con un gesto de mano. Para cederme el paso Pedro me puso su mano en la cintura y se le "olvidó" quitarla hasta que salimos por la puerta. Yo no sabía muy bien cómo ayudarle. Me limité a escucharle y a prestarle mi apoyo en todo lo que necesitara. Me entristecía sobremanera verle así, ver como su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados acabando seguramente con su carrera.

Cuando nos pusimos a estudiar, ninguno de los dos pudimos hacerlo. Nos mirábamos en silencio, él preocupado y yo con mucha pena por él. Después de un rato intentando centrarnos, y ante el fracaso, decidimos bajar al pasillo de clase y esperar allí a que fuera la hora.

—¿Os vais ya? —nos preguntó Olivia.

—Sí, bajamos ya para clase —contesté ante la desgana de Pedro por

hablar.

—Pero si falta media hora...

—Uy... no sé yo, estos dos andan muy raritos últimamente. ¡Confesáadlo! Estáis liados! —dijo Raúl a pleno pulmón."No, si siempre va hablar el que menos debe, ¡confiesa tú!"

Justo en ese momento entró Arturo, escuchando aquel comentario de pleno. Tenía el don de la oportunidad. Su gesto serio no me pasó inadvertido, a pesar de su intento por ser simpático.

—Hola, chicos... Vaya Pedro, veo a que al final lo consiguió. Enhorabuena.

Pedro le respondió con una sonrisa triunfante, realmente no sé de dónde la pudo sacar estando la cosa como estaba...

—¿Estáis todos bobos? —En ese "todos" incluí a Arturo. Me ofendió bastante su comentario ¿dónde me dejaban a mí esas palabras?

Todos se rieron del comentario de Arturo y no sé si llegó a entender el mío, pero no tuve mucho más margen de maniobra, Pedro me echó fuera del departamento en un abrir y cerrar de ojos. Ya en el pasillo con Pedro, le recriminé su actitud chulesca con Arturo. Él se limitó a sonreírme de forma muy tierna y darme un pequeño toquecito en la nariz. No dijo nada más. A veces conseguía cabrear me mucho. Recibió una llamada de teléfono y se distanció un poco. Yo aproveché para mandarle un mensaje a Arturo.

WhatsApp:

No sé a qué vino tu comentario...

WhatsApp X:

Últimamente andas mucho con él... ¿No estarás jugando a dos bandas? Comidas, jueguecitos de manos... No es la primera vez que os veo así.

No me gustaba que pensara que yo podía estar interesada en Pedro... pero... venga, va... confieso que verle celoso me encantó.

WhatsApp:

Pues mira sí, estoy jugando a dos bandas. He conseguido conquistar a un hombre y ahora estoy a ver si cae un profesor distante... Pero me lo pone difícil...

WhatsApp X:

Seguro que ese profesor anda loco por tus huesos, se hace el duro, seguro.

Llegó Pedro y guardé el móvil. Le había llamado Vero llorando. Sin conocerla de nada no me caía bien. No la veía trigo limpio. Siempre le andaba

molestando y llamando cada cinco minutos. A Pedro parecía no molestarle aquella situación, así que no le hice jamás ningún comentario al respecto.

Poco a poco fueron llegando todos al pasillo y mis manos, como era habitual, se fueron congelando sin poder evitarlo. Al contrario que mis manos, mi cuerpo sí que notaba el calor que ya empezaba a hacer esos días y me recogí el pelo con un boli como hacía muchas veces para estudiar. Llegó Arturo, le vi desde lo lejos con aquel andar firme y seguro, mostrando distancia y ocultando su cuerpo perfecto tras aquella americana. Nos saludó a todos como hacía habitualmente. Entramos juntos por la puerta como si ya fuera nuestra rutina. Todos, como en un acto inconsciente, asumido y mecánico, me dejaban la última al entrar y esa pequeña excusa servía para rozar nuestros cuerpos con disimulo. Ya en clase se acomodó, abrió su maletín lentamente, preparó sus cosas y cuando estábamos todos dispuestos para coger apuntes, atentos y concentrados en escucharle dijo para sorpresa de todos:

—Vaya, srta Rivas, se ha recogido el pelo. Hace cinco minutos lo tenía suelto. Le queda bien, está muy guapa.

Un rubor intenso se estableció en mi cara sin que pudiera evitarlo. Me sorprendió de tal manera ante aquella afirmación que fue inevitable mi sonrojo y el escuchar las risas que rompieron el silencio que hasta aquel momento había en clase, no ayudó demasiado. Arturo se mostraba triunfante y su sonrisa al verme encogida y colorada se hizo visible también para el resto de los compañeros que, al final, no llegaron a saber si aquello había sido una broma provocada o lo pensaba en realidad. Sabía jugar muy bien con esa dualidad y lo aprovechaba para martirizarme mientras el resto no acertaban a entenderlo. Aquello, unido a que cada vez que levantaba la vista para escucharle, veía al hombre que había desfogado toda su pasión conmigo en el rellano de mi casa, hizo que no pudiera dejar de notar aquel ardor en la cara, por más que estuviera concentrada en sus explicaciones. Cada cierto tiempo tenía que poner mis manos heladas en la cara para que bajase aquel enrojecimiento que parecía haberse instalado en aquella zona. Al acabar la clase, y no contento con lo que había hecho al empezar, remató la faena.

—Srta Rivas, ya hemos terminado la clase, ya puede relajarse y volver a su color habitual.

Todos le rieron la gracia, dando por sentado que el comentario que había dicho al comenzar, había sido una broma para sacarme los colores. Poco después de terminar la clase recibí un mensaje de él.

WhatsApp X: (sí, lo sé, lo sé... tengo que cambiar la X por un nombre...)

Espero no haberte molestado con el comentario. Quería demostrarte que al profesor frío y distante, también lo tienes loco perdido.

WhatsApp :

Todavía estoy intentando recuperar mi color habitual.

No estaba enfadada, todo lo contrario, estaba encantada de ser el foco de sus comentarios a pesar de mi sonrojo.

Una vez acabadas las clases, todos bajaron a la cafetería. A tan solo dos días de la fiesta, el ambiente estaba más que enloquecido y la cafetería parecía más una taberna que otra cosa, así que yo subí un rato más a la biblioteca aprovechando que estaba medio vacía. Cuando el agotamiento se hizo demasiado visible, me fui para casa. Cogí el ascensor porque me encontraba realmente cansada. Se abrieron las puertas y entré. Cuando se estaban cerrando un brazo impidió que lo hicieran.

—Casi no te pillo. —Sonrió Arturo.

No contesté, me apoyé en la pared esperando a que las puertas se cerrasen, le miré con deseo. Él movió la cabeza intentando evitar lo que sabía que iba a hacer en cuanto las puertas estuvieran cerradas. Empezaron a cerrarse y fui a su encuentro lentamente. Él se apoyó contra la pared resignado a mi atrevimiento. Le miré muy cerca, tuve que ponerme de puntillas para llegar a su boca. Pasé mi lengua lentamente por sus labios. Cerró los ojos. Se abrieron las puertas.

—Hasta el viernes, profesor Losada.

Se quedó algo más rezagado en el ascensor y, poco antes de que se le cerraran las puertas de nuevo, despertó de su ensoñación y tuvo que darse prisa para salir antes de que le volvieran a subir. Yo le veía por el reflejo del cristal de la entrada y me entró la risa sin poder evitarlo. Se lo debía por lo de aquella tarde. Llegué a casa, me duché, me puse el pijama, hice algo de cenar y me tiré en el sofá a ver la tele. Me vino a la memoria el fin de semana que pasamos en la montaña y el hecho de que en aquella casa no hubiera televisión. Sonreí al recordar aquello que parecía que hubiera sucedido hace mil años.

Como no echaban nada en la tele, cogí un libro y me fui a la cama. ¿Qué estaría haciendo Arturo en ese momento? ¿Estaría pensando en mí como pensaba yo en él? Estuve tentada de coger el móvil y llamarle, pero no quise ser pesada. Me quedé dormida. A la mañana siguiente vino Pedro a desayunar conmigo. Seguía notándole igual de abatido y me daba mucha pena el no saber cómo ayudarle. Me pidió quedarnos en mi casa estudiando ya que no tenía

mucho ánimo para reír las gracias de nadie, así que como era lo único que podía hacer por él, lo hice gustosa a pesar de saber que no iba a poder ver a Arturo. Fuimos a la facultad el tiempo justo de las clases y después regresamos de nuevo a mi casa.

WhatsApp X:

¿Dónde te metes? ¡Hoy no te he visto en todo el día! Tampoco he sabido nada de ti.

No sabía muy bien qué contestar, si le decía la verdad seguramente se enfadaría, pero mentirle no entraba dentro de mis planes.

WhatsApp :

Hoy nos hemos quedado en casa a estudiar. Pedro no se encontraba bien.

WhatsApp:

¿ Y si no se encuentra bien por qué no se va a su casa?

Aquella pregunta me hizo gracia, parecía un niño enfadado a punto de tener una pataleta.

WhatsApp :

Emocionalmente hablando, hombre...

Sonó el móvil... Era él.

—Cógelo —me dijo Pedro.

—No, paso. Es de la compañía de teléfono. Son muy pesados.

Volvió a sonar. Volví a colgar.

WhatsApp X:

¿Por qué no me coges?

WhatsApp :

Estoy con Pedro... Si quieres que te oiga...

Volvió a llamar. Sabía que lo hacía para provocarme, pero también sabía que, de haberlo cogido, se hubiera arrepentido.

—Vale, venga me voy...

—¿Eh? No, Pedro ¿Por qué?

—Elisa, sé que no son los del teléfono. Ya es tarde, así que mejor me voy. Así podrás hablar con el misterioso X...

Pedro había visto la llamada. Si ya lo había dicho yo... tenía que cambiar la X.

—Añadí ese teléfono con la X para identificar a esa compañía cada vez que me llamara —le dije lo primero que se me ocurrió.

Sonrió para complacerme, pero creo que no se lo llegó a creer.

Una vez se hubo marchado Pedro, llamé a Arturo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Ya se fue.

—Ya lo sé. Estoy abajo. Abre.

¿Qué? ¿Aquel hombre estaba loco? Subió las escaleras casi antes de que pudiera colgar el móvil. Era pasmosa esa agilidad. No llevaba la americana por lo que parecía de nuevo un estudiante. Cerró la puerta tras de sí. Yo me senté en el sofá mirándole sorprendida, expectante y, sobre todo, encantada de que estuviese de nuevo ahí. Se acercó serio mientras dejaba la cazadora apoyada en el respaldo.

—¿Y bien?

Hice un gesto como de no comprenderle.

—¿Todo el día juntos, aquí metidos? —me aclaró.

—Estudiandoooo... —le interrumpí.

—No entiendo esa fijación que tiene por ti. ¿No ve que no te interesa?

—Hombre, gracias por el cumplido... Eso que dices es una tontería, a Pedro no le intereso, ¡por favor! Tiene cosas más importantes en las que pensar.

—Entre las que estás tú ...

—Qué no, de verdad, no sigas por ahí...

Su rostro parecía más relajado. Se acercó a mí poniéndose de frente mientras yo le seguía mirando. Me cogió en brazos y me enganché a sus caderas.

—¿Tú no sabes que no puedo pasar un día entero sin verte, sin saber de ti?

Le quise besar, pero no se dejó.

—¿Por qué no diste señales de vida? —me dijo pretendiendo estar enfadado.

—Estuve todo el día concentrada estudiando y con Pedro delante tampoco me pareció oportuno. Tú tampoco me llamaste a mí.

Le dije mientras salí de sus brazos de un salto. Le empujé y cayó en el sofá.

—Esperaba a que tú lo hicieras... Y ya ves, al final fui yo el que te llamó.

Estaba tan guapo, olía tan bien... Me senté a horcajadas en sus piernas y le besé. Le quité el jersey y la camiseta. Necesitaba notar otra vez aquel pecho, aquella espalda... Le acaricié. Él me miraba, me deshizo el moño que llevaba atado con el boli y enredó sus manos en mi pelo. Acarició mis hombros, mi

espalda. Al notar su mano tan masculina recorriéndome sin prisa, me sorprendió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Estás muy *sexy* con esta camiseta —dijo mientras me besaba un hombro—. Cada vez que te tengo cerca me haces enloquecer, pierdo la razón...

Le cerré la boca con un beso. Puso sus manos en mi trasero, empezó a atraerme hacia él despacio. Se levantó, me cogió al vuelo y me llevó a la habitación mientras nos fundíamos en un beso. Tumbados en la cama después de aquel encuentro, estuvimos un rato en silencio. Él miraba el techo parecía pensativo; yo de lado, le miraba a él.

—No sabía que estabas trabajando con Clara... —le dije para que desconectara de los pensamientos que estaba teniendo y que intuía no le hacían mucho bien.

—Sí, llevamos a cabo un proyecto bastante ambicioso. Por cierto, enhorabuena por el trabajo, de verdad, hicisteis un buen análisis, muy profesional...

—Gracias —le respondí orgullosa. Se produjo de nuevo un silencio.

—Elisa... Quiero detener el tiempo. No quiero que avance. Aquí, en este momento, contigo, ahora...

Se puso de lado apoyando su cabeza en el brazo. Con la otra mano me acariciaba el pelo. Se acercó lento, ciertamente como si quisiera que aquel momento fuera eterno. Me besó. Fue un beso diferente, lento, muy lento, casi infinito. Como en un intento de recordar cada milímetro de mi boca, se detenía para saborear cada momento de pasión y amor profundo que yo le entregaba. Aquel beso encendió mi cuerpo de forma inesperada, pero reprimí mis ganas de él, sabiendo que su necesidad era otra. Le ofrecí lo que buscaba, tiempo, ganas, amor... De la misma forma que lo empezó, lo acabó. Se alejó lentamente y me miró en silencio un rato.

—¿Qué pasa Arturo?

—Nada. Doy gracias por haber podido conocer este sentimiento, te doy gracias a ti, por habérmelo enseñado. —Sonrió para intentar quitar el dramatismo a sus palabras, pero ya era tarde. Habían calado en mí.

Estuvimos un rato más tumbados, abrazados, hasta que se levantó y empezó a vestirse.

—Me tengo que marchar. Es tarde y tengo que descansar un poco. Esta es una época dura de trabajo...

—Quédate conmigo, quédate a dormir...

Él me sonrió de aquella manera tan sensual y pícara.

—No puedo, de verdad. ¿Quieres que nos despierte tu amigo Pedro , cuando venga por la mañana a desayunar contigo?

Fruncí el ceño pero no insistí más porque sabía que tenía razón.

—Te veo en clase... —le dije...

—Yo espero verte antes... Tengo demasiadas ganas de ti

Cuando se fue, me tiré en la cama, satisfecha y enamorada. Loca y perdidamente enamorada, sin remedio.

XXXVI

Como predijo Arturo, Pedro me despertó a primera hora de la mañana para desayunar. Subió, y mientras yo me duchaba, preparó el desayuno. Realmente parecíamos un matrimonio bien avenido. Él se pasaba prácticamente todo el día conmigo, muchas veces me preparaba las comidas y en alguna ocasión hasta me traía la compra. Pensándolo y viéndolo desde fuera, no era extraño que Arturo estuviera algo cansado de verme siempre con él. Entendía que pudiera sentirse mal con aquella situación, de haber sido al contrario, yo no sé si hubiera sido capaz de resistirla. Pero si lo veía desde dentro... Mi cariño por Pedro era tan limpio que jamás en la vida me hubiera podido plantear tener una relación romántica con él. Solo de pensarlo me daba la risa. No, a Pedro no podría ni besarle, no me atraía lo más mínimo a pesar de ser muy guapo. Sus ojos verdes eran la admiración de muchas compañeras de clase y su forma de vestir, siempre a la última... Era un auténtico guaperas y él lo sabía explotar muy bien. Yo creo que, menos con Úrsula, con Sonia y conmigo, estuvo con todas las chicas de clase. Aprovechó muy bien las fiestas de la universidad.

Desayunamos y nos fuimos a estudiar a la facultad con el resto porque Pedro estaba de mejor ánimo. Allí, como siempre, nos esperaban todos con nuestros sitios reservados. Raúl ese día estaba ausente, era su gran día. La fiesta en la cafetería sería a partir de las seis y andaba como loco ultimando todo. A pesar de no apetecerme lo más mínimo, ahí estaría con todos apoyándole en su presentación como "organizador de fiestas".

Al rato de estar estudiando, apareció Arturo con uno de los trajes que solía ponerse cuando tenía algún evento o alguna reunión importante, metido en su papel de profesor. Me hacía gracia recordar que horas antes había estado en mi cama desnudo. Le sonreí con picardía. Me devolvió la sonrisa...

—Buenos días, chicos, espero que el jaleo de la fiesta no les impida estudiar, aprovechen antes de que empiece la locura...

Todos nos reímos, ese tipo de comentarios era lo que hacían de Arturo un

profesor cercano.

—Este tío cada vez está más bueno... Yo le pegaba un revolcón aquí mismo. —Soltó de repente Olivia—. Dios, no quiero que se acabe este curso, quiero seguir viéndole en clase...

—Por el horario del año pasado, el próximo año hay otra obligatoria con él, si no han cambiado las cosas —le respondió Sonia.

"Si supieran que tiene que dar otras dos más optativas...", pensé.

Cuando decidieron bajar a tomar un café yo puse una excusa para seguir estudiando. Nada más irse fui directa a su despacho.

—Adelante...

Sonrió al verme. No me esperaba. Me acerqué a su mesa lentamente y apoyé mis manos en ella inclinándome descaradamente para dejar visible mi escote, al que previamente había desabrochado un par de botones más.

—¡Hombre, srta Rivas! Buenos días, ha debido dormir muy bien porque la veo muy... humm... despierta... —dijo sin quitar ojo a mi escote.

—Sí, he dormido bien... sola, pero bien.

—Pues es una pena que una chica como usted. —Se levantó y se colocó detrás de mí— no duerma acompañada.

Empezó a acariciarme los pechos por encima de la camisa. Yo seguía en la misma posición aunque elevé un poco el trasero para que él pudiera notarlo con su cuerpo. Me separó el pelo del cuello y lo besó. Empezó a desabrocharme el pantalón...

—La puerta no está cerrada con llave...

—Me da igual, a estas horas no suele venir nadie... —me contestó encendido.

Me giró e introdujo su mano dentro de mi pantalón, noté su mano rozándome con la precisión exacta para arrancarme un suspiro. Le sonreí con picardía y sin saber de dónde saqué las fuerzas, le quité la mano.

—No sabes lo que dices, anda para...

—¿Cómo voy a parar si me tienes loco?

Me separé y me subí la cremallera del pantalón. Sus ojos irradiaban deseo, pero sabía muy bien que aquello era una locura. Se apoyó en la mesa desanimado y, justo en ese preciso instante en el que acabábamos de recomponernos, llamaron a la puerta.

—¿Arturo?

Era la vicerrectora que asomó la cabeza por la puerta sin sentirse en la obligación de esperar a que le dieran paso. Después de la impresión de ese

primer impacto visual, no pude disimular una sonrisa que aumentó si cabe su cara de pánico. Su rostro empalideció al verla entrar como si nada.

—Ah, perdona, no sabía que estabas ocupado —"claro si hubieras preguntado antes de entrar", pensé para mis adentros.

—Oh, no se preocupe ya me iba. Gracias por todo, Losada.

Cuando me fui seguía blanco, no sé en qué momento podría empezar a articular palabra, pero lo cierto es que cuando salí de allí seguía mudo. Aquella fue la primera vez que le vi nervioso en su trabajo.

A pesar de tener el susto en el cuerpo y ser consciente de que me llevaría un rato concentrarme, decidí no bajar a la cafetería y quedarme allí estudiando. Dos minutos después pasaron la vicerrectora y Arturo, que me miró de soslayo sin ninguna gana de dedicarme una sonrisa. Seguía pálido, con el rictus congelado y seguramente aterrado de pensar en qué hubiera pasado si llega a entrar aquella mujer unos minutos antes. No le juzgué por sentirse así, era un hombre muy comedido en su trabajo, muy responsable, pero aquel percance... el haber perdido así los papeles, me creaba la duda de si a partir de ese momento recularía en su actitud conmigo.

Al poco de estar allí subieron todos armando algo de escándalo. El ambiente ya era demasiado fiestero y di por perdido mi día de estudio. También necesitaba desconectar un poco, así que decidí unirme a ellos sin pensar en lo que tenía que estudiar.

Aquel día la facultad estaba cubierta de octavillas de la fiesta. El ambiente era demasiado distendido, profesores y estudiantes hablaban amistosamente en pasillos, cafetería... Aquello era demasiado bacanal para mí. Ese tipo de aglomeraciones y ambientes se habían desterrado de mi vida, y volver a ellos, me creaba cierta ansiedad. Pedro que lo sabía, me dio un abrazo amistoso y me susurró al oído:

—No te preocupes, Eli, yo estoy aquí, intenta disfrutarlo, ¿vale?

Le sonreí mucho más que agradecida. Aquel detalle me salvó de salir corriendo. Cuando empezó la clase de Arturo, alguno de los compañeros ya iba bastante contento, lo que propició que fuera más amena de lo habitual. Visto que muchos estaban ya muy excitados con la fiesta, decidió no avanzar en el temario y dejar la hora para preguntas. Una vez que todos estuvimos más o menos en calma, dejó su maletín encima de la mesa sin abrir y nos dio permiso para preguntarle lo que quisiéramos.

—¿Está usted soltero? —me susurró Olivia al oído partiéndose de la risa. Yo también me reí.

—Srta Rivas, o me dice de qué se está riendo con su compañera o tendré que decirle lo guapa que viene hoy con esa camisa negra, para que se vuelva a poner colorada...

Todos se volcaron en risas y vítores. Con la excusa de mi posible sonrojo, les había dicho a todos que le gustaba. Ninguno se percató. Todo era una broma y como tal lo tomaron. Él me miró con descaro y picardía. Yo, esta vez, no me sonrojé. La clase iba subiendo de tono y lo que empezó con preguntas normales de una clase de Historia, a medida que la cosa se fue haciendo más distendida, acabó con preguntas digamos... algo más personales: ¿lleva muchos años trabajando en la facultad? ¿A qué le dedica más tiempo a la investigación o a la docencia? ¿Y tiene tiempo libre? ¿Y...? Al final la pregunta del millón la lanzó Raúl desde el fondo de la clase, animado por la cervecilla de más que ya llevaba en el cuerpo...

—Es que hay muchas chicas en clase que se preguntan si tiene pareja...

Aquello provocó una verdadera algarabía, pitos, aplausos, olés... Arturo se reía mientras animaba al silencio con las manos.

—Pues lo cierto es que intentaba hacerme un hueco en el corazoncito de la srta Rivas, pero por lo visto aquí mi amigo Pedro Salvador, con sus notitas en clase, se me ha adelantado, ¿no es cierto? —Y le hizo un guiño de complicidad que, para mi sorpresa, Pedro le devolvió de muy buena gana...

—¡Uy, qué va! Yo estoy a ver si engaño a mi compañera Inma... —le respondió en el mismo tono burlón.

Todos saltaron de nuevo de la risa. Entendían aquellos comentarios con el toque jocosos que le solía poner Arturo a todas sus gracias y no vieron más allá de la simple broma, y al añadir Pedro aquel comentario sobre Inma, los aplausos y las risas fueron máximos. Todos estábamos exaltados, aquella clase preveía una tarde de fiesta sin remordimientos. Muchos alumnos fueron los que alentaron a Arturo a bajar a la fiesta, al verle tan joven y con la complicidad que había demostrado aquella tarde, se sentían con la suficiente confianza como para pasar un rato divertido con él.

—Bueno, chicos, tranquilos... Sí, claro que bajaremos yo y los demás profesores como todos los años a ver cómo hacéis el gamberro. Pero por favor, sed comedidos... "Como todos los años", al decir aquello, pensé en el año anterior. Seguramente nos habríamos cruzado tantas veces por los pasillos o en la cafetería... ¿Habríamos cruzado alguna mirada? No lo creía, era un hombre que no pasaba desapercibido. Me hacía gracia pensar que podríamos haber estado en la cafetería uno al lado del otro sin conocernos.

Cuando acabó la clase, la fiesta ya estaba, aunque no oficialmente, inaugurada. Al salir del aula, se chocó de bruces con una chica rubia, alta, delgada y exuberante que le hizo un gesto de disculpa demasiado... provocativo. Él se giró para ver a dónde se dirigía y vio, como todos, que se abalanzó sobre Pedro. Arturo me hizo un gesto con la cabeza preguntándome si aquella era la novia de Pedro; yo le respondí con los hombros con bastante desgana. Aquel gesto de Arturo me molestó un poco, ¿por qué se giraba? ¿Para saber adonde iba ?, ¿para deleitarse con su culo cuarentón? Entendía que era una chica que no pasaba desapercibida, pero aquel gesto me pareció exagerado. Era Verónica. Demasiado mayor para Pedro y demasiado... Provocativa..

—Uy, ¿eso era un profesor? No me dijiste que tenías profesores tan guapos...

Aquel comentario me pareció una total falta de respeto hacia Pedro y se lo hice notar con la mirada. ¡Qué mal me caía aquella chica! Se ha notado, ¿no?

En cuanto Pedro pudo soltarse un minuto de las garras de aquella cincuentona, se acercó a mí para comentarme que lo del embarazo había sido una falsa alarma. "¿Acaso creías que se iba a quedar embarazada con sesenta años? Mira que eres inocente, Pedro..." Es que a medida que pasaban los minutos a su lado, aquella mujer me caía peor. No estaba embarazada... me alegré profundamente de ello. Aquella chica no me inspiraba confianza y no me entraba en la cabeza qué hacía Pedro con ella.

Cuando llegó el profesor de la siguiente asignatura, desistió de impartir su clase al ver tremendo alboroto y sabiendo que, en unos minutos, empezaría el jolgorio en la cafetería. Lo cierto es que ya había muy pocos alumnos en clase. Todos le vitoreamos y poco faltó para que alguno le cogiera en hombros. Los profesores de sobra sabían cómo funcionaban las cosas en la fiesta y pusieron todo de su parte para que aquello evolucionara de la mejor manera posible. Era entrañable ver la cercanía y la simpatía con la que nos trataban y cómo se implicaban también para que resultara más divertida. Dejaban su habitual distanciamiento y seriedad en los despachos y bajaban encantados de ver aquellos festejos. Para mi sorpresa, se creó un ambiente muy poco habitual en las fiestas. Todo era compañerismo, risas y bromas sin mala intención, nada fuera de lugar. No hubo borrachos arrastrados ni ningún comportamiento del que debiéramos avergonzarnos. La diversión continuó de una forma respetuosa y divertida, muy divertida... Cuando llegó el momento de la inauguración oficial, bajamos todos a la cafetería. Estaba engalanada con guirnaldas y un

cartel enorme en el fondo con la imagen de San Isidoro, el patrón de nuestra facultad. Habían alineado todas las mesas formando un círculo a lo largo de toda la cafetería.

Tomamos asiento y empezaron a circular los vasos de cerveza y vino. Las ganas de vomitar al oler aquel vino añejo no desdibujaron la sonrisa de mi cara. Poco a poco fui acostumbándome a él e intentando persuadir a mi mente para no centrarse en esa pestilencia que circulaba de forma continua delante de mí. Yo opté por sostener una caña de cerveza para disimular, aunque no llegué a dar un solo sorbo. Empezaron los cánticos al patrón todos muy "solemnes" con nuestras copas en alto. Después empezó la locura: coplas, risas, cañas por aquí, vino por allá. Raúl sacó su guitarra para animar el ambiente y todos cantamos al unísono. Una hora después más o menos, cuando el ambiente ya estaba lo suficientemente caldeado, bajaron los profesores de Historia. Aquello era el desmadre, todos empezamos a vitorearles y ellos, encantados, nos seguían el rollo. Llamaron al profesor más longevo, nuestro querido Santiago, que debía tener por lo menos ciento un años, pero tan entrañable y tan buen profesor que todos respetábamos y admirábamos.

—¡Santiago, Santiago!

Y el hombre, como pudo, se fue acercando a las mesas.

—Venga ,Santiago, anímese con una copita de vino. —Le convidó un compañero.

El hombre, agradecido, aceptó dar un pequeño sorbo a la copa que le había entregado nuestra compañera más veterana, que tenía algo más de cincuenta años —y no, no me refiero a Vero, la "amiga" de Pedro—, pero con más marcha que muchos de nosotros juntos. Aquella mujer siempre se implicaba en todo lo que hacíamos y era una auténtica oradora a la hora de exponer sus argumentos. Su trabajo de comercial, le venía al pelo. Le acercó la copa y le ofreció un par de besos. Enseguida el grupo saltó enfebrecido:

—¡Que se besen, que se besen!

El hombre sonriendo aceptó dar ese par de besos en la mejilla a nuestra compañera y de pronto Raúl gritó por Arturo:

—¡Losada, Losada!

Cuando se acercó, y animado por las bromas que me había hecho los últimos días, Raúl gritó mi nombre.

—¡Que se besen, que se besen, que se besen!

Yo me quedé pálida, no me esperaba aquello. Tampoco esperaba que Arturo se dirigiera hacia donde yo estaba, me cogiera de la mano y me ayudara

a levantar. Una vez de pie nos miramos a los ojos. El grupo seguía alborotado gritándonos, pero yo dejé de oírlo. Ahí estábamos los dos frente a frente, delante de todos.

—¡Que se besen, que se besen!

Se agachó y me dio dos besos en las mejillas, muy lentos y muy cerca de mi boca. Se separó mientras me miraba con aquella sonrisa...

Raúl ya había alcanzado tal estado de euforia que se vino arriba y empezó a gritar:

¡En la boca, en la boca!

Pedro, de forma inmediata, le tiró una chaqueta para que se callara. Todos nos reímos y Arturo le miró pidiéndole un poco de relajación sin quitar la sonrisa de su cara. Después volvió a dedicarme esa sonrisa... Aquella sería la primera y última vez que nos besaríamos en público.

Vero, que se había unido desde el principio a la fiesta, parecía que llevara toda la vida con nosotros, se agarraba a uno, hablaba sin tapujos con otra... Y lógicamente se hizo notar delante de Arturo... Poco antes de que volviera a su sitio, se nos puso delante con sus dos... "pinzas de pelo" (como las llamaba Pedro) y le habló de forma muy descarada y muy poco respetuosa.

—¡Hola! Así que tú eres el famoso Losada, he oído hablar mucho de ti, aunque nunca me dijeron lo joven y guapo que eras...

La chica ya estaba demasiado contenta y todos la aplaudieron al ver su descaro. Ella se vino arriba y le provocó literalmente con sus dos... "pinzas de pelo", que por cierto, quedaban muy a la vista.

Raúl volvió a insistir con la traca del que se besen... Arturo me miró con cara pícaro al ver cómo me estaba encendiendo aquella situación, parecía encantado de verme así. La separó discretamente con sus brazos para no parecer descortés y dijo en voz lo suficientemente alta, que por aquel día ya era suficiente. A mí ya se me habían quitado las ganas de seguir allí. Se fue con el resto de profesores y siguió la fiesta. Ella, visto que no había conseguido el beso de Arturo, se lanzó a los brazos de Pedro de forma avasalladora y sin darle opción a respirar, le metió la lengua hasta la garganta. Pedro parecía encantado de tener a esa tipa en sus brazos. A mí me daban arcadas.

Noté como me vibraba el móvil en el bolsillo de la chaqueta que tenía colgada en la silla. Lo cogí y vi que era un mensaje de Arturo. Miré hacia él que seguía con el móvil en las manos escribiéndome.

WhatsApp X:

¿Te vas a quedar mucho rato más?

WhatsApp X:

Pon una excusa y sube a mi despacho.

Respiré profundo. Aquel hombre sabía cómo volverme loca. Le miré de reojo y le vi con esa sonrisa que me quitaba el sentido...

WhatsApp :

Veo que no te llegó con lo que pasó con la vicerrectora. Si me ven entrar o salir de tu despacho hoy que nadie está a los estudios. ¿Qué crees que pensarían?

WhatsApp X:

Necesito besarte... Me han puesto la miel en los labios...

Le miré, él seguía con su mirada fija en mí. Pedro me quitó el móvil de las manos.

—Déjate de mensajitos y sigue con la fiesta, anda... Seguro que el X ese puede pasar un rato sin ti...

Cuando volví a mirar a Arturo no le encontré, ya se había marchado. Inventé una excusa y me fui también, no sin pelear primero con Pedro para que me dejara ir. No sabía muy bien hacia donde dirigirme. Me quedé bloqueada en la entrada de la facultad, sin saber muy bien qué hacer. Le mandé otro WhatsApp .

¿Dónde estás?

WhatsApp X:

Detrás de ti.

Me giré sorprendida y le vi en una de las entradas que daban a los pasillos, apoyado como si de un *gigoló* se tratara. Estaba tan sensual con el traje, el maletín, apoyado en la pared mirándome desde lo lejos que tuve deseos de salir corriendo hacia él. Algo que no era muy factible debido al tránsito de personas que entraban y salían de la facultad. Se acercó lentamente hacia mí, de forma muy sensual desplegando todos y cada uno de sus encantos. Lo sabía hacer...

—Veo que ya se va, srta Rivas.

—Sí, aunque no tengo muy claro hacia dónde...

En ese momento, alguien que se acercaba le gritó.

—Espera no te vayas aún, qué bien que te he visto... —dijo la vicerrectora una vez que ya estaba a nuestro lado—. Vaya... hola otra vez —me dijo haciéndome sentir la típica alumna pesada.

Y yo, asumiendo mi papel de persona *non grata*, me despedí muy

amablemente y me fui para casa algo desilusionada, eso sí. No sabía cuándo podría volver a hablar con él. Aquel encuentro con la vicerrectora parecía llevar implícito un rato más de jornada laboral que, hablando en plata, venía siendo un marronazo de los buenos.

No era muy tarde pero estaba agotada. Había sido un día de demasiadas emociones y necesitaba equilibrar de nuevo mis energías. Me preparé un baño caliente con sales y espuma. Encendí unas velas y puse música intentando apaciguarme un poco. Allí relajada pensé en Arturo, en su porte, su saber estar... en cómo sabía manejar las situaciones y en cómo podía llegar a perder los papeles.... Era un hombre fuerte y a la vez débil, no le importaba mostrar sus sentimientos ni sus pasiones ni sus miedos... Era un hombre en todo su ser.

Salí del baño y miré el móvil. Nada, no daba señal de vida. Dejé pasar un poco más de tiempo antes de llamarle. Cené, leí, di vueltas por el salón, miré el móvil y al final opté por escribirle.

WhatsApp :

¿Estás muy liado? ¿Vas a venir?

Nada. No tuve respuesta. Esperé hasta una hora prudencial y me fui a la cama, estaba cansada y seguramente iba a dormir bien aunque no me contestara... Bueno, al final me costó más de la cuenta quedarme dormida. Eran las siete de la mañana cuando me sonó el móvil. Era Arturo.

—¿Estás despierta?

—Ahora sí —contesté sin tener pleno uso de mis facultades.

—Prepara una maleta con cuatro cosas, en media hora te espero en tu portal. Nos vamos a Madrid.

No me dio tiempo de reacción. ¿Qué? ¿Me lo decía así, media hora antes de irnos? Ese hombre se había vuelto loco... Y yo también. Empecé a saltar como si no hubiera mañana, mientras preparaba como podía una maleta con lo básico. Me vestí, me recogí el pelo y bajé al portal. En una situación normal, aquello podría haberme durado horas: odiaba hacer maletas y siempre me llevaba prácticamente el día entero prepararla. Bajé por el ascensor y cuando se abrieron las puertas le vi, apoyado en la pared mirando el móvil. No pude evitar una sonrisa. Aquel hombre estaba esperando por mí... Le miré sorprendida, él me sonrió pero no me saludó con un beso. Fuimos hasta un aparcamiento que había cerca, donde había dejado su coche. Aquello era toda una novedad. ¡Íbamos a salir de la ciudad en su coche! Qué digo íbamos a salir de la ciudad... ¡Estábamos andando juntos por la ciudad! Cierto que aún era muy pronto, pero un sábado por la mañana, y en pleno centro, podía

suponer encontrarte con algún alumno rezagado regresando a casa de alguna discoteca... Asumió el riesgo.

XXXVII

—¿A Madrid? Así, de repente, sin decirme nada... Te has vuelto muy, pero que muy loco, ¡ja,ja, ja! —le dije mientras entraba en su coche.

—Bueno, quería desquitarme del fallo que tuve el otro día al entregarte aquellas entradas para el teatro... Fue una torpeza.

—Sí, lo cierto es que sí... —Me reí al recordarlo—. ¿De verdad pensabas que iba a aceptar algo así?

—Ya... —dijo mientras arrancaba—. No sé en qué estaba pensando. Estaba deseando pasar tiempo juntos pero no me veía lo suficientemente seguro para hacerlo a vista de todos. Lo siento Elisa, de verdad.

—¿Y con eso quieres decir que ya te ves seguro para que nos vean?

Me miró de reojo riéndose.

—Bueno, bueno, poco a poco...

Me tapé la cara con las manos y me reí sin poder remediarlo. Estuvimos un rato sin decirnos nada, concentrados en la música y mirando la carretera. De vez en cuando se giraba hacia mí con los ojos encendidos, yo le sonreía orgullosa de poder causar en él aquel efecto. Apoyó su mano en mi pierna y resopló. Le miré intentando retener las ganas de lanzarme sobre él.

Llevábamos ya un rato largo en el coche cuando, en un giro inesperado y sin previo aviso, cogió la primera salida. Acabamos en una especie de polígono industrial. Aparcó el coche, apagó el motor con un gesto serio y solemne y se giró hacia mí deteniéndose unos instantes antes de abalanzarse sobre mi boca. Nos fundimos en un beso deseado, intenso al principio y lento después, saboreando la forma de nuestros labios. Enredé una mano en su pelo mientras que con la otra acariciaba su cara intentando retenerla con las yemas de mis dedos.

—No podía esperar un minuto más sin besarte. ¿Qué has hecho conmigo? Casi no me reconozco —dijo mientras volvía a su asiento dejándose caer en el respaldo. Hizo un silencio largo y continuó hablando—. Ayer pudo haber sido un día muy negro en mi carrera si nos hubiera visto la vicerrectora. ¿Qué clase

de encanto es este que anula completamente mi cordura?

Se frotaba la cara con las manos como queriéndose deshacer del embrujo que nos rodeaba. Nos miramos, sus ojos brillaban tanto como una luna llena. Sonrió mientras volvía su mirada al horizonte quedándose pensativo. Nunca supe interpretar aquellos silencios en los que se quedaba colgado pensando en algo que probablemente le atormentaba... Meses después lo entendería todo. Todo... Volvió a mirarme con aquella media sonrisa y arrancó el coche.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —le pregunté después de llevar un rato de viaje.

—Perdona, vi el mensaje por la mañana. Cuando acabé el trabajo, me fui para casa con un dolor de cabeza terrible. No pude hacer otra cosa que cerrar las persianas y meterme en cama. Lo vi hoy cuando encendí el móvil por la mañana. Lo siento, tenía que haberte dicho algo.

—No. No pasa nada. ¿Sufres migrañas?

—No, solo que a veces, con tanta carga de trabajo, creo que la cabeza me va a estallar...

Sonrió vagamente y me dio la impresión de que no quería seguir con aquella conversación.

Llegamos a Madrid al poco rato. No sabía muy bien a dónde íbamos. Atravesamos el centro dejándome fascinada la habilidad que tenía para sortear aquel tráfico caótico que a pesar de ser sábado había. Aparqué delante de un edificio que parecía un palacete del siglo XIX. Bajó del coche y entró a lo que debía ser la recepción de aquel hotel. Poco después volvió a subir al coche, me sonrió y aparcamos mejor.

Acostumbrada a los típicos hoteles de negocios en los que solía alojarme con mi abuelo por cuestiones de trabajo, aquello era poco más que el paraíso.

—¿Te gusta? —me preguntó al ver mi cara de sorpresa.

Le contesté afirmativamente con la cabeza.

—Es un antiguo palacio real...

—¡Ja, ja, ja! ¿Hay algo en la vida que no lo relaciones con la historia? —le contesté con un gesto bastante cómico.

—¿Hay algo en la vida que no la tenga?

—Lo nuestro... —dije arqueando una ceja haciéndome la listilla.

—La tendrá —sentenció sin más.

Me dio un golpecito en la nariz como acostumbraba a hacer Pedro e, inconscientemente, me acordé de él, borrándole inmediatamente de mi mente, ¡por favor!. Entramos en aquel hotel, y si la fachada era majestuosa, el interior

era como trasladarse directamente al siglo XIX. Amplios salones, suelos de mármol, techos altos, escaleras en forma de caracol...

Él me miraba satisfecho por la elección que había hecho, sabía que esa era una época que me gustaba de manera especial. Me cogió por los hombros y me dio un beso en la mejilla. Subimos a la habitación y ahí ya fue cuando casi me desmayo. Todo lo señorial que aparentaba ser el hotel, desaparecía cuando entrabas a la habitación y un diseño modernista, al que no le faltaba detalle, te daba la bienvenida. Deslicé las cortinas para que entrara la luz y las vistas al parque del Retiro acabaron por derrumbarme. Lucía verde, grandioso, con un sol que bañaba todas sus esquinas. Me apoyé casi sin fuerzas de la pura emoción en el marco de la ventana. Me agarró por la cintura y apoyó su barbilla en mi cabeza, nos quedamos un rato juntos observando aquellas vistas. Empezó a bajar sutilmente su mano hacia mi entrepierna agachándose para besarme el cuello. Me giré y le besé con todas las ganas que tenía atrasadas. Me desabrochó lentamente la chaqueta, mientras una mirada intensa y muy sensual se clavaba en mis ojos. Me intimidó un poco aquella intensidad y tuve que hundir mi cabeza en su cuello para poder recobrar el aliento. Inclino su cabeza hacia la mía en un gesto muy tierno y en ese momento me vi con la suficiente fortaleza como para empezar a eliminar las barreras que me impedían sentir su piel. Le desabroché la camisa dejando al descubierto aquel pecho desnudo que cada día parecía tomar más forma. Me cogió en volandas y me llevó a la cama donde acabamos fundiéndonos en un beso. Me encantaba notar esa necesidad que tenía de mí, a veces jugaba con ese poder hasta llevarle al límite. Me senté a horcajadas encima de él mientras me iba quitando la ropa a la vez que ejercía cierta presión intencionada con su entrepierna. Cuando mis pechos quedaron al descubierto, subió sus manos por mi espalda acariciándome hasta llegar a ellos, los agarró, los estrujó y se incorporó hasta alcanzarlos con la boca, arrancándome un gruñido de placer cuando clavó suavemente sus dientes en uno de ellos. Me incliné hacia atrás dándole permiso para hacer lo que quisiera conmigo, pero inmediatamente reulé y fui yo quien tomó el control. Acabó jadeando y sin tiempo suficiente para sacar su miembro de mi boca y dejarme la garganta y la boca llena de él.

—Joder, Elisa... —pude ver cómo se mordía el labio y cerraba los ojos.

Me incorporé y me atrajo hacia su boca. Me besó con los restos de pasión que le quedaba introduciendo entre nuestras bocas varios de sus dedos que enredamos entre nuestras lenguas. Acto seguido bajó aquella mano humedecida hacia mi sexo y lo frotó hasta que sus dedos se colaron sin

permiso dentro de mí. Me arqueé víctima del placer y noté como su miembro me daba pequeños golpecitos en la pierna reaccionando de nuevo. Aquello me sorprendió y creo que a él también. Inmediatamente sucumbió a las peticiones de su pene y se puso encima de mí encontrando sin problema el camino hacia mi interior.

—Ah... —un gemido de placer intenso recorrió mi garganta hasta llegar a mi boca cuando le sentí dentro—. No sabía que podías recuperarte tan pronto...

—¡Ja, ja, ja! Yo tampoco, Elisa... ¡Ah!

Sus embestidas me agitaron de tal manera que fue imposible retener los gemidos de placer y poco después caí rendida ante los latigazos de aquel clímax. Al acabar, nos quedamos un rato en silencio acompasando nuestras respiraciones.

—¿Qué voy a hacer contigo? —me dijo muy bajito susurrándome en el oído.

Nos quedamos un rato más disfrutando de aquella paz él y yo solos, lejos de todo y de todos, otra vez...

—Bueno —dije rompiendo aquel momento—, tendremos que aprovechar esta mañana tan estupenda que hace, ¿no?

—Nooo —me respondió hundiéndose en mi cuello.

Le miré de reojo, mientras se enredaba un poco más entre mis brazos. Sonrió con cara de niño pequeño y acabó accediendo.

—Venga, vamos, pesada.

Me dio un beso y saltó de la cama en busca de la ropa. Yo fui al baño para darme una ducha y no pude evitar un grito de sorpresa al ver aquella bañera. Estaba prácticamente en el medio del baño y era inmensamente redonda. Vamos... muy... apetecible.

—¿Qué pasa? —Vino al oírme gritar.

En cuanto le vi entrar por la puerta le hice un guiño muy tentador que él entendió a la primera, sonrió pero evitó tocarme.

—Ja, pero qué dices... ¡Estás loca? ¡si ya no puedo más!

Esas fueron sus últimas palabras antes de que le agarrará por los brazos y le fuera introduciendo en aquella bañera pecaminosa que había preparado con espuma, bajo cientos de besos por todo su cuerpo... Siempre podía más...

Al final cuando bajamos, era la hora de comer. Fuimos andando por las calles de Madrid. A pesar de que era una ciudad a la que yo tenía especial manía por la de veces que tuvimos que ir mi abuelo y yo por cuestiones de

trabajo, ese día brillaba de forma particular. Nunca me había fijado en lo bonita que era. Sus calles tan señoriales, el Retiro con esa luz que desprendía... hacía que pareciera una ciudad nueva, diferente a como yo la había visto con anterioridad. A todo eso se sumaban las explicaciones que Arturo me iba dando de todas las calles y edificios importantes por los que pasábamos. La belleza que descubrí aquel día en Madrid quedaría instalada para siempre en mi corazón y formaría parte de una etapa de mi vida, no mucho tiempo después. Estábamos cerca de la calle donde se encontraba uno de los mejores restaurantes de Madrid al que precisamente me llevó a comer. Compartíamos el gusto por el buen comer. Fue una comida muy agradable, no solo por el menú sino por las risas que no paraban y sus miradas descaradas.

—¿Quién era la chica esa de ayer? —preguntó mientras nos traían el postre—. No la había visto nunca...

Le miré con ojos recelosos, él sonrió. Le encantaba verme en aquella actitud.

—La novia de Pedro —dije con bastante desgana— ¿De verdad teníamos que hablar de ella?

—¡Vaya! —dijo muy sorprendido.

—Vaya ¿qué? ¿Vaya?, ¡guau!, con qué tía más buena está saliendo Pedro.

—No pude evitar contestarle de esa manera.

Él parecía más que encantado.

—Vaya, que no le pega nada... —me contestó con media sonrisa—. No sé, parece mayor y...

—Fue a hablar... Tú también eres mayor... ¿y?

—Demasiado provocativa para él, ¿no crees? Provocativa y... descarada, diría yo.

Miré hacia un lado, no me interesaba seguir con aquella conversación.

—¿Qué pasa Elisa? ¿Te molesta que Pedro ande con una chica así...?

No entendí muy bien esa pregunta.

—¿Una chica así? ¿Así cómo? Me molesta que hables de ella de esa manera, como queriendo ...

—¡Ja,ja,ja!, ¿como queriendo qué, Elisa?

Evité contestar para no provocar una discusión. Me estaba enfadando y él parecía disfrutar con todo aquello.

—No es su físico lo que me ha llamado la atención... Yo he estado con mujeres muy espectaculares, Elisa, y ya te dije que mis relaciones eran ... pues eso, solo sexo.

—¡Puaj!, de verdad, no quiero hablar de esto... —me quedé un rato callada, pero en seguida seguí con el tema—. ¿Te parece poco, solo sexo?

Imaginarle sobre otra mujer con aquel cuerpo perfecto y la agilidad de aquellas manos que trasladaban directamente al paraíso me ponía enferma.

—Después de conocerte a ti y de conocer lo que es "hacer el amor" ya no podría volver a tener sexo con nadie. El sexo con amor es la experiencia más placentera que he vivido en la vida —hablaba lento, desplegando de forma intencionada toda la sensualidad de su cuerpo. Intentaba conseguir que sus palabras me acariciaran como sus manos lo hacían en mi piel—. Jamás pensé que provocar placer en una mujer fuera de las cosas más placenteras que podría conocer. Solo ver cómo disfrutas de mis caricias y mi de cuerpo es lo que más me ha provocado en la vida. —Se levantó, cogió su silla y se sentó cerca de mí, mientras seguía hablando de aquella manera—. Me gusta ver cómo te estremeces cuando te toco, cómo tu interior palpita cuando estoy dentro de ti, me gusta oír tu respiración entrecortada cerca de mi oído cuando mis dedos se entretienen en las puertas de tu entrada. Me encanta ver cómo tus caderas se mueven en busca del placer que sabes que quiero darte..

Aquellas palabras junto con aquella forma de hablar me encendieron de forma inesperada. Noté como sus dedos se colaban entre mis bragas y se movían al ritmo de sus palabras. Inmediatamente mis caderas empezaron a bailar al mismo son con mucho disimulo, intentando que la gente que estaba allí comiendo no se percatara del asunto, mientras él disimulaba su excitación mordiéndose el labio. Poco tiempo después consiguió lo que pretendía y en cuanto lo notó, guardó silencio con una sonrisa triunfadora. Se volvió a colocar en su sitio cuando vio llegar al camarero que venía con los postres. Sabía cómo hacerme desfallecer. Sonrió al camarero mientras nos servía sin dejar de mirarme y yo, un tanto aturdida, intentaba recomponerme.

—¿Tienes alguna duda más que necesites que te aclare?—dijo en tono burlón.

Carraspeé mientras le sonreía.

—No. Me ha quedado bastante claro que el haber mantenido tanto sexo... ¿cómo lo llamabas? —le dije poniendo cara de circunstancia— automático y sin amor, te ha convertido en todo un experto en la materia...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, si a la práctica le sumas un aliciente nuevo como es el estar enamorado... —hizo una pausa—, creo que el tándem es más que perfecto.

Me sonrió de aquella manera y yo no pude hacer otra cosa que rendirme a

sus encantos. Joder, tenía la misma facilidad para dejarme sin palabras como sin aliento.

Después de comer fuimos hasta el Retiro paseando de la mano, pero aquello era tan nuevo para mí que hasta me sentía algo extraña.

—Si te vas a sentir mejor yendo cada uno por su lado, te suelto la mano... —me dijo burlándose de mí.

—Qué quieres, después de tanto tiempo sin estar así, se me hace raro...

—Vale, vale... —y me soltó la mano acelerando el paso para adelantarse. Se reía de mí descaradamente.

—Nooo —le grité dramatizando—, ven aquí, que me encanta estar así contigo.

Le agarré por la espalda y nos fundimos en un abrazo sincero.

Recuerdo esa tarde de primavera en la que el calor ya se iba haciendo notar. Nos sentamos cerca del estanque, estaba bañado de oro por la luz del sol. Corría un aire cálido que hacía más que agradable aquel momento. Se sentó detrás de mí con las piernas separadas y yo me encajé en aquel hueco, apoyando mi cabeza en su pecho perfecto. Estuvimos allí sentados un buen rato descansando del paseo y mirando el estanque que parecía más bonito que nunca.

—¿Estarás descansada para esta noche?...

Giré la cabeza para mirarle asustada.

—¿Descansada para qué? ¿No has tenido suficiente? No me asustes.

Sonrió mientras buscaba algo en su bolsillo. Cuando lo encontró y me lo puso frente a la cara, no acerté a verlo bien y lo cogí para mirarlo mejor: *Ballet imperial ruso: EL LAGO DE LOS CISNES*. Teatro de la Luz Philips

—Te lo debía... —dijo.

Me quedé en silencio, mirando las entradas en mi mano. El *ballet* imperial ruso... Nunca había tenido la oportunidad de verlo en directo y ahora tenía en mis manos dos entradas nada más y nada menos que para *El Lago de los cisnes*, la obra más bonita jamás bailada... Madrid, el hotel, aquella tarde, el *ballet*... No podía ser otra cosa que un sueño.

—¿Estás bien? ¿Te gusta? ¿No me habré equivocado en los asientos, verdad?

—Estoy emocionada —dije con un hilo de voz—. No tengo palabras. De verdad Arturo, esto... esto es una pasada... no puede estar pasando.

—Pues sí, Elisa, está pasando, así que sécate esas lágrimas y vámonos al hotel que tenemos que descansar un poco —dijo para evitar mostrarse

emocionado, aunque Arturo no era hombre de ocultar sus sentimientos.

Nos levantamos y mientras se sacudía el pantalón no pude evitar darle un abrazo haciéndole tambalear. Fue un abrazo sincero, un abrazo de amor verdadero.

"¿Cómo es posible que hagas esto, que me hagas sentir así?", pensé y como leyéndome el pensamiento, en una décima de segundo, contestó a mis reflexiones.

—Elisa, yo te quiero. Te quiero como jamás he querido a nadie. De hecho, es la primera vez que conozco este sentimiento, nunca antes, jamás, lo había sentido. Ni siquiera me había acercado a imaginar lo que se podía sentir. No quiero que pienses que hago todo esto para acostarme contigo, lo digo por lo del otro día en tus escaleras, quizá pudo parecer que mi única intención era esa, pero te aseguro que no. Lo hago porque quiero compartir estos momentos contigo, porque soy feliz teniéndote a mi lado, porque me oxigenas. El sexo viene sin poder evitarlo...

—¡Ja, ja,ja! No me sentí mal por lo de las escaleras...

—Es que a veces pienso que te agobio demasiado... Pero te prometo que es porque no puedo evitarlo, me enciendes solo con mirarte...

Y sonrió de aquella manera, le alboroté el pelo juguetonamente, y sin decir nada más, nos fuimos al hotel. Nada más llegar nos dejamos caer en la cama rendidos no solo por el paseo sino también por las emociones que teníamos a flor de piel. Me quedé dormida en el pecho de Arturo sin poder evitarlo, y cuando desperté una hora más tarde, me lo encontré a mi lado abrazándome mientras sostenía un libro con la otra mano.

—Vaya, vaya... veo que eres bastante dormilona...

—No... —dije hundiéndome en su pecho— lo que pasa es que estaba cansada. Con los exámenes tan cerca cada vez dedico más horas al estudio y menos al descanso...

—Ya claro.. —dijo riéndose mientras empezaba a burlarse de mí—. Pues haces bien en ir estudiando. Nadie mejor que tú sabe que no es bueno dejar las cosas para última hora, que luego pasa lo que pasa...

—¡Brrr... no, Arturo! No volvamos a recordar tu examen...

—No, no, desde luego no es muy memorable... ¡ja, ja, ja!

Y acabé por darle un almohadazo para zanjar la conversación.

Se acercaba la hora de salir, nos arreglamos y fuimos a cenar algo por Gran Vía, pero yo estaba tan febril que no me entraba ni un trozo de lechuga. Arturo, que no dejaba de sonreír, me miraba satisfecho de verme tan

entusiasmada. Llegó la hora del teatro. Me puse muy nerviosa al estar rodeada de tanta gente. El hecho de que no me gustaran las aglomeraciones, unido a los nervios que ya llevaba por ver aquella obra, hicieron que estuviera a punto de desmayarme. Las piernas me flojeaban y en alguna ocasión tuve que apoyarme en Arturo.

—Como sigas así voy a tener que cogerte en brazos como si fueras una niña —me dijo bromeando.

Forcé una sonrisa. Después de lo que me pareció una eternidad, llegamos a nuestras butacas. La vista desde allí arriba era espectacular. Nos sentamos. Yo lo miraba todo entusiasmada, él me miraba a mí. Al cabo de un rato se apagaron las luces. La gente aplaudió instintivamente mientras el telón empezó a abrirse lentamente y a medida que la música ya iba acompañando la representación, los aplausos fueron cesando. Arturo cogió mi mano y la besó. Acto seguido me la soltó, como queriéndome dejar aquel momento para mí sola, en íntima conexión con la danza, mi gran y única pasión hasta aquel momento. Yo le agradecí el gesto con una sonrisa, pero aquella experiencia quería vivirla con él. Le cogí la mano y la deposité de nuevo en mi pierna mientras me dejaba llevar por la belleza de aquel espectáculo. Cuando terminó apenas podía respirar, estaba en una especie de apnea desde prácticamente el primer acto. Nos quedamos en silencio un rato hasta que se fue despejando el palco. Me miraba. Recuerdo la ternura de aquella mirada, le noté emocionado por verme feliz... Emocionado por verme feliz... ¡Madre mía, aquel hombre era de otro planeta! Jamás había conocido a nadie así.

Una vez recuperado el aliento, conseguí pronunciar un gracias con el único hilo de voz que estaba despertando de aquella ensoñación. Me dio un beso en la frente y nos marchamos. Poco a poco fui recuperando el habla y con él los sentidos.

—Ha sido grandioso, espectacular... Gracias, Arturo, gracias por todo...

—¿Crees que esto servirá para neutralizar mi metedura de pata con las entradas que te di en mi despacho? —Me sonrió tiernamente...

—Bueno, lo de esas entradas fue una cagada muy grande y... —le dije para picarle— te recuerdo que me has traído a Madrid para que nadie nos vea... Te lo vas a tener que currar más...

—Ahí te equivocas. Te he traído a Madrid porque era donde actuaba el *Ballet Imperial Ruso*, de haber sido a Valladolid, lo hubiéramos visto allí.

Aquella confesión me extrañó tanto como me gustó ¿de verdad me hubiera llevado al teatro en Valladolid?. Seguro que sí, Arturo era un hombre de

palabra.

Fuimos andando hasta el hotel. La noche no estaba muy fría y fue agradable ir recuperando mis sentidos a pie de calle. Le expliqué toda mi relación con la danza, mis años de bailarina, cómo aquella afición fue forjando un carácter, unos gustos. De esos años me vinieron la afición por la buena música, por la buena alimentación y fui marcando distancia con el resto del mundo. A pesar de ser una niña bastante sociable y estar siempre rodeada de buenos amigos, mi inclinación por cualquier forma de arte, estaba mucho de los intereses de los niños de mi edad y a veces me sentía como pez fuera del agua cuando pasaba demasiado tiempo con ellos. Y no es que me sintiera un bicho raro, pero pronto entendí que cada etapa de la vida nos va marcando, y las decisiones que vamos tomando de jóvenes van dando forma a lo que seremos de adultos. Mi distanciamiento paulatino con los niños de mi edad hizo que en mi adolescencia y juventud me alejara de los círculos cerrados. Tenía muchos amigos, eso sí, pero jamás profundicé demasiado en ninguna amistad por no llegar a encontrar una conexión sincera con nadie. Solo en aquellos años de universidad pude sentir que formaba parte de un grupo en el que me sentía verdaderamente cómoda. Incluso mis "malos años" de rebeldía con mi familia, después de acabar el instituto, me ayudaron a ser lo que era en aquel momento.

Estuvimos hablando y reflexionando sobre todo aquello, y cuando quisimos darnos cuenta, ya habíamos llegado al hotel. Era bastante tarde y mi cansancio por las emociones de todo el día acabaron haciendo mella. Me tiré desplomada en la cama, Arturo hizo lo mismo a mi lado, y después de un rato en silencio mirando el techo, me instó a ponerme el pijama y dormir, pero yo estaba tan ensimismada en mis pensamientos que apenas escuché lo que me dijo y acto seguido noté un almohadazo en la cara. Aquello sí que acabó de despertarme del ensueño. Cogí la mía preparada para la batalla y le respondí de la misma manera. Estuvimos jugando un buen rato hasta que nos empezamos a alterar demasiado y los gritos y risas empezaron a ser demasiado estridentes para aquella hora de la noche. Arturo, muerto de la risa, me tapó la boca con su mano y caímos de nuevo en la cama. Se levantó después de un rato de risas ahogadas en nuestros cuerpos, sacó mi pijama de la maleta y me lo lanzó.

—Póntelo, anda, que es tarde.

Me puse el pijama mientras miraba cómo sacaba su ordenador y lo encendía en la mesa. Me quedé con cara de boba esperando en la cama a que viniera. Crucé los brazos y carraspeé alto para que se diera cuenta. Se giró y

me miró extrañado. En dos minutos había conseguido concentrarse de forma asombrosa.

—¿No vienes? —Mi mirada no intentó disimular las ganas de que se metiera en la cama.

Se acercó arrastrándose lentamente hasta la cama y me dio un beso largo, intentando sofocar mis ganas... lógicamente consiguió el efecto contrario.

—Tengo que terminar algunas cosas, descansa Elisa...

—Hum... y me vas a dejar así... No puedes terminarlo otro día...

—No —me dijo mientras se metía conmigo en la cama—. Tengo demasiado trabajo atrasado.

Me abrazó y se quedó a mi lado hasta que poco a poco el sueño me pudo. Cuando me desperté eran las cuatro de la madrugada y seguía en la mesa trabajando. Me acerqué a él despacio sorprendiéndole con un abrazo por la espalda.

—¿Qué haces despierta?

—Me desperté y no te encontré en la cama... Trabajas demasiado, es muy tarde...

Le acaricié el pecho, me cogió del brazo y me sentó encima de sus piernas, me besó con ganas.

—Vuelve a la cama anda... Yo enseguida acabo...

Le puse morritos pero no surtió efecto, me miró con gracia e insistió en que fuera a descansar. Me fui a la cama algo enfurruñada y me quedé mirándole... Poco a poco me volví a dormir. Cuando nos despertamos ya era tarde y no llegamos al desayuno del hotel.

La mañana aparecía radiante como el día anterior. El sol lucía y el Retiro se veía verde, frondoso y oxigenaba lo que en aquella hora era una calle con bastante tráfico. Él, tumbado con los brazos detrás de su cabeza, me miraba sonriente mientras yo retiraba las cortinas de la ventana. Sin muchas ganas de salir de la cama, me hizo un gesto con la mano para que fuera junto a él. Fui, extendió su brazo para que me metiera en el hueco que me había dejado y me abrazó. Me dio un beso en la cabeza y nos quedamos acurrucados un buen rato.

—¿Qué tal lleváis el trabajo del libro? —me preguntó ante mi sorpresa de que sacara temas relacionados con su asignatura.

—Bien, sorprendentemente bien. Puede que te lo entreguemos la próxima semana si todo marcha igual y no perdemos el ritmo. Queremos quitarnoslo antes de empezar con los exámenes. ¿De verdad entra para la nota?

—Sí —dijo sonriendo mientras se levantaba de la cama y preparaba la

ducha queriendo zanjar así el tema que él mismo había sacado.

—Pues no podías haber escogido mejor época... —dije con ironía...

Me miró desde el cuarto de baño con esa sonrisa pícaro que también sabía poner... Oí el grifo de la ducha y pude ver su silueta desnuda desde la cama. ¿Cómo podía ser tan perfecto? Me metí con él en la ducha y nos duchamos juntos. Me frotaba el pelo enredándomelo todo lo que podía y colocándomelo en la cara.

—Y así el *Homo erectus*, una vez dominado el fuego, empezó a fabricar armas y herramientas con destreza... —Se burlaba de mí mientras no paraba de reírse.

—Muy gracioso, sí señor... El profesor payasadas...

Prolongamos aquel momento hasta que nuestra piel pidió a gritos que la secáramos.

Una vez vestidos y arreglados, desalojamos el hotel y fuimos hasta el centro disfrutando de aquel ambiente dominguero que se respiraba. Tomamos un café delicioso en una cafetería cercana al centro bastante barroca que, años más tarde, pasaría a formar parte de mis lugares favoritos de Madrid. Comimos en un restaurante vegetariano sin prisas. Decidimos disfrutar de la comida saboreando aquella combinación de sabores tan bien elaborados que nos servía de excusa para alargar el momento de estar juntos; porque sabíamos que, después de aquella mañana, tendríamos que regresar a la dura y fría realidad: miradas disimuladas, encuentros furtivos y mucho, mucho trabajo. Lo que quedaba de curso se presentaba demasiado agotador y yo no estaba dispuesta a bajar mi nivel de exigencia. Todo eso iba a requerir mucho tiempo de estudio y concentración... concentración que estaba tocada y hundida gracias a Arturo y que me veía en la obligación de volver a reconstruir si no quería perder el curso y... Elisa Rivas no estaba dispuesta a ensuciar su expediente suspendiendo alguna asignatura. ¡No señor! Adiós Arturo... Bienvenidos estudios. Ah... qué fácil era pensarlo, pero qué difícil me iba a ser llevarlo a cabo, sobre todo sabiendo que en aquellos encuentros a escondidas, en aquellas miradas furtivas seguramente surgiría más de un malentendido que me llenaría la cabeza de dudas.

XXXVIII

—Otra vez... una despedida... —le dije según metía el coche en el *parking*.

—Esta vez es menos dolorosa... Elisa, ya no me voy a separar más de ti, ya no tengo miedo...

—¿A que nos vean? ¿Estás seguro? —le dije arqueando una ceja, confiando muy poco en lo que me decía...

—Bueno, tampoco hay que ir de la mano por los pasillos... —Y se echó a reír. Le di un pequeño golpe en el brazo, entendiendo perfectamente que aún no estaba preparado del todo.

Le di un beso de despedida, largo y muy sentido. Estábamos cerca de mi casa, así que decidí ir andando sola.

—Déjame acompañarte... —dijo sabiendo que la despedida se me estaba anudando en la garganta.

—No, de verdad. Prefiero ir sola, no quiero hacerte pasar por el mal trago de que nos vea alguno de tus muchos alumnos... —le dije bromeando a duras penas.

—Voy a ir, no seas cabezota...

—Que no, de verdad. Sería más duro despedirte en mi portal y no poder darte un beso de despedida. Despidámonos aquí.

Y sin dejarle opción a réplica volví a besarle notando cómo rodaba una lágrima por mi mejilla que fui incapaz de retener. Aquella angustia interna me fue muy difícil de disimular porque, cada vez que nos separábamos después de pasar tanto tiempo juntos, me invadía la asquerosa sensación de que sería la última vez y de que aquellas semanas que viví muerta en vida por su distanciamiento se volverían a repetir.

Al verme tan apenada me agarró de la mano reteniéndome unos segundos e intentó sosegar me con un "tranquila", que me supo más a despedida que otra cosa.

Pero estaba equivocada, aquello no sería el final...

Salí del *parking* envuelta en un revuelo de pensamientos que iban desde

los momentos más bonitos que habíamos vivido aquel fin de semana hasta la amarga sensación de que aquella volvería a ser una dolorosa despedida. Cuando metí la llave en el portal vi su reflejo en el cristal del comercio que tenía al lado . Me giré sorprendida y le vi allí, a unos metros detrás de mí. Se encogió de hombros de forma muy cómica cuando le miré y me sonrió. Me lanzó un beso con la mano que yo le devolví ya dentro del portal. Al llegar a casa y sin poder remediarlo me puse a llorar. Ahí estaba Elisa Rivas derrotada ante un sentimiento que la sobrepasaba. Lloraba por lo feliz que era, por cómo me cuidaba, por cómo me hacía sentir, por todo lo que hacía por mí, por cómo cambiaba el color de las cosas para que a su paso todo fuera más bonito.

Tuve poco margen para desahogar mis emociones; cinco minutos después, Pedro llamó al telefonillo. En cierta manera agradecí que interrumpiera todos aquellos pensamientos, en el fondo tenía miedo de atragantarme entre tanta purpurina, me asustaba sentirme tan feliz y una dosis de realidad me vendría de perlas para salir a flote.

Le dejé la puerta abierta para que entrara mientras yo recogía un poco la maleta. Cuando llegó, cerré la puerta de mi habitación para que no pudiera ver toda la ropa esparcida por la cama y no me acribillara a preguntas que no me apetecía contestar.

—¿Sabes a quién acabo de ver?

Me dio un vuelco el corazón.

—A Losada, he estado un rato hablando con él...

Aquello me sorprendió.

—¿Ah sí, tú hablando con él? Eso sí que es una sorpresa. ¿Y qué hacía por aquí?

—No sé, chica, no le pregunté tanto. Me saludó y nos paramos a hablar. Justo le comenté que venía a tu casa a hacer su trabajo, ya sabes, para hacerle un poquillo la rosca...

—¡Ja, ja, ja! cómo eres...

—Creo que no se lo creyó ¡ja, ja, ja!

"¿Cómo se lo va a creer, alma de cántaro?", pensé sonriendo...

—No pongas esa sonrisilla, ¿acaso no podía ser verdad?

—Sí hombre, sí... Aunque se te ve muy ligero para hacer un trabajo... ¿tu mochila, carpeta, libros...? ¡Ja, ja, ja!

—Mujer, tampoco hay que fijarse tanto en el detalle... ¡Ja, ja, ja!...

"Ay... mi Pedro..."

No supe muy bien a qué fue esa tarde a mi casa, lo más lógico era que

estuviera con su exuberante novia dando un paseo o tomando algo en vez de estar allí conmigo, pero tampoco quise preguntar; en cierta manera me gustó volver pisar tierra firme con él a mi lado. No me dejó demasiado tiempo para descansar. Al poco de estar allí, me agarró del brazo, cogió las llaves de mi casa y nos fuimos a la calle. La verdad es que hacía un día muy primaveral y daba gusto pasear. Yo hubiera preferido pasear con Arturo igual que habíamos hecho horas antes por Madrid (sin desmerecer la compañía de Pedro, entiéndaseme bien) y por eso no entendía cómo Pedro prefería estar conmigo a estar con su novia, él que no tenía problema alguno en ir con ella de la mano por la calle.

Fuimos hasta una zona cercana a la facultad, al lado del río Esgueva, por la que daba gusto pasear sin el jaleo típico del centro y con bonitas zonas ajardinadas. Fue un buen momento para que me pusiera al día de todo lo que había pasado en la fiesta y hablar un poco del susto que se había llevado con el tema del embarazo de su novia, que cada día, por qué no decirlo, me iba cayendo peor. ¿O ya lo he dicho?

A Pedro, que no le faltaba tema de conversación, le encantaba detenerse en detalles sobre su relación con Vero que a mí, sinceramente, me hubiera gustado desconocer. Lo hacía con intención, sabiendo que esa chica no era santo de mi devoción. Se le veía muy "enamorado" (lo entrecomillo porque enamoramiento y Pedro, no eran palabras que encajaran muy bien) o eso se esforzaba por hacerme entender. Si bien es cierto que esa mujer nada tenía que ver con él, también era verdad que, cuando estaba con ella, el resto del mundo dejábamos de existir. Veía cualidades en esa chica... bueno "chica", mujer más bien, que el resto no apreciábamos. Su saber estar y ese amor y respeto que le profesaba fue algo que ni yo ni el resto de mis compañeros jamás llegamos a ver. Pero él era feliz o al menos eso era lo que se empeñaba en demostrar, así que no hicimos el más mínimo intento por hablar con él del tema para darle nuestras impresiones.

WhatsApp X:

Echo de menos tus manos acariciando mi pecho mientras trabajo con el ordenador.

Miré el móvil sin sospechar que era Arturo el que me había mandado un mensaje, no pude evitar una sonrisa.

—Como me digas que es tu abuelo, te cojo el móvil y lo miro. No me lo creo, guapa —me dijo inmediatamente después de guardar el móvil a toda prisa—. Confiesa. Llevas un tiempo rarita y sé que tienes algo por ahí.

—¿Mi abuelo? ¿Por qué iba a ser mi abuelo? ¿Qué crees, que no tengo más vida social?

Me miró con cierto recelo, sabía cuál había sido mi trayectoria en el pasado y no creía que guardase el teléfono de ningún compañero de Londres y mucho menos del instituto.

—Venga, dímelo, sé que estás con alguien, Eli. ¿No tienes la suficiente confianza conmigo para contármelo...?

—Sí, claro que la tengo, pero es que no hay nada que contarte, Pedro —La verdad es que estuve tentada a confesarme, necesitaba gritar al mundo que amaba a aquel hombre.

No insistió más, pero por el rictus de su cara, llegué a pensar por un momento que sabía todo lo que estaba pasando y que solo necesitaba que yo se lo confirmase. No, no, qué bobada, aquello no podía ser. Nos habíamos guardado mucho de que eso sucediera. No me quería ni imaginar la cara que se le hubiese quedado de habérselo contado. Con la tensión retenida que había entre ellos dos, lo último que necesitaba es que Pedro me abriera los ojos con sus argumentos de "ese tío es un sinvergüenza que va a lo que va", "es el típico (ni que hubiera muchos) profesor guaperas que se fija en sus alumnas". En fin, que no tenía la necesidad de estar justificando continuamente aquella relación.

Su mirada me tensó un poco porque, a pesar de que pretendía disimularlo, sabía que estaba furioso. Le conocía bien y sabía que aquel secretismo le enfurecía y cada día le costaba más ocultarlo. No me quedó otra que desviar el tema con cotilleos de clase para que poco a poco el gesto de su cara se fuera relajando. A Pedro le gustaba tanto un cotilleo como a un niño una piruleta.

Después del paseo llegamos a casa y cenamos algo, se nos había hecho bastante tarde, así que no pudimos poner la película que teníamos pensado. Le llamó su fantástica amiga. Y sin miramiento alguno, recogió sus cosas para marcharse.

—¿Te vas ya?

—Sí, me ha llamado Vero para ir a su casa.

—No te llama en toda la tarde y se acuerda de ti a las tantas para que vayas a su casa, esa tía lo que quiere es... —le dije con cierta rabia que me sorprendió a mí misma.

No me dejó acabar.

—Joder, sí —me respondió con cara de simio—. Es exactamente lo que quiere y yo también, así que ... ¡Hasta mañana...!

¡Puaj! No pude evitar ponerme de los nervios, me encendía aquella actitud

de Pedro. Entendía que quisiera verla, pero que ella le utilizara a su pleno antojo y él asumiera ese papel... Con lo guapo que era no podía entender cómo no encontraba otra mujer mejor... Me ponía enferma.

Al final recogí lo que nos había sobrado de la cena y me tumbé en la cama olvidando todo aquello y recordando los momentos que había pasado con Arturo. No pude por menos y le envié un mensaje.

WhatsApp:

Cada día se me hace más difícil estar sin ti.

No recibí contestación.

Pasaron quince minutos y seguía sin saber nada de él. Me arrepentí de haberle enviado el WhatsApp. De no haberlo hecho, estaría tranquilamente en la cama pensando en él sin necesidad de estar preguntándome por qué narices no me había contestado a aquel mensaje.

Una hora después me sonó el móvil, lo cogí lo más rápidamente que pude.

WhatsApp X:

Vaya... Pues eso habrá que solucionarlo. ¿No crees?

El corazón me empezó a latir, me llevé el teléfono al pecho y suspiré llena de amor. ¡Qué pava! Vista desde fuera debía parecer muy idiota, pero es que Arturo me hacía volar y alejarme del mundo...

En ese momento llamaron al telefonillo. "¡No puede ser!" Me puse nerviosa y corrí como una loca para cogerlo tropezándome con todo lo que había por el medio.

—¿Sí? —contesté expectante y cruzando los dedos para que fuera él..

—¿Sigues echándome de menos?

¡Ah! ¡Daba saltos de alegría, me llevé la mano a la boca para que no escuchara los gritos que estaban a punto de salirme disparados. ¡Ese hombre iba a acabar conmigo! No dejaba de demostrarme sus sentimientos y en cierta manera me abrumaba saberme tan protagonista de su corazón. Le abrí y, como siempre, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba en casa.

—¡Dios mío! ¿Pero qué haces aquí? —le pregunté mientras permanecía colgada en su cuello.

—Bueno... me dijiste que te era difícil estar sin mí. A mí también me cuesta bastante estar sin ti, así que... ¡qué narices!

Me llevó en volandas hasta la cama, mientras cerraba la puerta con la pierna..

—¿Pero tú no tenías mucho trabajo? —le dije mientras notaba su mano debajo de mi camiseta.

—Sí... —dijo mientras me besaba—. Pero no quería que te fueras a la cama sabiendo que Pedro era la última persona con la que habías estado...

Empezó a bajar su mano muy delicadamente por mi pierna, subiéndola después hasta posarla en mi trasero.

Me reí por lo que acababa de decir... ¿Cómo podían tener esa fijación el uno con el otro? Aquello era muy cómico.

—Pedro no iba a ser la última persona en la que pensara antes de dormir... —dije riéndome por las cosquillas que me estaba haciendo.

Empezó a acariciarme entre las piernas y cada vez me era más difícil respirar con normalidad.

—¿Ah no? Y en quién ibas a pensar... —Su mirada de seguridad, de poder sobre mí, me enloqueció tanto como sus manos en mi piel.

—En ti... —dije como pude— en ti tocándome la piel, besándome...

Apenas podía articular palabra, sus manos me hacían perder la razón. Opté por ponerme encima de él si quería alargar aquel momento. Él se rio satisfecho, sabía que me estaba volviendo loca. Empecé a desabrocharle la camisa mientras notaba su mirada sensual recorriendo mi cuerpo.

—Me gusta verte con esa camiseta, ¿sabes por qué? —dijo mientras metía sus manos por debajo de ella. Le contesté que no con un movimiento de cabeza—. Porque solo con hacer este gesto, puedo ver tu cuerpo desnudo —dijo mientras tiraba de ella hacia arriba quitándomela de una vez.

Le sonreí y él se incorporó para besarme en la boca. Jamás había notado unos besos tan perfectos, sabía hacerme sufrir y estaba encantado de verme desfallecer. En un solo movimiento pude notarle como yo quería, me miró sabiendo que me estaba dando lo que mi cuerpo pedía a gritos.

Quería estar así la vida entera, enredada con él sin nada más.

XXXIX

Amaneció otro día primaveral, levantarme con el canto de los pájaros que estaban apoyados en mi ventana fue un lujo que disfruté aquel día. No había puesto el despertador, necesitaba respirar, dejarme llevar por la vorágine de sentimientos por la que estaba atravesando. Después de aquel encuentro apasionado con Arturo, él regresó a su casa no sin antes envolverme en besos y “te quiero”. Vivía en una constante nube de ilusión y quería alargar aquella mañana para volver a la realidad lentamente, sin prisas y de forma lo más natural posible. Me costaba deshacerme del olor de Arturo en mi piel y agoté hasta el último momento de su perfume antes de irme a la ducha.

En pocas horas empezaría a ponerse en marcha mi agenda rigurosamente programada para llegar a tiempo a todos los exámenes. No cabía la posibilidad de saltarme ningún punto, no había margen para la improvisación. Sabía que lo que me quedara de tiempo iba a ser aprovechado estrictamente para estudiar. Ni siquiera Arturo entraba en los planes... Se acabaron los fines de semanas de escapadas. Tan solo tenía libres unas horas al día, en las que él probablemente estaría trabajando, así que nuestros encuentros quedarían reducidos a fugaces momentos en el despacho, pasillos o ascensor. A pesar de la necesidad que tenía de él, mi carácter disciplinado me impedía dejar de lado lo que consideraba era mi obligación. Era muy rigurosa conmigo misma y la capacidad de concentración que tenía me alentaba a seguir mi plan.

Por eso aquella mañana me había permitido saborear por última vez aquel viaje a Madrid y aquella noche improvisada.

Fui a la facultad cargada de apuntes, pasaría allí lo que quedaba de mañana y toda la tarde. Como siempre, todos estaban en el departamento estudiando, me parecía que había pasado un siglo desde que no los veía. Fui la última en llegar, ya llevaban unas horas estudiando y mi llegada fue como una brisa de aire fresco, les serví de excusa perfecta para dejar lo que estaban haciendo.

Estuvimos hablando un poco del fin de semana y yo, lógicamente, tuve que

inventarme un super planazo aburrido para que fuera creíble. Alguno de ellos se animó demasiado y decidió bajar a la cafetería, pero yo, que acababa de llegar, decliné la invitación y me puse manos a la obra para empezar mi reclutamiento estudiantil . Pedro, que tampoco quiso bajar, se quedó conmigo estudiando.

Llevábamos un rato allí cuando noté la mirada insistente de Pedro sobre mi cogote y no pude por menos que levantar la cabeza. Le vi mirándome en silencio con cara de desconcierto y me dijo de repente y sin venir a cuento:

—Hoy te encuentro especialmente guapa... —mientras arqueaba una ceja.

En ese preciso momento, entró Arturo escuchando aquellas palabras que Pedro se encargó de alargar para provocarle: quizá es por lo bien que lo pasamos ayer juntos....

Y miró de reojo a Arturo en señal de victoria. Me llevé la mano a la cabeza, ¿cómo podía ser tan peliculero?

—Menos romance, querido Pedro, y más estudio... —le dijo Arturo bromeando y dándole a entender que ignoraba aquel comentario.

En cuanto desapareció de nuestra vista, le lancé una goma de borrar a la cabeza.

—¿Estás bobo, Pedro? ¿Qué narices te pasa con Losada?¿Por qué haces siempre tantas tonterías?

Me sonrió con sorna y al final no me quedó muy claro si lo que esperaba era una reacción suya o mía.

Nada más volvimos a los estudios miré lo más disimuladamente posible un mensaje que Arturo me acababa de enviar.

WhatsApp X:

No me gustaría estar en el pellejo de Pedro, tenerte tan cerca y no poder tocarte... Entiendo perfectamente su frustración. T.Q.

"T.Q" Cómo se le ocurría acabar el mensaje así... quería acaso "¿desconcentrarme...?" "T.Q" Suspiré y Pedro me echó un vistazo rápido preguntándose qué me pasaba. Disimulé tosiendo. "Frustración" de Pedro... ¿A qué venía eso, por qué se empeñaba Arturo en ver cosas donde no las había?

Seguí estudiando el resto de la mañana como pude. Ver a Arturo por allí de vez en cuando, entrando, saliendo, escuchando su voz desde su despacho... me daba la vida. Eran instantes insignificantes pero que me apaciguaban, sentirle cerca me servía para estar bien y para concentrarme mucho mejor.

A la hora de comer bajamos a la cafetería donde coincidimos con él y un

grupo de profesores. Sus miradas fugaces y disimuladas eran constantes y encendían mis ganas de ir a su encuentro, pero aquella especie de paraíso paralelo se desdibujaba gracias a más de una alumna que se le acercaba con alguna excusa. Sin mostrar mucho disimulo, y arriesgándome a que Pedro me acribillara con sus insistentes preguntas sobre que era lo que miraba tanto, me fijaba en ellas intentando averiguar qué era aquello tan importante como para interrumpir una comida en la que además había otros profesores. Nunca entendí demasiado bien el descaro de algunas personas y me cabreaba sobremanera esos coqueteos más que atrevidos de alguna de ellas, pero Arturo, con su sonrisa e intuyendo lo que pasaba por mi cabeza, desviaba mi atención hacia sus continuos guiños que solo él y yo entendíamos.

Nada más acabar de comer, nos fuimos de nuevo a estudiar. Cada vez quedaba menos para ir a clase y estaba deseando poder verle y escucharle durante cincuenta minutos seguidos. A esas alturas, iban a ser tan difíciles los momentos juntos que sus clases suponían un desahogo a mis ganas de él.

—¿Qué, chicos, no bajan a clase? Yo ya bajo...

Nos interrumpió la voz de Arturo en pleno momento de concentración, estábamos tan inmersos en los apuntes que ni cuenta nos dimos de que había llegado la hora de clase. Cierto era que ninguno tenía la intención ese día de bajar a su clase, y a mí se me pasó el tiempo sin darme cuenta.

—¡Ay! Sí, qué despiste, se me fue la hora —le dije mientras apuraba en recoger mis cosas.

—¿Y el resto? ¿Os vais a saltar la clase delante de mis narices? —dijo medio en broma, medio en serio pero sin ningún rencor... — . Venga, srta Rivas, si se da prisa la espero.

—Sí, sí ya voy.

Y salimos los dos juntos hacia la clase. Me abrió la puerta del departamento cediéndome el paso y sonriendo como hacia siempre...

Esperamos a que llegara el ascensor los dos solos sin visos de que subiera nadie más. ¡Toma ya! Si lo hubiéramos querido hacer aposta, no nos hubiera salido tan bien.

—¿Aprovechó bien la mañana, srta Rivas? —me dijo mientras esperábamos.

—Sí, fue una mañana bastante productiva. De hecho estaba tan concentrada que se me pasó la hora.

Sonrió de aquella manera...

—Me alegra saber que no tiene distracciones...

—Bueno... no se vaya a creer...

Se abrieron las puertas. Entramos y se acercó todo lo que pudo a mí para dar al botón. Noté su cuerpo presionando el mío, sus ojos clavados en mí y su perfume perforándome el alma. Se cerraron las puertas aunque no del todo. Un pie se coló entre ellas y apareció Pedro sofocado y con una sonrisa de oreja a oreja. "La madre que lo..., tiene el don de la oportunidad el cabrito".

—¡Puf! Me arrepentí y al final sí bajo a clase. Sería una locura desaprovechar sus clases magistrales... —dijo Pedro con sarcasmo.

Me empujó como para hacerse hueco y clavó su mirada victoriosa en Arturo, que se la devolvió sin sentirse derrotado. En el transcurso en que bajó el ascensor, yo podía haber hecho el pino puente y ninguno se hubiera fijado en mí. Se estaban retando y lo noté. Conocía perfectamente la chulería de Pedro, pero aquello me pareció innecesario. Arturo, sin embargo, me cautivó con aquella templanza y saber estar. Sabiéndose superior a él, no le dejó sentirse vencido. Era un hombre... un hombre en todo su ser.

Entramos en clase y sus miradas y guiños de complicidad fueron constantes, se quedaba lo más cerca de mi mesa apoyando muchas veces sus manos en ella y sonriéndome con descaro cada vez que se cruzaban nuestras miradas. Aquellos cincuenta minutos me sabían a gloria y me dejaban con la amarga necesidad de volver a verle y sentirle más cerca.

Terminadas las clases, volví a subir al departamento. Pedro, como era de prever, subió después de la clase de Arturo, no asistió a ninguna clase más. Estaba claro que lo hizo no sé muy bien si por fastidiarme a mí o a él.

Cuando me uní a ellos para estudiar, Olivia, Úrsula y Pedro llevaban un rato dándole vueltas a un asunto del trabajo de Arturo. Cuando me lo comentaron me surgió la misma duda, así que decidimos ir a su despacho para que nos orientara un poco sobre el tema. Yo fingí cierta pereza por ir a su despacho, pero lo cierto era que estaba deseando volver a verle aunque fuera rodeada de todos ellos. Llamamos a la puerta.

—Adelante...

Entró primero Pedro, después Úrsula y Olivia y como remate final, aparecí yo como saliendo de la típica tarta de despedida de solteros, para darle una sorpresa que inesperadamente me vino de vuelta en forma de *boomerang*. Lo que vi en aquel momento echó por tierra lo que me quedaba de día: una chica, no solo guapa, sino guapérrima, morena, de pelo largo, ojos grandes y verdes como la copa de los árboles del Retiro que veíamos por la ventana de aquel hotel en Madrid, labios carnosos perfectamente

maquillados... Se la intuía alta y de unos treinta años. Estaba sentada en SU silla y trabajando con SU ordenador. Él, detrás de ella, apoyaba una mano en el respaldo de la silla rozando su espalda, la otra señalaba algo en el ordenador. Estaba incorporado un poco hacia delante, mantenía su cara muy cerca de la de ella. Mi mente perversa vio en aquella imagen un roce descarado de cuerpos que ardían en pasión e, irremediamente, no pude evitar pensar en él separándole el pelo de los hombros y besando su cuello. "Joder"

Al entrar se giraron los dos al unísono. Él no pareció verme de primeras y aquel gesto, tan nimio e insignificante, sembró en mí la semilla de la duda y de los celos...

—Ah, hola chicos, si me dais un segundito ya acabo con Noa...

¿Acabo con Noa?... "Acabo con Noa". ¡Acabas ¿de qué?, ¿de besarla, de tocarla, de foll....? !Ah...! Tenía que frenar aquello. "Elisa, céntrate"

Era consciente de las barbaridades que estaba pensando, pero aquellas ideas fluían en mí sin consentimiento alguno. Eran atropelladas e incesantes y sin permiso para rebatirlas, estaban cavando un hoyo en mi autoestima y confianza de manera apresurada.

Cerramos de nuevo la puerta y esperamos en el pasillo. Tardaron poco menos de cinco minutos, pero fue el tiempo suficiente para que mi inseguridad creciera a niveles insospechados. Cuando abrieron la puerta se despidieron con dos besos y un "te llamaré con lo que sea" de ella...

—A ver chicos, contadme...

Parecía como si no hubiera pasado nada. Hablaba tan tranquilo como cuando teníamos un encuentro y nos interrumpía alguien. "¡Será cerdo!"

Olivia y yo estábamos sentadas en las dos sillas que había en frente de su mesa mientras que Úrsula y Pedro se quedaron de pie entre las dos. Fue Pedro quien planteó la duda a la vez que un pitido ensordecedor se acomodaba en mis oídos envolviéndome en una burbuja perfecta que me aislaba del mundo y me sumergía en una vorágine de recuerdos y momentos vividos entre él y yo en ese mismo lugar... que se mezclaron de repente con la imagen de ella... Y todo empezó a girar, se me revolvió el estómago. Me sentí sucia y sobre todo estúpida, muy estúpida.

Nos resolvió la duda sin mostrar el más mínimo interés por mí, sin mostrarme una de sus sonrisas que tanto me tranquilizaban... Estaba claro que algo había pasado.

Tenía muchas ganas de vomitar. No quería estar un segundo más allí. No

podía mirarle a la cara. De la rabia que tenía, del asco y de la decepción tan profunda que llegué a sentir por él en ese momento, casi me pareció feo... Y digo casi porque, sí, era imposible verle feo, pero la sensación de asco me persiguió hasta que la vomité diez minutos después en el cuarto de baño.

Después de aquello era imposible seguir estudiando. El pitido ensordecedor que me perseguía desde aquel momento me daba señales de que, en cualquier instante, podía caer desplomada. Pedro se asustó al ver mi cara descompuesta y no dudó en acompañarme a casa. Me hablaba pero no alcanzaba a entenderle, aquel pitido impedía que le escuchara, y ante mi falta de diálogo, optó por acompañarme en silencio. Se lo agradecí profundamente.

Subió conmigo y me ayudó a ponerme el pijama. Fue la primera vez que Pedro me vio semidesnuda, pero yo al estar tan fuera de mí ni me percaté del detalle. Me preparó una tila que me dejó encima de la mesita de noche mientras me acomodaba en la cama.

—Descansa, por favor, mañana seguro que estarás mejor.

Supongo que me debió decir algo parecido a eso, intenté agradecerse, pero creo que el hilo de voz con el que traté de decírselo no llegó hasta sus oídos.

Oí como cerraba la puerta al marcharse y me sentí sola... Aquella sensación tan desagradable se fue apaciguando a medida que mis ojos segregaban lágrima tras lágrima hasta vaciar aquella angustia que me carcomió inesperadamente.

Caí rendida. Poco después me despertó el timbre del telefonillo. No sabía muy bien dónde estaba ni cómo había llegado hasta la cama, estaba en una especie de resaca emocional. Poco a poco me fui tranquilizando al recordar la imagen de Pedro tumbándome en la cama. Me sorprendí de nuevo al escuchar otra vez el timbre. Miré el despertador, eran las dos de la madrugada. Dando tumbos llegué hasta el telefonillo y contesté pensando que sería Pedro preocupado por mí.

—¿Sí? —dije sin apenas voz.

—Soy yo, ábreme. —Era Arturo, su voz sonaba seca y fría.

¡Arturo!... En ese momento recordé el inicio de todo y estuve tentada a no abrirle la puerta, pero... dolida, asqueada, angustiada o no... Arturo era irresistible.

Dejé la puerta abierta, pero entre la lentitud con la que me movía y la velocidad a la que iba él, ni tiempo tuve de llegar a la cama para volver a acostarme. Escuché cómo se cerraba la puerta al fondo e inmediatamente como

su mano alcanzaba la mía en mitad del minúsculo pasillo.

—¿Me puedes decir qué te pasa? ¡Me tienes preocupado! Llevo desde las nueve llamándote al móvil y no hay manera de hablar contigo. ¡Llevo dos horas en el portal intentando que me abrieras! —Estaba enfadado y su voz se elevó más de lo que él hubiera deseado.

—No oí que llamaras, debí quedarme profundamente dormida... —dije sin apenas mirarle, dejándole ver que efectivamente algo me pasaba.

—¿Y el móvil?

¿El móvil?. No recordaba haber estado con él. Lo busqué como poseída en la mochila pero no lo encontré...

—¡Dios, me da igual el móvil! —Me interrumpió en la búsqueda— ¿Qué te pasa Elisa?

Le miré, su rostro estaba tenso y sus rasgos denotaban preocupación.

—¿Y a ti?

Me miró extrañado.

—No te entiendo, Elisa...

—Se te veía muy cómodo con aquella chica. —Hala, ahí está, lo solté—. ¿Cómo la llamaste... ¿Noa?

—¡No puede ser! ¿Todo esto es por Noa...? En serio me estás diciendo que he estado preocupado pensando que te pasaba algo por... ¿Noa? ¿En serio? —Hizo una pausa frontándose la cara e intentando recuperar algo de cordura—. Le dirijo la tesis, Elisa, trabajo bastante con ella. No, Elisa, no puede ser que sea por eso...

En ese momento digamos que... quise morir. "Tierra trágame". Después de escuchar aquello me resultaba muy difícil argumentar mi postura, aún así, lo intenté a la desesperada.

—Te dio dos besos y estabais muy juntos en tu despacho... ¡Y ella llevaba escote!

Sí, lo reconozco, aquella última frase sobraba, bueno y la primera.

—Pero Elisa, por favor... Es una antigua alumna... Y pasamos bastantes horas juntos, tenemos mucha confianza... es normal que nos despedamos... — Ahí volví a sentir unos celos terribles. "Confianza" Él le concedía su tiempo para estar con ella, "horas juntos... horas que no estás conmigo"...

—¿Fue tu alumna? ¡Venga, va! No me negarás que no te fijaste en ella...

Se dejó caer en la cama y se puso las manos en la cabeza..."Elisa, chica, vas de mal en peor".

—No conocía esta faceta tuya... —"para ser honestos yo tampoco", pensé

aterrada de que aquello le hiciera recapacitar sobre sus sentimientos por mí.

—No, no te voy a negar que es una chica muy guapa, que llama la atención y que, por cierto, es muy inteligente y muy trabajadora —Aquello último sobraba, más conociendo mi exigencia intelectual—. Pero sí te voy a negar que me fijara en ella, aún sentándose donde te sientas tú ahora, jamás tuve el más mínimo pensamiento romántico hacia ella. No me voy fijando en mis alumnas si es lo que te preocupa. Creo que te lo he dicho varias veces, pero no quieres entenderlo. Entiendo que puedas pensarlo, pasan por las aulas muchas chicas, algunas muy guapas, es verdad, pero Elisa... lo que me ha pasado contigo es algo excepcional, no entraba en mis planes... jamás lo hubiera imaginado.

—Con ella pasas el tiempo que no puedes pasar conmigo... —"Venga, Elisa, tú sigue, hija, le estás dando la excusa perfecta para salir corriendo".

—¡Con ella trabajo, Elisa, es mi trabajo!... No quedo con ella por placer. ¿No puedes ver la diferencia?

Estuve callada un rato, no sé si arrepentida o más bien avergonzada.

—No sé cómo hacer para que me entiendas, Elisa, para que puedas ver que yo te quiero solo a ti —"¿Ha dicho que me quiere solo a mí?, ¿lo ha dicho?, ¿de verdad lo ha dicho? ¡Ay, Dios, yo me muero!"— ¿Tú crees que he llevado alguna vez a alguien a la casa de la montaña? ¿O de fin de semana a Madrid a ver *El lago de los cisnes*? Ya no sé qué más hacer...

—Te vi tan cerca de ella que te imaginé besándola o tocándola... —"y dale, erre que erre... estás tensando demasiado de la cuerda, Elisa... Te la estás jugando".

—¡ Por favor, Elisa! —Esta vez su voz fue firme y contundente, su rostro mostró desesperación.

—Y cuando estuvimos contigo en el despacho, ni me miraste... No tuve ningún gesto que me pudiera tranquilizar. Me viste mal y no te inmutaste... —"venga ya, tía, ¿te acaba de decir que te quiere y tú sigues insistiendo?. Eres tonta del culo, no hay más".

—Eso no es cierto, Elisa. ¿Cómo puedes saber si te miré, si no levantaste la cabeza del suelo? Me preocupé de verte así, no sabía qué te pasaba y te llamé en el mismo instante en el que salisteis de allí.

"El móvil..." No sabía dónde lo había puesto. Escaneé de nuevo la habitación de forma discreta y lo vi encima de la mesilla. Pedro lo debió apagar y poner ahí. Me sentí fatal. Nada de lo que pudiera decir podría justificar mi comportamiento. No sé qué me pudo pasar, me sentía avergonzada

y sobre todo aterrada de poder haberle desilusionado...

Sin decir nada empezó a desnudarse, se metió en la cama y me hizo un gesto con la mano para que me metiera con él y yo, que me había quedado embobada viendo su cuerpo entrar en mi cama, me metí tan rápido como pude sin rechistar. Me abrazó y buscó el calor de mi cuerpo, hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba helado.

—No vuelvas a dejarme dos horas en el portal esperando por ti.

—Lo siento de verdad. No sé qué me pudo pasar. Nunca me había puesto así, jamás experimenté una sensación tan desagradable en mi vida. Estoy... avergonzada... No tengo ningún derecho...

—Tienes todo el derecho del mundo, déjalo ya, no te martirices... Entiendo que hayas podido ponerte así... Sé que no es fácil para ti verme actuar como si no pasara nada entre nosotros, que te crea dudas, pero por favor... Confía en mí... Y apaga la luz que necesito descansar un poco —me dijo mientras me daba un beso y cerraba los ojos.

—¿Te vas a quedar a dormir aquí? —dije más que encantada de comprobar una vez más la paciencia que tenía conmigo.

—Si no paras de hablar, no creo que pueda.

Sonreí, no podía creerme que ese hombre fuera real.

Puso el despertador de su móvil y lo dejó encima de la mesilla. Vio el mío, lo cogió y lo agitó delante de mi cara para demostrarme que no tenía muy bien puesta la cabeza ese día. Le sonreí rendida a sus encantos.

Nos despertó su alarma a las siete de la mañana. Levantarme a su lado fue todo un lujo. Le miré mientras se vestía en silencio. Se giró para mirarme y al verme despierta se inclinó hacia mí y me dio un beso.

—¿Te vas? —le pregunté aún adormilada.

—Sí, voy a casa a ducharme y a cambiarme. A las nueve tengo una reunión... Sigue durmiendo.

¿Cómo iba a seguir durmiendo si la cama ya estaba vacía? Me reincorporé para despedirme mejor de él y cuando le vi marchar me pareció que la casa se había quedado desierta. Encendí el móvil para evitar sentir demasiado aquella soledad y miré todas las llamadas que tenía de Arturo. ¿Qué me había sucedido? ¿Cómo pude tener aquella reacción por el simple hecho de verle cerca de aquella chica? ¿De dónde me vinieron aquellas inseguridades? Y mientras yo sufría aquella locura emocional, él me llamaba sin cesar, me enviaba mensajes y esperaba dos horas en el portal de mi casa a que yo le abriera. Ese era Arturo, sincero, fiel y comprometido con sus sentimientos. No

pude evitar enviarle un mensaje inmediatamente.

WhatsApp:

Lo siento, mil veces lo siento. No sé cómo pude desconfiar de ti.

WhatsApp X:

Te quiero, mil veces te quiero, ¿cómo te puedo querer así?

Su respuesta fue inmediata y perfecta, como todo él.

Me duché y desayuné tranquila mirando todos los lugares de la casa por donde él había estado. Sonó el telefonillo: era Pedro.

—Sube, has llegado a tiempo, estoy desayunado.

Cuando subió ya le tenía el café preparado con unas tostadas.

—Gracias por todo, Pedro... —le dije nada más le vi aparecer por la puerta.

—¿Cómo estás Eli? Me dejaste preocupado —dijo obviando mi agradecimiento.

—Sí, no sé lo que me pudo pasar, quizá tuve un corte de digestión o algo me cayó mal. No sé, yo tampoco le encuentro explicación. Pero ya estoy mucho mejor. Muchas gracias, Pedro. Siempre estás ahí, de verdad. No sé cómo agradecértelo

—Deja al tipo ese con el que estés.

Se puso serio, su voz y rostro cambiaron de repente y para ser sincera... me pareció más hombre que nunca.

—¡Ja, ja, ja! pero qué dices Pedro —quise quitarle hierro al asunto —, ¡qué manía has cogido con ese tema! No estoy con nadie Pedro, con na-di-e....

—Ese nadie no te está haciendo bien. —Seguía serio.

—¿Pero qué dices Pedro? ¡si estoy en el mejor momento de mi vida! Si estuviera con alguien, que no es el caso claro, me estaría haciendo más bien que mal.

—¿Ah sí? Pues yo te veo muchos días intranquila, desubicada, nerviosa y lo de ayer...

—De verdad, no sigas por ahí. Todos tenemos días buenos y días malos, pero en su mayoría yo estoy feliz. Lo de ayer debió ser algo que me sentó mal, ya te lo he dicho...

—Ya...

—¿Ayer me apagaste el móvil? —No era algo que me preocupara en absoluto, pero quise desviar la conversación cuanto antes, el rumbo que estaba tomando seguramente nos hubiera ocasionado un enfado de seguir por ahí.

—No. Se debió apagar la batería —La forma que tuvo de contestarme y la

tensión que pude apreciar en su mandíbula me hicieron sospechar que algo había pasado —. Te lo puse encima de la mesilla porque lo tenías en el bolsillo de la chaqueta y se me cayó al suelo cuando te la quité.

No hizo ningún comentario de mi desnudez.

—Cuando encendí el móvil le quedaba más de la mitad de la batería...

—Pues no sé, chica, se apagaría con el golpe. Tenía cosas más importantes en las que fijarme... Tú, por ejemplo, te vi muy mal Eli...

El tono de su voz me hizo entender que tenía que hacer un giro en la conversación si quería mantener la paz. Se estaba enfadando y mucho, y yo no quería que acabara así la conversación después de todo lo que él había hecho por mí. Se levantó serio y recogió las tazas del desayuno. Me levanté y le cogí por un brazo.

—Pedro... no te enfades, por favor...

Me miró fijamente durante unos segundos sin decir nada, fue una mirada diferente a las que nos regalábamos todos los días. Llevaba un mensaje oculto que no supe entender. Lo que sí que me pareció clara fue su intención de besarme, incluso inconscientemente di un paso hacia atrás mostrando mi rechazo anticipado, por si se le había cruzado un cable. Todo me pareció un sinsentido hasta que me tiró por la cara las migas de pan que tenía en la mano. "Pero, Elisa, qué tonterías se te pasan por la cabeza", me reí de mí misma.

—No me enfado. ¿Nos vamos?.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que tan solo llevaba una camiseta de tirantes y las bragas. Me sonrojé de inmediato y salí corriendo hacia la habitación.

—¡Joder, Pedro! ¡No me dijiste que estaba en bragas! —le grité desde la habitación.

Intuí en su cara una sonrisa de satisfacción.

Llegamos pronto a la facultad, habíamos quedado con Úrsula y Olivia para acabar de rematar el trabajo de Arturo. Un par de pinceladas más y estaría terminado. Con las indicaciones que nos dio el día anterior, y que yo no escuché, teníamos la suficiente información para hacer un buen trabajo.

Cuando llegamos, ellas ya estaban en el departamento con todo el equipo desplegado: libros, apuntes, ordenador... Nos pusimos manos a la obra nada más llegar, queríamos quitárnoslo de encima cuanto antes y liberarnos de una carga más.

Arturo llegó hora y media más tarde, y cuando lo vi entrar por la puerta, me dio un vuelco el corazón. Sus ojos parecían cansados pero su mirada, al

verme, se iluminó. ¿Cómo pude desconfiar de aquel hombre al que le brillaban los ojos inevitablemente cada vez que me veía? Sonrió.

—Buenas, chicos, veo que estáis con el trabajo, si necesitáis ayuda ya sabéis dónde encontrarme.

Pedro no le saludó. Arturo se percató del detalle y estoy segura de que llegó a retarle con la mirada.

Seguimos trabajando bastante rato hasta que conseguimos acabar el trabajo. Bajamos a reprografía a ultimar los detalles de presentación y en un par de horas ya lo tendríamos listo para entregar. Nos quedamos en la cafetería a tomar un café y descansar un rato antes de volver a ponernos con los estudios. Allí encontramos a Arturo solo en la barra leyendo un libro. Sin decirnos nada Olivia se acercó a él.

—Qué raro verle solo por aquí... Acabamos de dejar su trabajo en reprografía, al final yo creo que nos ha quedado bien. ¿Verdad, chicos? —dijo Olivia invitándonos a participar en la conversación.

Pedro eludió la invitación y se dirigió a la única mesa que quedaba libre.

—Nos ha quedado bien ¿verdad, Eli?

—Sí, para las fechas en las que estamos yo creo que es lo mejor que podíamos hacer.

—Bien, pues cuando lo tengan, súbanmelo —dijo con un tono cordial pero a la vez distante—. Creo que su compañero les está llamando.

"¿Se está intentando deshacer de nosotras o es mi impresión?"

Arturo hizo un gesto con la cabeza en dirección hacia donde se había encaminado Pedro que estaba haciéndonos gestos con las manos para que nos sentáramos con él. No iba a poder retener por mucho tiempo las sillas vacías en la mesa, todos buscaban un sitio en el que sentarse. Nos despedimos de Arturo y nos fuimos a la mesa que Pedro estaba reservando con bastante dificultad.

—A ver si podemos entregárselo hoy. Ya quiero zanjar el tema del trabajito de marras —nos dijo Úrsula cuando nos sentamos.

—Bueno, lo importante es que ya lo hemos acabado —continuó—. A partir de ahora ya va a empezar mi reclutamiento y no quiero distracciones, ¿eh Pedro? Que ya te veo en mi casa cada dos por tres para ver una peli.

Intenté que ese comentario fuera gracioso pero creo que a Pedro no le hizo demasiada gracia, continuaba con el malhumor de la conversación que habíamos tenido en mi casa, a pesar de haber intentado disimularlo todo ese tiempo.

—Bueno, el año pasado estudiábamos todos en tu casa y no te supusimos una distracción.

Me molestó un poco su tono.

—Ya... pero el año pasado no sabíamos que en los departamentos había unas preciosas y gigantescas mesas en las que poder estudiar sin poner tus apuntes encima de los del otro.

—¡Ja, ja, ja! ya te digo. En casa de Eli estudiábamos bien, pero estábamos como sardinas en latas...

—Pues yo estudiaba perfectamente... —dijo Pedro algo más relajado.

—No me extraña guapo, con lo que te gusta el roce... tú estabas en la gloria. ¡Ja, ja, ja! —dijo Olivia haciéndonos reír a todos.

Después de aquel rato en la cafetería, subimos a estudiar aprovechando toda la mañana al máximo, de hecho estábamos tan inspirados que decidimos quedarnos a comer por los alrededores para seguir estudiando hasta la hora de clase.

—¡Mierda! —dije cuando estábamos bajando por las escaleras—, id yendo vosotros a elegir el sitio mientras yo voy un segundo al departamento a por el móvil que me lo dejé con los apuntes. Luego os llamo y me decís dónde estáis.

Excusa perfecta para intentar ver a Arturo. Realmente me había dejado el móvil entre los apuntes, así que no tuve que mentir. En cuanto llegué de nuevo al departamento y fui a abrir la puerta, me choqué de bruces con él que ya se iba. Estaba acompañado por un par de profesores más.

—Oh, ya se iba... —dije sin saber muy bien cómo impedirlo.

—Sí. ¿Necesitaba algo?

—Una duda del trabajo, pero no pasa nada, lo dejaré para más tarde...

—Uy no va a poder ser más tarde, no creo que vuelva en todo el día... Vamos un segundo a mi despacho y se la resuelvo. Además así le entrego la bibliografía que le comenté el otro día en clase. Id bajando, luego os alcanzo... —les dijo a sus compañeros.

Y avanzamos los dos juntos hasta su despacho, en silencio pero con ganas.

—Pase... —dijo cediéndome el paso una vez abrió la puerta.

Entré primero y sentí cómo giraba la llave para cerrar la puerta. Me giré y ya estaba enfrente cogiéndome por la cintura.

—Te noto cansado, siento la noche que te di ayer...

—Compénsamelo con una noche mejor, ¿qué te parece esta? —me dijo mientras me acariciaba el trasero—. No sé cómo consigues volverme tan

loco.

Me besaba en el cuello, sus manos subieron hasta mi cara y me besó la boca, al principio lento pero con muchas ganas, después más rápido acompañando los latidos de su corazón. Se desabrochó algunos botones de la camisa y me introdujo mis manos para que pudiera tocarle el pecho.

—Necesito sentir tus manos...

Sus besos me envolvían tanto como sus palabras.

—¿Podrás hacerme un hueco hoy? No voy a poder verte más en todo el día y no voy a poder resistirlo. No quiero romper tu rutina de estudio, pero necesito estar contigo ya y no de esta manera. Prometo quedarme quieto mientras estudias.

Esa sonrisilla maliciosa me hizo perder el sentido. Le empujé contra la pared y me subí a su cintura, sus brazos me sujetaban mientras rozábamos nuestros cuerpos intentando poner fin a aquel encuentro sin demasiado éxito. En un acto de sensatez, Arturo me bajó y se abrochó la camisa.

—Tenemos que irnos.

—Sí, es verdad. Tengo que coger el móvil que lo dejé fuera y llamar a ver dónde han ido a comer.

—¿Entonces me harás un hueco en tu agenda?

Le sonreí sin tener margen a contestarle. Abrió la puerta y salimos de su despacho como si tal cosa. Cogí mi móvil y leí el mensaje de Pedro.

WhatsApp Pedro:

Donde el otro día.

Cogimos el ascensor esperando tener otro momento a solas al ver que no había demasiada gente por los pasillos. Subimos, estaba vacío, se cerraron las puertas y Arturo rozó su cuerpo contra el mío para dar al botón de bajada. Se apoyó contra la pared de manera muy sensual y me miró callado. Yo también le miré, pero no pude resistir sin acercarme. Le abracé apoyando mi cabeza en su pecho viendo cómo iban pasando los números del ascensor. Me abrazó. Apareció el cero en la pantallita del ascensor y la velocidad empezó a descender, me separé de él como a cámara lenta y se abrieron las puertas. Salimos.

—Bueno, yo me voy al restaurante donde nos vimos el otro día —le comenté al despedirme.

—Qué casualidad, yo también voy allí —dijo poniendo un gesto muy cómico.

—Pero... ¡nos van a ver entrar juntos!

—¿Y qué? —"y qué, me dice ahora... después de lo que me hizo pasar"—. No pasa nada. Además tarde o temprano nos tendrán que ver. —"¿Ah sí?", me dijo haciendo un guiño cómplice.

No pude evitar mirarle con cara de asombro, estuvo tentado de hacerme un gesto cariñoso, pero se contuvo. Había demasiada gente alrededor. No se creía ni él las palabras que acababa de decir.

—¿Ves? —le reprendí.

El se rio.

—No le des más vueltas, nos encontramos y vamos al mismo sitio, ¿qué problema hay? A lo mejor lo que te preocupa es que nos vea entrar juntos tu amigo... Se puso serio e inició la marcha percatándose de que habíamos estado hablando con total naturalidad de lo nuestro delante de la puerta de la facultad por la que entraban y salían decenas de personas. Siguió andando sin esperar por mí y tuve que echar una pequeña carrera para alcanzarle. Entramos juntos al bar para el asombro de todos. Especialmente de Pedro que no pudo evitar tirar los cubiertos al plato haciendo un ruido demasiado notable. Le miré con cierto reproche por no entender su comportamiento. Nos despedimos con un movimiento de cabeza y cada uno se fue a su mesa.

—¿A ti qué te pasa Pedro? De verdad me está cansando ya esa tontería que te traes con Losada.

Su mirada denotaba una rabia controlada.

—Pero Eli, ¿qué hacías con él? —me preguntó Olivia más que fascinada.

—Coincidimos en el departamento cuando fui a coger el móvil y resulta que veníamos al mismo sitio.

—Vaya pues parecíais una pareja, ¡ja, ja, ja!. ¡Qué envidia chica!

—Más quisiera yo —dije disimulando.

—¡Bueno, ya lo que me faltaba por escuchar! —Saltó Pedro enfadado.

Lo miramos extrañadas de su reacción y al contrario de lo que podía parecer en un primer momento, nos entró una risa incontrolable.

—Qué payaso eres —le dije con las lágrimas en los ojos.

Él nos miró más extrañado aún. No se esperaba esa reacción y se sintió un poco ofendido.

—¡Ja, ja, ja! a lo mejor... ¡ja, ja, ja!... es que está celoso... —dijo Olivia.

—Sí.. de no ser el centro de atención ¡Es como un niño pequeño! —dije casi sin poder pronunciar aquellas palabras por la risa que parecía no querer esfumarse.

—A lo mejor lo que pasa es que a Pedro le hubiera encantado ser el que

entrara contigo de la mano, Eli... ¡Ja, ja, ja! —remató Olivia para más INRI.

—¡JA! esa sí que es buena. No es por desmerecerte, Eli, pero no sé si os habéis fijado en Vero... Esa chica con la que estoy saliendo...

Olivia y yo, que no parábamos de reírnos, nos quedamos unos segundos en silencio al escuchar aquellas palabras, y sin poder remediarlo, rompimos el silencio con una carcajada tan grande que creo que conseguimos que toda la gente del restaurante nos mirara.

—Sí, Pedro, sí nos hemos fijado. Como para no... —dijo Olivia mientras intentaba coger aire y tranquilizarse un poco, aunque al decir aquello le volvió a entrar otro ataque de risa al que me uní inevitablemente.

Intentamos calmarnos al ver que Pedro estaba perdiendo su característico sentido del humor y poco a poco nos fuimos apaciguando. Después de aquello, la comida empezó a ir mejor. Ya serenas empezamos a hablar de nuestras cosas, de los planes que teníamos para el verano, cómo se presentaban los exámenes y recordamos anécdotas del pasado... Cuando acabamos volvimos a la facultad a encontrarnos con Raúl y Sonia que llevaban desaparecidos, al igual que nosotros, toda la mañana por culpa del trabajo de Arturo. Les encontramos saliendo del departamento cuando llegamos.

—Hola, chicos —dijo Raúl—. Ya no hay sitio aquí, así que iremos a ver si encontramos algún hueco en la biblioteca o si no ya nos quedaremos en la cafetería hasta que empiecen las clases que por hoy ya hemos hecho suficiente.

—¿Y vosotros qué tal el trabajo? ¿Ya lo habéis acabado? —pregunté.

—Uf, qué va. Nos queda bastante, pero a que no sabéis qué nos ha pasado... —dijo Sonia haciendo círculo creando el ambiente adecuado para soltar una confidencia.

—Ya está la otra con los cotilleos —la increpó Raúl—. Te estaba tardando la hora de contarlo, hija...

—Fuimos a casa de Inma a hacer el trabajo a primera hora, serían las ocho y media...¿Y sabéis quien salió de la puerta de enfrente? —Hizo un silencio muy teatral para crear una mayor expectativa, y a pesar de que yo sabía perfectamente de quién se trataba, me hice la sorprendida igual que el resto—. ¡Losada!

—¡No puede ser! ¡Hasta en la sopa! —dijo Pedro frotándose la cara desesperado.

—Yo te digo que esos dos están liados... —siguió Sonia

Noté cómo Pedro me miraba e intenté disimular lo máximo posible, aunque por dentro me moría de la impotencia de no poder decir nada.

—Estuvimos hablando un rato en el descansillo e Inma, que acababa de abrir la puerta, le agarró del brazo y nos dijo: "no podía tener mejor vecino, ¿eh, chicos?".

Sonia agarró a Raúl para interpretar mejor el papel de Inma mientras nosotras la mirábamos partiéndonos de risa... (bueno, yo fingí partirme de risa, porque la imagen de aquella mujer sobeteando a Arturo no me era especialmente divertida)

— Yo os digo que algo se traen, si no tanto roce a santo de qué...

—¿Y él qué hizo? —pregunté sin la más mínima curiosidad, entendiéndose la ironía—, solo para parecer interesada en el tema al igual que el resto...

—Nada, se fue. Pero cómo tonteaba Inma... descarado, descarado... Luego ya en su casa nos dijo que eran muy amigos, que tenía una casa muy bonita y ordenada y que seguramente algún día de estos iban a ir al cine.

"Elisa... respira profundo... no te calientes que ya conoces a Inma..." Pero el saber que aquella mujer conocía la casa de Arturo y yo no, me llevaban los demonios.

—Bueno esa mujer es bastante teatrera, ya lo sabemos, a saber lo que inventa —agradecí interiormente aquel comentario de Olivia, al menos ella también pensaba que Inma exageraba demasiado las cosas.

Yo mantuve el tipo como pude, me ponía bastante nerviosa esa mujer y su fijación por Arturo, pero aguanté y no le di motivo a Pedro para poder hacer ningún comentario al respecto de mi actitud, a pesar de que su mirada de suficiencia me decía que estaba esperando cualquier excusa para lanzarse a mi cuello y soltarme alguna de las suyas. Al final optaron por bajar a la cafetería pero yo, que era tan estricta con mi planificación de estudios, decidí seguir estudiando en el sitio que habíamos reservado antes de irnos a comer.

Al rato de estar allí llegó Arturo con los demás profesores. Nos saludamos todos amistosamente y seguí estudiando. Me encantaban esos encuentros con él, silenciando nuestros acercamientos más personales. En el fondo me gustaba aquella clandestinidad. Poco tiempo después volvió a pasar él solo. Había más personas estudiando, entre ellas un par de chicas que, al ver pasar a Arturo, murmuraron entre sonrisas. Las miré de reojo y me vino a la mente el primer día que entramos en su clase y le vimos con aquella sonrisa tan poco estudiada y tan sutilmente perfilada, haciéndonos gestos con la mano para que entráramos.

Cuando volvió a aparecer, se acercó a mí para sorpresa de aquellas chicas (y mía, todo hay que decirlo) y me pidió que fuera a su despacho para

entregarme unas fichas. Miré a las chicas con aire de superioridad que quise evitar pero...¡qué leches! que me supo a gloria, mientras ellas me miraban con mucha curiosidad.

—Estoy un poco cansada de tu popularidad entre las chicas —le dije bromeando una vez que estuvimos dentro.

—¿Qué dices? —me preguntó mientras se acercaba a mí.

Me agarró por la cintura y me besó en los labios.

—¿Habrás acabado de estudiar a las diez o será muy pronto?

—A las diez está bien.

Nos quedamos allí de pie, uno en frente del otro, mientras me acariciaba la cara y el pelo.

Salí de su despacho y, al regresar, las chicas me miraron un tanto recelosas al ver que no llevaba ninguna ficha de las que había comentado Arturo; y yo, más ancha que larga, me senté de nuevo en mi sitio con un aire de satisfacción que seguramente les daría de qué hablar cuando yo me marchara, que no fue tarde ya que al rato empezaron las clases.

Cuando terminaron, volvimos a subir todos al departamento a estudiar pero al no haber dejado los apuntes reservando el sitio, ya estaba ocupado. Nos quedamos en el pasillo debatiendo a dónde ir ya que la biblioteca también estaba hasta los topes. En cualquier otro momento habría ofrecido mi casa, pero aquel día no quería arriesgar a que nos dieran las tantas allí ya que sabía que las jornadas de estudio en mi casa solían alargarse demasiado.

—Podemos ir a tu casa, Eli —Se autoinvitó Pedro...

—No, Pedro, hoy no es buen día, me quiero ir pronto a descansar y cada vez que vais nos quedamos hasta las mil. —No le mentí.

—Yo creo que me voy a ir a casa, chicos —dijo Olivia.

—Pues yo creo que por hoy se acabaron los estudios, ¡es hora de comerse un bombón! —dijo Pedro mirando hacia el fondo del pasillo.

A lo lejos vimos a su querida amiga Verónica buscándole en alguna mesa de la biblioteca. Él fue a su encuentro y ella se le abalanzó dándole un beso de película erótica, bueno más bien pornográfica, muy poco adecuado para el sitio en el que estábamos... Y no es que yo fuera una recatada, es que estuvo fuera de lugar y punto.

—De verdad, esa chica es excesiva, es que no me pegan nada —le comenté a Olivia.

—Chica, dice... qué generosa eres... ¿qué debe tener... 35, 40? —Se rio de su maldad mientras se encogía de hombros y torcía un poco la cabeza para

ver aquel espectáculo desde un ángulo mejor.

Aquella mujer era tan choni, con sus “taintos” años queriendo parecer una quinceañera... y con ese rubio pollo teñido y esas extensiones de peluquería de barrio... Puf, no entendía qué narices hacía Pedro con ella.

Dejamos de contemplar aquella escena cuando nos dimos cuenta de que las puertas del ascensor se nos estaban cerrando. Oli metió el pie y al reabrirse vimos que Arturo estaba dentro.

—Hola, chicas, ¿ya se van? —nos dijo sonriendo.

—Sí, no había sitio para estudiar en ningún lado, así que nos vamos para casa —le contestó con una familiaridad a la que yo nunca hubiera podido acceder de no haber estado con él—. A ver si aprovechamos otro rato de estudio.

—Muy bien... —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo y se ponía a andar en él.

Yo no dije nada, iba mirando como cambiaban los números del ascensor, mientras escuchaba cómo Olivia iba sacando las llaves de su coche. Cuando se abrieron las puertas nos despedimos a pesar de que los tres seguimos caminando juntos hasta la puerta de la entrada.

—Bueno, te veo mañana Olivia. —Me despedí de Olivia, mientras lo hacía también de Arturo con un gesto de cabeza.

—Sí, adiós.

Olivia y Arturo se fueron juntos hacia sus coches mientras que yo me fui andando a casa disfrutando de aquella tarde tan soleada. A pesar de tener mucho por hacer, no me importó llegar un poco más tarde a casa, ya que la calidez del sol acariciándome la cara según caminaba, me iba dando la energía que el café que me había tomado después de comer no había conseguido proporcionarme. Iba seleccionando música en el móvil cuando vi que me había entrado un mensaje de Arturo.

WhatsApp X : (" En cuanto llegue a casa le quito la X")

¿Entonces ya vas para casa? ¿Puedo ir ya?

WhatsApp:

No sé, no sé... Creo que prefiero seguir estudiando... Es que acabar las clases y llevarme al profesor a casa...

WhatsApp X:

Muy graciosa. Voy en un rato.

Debían ser las ocho y media cuando llegué a casa. Dejé la mochila en la mesa del salón, me refresqué un poco y abrí las ventanas para seguir sintiendo

ese olor primaveral. Al rato llamó Arturo. Me sorprendió verle con una maleta de mano y su maletín. Le hice un gesto con la cabeza mirando hacia aquella maleta.

—Espero que no te importe que me quede a dormir...

¡QUÉ! ¡CÓMO! Cuando dijo aquello no supe si saltar en el sofá o tirarme directamente a su cuello.

—¿De verdad te quedas conmigo?

Me besó, muy suave, muy dulce...Me miró a los ojos.

—Estoy cansado de perder el tiempo...

Seguimos besándonos sin poder despegarnos el uno del otro y al final acabamos desnudos y enredados en la cama. Después de aquel momento de pasión, nos quedamos un rato tranquilos, el uno cerca del otro hablando de nosotros, pero Arturo, en un momento de lucidez, rompió aquella armonía bajándose de un puntapié de la cama.

—Venga, Elisa, vístete. Tienes que estudiar y yo trabajar. Vamos a ponernos un rato al lío y después cenamos un poco. ¿Te parece?

"¿Qué si me parece? Pero si no me creo que estés en mi casa... hablándome como si viviéramos juntos... ¡Qué si me parece, dice...!"

Se vistió con un pantalón y una camiseta bajo mi atenta mirada, y cuando desapareció por el pequeño pasillo que separaba mi habitación del salón, me puse la camiseta de tirantes que solía usar para dormir, mientras me pellizcaba una y otra vez para asegurarme de que aquello no era un sueño, de que Arturo andaba por mi casa con total naturalidad. Nos acomodamos en la mesa del salón desplegando todo el material y nos pusimos cada uno a lo nuestro.

He de reconocer que me costó concentrarme. Verle a mi lado trabajando, me desconcentraba. No me podía creer que lo tuviera allí, en mi casa, en mi salón, trabajando a mi lado... Poco a poco me fui acostumbrando a su presencia y, a pesar de que no pude estudiar porque mi cabeza estaba demasiado ocupada asimilando todo aquello, sí pude preparar esquemas y anotaciones. "Algo es algo mujer..." A veces notaba que me miraba, yo levantaba la cabeza y él volvía a lo suyo. Estuvimos así por lo menos un par de horas hasta de repente noté como su mano se introdujo sin disimulo dentro de mi braga. Se me cayó el boli al instante. No podía entender cómo aquel hombre sabía hacerme temblar de aquella manera.

Empezó a explorar aquella zona de mi cuerpo con movimientos rítmicos e incesantes que empezaron a hacerme tambalear de la silla. Me agarré a la

mesa como pude por el miedo a desmayarme. Él fingía seguir a lo suyo como si nada, mirándome de vez en cuando para provocarme, si cabe, un poco más. Cuando notó que mi cuerpo estaba al límite, se paró en seco y me quitó las bragas. Giró mi silla hacia su lado, me subió una pierna a la mesa y se arrodilló dejando su cabeza muy cerca de mi apertura. Apoyó mi otra pierna en su hombro y me empezó a besar, lento y suave, igual que me besaba en la boca, los movimientos envolventes de su lengua dentro de mí, estuvieron a punto de quitarme el sentido. Hice el esfuerzo de incorporarme un poco para poder mirarle y verle arrodillado ante mí dándome placer, consiguiendo que ese gesto me provocara la sensación de absoluto poder sobre él y poco a poco me envolviera hasta que caí rendida sin poder evitarlo... Cuando comprobó que su objetivo estaba cumplido, se incorporó y me besó en la boca con pasión. Cuando se iba a alejar de mí, le agarré de la camiseta con los ojos aún encendidos y con aquella sonrisa que me demostraba que sabía perfectamente lo que hacía, me besó de nuevo, cariñosamente.

—Creo que es hora de cenar algo... Estarás hambrienta... —Me miró de soslayo mientras sonreía de medio lado...

Se fue a la cocina y miró lo que había en la nevera. Yo me quedé un rato recostada en la silla con las piernas cruzadas encima de la mesa asimilando lo que acababa de pasar. Cuando me recompuse, recogí un poco aquel desbarajuste que había preparado con mis apuntes y fui a la barra de la cocina.

—¿Para beber agua con limón? —me preguntó sonriendo como si nada, mientras estoy segura, pensaba en lo que acaba de suceder.

—Claro...

Le miré de arriba abajo analizándole. Nunca había conocido a nadie tan perfecto como él. No solo su cuerpo y aquel atractivo que le otorgaba su porte y carisma, sino él en sí. Su forma de moverse, de hablar con aquella voz tan masculina y clara, su manera de entregarse sin pedir nada a cambio, de escuchar, de entender... De amar...

—Si sigues haciendo esas cosas voy a tener que encerrarte en mi casa... Si sigues así Arturo... voy a enloquecer —le dije mientras preparaba la ensalada.

—Si sigues vistiéndote así el que va a enloquecer voy a ser yo.

Sonreí ante aquella respuesta tan espontánea que lanzó sin inmutarse mientras seguía preparando la cena. Me colocó un plato de ensalada de salmón en frente y me miró un tanto pensativo...

—Elisa...

Se mantuvo en silencio un momento, dándole un punto de misterio al asunto que seguramente llevaba anidado en su cabeza algún tiempo. Me puso un poco nerviosa aquel misterio.

—He pensado... No sé qué te parecerá... —parecía nervioso y casi podría decirse que algo inseguro— si me vengo aquí contigo, unos días...

Mis ojos se abrieron como los platos que teníamos encima de la barra y una sonrisa de oreja a oreja asomó en mi cara sin disimulo.

—No sé, a lo mejor trastoco demasiado tus planes o tu...

—¿Estás de broma? Qué planes y qué ocho cuartos. Vente ya. ¡Qué narices! ¡No te vayas nunca! ¡Aaah!

Grité como una loca, me agarré a él, le besé por toda la cara y me puse a saltar por toda la casa como una niña. Salté en la cama, en el sofá... Era algo que hacía desde que era pequeña, saltar por todos los rincones cuando estaba contenta como si me fuera la vida en ello. ¿Sería esa una actitud demasiado infantil? No sé si lo será, el caso es que a día de hoy sigo haciéndolo, así que supongo que forma parte de mi carácter.

—Para, para —me dijo riéndose, le noté más relajado—. ¿De verdad, estás segura?

—¿En serio me lo preguntas? ¿De verdad piensas que tengo que pensármelo?

Hice un *fouetté*, uno de los giros de *ballet* que más me caracterizaban en mi época de bailarina, dejando a Arturo boquiabierto sin darme cuenta.

—¿Qué es eso que acabas de hacer? —me preguntó con los ojos abiertos de par en par.

Le miré sin poder quitar aquella sonrisa tonta. Y después de un rato saboreando aquella estupenda noticia, nos pusimos a cenar mientras le expliqué con más detalle mi experiencia en Londres, en la Royal Ballet School y por qué empecé más tarde que mis compañeros la carrera. Obvié algunos detalles de mi estancia en Londres que, en aquel momento, desdibujarían la alegría que reinaba en el ambiente.

—Vaya... ahora entiendo tu reacción cuando fuimos a Madrid... ¿Y no has pensado en continuar aunque sea de manera menos profesional?

—No, de momento no, la verdad. No quiero arriesgar a quedarme sin rodilla —dije dramatizando.

Me tiró una servilleta a la cara.

—Elisa —dijo cambiando de tema—, no quiero desconcentrarte, quiero que acabes bien el curso, no quiero que por mí te distraigas...

—¿Estás reculando? —le pregunté con un tono amenazante, mientras me respondía moviendo negativamente la cabeza—. Me distraería más pensando en ti si no te tengo cerca. Además sabes que tengo un gran poder de concentración, ahora me ves más relajada porque aún queda algo más de un mes para los exámenes y lo llevo bastante bien. En cuanto estén más cerca dejarás de oírme respirar, te lo aseguro...

Me dedicó otra de aquellas sonrisas envolventes...

—¿Y tú no querrás venirte a mi casa para alejarte de tu vecinita? Ya me contaron que os encontrasteis en casa de Inma... —le pregunté con una sonrisa en mi cara.

—Vaya... habláis de mi fuera de clase.. —dijo burlándose.

—Acaso tú no hablabas de tus profesores... Claro, ya no recuerdas tu época de estudiante... Hace tanto...

—Sí, sí... recuerdo una tal... ¿cómo se llamaba? Era una profesora muy joven y atractiva... —dijo mientras me miraba triunfador.

—Serás... —Y le cogí del cuello simulando que le ahogaba. Él se giró y se volvió para besarme. Sus besos siempre me transmitían la pasión que sentía por mí y aquello me hacía sentir poderosa.

Fui a un cajón que tenía en el mueble de la entrada y le di un juego de llaves.

—Toma. Para que no tengas que estar esperando dos horas en el portal.

Él las miró un instante pensativo... Me miró y volvió a besarme. En ese momento sonó mi móvil. Era Pedro. "Qué oportuno, chico"

—Cógelo —me dijo sin saber pero intuyendo quién era...

—Hola, Pedro... —Miré a Arturo mientras hablaba con él— sí... yo me vine sí... No, ya nos vemos allí... No, no creo, comeré en casa... Bueno, mañana hablamos. Si llegas antes, coge sitio... Vale, adiós...

—Pedro... cómo no... —dijo mordiéndose el labio mientras ponía los ojos en blanco—. Creo que va a ser complicado venirme, él está siempre metido aquí..

—No... por favor. No digas eso ni en broma...Vamos solo faltaría que no vinieras por Pedro —y me entró la risa— le diré que estoy con alguien. Ya lo intuye, así que no le extrañará.

—Sabe que estamos juntos —me dijo como si nada mientras se metía un trozo de pan en la boca.

—¡Qué va! —le respondí mientras veía cómo me hacía un gesto con la cara dejando entrever que tenía razón.

—¿Tú estás segura de que quieres que venga?

—¿Pero de verdad tienes alguna duda?

Acabamos de cenar y volvimos a retomar nuestras tareas. A la una de la madrugada yo no podía más y me fui a la cama. Él siguió un rato más. El apartamento era pequeño y desde la habitación podía ver cómo trabajaba. De vez en cuando levantaba la vista para mirarme y me sonreía. En una de esas ocasiones se levantó y vino hacia la cama. Yo estaba leyendo un libro. Se sentó a mi lado y me lo quitó de las manos, mientras le echaba un vistazo.

—*Anhelo de vivir*, un libro interesante sobre la vida de Van Gogh... — Me miró sonriente mientras dejaba el libro en la cama. En ese momento me acordé del cuadro que tenía en la habitación de su casa de la montaña—. Elisa, se me olvidó comentarte algo. Mañana voy a desayunar con Noa, ¿recuerdas? Sí, claro que la recuerda, qué tontería...

Le miré desilusionada.

—Vamos a trabajar casi toda la mañana juntos, tuve que quedar con ella temprano porque después tengo otros compromisos. No te pondrás mal ¿verdad?

—No —le dije para acallar su conciencia y la mía a pesar de que sentía cierto recelo de no poder ser yo quien desayunara con él—. De verdad, no soy una persona celosa, no sé lo que me pudo pasar el otro día.

Sonrió con cara de incredulidad.

—Yo sé que el mantener las distancias en la facultad te hace desconfiar, es lógico. Pero ya me tienes aquí para compensar los momentos de ausencias. No más distancia, ¿vale?

Y me besó, una y otra vez hasta que acabamos enredados de nuevo en la cama.

XL

Cuando me desperté al día siguiente ya no estaba en casa, pero allí seguía su pequeña maleta que me hizo respirar desalojando de mi mente cualquier pensamiento que me hiciera sospechar que aquello podía haber sido un sueño.

Me duché, desayuné y me fui a la facultad. No había madrugado, así que supuse que Pedro ya había cogido sitio en el departamento. Le envié un mensaje para asegurarme. Efectivamente, cuando llegué ya estaban todos allí. Estuvimos estudiando bastante rato aprovechando muy bien el tiempo. Me gustaban esas mañanas de estudio productivas, avanzaba a pasos agigantados en las materias y cada vez me sentía más segura de los nuevos conceptos que iba asimilando.

Al rato aparecieron Arturo y Noa hablando muy amistosamente, iban a su despacho. De haber tenido el móvil cerca, y de no estar penalizado como agresión, se lo hubiera lanzado a la perfecta y sonriente cara de Noa. En vez de hacerlo, sonreí amistosamente disimulando mi desagrado por verles tan... sonrientes.

—Hola, chicos, buenos días —nos saludó.

Noté la mirada censuradora de Pedro sobre mi cogote. ¡Qué pesado era! Cada día me sentía más vigilada cuando nos encontrábamos con Arturo, no sé si era paranoia mía o verdad verdadera, pero el caso es que me molestaba sobremanera verle tan pendiente de cada gesto que hacía. Parecía una vieja chocha cotilla, interesada por cada detalle de la vida de sus vecinos. Alguna que otra vez le miré con gesto serio mostrando mi desagrado por su obsesión por analizarme, pero vamos, que ni cuenta se dio. Lo que digo... era como una vieja cotilla y chocha...

—Eli...Se te ha escapado una sonrisilla...—me dijo Olivia burlona.

Aquello me pilló por sorpresa.

—No me extraña, guapa ¿Es que tú has visto cómo ha venido hoy? Tiene el guapo subido —contestó Sonia sorprendiéndonos a todos, especialmente a Raúl que miró hacia ella un tanto descontento con aquel comentario.

—Ya... es que ese traje gris le queda como un guante... —continuó Olivia.

Y nos reímos todas sin poder evitarlo.

—¡Ya están las cacatúas estas alborotadas! ¡Qué castigo, por favor! —refunfuñó Pedro...

"Castigo el mío contigo, Pedro", pensé mientras ponía los ojos en blanco, bajo la atenta mirada, cómo no, de mi gran amigo.

Una hora más tarde volvieron a salir del despacho. Oí cómo se despedían y enseguida la vimos marcharse sola. La miré detenidamente mientras abría la puerta del departamento y no pude obviar ese culo respingón y perfecto que se adaptaba de forma casi pecaminosa al vaquero que llevaba puesto. Poco después salió Arturo un tanto apresurado.

—Hasta la tarde, chicos... —se despidió.

A los cinco minutos noté la vibración de mi móvil dentro de la mochila.

WhatsApp X: ("Vaya... ¿no lo he cambiado todavía? Ups, ¡ji, ji, ji!".)

¿Vas a comer en tu casa?

WhatsApp:

Sí

Me latía el corazón a mil, me era muy difícil normalizar aquella situación.

WhatsApp X:

Pues nos vemos allí. Ahora tengo que pasar el resto de la mañana en Simancas, en cuanto acabe, voy para allá.

No me lo podía creer... Estaba viviendo un sueño.

Cuando llegó la hora de comer, todos decidieron quedarse en la cafetería.

—¿Te vas a casa? —me preguntó Pedro.

—Sí, voy a comer allí, así también descanso un poco. Me parece que llevo todo bastante bien así que prefiero descansar ahora que todavía puedo.

—Vale pues me voy contigo en el bus.

Nos despedimos del resto y cogimos el bus. Me daba mucha pena el poner esa distancia con Pedro. En cualquier otra situación le habría invitado a comer, habríamos pasado el resto de la tarde juntos y seguramente después de clase hubiera venido a mi casa a cenar y a seguir estudiando, pero a partir de ahora todo aquello tendría que acabar, y a pesar de que yo intentaba que nuestro distanciamiento se produjera de forma gradual, sentí que Pedro, desde hacía tiempo, ya no se comportaba igual conmigo.

Mi parada estaba primero.

—Te veo luego —le dije...

—Vale, adiós.

Y esa fue toda la conversación que mantuvimos en el trayecto del bus. Sí, definitivamente Pedro notaba el distanciamiento y le quedaban cada vez menos ganas de hablar conmigo.

Subí a casa pensando en aquello algo apenada pero a medida que iba subiendo las escaleras, empecé a visualizar la imagen de Arturo esperándome en casa y empecé a subirlas de dos en dos deseando encontrármelo allí. Me latía el corazón a mil, no solo por la carrera que me había dado, sino por las ganas que tenía de volver a verle y estar con él en casa, juntos, sin disimulo alguno. Abrí la puerta y me encontré la casa vacía. Después de aquella pequeña decepción, abrí las ventanas para que entrase un poco de aire ya que el calor empezaba a ser bastante notable. Me asomé por el pequeño balconcillo del salón respirando profundamente e intentando alargar aquella sensación de alegría que recorría todo mi cuerpo.

Regué las plantas que había comprado hacía ya algunos meses y me puse a hacer la comida. Detalle tan nimio, me pareció un auténtico bombazo: ¡iba hacer la comida para los dos!. Cuando estaba acabando oí el telefonillo y temí que fuera Pedro. Mi desilusión fue máxima al ver que era Arturo el que llamaba ¿no le había dado las llaves?. Me hubiera gustado escuchar desde dentro, cómo metía la llave y la giraba en la cerradura y cómo la puerta se abriría dejando ver la perfecta figura de Arturo entrando en casa...

—¿Por qué no entraste con las llaves? —le pregunté algo molesta.

—Vaya recibimiento —me dijo mientras me daba un beso en la mejilla—. Ayúdame a poner esto en la mesa, anda.

Me dio su maletín. Estaba cargado con una maleta grande y una bolsa de deporte.

—¿Me habrás hecho hueco en el armario, no? —dijo sonriendo pícaramente.

Mi enfado se disipó al instante... No me podía creer lo que estaba pasando, ¡dijo en serio lo de quedarse...!

—Pues... no. La verdad que no se me ocurrió —dije al final ante el intento fracasado de inventarme una excusa mejor.

—¿Y dónde pensabas que iba a dejar mis cosas? —me dijo cogiéndome en volandas y alborotándome el pelo.

—No sé, es que no me llegué a creer del todo que me lo dijeras en serio.

—Pues ya ves que sí —me dijo según me llevaba hacia la cama—. Ya te dije que no quería perder más el tiempo.

Me besó mientras caíamos en la cama. Aquel hombre era puro deseo, me desabrochó la ropa y nos enredamos de nuevo, bajo el calor incipiente del mes de mayo... Después de aquel momento inesperado, fuimos a la cocina a comer lo que había preparado. Nos sentamos en la barra de la cocina uno enfrente del otro, y mientras comíamos me habló del trabajo de investigación que estaba llevando a cabo y que le absorbía la mayor parte del tiempo, de sus rutinas, de cómo se organizaba y yo, que seguía sin creerme todo aquello, le miraba entusiasmada como una boba. "Cierra la boca, chica, que se te ven demasiado las ideas... y la comida."

—Porque... ¿he de suponer que me estás escuchando, verdad? —dijo riéndose de mí mientras me lanzaba la servilleta. "¡Ves! Lo que te decía chica"

—¡Qué payaso eres! —dije disimulando mientras salía de mi ensoñación —. Claro que te escucho, me encanta oírte hablar...

Me sonrojé un poco inevitablemente.

—¿Ah sí? Pues a mí también me gustaría escucharte un poco... Háblame de tus proyectos... ¿Qué quieres hacer cuando acabes la carrera?

—¡ Ah, no! Eso sí que no... —dije mientras me levantaba a por un vaso de agua— queda todavía mucho tiempo para pensar en eso... Dame un respiro...

—¡Ja, ja, ja! Elisa... dime ¿por qué te decantaste por estudiar Historia? Ya conozco la versión de "por fastidiar a tu abuelo", ahora me gustaría conocer la tuya... la de verdad...

—Profesor espeso a la vista... por favor, huyamos en tres -dos- uno... — dije burlándome de él mientras corría como una loca por el salón.

Él seguía apoyado en la barra de la cocina mirándome hacer el payaso con su sonrisa ladeada.

—Ay Elisa... algún día descubriré qué pasa por esa cabecita.

"Pues cuando lo hagas vas y me lo cuentas..."

Se levantó despacio y recogió la mesa. Yo mientras, le miraba desde el sofá cómo se movía por la casa con tanta naturalidad que me abrumaba. Abrió su maletín y desplegó un montón de folios sobre la mesa del salón. Seguí observándole y en poco menos de cinco minutos ya estaba totalmente abstraído. Sonreí al verme identificada en él. Dejé el libro que disimulaba estar leyendo y me acerqué a él por la espalda, introduje mis manos por dentro de su camisa para poder notar su pecho con más detalle. En un giro casi imposible, me colocó encima de sus piernas. Metió sus manos por debajo de mi jersey y me acarició la espalda, después se dirigió a mis pechos y me besó

con fuego en la boca.

—Si sigo así voy a acabar enfermo —me dijo con una voz encendida en pasión.

—Tienes razón —dije juguetona haciendo el amago de bajarme de sus piernas—. Será mejor que me vaya...

—¿Dónde te crees que vas...? No me puedes dejar así...

Y me subió con gran habilidad a la mesa separando como pudo los papeles y encima de aquel desbarajuste de hojas, hicimos de nuevo el amor. No podía entender cómo ese hombre podía desatar tanta pasión en mí. Me volvía loca, perdía totalmente la cabeza y él, de manera intencionada, lo daba todo para avivar mi fuego. Cuando terminamos, se vistió de nuevo como pudo...

—Srta Rivas, tiene que dejarme preparar la clase, si no, no voy a acabar nunca...

Y se dispuso a ordenar aquellos papeles. Mientras acababa de preparar la clase y ordenar sus cosas, yo me senté de nuevo en el sofá a leer un rato. Era inevitable mirarle de vez en cuando, y cuando nuestras miradas coincidían, el calor que irremediamente tenía su mirada, me subía directamente hasta la cara.

De pronto e interrumpiendo el silencio apaciguador que teníamos en casa,sonó un mensaje en mi móvil. Era Pedro preguntándome si pasaba a buscarme para ir andando. Arturo parecía no haberse enterado del mensaje.

—Voy a ir andando con Pedro... —le dije sacándole de su ensimismamiento.

—Si quieres te llevo yo —dijo cuando consiguió entender de qué le hablaba..

Me extrañó mucho aquella propuesta...

—Caramba, de la nada pasas al todo... —le comenté— te recuerdo que hace bien poco me ignoraste por el miedo a que nos vieran juntos...

No me dejó acabar.

—Sí y lo siento mucho, ya te lo dije. Siento haber perdido ese tiempo de haber estado contigo. Por eso ahora, que ya estoy seguro, quiero demostrarte que te quiero, que se acabaron esos pensamientos —dijo con el mismo tono de voz de un padre que le habla a su hijo pequeño para hacerle entender las cosas.

—¿Qué pensarían todos si nos ven? —Yo seguía con el sarcasmo.

—Muchas veces he llevado a Inma... —comentó con total naturalidad

como si a mí no me pudieran afectar esas palabras...

—Ya... y por eso mucha gente murmura... No me hables de ella, anda, que me pone de mal humor.

Me miró sorprendido y yo creo que encantado de mi reacción.

—Prefiero ir con Pedro, no quiero apartarle de la noche a la mañana de mi vida.

—Como quieras —me contestó de mala gana siguiendo con lo suyo.

Tuve el tiempo justo para arreglarme antes de que Pedro llamara al telefonillo. Arturo se quedó en casa un rato más trabajando. "madre mía, se queda en casa...en mi casa..." Pensé sonriendo mientras le daba un beso de despedida que él me devolvió con muy pocas ganas. Le noté algo molesto por el hecho de que me fuera con Pedro y, a pesar de que intentó disimularlo, era evidente que hubiera preferido llevarme él..

—Te veo en clase...—me dijo.

Bajé las escaleras de dos en dos. Estaba tan emocionada con todo lo que me estaba pasando que necesitaba soltar la adrenalina de cualquier manera. Cuando abrí el portal con aquel ímpetu, Pedro me miró de arriba abajo arqueando una ceja.

—¿Y tú qué has comido hoy?

—Ensalada... de esas que tanto te gustan.

—Andas muy rarita últimamente...

"Y tú muy pesado".

Y sin darle más vueltas al asunto, nos fuimos paseando hasta la facultad a un ritmo demasiado acelerado: el que me pedía el cuerpo y al que Pedro no estaba acostumbrado. Gracias al paso firme al que le llevé, conseguí mantenerle callado hasta que llegamos. Me moría de la risa al verle tan arregladito sudando la gota gorda y haciendo esfuerzos infinitos para que no se le notase. Llegamos mucho antes de lo que solíamos llegar habitualmente y subimos directos al departamento para aprovechar a estudiar el rato que nos quedaba hasta el comienzo de las clases. Allí estaban todos guardándonos los sitios, nos habíamos vuelto a hacer con los mandos de aquella mesa de estudio, que últimamente estaba demasiado solicitada. Al vernos llegar, todos se rieron de la cara de Pedro que estaba demasiado colorada por la caminata.

—Pero qué le has hecho al pobre hombre, Eli... Me lo traes machacado... —dijo Raúl burlándose de él.

—Ja, ya quisiera él que le hiciera algo... —dije para acabar de rematarle —. Es un blando, no aguanta mi ritmo...

—Uy, uy, uy... que aquí hubo candela de la buena, eh Pedro... —le picó un poco más Raúl..

Pedro me miró de manera un tanto desconcertante que no supe interpretar. Se sentó y se puso a estudiar sin dar pie a que siguiéramos con la broma. Todos nos miramos muertos de la risa pero preferimos no dejarla escapar para no ofender más el orgullo tocado, y diría yo, casi hundido de Pedro. Saqué los apuntes e intenté no reírme al ver su cara que seguía colorada.

En una ocasión levanté la cabeza para memorizar lo que estaba estudiando y me encontré con su mirada que me llegó a parecer un tanto...¿romántica?. "¡Por favor, Elisa, deja de pensar tonterías!" y no sé porqué, pero aquello me pareció un flirteo. Le puse cara de asco y él, sorprendido, bajó la mirada mientras cogía una goma de borrar que me lanzó sin reparos y que pude esquivar milagrosamente.

Al cabo de bastante rato llegó Arturo saludándonos a todos como hacía siempre.

Me pareció raro que tardara tanto, faltaban tan solo diez minutos para empezar su clase y por norma general solía llegar a su despacho una hora antes. Empezamos a recoger nuestras cosas para bajar a clase y de repente Pedro empezó a tontear conmigo descaradamente, y digo tontear por llamarlo de alguna manera. Aquello me pareció más bien una de sus muchas tonterías con la diferencia de que en ese momento me pareció que era algo premeditado... más tarde me daría cuenta de que no estaba equivocada. Conocía bien a Pedro y sabía que todo aquel despliegue de pavoneo conmigo tenía algún motivo. ¡Pedro, Pedro...! Bajamos las escaleras entre arrumacos no consentidos, empujones juguetones y una amabilidad extremadamente sospechosa. El resto que venían detrás, siguieron su juego y empezaron a burlarse amistosamente de la actitud mucho más cariñosa de Pedro. Dejamos nuestras cosas en la mesa de clase y salimos de nuevo al pasillo, mientras Pedro me agarraba por los hombros intentando tocarme el pelo para despeinarme.

—Te digo yo que estos dos tienen una tontería encima... —comentó Raúl riéndose.

—¡Qué va! —alegó Sonia en mi defensa—. Qué más quisiera Pedro que Eli le mirara con otros ojos...

—A pesar de lo guapo que eres Pedro —se burló Olivia— eres demasiado cansino y eso no gusta. Ríndete, hombre... Asume que no tienes nada que hacer con Elisa...

—Sí —continuó con la burla Sonia—. Pedro es el amigo simpático que toda mujer quiere tener a su lado. Es...como el osito al que achuchar...

Pedro que parecía no estar escuchándoles, se sintió tremendamente ofendido por ese último comentario , tal vez por sentir que en cierta manera era así como se sentía, o quizá por el hecho de que a mí me entrara una risa incontrolable que no pude frenar a tiempo.

—Me parece a mí, Pedro, que te vas a tener que conformar con esa... — siguió Olivia intentando controlar el ataque de risa que le producía acordarse de la novia de Pedro—vamos... con tu chica ¡ja, ja, ja! —aquella risa se le escapó sin remedio aunque la consiguió controlar para acabar su frase—, con Vero quiero decir... ji, ji, ji —aguantó— porque con Eli, no tienes nada que hacer...

Yo entendí que aquel comentario, y sobre todo la forma de decirlo, ya empezaba a ser desagradable para Pedro, que estaba disimulando todo lo que podía la rabia que le producía el saber que su orgullo se estaba resintiendo...

—Porque no me ha besado, si no caería rendida, eso ya te lo digo o si no que se lo diga mejor Olivia que sabe de lo que hablo... —dijo al fin escupiendo sobre Olivia toda la rabia que había ido acumulando con aquellos comentarios jocosos .

Me pareció tan infantil aquella actitud de Pedro, en plena rabieta como un niño pequeño, que no pude controlar el ataque de risa que me entró a pesar de que seguramente a Olivia, aquellas palabras le debieron caer como un jarro de agua fría.

—¿Te hace gracia? —me dijo muy serio empotrándome contra una de las ventanas del pasillo y mirándome una vez más de aquella manera.

No dije nada, me quedé mirándole intentando analizar todo lo que estaba pasando. Y así, sin previo aviso y para sorpresa de todos, me agarró la cara con sus manos y me besó. Fue un beso que me sorprendió tanto por su espontaneidad como por su forma. Fue suave a pesar de la brusquedad de sus gestos, comedido y... sensual. Prometo que quise separarme al instante, pero algo involuntariamente me arrastró hacia él. Nos separó el carraspeo de alguien.

—Pedro, muchacho, en los pasillos y antes de entrar a clase no, hombre... —dijo Arturo, intentando no demostrar su ira.

Me quedé paralizada sintiendo la suave retirada de Pedro y viendo la imagen de Arturo a sus espaldas con los ojos inyectados en rabia. Noté una llamarada de fuego en mi rostro, no fui capaz de mover un solo músculo. Miré,

según se alejaba, la cara de satisfacción de Pedro dedicándome una sonrisa maliciosa que le dio sentido a todo lo que acababa de pasar, haciéndome ver que me la había jugado. Estaba bloqueada.

—Srta Rivas, ¿se va a quedar ahí todo el rato? —me dijo Arturo esperando con la puerta abierta.

Su mirada me lo dijo todo. Estaba loco de rabia, lo veía, yo también lo estaría. ¿Por qué cuando todo parecía marchar bien, algo se torcía? No me lo podía creer.

—Si no entra tendré que cerrar la puerta. —Insistió con un tono de voz que ya no disimulaba su estado de nerviosismo.

Según iba despegándome de la ventana en la que Pedro me había empotrado y acercándome a él, iba negando con la cabeza para hacerle entender ¿qué?, ¿que aquello no era lo que parecía? Estaba perdida... aquello no me lo iba a perdonar... Esperó a que entrara y sin mirarme cerró la puerta.

Entré como drogada, aturdida y sin pleno control de mis facultades. Me senté, me froté la cara buscando algo de respiro en ese gesto que, lógicamente, no encontré. La chicas me miraban casi igual de sorprendidas que yo por esa estúpida reacción de Pedro, se encogían de hombros intentando hacerme entender que ellas tampoco entendían nada.

Arturo empezó a hablar, no sin antes carraspear un poco para aclararse la voz. Estaba nervioso, y a pesar de que nadie se daría cuenta, a mí me parecía estar escuchando los latidos de su corazón golpeándose atropelladamente contra su pecho. Dejé de escuchar lo que decía y un pitido incesante y ensordecedor se acomodó en mis tímpanos, anulando cualquier intento de prestar atención a lo que sucedía dentro de aquel aula. Me giré hacia atrás para mirar a Pedro buscando algún tipo de explicación, pero lo que me encontré, no solo encendió más mis nervios sino que provocó en Arturo una especie de sarcasmo malintencionado que consiguió dejarme claro que lo nuestro era ya un viaje sin retorno.

—Srta Rivas, si tiene algo que decirle a su novio, le agradecería que lo hiciera fuera de clase. A lo mejor necesitan salir. —Su tono no era el que usaba habitualmente para sus típicas ironías, este era hiriente y desgarrador.

Me giré inmediatamente, no sin antes apreciar una sonrisa triunfante en la cara de Pedro que me envenenó hasta límites insospechados.

—No, no disculpe... —dije con un hilo de voz.

Era la primera vez que me llamaban la atención en clase y a pesar de que pudiera parecer algo sin la mayor importancia, a mí me dio la sensación de

que se desmoronaba mi mundo. Mi vida... Arturo... todo se caía a pedazos sin remedio alguno.

La clase siguió avanzando de manera más o menos natural. El único detalle que podría marcar la diferencia fue que, al contrario de otros días, se sentó en la silla y dio la clase desde allí, cuando habitualmente lo hacía paseando por el aula o como mucho apoyado en una esquina de su mesa.

En aquella clase estuve totalmente perdida, solo recuerdo la sensación de vacío que me recorría por dentro. Fui incapaz de dar pie con bola, y a pesar de mis continuos intentos por disimular lo perdida que estaba, no pude evitar ser el centro de las miradas de mis compañeras que, de vez en cuando, me preguntaban por lo bajo si me pasaba algo...En mi cabeza solo estaban las explicaciones que podría darle a Arturo si tenía la suerte de que me dejara dárselas. ¿Qué iba a pasar a partir de ese momento? ¿Recogería sus cosas de casa...? Quería llorar, llorar de rabia y de impotencia."¡Maldito seas, Pedro Salvador!".

En un momento de la clase tuvo que levantarse para repartirnos unas fotocopias, las mismas que estaban en la mesa cuando nos enredamos en puro deseo. Le miré sumisa, suplicante, como jamás había mirado a nadie. No me dio vergüenza mostrar aquella debilidad que en cualquier otro momento, me hubiera parecido ofensiva hasta para mí misma. Él me miró, fue el único momento en el que coincidieron nuestras miradas y sé que, en ese preciso instante, Arturo revivió conmigo aquella escena de amor, muy a pesar suyo. Carraspeó de nuevo, imagino que para apartar aquel recuerdo de su cabeza y seguir repartiendo las fotocopias como si nada. Poco después se acabó la clase, recogió en silencio y se marchó con una fría despedida muy poco habitual en él. Yo salí corriendo detrás de él sin disimulo alguno.

—Voy al baño —les dije a mis compañeros cuando ya estaba casi fuera de clase.

Subí corriendo. Llamé a la puerta de su despacho apresuradamente sabiendo que estaba dentro..

—¿Sí?

La abrí. Acababa de llegar aún estaba colocando sus cosas. Le sorprendió que fuera yo, no me esperaba.

—Arturo...

—Srta Rivas, disculpe pero estoy ocupado, de verdad. No puedo atenderla.

—Déjame explicarte.

—Espero que entienda que este no es el momento. Le ruego que vaya a clase —me dijo mientras encendía el ordenador sin tan siquiera mirarme.

No sé por qué pero no insistí, quizá porque no sabía muy bien cómo justificar aquello, quizá porque lo que vio fue un beso por mucho que yo le dijera que no significaba nada. Fue un beso lo que vio y me gustara o no... No tenía justificación. Cerré la puerta del despacho y me fui. Bajé las escaleras desanimada, arrastrando los pies. Cuando llegué a clase todavía no había llegado el profesor. Vi a todos esperando en el pasillo y, al ver a Pedro hablando tranquilamente con Raúl, un arrebató de ira me encendió por dentro y corrí hacia él con la mano extendida. Si no llega a cogerme Raúl al vuelo, le hubiera estampado tal bofetada en la cara que aún seguiría con la marca.

—¿Te has vuelto loco? —grité como una histérica ante la mirada de los que pasaban por allí— ¿Tú de qué vas, payaso?

—Eli, tranquilízate —me rogó Úrsula.

—No te entiendo, de verdad, Pedro, ¿yo que te he hecho? Llevas provocándose ya demasiado tiempo y esta ha sido la gota que ha colmado el vaso. ¿Qué pretendías tonto del culo? ¿Que cayera rendida a tus pies por un beso baboso de mierda? —Me recreé en esa última palabra, casi diría yo que hasta llegué a saborearla.

Permanecía callado. El resto me miraban atónitos.

—Bueno todos le picamos bastante... —Le intentó justificar Raúl.

—¡Pues que te hubiera besado a ti el payaso este! —le dije gritando fuera de mí.

Mi comentario no pretendía ser gracioso y, a pesar de que el ambiente era mucho más que tenso, todos se rieron al unísono sin poder evitarlo y Pedro hizo aspavientos con las manos mostrando su disconformidad ante tal propuesta. ¡Lo que faltaba, aún encima le di pie para que siguiera haciendo el bobo!

Me di por vencida, era imposible hablar con un tío cuyo único cerebro estaba en su entrepierna. No quería volver a saber nada de Pedro, estaba dolida... Aquello, que no había sido más que un juego para él, había supuesto para mí la pérdida de mi vida.

Entramos en clase cuando llegó el profesor e intenté por todos los medios centrarme en escuchar las explicaciones de aquel buen hombre. Como era de esperar me fue imposible. El resto de las clases las pasé como pude y no volví a salir al pasillo para no tener que ver de cerca al imbécil de Pedro. Estaba enfada, muy enfada con él, y a pesar de los intentos de las chicas por

justificarle, yo no podía perdonarle. Pasé los cambios de clase con el móvil en la mano abriendo el WathsApp y pensando qué podía ponerle para justificar aquello. Nada... no sabía por dónde empezar y se me pasaban los descansos con el espacio del WathsApp en blanco y el cursor parpadeando para empezar a escribir.

Cuando acabaron las clases me fui a casa. No quería estar más allí, quería encerrarme en el apartamento y esperar, esperar a que Arturo se dignase a pasar por allí al menos para recoger sus cosas... Recoger sus cosas.. .¿Cómo podía haber dejado escapar al hombre de mi vida por una tontería!¿Por una tontería de... Pedro! Le iba a matar, definitivamente no volvería a hablar con él.

Pasaron las ocho, las nueve, las diez... Y seguía sin señales de Arturo. Le mandé un montón de mensajes absurdos tipo: "*Arturo, por favor, déjame explicarte*", "*Vuelve a casa*", "*llámame*", de los que no obtuve respuesta.

A las once y cuarto oí cómo metía la llave en la cerradura, momentáneamente respiré aliviada. ¡Estaba en casa! Me daba igual que viniera solo a recoger sus cosas. Hablaría con él, le haría entender. ¡Estaba en casa! No podía dejar pasar aquella oportunidad. Quise correr a abrazarle, decirle que me perdonara, que aquello no había sido más que una jugarreta de Pedro para hacerme daño, para reírse de mí. Pero su gesto serio y distante ahuyentó de mí la idea de hacerlo.

—¿Dónde has estado? —le dije con voz temblorosa y algo tímida—. Estaba preocupada, no... no contestaste a mis mensajes.

Me miró serio mientras se quedó inmóvil con la mochila que llevaba en las manos.

—He sentido unos celos terribles al ver cómo Pedro besaba tus labios. Labios que horas antes habían sido míos, en ese momento eran de otro — Estaba serio, enfadado, pero tenía razón y no podía rebatirle—. ¿A qué estas jugando, Elisa? ¿Acaso quieres volverme loco?¿Crees que esto es un juego para mí?

Intenté explicarme pero creo que no estuve muy acertada. No sabía muy bien qué decir y eso se notó en mi argumento. Solo quería olvidar aquello y que él también lo hiciera, aunque con mis explicaciones iba ser incapaz de hacerlo. Me había quedado sin palabras... ¿Qué podía decirle si a mí todo eso me había pillado tan de sorpresa como a él?

—Sé perfectamente que Pedro hizo aquello para provocarme, lo hace continuamente, pero ver cómo te besaba...eso fue demasiado... —me

interrumpió viendo que no encontraba las palabras. Parecía derrotado—. Pero no fue el beso lo que más me dolió... fue el hecho de que tú no le apartaste Elisa, no hiciste nada para que desistiera de su actuación. Si solo hubiera visto rechazarle, quitarle de tu boca... Pero te quedaste inmóvil. Aceptaste el beso. —Acabó sentenciando.

Me sentí avergonzada, tenía razón.

—¡No, eso no! Me pilló desubicada, no, no supe como actuar... ¡Me bloqueé, no supe cómo reaccionar!

Se acercó a mí con paso firme y seguro.

—¿Te gustó?

—No, no, no por favor. —Le mentí.

Me miró, se acercó a mi boca como para besarme pero se detuvo. Se quedó unos instantes mirándome y se fue a la habitación donde había dejado las maletas, las miró. Hasta ese momento no me había fijado en que iba con ropa de deporte y que sostenía la bolsa que solía llevar al gimnasio.

—No te vayas, por favor —le rogué asustada agarrándole por la espalda.

—¿Sabes? —dijo sin cambiar el tono de voz con el que había iniciado aquella conversación—. Desde lo sucedido con mis padres ya te conté que uno de mis desahogos fue el deporte. Gracias a él consigo equilibrarme y ver la importancia real de las cosas. Desde luego que ese beso no va a estropear lo nuestro, no lo permitiría al menos que...

—¿Qué, al menos qué? —le pregunté nerviosa.

—Al menos que te haya hecho dudar...

Sentí un alivio infinito al escuchar aquellas palabras. No, desde luego que no me hizo dudar.

—¿Dudar? ¿De qué? Por favor no, Arturo, no tengo ni la más mínima duda. Nunca en la vida he estado más segura de lo que siento. Jamás, escúchame bien, jamás, podría ver a ese engreído como otra cosa que como un amigo y, para eso, cuando se me pase el enfado... —le dije la verdad.

—Él no va a parar hasta ...

Le callé con un beso, por fin podía sentir sus labios a pesar de que él no me lo devolvió con las mismas ganas. Se quedó estático con las manos dentro de su pantalón de deporte.

—Tuve miedo de que te fueras... —le dije—, Arturo, no me dejes sola, no me dejes sin ti...

—¿Cómo iba a poder hacerlo si el que no concibe la vida sin ti soy yo? —Sus palabras no acompañaban la actitud de su cuerpo. Pero a pesar de todo

nos fundimos en un abrazo necesario, sin más, simplemente sintiéndonos cerca, sabiéndonos juntos...

Aquella noche, después de solucionar aquello, intenté actuar con la mayor naturalidad posible aunque no llegué a conseguirlo. Estaba nerviosa por todo lo que había pasado y la expresión de Arturo no conseguía relajarse, seguía serio a pesar de que se esforzaba por aparentar lo contrario. Estuvimos hablando, hablando mucho. Hablamos de todo, de su pasado, del mío (evitando temas que en ese momento nos pudieran tensar), de nuestra primera escapada juntos a la montaña, de Madrid, de las clases... Era un gran conversador, atento, interesado por lo que se le contaba y dialogante. No encontraba nada en él que no me atrajera. Pero seguía serio, con el mismo rictus.

Ya en la cama, cogimos nuestros libros e intentamos leer. Me interrumpía cada poco poniéndome la mano en la página que estaba leyendo o soplándome en el oído intentando demostrarme que su malestar se había esfumado, porque intuía que yo le sentía diferente, pero algo en él no le dejaba estar como siempre... Dejó su libro encima de la mesilla y me pidió que dejara el mío.

—Ven, acércate a mí, por favor.

Dejé el libro y me acurruqué a su lado. El pasó el brazo por detrás de mi cabeza y me empezó a acariciar el pelo. Nos quedamos así en silencio, durmiendo hasta el día siguiente... Cuando me desperté por la mañana, él ya no estaba en la cama. Me desperecé despacio saboreando aquel momento. Asomó la cabeza por la puerta y me sonrió.

—Buenos días, dormilona... ¿Tienes hambre, quieres desayunar algo?

—Te quiero desayunar a ti... Anda, ven para aquí —le dije con ganas.

Y se lanzó sobre mí dándome los besos que no se permitió entregarme la noche anterior. Empezamos a hacernos cosquillas y a reírnos, cómo me gustaban aquellos momentos...

—¿Quieres un café? —interrumpió el momento.

—Sí, lo necesito...

Había preparado café, fruta y unos huevos.

—No sabía qué te apetecería desayunar...

—Así que voy a hacer un poco de todo —le interrumpí bromeando.

—¡Ja, ja, ja! Sí, exactamente eso...

—Vamos a ver, vamos a ver qué me apetece... ¿Qué tal un poco de todo?

¡Ja, ja, ja!

—Pues venga dale, antes de que me arrepienta y te saque unas

magdalenas.

—Tendrías que bajar a comprarlas, yo no tengo de eso.

—Vaya... me alegra descubrir que coincidimos en algo más. —Y me alborotó el pelo con mucha gracia.

Me lo recogí en un moño mal hecho y nos pusimos a desayunar. Estaba hambrienta después de no haber cenado nada la noche anterior. Miraba cómo engullía las tostadas con el huevo con un rostro mucho más relajado que cuando nos fuimos a dormir.

—Si sigues mirándome voy a tener que dejar de comer —dije con la boca llena.

—¡Ja, ja, ja! eso no te lo crees ni tú —dijo mientras veía cómo me metía una fresa en la boca sin haber tragado todavía lo que tenía dentro.

Mientras desayunamos, estuvimos intentando planificar la mañana del sábado.

—Vente conmigo al gimnasio —me dijo después de descartar muchas opciones.

—¿Tienes ganas de ir al gimnasio? ¿Pero si fuiste ayer por la tarde?

—Necesito seguir soltando energía... —dijo con media sonrisa.

—No sé...vSeguro que hay un montón de gente que te conoce... ¿no te da miedo? —le solté maliciosa.

—Sí que me conoce mucha gente, pero la verdad es que nunca me encontré con ningún alumno. Y si hay alguno hago como que no te conozco y punto. —Se rio devolviéndome la burla.

—Muy gracioso... ¿Pero de verdad no te incomoda?

—No, no me incomoda.

Di un sorbo al café estudiándole detenidamente y acabé por aceptar su plan. Una vez decidido, y después de estar remoloneando un poco por casa, nos fuimos al gimnasio. Fuimos juntos hasta su coche que tenía aparcado en el *parking* con el riesgo de que nos viera cualquier conocido. Al salir del portal con él de la mano, me sentí un poco violenta, quizá por llevar tanto tiempo ocultándolo. Me sentía como fuera de lugar. Él, sin embargo, iba tan cómodo hablándome del gimnasio donde entrenaba, mientras seguía con su mano entrelazada en la mía. Yo inconscientemente iba mirando a todos los lados por si nos encontrábamos con alguien. Cuando subí al coche, sentí que me relajaba un poco más.

—¿Qué te pasa, Elisa? Relájate mujer, ¡ja, ja, ja!

Eso era exactamente lo que yo quería: relajarme, pero aquella situación

me estaba tensando de manera insospechada.

Cuando llegamos al gimnasio, y antes de que se fuera a su vestuario y yo al mío, me dio un beso. Me ruboricé sin poder evitarlo. Él se dio cuenta y me sonrió dándome un pequeño toque en la nariz."¡Elisa, definitivamente andas tonta, hija!", pensé al sentir el calor en mi cara.

A pesar de que no había visto a nadie de la facultad, él sí que había saludado ya a varias personas, y aunque fuera un hombre joven que sin la imagen de profesor parecía casi un crío y de que no se notase una diferencia de edad exagerada entre los dos, eran muchos los años los que nos diferenciaban y después de haberlo escondido tanto tiempo, a mí me daba un poco de pudor.

En el vestuario había varias mujeres; una de ellas entró detrás de mí, saludando a otra y comentándole que había visto a Arturo meterse en el vestuario. "¡Cómo no!". En seguida me fijé en aquellas dos mujeres. ¡Hasta en el gimnasio las tenía locas! Lo cierto es que era un hombre demasiado guapo. Las examiné de arriba abajo: tendrían más o menos su edad, eran mujeres cuidadas y bastante guapas y con unos cuerpos de impresión, a decir verdad. El mío, en cambio, era un cuerpo delgado sin demasiadas curvas. Me salvaban las tetas, eso sí, que no tenían nada que envidiar a las de aquellas dos mujeres operadas para conseguir levantarlas un poco. A pesar de todo, me sentí un poco acomplejada, e inevitablemente, la sombra de los celos revoloteó de nuevo sobre mí. ¿Se habría acostado con alguna de ellas? Me lo imaginé disfrutando de aquellos cuerpos y me puse muy nerviosa. Intenté alejarme de aquellos pensamientos sin mucho tino, pero tenía que seguir adelante y no dar más motivos a Arturo para demostrarle una vez más que era tonta del culo..

—Le vi justo cuando se metía al vestuario y no le pude saludar —dijo la que acababa de llegar.

La otra le contestó algo que no llegué a escuchar, pero supuse que sería algún comentario con contenido sexual porque ambas se rieron de manera muy descarada.

Cuando llegué a la sala de máquinas, él ya estaba corriendo en la cinta. Me hizo un gesto para que fuera a la cinta que tenía al lado. Fui hasta allí y me pellizcó cariñosamente la cara. Hacía años que no me ponía en serio con el deporte, así que empecé con paso ligero. Él corría mirando al frente pero su cabeza no estaba allí. Hubiera pagado lo que fuera por saber lo que estaba pensando en ese momento.

Por el rabillo del ojo vi que entraban aquellas dos mujeres y que sus ojos fueron directos al culo de Arturo. "Bueno, eso se lo perdono. Es algo inevitable, está demasiado bueno." Él siguió corriendo un rato más, yo me cansé enseguida y me fui a una bici donde estaría más cómoda con mi rodilla. Al rato vino hacia mí, le había dicho que me iba a una bici, pero creo que no me escuchó porque cuando acabó de correr, miró hacia la cinta sorprendido de que no estuviera allí y, al no verme, me buscó por el gimnasio hasta que dio conmigo... Cuando me vio me hizo un gesto con la cabeza y se acercó. En el trayecto le paró una de aquellas mujeres, el tonto era descarado. "¡Será zorra!" Él sonreía desinteresado mientras me miraba de vez en cuando. Saludó a la otra mujer que estaba más lejos con la mano y por fin pudo llegar a mí.

—¡No te encontraba! No me di cuenta de que te habías ido.

—Ya vi... —le sonreí intentando parecer tranquila—. Son muchos años sin mover la rodilla, no quiero forzar demasiado.

Hizo un gesto de asentimiento.

—¿No quieres probar con ejercicios de fuerza?

Negué con la cabeza.

—Como quieras...

Me cogió la mano de manera cómplice y se fue a un banco de pesas.. Cuando le vi allí tumbado subiendo aquellas pesas, sudando y marcando los músculos de sus brazos, no pude hacer otra cosa que imaginármelo acariciándome."¡Cómo no van a mirarte si lo tuyo no es normal!". De verdad que no lo era. Esos brazos y esas manos habían estado en mi cuerpo, buscándome, descubriéndome, necesiándome... ¡Ayyyyy...! Suspiré involuntaria y escandalosamente haciendo que el tipo que estaba a mi lado me mirara sin disimulo. Pude intuir una sonrisilla en su boca que no quise confirmar por la vergüenza que me había dado el que me escuchara suspirar. Acto seguido, Arturo descansó y me dedicó una de sus sonrisas. Yo se la devolví. Noté al tipo de la bici mirarnos como si de un partido de tenis se tratara, pero evité girar la cara para verle. Volvió a lo suyo y yo seguí mirándole. Cuando volvió a incorporarse ya tenía delante a un hombre que se puso a hablar con él. Estuvieron charlando un buen rato. Después vino a hablar otro rato conmigo bajo la atenta mirada de esas dos mujeres que le seguían babeando a donde fuera.

Hizo un poco más de ejercicio y volvió conmigo a preguntarme si me quería ir. La verdad es que no estaba muy cómoda en esa situación y las dos mujeres esas no ayudaban a relajarme, así que sí, estaba deseando irme.

Estaba haciendo el amago de bajar de la bici cuando se le acercaron aquellas dos. Estaban tardando.

—¿Ya te vas? —le dijo una mientras se limpiaba ...no sé qué, porque desde luego sudor, no.

—Sí, por hoy ya está bien. —Les sonrió.

—Nosotras nos vamos también en un rato, vamos a ir a tomar el vermut con Luis, ámate y vente.

—No gracias, hoy vengo acompañado —les dijo mientras me ayudaba a bajar de la bici.

Y me dio un beso en la mejilla mientras me atraía hacia él. Le agradecí aquel gesto, pero me dio la sensación de que aquellas mujeres pensaron que era su hermana y no se inmutaron.

—Ah... bueno, otro día —dijo una de ellas sin ni siquiera saludarme.

Nos despedimos y al marcharnos Arturo, en vez de cogermelo de los hombros o de la cintura, puso su mano en mi trasero. Creo que lo hizo de forma involuntaria, pero sirvió para que aquellas dos mujeres le vieran y sus caras de decepción albergaron en mi ego una sensación de poderosa victoria. Pude ver por los espejos cómo se miraron sorprendidas. ¡Toma ya! ¡Tanto para Elisa!

Subimos al coche y nos marchamos. Yo estaba callada pensando en aquellas dos que, seguramente y por la actitud tan descarada que habían tenido, habrían probado el cuerpo de Arturo. Una sensación de celos muy desagradable me recorrió por dentro impidiéndome ver el poco caso que él les había hecho.

—¿Qué pasa? —me dijo mientras ponía su mano en mi pierna.

—Nada —le contesté desganada por no iniciar una pelea en la que sabía que yo iba a salir mal parada. No tenía derecho a ponerme así después de lo que había pasado el día anterior. Estaba loca si pretendía enfrascarme en una discusión en la que sabía iba a salir perdiendo.

—Claro, nada...

Cada vez mis pensamientos se centraban más en ellas y a pesar de que me había prometido no volver a sentir celos, no pude evitarlo y exploté. "¡Elisa, de verdad! ¿por qué no te callas?"

—¿Te has acostado con alguna de ellas? —Pues no, no me callé.

Me miró.

—Elisa, no, por favor, no empecemos por ahí...

—¡Ya! —le dije cada vez más furiosa. Sabía que si seguía por ahí iba a

darle la excusa perfecta para dejarme.

Se mantuvo en silencio. Mientras, yo me revolvía en el asiento del coche cada vez más incómoda.

—Tú también has tenido tu pasado con otros chicos...—me dijo al ver que no paraba quieta en el asiento—. Es normal que tengamos historias pasadas, Elisa, pero eso no significa...

—¡Vaya eso es un sí en toda regla! —le dije enfadada y muy decepcionada; en el fondo deseaba que me dijera que no. “¿Quién te manda preguntar?”

—Sí, Elisa, es un sí. Pero ya te expliqué muchas veces mi relación con el sexo y las mujeres... —me dijo cada vez más enfadado...

Yo me quería morir. No quería seguir escuchando pero no podía dejar de provocarle, era una sensación demasiado morbosa.

—¿Con una de ellas, con las dos... con las dos a la vez?

Paró el coche de golpe, el semáforo se había puesto rojo y lo aprovechó para frenar lo más bruscamente que pudo. Me miró serio, muy enfadado, aunque intentó disimularlo.

—No sigas por ahí, Elisa, al igual que yo no indago en tu pasado... Seguro que te estarás imaginando un montón de situaciones, pero al menos son eso, ¡imágenes! Te recuerdo que yo te vi. Yo vi cómo él besaba tus labios y como tú no le rechazabas. Eso sí fue doloroso porque fue real, no fue algo que imaginara, ni algo del pasado. No me pidas explicaciones de algo que ha pasado mucho antes de conocerte.

Sabía que aquello iba a pasar. Sabía que no podía salir bien parada, sabía que él tenía razón...

Nos mantuvimos callados lo que quedaba de trayecto, en una calma tensa. Yo miraba por la ventanilla sabiendo que él tenía razón, pero me era muy difícil apartar aquellos pensamientos de mi cabeza.

Paró en un paso de cebra y me fijé en un compañero de clase que andaba por la cera de mi lado. Instantáneamente y como en un acto reflejo, me hundí en el asiento y me puse la mano en cara disimulando que me daba el sol en los ojos. Noté cómo Arturo me miró de reojo, pero no se fijó en el compañero que pasó por nuestro lado sin darse cuenta. Cuando estábamos a punto de llegar, noté que volvía a mirarme. Yo haciendo como que no me daba cuenta, seguí mirando por la ventanilla.

—He pensado en coger una de las plazas que se alquilan en tu garaje, ¿qué

opinas?

Le miré sorprendida, aquel hombre era extraordinario. Le había hecho enfadar, pero una vez más había relegado su enfado a un segundo plano para demostrarme que quería estar conmigo.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte aquí conmigo? —le dije con tono hiriente a pesar de estar encantada. ¿Por qué narices actuaba así?...

—¿Estás segura tú de que quieres que lo haga?

Le contesté afirmativamente con un movimiento de cabeza, ¡por supuesto que quería estar con él!" ¡Pero díselo, joder! ¿No estás viendo todo lo que está haciendo por ti? Y tú nada, como una idiota moviendo la cabeza en vez de decirle que estás encantada, que le quieres con locura y que no te puedes creer todo lo que está pasando! No... si cuando digo que eres tonta, es que eres tonta..."

Subimos a casa todavía algo tensos, abrí la puerta y nos fuimos a la habitación a deshacer las mochilas. Me miraba intentando que fuera yo la que iniciara la conversación, pero no me salía de forma natural, así que no fingí y seguí en silencio.

—Creo que no fue buena idea ir al juntos gimnasio —dijo él al fin intentando relajar el ambiente.

Me encogí de hombros. Pero seguí callada. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó hacia mí. Siempre era él el que cedía primero.

—No sé qué más hacer para demostrarte que te quiero... —dijo sentándose en el lado de la cama donde yo estaba deshaciendo la mochila—. Tenemos que estar así por eso, ¿de verdad?

—Si es que soy una estúpida... No puedo dejar de pensar en...

—Pues haz un esfuerzo, Elisa —me interrumpió— ¿y todo lo que te he dicho no sirve para nada? ¿Todo lo que he hecho, lo que siento, no sirve para nada? ¿Solo te quedas con eso? ¿Con lo que he hecho o he dejado de hacer en el pasado? No me parece justo.

Y no lo era. No entendía por qué podía ponerme así. Nunca había sentido celos por nadie, nunca hubiera pensado que aquel sentimiento fuera tan destructivo.

—Lo siento de verdad. Tienes razón...

En ese momento me llegó un mensaje de Pedro, que Arturo alcanzó a ver puesto que tenía el móvil en su lado de la cama. Me lo acercó, se levantó y se fue.

—Creo que yo tendría más motivos para estar celoso, ¿no crees?

Sí los tenía. No porque hubiera sentimientos entre nosotros más allá de la amistad, pero sí por la cercanía que teníamos, por todo lo que Pedro hacía para molestarle y por aquel beso que, a pesar de ser robado y no deseado, fue extrañamente aceptado. Me sentí fatal por él, porque a pesar de todo seguía ahí, sin echarme nada en cara y yo...con una aventura suya de años atrás estaba estropeando aquella historia..

Tiré el móvil en la cama sin mirar el mensaje, realmente me importaba muy poco lo que Pedro pudiera decirme. Me acerqué hasta donde estaba él. Le agarré por la espalda y le abracé. Metí mis manos por debajo de su camiseta y acaricié su pecho que poco antes había estado sudando encima de un banco de pesas. Le susurré un “lo siento” mientras apoyaba mi cabeza en su espalda. Bajé mi mano y la metí por debajo de su pantalón. Se giró y me besó apasionado...

Después de comer se marchó de casa. Solo me dijo que volvería enseguida, pero lo cierto fue que tardó bastante. Abrí la ventana del salón de par en par: las tardes de los sábados en primavera eran espectaculares en aquel apartamento. La luz cálida iluminaba todo el salón y la suavidad de la temperatura te invitaba a dejarte llevar por esa agradable sensación de bienestar. Desde la ventana del salón se veía toda la calle, tumbada en el sofá podía apreciar cómo el sol iluminaba los tejados y se me hacía muy difícil coger un libro con aquellas vistas. Me sobresaltó la voz de Arturo acercándose desde la entrada, me debí quedar dormida tumbada en el sofá.

—Bueno —dijo dejándome caer el mando de mi garaje encima—, ya tengo la plaza. ¿Qué te parece si nos vamos a dar un paseo?

—¿Has alquilado la plaza?

—Sí, ya te lo dije antes. Así no tendré que dejarlo en el *parking*.

Sonreí, aquello quería decir que su estancia en mi casa sería para algo más que un par de días...

—Venga va, levántate.

—¿No estás cansado con la paliza que te has dado esta mañana?

—Pero si esta mañana no he hecho nada... Anda vamos.

Una vez más me asombraba aquella energía.

—¿Dónde vamos?

—¿Conoces Urueña?

—De verlo en los carteles de tráfico, lo cierto es que nunca he estado.

—Pues hoy es tu día de suerte... Es una villa medieval...

Me dio la risa inevitablemente, me hizo recordar el puente de Velilla...

—¿Qué quieres? Son gajes del oficio —dijo dándose cuenta de por qué me reía.

Pasamos una tarde estupenda. El sol y la temperatura acompañaban, además de tener un guía privado que otorgaba una belleza especial a todos aquellos rincones en los que había pasado tanta historia... Su manera de transmitir el amor por la historia le daba a aquel paseo no solo la belleza intrínseca del lugar, sino la que él aportaba con sus relatos. Paseábamos agarrados de las manos, él señalándome lugares o deteniéndose de vez en cuando para explicarme algún relato que interpretaba a las mil maravillas... Si pudiera haber retenido aquel momento... Pero como siempre pasaba, se estaba haciendo tarde y había que regresar. Apuramos hasta el último rayo de sol, y cuando empezó a refrescar, decidimos regresar a pesar de nuestras pocas ganas. El lado positivo de aquel regreso era que no habría despedidas. Seguiríamos juntos, esa noche y el día siguiente y el siguiente...¡Hasta que él quisiera!. Le miré reflexionando en aquello.

—¿En qué piensas? —me dijo después de haberme observado un rato en silencio.

—En lo guapo, alto y buen cuerpo que tienes. En lo inteligente y en lo sensible que eres y en que estás aquí conmigo —le dije a punto de derretirme al ver cómo me miraba...

Me sonrió con dulzura agradeciéndome aquellas palabras que me salieron sin pensar, del puro embobamiento que tenía... Me giró para ponerme enfrente de él y me acarició la cara con sus manos suaves y perfectas. Nos besamos.

Al regresar casa, me dio un vuelco el corazón al ver que metía el coche en mi garaje. Podía parecer una estupidez, pero aquel detalle le otorgaba al asunto un punto de compromiso y de seguridad que necesitaba como el comer.

Cenamos algo y yo me puse a estudiar. Lo llevaba bastante bien, pero el haber estado todo el día sin tocar los apuntes me hizo sentir cierto grado de culpabilidad con el que no estaba dispuesta a irme a la cama. Él también aprovechó para trabajar. Se puso a mi lado. Estuvimos bastante rato concentrados, pero en un momento noté que sus ojos se iban a mis apuntes. Yo le miré preguntándome qué leches miraba tanto.

—¿Son los apuntes de mi asignatura? —acabó por confesar, le picaba la curiosidad—¿Puedo ver cómo los tienes?

—Nooo, ¡pero de qué vas! —le dije riéndome mientras le quitaba un folio que me había quitado de la mesa.

—Oh por favor, me puede la curiosidad, quiero ver lo atenta que estás en

clase. A ver si te has dejado algo sin anotar —Parecía un niño pequeño pidiendo una piruleta—. Mira que el último examen que hiciste dejó mucho que desear... A lo mejor te falta algo...

—Hombre, con ese profesor, cómo quieres que me concentre... ¡Dámelo! Hago un esfuerzo máximo porque no se me vaya la cabeza a tu cuerpo...

Entre risas y lucha por coger mis apuntes conseguí que los dejara tranquilos. Conseguimos retomar la concentración por otro rato más, hasta que vi a mi lado nuestro trabajo sobre el libro. Lo cogí.

—¿Es nuestro trabajo? —le pregunté echándole un ojo.—Trae acá.

—Sí, es vuestro trabajo. Devuélvemelo.

Se lo devolví extrañada. La última noticia que tenía de él es que estaba en reprografía para que lo encuadernaran.

—¿Pero cuándo te lo han entregado?

—El viernes casi a última hora. Vinieron Olivia y Úrsula.

Claro, desde que me fui a casa no había vuelto a hablar con ellos, ni siquiera había vuelto a mirar el móvil. Me acordé del mensaje que me había mandado Pedro y no había leído. Seguía sin ganas de saber de él.

—¿Y ya lo has mirado?

—Sí, le eché un ojo cuando me lo entregaron...

—¿Y bien?

—Y bien nada. No te voy a decir nada relacionado con la asignatura.

—¿No? ¿Quieres decir que me he tenido que acostar contigo para al final no conseguir las preguntas del examen? —le dije bromeando—. Eso no se hace... Tanto esfuerzo en conquistarte ¡para nada!

—Tampoco tuviste que hacer demasiado... Me dejaste embobado nada más verte...—dijo como si tal cosa mientras me tiraba parte de los apuntes a la cabeza y seguía mirando los trabajos.

Estuvimos hasta bastante tarde despiertos. Yo rendida acabé por irme a la cama. Él siguió un rato más. No le sentí llegar cuando se metió en la cama. Nos despertamos el domingo a la vez, yo tardé algo más en desperezarme y él me dio un almohadazo para rematar mi buen despertar. ¡Qué manía tenía de despertarme así!

—¿Cómo te puede gustar tanto dormir? —me dijo burlándose de mí...

—¿Quizá porque lo hago muy poco? —y le lancé mi almohada con tan mala suerte que la pudo esquivar y devolvérmela en un solo giro de esos que hacía él a toda velocidad. Me rendí, estaba claro que no podía con él.

—¡Muy poco, dice! ¡Ja, ja, ja! —y me dio el almohadazo final.

—Vale, vale... tú ganas, rey de los almohadazos, creo que necesito un café doble...

—A lo mejor lo que necesitas —dijo mientras se tumbaba a mi lado y metía su mano por debajo de mi pijama— es doble ración de otra cosa.

No me dio tiempo a contestar, con la misma agilidad con la que me devolvió el almohadazo, me hizo desvanecer. Aquello no era normal...

Después de pasar largo rato en la cama enredados, nos levantamos a desayunar.

Era bastante tarde. Mientras Arturo se duchaba, yo fui preparando algo para desayuno cuando llamaron al telefonillo...

—¿Sí?

—Eli, por favor. ¿Podemos hablar?

Era Pedro.

—No Pedro, no podemos me pillas en mal momento. —Seguía enfadada.

Arturo salió de la ducha con una toalla en la cintura, mostrando su torso desnudo y perfectamente trabajado... "¡Ayyyyy!, joder..."

El telefonillo se me cayó de las manos al verle de aquella guisa y él, muy sensualmente me lo devolvió con su media sonrisa. Yo seguía con la boca abierta a punto de babear.

—Anda toma... ¿Quién es? —dijo para que le oyera Pedro.

Volví a la realidad inmediatamente...

—Eh... Ahora no puedo lo siento.

—¿Estás con alguien?

—Pues sí, mira, estoy con alguien. Ya te dije que no me pillabas en buen momento.

—*Okey*, ya hablaremos.

—¡No Pedro, no vamos a hablar!

Me sentí un poco mal por el modo que tuve de contestarle, pero seguía enfadada, muy enfadada.

—¿Era Pedro...? —preguntó sabiendo la respuesta.

—No sé cuándo se me va a pasar el enfado. Estoy tremendamente dolida por lo que hizo, podía haber roto lo nuestro...

—No, no hubiera podido... Solo tú podías hacerlo de haber sentido algo, de haber reaccionado...

—Pues fue precisamente eso lo que no provocó: ninguna reacción en mí, me dejó fría, paralizada... Por eso no pude pararle... me dejó bloqueada...

Noté que Arturo estaba incómodo y que no quería seguir con ese tema.

—Hoy no creo que sea muy buena compañía, tengo mucho trabajo y no podré salir demasiado. Es mejor que quedes con alguien si quieres...

Le miré con cierta pena, parecía agotado.

—Trabajas demasiado.

—Mi trabajo es complicado. Aparte de la docencia tengo otros muchos trabajos, dirijo un grupo de investigación, tesis... Muchas veces es difícil compaginarlo todo.

—Pareces cansado.

—Lo estoy —Me hizo un gesto para que me acercara a él.

Me sentó encima de la barra de la cocina y me abrazó.

—Pero tú me das la energía que necesito. El saberte cerca me hace creer que puedo con todo.

Y me dio un beso en la nariz. Se quedó acurrucado en mis brazos un rato largo, mientras yo le acariciaba el pelo.

Después de desayunar se acomodó en la mesa del salón y se puso a trabajar. Yo me senté con él a estudiar hasta que oí que me sonaba el móvil en la habitación. Fui corriendo, era Úrsula que me llamaba por si quería ir a andar con ella como hacíamos muchas veces. Arturo, que estaba oyendo la conversación desde el salón, me hizo gestos con la cabeza para que aceptara su invitación. Así lo hice. Antes de irme, le di un beso que me devolvió con muchas ganas y a punto estuvo de enredarme de nuevo, pero fui lo suficientemente hábil para salir airosa de aquella nueva invitación. Le miré victoriosa, él me devolvió una sonrisa que me hizo presagiar que aquello no acababa ahí.

Ver a Úrsula de nuevo fue como pisar tierra firme. Después de toda la locura de emociones que estaba viviendo, poder pasar un rato con ella fue una reconfortante vuelta a la realidad. Anduvimos como siempre a paso ligero hablando de nuestras cosas y como era de esperar, el asunto de Pedro no pudo quedar al margen.

—Nos quedamos todos alucinados. Yo jamás pensé que el ego de Pedro llegara tan lejos —me dijo Úrsula.

—Yo tampoco —comenté sin demasiadas ganas de hablar de él—. Estoy muy enfadada con él, no sé cuándo se me pasará. Estoy muy dolida.

—Sé que no estuvo bien y que no lo debería haber hecho... pero, entiéndeme Elisa, no te lo tomes a mal, no creo que sea algo tan trágico, ni que haya que darle tanta importancia... Creo que tu reacción fue desmedida... —"claro", pensé, "tú no puedes ni imaginar lo que pudo haber supuesto ese

beso malintencionado"—. No se lo tomes en cuenta, fue una de sus muchas tonterías... No eches por tierra una amistad tan bonita como la que tenéis por esa bobada.

En el fondo tenía razón, nuestra amistad era franca y verdadera, él siempre estaba cuando yo me caía, nos reíamos juntos, nos entendíamos solo con mirarnos... Pero estaba muy enfadada y tardaría en volver a mirarle a la cara. No sabía cómo, pero tenía que conseguir olvidar aquello y volver a estar como antes. En realidad, y a pesar de lo que le odié en ese momento, echaba de menos sus payasadas.

Nos despedimos en su portal. Siempre que salía con Úrsula, llegaba a casa con una paz y una serenidad que muchas veces me resultaba difícil conseguir por mí misma.

Llegué a casa tres horas más tarde y él seguía ahí, con su ordenador en la misma postura en que le había dejado sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¡Ah, ya estás aquí! —pareció sorprendido.

—¿Ya? Pero si llevo casi tres horas fuera... Y estoy reventada... —dije tirándome en el sofá.

—¿Te apetece salir a comer fuera o estás demasiado cansada?

—Vamos si quieres... ¿Pero no es un poco tarde?

—No para donde voy a llevarte. Reservé para las tres, así que tenemos tiempo.

Me di una ducha rápida mientras él recogía sus cosas y nos fuimos.

—¿Y dónde se supone que vamos a ir? —le dije mientras esperábamos el ascensor— Últimamente te veo muy valiente, ¿no tienes miedo de que nos vean?

—Y tú últimamente demasiado cobarde, ¿acaso tienes miedo de que nos vean? —me contestó con voz burlona.

—Pues a mi ego no le gustaría otra cosa más que llevarte de la mano por delante de todas las chicas que babea por ti... —Bromeé teatralizando. ¿Bromeé?.

Cogimos el coche y nos fuimos a un restaurante vegetariano que nos gustaba a los dos. Por la hora que era y por el lugar al que íbamos, era muy probable que alguien nos viera. Parecía que a él aquello ya no le importaba. Poco a poco me iba acostumbrando a la nueva situación, y aunque sabía que en la facultad la cosa sería como siempre, ya no me importaba como antes.

Después de comer, nos fuimos a un pueblo cercano a pasear un rato y a

que él se despejara un poco. Le notaba muy cansado a pesar de que intentaba disimular.

—Mira, tienes que descansar más, Arturo. Hoy nada de quedarte hasta las mil trabajando, si no se puede llegar a todo, no se puede y punto —le dije en modo madre activado.

Él me sonrió dándome a entender que las cosas no eran tan fáciles. Me sentí un poco estúpida por aconsejarle en temas de trabajo, él se percató y me dio la razón para que me sintiera mejor. No lo consiguió. Eran en esos pequeños detalles en los que se notaba la diferencia de edad...

Estuvimos paseando un rato en silencio disfrutando de una temperatura cálida y de los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles.

—¿A ti te gustaría tener hijos? —soltó de repente, así a bocajarro.

—Pues... —titubeé un poco, interpreté que de mi respuesta podría depender nuestra relación a largo plazo. "Tierra trágame... No, no. No me gustan... ¿es un problema? —Mierda a qué viene esa pregunta...". Opté por ser sincera—. No, no me suelen gustar los niños.

—¡Ja, ja, ja! —Se rio con la boca abierta a carcajada limpia—. ¿No me suelen gustar? ¿Qué clase de respuesta es esa? ¡Ja, ja, ja!...

Se le saltaban las lágrimas de los ojos, mientras yo tenía el corazón en un puño.

—Me refiero... —titubeé un poco— a que no sé si mi opinión cambiaría si mis hermanos tuvieran hijos, pero vamos, a día de hoy no me gustan. No es algo que me haya planteado ni creo que lo haga nunca —Se volvió a reír quitándose las lágrimas de los ojos. Yo le miraba ojiplática—. ¿A qué viene esa pregunta? ¿No te estarás planteando...?

Y cuando creí que aquel ataque de risa se le había pasado, volvió a resurgir con mi última pregunta.

—¡Ja, ja, ja! No. No me planteo nada, tranquila, no te preocupes. A mí sí me gustan, pero no me he planteado tenerlos nunca. Y ahora tampoco, no te asustes, ¡ja, ja, ja! No sé por qué me surgió esa curiosidad. Quizá para conocerte mejor... —dijo bromeando mientras me revolvía el pelo.

Le di un golpe en el brazo...

—Serás... pensé que me estabas poniendo a prueba...

—¡Ja, ja, ja! ¿de verdad? Pues no lo había notado.

Y siguió riéndose de mi hasta que escuchó que me llamaban al móvil y poco a poco se fue serenando. Sonreí al verle así... Miré quién era aunque no tenía pensado cogerlo. Pedro..., cómo no. Hice una mueca con los labios y

Arturo al instante supo de quién se trataba.

—Cógelo, no podéis estar así siempre...

Lo cogí a desgana.

—Eli, por favor, no me cuelgues. Vamos a hablar. Déjame disculparme. Ya sé que no tengo remedio, pero por favor, escúchame... —Hablaba de corrido, temiendo que le colgara en cualquier momento.

—Pedro, ahora no puedo hablar, estoy ocupada ya te lo dije.

—¿Sigues con el tipo ese?

—Sí estoy con alguien. Ya hablaremos, pero ahora no es el momento.

—Está bien, ¿desayunamos juntos mañana?

Dudé un instante. No sabía si me iba a apetecer hablar con él tan pronto.

—Vale, nos vemos en la cafetería de la facultad.

—No, mejor en la cafetería de fuera, en la de siempre, ¿vale?

—Vale, vale como quieras. Nos vemos a las nueve allí.

Colgué el teléfono y Arturo volvió a cogerme por los hombros.

—Quedé con él para desayunar mañana.

—Haces bien, tenéis que hablar —me dijo visiblemente más serio.

Anduvimos por allí un poco más y nos volvimos a casa, ambos teníamos trabajos por hacer y yo estaba bastante cansada de tanta caminata.

Una vez en casa, saqué mis apuntes y me puse al lío. Él aún tardó un poco más en incorporarse a su trabajo. Estaba liado en la cocina preparando algo para picar. Cuando regresó a la mesa, lo hizo con una bandeja de canapés variados y un vaso de agua con hielo y limón para cada uno. Serían cerca de las diez de la noche cuando me di cuenta de que me estaba mirando.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Te miro. Llevo un rato observándote y no te has dado ni cuenta. Era cierto eso que me decías sobre tu poder de concentración —Se rio.

—Sí —dije sin inmutarme—. Gracias a eso avanzo mucho en los estudios, si no seguro que mi cabeza estaría dando saltos de un sitio a otro y ahora mismo no podría estar tan relajada.

Se llevó la mano a la cabeza y se la frotó como si le doliera. Sonrió.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté al verle algo dolorido.

—Sí... creo que voy a descansar un rato.

Y se tumbó en el sofá con los brazos detrás de la cabeza mirando para mí.

—Si sigues mirándome no voy a poder concentrarme...

—¿No? ¿Y dónde está ese poder de concentración del que tanto presumes? —me respondió burlándose de mí.

—Grrrr —le gruñí poniéndole morritos.

Se rio y cogió el móvil para no desconcentrarme y dejarme estudiar un poco más. Un tiempo después, cansada de tanto estudio, me tiré junto a él en ese estupendo sofá que me había comprado mi abuelo y en el que cabíamos los dos sin estrecheces. Él, que en ese momento estaba leyendo abrió un brazo para que me metiera dentro y apoyara mi cabeza en su hombro.

Desperté al día siguiente con la alarma del despertador. Arturo ya estaba en la ducha. Con los ojos todavía cerrados y dando tumbos como un zombi, me metí con él en la ducha. Se me vino todo el pelo a la cara con la fuerza del agua y no pudo contener la risa, yo seguía sin despertar del todo.

—Ayer te quedaste dormida en el sofá y te llevé a la cama. Estabas profunda, ni cuenta te diste de que te cogí y te puse el pijama. Tienes la misma capacidad para dormir que para concentrarte —Se volvió a reír.

Aún no tenía fuerzas ni para contestar y viéndome tan cansada, se animó a lavarme el pelo mientras se divertía haciendo el payaso con él. Yo me dejaba hacer, no podía ni levantar los brazos para parar aquella juega que se traía con mi pelo. Poco a poco fui despertando, y ya cuando el café fue entrando en mi cuerpo, fui capaz de articular alguna palabra.

—¿Vas a venir a comer o comes en la cafetería? —me preguntó mientras desayunábamos.

—Comeré en casa —dije pausadamente con los ojos aún a medio abrir—. Hasta que no vea los exámenes más cerca, paso de comer la bazofia que ponen allí.

—Yo intentaré venir —me dijo—. Tengo bastante trabajo y no sé si me dará tiempo. Te aviso con lo que sea, ¿vale?

Contesté con un movimiento de cabeza.

—Elisa... ¿y tú que haces desayunando? ¿No tenías una cita con tu querido amigo? —me dijo un tanto irónico.

No sabía muy bien a qué se refería, poco a poco me fui acordando. Vale, sí tardo un poco en ser persona por las mañanas, pero es que...estaba muy cansada...

—¿Eh? Va, un café de más no vendrá mal y si voy justa de tiempo, ¡qué espere! Se lo merece...

—¿Quieres que te lleve?

—¿Y que me vean en tu coche? ¿Un lunes a primera hora de la mañana? ¿Qué crees que pensaría la gente? ¡Ay madre, qué atrevido! —le dije burlándome de él mientras intentaba tirarle una servilleta que acabó en mi

plato.

—Como quieras. Yo me voy ya.

Y me dio un beso en la boca que alargué más de la cuenta buscándole con mi lengua. Se dirigió a la puerta para irse, y cuando tenía la mano en el picaporte se quedó pensando, se giró y me miró. Dio media vuelta y volvió hacia donde yo estaba... Su mirada había cambiado, de sus ojos brotaba pasión reprimida. Me quitó la manzana de las manos y me volvió a besar. Esta vez fue un beso apasionado, que consiguió despertarme... Y de qué manera...

—No sé cómo consigues que solo con rozarte, se encienda todo mi cuerpo...

Seguimos besándonos hasta que, al final, acabamos apagando nuestro fuego en la barra de la cocina. Si llegaba tarde a mi encuentro con Pedro, después de aquello ya era injustificable. Aún así me presenté como si nada.

—Oh, perdona Pedro, me quedé dormida... —le menté intencionadamente.

—Vaya, empezamos mejor de lo que yo creía. Pensaba que era yo el que tenía que disculparme —me dijo restando importancia a mi retraso de más de una hora.

Me gustó que volviera a su habitual desparpajo.

—Tienes razón —le dije intentando ponerme seria, aunque ya se me había pasado aquel enfado—. Pedro, no sé qué te pasa, últimamente estás muy raro...

—Lo siento de verdad, Eli, estaba furioso, quise hacer una broma maliciosa y al final se me fue de las manos, lo siento de verdad...

Me quedé callada un rato. Al ver que no decía nada, se empezó a poner algo nervioso e intentó romper el hielo.

—Pero en el fondo algo te gustó ¿a qué sí?

—¡Ja, ja, ja! —Me entró algo parecido a una risa nerviosa—. Eso sí que no Pedro, vas a tener que decirle a la novia esa que tienes, que te enseñe un poquito más. Estás muy verde...

Intentó poner cara de ofendido, pero estaba encantado, sabía que en el fondo, muy en el fondo, me había gustado.

Después de hablar un poco más, de disculparse algo más en serio y de confesarme más tarde el mal rato que había pasado al ver que aquello se le había ido de las manos y que probablemente yo no querría volver a saber de él, decidimos ir a la facultad y retomar nuestra rutina diaria. No podía seguir enfadada después de eso. Era la primera vez que Pedro se disculpaba en serio y que me hablaba sin bromear sobre sus sentimientos en torno a ese asunto. Entendí que él también lo había pasado mal y no quise volver a acordarme de

aquel episodio.

Pasamos la mañana como siempre, estudiando y en la cafetería. De vez en cuando, nos cruzábamos con Arturo que nos saludaba con su habitual simpatía. Poco antes de marcharme a casa para comer, recibí un mensaje suyo diciéndome que se le hacía tarde y que no se pasaría por casa. "Casa..." Aún se me hacía deliciosamente extraño. Ante mi desilusión inicial decidí marcharme antes de lo que tenía pensado y así ir caminando. Úrsula se unió a mi propuesta y las dos nos fuimos andando bajo el incipiente calor que ya empezaba a notarse.

Me preparé algo ligero y descansé un rato en el sofá escuchando música. Llevaba muy bien los estudios y no me apetecía volver a ponerme al lío. Me quedé dormida sin darme cuenta, y gracias a que a las cuatro de la tarde llamaron al telefonillo, me desperté sorprendida de haber caído rendida a los encantos de Morfeo. Era Pedro que me animaba a bajar andando hasta la facultad. Acepté encantada de poder disfrutar otro rato más de ese día tan espléndido antes de encerrarnos a estudiar.

Cuando llegamos, aún quedaba media hora para empezar las clases, así que fuimos a la cafetería donde estaban los demás. Allí nos encontramos a Arturo que estaba con Alfredo, un profesor con el que siempre iba y al que, por lo que se veía, tenía bastante aprecio. Nos saludó haciendo un gesto con la mano. Al vernos llegar juntos a Pedro y a mí, se removió en el sitio e hizo un gesto intentando disimular el agobio que le daba el verme pasar tanto tiempo con él. Su compañero no apreció el cambio de sitio que hizo para poder mirarme mejor. Sonreí de forma descarada sin darme cuenta de que los demás estaban a mi lado. Pedro, cómo no, me miró de reojo arqueando un ceja y Olivia muy sutilmente desvió el tema temiendo que Pedro soltara alguna de las suyas y esa paz, que había vuelto a reinar en el grupo, se desintegrara de nuevo.

Cuando se acercó la hora de entrar a clase, subimos como siempre a esperar lo que quedaba de tiempo en el pasillo y nos extrañó ver que, gente que habitualmente esperaba sentada dentro, se encontrara fuera esperando. Llegó Arturo que vio extrañado cómo todos estábamos esperando en la puerta. Enseguida Inma se acercó a él para sacarle de dudas.

—Es que no han abierto el aula todavía, ya ha ido Gonzalo a avisar para que la abran... —dijo con un coqueteo descarado.

Ey, pero espera, que aún no había acabado, necesitaba que todos oyéramos la amistad que les unía y la cercanía con la que le hablaba... para

que hiciéramos las suposiciones oportunas.

—Por cierto Arturo, ¿has estado fuera? Como no te he visto pisar por casa desde el viernes... —E hizo un giro muy disimulado con una sonrisilla para percatarse de que todos la habíamos escuchado. Era una niña con cuerpo de mujer...

Arturo me miró y no sé por qué motivo, me sonrojé un poco.

—Sí Inma, he estado fuera y espero seguir estándolo. Ahora estoy viviendo con mi pareja. —Y sonrió.

"¡Zasca, en toda la boca!". Inma se quedó blanca, no supo reaccionar. Pedro, acto seguido, me miró sin disimular y no supe si lo hizo para ver mi reacción pensando que podría estar decepcionada o porque sabía que su pareja era yo.

—No me fastidies, ¿tiene novia? —dijo Olivia decepcionada cuando salimos de clase.

—Era de prever, un tío así era raro que estuviera solo...

—Ya está la otra —dijo Raúl algo molesto por el comentario de Sonia.

—¿Pero habéis visto cómo se quedó Inma? —añadí yo—. No es por ser mala, pero le está bien empleado por irse de lista.

—Bueno, pobre, bastante tiene ella de estar pillada por alguien que no le corresponde —dijo Pedro para sorpresa de todos.

Le miramos ojipláticos dudando si habíamos escuchado bien. Era la primera vez que decía algo sensato sin agregar alguna de sus gracias y encima tenía razón, hasta ese momento yo no lo había visto así.

XLI

Hasta las nueve de la tarde no volví a ver a Arturo. Llegó a casa poco antes que yo. Cuando abrí la puerta le vi que se estaba quitando la ropa para ponerse cómodo.

—Es una tontería que vayas en bus —me dijo sin darme tiempo de dejar la mochila—Salimos los dos a la vez. Vi como te marchabas delante de mí.

—Bueno y qué quieres, ¿que nos vean todos? Además no fui en bus, me apetecía venir andando.

—Sigo pensando que es una tontería, a Inma la he llevado muchas veces...

—¡Ya estamos!... —Aquel comentario me molestó, pero enseguida recordé el que le hizo cuando estábamos en el pasillo y sonreí al instante—. Así que te has ido a vivir con tu pareja, ¿no? —Cambié el tono de mi voz. Modo coqueteo activado—. Vaya,vaya... qué calladito se lo tenía, profesor Losada... Todas estábamos deseando verle soltero... Todas menos yo, claro.

Le abracé por la espalda bajando mi mano hacia su entrepierna.

—Elisa... —Fue la primera vez que me paró, no parecía haberle hecho demasiada gracia mi juego aunque no entendí muy bien por qué—. Ahora soy yo el que no entiende tu reticencia a que te lleve en coche...

Parecía enfadado por algo... que yo no llegué a comprender.

—Hasta hace bien poco eras tú el que se escondía, no entiendo ahora tus repentinas ganas porque todo el mundo se entere...

—Todo el mundo no, solo te estoy diciendo que puedo traerte en coche cuando salgamos a la misma hora. Así de simple.

—Ja, claro, así de simple. ¿Y me puedes explicar cómo les digo yo a mis amigos que de un día para otro el profesor Losada, el más cachondo de toda la facultad me lleva a casa en su coche? Ellos no pueden ni imaginar la de veces que he subido a tu despacho, que hemos estado juntos...

Acabó de ponerse el pijama y doblar la ropa que llevaba puesta. Por su gesto entendí que se había dado cuenta del detalle, pero no quiso recular a pesar de saber que yo tenía razón. Se mantuvo en silencio. Me acerqué para

propiciar un nuevo acercamiento. Le abracé, esta vez sí se dejó.

—¿Qué pasa, Arturo?

—Que parece que ahora seas tú la que no quiere que ...

—¿Qué?

—¡Que se entere Pedro! —Al fin soltó lo que le torturaba—. Habéis pasado todo el día juntos. Desde esta mañana que quedasteis a desayunar hasta ahora, son muchas horas. ¡Ni siquiera nosotros pasamos tanto tiempo aún viviendo juntos!

Qué bien sonaban aquellas palabras: "viviendo juntos". En el fondo he de admitir que me gustaba verle así. Siempre tuvo especial recelo hacia Pedro quizá por su aspecto, le veía una fuerte competencia con esa imagen de chico guapete y simpático siempre a la última... No... Arturo no era de las personas que se dejaban amedrentar por el físico de nadie. Le importaba bastante poco lo guapo o bien vestido que fuera, lo que le molestaba era otra cosa, algo que a mí se me debía haber escapado.

—Tienes razón, son muchas horas las que paso con él, pero...

—Pero yo no sé lo que puede hacer. Solo sé lo que vi. Y si te besó estando yo delante...

—Precisamente lo hizo por eso...porque estabas delante, y tú lo sabes. No sé que fijación os tenéis el uno con el otro, ¡de verdad!

—Él sabe que estás conmigo y no lo soporta. Lo sabe desde el primer momento y no puede vivir sabiendo que tu corazón me pertenece. Va a hacer lo imposible por estar contigo...

—¿De verdad te crees lo que estás diciendo? Pedro en la vida ha tenido ningún tipo de interés por mí. Y desde luego que no lo sabe... —Puse gesto de no creer lo que estaba escuchando.

Volvió a quitarse de mis brazos. Esta vez no me gustó el gesto. Se dirigió a la ventana del salón, la abrió y se apoyó en el balconcito intentando coger un poco de aire. De pronto me invadió algo parecido a la pena. Le vi tan frágil allí apoyado. Él intentaba entender la amistad que mantenía con Pedro, y soy consciente de que no tenía que ser fácil, incluso a mí me resultaba extraña en muchas ocasiones.

—Arturo... —Estaba detrás de él pero esta vez no me atreví a abrazarle, entendí que necesitaba su espacio— Por favor... Entiendo que te puedan entrar dudas... Más viendo aquel beso..

—Que tú no frenaste —me interrumpió descaradamente mientras se giró y me miró con bastante recelo.

—No me separé porque me quedé paralizada. Sí, no me separé. Pero tampoco le correspondí que te quede claro. —Creo que no fui del todo sincera en ese momento.

Se frotó los ojos. Dejó la ventana abierta y se fue de nuevo a la cama. Se tumbó boca arriba con los brazos detrás de la cabeza. Fui con él, me tumbé a su lado. Mantuve un poco el silencio.

—Dime qué te pasa Arturo... —Estaba claro que había algo más que le torturaba— ¿Por qué no me dejas tocarte?

—Hueles a él.

Abrí los ojos de par en par. No me esperaba aquella respuesta. Hasta ese momento no me había percatado de aquel detalle. Pasábamos muchas horas juntos y eran muchas las veces que me abrazaba, bien para hacer el payaso bien para representarme alguna de sus batallitas o para cualquier cosa. Sí, podía ser que oliera a él. Inmediatamente me puse en su lugar, y a pesar de que Arturo era más comedido en sus emociones con respecto a los celos, aquello le había superado, más habiendo visto el asqueroso beso que me dio el impresentable de Pedro. Le miré. Él seguía mirando hacia el techo. Me levanté e inmediatamente me fui a la ducha. Salí desnuda con el pelo todavía bastante húmedo. Me tumbé sobre él que seguía en la misma postura.

—Dime y ahora... a qué huelo..

Noté como su cuerpo respondía a mi provocación muy a su pesar. Me miró, seguía enfadado pero al final conseguí que me mirara. No se movió ni un palmo. Con los brazos detrás de su cabeza y sus ojos mirando mi cara. Me hubiera gustado saber qué estaba pensando aunque por su reacción lo pude imaginar. Quitó los brazos lentamente de su cabeza y empezó a pasarlos por mi espalda. Cada vez que notaba sus manos en mi cuerpo creía desfallecer. Me acariciaba la espalda muy suavemente, como queriendo recorrer cada milímetro de mi piel. Seguía mirándome. Acarició mi trasero y lo atrajo hacia él. Yo le miraba y él seguía con el mismo gesto en su cara, serio pero sin dejar de mirarme. Subió sus manos hasta mi pelo. Se enredó en él, me acarició la cara sin dejar de mirarme hasta que sus labios rozaron los míos, en ese momento nos besamos. Fue un beso lento, muy lento, parecía hablar. A esas alturas yo ya estaba en tal estado de excitación que necesitaba más de él. Le agarré una mano y la llevé a mi entrepierna. Al final acabó sonriendo al saber lo que pretendía, pero no me lo iba a poner tan fácil. Me tumbó en la cama, ahora era él quien estaba encima de mí. Se separó un poco y me miró con aquella sonrisa tan sexual que sabía enloquecerme. Volvió a acariciar mi

cuerpo. Esta vez bajó desde mi cara hasta mis piernas donde se detuvo para mirarme de nuevo. Yo las abrí para indicarle dónde quería que acabara, pero él haciendo caso omiso a mis súplicas, las cerró de nuevo. Yo creí morir. Le agarré como pude para sentirle más cerca. Él se dejó arrastrar. Le quité la parte superior del pijama y realmente fue lo peor que pude hacer porque, al ver al desnudo aquel pecho y aquellos brazos, enloquecí irremediablemente. Sabiendo el efecto que había causado en mí, se creció. Se tumbó a mi lado y apoyando la cabeza en su mano, se acercó hasta mi oído para susurrarme:

—¿Qué es lo que quieres, Elisa?

Le cogí sus manos y las puse en mi cuerpo. Supo aprovechar aquel momento. Bajó hasta mis piernas y una de sus manos se coló entre ellas.

—¿Quizá era esto?

Sus manos sabían encontrar los lugares que más necesitaban de él. Yo, a esas alturas, ya no podía responder, me faltaba el aire... Se colocó encima de mí y empezó a bajar hasta que sus manos le cedieron el turno a su boca. Dejé de controlar mi cuerpo, se empezó a agitar de tal manera que pensé que iba a salirme de él. Cuando creyó haber acabado con su propósito inicial, siguió besándome de nuevo por todo el cuerpo hasta llegar a mi oreja.

—¿O quizá era eso? —me dijo mientras me miraba vencedor.

Sin saber de dónde saqué las fuerzas pude empujarle y ponerme encima de él. Le bajé los pantalones atropelladamente y me coloqué sobre él. Ahora era su cuerpo el que se agitaba, su mirada ya era la de vencido. Le besé en la boca y le susurré al oído...

—Era esto lo que quería...

XLII

Después de aquello no tuvo más remedio que rendirse de nuevo.

—Lo siento —me dijo—. Siento haberme puesto así...

—Entiendo que puedas estar celoso —Ante aquella palabra me miró sorprendido—. Ya sé que desde fuera puede dar la impresión de lo que no es... Pero solo nos queremos como amigos, de verdad.

Me sonrió con cierta incredulidad.

—No se trata de celos, Elisa. Yo no siento celos de Pedro, pero... sé que va acabar conquistándose. ¡Qué coño! ¡Si hasta me cae bien! El problema es que sé cuál es el final de la historia y... ver cómo te va conquistando delante de mí...

—¡Pero qué estás diciendo! ¿conquistando? —le interrumpí para no tener que escuchar más tonterías— ¿Qué final de la historia ni que ocho cuartos? ¿de qué hablas?...¡Eh aquí a Sandro Rey vaticinando el final de los tiempos!

No pretendí ser graciosa, pero el dramatismo que infundí a mi comentario junto con la bobada tan grande que acababa de decir, hizo que Arturo estallara en carcajadas. Mi sorpresa inicial quedó apaciguada por el ataque de risa que consiguió contagiarme.

—Tienes razón Elisa, ¡ja, ja, ja!, me acabas de dejar claro la estupidez de mis afirmaciones, ¡ja, ja, ja!

Y sin más, muerto de la risa, se levantó, se puso el pantalón del pijama y fue a la nevera a por un plátano. Una vez sofocado aquel ataque volvió de nuevo a la habitación.

—Mañana vente a comer, por favor —me dijo mientras se sentaba en un sillón que tenía cerca de la cama.

—Pero si eres tú el que tiene mayor problema... Yo no tengo compromisos, puedo venir cuando quiera...

—Vale, ¿entonces comemos juntos?

Le miré con una sonrisa muy suya. Entendió la respuesta.

Era pronto cuando nos quedamos dormidos. Contra la mañana, empezó a

entrar frío por la ventana que Arturo había dejado abierta y me levanté a cerrarla.

—¿Ya te levantas? —me dijo medio dormido.

—Voy a cerrar la ventana, hace frío.

Me quedé unos segundos observando los tejados de las casas, escuchando el silencio de la calle y sonreí al sentirme feliz. Cerré la ventana y me fui corriendo a la cama. Me había quedado helada, así que me envolví en sus brazos para entrar en calor. Él, sin abrir los ojos, me dio un beso en la cabeza y me preguntó la hora.

—Todavía es muy pronto, nos quedan tres horitas.

—Genial —dijo medio en sueños—. Estoy muy cansado... Abrázame.

¡Que le abrazara me dijo...! Me pareció tan tierno que quise comérmelo a besos. Ternura... que cinco minutos después quiso convertir en pasión.

—Si sigues metiendo tus piernas entre las mías voy a tener que darme la vuelta para...

—Sssss, ni se te ocurra, duérmete que estás cansado —le dije muerta de la risa.

Lo de aquel hombre no era normal...

Tres horas después, sonó el despertador. Estábamos tan a gusto que nos costó un triunfo despabilarnos, raro en Arturo, que parecía que nunca tenía pereza a la hora de levantarse. Se quedó un rato a mi lado mirándome mientras me abrazaba y besaba.

—Así da gusto despertarse a pesar del cansancio —me dijo sonriendo.

Remoloneé un poco con él y me puse en marcha.

—¿Vas a desayunar aquí o fuera? —le pregunté.

—Aquí —me dijo mientras se levantaba de la cama .

—¿Y tienes hambre?

Fue decir eso y salir corriendo a donde yo estaba. Me agarró por la cintura y empezó a mordisquearme la oreja.

—¿Qué si tengo hambre? ¿Sabes a quién me comería ahora?

Le miré con cara de desesperación, le aparté como pude entre risas y me fui a la cocina.

—Sí, tengo hambre. —me gritó ya desde la ducha.

Preparé un desayuno completo que aprovechamos para estar más rato juntos hablando. Cómo me gustaban esos momentos de conversación en las comidas... Me encantaba estar con él y me dio una pereza horrible tener que empezar el día.

—Bueno tengo que irme —me dijo recogiendo su maletín—. Pásate por el despacho ¿vale?

—Claro, como que es tan fácil. Ya no tengo más excusas que inventarme.

Me miró con cara burlona y me lanzó un beso desde la puerta. Yo hice lo mismo. Se fue y en seguida noté el vacío de su ausencia. Era increíble cómo su presencia llenaba la casa.

Oí que metía de nuevo la llave en la puerta. Le miré extrañada. Vino hacia mí, me cogió la cara con sus manos y después de hacerme una radiografía, me besó lento y apasionado. Me derretían sus besos, hubiera preferido que no me dejara así.

—Ya te echaba de menos. Te quiero Elisa.

Le sonreí, no podía articular palabra, estaba totalmente embobada. Justo cuando abrió la puerta para marcharse, corrí hacia él, le abracé y le dije el “te quiero” más sincero que jamás había dicho en mi vida. Vale, sí, admito que desde fuera pueda parecer demasiado pasteleo, pero prometo que esos momentos fueron reales y que ni *Ghost*, ni *El diario de Noah*, ni *Los puentes de Madison* podría igualarlos. No me avergonzaba tanta purpurina, nubes de algodón y pasteles varios... disfruté esos instantes hasta relamerme los dedos. Me entretuve un rato más en casa hasta que Pedro me llamó por el telefonillo.

Al bajar, me quedé con la boca abierta cuando abrí el portal y le vi con su querida Vero, besándose atropelladamente como si no hubiera un mañana. Eso sí que era ridículo. Me dio un poco de vergüenza ajena. Ni cuenta se dieron de que abrí la puerta, así que volví a intentarlo esta vez haciéndolo de manera más precipitada con la mala intención de que aquella tía se cayera hacia atrás, ya que estaba apoyada en la puerta mientras el otro le sobaba el trasero... Pedro la agarró justo antes de que su hermoso y respingón trasero besara el suelo.

—Uy... perdona. ¿Estás bien? —dije fingiendo preocupación—. No me di cuenta que estabais en la puerta.

Pedro me echó una mirada de esas que te congelan al instante y a mí me dio la risa, aunque por fortuna supe disimularla.

—Hola, Eli, ¿creo que ya os conocéis verdad? —dijo con cierta ironía. Asentí con la cabeza mientras le ofrecía la más amplia de mis sonrisas—. Quiso acompañarme y no pude negarme.

—Hola —dijo ella mientras se precipitó a darme dos besos que invadieron muy desagradablemente mi espacio vital—. Es que últimamente nos vemos tan poco que he decidido pasar más tiempo con él, no se vaya a

fijar en otra... —me sonrió haciéndome un guiño, sin considerarme rival. Aquella era de las típicas personas que consideran al resto del mundo incapaz de hacerles sombra.

—Uy no creo, Pedro no es así, además se le ve tan enamorado —dije con sorna.

Fueron todo el rato de la mano haciéndose arrumacos y carantoñas sin prestarme la más mínima atención. Yo iba algo detrás observándoles con cierta pereza. Cuando a lo lejos pude ver a Úrsula en la parada del bus, vi las puertas del cielo abiertas.

—Hombre, Úrsula, qué raro tú a estas horas aquí, te hacía ya en la facultad. —Mis cejas intentaban indicarle que me sacara de aquella situación, pero Úrsula era un tanto mala interpretando señales.

—Sí, pero como Raúl y Sonia ya habían cogido sitio, me relajé un poco más.

—¿Te vienes andando? —le pregunté haciendo gestos descarados con la cabeza en dirección a Verónica y Pedro para ver si lo pillaba.

Gracias al universo lo entendió al instante y accedió.

Ellos iban delante con sus tonteos y besos que daban bastante grima y nosotras, que íbamos detrás, les mirábamos ojipláticas analizando mentalmente aquella absurda relación. Es que no pegaban nada. Ella parecía tan mayor y tan descarada que empequeñecía la figura de Pedro pareciendo casi un títere a su lado. ¿Cómo no se daba cuenta?

Cuando estábamos llegando a la facultad coincidimos con Arturo en la puerta de la entrada. Nos saludó como siempre mientras nos cedía el paso, de pronto se giró Verónica y se plantó frente a Arturo de forma mucho más que descarada. "¡Zorra!"

—Uy... si tú eres el de la fiesta, el profesor de Pedro...

Arturo asintió con la cabeza un tanto sorprendido por el descaro de aquella chica. ¿Chica?

—Pareces muy joven y con lo guapo que eres, siento decirte que seguro que ninguna chica te presta atención.

¿PERDONA? "Yo a esta tía la mato".

Y le guiñó un ojo, así con toda su cara.

Arturo se quedó en el sitio con la boca abierta dirigiendo un gesto de incomprensión a Pedro, que estaba, no sé si colorado por la rabia o por la vergüenza, tirando del brazo de su chica. Ellos se fueron a la cafetería y nosotros tres nos dirigimos al ascensor.

—Supongo que van a estudiar —nos dijo por su incapacidad para mantenerse en silencio. Asentimos con la cabeza sin decir nada más.

En ese instante le sonó el teléfono.

—Hola, Ramón, buenos días ... Sí, estuve hablando ayer con Valdivieso. Sí... no hay problema... ¡Ja, ja, ja!... Claro, hombre... Yo no sé cómo me dan las horas al día, ¡ja, ja, ja!... Vale.... bien —Me miraba—. Pues nos vemos allí, un abrazo Ramón y gracias por contar conmigo. Adiós, adiós..

Cuando acabó la conversación ya estábamos entrando en el departamento. Se despidió de nosotras con un gesto de cabeza y saludó a los que estaban allí.

Nos pusimos a estudiar enseguida, y al cabo de una hora más o menos, llegó Pedro con su agitada amiga. No pintaba nada pero se sentó igualmente y se puso a mirar el móvil mientras Pedro estudiaba. Yo le miré en un par de ocasiones pero él, conocedor de lo que estaba pensando, desvió la atención sin demasiado disimulo. Le conocía perfectamente y sabía que estaba avergonzado. La otra conectó los cascos al móvil y empezó a moverse al ritmo de la música que estaba escuchando. No era normal... A los años de esa mujer, aquello no era normal.

—Adiós chicos, que estudien bien —dijo cuando pasó por última vez mientras me miraba y me incitaba para que yo me levantase también .

Me quedaban tres folios para acabar un tema y no podía dejarlo así.

WhatsApp:

Diez minutos más y voy, me queda muy poco para acabar un tema y quiero acabarlo antes de ir a comer.

WhatsApp X:

Okey. ¿Alguna preferencia para comer?

¡Madre del amor hermoso! Lo que me estaba pasando no era normal.

WhatsApp:

No, lo que quieras.

Al marcharme me topé con Alfredo, el profesor con el que siempre andaba Arturo, y me sorprendió que me saludara de aquella manera tan cercana a pesar de que no nos conocíamos de prácticamente nada. Le devolví el saludo amistosamente.

Cuando llegué a casa y abrí la puerta, me recibió un olor que me trasladó al paraíso.

—Madre mía... ¿Hay algo que no hagas bien? —le dije mientras dejaba la mochila en el suelo.

Se acercó a mí y me agarró por la cintura.

—Todavía no lo has probado —me miró con aquella sonrisa pícaro que sabía perfectamente lo que quería decir—, está demasiado caliente, deberíamos dejar que se enfríe...

Me tenía atrapada, sus manos ya habían bajado a mi trasero.

—Vale... en ese caso voy a recoger un poco esto mientras enfría —le dije para burlarme de él.

Se rio y me llevó en volandas hasta la cama. Me tiró como si fuera un saco de patatas y yo, para devolvérsela, le di un almohadazo que no se esperaba. Nos besamos con ganas.

—Elisa... —Su tono fue demasiado condescendiente.

—Vaya... me temo que no me va gustar nada lo que vas a decir.

—La próxima semana me voy unos días... Voy a dar unas conferencias en Santiago...

Fruncí el ceño, pero lógicamente no pude decirle nada, era su trabajo y, aunque inevitablemente me molestaba estar sin él unos días, formaba parte de su vida. Me había acostumbrado demasiado rápido a su presencia.

Me miraba con aquella media sonrisa.

—¿Puedes poner alguna excusa? ¿Trastocaría mucho tu plan de estudio? —me dijo mientras su mano bajaba por mi pecho.

—¿Qué? ¿Qué me estás queriendo decir, Arturo?

—Que si quieres venir conmigo.

Abrí los ojos de par en par sin poder articular palabra.

—Yo solo... allí... con la de estudiantes guapas que hay... No sé... —me estaba vacilando, su mano ya había llegado a mi entrepierna y tuve que mover la cabeza para poder respirar.

—¿Estás seguro? —dije intentando recomponerme a pesar de que ya era prácticamente imposible.

—Claro que estoy seguro... —dijo mientras se fundía conmigo en un beso que me hizo temblar de arriba abajo.

Se colocó encima de mí y terminó lo que había empezado. Cómo iba a poder vivir sin él ni un solo día...

En la comida estuvimos debatiendo los detalles de aquel viaje mientras yo, encantada, no me lo podía creer.

—¿Y no será mucha casualidad que tú no estés y yo no vaya a clase esos días? No va a ser fácil justificarlo...

Se encogió de hombros dejando la pelota en mi tejado. Ahora me tocaba a mí inventarme una excusa y no iba a ser fácil. Me conocían bien y sabían que a

esas alturas yo lo tenía todo muy esquematizado y faltar a clase sabiendo que los exámenes ya estaban tan cerca, era algo impensable para mí. Tendría que pensar bien lo que iba a decir.

—Si te das prisa te llevo —me dijo cuando ya era la hora de marchar.

Le miré con cara de circunstancia, ¿me llevaba!... ¿No se daría nunca por vencido?

—Creo que tengo suficiente con inventarme una excusa para la semana que viene, dos serían demasiado —Se rio—Creo que paso. Gracias.

Se encogió de hombros aceptando mi decisión y me esperó para bajar juntos en el ascensor. Cuando llegamos a la puerta del portal, le di un beso para despedirme y, antes de poder salir por la puerta, me cogió por la espalda y me puso en sus hombros como un saco de patatas. Empecé a patalear como una niña pequeña. Me llevó así por la calle hasta que llegamos al garaje que estaba en la calle de al lado. Se había vuelto loco. Si alguien nos veía así, sería injustificable. Abrió el coche y me metió en el asiento del copiloto.

—A veces te pones muy pesada —me dijo así, sin más.

Yo me crucé de brazos como una niña enfadada, no me apetecía inventarme otra historia si alguien nos veía.

—¡Pues como me vea algún conocido, le voy a decir que me acuesto contigo en tu despacho, en las escaleras, en mi casa...! —le dije en plena pataleta.

Él, sin inmutarse, con la mano en la palanca de cambios a punto de meter la marcha, me miró insinuante...

—Pues habrá que hacer algo para que les puedas decir que también lo hemos hecho en el coche, ¿no crees?... —dijo victorioso.

—¡Eres tremendo! —y le di un golpe en el brazo muerta de la risa.

Cuando volví a mirarle me di cuenta de que no estaba bromeando. No pude evitar una sonrisa, aquel hombre se había vuelto loco. Se inclinó hacia mí y me besó de aquella forma que provocaba todo mi cuerpo. Separó su asiento lo máximo que pudo del volante y me hizo señas para que me pusiera encima de él. Le miré riéndome e intentando visualizar cómo pretendía que hiciera eso. El caso es que no sé muy bien cómo lo hizo pero acabé encima de él, extasiada una vez más.

Cuando volví a mi asiento, e intenté peinar mi pelo que caía sin mucho sentido sobre mi cara, se rio como solo él sabía hacer.

—Te queda bien así, no te preocupes —me dijo con una mirada que seguía desprendiendo deseo—. Ahora ya puedes añadir un nuevo sitio a tu lista.

Arrancó el coche y nos fuimos. Aparcó cerca de la facultad, había mucha gente entrando y saliendo. Yo me sentía casi desnuda dejando al descubierto que íbamos juntos, pero a pesar de mi obsesión por creer que nos miraban, nadie se percató de que bajamos juntos del coche. Nos paramos frente al ascensor y a punto estuve de subir por las escaleras para no estar más tiempo a su lado, pero su sonrisa maliciosa me hizo desistir. Le quise retar.

Subimos juntos al departamento y cuando íbamos a entrar, vimos a Pedro que subía por las escaleras. Le esperó con la puerta abierta mientras yo entraba, Pedro le saludó con una sonrisa que le duró hasta que se sentó a mi lado. ¿Nos habría visto salir del coche?

—¿Habéis venido con Losada? —nos preguntó Olivia con interés.

—No, yo les acabo de ver en la puerta, pero ellos sí que parece que han venido juntos, ¿no Eli? —dijo Pedro con un tono que me pareció una provocación.

—Hum —Me pilló desprevenida—. Le encontré esperando el ascensor...

—¡Ja, ja, ja!, claro y como a ti te encanta subir por el ascensor dijiste: "mejor subo con el cachondo este y me relajo la vista un rato", ¿eh pillina? —Bromeó Olivia.

Sonreí sin muchas ganas, por puro compromiso. Mi atención estaba puesta en Pedro que seguía mirándome con esa media sonrisa que me hizo pensar que quizá sí nos había visto. Mi corazón empezó a bombear sangre compulsivamente.

—¿Y tú de dónde venías? —le pregunté intentando parecer despreocupada.

—De acompañar a Vero a la parada —Seguía con aquella sonrisa.

Nos tuvo que ver, la parada estaba prácticamente al lado de donde habíamos dejado el coche y subió detrás de nosotros. Seguro que nos había visto. Su sonrisa, su tono de voz, el saludo a Arturo... Nos vio y me estaba probando. Sentí como un calor intenso se posaba desagradablemente en mi cara y, por más que quise disimularlo, me costó parecer tranquila. Inventaría una excusa rápida si me preguntaba y zanjaría el tema. No me preguntó, pareció no estar interesado en ese asunto, así que yo, igual que él, no quise indagar más.

Pasamos el poco rato que nos quedaba estudiando hasta que bajamos a clase. Cuando regresamos a estudiar, oímos a Arturo que estaba hablando con otros profesores en el pasillo. Sonreí al escucharle, me parecía que llevaba un siglo sin él. Rápidamente volví a coger el hilo de los estudios y me concentré

hasta que dejé de oír su voz y la del resto del mundo. Tampoco me di cuenta de que me vibraba el móvil y tuvo que ser Pedro el que me lo entregara para que pudiera contestar. Lo había dejado encima de la mesa mientras sacaba los apuntes y me dio un vuelco el corazón pensando que podía ser Arturo el que me llamaba y que Pedro lo había podido ver a pesar de que seguía teniéndolo registrado con aquella X que pensé cambiar tantas veces.

—Toma, es tu abuelo —me dijo mientras ponía cara de circunstancia intuyendo que no me iba a alegrar.

Se equivocó, respiré aliviada, aunque no pude evitar mi cara de sorpresa. ¿Qué querría mi abuelo? Salí del departamento y descolgué.

—Hola, Elisa, ¿te pillo ocupada?

—No abuelo, estaba estudiando, no te preocupes, ¿qué pasa?

En ese momento salió Arturo del departamento y me hizo un gesto con la cabeza indicando que ya se iba, yo le despedí con la mano mientras seguía la conversación con mi abuelo.

—A ver abuelo, yo no sé si voy a poder, se acercan los exámenes..

—Elisa, no te he pedido nada desde que empezó el curso. Ahora solo te pido que vayas ese fin de semana para controlar un poco por allí. Sabes que si no, yo no me voy tranquilo.

Tenía razón, no me estaba pidiendo nada, aquello no era un esfuerzo para mí y llevaba todo el curso desentendiéndome del trabajo en la bodega.

—Vale, abuelo, no te preocupes. Iré, estate tranquilo.

—Llévate a alguna amiga si quieres —aquello encendió mi bombilla— yo solo te pido que eches un ojo por las bodegas y que esté todo bien.

—Tranquilo, abuelo, de verdad.

—Bueno, pues ya vamos hablando durante la semana. Muchas gracias, cariño.

—Un beso, abuelo.

¿Gracias? Gracias a él. Había conseguido tener la excusa perfecta para justificar mi ausencia de la próxima semana y más habiendo sido Pedro el que había visto la llamada. No tendría que mentir... Bueno, no del todo. ¡Eso sí que era un golpe de suerte!. Entré de nuevo al departamento poniendo cara de malhumor.

—¿Qué pasa, Eli? —me dijo Sonia al verme así.

—Nada, mi abuelo que acaba de pasarme un marrón. Tengo que irme a la bodega unos días la próxima semana a vigilar que todo funcione bien. Se va de viaje y mis padres están en EE.UU con mis hermanos. Se queda la bodega

sola.

—¿Y Martín? —preguntó Pedro.

—Martín no deja de ser un empleado por mucho que mi abuelo confíe en él... Ya sabes como es... No me pude negar, le vi preocupado y realmente me ha dejado libre todo el curso.

—Bueno, no te preocupes que nosotros te dejamos los apuntes, ya lo sabes —dijo Pedro intentando animarme.

Le sonreí agradecida. ¡Se lo habían creído! Tenía vía libre para marcharme con Arturo.

Miré el reloj y vi que no era muy tarde, se me hizo raro que Arturo se fuera tan pronto, pero seguí estudiando dos horas más, y cuando empezó a instalarse un dolor inquietante en mi cabeza, decidí marchar.

—Mañana será otro día, chicos —dije mientras recogía— se me está poniendo un dolor de cabeza que no aguanto más.

—¿Quieres que te acompañe a la parada? —me dijo Pedro

—No gracias, voy a ir andando a ver si me despejo un poco.

Salí de la facultad pero el dolor de cabeza cada vez era más fuerte así que tuve que cambiar de opinión e irme en bus. Cuando llegué, Arturo ya estaba en casa. Me sonrió nada más verme, noté que me había echado de menos. Dejó lo que estaba haciendo y vino a saludarme.

—Hola, pequeña... —me dijo mientras me agarraba la cara para darme un beso— Uy... qué mala cara traes... ¿Te encuentras bien?—. No, me duele mucho la cabeza —dije frotándome los ojos.

—Vaya... date una ducha mientras te preparo algo y métete en la cama.

—No gracias, no me prepares nada, no tengo hambre.

Me dio un beso en la frente y se fue a prepararme la ducha. Se lo agradecí. Después de ducharme me metí en la cama, me trajo un vaso de agua con un ibuprofeno y me apagó la luz.

—Esto es lo que mejor me funciona cuando yo estoy igual. Descansa, si necesitas algo llámame...

Salió de la habitación y dejó la puerta medio abierta, podía oír como golpeaba las teclas de su ordenador que poco a poco empezaron a acariciar mis oídos, como si de una nana se tratara, y lentamente pude dejarme llevar por el cálido abrazo de Morfeo... Tiempo después sentí como se metía en la cama. Sonreí interiormente al notarle cerca de mí y adivinar como me miraba, me giré hacia él. Le abracé hundiéndome mi cara en su pecho e inevitablemente sentí unas repentinas ganas de tenerle más cerca, empecé a besarle...

—¿Ya estás mejor?

No le contesté. Me puse encima de él.

—Vaya... ya veo que sí —dijo riéndose...

XLIII

Cuando me desperté al día siguiente, él ya estaba en el salón trabajando con un café en la mano.

—¿Ya estás trabajando a estas horas?

—Ayer me acosté muy pronto, ya descansé lo que necesitaba. Estoy preparando la conferencia del miércoles.

Fui a la cocina a por una taza de café y me senté encima de la mesa dejando mis piernas desnudas cerca de su ordenador. Asomé la cabeza para ver qué estaba escribiendo. Le sonreí.

—¿Y cuándo se supone que vamos a ir?

—El lunes por la tarde. Tengo que solucionar algunas cosas primero. La primera conferencia la tengo el martes a las 11:30. El miércoles daré otra y después de comer volveremos.

—Ni siquiera sé de qué tratan las conferencias...

—Son unas jornadas sobre la historia del islam.

—Vaya... que... intenso...

Me miró primero a los ojos, después a mis piernas y se sonrió.

—Son muy interesantes y van historiadores de mucho prestigio. Ha sido todo un honor que contaran conmigo.

Le sonreí.

—¿Me estás diciendo que tengo que tragarme ese tostón? —le dije burlándome.

Apareció en su cara aquella sonrisa de siempre...

—Por cierto, ¿ya sabes lo que les vas a decir a tus compañeros?

—¡Oh! Es verdad, al final ayer no te lo comenté.

Me miró con cara de asombro, esperando a que le contara cómo había resuelto aquel dilema que me tenía tan preocupada. Le conté la anécdota del móvil y cómo Pedro vio que me llamaba mi abuelo.

—Solo tuve que cambiar las fechas y asunto resuelto. No sospecharán que hay alguna relación entre mi ausencia y la tuya... Hum..., qué bonita frase...

Parece el título de una novela: entre mi ausencia y la tuya... Ja, ja, ja.

—Vaya, te veo contenta. Me alegro de que pudieras resolverlo. —Y me frotó suavemente la pierna que tenía al lado de su ordenador.

—Realmente me quité un peso de encima. Estoy bastante cansada de estar inventando excusas que ... —dudé si decir aquello— que, por otro lado, Pedro parece poner siempre en cuarentena.

Torció un poco el labio y no añadió ningún comentario al respecto.

—Bueno, yo voy a aprovechar un poco más aquí y después me voy a la facultad, tengo que ultimar detalles. No te esperes un viaje romántico, es laboral y voy a estar muy ocupado —me dijo presuponiendo que me había imaginado una escapada romántica.

—No te preocupes. Ya sé a lo que vamos. Entiendo que ya no puedes vivir sin mí y necesitas tenerme siempre a tu lado... No es fácil resistirse a mis encantos —bromeé tocándome el pelo como si fuera una diva.

—Qué razón tienes, chiquilla... —sentenció sonriendo mientras se levantaba y me daba un beso que me dejó tiritando.

Me duché y recogí las cosas para marcharme a la facultad. Quería adelantar algo esa semana para contrarrestar los días que iba a faltar. Me fui antes que él.

—¿Vendrás a comer? —le pregunté antes de marcharme

—Por supuesto.

Llegué la primera al departamento y reservé sitio para todos. Poco a poco fueron llegando y extrañándose de verme allí tan pronto. Me ofendía un poco el hecho de que me consideraran una dormilona... Estuvimos prácticamente toda la mañana sin levantar cabeza, salvo por las veces que pasaba Arturo en las que todas, inevitablemente y con mucho disimulo, levantábamos la vista para mirarle y acabar riéndonos entre nosotras por la tontería que nos entraba cuando le veíamos.

—De verdad, cada vez estáis más bobas —protestó Pedro.

—Ya... y él cada vez más bueno —le respondió Olivia sin cortarse un pelo.

Todas nos miramos y nos echamos a reír. En una de las ocasiones en las que salí al pasillo para airearme un poco, me crucé con Noa, la chica perfecta y espectacular que estaba haciendo la tesis con Arturo. Sentí de nuevo la sombra de los celos, pero no me dejé arrastrar por ellos y decidí seguir preparando en el móvil la música que iba a escuchar. Poco tiempo después salieron los dos sonriendo y... “Frena el carro, Elisa”. Arturo se sorprendió de

verme en el pasillo escuchando música y estoy segura que pudo notar lo que me pasaba por la mente. Quise evitarlo, pero me fue imposible. Aquella chica era demasiado perfecta y se les veía tan a gusto charlando que no pude impedir que mi mente volara hacia derroteros inapropiados. Me enfadé conmigo misma por sentirme tan débil, pero es que solo había que fijarse en sus curvas y mi cuerpo de quinceañera...

—Venga, vamos a tomar un café que llevamos toda la mañana aquí metidos —dijo Raúl según me agarraba por los hombros.

—No, paso, yo ya he descansado un poco. Voy a seguir estudiando.

Lo cierto era que intuía que Arturo y Noa habían bajado a la cafetería y no quería seguir envenenándome con detalles que pudiera malinterpretar. Mejor no tentar a la suerte.

—Venga, Eli, que vamos todos, no te vas a quedar aquí sola... —dijo Pedro.

—No, de verdad. Prefiero quedarme.

Al rato de estar allí sola, entró Alfredo y volvió a saludarme, esta vez de forma mucho más cercana de lo habitual.

—Qué, ¿estudiando ya para los exámenes? —me preguntó ante mi sorpresa.

Le sonreí y, sin responderle verbalmente, le hice un gesto afirmativo con la cabeza. No pude reflexionar demasiado sobre aquel saludo, porque acto seguido aparecieron de nuevo Arturo y Noa hablando animadamente; y yo diría que con demasiada cercanía —ya estamos— como si se conociesen de toda la vida, como si tuvieran una complicidad que se extralimitaba, como si se estuvieran acostando juntos, como si ella fuera conocedora de todos los rincones de su piel, como si él la hubiera hecho suya en el ascensor, como si... "¡Para, Elisa, por favor! ¿De verdad te crees todas esas tonterías?". No, desde luego que no me las creía, pero mi mente intentaba justificar de cualquier manera la desazón que se producía en mi cuerpo cada vez que les veía juntos. Ambos me saludaron con un movimiento de cabeza y, antes de curvar para meterse en el pasillo donde estaban los despachos, le dijo a Noa que se fuera adelantado.

—Sabes que eres la única, ¿verdad?

Me susurró al oído viendo que estaba sola y arriesgando a que alguien pudiera entrar en ese momento y verle inclinado hacia mí, acariciándome con sus palabras. Le agradecí aquel gesto con una sonrisa que se quedó corta para todo lo que quise agradecerle. Era tan detallista... siempre atento a cómo me

encontraba, siempre dándome más sin necesidad de pedírselo...

Poco después de que viniera el resto, decidí ir a casa. Al abrir la puerta la encontré vacía, me había acostumbrado demasiado rápido a su presencia y su ausencia se hacía demasiado grande cuando llegaba y no le veía. Preparé la comida con tiempo, sin mucho agobio. Cada poco miraba el reloj deseando que llegara. No sabía cuánto tiempo tardaría, pero tampoco quería llamarle, intuía que estaba con aquella chica y no quería darle más motivo para que pensase que era una estúpida inmadura.

Abrí la ventana del salón para que entrara el aire de primavera, regué las plantas y volví a mirar el reloj. Sabía que aún faltaba bastante tiempo para que llegara y me arrepentí de haberme marchado tan pronto de la facultad; ahora me encontraba sola en casa convirtiendo los minutos en horas por las ansias que tenía de volverle a ver. Decidí hacer despliegue de apuntes en la mesa del salón y aprovechar un rato antes de comer. En ese momento el móvil empezó a sonar dentro de la mochila. Me apresuré a cogerlo pensando que podía ser Arturo pero vi que era un número extraño y me desilusioné bastante.

—Hola, preciosa...

Era Arturo! Mi corazón se activó de repente como si fuera la primera vez que hablara con él. Pumpumpumpum...

—Te llamo para decirte que estoy en el despacho con Noa pero que ya estamos terminando, así que en diez minutos ya voy para casa, ¿vale?. Un beso. Te quiero.

Cuando colgué necesité llevarme la mano al pecho temiendo que el corazón se me fuera a salir de él. Me había llamado delante de ella, me había dicho te quiero y que enseguida iba a ir a casa... Aquello no sé si lo había hecho para dejarle claro a ella que tenía pareja o para tranquilizarme a mí ante un posible ataque de celos. Sonreí victoriosa y me dejé caer en el sofá con un grito contenido en la garganta.

Media hora más tarde se presentó en casa con una sonrisa, con su sonrisa. Le miré desde la mesa del salón. Se acercó, dejó el maletín y me cogió en volandas paseándome sin esfuerzo alguno por todo el salón.

—Qué mañana más larga... —me dijo mientras me besaba y me dejaba en el suelo—. Estaba deseando llegar a casa.

"A casa", pensé...

Comimos y descansamos un rato en el sofá. Era un sofá color crema tan ancho que cabíamos los dos tumbados perfectamente. Me hizo un hueco entre sus brazos y me pidió que me metiera allí con él. Encantada dejé el móvil y me

acurruqué en sus brazos. Me hacía suaves cosquillas en los brazos mientras me hablaba de todo y, poco a poco e irremediabilmente, me quedé dormida. Cuando abrí los ojos, dejó el libro que estaba leyendo y me miró riéndose abiertamente.

—¿Cómo es posible que te guste dormir tanto?

Me desperecé y le di un pequeño empujón.

—¿Qué hora es?

—La hora de irse yendo. Venga, arréglate que nos vamos.

—No pensarás llevarme en coche...

Me miró dándome a entender lo cansina que era con aquel tema.

—Prefiero ir andando con el día que hace... —lo cierto era que ante la duda que me surgió sobre si Pedro nos había visto, prefería no volver a arriesgar, no me apetecía dar explicaciones...

—Es tarde... —me dijo levantando una ceja.

—¡Uy!, qué va... Llego de sobra...

Efectivamente, era tarde. Cuando llegué, ya estaban todos en clase y me tocó llamar para entrar. Me dio un poco de apuro, pero no quería perderme su clase.

—Vaya, srta Rivas, llega tarde y... colorada... ¿Ha venido corriendo? —dijo Arturo con aquella media sonrisa que me volvía loca.

—Lo siento —le contesté con una sonrisilla nerviosa mientras me sentaba en el primer sitio que encontré.

La clase transcurrió con normalidad.

—Bueno, voy a dejarles unas fotocopias —dijo dirigiéndose a su maletín y buscando algo dentro—. Tenga Inma, hágase cargo, para que las recojan en reprografía. Es el temario de la próxima semana ya que ni el lunes ni el miércoles voy a poder venir a clase. Así podremos seguir avanzando en el temario. No es mucho, no se asusten...

Pedro me buscó con la mirada, no sé si lo hizo porque le pareció extraño que Arturo no fuera a estar la siguiente semana o por el detalle de haberle entregado las hojas a Inma. Le ignoré y salimos de clase comentando aquello. Pedro permanecía callado, mirándome.

—¡Ja, ja, ja!, parece que ha vuelto a retomar su relación con Inma —dijo Raúl sin mucha gracia, todo hay que decirlo.

Vimos a Inma salir de clase hablando con Arturo, aquello le había dado de nuevo alas para volver a su habitual estado de acoso indefinido.

Poco después de acabar las clases, me fui para casa sin dar demasiadas

explicaciones a nadie. Me encontraba cansada. Coincidí con Arturo en el ascensor. Entró detrás de mí sin darme cuenta, él también se iba.

—¿Ya te vas? —me dijo cuando se cerraron las puertas, íbamos solos—
¿No ibas a decirme nada?

Me encogí de hombros.

—Bueno, veo que tú también te vas y no me has dicho nada a mí...

—¿Ah no? Mira el móvil, anda —y me revolvió el pelo—. ¿Quieres que te lleve?

Negué con la cabeza.

—Yo voy un rato al gimnasio, luego te veo, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

Se abrieron las puertas. Salimos y me detuvo un momento.

—¿Te pasa algo, Elisa? —me dijo en medio de la entrada delante de un montón de gente.

Inmediatamente salí de los pensamientos en los que estaba inmersa.

—¡Uy!, no, no qué va... Estaba pensando en mi agenda... En el desorden que llevo... —le sonreí al comprender mi torpeza de apenas escucharle.

Miré hacia los lados disimuladamente para ver si había alguien observándonos, pero la gente iba a lo suyo y nadie se fijaba si estábamos hablando y mucho menos de qué. Se dio cuenta de la radiografía que acababa de hacer al entorno y sonrió moviendo la cabeza.

—Bueno, te veo luego.

Me froté la cara siendo consciente de que ahora era yo la que andaba un poco paranoica con el tema. Me quedé allí de pie, sin demasiadas ganas de ir a ningún lado mirando el mensaje que me había mandado.

—Eli... —me gritó desde lo lejos Pedro—. Menos mal que te pillo.

Me giré y le vi jadeando como si hubiera estado corriendo una maratón. De sobra se notaba que aquello era fingido, Pedro era un gran teatrero, pero muy mal actor. No supe muy bien por qué lo hizo.

—Quería ver si te pillaba para tomar algo. El resto se queda estudiando pero a mí no me apetece estudiar más y como a ti tampoco...

—Vamos, que soy tu última opción, ¿no? —le dije burlándome de su comentario.

Me sonrió.

—¿Por qué no quedas con tu chica?

Carraspeó un poco como si le molestara aquel comentario.

—Si quedo con ella me acabaré liando y tampoco quiero eso...

Le di un pequeño empujón y accedí a tomar algo en los bares de fuera. Pasamos un rato muy agradable y necesario. Hacía mucho que no compartíamos juntos momentos como aquel. No es que fuéramos muy dados a ir de bares, pero sí a pasar muchos ratos juntos que ya nos parecían, o al menos a mí, que formaban parte de un pasado muy lejano. Tan a gusto estábamos que ni cuenta nos dimos de la hora que era. Después de la primera cafetería habíamos ido a otro bar ya de camino a casa para picar algo y así, sin pensarlo y sin enterarnos, estuvimos de bar en bar hasta que acabamos en uno que estaba en mi barrio. No habíamos visto pasar el tiempo y se estaba haciendo bastante tarde... Pedro, que se había tomado alguna cerveza que otra, ya estaba un poco contento...

—Eli... —me dijo recobrando la compostura y poniéndose algo serio— ¿Tú le quieres? Es decir, le quieres de verdad o es solo el morbo de ...

Aquellas palabras agitaron de forma inesperada los latidos de mi corazón, que se aceleraron de tal manera que fue imposible controlar la quemazón que me recorrió desde la boca del estómago hasta la última facción tensa, muy tensa eso sí, de mi cara. Lo notó pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Qué dices Pedro? —fingí una normalidad que mi cara se empeñó en no mostrar.

Carraspeó y vi claramente como desdibujaba lo que parecía querer decir en un primer momento.

—Ya sé que estás con alguien, lo que quiero saber es si le quieres o lo que te gusta es... mantenerlo en secreto... ¿Has vuelto con Martín y no quieres decirnos nada? —Aquella pregunta me hizo respirar de nuevo. Hasta aquel momento tenía los ovarios en la garganta oprimiéndomela de tal manera que pensé que iba a morir ahogada.

—Oh, por favor, Pedro, no digas tonterías...Martín a estas alturas.... —y me reí. La tensión inicial había desaparecido, aunque algo en su mirada sembró en mí la duda de si era eso realmente lo que pensaba—. ¡Qué va! Aquello ya se acabó, ahora estoy con alguien...

—¿Y por qué no nos lo presentas? —"¿por qué narices tengo la sensación de que me estás retando, Pedro?"

—Bueno, ya sabes que yo soy bastante reservada para estas cosas y hasta que no sepa que la cosa marcha bien...

—Hombre, yo diría que si vive en tu casa es porque la cosa va bien, ¿no? Me sorprendió aquella pregunta.

—¿Quién ha dicho que viva conmigo?

—Bueno, le oí aquel día por el telefonillo y muchas veces que he querido subir me has puesto excusas demasiado estúpidas como para que me las creyera...

Tenía razón, últimamente no habíamos podido subir a casa a estudiar, comer o ver una película como hacíamos antes.

—Bueno... está a veces... —quise desviar el tema como fuera—. ¿Y tú con tu Vero, qué? ¿Cómo va la cosa?

Pedro me miró de reojo, sabiendo que no me importaba lo más mínimo saber de aquella chica y que tan solo le preguntaba para evitar sus preguntas.

—Estamos bien... Cada día me tiene más loco —noté que exageraba— a lo mejor le propongo que se venga al piso el próximo curso. Dos de mis compañeros acaban este año la carrera y quedan libres dos habitaciones...

—Vaya, qué romántico... —le dije riéndome de aquella película que me estaba contando.

Cuando al final decidimos irnos para casa eran cerca de las doce de la noche. ¡No me lo podía creer! No le había dicho nada a Arturo y seguro que me había estado esperando para cenar juntos... Subí las escaleras de dos en dos y cuando abrí la puerta vi su cara... Estaba enfadado. Se levantó y se acercó hasta mí.

—¿Se puede saber dónde estabas? Te he llamado mil veces...

—¡Oh, es verdad, el móvil! Lo siento lo tengo en silencio, no lo escuché...

—¡En silencio, Elisa! ¿Para qué narices tienes el móvil entonces? —vale, tenía razón... Nunca fui muy amiga de aquel aparato que, aparte de para escuchar música, servía también para comunicarse—. ¿Y bien? Me tenías muy preocupado, no es normal que tardaras tanto y menos que no avisaras. ¡Joder, Elisa! Pensé que te había pasado algo... —dijo algo más aliviado, aceptando el abrazo que le estaba dando.

—Lo siento. Me quedé con Pedro tomando algo y se nos pasó la hora...

—¿Cómo? Me has tenido preocupado todo este tiempo, sin acordarte de hacer una llamada para decirme que estabas bien, porque estabas demasiado ocupada... con Pedro, qué raro ... —dijo mientras me separaba y se iba a su ordenador.

Me froté la cara, sabía que tenía razón, tenía que haberle llamado... pero lo cierto es que Pedro me absorbía demasiado con sus historias y se me fue el tiempo sin darme cuenta. Fui hasta donde estaba, separé su silla y me senté encima de él.

—Estoy trabajando —me dijo serio.

—¿Sabes que Pedro ya sabe que estoy con alguien? —le dije cambiando el tono de mi voz intentando hacer como que no había pasado nada.

—Ya te he dicho que sabe que estamos juntos —dijo sin inmutarse, mientras intentaba mirar la pantalla del ordenador.

—¡No!... Qué va... Piensa que estoy con... —me callé al darme cuenta de que nunca le había hablado de Martín.

Dejó de mirar lo que estaba haciendo y centró su atención en mí.

—¿Con? ¿Me he perdido algo?

Carraspeé, en menudo charco me había metido. Me bajó de sus piernas y se levantó. Apagó el ordenador y se dirigió a la cama. Yo no sabía muy bien cómo abordar el tema... Había sido muy pesada con sus relaciones pasadas y hablarle ahora de Martín, me parecía un poco... de tocapelotas, vamos.

—Con... un chico con el que estuve, si se puede decir eso, antes de estar con...

—¿Conmigo? Muy bien, Elisa. Te pones como una loca preguntándome por las chicas del gimnasio, qué había hecho, si había estado con ellas... y tú... —Exhaló todo el aire que tenía dentro. Se sentó en la cama y se frotó la cabeza. Estaba serio, muy serio...

—Parece que fue una persona importante en tu vida... Tenía entendido que no habías tenido ninguna relación estable... ¿Le conozco, es alguien de clase?

Negué con la cabeza, no tenía fuerzas para hablar. Pero le veía tan guapo... Tan sensual enfadado por no saber con quien había estado, que me dieron ganas de tirarme sobre él. "Elisa... que no es el momento..." Lo intenté de forma más suave, me volví a sentar en sus piernas, separándole las manos de su cabeza. "O si... quién podría resistirse..."

—¿Sabes que estás muy guapo así tan enfadado?

Me miró sin muchas ganas de jugar, pero noté como su cuerpo reaccionaba al susurrarle aquello en el oído. Metí la mano en su entrepierna y me cercioré de que no estaba equivocada. Le sonreí maliciosa pero él intentó quitarme la mano, yo fui más rápida y para cuando quiso zafarse, ya estaba en mis redes. Me cogió la cara entre sus manos y me miró. Sus ojos ya desprendían deseo. Me besó de forma apasionada, metió sus manos entre mi ropa para acariciarme la espalda. Me desabroché los botones de la blusa muy despacio queriéndole hacer sufrir un poco. Me miraba el pecho mientras me acariciaba el trasero. Acabamos de la mejor manera que se puede acabar una discusión.

—Me preocupé mucho, Elisa, ¿por qué no se te ocurrió llamarme? Con que me dijeras que te ibas a retrasar ya estaba, no necesitaba saber nada más,

solo quería saber que estabas bien —me dijo más calmado una vez que terminamos—. ¿Teníais tanto de que hablar?

—No, surgió sin querer. En principio solo íbamos a tomar un café pero luego nos enredamos sin darnos cuenta. No te avisé porque no pensé que me fuera a retrasar.

—Es igual —dijo dando aquello por perdido—. ¿Quién es el tipo ese del que no me has hablado?

—Un amor de esos platónicos que no llegan a nada, pero sin la menor importancia, de verdad.

—Sin la menor importancia pero que tu amigo Pedro sí conoce y yo, que soy tu pareja, no tenía ni idea. No me parece justo.

—Mi pareja... —aquello me encantó, llegué gateando hasta él de forma juguetona—. Mi pareja. Qué bien suena.

Y volví a besarle, todo en él era perfecto. Incluso cuando se enfadaba era perfecto, no había nada, ni un solo detalle, que no pudiera enamorarme.

—Arturo, tú eres la única persona a la que he amado. Ahora lo sé. Jamás he tenido este sentimiento por nadie, aún creyendo estar enamorada de él, ni siquiera se acercaba a lo que siento por ti.

Sonrió. "Qué fácil era tenerle contento... y cómo me costaba decirle: te quiero, te amo, eres el hombre de mi vida sin lugar a dudas..."

—Vaya... es una de las pocas veces que te oigo hablar de tus sentimientos, pensé que solo estabas conmigo por sexo... —dijo burlándose.

Yo sabía que tenía razón. Muy pocas veces le dije cuánto le quería.

—Por sexo y por saber las preguntas del examen, no te vayas a pensar... —le dije riéndome.

Él se abalanzó sobre mí haciéndome cosquillas y sin parar de mordisquearme la oreja.

—¿Serías capaz de suspenderme? —le dije sin parar de reírme.

—Si vuelves a hacer otro examen como el primero, creo que no voy a tener otra opción... Aquel te lo aprobé para poder acostarme contigo si no, no lo aprobabas ni de broma...

—¡Serás! —y le propicié el almohadazo del año.

XLIV

La semana pasaba sin darnos cuenta. Estábamos más que acostumbrados a nuestra presencia tanto en casa como en la facultad. Cada vez se nos veía más veces hablando solos sin que nos diéramos mucha cuenta de ello. Entrábamos y salíamos juntos hablando de nuestras cosas sin prestar atención a la gente que teníamos alrededor. En más de una ocasión, Olivia me preguntó por aquellas coincidencias que eran demasiado seguidas y Raúl bromeó con algún comentario de los suyos a los que Pedro, sorprendentemente, no se unió.

En clase seguía manteniendo la distancia e incluso diría yo que dejó de mirarme tan descaradamente, quizá porque ya no solo nos veíamos allí. Yo seguía igual que el primer día y sonreía como una tonta sin venir a cuento al pensar en aquel hombre rodeándome con sus brazos.

—Bueno, chicos, no os saltéis ninguna clase, no la vayamos a fastidiar ahora en la recta final. Mirad que yo no voy a estar esta semana para coger apuntes —les dije ese viernes antes de irme preocupada por si se saltaban alguna asignatura.

—No te preocupes Eli, siempre nos quedará Úrsula —dijo Pedro mientras la agarraba por los hombros.

—Pues a ver si no te los voy a dejar por listo —le respondió ella burlándose.

Nos cruzamos en la puerta de la entrada con Arturo que venía de la calle y se paró unos segundos a hablar con nosotros.

—¿Ya han recogido las fotocopias que dejó Inma en reprografía? —dijo Arturo.

—¡Ostras, es verdad! Se me había olvidado... —dije yo como si fuera la mayor catástrofe del mundo.

Arturo se rio.

—Últimamente anda despistada ¿eh srta Rivas? Espero que al menos el día del examen no se le olvide... —dijo con aquella sonrisa...

—No, eso seguro que no se me olvida...

Pedro nos miraba con bastante desgana.

—Anda que vaya confianzas os traéis últimamente, guapa —dijo Olivia una vez que Arturo se despidió de nosotros.

—Ya te digo —dijo Raúl— encima van a faltar los dos la misma semana... No habréis quedado para daros un revolcón, ¿eh? Confiesa...

Todos nos reímos, bueno, todos menos Pedro.

—Sí, qué más quisiera yo que revolcarme con Losada —dije sin darme cuenta de que se había quedado detrás de mí hablando con un profesor con el que se había cruzado.

Vi como la cara de Olivia de repente empalideció, pero que acto seguido tomó un ligero toque anaranjado que, en décimas de segundo, pasó a rojo intenso y entendí que algo no iba bien.

—¿Perdone, srta Rivas? ¿Cómo dice?

Cerré los ojos e inmediatamente me froté la cara con una mano para que, al girarme, la risa interna que brotaba dentro de mí se quedara en su sitio y no saliera a borbotones.

—Oh nada, estaba hablando con mis compañeros —le contesté como pude.

—Ah, disculpe, me pareció escuchar que quería algo... —dijo mientras sonreía de forma descarada mirando a Olivia dándole a entender que había oído perfectamente lo que había dicho.

Nada más se giró, Olivia se llevó las manos a la boca y se aguantó la risa todo lo que pudo.

—Te ha oído de pleno —dijo Raúl riéndose también.

—Bueno, venga, basta ya —dije yo fingiendo estar avergonzada—, casi que mejor me marcho.

Y me fui con viento fresco. No me podía creer que hubiera hecho aquello, me iba riendo sola. Cogí el bus, me apoyé en el respaldo del asiento mientras miraba por la ventana las calles de aquella ciudad que ya no me parecía tan gris como al principio. Esperé bastante tiempo para cenar con él, pero en vista de que no venía ni respondía a mis mensajes, decidí empezar sola y fue en ese preciso instante en el que apareció con su mochila y su sonrisa de chico malo. Venía del gimnasio, por eso no había contestado a mis mensajes. Se puso cómodo y vino a cenar conmigo después de darme un beso que, tanto él como yo, ya echábamos en falta.

—Así que... es de eso de lo que habláis cuando no estáis estudiando...de los profesores —me dijo bromeando mientras cenábamos.

—De los profesores cachondos —especifiqué yo.

Se rio mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—Pero vaya... por lo que veo tenías bien puesta la oreja, ¿eh?.

—Hablabais demasiado alto, pero...sí, hice por escuchar, me picaba la curiosidad por saber de qué hablabais. ¿Así que te darías un revolcón con el profesor Losada, eh? No me imaginaba eso de usted, srta Rivas... Siempre tan distante y tan aplicada... —me dijo burlándose.

—Es que no ha visto a ese tipo. Es tan guapo, tan alto, tan elegante con ese traje gris que se pone a veces, tan pasional cuando da las clases... y... ¿he dicho que es guapo?... Y joven... Y alto... Nos tiene a todas locas.

Sonreía mientras me miraba.

—¡Ay, Elisa!... tú sí que me tienes loco...

El sábado por la mañana fuimos a comprar. Era la primera vez que lo hacíamos juntos. Los dos preferíamos hacer la compra en mercados y tiendas de barrio, así que nos fuimos andando hasta el mercado del Val que estaba prácticamente al lado de mi casa. Si bien es cierto que nada más salir del portal me dio algo de apuro el que nos pudiera ver alguien, poco a poco me fui encontrando más cómoda. Cada vez me resultaba más natural estar con él fuera de casa de manera cercana, aunque a veces y sobre todo en sitios en los que era fácil encontrarse con alguien conocido, me entraba cierto nerviosismo que él se encargaba de quitar hablando de todo y de nada y haciendo caso omiso a lo que pudiera pasar al margen de nosotros. Entramos en el mercado; no teníamos que hacer mucha compra ya que el lunes nos teníamos que ir, pero al ver aquellas maravillas de frutas y verduras se me saltaron los ojos de las órbitas.

—¡Quieta!... —me dijo Arturo acordándose del día que me vio cargada de bolsas en el portal de mi casa—. Mira que solo necesitamos para hoy y mañana, que ya te estoy viendo...

Me reí dándole un golpe en el brazo.

Hicimos la compra relajados y nos quedamos tomando algo allí. Había un ambiente magnífico, típico de un sábado por la mañana, con mujeres y hombres haciendo la compra, niños correteando detrás de alguna paloma que se había colado por algún agujero del tejado... Todo acompañaba para sentirme plenamente feliz. Una y otra vez le miraba sin poder creer que aquel hombre estuviera a mi lado.

—Pero en qué piensas, Elisa... —me dijo riéndose.

—En la suerte que tengo de estar contigo.

Sonrió y me acarició la cara.

A lo lejos oímos como alguien saludaba a Arturo y, sin poder evitarlo, me puse colorada.

—¡Adiós! —dijo Losada levantando la mano y pareciendo encantado.

—¿Qué tal Arturo? —Aquel hombre se acercó a darle la mano, me echó un vistazo rápido sin apenas detenerse bien en mí, algo que sinceramente agradecí. Me hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo al que yo respondí de igual manera.

Era un hombre de unos cincuenta y muchos años que iba con tres criaturas que se le escapaban por todos los lados...

—¡Te das cuenta! Cuando crees que llega el fin de semana para descansar, te dejan a los nietos enloquecidos —Se rio de su destino—. Me voy que se me escapan...

—Muy bien, hombre —dijo Arturo riéndose.

Se despidió como pudo de ambos y se fue corriendo detrás del más pequeño que parecía tentado a lanzarse por las escaleras.

Arturo me miró analizándome y sonrió.

—¿Ves, no ha sido tan difícil, no? —dijo riéndose.

—¡Ja!, esa sí que es buena, tengo que recordarte quién se moría de miedo. ¿Quién es ese hombre?

—Pues ya ves lo que es la vida y cómo han cambiado las tornas... —dijo mientras se acercaba la infusión a la boca—. Es Julio Olmedo, seguramente te de clase en cuarto.

—¿Qué? —repentinamente me subieron de nuevo los colores.

Se rio sin poder evitarlo.

—Bueno, para cuando me dé clase ya no me recordará... —intenté consolarme.

—Elisa, cuando te dé clase habrá venido a nuestra boda, tú y yo ya estaremos casados y con... ¿cuántos hijos querías tener? ¡Ja, ja, ja! —me dijo riéndose a carcajadas y separándome el pelo de la cara.

—Mucho quieres tú correr en dos años... —dije poniendo los ojos en blanco en respuesta a su broma.

Volvimos a casa a dejar la compra porque como hacía muy bueno decidimos (decidió) dar un paseo por el centro. Era más que probable que alguien nos viera, pero al ver su despreocupación yo también salí relajada y entusiasmada, aunque...venga va, para qué engañarnos, no conseguí disfrutar del paseo lo más mínimo; iba alerta, mirando a todas partes y desaproveché la

primera y última vez que pasearíamos juntos por aquellas calles. ¡Tonta del culo!

Regresamos a la hora de comer. Fue él quien se encargó de hacer la comida, y yo encantada, porque otra de sus innumerables e inagotables virtudes, era la de cocinar.

Después de comer y de descansar un poco, Arturo se puso a trabajar mientras yo me fui con Úrsula a pasear y, bueno, con Pedro, que para nuestra sorpresa, se unió a nuestro paseo a paso ligero. Nos reíamos mucho de él al verle colorado sin poder seguir muy bien nuestro ritmo. Empezó muy risueño contándonos sus interminables batallas de sábado noche, de su querida amiga, del vecino del quinto y vete a saber qué más (yo desconecté en la segunda historia) y, a medida que íbamos avanzando y los colores iban haciendo acto de presencia en su rostro, dejó de hablar tan de seguido para poder continuar nuestro ritmo. Nosotras, sin malicia ninguna y para darle más ritmillo al paseo, decidimos acelerar un poquito más el paso y, en cosa de cinco minutos, dejamos de escucharle respirar. ¡Ay, Pedro, Pedro!... ¡Ja, ja, ja! Rojo como un tomate y con la lengua fuera, nos pidió sentarnos un rato en una terraza para tomar un refrigerio y poder reanudar la marcha de vuelta a casa. No era algo que Úrsula y yo soliéramos hacer, pero consideramos que la tortura ya había durado demasiado y decidimos darle un descanso. No éramos tan malas, teníamos nuestro corazoncito...

Cuando llegué a casa ya era casi de noche, se nos había hecho bastante tarde. Al llegar, tuve la sensación de entrar en mi hogar. Había metido algo en el horno que olía de maravilla y él, con su sonrisa habitual a modo de saludo, me hizo un gesto con el dedo para que me acercara.

—¿Vienes cansada? ¿Te apetece un baño en compañía?

¡Vamos que si me apetece! Imposible mejorar el plan. Me acerqué hasta la puerta del baño donde estaba apoyado y descubrí una nueva estancia en mi casa que no existía cuando salí por la tarde. El aseo parecía otro. La luz estaba apagada pero las velas que había colocado cuidadosamente alrededor de toda la estancia, le daban la luz necesaria para poder ver la maravilla que había hecho con cuatro cositas de nada. El agua estaba echando vapor y desprendía un agradable olor a rosas recién cortadas que había esparcido por toda la bañera. Unas flores frescas perfectamente colocadas decoraban el borde de esta, en la que había además una pequeña bandeja con dos copas balón con un montón de hielo, lima y agua.

Sentí como se acercaba por mi espalda y posaba sus manos en mis

hombros.

—Por si nos entra sed —dijo al ver que me había fijado en el detalle de las copas.

Empezó a desnudarme muy suavemente. Era notar su piel y sentir que flotaba. Nos metimos en la bañera y disfrutamos de aquella intimidad tan nuestra...

XLV

El domingo paso rápido. Él trabajó toda la mañana y parte de la tarde, yo estuve preparando todo para el viaje. Estaba nerviosa. Me senté a su lado para planificar las rutas y las cosas que quería ver en los momentos en los que él iba a estar reunido. De vez en cuando echaba un ojo a lo que estaba haciendo.

—Me estás poniendo nerviosa... —le dije mientras quitaba su cabeza de la pantalla de mi ordenador.

—A la ciudad de la cultura puedo llevarte yo. De hecho tengo que ir al archivo, así que eso bórralo de tu lista. Iremos el último día —me dijo mientras se reía.

—¡A ver! ¿Meto yo la cabeza en lo que estás haciendo tú? —le dije algo enfadada. ¡Ay enfadada!... qué ilusa...

Fruncí el ceño y puse cara de disgustada.

—Vaya... no será que quieres enfadarte para que lo arreglemos como el otro día...

—Serás payaso... No tienes remedio —le dije dándole un empujón y rendida de nuevo a su encanto. Lo que decía... enfadadísima vaya...

Por la tarde volví a quedar con Úrsula pero esta vez Pedro no se unió, estaba con su novia, algo que nos extrañó a las dos. Nos reímos al recordar la paliza que le dimos el día anterior y...venga va, ¿por qué no decirlo? un poco también, solo un poco, de verdad, de aquella mujer a la que hacía llamar ¿novia? ¡Ja, ja, ja! todavía me da la risa al acordarme. No llegábamos a entender qué hacía ella.

—En alguna ocasión he llegado a pensar que es...bueno, una mujer de compañía ya sabes, y que la está pagando para que pensemos que es su novia —le comenté a Úrsula entre risas aunque en realidad no lo pensaba.

No pudo evitar reírse también.

—Hombre, Pedro es un chico muy guapo, no le hace ninguna falta hacer eso —dijo intentando parar de reírse.

—¡Ja, ja, ja! sí en eso tienes razón. Pero con la de chicas que tiene detrás... En clase hay un montón suspirando por él...¿Por qué no sale con alguna de ellas?..

—Oye... a lo mejor se ha enamorado de Vero... —Fue decir aquello Úrsula y escojonarnos de la risa.

La verdad es que Pedro era un chico muy guapo y era conocido en toda la facultad por su aire chulesco y atrayente. Estuvo con muchas chicas de clase y... de otras clases y de la facultad y... de otras carreras... Las fiestas y los fines de semana se le daban bastante bien, los aprovechó mucho. Además sabía sacar partido de su físico y de su simpatía natural para enamorar a quien quisiera. Era todo un conquistador, por eso nos extrañaba que hubiese encontrado su alma gemela en aquella mujer.

Llegué a casa cansada, últimamente habíamos acelerado bastante el ritmo y ese día yo también llegué colorada como Pedro el día anterior.

Arturo seguía trabajando.

—¿Llevas aquí todo el rato? ¿No has salido de casa? —le pregunté un tanto preocupada. Llevaba desde por la mañana trabajando.

—Sí, fui un rato al gimnasio y luego me pasé por mi casa a recoger unas cosas.

Miré el reloj y me asombré del tiempo que llevaba fuera, al ser los días más largos, Úrsula y yo estirábamos nuestros paseos al máximo y siempre acabábamos hablando en su portal olvidándonos del tiempo.

Le di un beso en la mejilla y me fui a preparar la ducha.

—Oh vaya... Llevo más tiempo fuera del que pensaba...

—Elisa... —dijo interrumpiéndome.

Me giré, le vi apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Cada gesto suyo era una provocación para mí, intenté frenar mi deseo.

—¿Sí? —le dije disimulando las ganas que tenía de él.

—No puedes ni imaginar cuánto te quiero, ni el bien que me haces. Desde que estoy contigo me siento más ligero y mis dolores de cabeza parece que se hayan esfumado gracias a ti... Te pienso a cada momento cuando no estoy contigo...

Aquello acabó por hundirme, me rendí, qué necesidad tenía de reprimir mi deseo si el hombre más *sexy* del planeta estaba diciéndome aquello apoyado en la puerta de mi baño... Le agarré por la cintura... Le miré... Me miró... Me puse de puntillas para llegar a sus labios, era realmente alto. Le di un beso lento cargado de sentimiento, de deseo y de profunda admiración por la

facilidad que tenía de dejar claros sus sentimientos, de mostrarlos tal cual los sentía. Le amaba, amaba a ese hombre...

XLVI

El lunes por la mañana se fue pronto a la facultad. Yo me quedé en casa estudiando un poco y ultimando los últimos detalles, además tenía que fingir estar en la bodega de mi abuelo.

Salimos de viaje después de comer. Los días eran largos y aunque llegáramos tarde aún podríamos aprovechar para dar un paseo. Al entrar en Santiago, vi la facilidad que tenía para desenvolverse por las calles con el coche, lo que me hizo sospechar que no era la primera vez que había estado allí.

Fuimos a un hotel que estaba muy bien situado, frente al Instituto de San Clemente. Estaba integrado como una casa más de la calle. Su fachada blanca con los marcos de las ventanas verdes y llenas de plantas le daba un aire muy bohemio. Era pequeñito pero muy acogedor. Nos tocó la habitación con balconcito que daba a la calle. A dos pasos de allí, había una placita con unas cuantas terrazas que, a esas horas de la tarde, estaban abarrotadas. El lugar era perfecto, a cinco minutos del centro andando y con el parque de la Alameda prácticamente al lado...

Me sorprendió que, al llegar, la recepcionista le conociera.

—Me suelo alojar aquí cada vez que vengo —me dijo una vez instalados en la habitación.

—¿Y sueles venir mucho?

—Sí, he venido bastante. He colaborado en algún proyecto con la universidad.. ¿Te parece si nos vamos a dar un paseo y a tomar algo?

Había quedado una tarde estupenda. Lucía el sol en todo su esplendor y a esas horas todavía hacía calor. Estuvimos paseando por el centro de Santiago y masticando aquel olor a siglos, peregrinos e historia viva.

Íbamos de la mano, comiéndonos con la mirada.

—Mañana tendré que salir temprano para la facultad. ¿Tú que vas a hacer? ¿Querrás venir?

—No sé.. —le dije algo desganada—. Creo que no me apetece mucho

pasarme la mañana oyendo hablar del islam estando en Santiago y haciendo tan bueno como hace... Ya iré viendo.

—Siento que este no sea el viaje perfecto, pero ya sabes que yo tengo que trabajar...—dijo disculpándose.

—Cualquier viaje es perfecto si estoy contigo. ¿Tú crees que hubiera estado mejor sola en casa sabiendo que no iba a verte en días? —le di un pequeño empujón—, ¡estás loco si piensas eso!

Me sonrió, necesitaba escuchar aquello y yo lo sabía. Se sentía mal por no poder disfrutar juntos de cada momento allí, pero yo estaba encantada de verle trabajar, de verle ilusionado fuera de nuestro ámbito. Estuvimos tomando algo por los bares del centro y acabamos en una terraza de la placita que estaba cerca del hotel.

—Estoy encantada de poder vivir esto contigo, Arturo. Gracias por dejarme formar parte de tu vida...

Se acercó para darme un beso pero nos interrumpió la camarera...

—Hombre, Arturo, cuánto tiempo... —le dijo aquella chica que no sería mucho mayor que yo.

Arturo se incorporó para darle un par de besos.

—Sí, Inés, mucho tiempo. Mira, te presento a mi novia Elisa.

"¡Mi novia! ¿No he oído mal, ha dicho mi novia, verdad?" Aquello me pilló por sorpresa y creo que a aquella chica también. La saludé muy amablemente y en cuanto se fue no pude por menos.

—¿De qué la conoces? —"No Elisa, no, esa no era la pregunta... Lo de novia ¿Te acuerdas? Ayyy".

Él se rio en el fondo le encantaba verme así.

—Pues... de aquí. De venir a tomar algo cada vez que tenía un viaje. Poco a poco vas hablando con los camareros... No sé, surgió...

—¿Surgió? ¿Qué surgió?

—¡Ja, ja, ja!, nada Elisa, no surgió nada.

—Es muy guapa —le dije intentando sacar alguna reacción de él. "Lo de la novia, Elisa, lo de la novia..."

—Y muy joven Elisa, ¡ja, ja, ja! —No podía parar de reírse, pero mi cara de circunstancia no le pasó desapercibida.

—Bueno... a mí me parece que soy más joven que ella...

Con lo que dije sí que no pudo sostener la carcajada que salió disparada de su boca acompañada de lágrimas en los ojos. Me hizo tanta gracia verle así que yo tampoco pude evitar reírme.

—¡Ja, ja, ja! ¡pues tienes razón... Elisa! —me dijo muerto de la risa. Intentó recomponerse como pudo cuando la chica nos trajo las consumiciones.

—Eres más joven... y más guapa —me susurró al oído guiñándome un ojo, cuando la chica nos dejó las bebidas en la mesa.

Aquello me encantó.

Estuvimos bastante rato disfrutando de aquel ambiente casi veraniego. A pesar de ser lunes, las terrazas estaban llenas, el calor ayuda a salir a la calle.

—Bueno, Elisa, creo que vamos a tener que ir subiendo. Mañana tengo que madrugar y quiero estar descansado.

—Sí, vamos.

Subimos a la habitación y nos pusimos cómodos. Me dejé caer en la cama para disfrutar de aquel momento. Él se tiró a mi lado y apoyando su cabeza en un brazo, se me quedó mirando.

—Qué distinto es todo cuando estás a mi lado... —me dijo—. Estas calles, esta habitación, todo... tiene otro color cuando tú estás conmigo.

Recordé haber tenido esa misma sensación cuando fuimos a Madrid. Le sonreí mientras le acariciaba la cara.

—¿Quieres mi coche para moverte por aquí mañana? Ya veo que no tienes muchas ganas de acompañarme a las conferencias. Si lo necesitas, cógelo, yo no lo voy a necesitar, la universidad está cerca, iré andando.

—¿Eres capaz de dejarme tu coche? —le dije sorprendida—. ¡Dios mío, aún eres más perfecto de lo que pensaba!

Se rio mientras se me echó encima, sus manos acariciando mi cuerpo presagiaban una noche muy movida.

Al día siguiente el despertador sonó muy pronto. Yo me quedé en la cama remoloneando y viendo como se movía de un sitio para otro con el mayor de los sigilos intentando no molestarme.

—¿Quieres el coche? —me volvió a preguntar al ver que ya estaba despierta.

—No gracias, de verdad.

—¿No te animas a venir conmigo? Mira que va a haber muchas estudiantes...

—Payaso... —le dije mientras le tiraba la almohada.

Cuando se marchó abrí la ventana y salí al balconcito para ver como se alejaba. En un acto inconsciente, y sin saber que yo estaba allí, él se giró para mirar la ventana de nuestra habitación, y al verme allí plantada, su cara fue de máxima sorpresa. Me reí al recordar en aquella imagen una escena de la

película *Bajo el sol de la Toscana* . Cuando dejé de verle, me metí rápidamente a la habitación y me preparé para marchar.

¡Claro que iba a ir a verle!, pero lo que no quería era ir con él y que se sintiera incómodo al tener que marcharse y dejarme allí sola. Él tenía que trabajar y yo no pintaba nada a su lado. Cogí un folleto de las conferencias que había dejado encima de la mesa para saber la hora y el lugar exacto donde se celebraban. Su conferencia empezaba a las once y media, pero yo quería estar allí mucho antes para inspeccionar un poco el terreno y ver aquella facultad. A pesar de que el día anterior por la tarde nos habíamos acercado para que la viera, quería entrar dentro y respirar el ambiente que se veía tan diferente a lo que yo estaba acostumbrada...

Nada más entrar, aquello me dejó fascinada: era como trasladarse a otra época. Olía a viejo, a historia. Estuve andando por aquellos pasillos que bordeaban un patio interior muy bonito, al que seguramente daban muchos despachos. No pude evitar pensar en el de Arturo. Fui hasta la biblioteca y aquello ya me acabó de maravillar. Era grande, majestuosa, nada que ver con la nuestra. Olía a libros llenos de historia. Sus paredes eran estanterías de madera maciza repletas de libros, del techo colgaban enormes lámparas de araña. Era como entrar en una película. Seguramente en aquella biblioteca mis horas de estudio se habrían alargado mucho al no tener ninguna cristalera por la que mirar al pasillo por el que Arturo pasaba para dar alguna clase.

Se acercaba la hora de la conferencia y fui a buscar el lugar donde se celebraba. Pregunté a unas chicas para no arriesgarme a dar vueltas a lo tonto ya que quedaban tan solo diez minutos para empezar. Casualmente aquellas chicas iban también y me invitaron muy amablemente a ir con ellas. Me las imaginé teniendo a Arturo de profesor, seguramente hubieran acabado tan perdidamente enamoradas, como lo estaba yo. Cuando entré en aquel lugar, me quedé con la boca abierta. Era todo tan barroco... tan diferente a lo que yo estaba acostumbrada... Estaba claro que aquella construcción debía ser de época moderna. La ostentación de aquella sala adornada con frescos en el techo y la decoración tan recargada en las paredes me trasladaba directamente a otra época, incluso me daba la sensación de que aquel lugar olía a incienso. Las butacas donde se sentaban los estudiantes eran viejas y, en la zona donde iban a impartir las charlas los profesores, había un dosel con una tela roja y unas sillas señoriales a juego con aquel cortinón.

—Ven, vamos para delante. No sé por qué la gente tiene tanto miedo a las primeras filas—me dijo una de las chicas con aquel acento gallego que me

parecía tan gracioso.

—Sí, eso pienso yo —contesté riéndome de su comentario—. Yo siempre suelo sentarme en primera fila.

—Nosotras también —dijo otra chica.

Aún quedaba un tiempo para que empezara; nos acomodamos y vimos como comenzaron a entrar los profesores que se quedaron charlando entre ellos sin fijarse en que aquel salón de actos ya estaba repleto.

—¿Cómo te llamas?

—Elisa.

—Yo soy Iria, ellas son Paula y Lucía.

—Hola, chicas —les dije sonriendo.

—¿En qué curso estás que no me suena de haberte visto? —me preguntó Iria.

—En segundo, pero es normal que no me vieras, soy de Valladolid...

—Vaya —dijo Lucía riéndose—. Pues sí que te interesa el mundo del islam para venirte hasta Santiago.

Nos reímos todas.

—Bueno... me interesa más otra cosa.

Mis manos estaban congeladas como cada vez que esperaba a que Arturo apareciera. Estaba en aquel grupo de profesores que acababan de llegar hablando animadamente, sin percatarse de que yo estaba mirando para él embobada. Empezaron a sentarse para dar comienzo a las conferencias. Al levantar la vista al frente me vio y pude notar en su cara una expresión de alegría que me dejó un poco más boba de lo que ya estaba. Hizo un gesto inconsciente de levantarse para saludarme sin darse cuenta de dónde estaba, pero se reprimió a tiempo. No podía evitar esa sonrisa de su cara.

Empezaron las jornadas y le presentaron alabando su entrega y dedicación a la investigación histórica. A pesar de su juventud en comparación con el resto de sus compañeros, Arturo ya había publicado un par de obras de importancia nacional en el ámbito historiográfico. Agradeció aquella presentación, inició su charla y, como siempre, cautivó a todos los que estábamos allí presentes. Ya no solo era lo que decía, sino cómo lo transmitía, cómo hacía que entendiéramos el significado exacto de sus palabras sin que tuviera que dar largas explicaciones. Era lo suyo, estaba claro.

Después de otra charla, se inició la típica ronda de preguntas y respuestas. Muchos fueron los que preguntaron a Arturo y él, con sus típicas ironías y gracias, resolvió todas las dudas impregnando en cada uno de los presentes

parte de su esencia. ¡Ay, Arturo!.. A lo que iba, que me lío... Después de aquello hubo un parón para comer. Las chicas con las que entré se alejaron un poco a hablar con un grupo de personas que imagino serían compañeros de clase, mientras yo buscaba en la mochila desesperadamente mi móvil. No me di cuenta de que Arturo se acercaba hacia mí, hasta que estuvo prácticamente en frente. Me sentí el centro de atención, noté como muchas miradas se centraban en nosotros.

—¡Has venido! —me dijo.

—¡Claro! ¿De verdad creías que no iba a venir? —le dije sonriendo.

—Ahora tengo que ir a comer con ellos. Nos vemos cuando acabe todo. Después espérame. No te vayas sin mí. Te mando un mensaje, ¿vale?

—Perfecto...

—Me ha encantado verte, Elisa.

—Y a mí mucho más escucharte.

Sonrió agradecido mientras se iba con sus compañeros. Yo me disponía a marchar cuando oí a Iria llamarme desde lejos.

—Elisa, ¿te vienes a comer con nosotras? Vamos a tomar algo ahí enfrente, ¿te animas?

—Pues... vale.

Nos fuimos las cuatro a un bar que había justo delante de la facultad. Nos sentamos en la terraza aprovechando la única mesa que quedaba libre y ese sol que tan agradablemente nos acariciaba con su calidez.

—Muy buenas las ponencias, ¿verdad? —dijo Paula—, aunque yo creo que lo más reseñable de la mañana ha sido el profesor de Valladolid.

Nos reímos todas, yo sabía que tarde o temprano alguna haría algún comentario.

—Vaya profesores tenéis por allí, ¿no? —dijo Iria—, igualitos a los nuestros, que van acorde con el edificio en sí. ¡Ja, ja, ja !

—¿Te da clase? —me preguntó Paula.

—Sí, es mi profesor de Historia Medieval.

—Madre mía, pues no sé cómo os podéis concentrar en clase.

—¡Ja, ja, ja! lo cierto es que es un gran orador, sus clases son magistrales...

—Sí, ya lo hemos comprobado. La conferencia ha estado genial. ¡Qué suerte tenéis!

—¿Y cómo es que has venido hasta aquí para las conferencias? ¿Habéis venido juntos?

Me sonrojé de forma inevitable, no estaba preparada para aquella pregunta.

—Bueno... pues... La verdad es que sí, hemos venido juntos —acabé por confesar.

—Madre mía... —Suspiró Paula—. ¿Estás haciendo algún trabajo o algo parecido?

Sonreí, no entendían mucho aquella situación, era normal. Carraspeé.

—Es que... a parte de mi profesor también es ... mi pareja.. —Sentí un alivio inmediato al poder decirlo abiertamente.

—¡Toma ya! —dijo Iria dando una palmada encima de la mesa—. ¡Sí señor!

—Eso tienes que contárnoslo con todo lujo de detalles... —dijo Lucía muerta de curiosidad.

—No lo sabe nadie, así que os pido discreción, por favor.

Levantaron sus manos de manera solemne prometiendo guardar el secreto. Aquel gesto me resultó tan gracioso que no pude reprimir la risa.

—¿Y hacéis como si nada en clase? —preguntó Lucía, que parecía la más impresionada.

—Sí, al principio fue duro, porque pasaba de estar en las nubes un día a notar

distanciamiento y frialdad al día siguiente. Para él también fue una situación nueva.

Estaban ojipláticas escuchando aquella historia con más atención, si cabe, que la que habían puesto para escuchar a Arturo. Bueno, era comprensible...

—Qué bonito... es la historia que a todas nos hemos imaginado vivir alguna vez —dijo Iria como en una ensoñación...

—¡Pues serás tú guapa! A mí no me gustaría vivir nada parecido con ninguno de nuestros profesores... Tendría que venir algún becario nuevo...¡Ja, ja, ja! —bromeó Paula—. ¿Te imaginas al profesor de la Fuente?. Es tan viejo como esta facultad —dijo dirigiéndose a mí.

Nos reímos todas.

Estuvimos comiendo y tomando algo mientras nos conocíamos, eran unas chicas extraordinarias, imposible no encariñarse con ellas desde el primer momento. Nos intercambiamos los números de teléfono y nuestras direcciones para no perder el contacto. No lo perderíamos. De aquellas jornadas sobre el islam, saldría una bonita amistad.

A las cuatro de la tarde regresamos a la facultad, cogimos el mismo sitio

donde habíamos estado por la mañana. Por la tarde Arturo ya no tenía que impartir ninguna charla, pero se sentaría con el resto de los ponentes en aquellos sillones rojos. Entraron y, como hicieron por la mañana, se quedaron un rato hablando antes de empezar las conferencias. Nada más entrar, Arturo miró a ver si me veía entre la gente. Lo tenía fácil porque estábamos en primera fila. Se disculpó y dejó a sus compañeros hablando mientras se acercaba a saludarme. Las chicas, en cuanto lo vieron cerca, se tensaron un poco y, expectantes, deseaban ver como se desarrollaba aquella conversación. Yo también.

—Hola —dijo en general, sonriendo a las chicas—. ¿Qué tal ,Elisa? ¿Te has aburrido mucho este rato? ¿Dónde has comido?

Me preguntó directamente sin ningún pudor.

—Comí con ellas en un bar de aquí al lado.

Sonrió pareciendo aliviado de que no hubiera comido sola.

—Son Paula, Iria y Lucía.

—Qué bien, me alegro de que no hayas estado sola, estaba algo preocupado —dijo descaradamente ante mi asombro—. ¿Qué tal chicas, cómo vais viendo estas jornadas?—dijo Arturo desplegando sus encantos de manera natural, dirigiéndose a ellas.

—Sorprendentes —dijo Iria con ironía, mientras se reía para adentro—, yo diría que sorprendentes...

Arturo sonrió y se dirigió de nuevo a mí.

—Bueno, me tengo que ir, que ya va a empezar. Luego espérame en la entrada, Elisa.

Y se despidió con una de sus sonrisas y un pequeño guiño que nos hizo suspirar a todas.

—Madre mía —dijo Iria—. Debería estar prohibido estar tan bueno... Perdona Elisa, espero que no te moleste, pero es que el hombre quita el sentido...

—Que si lo quita... —dije yo igual de embobada que ellas.

Cuando acabaron las conferencias, salimos a la entrada de la facultad. Mientras yo esperaba a Arturo, estuvimos intercambiando opiniones de cómo eran las cosas en nuestras universidades. Al rato llegó Arturo con su maletín y su típica sonrisa. Mis manos estaban heladas como siempre que le esperaba.

—Hola, chicas, ¿qué tal? ¿Se os ha hecho muy pesado?

—No, la verdad es que ha sido muy interesante, sobre todo para mí que quiero hacer mi tesis sobre el islam...

—Pues tienes aquí a uno de los mejores profesionales para ayudarte en ese campo —dijo Arturo.

—Sí, el profesor Calderón, desde luego que acudiré a él. Es una eminencia en el tema.

—Bueno, Elisa, nosotras nos vamos ya. Nos vemos mañana, ¿vale? —dijo Iria.

Les sonreí y asentí con la cabeza.

En cuanto se fueron, Arturo me cogió por los hombros y me dio un beso muy sutil en los labios, casi inapreciable, con pasión retenida. Me cogió de las manos y bajamos las escaleras.

—Caray nena, tienes las manos heladas...

—Es el efecto que causas en mí...

Fuimos al hotel a dejar las cosas. Estaba guardando en mi agenda los teléfonos de las chicas, me gustaba tenerlo todo en papel por si se me perdía el móvil, cuando noté las manos de Arturo sobre mi cintura.

—Llevo todo el día sin ti, te he pensado en cada momento... Tenía ganas de tenerte por fin así, toda para mí.

Me giré y le besé desahogando aquella pasión que llevábamos guardada de todo el día. Mis manos empezaron a colarse entre su ropa para poder sentir aquella espalda. Las suyas ya habían llegado a mi trasero. Sin darnos cuenta acabamos enredados como siempre en la cama. Era imposible estar cerca de Arturo y no querer sentir su piel.

Bajamos a dar un paseo después de darnos una ducha y arreglarnos un poco. Llevábamos todo el día en la facultad y sobre todo él, que había estado trabajando, necesitaba desconectar un poco. Aquella ciudad siempre estaba repleta de gente a pesar de la hora o el día que fuera. Estuvimos andando por el parque de la Alameda y luego fuimos al centro.

—Arturo... —le dije algo temerosa mientras íbamos paseando—, le conté a las chicas lo nuestro...

Me miró sonriendo.

—Ya lo sé...

—¿Cómo qué ya lo sabes?

Se rio.

—Solo había que fijarse en cómo me miraban, me estaban examinando...

—Te examinaban, pero no por eso... —me reí—. ¿Te molesta?

—No, no me molesta. Es normal que necesites contarlo, Elisa .

—Empezaron a hacerme preguntas y me quedé bloqueada, no supe muy

bien por dónde salir... Pero he de confesarte que fue un alivio poder hablar de esto con alguien.

—Claro, a veces uno necesita desahogarse y ver las cosas con la perspectiva de otro...

—Arturo... ¿Tú eres consciente de la reacción que provocas en las mujeres cada vez que te ven?

Me miró con cara de sorpresa.

—¿Pero qué dices, Elisa? —me dijo riéndose—. Y dime, ¿qué reacción provoqué en ti la primera vez que me viste?

—Pues la misma que le produces a todas... ¡oh *my god*, qué tío más bueno! Y poco después deseos irreprimibles de morderte los labios.

Se rio moviendo la cabeza hacia los lados.

—¿Sabes qué provocaste tú en mí la primera vez que te vi?

Aquella pregunta me causó una curiosidad instantánea, nunca habíamos hablado de nuestras primeras impresiones.

—Flechazo. ¡Ja, ja, ja! ¿te lo puedes creer? Parece ridículo pero fue así. Te vi entrar y... ¡zas! Conexión inmediata desde el mismo momento en que asomaste la cabeza por la puerta asustada porque creías que la clase ya había empezado. No pude evitar sonreír al verte y entendí, desde ese momento, que nuestra relación sería diferente al resto. No sabía que esto iba a acabar así, pero sí que conectaríamos de una manera especial. Me pareciste tan guapa y con aquella mirada tan... limpia y sensual...

—¿Sensual? —me reí incrédula.

—Sí sensual, ¿tú no te das cuenta de los labios que tienes? y cuando me mirabas... Tenía que hacer esfuerzos por concentrarme.

—¿En serio? ¡Ja, ja, ja!

Me miró con aquella sonrisa picarona.

—Yo me sentía muy boba porque me gustara mi profesor, muchas veces negaba ese sentimiento por parecerme ridículo...

—Desde que pasó lo de mis padres aprendí a valorar mucho más los sentimientos que me nacen. El odio, la ira, la rabia los asumo, pero los dejo ir. Los sentimientos bonitos los exprimo al máximo porque nunca se sabe cuándo vas a dejar de estar aquí. ¿Para qué negar algo bello? Quizá por eso me tiré al río contigo. En otra época, seguramente hubiera hecho lo mismo que tú. Rechazarlo y mirar para otro lado. Aunque bueno, no te voy a negar que al principio tuve mis miedos...

—No, desde luego no lo puedes negar...me quedó muy clarito... —le dije

burlándome de él y sintiendo muy lejos aquella situación.

—Siento mucho aquellas semanas, Elisa... ¡Qué pérdida de tiempo, qué manera de hacerte sufrir!

—Bueno, eso ya está muy lejos.

Se agachó para darme un beso en la mejilla y retenerme contra él.

—De lo que no me arrepiento es de haberte llamado aquel día al despacho...

Al día siguiente, madrugamos también. Nos preparamos y bajamos a desayunar tranquilos, sin prisa. Aquel sería nuestro último día allí. Después de su conferencia, nos marcharíamos. Tenía que trabajar en el archivo y después de comer, nos iríamos a casa... "A casa"...

Me sonó el teléfono. Era Iria para preguntarme si nos íbamos a ver. Ellas ya estaban allí y se preguntaban si quería que me enseñaran la facultad. Cuando llegamos, Arturo y yo íbamos de la mano y a él no pareció importarle que nos vieran así. Es más, al despedimos, y ante mi sorpresa, me dio un beso... en los labios. Las chicas estaban encantadas con aquella historia, era como si estuvieran viendo una película de amor.

—¿Y allí nadie sabe nada? Con la normalidad con la que actuáis aquí...

—Pues créeme si te digo que esa no es nuestra rutina diaria. Allí nadie sabe nada. Tan solo tenemos miradas fugaces, encuentros furtivos en el despacho, ascensor...

—¡Ay! —suspiró Iria—. ¡Qué bonito!... ¿Perdona? ¿En el ascensor?

—¡Ja, ja, ja!, sí. Pero con encuentros me refiero a estar solos los dos, no a estar desfogándonos por todos los lados... —Me puse más seria—. Se sufre mucho, Iria, no siempre ha sido así...He tenido muchas dudas, muchos celos y muchas inseguridades...

—Puedo hacerme una idea...

Después de recorrer aquella facultad, enseñarme sus clases y todo aquel ambiente, nos fuimos a aquel salón de actos a coger sitio ya que quedaba poco para que empezaran las conferencias. Arturo estaba allí con los demás profesores, me sentía tan orgullosa de él... Las chicas nunca hicieron muestras de saber nada delante de la gente, de sus compañeros. Nos juntamos con más gente de su clase que hablaron de Arturo, de las ganas que tenían de que empezara su charla y ellas actuaron como si no le conocieran. Eran unas auténticas admiradoras de aquella historia y no querían romper la magia. Arturo me miró nada más verme y, como siempre, me sonrió. Su ponencia era la segunda y todos estábamos deseando que empezara. Cuando llegó el

momento se hizo un silencio sepulcral, todos atendíamos maravillados ante su discurso y su manera de transmitir. Había nacido para aquello. Eran muchas las veces que me miraba cuando explicaba algo que consideraba importante. Yo, como el resto de compañeros, cogía notas. Aquellas jornadas sobre el islam resultaron ser tan interesantes como Arturo me había dicho. Cuando acabó hubo un descanso que Arturo aprovechó para despedirse de sus compañeros. Yo también me despedí de las chicas a las que había cogido un especial cariño.

—Tenemos que organizar una quedada algún día —propuso Lucía.

—Sí, ya dentro de poco es verano, tenemos que aprovechar para vernos —sugirió Iria.

—Seguimos en contacto y vamos hablando. Muchas gracias por todo chicas, me ha encantado conoceros...

Nos fundimos en un abrazo largo y sentido y prometimos volver a vernos, sin saber que lo haríamos antes de lo que ninguna hubiera imaginado.

El resto de la mañana la pasamos en la Ciudad de la Cultura donde estaba el archivo al que tenía que ir Arturo. Mientras él trabajaba, yo me quedé investigando un poco por allí, explorando el terreno. Después me metí en la biblioteca que estaba en el mismo edificio que el archivo a estudiar un poco. Había llevado los apuntes previendo que tendría mucho tiempo libre aunque al final, tal como trascurrieron las cosas, no tuve tiempo para nada. Cuando Arturo acabó de hacer sus gestiones subió a buscarme...

—Se me hace extraño venir a la biblioteca a por ti, sin tener que disimular... —me dijo al oído—. ¿Has acabado o te quieres quedar otro rato?

—Si tú ya has acabado vámonos, que estoy empezando a tener un hambre...

Nos fuimos dejando atrás una ciudad que me había impresionado no solo por sus edificios, su catedral, sus calles recubiertas de historia, sino por la gente que había conocido. Sentí una especie de nostalgia al alejarme de aquel lugar en el que habíamos mostrado abiertamente nuestra relación sin que su trabajo nos impidiera hacerlo.

Llegamos a casa a eso de las nueve de la tarde, aún era de día aunque ya quedaba poco para que el sol se escondiera. Cuando metió el coche en el garaje, volví a tener la misma sensación del primer día. Estaba en mi casa, no tendríamos que despedirnos. Debió notar algo en mi cara porque me sonrió instintivamente, quizás él pensaba lo mismo.

Al entrar en casa, algún rayo de sol todavía se colaba por la persiana.

Abrí las ventanas y dejé que entrara el poco tiempo que ya le quedaba. Al fin en casa. Me tiré en el sofá pensando en los días que habíamos pasado juntos, en los que le había visto trabajar desde dentro, acompañándole ... Inmediatamente, Arturo se acercó a mí y se sentó a mi lado.

—De vuelta a la rutina... —dijo poniendo los brazos detrás de su cabeza.

—Sí, pero si es contigo es igual de bonita...

Me miró sorprendido porque no solía hablar de mis sentimientos al no ser que se hubiera iniciado una conversación sobre el tema. Sonrió como solo él sabía hacer y caí derretida. Me acercó hacia él y nos quedamos abrazados en el sofá... Las maletas aún estaban sin deshacer, pero teníamos la necesidad de aprovechar ese momento juntos, abrazados en el sofá, bebiendo de aquella felicidad. Un poco más tarde me sonó el móvil. Me sorprendió porque en los días que habíamos estado en Santiago, no lo había usado para nada y me molestó aquel sonido en medio de tanta paz.

—Elisa, ¿te acuerdas de que tienes que venirte a la bodega este sábado, verdad?

Era mi abuelo.

—Eh, sí, sí, abuelo, claro, no se me había olvidado —Se me había olvidado por completo—. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Yo me voy el viernes después de comer. Puedes venirte el sábado por la mañana si quieres, estará Martín, así que no hay problema. Hija, no me gusta dejar la casa vacía... Me voy más tranquilo si vas por allí.

—Que sí abuelo, estate tranquilo. Ya hemos hablado de eso... Pero no sé por qué tanto rollo, si Rosa se ha quedado muchas veces sola...

—Bueno Elisa... es que Rosa no va a estar...

Me quedé de piedra. Me llevé la mano a la boca para evitar que oyera mi risa. Arturo me miraba con los ojos abiertos de par en par sin entender nada.

—Ah, vale —No quise indagar más. No quise ponerle en un aprieto, sabía lo que estaba pasando y le dejé que viviera su intimidad sin necesidad de explicaciones. Les entendía perfectamente—. Pues nada. Vete tranquilo, abuelo. Te quiero mucho. Disfruta del viaje...

Le noté tan cercano y tan receptivo con el tema de Rosa, que me salió de manera natural aquel te quiero. Noté que se emocionaba y volví a lamentar haber retenido tantas veces aquellas palabras.

Cuando colgué Arturo me comía con la mirada, estaba impaciente porque le contara de qué iba todo aquello.

—¿Tienes algo que hacer este fin de semana? —le pregunté.

—Lo mismo que todos... ¿Qué pasa Elisa?

—Ya te conté que mi abuelo tiene que "salir" de viaje y necesita que vaya este fin de semana para poder irse tranquilo. No le gusta dejar la bodega sola. Mis padres están en EE.UU con mis hermanos y... Rosa —ahí no pude evitar sonreír—, se va con él.

—¿Rosa? ¿Quién es Rosa?

—La mujer que toda la vida nos ha estado ayudando en casa... Ya ves... parece que el romanticismo sobrevuela por los corazones de los Rivas...

Arturo sonrió.

—¿Quieres que vaya a tu bodega? Vaya... pues será todo un privilegio conocer un poquito más de ti, de tu historia, de tus orígenes...

Me lancé sobre él...

—Entonces... ¿es un sí?

—Claro... —me dijo mientras deshacía su pasión en un beso deseado por los dos.

Al día siguiente yo me tuve que quedar en casa. Les había dicho a todos que pasaría toda la semana fuera y si regresaba justo el mismo día que volvía Arturo, la cosa sería demasiado sospechosa. Aproveché para repasar todo lo que pude. Lo llevaba bastante bien, pero el tener que pasar los apuntes de toda aquella semana me iba a retrasar demasiado. Arturo se pasó toda la mañana trabajando en un archivo y después de comer se marchó a la facultad.

WhatsApp Olivia:

Eli, se te echa de menos. Acaba de llegar Losada y no veas como viene hoy el amigo... Como siga así voy a acabar enamorada de él. JAJAJA.

Sonreí al imaginarles a todos estudiando.

WhatsApp:

Qué suerte de vistas, chica. Yo aquí liada con papeles que me ha dejado mi abuelo sin resolver. ¡Ya le vale! Oli, nos vamos a tener que ir olvidando de Losada, ya le oíste el otro día...

WhatsApp Olivia:

Ya, pero es que cada día está mejor ¿No te parece? Le echamos de menos estos días

WhatsApp Olivia:

Mira otra vez que acaba de pasar. Para comérselo que está...

WhatsApp Pedro:

Hasta por móvil tenéis que hablar de él... Sois muy cansinas...

Me hizo mucha gracia aquella conversación, parecía que estuviéramos

juntos. ¡Qué ganas tenía de verles!

Cuando llegó Arturo ya era bastante tarde. Después de trabajar se había ido al gimnasio como hacía muchos días. Nos pusimos a cenar en cuanto se puso cómodo... Cómo olía..

—Hoy he visto a tus amigos en el departamento como siempre estudiando... ¡Cómo te eché de menos! Tú eres la luz que hace brillar aquel rincón.

Le miré deseando que acabara de cenar para lanzarme a sus brazos, no sabía si podría esperar a que fuera él quien empezara el juego. "Ay Elisa... ¡cuándo aprenderás! ¡Qué ganas con esperar?" Le sonreí mordiéndome el labio de forma inconsciente.

—Si sigues mordiéndote así el labio voy a tener que bajarte los pantalones ahora mismo —me dijo sin inmutarse según se llevaba una cucharada a la boca.

Le sonreí sin decirle nada, siempre me pareció que podía leer mis pensamientos.

—¿Qué quieres Elisa? —me dijo regalándome su mirada más insinuante. Sabía que estaba buscando algo de él.

—Nada —dije arqueando una ceja según me levantaba para recoger mi plato—. Solo que no te has fijado en que no llevo pantalones...

Sonrió llevándose las manos a la cara. Me siguió con la mirada. Me agaché de la manera más provocadora posible para dejar mi plato en el lavavajillas, deseando que se diera cuenta de mis intenciones... "¿Deseando que se diera cuenta de mis intenciones? Elisa, chica, vas sin bragas ni pantalones y te acabas de agachar toda espatarrada para dejar un plato... ¿de verdad crees que no se ha dado cuenta de tus intenciones?"

Acto seguido estaba detrás de mí tocándome el trasero.

—Qué raro que no me haya fijado en ese pequeño detalle, ¿verdad? —me dijo según miraba el suelo donde había dejado caer mis pantalones mientras cenábamos.

Sonreí, aunque él no lo vio. Noté como sus manos se hacían hueco en mi entrepierna.

—Si sigues haciendo eso creo que voy a desmayarme... —le dije entre suspiros.

—Pues desmáyate, yo estoy aquí para recogerte —me susurró al oído según movía su mano con más intensidad.

—Sería demasiado peligroso desmayarme, a saber lo que podrías

hacerme —dije casi sin respiración, estaba a punto de explotar.

Me giró y me besó para intentar apaciguar el fuego que desprendía mi cuerpo. Enredé mis manos en su cabeza, le quería cerca, muy cerca de mí... Bajé mis manos hasta su pantalón indicándole exactamente qué era lo que necesitaba en ese momento. Él sonrió de aquella manera que me hacía perder el sentido y sucumbió a mis súplicas. Me cogió en volandas sin esfuerzo alguno con aquella fuerza que me impresionaba y accedió a mis deseos. La manera en que tenía de transportarme a otros planetas con el ritmo de su cuerpo era algo extraordinario, nos entendíamos a la perfección, eramos piezas que encajábamos y ambos entendíamos nuestros deseos sin necesidad de comunicarlos. Era un mutuo y perfecto entendimiento.

XLVII

El viernes por la mañana me desperté sobresaltada acordándome de las fotocopias que nos había entregado Arturo y que no había ido a recoger.

—Bueno, mujer, tienes al profesor en casa, si quieres te las explico...— me dijo según se desperezaba.

Sonreí al darme cuenta de que él las tendría en casa.

—Si me las explicas seguro que se me queda mejor... —le dije sonriendo...

Se giró hacia mí, me miró con ganas y me susurró al oído.

—Se me ocurre otra manera de que no se te olvide lo que te voy a explicar.

Levanté una ceja haciéndome la interesante.

—¿Ah sí?

—La población del siglo XIV vivió una situación límite —empezó a explicarme según acariciaba mis pechos y los dejaba al descubierto apartándome la camiseta del pijama—. Fue un período de crisis y transformación...

Sus manos bajaban lentamente, mientras mi cuerpo ya empezaba a reaccionar.

—Todo eso tuvo grandes repercusiones... —Su boca seguía el recorrido de sus manos—conflictos en la sociedad y en el campo...

Ya estaba en mi entrepierna y yo apenas podía respirar...

—Surge la desconfianza como nuevo sentimiento... —Su voz ya empezaba a

entrecortarse, ahora estaba encima de mí, mordisqueándome la oreja mientras nuestros cuerpos bailaban al mismo ritmo—. En las ciudades se produjeron luchas entre las oligarquías urbanas y el resto del pueblo. En el campo el enfrentamiento surge por...

Aquello se convirtió en una auténtica locura, apenas podíamos respirar y él no pudo acabar aquella clase teórica.

—¿Por qué surgió el enfrentamiento en el campo? No acabaste la frase... —le dije con una sonrisa maliciosa cuando nuestros cuerpos llegaron al clímax.

—Por el hambre —dijo exhausto dejándose caer en la cama—, por el hambre.

Y me sonrió, separándome el pelo de la cara.

Ese día decidí ir a clase por la tarde, poniendo la excusa de que los trabajadores ya se habían marchado y quería coger los apuntes de toda la semana para pasarlos el fin de semana y devolvérselos cuanto antes. Me presenté poco antes de la hora de clase sin avisar. La cara de Pedro al verme fue un poema, estaba entre sorprendido de verme y algo intrigado.

—¿Y tú aquí? —me dijo antes de que el resto me hubiera visto.

Todos se alegraron de verme y vinieron a saludarme como si hiciera meses que no nos veíamos. Todos, menos Pedro, que seguía apoyado en el marco de la puerta mirándome de arriba abajo.

—He venido a ver a Losada, como me dijiste que estaba tan buenorro ayer... —dije dirigiéndome a Olivia.

Esta se puso roja como un tomate y no entendí muy bien por qué. El resto miraban expectantes... reteniendo la risa.

—Vaya, srta Rivas, como siga hablando así de mí, va a conseguir sacarme los colores...

Arturo estaba detrás de mí. Olivia pasó un mal rato la pobre, pero yo me divertí de lo lindo con aquella situación. Hubiera sido diferente si Arturo únicamente fuera mi profesor, claro.

Aquella clase la dedicó a explicar a *grosso modo*, las fotocopias que nos había facilitado para que nos resultara un poco más fácil su comprensión.

—Y dígame, srta Rivas, ¿por qué cree usted que el campesinado se rebeló?

—Si no me equivoco, creo que fue por el hambre, ¿no? —le dije sonriendo con la misma picardía con la que él me hizo la pregunta.

—Muy bien, srta Rivas, veo que se leyó las fotocopias —me dijo mostrándome descaradamente con su mirada el recuerdo de aquella clase... práctica.

Después de la clase todos comentamos cómo Arturo me pilló haciendo aquel comentario sobre él y cómo se había mostrado tan simpático conmigo ese día en clase.

—No me extraña... —dijo Raúl—si hablaras así de mí yo también estaría

simpático

contigo.

—Qué simpático... Vaya corte he pasado... —dije disimulando.

—¿Tú? Pues yo —dijo Olivia imitando mi voz—"como me dijo OLIVIA que estaba tan buenorro..."

—¡Ja, ja, ja! La verdad, Eli, que últimamente te las coge al vuelo —se reía Sonia sin parar.

—De verdad, me aburrís mucho —dijo Pedro con su ya habitual cara de vinagre.

Al acabar las clases hice acopio de apuntes y me fui para casa. Sabía que Arturo iría al gimnasio después del trabajo, así que aproveché para ir pasando alguno de los muchos apuntes que tenía por pasar. Cuando llegó, estaba tan inmersa en lo que estaba haciendo, que ni cuenta me dí de que había llegado.

—¿Hay alguien ahí? —me dio unos golpecitos en la cabeza.

—¡Ay!. ¡Hola Arturo!, qué susto. ¿Qué hora es?

—Diez...

—¿Las diez? —dije llevándome las manos a la cabeza—. ¡No he hecho nada para cenar!

—Tranquila —Me relajó al ver mi apuro—. Ya preparo yo algo. Tú sigue con eso que tienes para rato.

—No tengo mucho hambre, así que no te líes.

—Oído cocina —me dijo mientras abría la puerta de la nevera.

Le miré saboreando aquella cotidianidad que habría sido impensable meses atrás. Nada más cenar seguí con los apuntes. Quería devolverlos pronto, ya que en menos de dos semanas empezarían los exámenes y los necesitaban para estudiar. Estuve liada hasta las dos de la mañana. Al acostarme noté el calor de su cuerpo y tuve la necesidad de acercarme más a él. No quería despertarle, así que simplemente rocé suavemente mi brazo con el suyo. Él, en un acto inconsciente, me abrazó. Allí me quedé dormida plácidamente hasta las nueve de la mañana.

—No te quería despertar —me susurró muy bajito al oído—? pero no sabía a qué hora querías marchar..

Me desperecé como pude, estaba muy cansada.

—¿Qué hora es? —le dije intentando abrir los ojos.

—Las nueve...

—¿QUÉ? —Me levanté como una bala—. ¿Las nueve? Pero si aún no he hecho la maleta.

Me puse como pude a meter cosas en la maleta, pero ante mi falta de coordinación, opté por aceptar la taza de café que me estaba ofreciendo Arturo desde hacía rato. Estaba acelerada, acelerada pero torpe. No daba pie con bola y eso a Arturo le causaba muchísima gracia. Desde luego a mí no. Me miraba desde la barra de la cocina como si estuviera viendo una comedia en la tele.

—Si sigues así vas a acabar con un tobillo dislocado. ¿Por qué no intentas relajarte un rato?

—¿Un rato? Anda, precisamente lo que no tengo... Un rato, dice... —Iba yo murmurando mientras acababa de recoger todo.

Arturo, paciente, esperaba viendo aquel espectáculo. Sus ojos y su sonrisa me desconcentraban, así que opté por dejar de mirarle. Estaba metiendo las últimas cosas en la maleta cuando noté como me separaba el pelo del cuello para poder besarlo.

—Creo que necesitas relajarte un poco... —Sus palabras acariciaban mi cuello y me removían por dentro.

—Yo creo que conseguiré relajarme cuando estemos allí ... No sé por qué todo lo que tiene que ver con mi abuelo me causa este estrés —le dije intentando desviar el tema para no entrar en arenas movedizas y perder más tiempo, a pesar de estar deseándolo.

Sonrió al darse cuenta de mi estrategia. Siguió besándome el cuello y provocando aquella reacción en mi cuerpo. Sus manos bajaron de nuevo hacia mi vientre y consiguieron, en un solo movimiento, quitarme el cinturón.

—Creo que es mejor que salgamos ya para no perder más tiempo... —le dije totalmente vencida, dando el último coletazo.

Levanté mis brazos con la intención de acercar su cara lo máximo posible a la mía. Notaba su pecho firme en mi espalda mientras mis manos intentaban acariciar su cuello. Sus manos entraron en el pantalón y consiguieron llegar a su objetivo. Incliné la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro. Sus manos hacían magia cada vez que alcanzaban en aquella zona. Le agarré los brazos intentando frenar aquello, pero ya era demasiado tarde. Mi cuerpo se agitó tanto que al final acabé buscando sus brazos para suplicarle más. Intuía en sus labios aquella sonrisa de triunfo, pero no fui capaz de parar aquello. Después de intentar tomar la última bocanada de aire, él entendió que había conseguido su objetivo. Mantuvo su mano en aquel lugar un rato más, hasta que notó que cobraba de nuevo la compostura y me besó para acabar de rematar aquella terapia de relajación exprés.

—De verdad, eres tremendo —le dije sin poder evitar una sonrisa en la cara.

—Pero ¿a que te encuentras mucho mejor? —Sonrió levantando una ceja.

Le tiré a la cama disimulando coger la maleta.

—Anda, coge las llaves de mi coche, las tengo en el primer cajón del escritorio.

Al abrirlo, vio la nota, la bibliografía y el boli que él me había dado. Cogió el boli y me lo enseñó con un gesto muy cómico, levantando la ceja e intentando que recordara aquel momento... Lo recordé, claro que lo recordé...

XLVIII

Fuimos en mi coche. Me miraba todo el rato con aquella sonrisa que no me dejaba respirar. Era imposible no rendirse a sus encantos, sabía conquistar sobre lo conquistado. Cuando se abrió la puerta de la finca y entramos por aquella arboleda, él me miró sorprendido y algo molesto por no haberle descrito bien cómo era todo aquello.

—¿Esta es la bodega de tu abuelo?

—No. Esta es la finca... Donde él vive. Las bodegas están abajo.

—¿Bodegas? ¿Abajo? —me dijo sorprendido—. Elisa, no me dijiste que esto fuera así. Me dijiste que era una bodega modesta.

—Y lo es si la comparas con las de los alrededores...

—Elisa...

Dejé el coche en el jardín de la entrada al lado de la fuente. Bajó del coche un tanto noqueado por aquel paisaje. Lo cierto es que en aquella época del año los árboles estaban más verdes y frondosos que nunca y, sí, entiendo que la primera vez que uno veía aquello se podía confundir. Subimos las escaleras de la entrada y abrí la puerta. Hacía meses que no entraba allí y se me hizo un poco raro no ver a Rosa ni a mi abuelo por ahí merodeando. Sonreí al imaginármelos juntos de viaje.

—El cuarto está arriba. Vamos —le dije .

Arturo miraba todo aquello alucinado.

—Si quieres luego bajamos a ver las bodegas y las viñas.

—Sí por favor... Estoy deseando.

Bajamos con el coche hasta las bodegas. Lo primero que hice fue entrar en el despacho y mirar que no me hubiera dejado nada para resolver. Todo estaba en orden, pero viniendo de mi abuelo, no me podía relajar. Podía haberme dejado cualquier asunto pendiente solo para comprobar si yo era capaz de verlo y arreglarlo. Le conocía y no podía bajar la guardia. Fuimos hasta las viñas dando un paseo. Arturo estaba encantado con el paisaje y con esa mañana tan agradable que estábamos pasando. Al fondo, a lo lejos, vi la

silueta de alguien. Al principio me asusté pensando que podía ser cualquiera que se hubiera colado pero enseguida me percaté de que era Martín. Nos acercamos hasta él. No se dio cuenta de nuestra presencia hasta que estuvimos prácticamente a su lado.

—Hola Martín...

Su cara no pudo disimular la impresión que le dio verme. Se notó el sentimiento que tenía hacia mí y, en ese momento, me embargó una profunda tristeza por él.

—Ho.. .hola Elisa —me dijo mientras miraba también a Arturo.

Arturo se percató del detalle y en su mirada pude ver que intuía que con aquel chico había pasado algo.

—¿No te avisó mi abuelo de que vendría?

—Sí, sí me avisó... Pero...siempre es sorprendente verte.

¡Toma ya! Me sorprendió aquel comentario y me pareció un atrevimiento viniendo de él. Sonreí.

—Él... hum... es Arturo...

Se dieron la mano cordialmente, a pesar de que en el fondo podía sentirse una fuerte rivalidad.

—¿Qué tal va todo por aquí? No sabía que ibas a estar. Pensé que te irías el fin de semana.

—Bueno, ya llevo instalado aquí desde la última vendimia. Fui yo quien le pedí a tu abuelo que vinieras —me dijo mirando a Arturo—. Me quedaba más tranquilo si había algún Rivas por aquí controlando —dijo con una sonrisa intentando disimular el comentario anterior.

—Pensé que había sido idea de mi abuelo...

—Bueno, ya sabes cómo es. Le vi bastante preocupado por dejar esto sin nadie y le propuse que te lo dijera a ti. En principio no quería molestarte porque sabía que tienes los exámenes cerca, pero yo le insistí al ver que se planteaba suspender el viaje... Y claro... era un cliente muy importante como para perderlo... —esto último lo dijo con ironía pues sabía, al igual que yo, que aquel viaje era de placer.

—Hiciste bien Martín.

Arturo se mantenía distante observándonos a los dos.

—Vamos a seguir echando un vistazo. Si pasa cualquier cosa avísame.

—Lo haré, estate tranquila.

Cuando estuvimos lo suficientemente apartados de Martín, Arturo quiso salir de dudas.

—¿Es él verdad? El chico del que nunca me has hablado. He visto como te miraba, Elisa. Ese chico te desea...

Dudé si contarle aquello o no. En ese momento y visto desde la distancia, no tenía mucho sentido aquel sentimiento tan profundo que creí haber sentido por él. No fue amor lo que sentí, sino un deseo irrefrenable de salir de aquel aislamiento, de aquella represión. No se acercaba ni un poquito a lo que sentí desde el primer momento por Arturo.

—Sí, es él —Vi como se tensaba su mandíbula—, pero fue una historia sin mucho sentido, Arturo. Fue más bien una válvula de escape.

—Quiero saberlo todo, Elisa —me dijo en un tono que pareció de enfado.

—Bueno... tú tampoco quisiste contarme lo que pasó con aquellas chicas del gimnasio...

—¿Te acostaste con él? —me dijo serio obviando mi pregunta—. Está claro que entre los dos hay algo no resuelto.

—¿Y tú? ¿Te acostaste con ellas? —Le reté. "¡Seré tonta del culo!".

—Sí, Elisa. Me acosté con ellas, con las dos... Con las dos a la vez. ¿Es eso lo que querías saber? —"Te está bien empleado, chica".

Aquello fue demasiado para mí...Inmediatamente cerró los ojos arrepintiéndose de lo que había dicho... Era demasiado tarde, aquellas palabras ya me habían perforado.

—Elisa...Lo siento... Ha sido una reacción infantil... Me he puesto inexplicablemente celoso, muy celoso... No sé, tanto secretismo con este asunto me ha puesto muy nervioso, me ha nublado la razón. Lo siento, por favor olvídale...

—¿Qué lo olvide? Ahora esa imagen me va a perseguir cada vez que me roces... — le dije con lágrimas en mis ojos. "Yo también... qué exagerada, mujer."

—No, Elisa... —me agarró por los brazos que caían inertes pegados a mi cuerpo—. Elisa, olvídale de verdad, lo he dicho fruto de la rabia...

—Pero es verdad, ¿no?

Guardó silencio mientras bajaba la cabeza...

—Elisa... fue hace mucho tiempo... Muchos años... No tiene sentido volver atrás. Todos tenemos historias, Elisa. ¿Acaso tú no las tienes?

Me acordé de Londres, de James, de su novia, del amigo de su novia... y de mí. Arturo me miró con un gesto raro, y como siempre, me pareció que sabía lo que estaba pensando.

—¡La tienes! —me dijo un tanto sorprendido y quizá desilusionado.

Me levantó la cabeza, y me miró intentando penetrar en mi mente...

—Elisa... ¡Me estás juzgando a mí y tú...! Esto es el colmo... —Parecía de nuevo enfadado—. ¿Con él y con quién más...con Pedro?

—¡No! Por favor ¿Pedro ahora? Qué obsesión...

Se frotaba la cara con las manos mientras daba vueltas de un sitio para otro...

—Elisa... esto tiene que acabar... No podemos seguir así, con historias a medias, con secretos que quizá no sean nada, pero que podemos llegar a malinterpretar si no los dejamos claros. Vamos a hablar Elisa... Quiero saberlo todo de ti, quiero saber más que nadie... Más que Pedro, más que este...

—Este se llama Martín y ... sí, estoy de acuerdo contigo. Yo también quiero saberlo todo de ti y dejar de imaginarme cosas... Pero sé que voy a salir perdiendo, yo no tengo tanta trayectoria como tú —le dije enfadada.

—Saldré perdiendo yo solo con escucharte decir que has creído sentir algo por otra persona.

Regresamos a casa. Los dos en silencio. Sin mirarnos... Era la primera vez que veía a Arturo disgustado, sin iniciar el acercamiento. Me entristeció vernos así... Saqué de la nevera lo que Rosa nos había dejado para comer y preparamos la mesa fuera, en la terraza. Yo le miraba de reojo, pero él estaba tan inmiscuido en sus pensamientos que no se percató. Nos sentamos a comer mientras todo seguía el silencio.

—Arturo... no quiero estar así. Por favor, mírame.

—Si te miro no podré evitar acostarme contigo, y ahora mismo, estoy muy enfadado para eso.

Aquella respuesta me hizo tanta gracia que no pude evitar reírme. Pensé que lo había dicho de broma, pero su mirada de soslayo me dio a entender que lo decía en serio y eso todavía me produjo más gracia que tuve que disimular por no ofenderle. Cuando conseguí que se me pasara aquel ataque de risa, le dije ya en tono serio:

—Arturo.. ¿Quieres hablar?

—No estoy seguro —dijo sin levantar la cabeza .

—Para tu tranquilidad te diré que jamás he sentido por nadie lo que siento por ti.

Por fin levantó la cabeza y me miró.

—¿Ah no? ¿Y Martín? ¿Qué significó para ti?

—Supuso una puerta hacia mi libertad, tanto física como emocional. Me

dio alas para salir de estas cuatro paredes cuando más ahogada estaba. Fue un respiro el poder aliviar mis días de encierro pensando en él... —Podía haberme evitado ese final, su rostro volvió a tensarse.

—Es decir que le quisiste... —me dijo con un tono demasiado censorador.

—Quise quererle para poder ilusionarme con algo aquí.

—Cuéntamelo todo Elisa, quiero saber quién eras antes de conocerme —me dijo ya algo más tranquilo.

Y aquella comida se alargó hasta bien entrada la tarde. Hablamos de nuestro pasado, le conté mi vida en Londres y todo lo que sucedió allí. Le conté mi encierro en la bodega, le conté la llegada de Martín y lo que supuso para mí. La anécdota en la bodega y cómo mi abuelo hizo todo lo posible por separarnos. Nuestro reencuentro en la facultad...

—Vaya... tienes una vida más oscura de lo que me podía imaginar —dijo intentando poner humor a aquella situación a pesar de que había detalles de todo aquello que le habían molestado.

—¿Y tú? Yo también quiero saber Arturo...

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué paso con aquellas mujeres?

—Fue hace muchos años Elisa... Estábamos en una cena del gimnasio y empezamos a tontear... Una cosa llevó a la otra...

—Pero no me cuadra Arturo, tú eres un tipo bastante discreto como para liarle con dos tías en una fiesta a vista de todos.

—No mujer... Me fui con una de ellas... a su casa. Elisa... ¿de verdad es necesario?

—Sí —le dije seria, ya estaba empezando a notar los efectos de aquella conversación en mis entrañas—. Al poco rato de estar allí vino la otra. Compartían piso... y bueno el final ya puedes imaginarlo, no hace falta entrar en detalles...

—Sí, puedo imaginármelo desgraciadamente —le dije ya plenamente consciente de mi error de haber querido investigar, aunque le agradecí que se ahorrara muchos detalles. Me contó aquella historia muy por encima. Bajé la cabeza superada por aquella visión e intenté coger aire...

—¿Y hay alguna historia más que tenga que saber?

—No sé, Elisa, ya sabes que nunca tuve sentimientos hacia nadie, así que qué más da con quien haya estado...

—¿Inma? ¿Te has acostado con Inma?

—¡No! —dijo de manera rotunda—. No Elisa, no me he acostado con Inma... Aunque...

—¡Mierda! Ya sabía yo que algo había pasado con ella... —Me revolví en la silla, ya no sabía cómo ponerme para soportar otra bofetada más.

—Fue antes de empezar nuestra historia. Yo ya había tomado la decisión de hablar contigo aunque no sabía muy bien cómo hacerlo ni cuándo... Inma había notado que mi atención empezó a desviarse hacia ti. Y una tarde subió al despacho.

—No por favor, en el despacho no... —supliqué escondiendo mi cabeza entre mis manos.

—Yo estaba a punto de salir cuando entró. Empezó a hablarme de sus sentimientos y en un descuido me cogió por el cuello y me besó. Inmediatamente la aparté, Elisa. La aparté porque no quería nada de ella y a pesar de dejarme bloqueado... la aparté.

Sabía que me estaba echando en cara el beso de Pedro.

—Desde aquello empezó a ser más y más insistente, me enviaba correos, me esperaba para ir a casa... Bueno, el resto ya lo sabes. Tuve que ponerme serio y amenazarla con buscar soluciones por otro lado ya que su insistencia estaba empezando a ser bastante molesta.

—¿Y no ha vuelto a insistir?

—Bueno... No como antes, a veces se insinúa, pero no hasta el punto de tener que tomar medidas...

Me acarició la cara. Ambos estábamos más relajados. En el fondo creo que sí necesitábamos aquello.

—Quiero que me cuentes cada vez que suba a tu despacho para ese tipo de cosas no relacionadas con la clase.

—Hecho —me dijo sonriendo.

Recogimos la mesa y después de tantas horas allí sentados, decidimos ir a dar un paseo por la finca. Era una tarde calurosa y daba gusto pasear por la sombra de los árboles. Íbamos de la mano, intentando olvidar la conversación que habíamos tenido en la comida. He de confesar que me resultó más fácil de lo que había imaginado: el conocer mejor a Arturo y el saber que no me escondía nada turbio me tranquilizaba y entendí que aquello eran historias del pasado.

—Elisa... —me dijo despertándome de mis pensamientos.

—¿Qué?

Y no me dio tiempo a responder más, me besó de forma contenida al principio y apasionada después .

—Me es muy difícil estar a tu lado sin ... —Su voz y su cuerpo dejaban claro el final de la frase.

Le sonreí.

Me agarró por el trasero y me deslizó hacia él. Se apoyó en un árbol. Yo le acariciaba la cara mientras nos besábamos.

—¿Sabes que no le has dicho a Martín quién soy yo? Un... es Arturo, mi pareja, hubiera estado bien...

—Bueno, creo que no ha hecho falta decirle nada. Se lo acabamos de dejar bastante claro... —Y le hice un gesto con la cabeza indicándole que se acercaba con el coche.

Él sonrió satisfecho y no me soltó para dejarle bien claro quién era Arturo Losada. Me resultó gracioso ver en él aquella reacción tan inmadura. Cuando llegó a nuestra altura, se detuvo con el coche.

—¡Qué tal! —dijo disimulado no habernos visto de aquella guisa. Sentí mucha pena por él—. Voy a dejar unos documentos en la oficina y ya me marcho.

—No hace falta que te vayas si siempre te quedas en la casa de abajo...

—Bueno así estaréis más cómodos...

—No Martín. No quiero que te vayas. Quédate por si pasa cualquier cosa, por favor...

Se quedó pensando un rato, aquella situación no le era muy cómoda.

—Está bien, si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy.

Según se alejaba con el coche pensé en cómo cambia la vida... cómo cambian los sentimientos...

—Insististe demasiado, quizá el muchacho se quería marchar.

Le miré dejándole claro mi desacuerdo.

—Prefiero que se quede por si pasa algo —le contesté sin más...

Hizo un gesto con los hombros y enseguida me volvió a arrastrar hacia él.

—¿Por dónde estábamos? —me dijo pícaramente...

—Por aquí —le dije tocándole bruscamente su zona más delicada, dejando caer una sonrisa victoriosa.

Cuando llegamos a casa ya estaba empezando a anochecer. No hacía frío, pero se notaba que el sol cada vez tenía menos fuerza. Subimos a la habitación a deshacer las maletas.

—¿Te das cuenta de que llevamos una semana con las maletas a cuestas?

—dijo sonriendo.

—Sí, es verdad —dije riéndome—. Mira, este lado del armario te lo dejo para ti

—¡Ni de broma voy a meter la ropa en el armario para sacarla mañana de nuevo! —me dijo burlándose.

—¿Cómo no? Trae para acá —Y le quité una camiseta que tenía en las manos y la metí en el armario.

Aquella fue la excusa perfecta para cogerme en volandas y tirarme en la cama. Estuvimos peleando y jugando un buen rato.

—Siento aguar este instante, profesor Losada —dije interrumpiendo aquel momento muy a mi pesar—, pero creo que deberíamos bajar a cenar y después trabajar un poco.

Me incorporé en la cama, él hizo lo mismo.

—Tengo que pasar demasiados apuntes y eso retrasa un montón mis horas de estudio. Estamos a dos semanas de los exámenes y no la quiero fastidiar.

—Tienes razón, Elisa. Venga vamos.

Bajamos a la cocina. La maravillosa Rosa había dejado comida para alimentar a un regimiento, suponiendo que llevaría a mis amigos. Nos pusimos a cenar cuando me sonó el móvil. Lo tenía en la mesa y Arturo pudo ver perfectamente quién me llamaba.

—¿Ves como tenía razón en desconfiar de los móviles? Cualquiera puede ver quien te llama ... —me dijo con una media sonrisa según me acercaba el móvil.

—Hola, Pedro —contesté la llamada— ¿Qué haces?

—No mucha cosa ¿y tú? ¿Podemos quedar un rato?

—¿Un sábado a las diez de la noche? ¡Ja, ja, ja! Pedro, estás desconocido... Sabes que yo no soy la mejor compañía para un sábado noche.

Arturo, que estaba escuchando, frunció el ceño negando las palabras que acababa de decir. Me hizo gracia.

—Bueno... es que no me apetece hacer nada...

—Lo siento Pedro, estoy en la finca. Mi abuelo no viene hasta el lunes por la mañana y me volví para aquí.

—Vaya... —dijo algo desilusionado.

—¿Te pasa algo?

—No. Nada... solo que no me apetecía salir... ¿Estás con el señor X? Aquello me sorprendió... No supe muy bien qué contestar.

—¿El señor X? —Miré a Arturo extrañada.

—Sí, Eli, no te hagas la tonta. Ya sé que el señor X no es el de la compañía de teléfono. Podías haber inventando otra excusa —me dijo riéndose...

Me acordé del día en que vio en mi casa una llamada de un contacto que tenía registrado con una X.

—Sí.

—Vaya... parece que va en serio si te lo llevas a la bodega...

Hubo un silencio. No sabía si estaba intentando provocarme...

—¿Y tu amiga? —le pregunté para desviar un poco su atención en aquel tema.

—Hoy... no me apetecía quedar con ella...

—¡Ja, ja, ja! ¡Esa sí que es buena! ¿Qué no te apetecía quedar con ella, con sus dos...? —Miré a Arturo que movía la cabeza de un lado para otro... —. ¿No será que te ha dejado por pesado, Pedro? —le pregunté intentando ser graciosa aunque creo que fracasé en mi intento...

—No Elisa, no me ha dejado... ¿Acaso no crees que no puedo interesarle realmente a alguien?

—Oh, no Pedro, no es eso. Era broma, no pretendía...

—Es igual. Nos vemos el lunes...

—Pedro...

Y me colgó. Aquella conversación derivó en algo que no quería. No supe entender para qué me quería un sábado por la noche y no supe ver que su humor no era el mismo de siempre... Me quedé un poco triste porque aquello acabara así. Arturo se levantó de la mesa para recoger los platos. Al ver mi malestar, lo único que hizo fue acariciarme suavemente la mejilla y dejarme un rato sola mientras recogía la cocina. Después se acercó a mí y me besó suavemente el pelo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... me entristece haberle ofendido... No era mi intención...

—Ya lo sé, tendría un mal día. Seguro que mañana se le pasa.

Fuimos a la biblioteca a trabajar un rato.

—Vaya... esto es espectacular. Tu abuelo tiene una buena biblioteca...

Sonreí al ver a Arturo impresionarse a cada paso que daba por allí.

—Sí, mi abuelo es un gran lector.

Nos sentamos en la mesa que había en el centro. Tenía demasiada materia para pasar y empecé a agobiarme un poco. Ese año, mi plan de estudio había fracasado de forma estrepitosa. Es más, mi agenda estaba prácticamente

impoluta, ningún día de estudio marcado como realizado, hojas en blanco sin completar el plan... Aquello me desesperó y empecé a sentir una especie de culpabilidad con la que no estaba dispuesta a dormir. Mi obsesión a la hora de tenerlo todo controlado estaba empezando a causar estragos en mi ánimo.

—Elisa... No te agobies... ¿Por qué no haces fotocopias a lo que te falta y punto? Además, me dijiste que lo llevabas bien, ¿no?

—¡No puedo estudiar si no tengo los apuntes a mi manera...! —le contesté algo enfadada.— Y no tengo nada hecho. Todo esto me retrasa mucho... Yo no puedo con esta falta de organización.

Arturo sonrió.

—Tienes tiempo, ya verás —Intentó relajarme—. Ahora ponte con los apuntes que tienes que pasar y olvídate de lo que tienes que estudiar. Intenta terminarlo este fin de semana y el lunes empiezas con los estudios. Sé que no tendrás ningún problema, Elisa. Te he visto estudiar...

—El tuyo es el último examen... —le dije con una mirada bastante pícaro —, la guinda del pastel... ¿Me pasas alguna pregunta? —le pregunté riéndome.

Arqueó una ceja y me dio un pequeño empujón.

—Espero que lo lleses mejor que el anterior. Si no tendré que suspenderte y me daría mucha pena...

—¿Serías capaz?

—No me temblaría el pulso —me miró desafiante.

—Bueno... aún tengo tiempo de sonsacarte las preguntas —le dije mientras metía mi mano en su entrepierna.

Me miró con un gesto de superioridad muy cómico.

—Elisa... Ahí no las suelo llevar...

Me entró un ataque de risa que no pude controlar y que él agudizó haciéndome cosquillas en la cintura.

—Si seguimos así, no vamos a poder acabar... —le dije intentando separarme.

Estuvimos en la biblioteca mucho rato, pero al final Arturo tuvo que subir a la habitación por un terrible dolor de cabeza que no le dejó seguir trabajando. Y me quedé prácticamente hasta que amaneció. Quise acabar cuanto antes aquella pérdida de tiempo para aprovechar lo que nos quedaba de día al máximo. Subí a la habitación y me encontré a Arturo tumbado en la cama descansando, no pude evitar una sonrisa. Me acurruqué a su lado y él, al sentir que por fin me metía en la cama, se giró y me abrazó. Me encantaba sentir aquellos abrazos y su necesidad de tenerme cerca... Estuve durmiendo

hasta la una de la tarde, y cuando me desperté, tenía a Arturo a mi lado mirándome.

—Hola preciosa...

—Hola... ¿qué hora es? —pregunté con un ojo pegado.

—La una.

—¿Qué dices? —dije sorprendida y algo desilusionada por haber perdido la mañana—. ¿Y tú te has quedado aquí todo el rato?

Sonrió.

—No. Bajé a desayunar y me fui a correr un rato. Quise preparar la comida, pero ya vi que vuestra querida Rosa había dejado el trabajo hecho.

Sonreí al imaginarme a Rosa liada para dejar comida.

—Luego ya te echaba de menos y tuve la necesidad de subir a verte...

Me dijo mientras me besaba la oreja. Le agarré y le tiré hacia mí. Miré aquella cara tan perfecta y le besé...

Aprovechamos lo que quedaba de mañana enredados en la cama. Después preparamos la mesa en la terraza. Comimos con vistas al jardín y mientras el sol nos acariciaba cálidamente la piel. Arturo no tenía buena cara, se ve que aquella jaqueca no le había dejado descansar. Comimos sin prisas, disfrutando de aquel momento de tranquilidad. Después, por la tarde, bajamos a las viñas a revisar que todo estuviera bien. Sabía que no habría nada de lo que preocuparse, pero quería respetar la angustia de mi abuelo por aquellos terrenos y los revisé como si me fuera la vida en ello. Lo hicimos tranquilos, disfrutando de la tarde y de aquellas últimas horas en la bodega. Fuimos en el todoterreno de mi abuelo ante la cara de asombro de Arturo.

—Elisa, veo que te manejas perfectamente en la bodega. ¿De verdad que no te gusta esto o es solo por llevar la contraria a tu abuelo? —dijo mientras bajábamos a las viñas que estaban más abajo.

—De verdad. No me gusta nada. Pero entiendo que ha habido generaciones pasadas que han luchado y se han dejado la piel para que esto fuera adelante.

—Eso dice mucho de ti, Elisa...

—Sí... que soy una pringada —le dije según aparcaba.

Bajamos y echamos un vistazo por allí. Arturo me miraba todo el rato, pienso que descubriendo algo de mí que desconocía, pero que por su cara debía gustarle.

—Si me sigues mirando así, vas a conseguir ponerme nerviosa...

—Estaba pensando en que a lo mejor te gustaría tener un recuerdo de este

lugar, algo diferente al que ya tienes...—me insinuó seduciéndome descaradamente.

—Ni se te ocurra —Le aparté riéndome—, podría pasar Martín y ... me moriría de vergüenza... ¿Pero tú, a tu edad, no deberías empezar a flojear...? —le dije para meterme con él.

—Tú no sabes que los cuarenta de ahora son los veinte de antes... —me dijo con aquella sonrisa que me deshacía...

Salí corriendo ante el miedo a caer de nuevo en sus brazos en medio de aquella viña. Él vino detrás y me alcanzó sin ningún esfuerzo. No pensé, al salir corriendo, en la fortaleza física de Arturo y fue peor el remedio que la enfermedad. Estaba perdida, sus encantos eran demasiados para poder negarse a un abrazo suyo. Me agarró por la cintura, metió su mano por debajo de la camiseta y empezó a subir hasta alcanzar mis pechos. Sus manos tenían el poder de trasladarme a otra dimensión. Me giré para besarle, sus manos recorrían mi espalda y me erizaban el bello. Yo también busqué aquella espalda perfecta con las mías. Le tenía ahí, entero para mí, entregado a mí...

Regresamos cuando el sol estaba dejando de tener fuerza y se empezaba a esconder en el horizonte. Aquellas serían nuestras últimas horas allí, pero nos dejamos llevar por la apatía que nos producía volver a una rutina cargada de trabajo y distanciamiento entre ambos, ya que yo empezaría mis jornadas intensivas de estudios y él su trabajo. Alargamos aquella noche hasta que caímos rendidos de sueño.

Al día siguiente nos levantamos pronto. Los trabajadores empezaban a llegar y mi abuelo, en unas horas, también. Por bien de mi integridad emocional, acordamos que Arturo me esperara en una cafetería del pueblo. Pedí a Martín que le acercara, pero ante la negativa de Arturo, optamos por pedir un taxi. Necesitaba tener todo listo para la llegada de mi abuelo. Fui hasta la oficina para ayudar a Martín en lo que precisara, pero la verdad es que se manejaba de maravilla y no me necesitaba para nada. Serían las diez de la mañana cuando vi aparecer a mi abuelo por la puerta de la oficina.

—¡Abuelo! —grité sorprendida al verle llegar tan pronto.

—¡Hola, Elisa! No te hacía aquí, pensé que ya te habías ido.

—No tengo clase hasta por la tarde, así que quise esperar a verte. ¿Qué tal fue todo? ¿Conseguiste el cliente? —Sabía que no había ningún cliente, pero no quise ponerle en ningún apuro, así que fingí igual que él.

Carraspeó, mi abuelo no sabía mentir.

—Bueno... fue un cliente difícil, no hubo suerte.

Martín me miró de reojo por encima de la pantalla del ordenador disimulando una sonrisa. Ambos sabíamos que aquello no era cierto.

—Abuelo, ya estás mayor —le dije metiéndome con él—. Ese tipo de clientes nos los tienes que dejar a Martín y a mí...

Se rió y me dio un abrazo.

—Gracias por venir, Elisa.

—Ha sido un placer, abuelo.

—¡Ja, ja, ja!, mucho tendrían que cambiar las cosas para que me creyera que tus estancias en la bodega son un placer.

Me reí, noté como Martín me miraba guardando el secreto de la presencia de Arturo.

—Me voy abuelo. Se me hace tarde y quiero aprovechar un poco la mañana.

—Claro, hija. Te acompaño hasta el coche.

Me despedí de Martín con dos besos, que noté, quiso alargar.

XLIX

Salí de la finca deseando encontrarme de nuevo con Arturo. Cuando llegué al bar, le vi inmerso en su trabajo. Apenas levantó la cabeza cuando me senté a su lado. Estaba ultimando cosas de la clase de la tarde.

—Vaya... dejándolo todo para el último momento...

—Es algo que no suelo hacer, salvo que lo que me distraiga valga la pena...

Y se inclinó hacia mí dándome un beso.

Me tomé un café rápido y nos fuimos a casa. Cuando llegamos sentí una presión en el pecho... Fue como regresar de golpe a la realidad. Desde ese momento y hasta el final de los exámenes, estaríamos muy distanciados a pesar de dormir juntos. Iba a ser una época dura de trabajo que, después de aquellos días en Santiago y en la bodega, me iba a costar asimilar.

—Qué pereza volver a clase, ¿verdad? —me dijo Arturo deshaciendo la maleta—, ¿pero sabes cuál es el lado positivo?

Le miré intentando encontrar algo bueno de volver a la rutina.

—¿Cuál?

—Que te voy a ver en clase —me dijo riéndose y tirándome una de sus camisetas.

Me fui antes que él a la facultad, todos ya estaban estudiando en el departamento cuando llegué con un sitio reservado entre Olivia y Pedro.

—Hola, chicos —dije bajito al ver que había otras personas estudiando.

Les devolví los apuntes y me puse a estudiar hasta la hora de bajar a clase. Un poco más tarde apareció Arturo con su característica sonrisa. Daba igual que acabara de verle, cada vez que aparecía conseguía acelerarme el corazón inevitablemente. Diez minutos antes de empezar la clase, bajamos al pasillo como hacíamos siempre. Yo me quedé algo más rezagada para bajar con Pedro. Quería aclarar el malentendido del sábado.

—Pedro... lo del otro día fue una broma, no pensé que te pudiera sentar mal.

—Ya lo sé, Elisa, fui yo que estaba algo nervioso.

—¿Te pasó algo con Vero?

—No. Bueno... no sé. No sé si quiero seguir con esta situación.

—¿Qué situación Pedro? ¿Estáis mal?

—No. Pero... no la quiero.

Al escuchar aquello me entró la risa sin querer y tuve que llevarme la mano a la boca para evitar que fuera más visible. Escuchar hablar a Pedro en aquellos términos era algo novedoso para mí y... bueno, me resultó terriblemente gracioso a pesar de que él hablara en serio. "Venga Elisa, no la cagues... Pedro.. .Amor.. .¡Ja, ja, ja! Espera empieza otra vez. Pedro, sentimientos... ¡Ja, ja, ja! Mal, Elisa, si sigues por ahí, mal."

—Pedro... yo pensé que a ti eso te daba igual. Jamás imaginé que pudieras estar con una chica porque la quisieras... —Reprimí una carcajada, aunque alguna risilla se me escapó —. Tú eres más de pim,pam,pum —bromeé intentando quitar hierro al asunto, pero de nuevo me equivoqué. Pedro no quería bromear.

—No sé por qué piensas que no me puedo enamorar de nadie, Elisa...

—Bueno, Pedro... Todos conocemos tu trayectoria... No pienso que nunca te vayas a enamorar, simplemente creo que ahora tú estás en otra onda diferente, que prefieres otras cosas.

—Quizá ya haya llegado llegado el momento de estabilizarme emocionalmente.

Le miré incrédula...

—¡Ah, vale! Que te gusta otra, es eso... Pues díselo a Vero, nadie se merece que le engañen.

—Elisa, chica ¡no te enteras de nada! —me dijo meneando la cabeza según entrábamos a clase.

Arturo, que venía detrás de nosotros no pudo por menos que hablarme bajito según cerraba la puerta de clase.

—Estoy con Pedro, srta Rivas, no se entera ... —dijo sonriendo, aunque aquel comentario me sentó algo mal.

Fue una clase bastante densa, se acercaba el final y quería abarcar lo máximo. Sus clases seguían siendo igual de interesantes, pero apenas podíamos descansar.

—Y eso es todo por hoy. Siento el rollo que les he metido, pero hay que avanzar. En nada acaban las clases y quiero terminar el temario que tenía previsto. De todas formas, les comunico que los últimos dos temas no entrarán

en el examen, pero me gustaría que los tuvieran y que les echaran un vistazo. El miércoles seguimos. Hasta entonces.

Según recogía sus cosas hubo varias alumnas que se le acercaron a preguntarle algo, él, con su peculiar amabilidad y simpatía, les contestaba sin darse cuenta de que aquellas chicas querían algo más que sus explicaciones. Y no, no vayáis a pensar que es cosa de la neurótica de Elisa que se crea películas en la cabeza, no. Lo sabía con conocimiento de causa. No era la primera vez que las escuchaba hablar de él y de que querían acercarse a preguntarle cualquier cosa solo por tenerle más cerca y hacerse visibles. De hecho, una de ellas, la más alta, rubia, guapa y descarada había comentado en alguna ocasión que quería subir a su despacho con cualquier excusa para ver si se podría dar la posibilidad de provocar algún tipo de acercamiento. Si lo hizo o no, eso lo desconozco, Arturo era demasiado discreto para comentarme ese tipo de situaciones.

Al salir se despidió de todos y me miró de soslayo evitando que el resto se diera cuenta. Pasamos lo que quedaba de tarde entre clases y estudio. En un momento en el que todos habían bajado a la cafetería, decidí entrar en el despacho de Arturo. Llamé a su puerta sabiendo que no había nadie con él...

—Adelante, pase...

—Hola, profesor Losada, ¿tiene un minuto?

Tenía mala cara.

—¡Uy!, ¿te pasa algo? ¿Te pillo en mal momento? —le pregunté preocupada al ver su cara.

—No te preocupes, me acaba de dar un dolor de cabeza terrible que me ha dejado *KO*, pero ahora ya estoy mucho mejor —dijo acercándose a mí y cogiéndome por la cintura.— Hacía mucho tiempo que no venías a hacerme una visita...

Sus besos invadían mi cuello y mis piernas empezaban a fallarme.

Llamaron a la puerta, instintivamente me separé de él, aunque Arturo no parecía demasiado sorprendido. Me miraba sonriente mientras pedía un minuto a la persona que esperaba fuera. Volvió a cogerme por la cintura y a besarme, esta vez en la boca de forma muy sensual...

—Te veo luego —me dijo bajito según abría la puerta—. Hasta el miércoles, srta Rivas...

Esperando había otra chica, siempre eran chicas las que iban a su despacho. ¿Él no se daba cuenta? A los chicos no les surgían dudas tan importantes como para ir a su despacho... Me encontraba en aquella reflexión

cuando me crucé con Alfredo, el colega de Arturo. Me saludó muy afectuosamente con algo que me pareció una sonrisa... ¿cómplice?.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó Úrsula. Ya hacía un rato que habían regresado.

—Fui a preguntarle una duda al de Prehistoria. Nunca en la vida conseguiré que me guste esta asignatura... —disimulé como pude. Mucho más no podía decir viniendo del pasillo de los despachos...

Ví como Olivia me sonreía sospechando que había sido una excusa demasiado pobre. También me fijé en Pedro, que se sentó sin decir absolutamente nada (raro en él) y más serio de lo normal. Estuvimos allí hasta última hora. Vimos como se fueron marchando todos los profesores. Cuando se fue Arturo, intenté no levantar la cabeza de los apuntes para evitar la sonrisilla de Olivia y la mirada penetrante de Pedro.

Llegué tarde a casa, pero coincidí con él en el ascensor. Cuando iba a darle al botón, vi como una mano se colaba en la puerta para impedir que se cerrara. Era Arturo que venía del garaje, acababa de llegar del gimnasio. Cuando le vi, como me pasaba siempre, me dio un vuelco el corazón.

—Vaya sorpresa... —me dijo sonriente.

—Pues sí... ¿Sabes que siempre que te veo se me acelera el corazón?

—¿Ah sí? A ver... déjame ver...

—Arturo.. .siendo profesor, deberías saber que ahí no está el corazón.

Me había cogido un pecho con la mano. En cuanto se abrió el ascensor me cogió en brazos, abrió la puerta de casa y me llevó directamente a la habitación.

—Veamos, srta Rivas, ya que estoy tan verde en anatomía, ¿podría mostrarme dónde está su corazón?

Me senté de rodillas en la cama y me quité muy sutilmente la camiseta y el sujetador.

—Mire, Losada, se encuentra justo aquí...

—Veamos... bueno no iba tan mal encaminado...

Y empezó a besarme, parecía que llevara tiempo sin verle porque tenía mucha necesidad de él. Estuvimos disfrutando de nuestro tiempo, de nuestros cuerpos y de nuestros sentimientos hasta que se hizo tarde. Cogimos nuestras cosas y nos pusimos a trabajar en la mesa del salón. Cuando llevábamos un rato noté a Arturo incómodo, no dejaba de moverse en la silla hasta que decidió levantarse a por un vaso de agua.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... Demasiado trabajo, Elisa...

Aquellas palabras las dijo serio y me pareció bastante abatido. Incluso diría yo que llegó a parecerme que estaba triste.

—Creo que por hoy lo voy a dejar. Esto lo aprendí de una jovencita que me dijo que, si no se podía llegar a todo, lo mejor era parar —me dijo forzando una sonrisa—. Me voy a la cama, voy a descansar un poco.

Le sonreí y le di un beso. Me extrañó que estuviera tan cansado porque aún era bastante pronto para lo que él estaba acostumbrado. Yo me quedé hasta muy tarde, y como consecuencia, al día siguiente cuando me desperté, Arturo ya no estaba.

Así estuvimos prácticamente toda la semana, con pequeños encuentros en la facultad y grandes reencuentros en la cama. Los días no nos daban para más, él trabajaba mucho y yo estaba cien por cien centrada en los estudios. A menos de una semana para acabar las clases, la tensión ya empezaba a masticarse.

L

—Hoy es el último día de clase... —le dije nada más despertarnos algo melancólica.

—Sí —respondió algo pensativo también.

Nos quedamos un rato tumbados en la cama, en silencio, analizando aquel curso que había cambiado nuestras vidas.

—Parece mentira todo lo que nos ha pasado, ¿verdad? —rompí aquel silencio ante la necesidad de cerrarle el paso a la nostalgia que me estaban provocando todos nuestros recuerdos.

—Sí. Hoy inevitablemente es un día para echar la vista atrás.

Se giró hacia mí y me acarició la cara. Suspiró.

—Elisa...

—¿Sí?

—Siento haber desperdiciado estos días con tanto trabajo... Estos dolores de cabeza y el exceso de trabajo han podido conmigo... No hemos podido disfrutar del todo de nuestro tiempo juntos...

—Bueno, es normal Arturo. Pero, en nada, estaremos libres ¡libres! Y podremos hacer lo que nos de la gana... Qué ilusión. Me encanta el verano y este año mucho más.

Me revolvió el pelo y sonrió.

—Sí. Yo también estoy deseando que acaben estos días de locos y lleguen las vacaciones. Aunque no te voy a negar que me da cierta pena acabar este curso. Es la primera vez que me pasa. —Y se rió echándose las manos a la cabeza.

Se levantó y empezó a prepararse. Yo me quedé remoloneando un poco más en la cama.

—¿Qué te parece Italia?

—¿Qué?

—¿Qué te parece Italia como lugar para nuestras primeras vacaciones?

Aquello me dejó de piedra y me dio las alas necesarias para volver a

volar de nuevo sobre aquel cielo de purpurina que dibujaba siempre Arturo con sus palabras.

Él ya estaba listo para marchar pero yo, en cambio, necesitaba diez minutos más para poder empezar a pesar de haber quedado con todos para estudiar a primera hora.

—Intenta pasarte después por el despacho, ¿vale? —me dijo antes de irse.

—Lo intentaré, aunque ya no sé que más excusas inventarme. Olivia se huele que me gustas y me vigila todo el rato. —Me reí.

—Bueno, como quieras. Nos vemos a la hora de comer —Se quedó en silencio.—Elisa... Te quiero.

Le miré algo sorprendida al notar cierto tono de nostalgia en sus palabras. Salí corriendo y salté a sus brazos. Enredé mis piernas en su cintura y le besé sin remedio.

—Yo sí que te quiero, Arturo.

Nunca más, nunca más iba a quedarme con aquellas palabras anudadas en mi garganta. ¡Se lo diría todos los días! Él necesitaba escucharlas y yo... yo decirlas.

Se fue y empecé a prepararme para irme. Cuando llegué ya estaban todos estudiando. Me senté sin hacer demasiado ruido para no desconcentrarles. Mi esfuerzo fue en vano, porque nada más sentarme Olivia se inclinó hacia mí...

—¿Sabes lo que nos ha dicho Losada?

La miré sorprendida.

—¿Qué?

—Que si teníamos una baja en el grupo... —me comentó muy cómica. Yo la miré sorprendida, no sabía a qué se refería—. Por ti hija, lo dijo por que tú no estabas... —me explicó haciendo aspavientos con las manos.

"Qué payaso". Sonreí y moví la cabeza quitando importancia al comentario. Olivia me miró de arriba abajo sonriendo. Pedro hizo caso omiso al comentario de Olivia y ni siquiera levantó la cabeza para mirarme. Al cabo de un par de horas pasó Arturo con un grupo de profesores. Le miré de reojo para no levantar las sospechas de Olivia. Ahora ya no solo tenía que lidiar con las miradas y comentarios de Pedro, sino también con los de Olivia que se había unido a la causa.

Pasamos toda la mañana sin levantar la cabeza de los apuntes.

WhatsApp X:

No puedo ir a comer. Me ha surgido un compromiso.

Aquel mensaje me desilusionó un poco. Estaba deseando estar con él y

tendría que esperar hasta la noche para poder vernos a solas. Así que cuando todos decidieron bajar a la cafetería a comer un bocadillo, me uní a ellos, así aprovecharía más tiempo para estudiar.

—Hombre... hacía mucho que no te quedabas a comer con nosotros —me dijo Pedro mientras me agarraba por los hombros.

—Ya... pero hoy es el último día de clase y ...

—Qué pena ¿verdad, chicos? —me interrumpió Sonia—. Tengo la impresión de que este año ha pasado mucho más rápido.

—Sí, yo también tengo una sensación agrídulce. Tengo ganas de que acabe todo, pero por otra parte...me da pena. Lo hemos pasado muy bien —dijo Úrsula.

—Bueno... aún tenemos dos años más para seguir disfrutando —añadió Raúl...

—Sí... De tus fiestas, ¿no? —le recriminó Sonia riendo.

Todos nos reímos dándole la razón. Aún teníamos mucho tiempo para seguir disfrutando juntos... Al menos, eso pensábamos todos.

Seguimos estudiando después de comer hasta la hora de ir a clase. La última clase de Arturo Losada. Inevitablemente los recuerdos me golpeaban en la memoria, y el nudo en la garganta que estuve deshaciendo todo el día, al final se enredó sin remedio en mi pecho al recordar aquel primer momento que le vi con su sonrisa. Como siempre que esperaba por él, las manos se me empezaron a enfriar y enseguida le vimos doblar la esquina. Ese sería el último día que le veríamos llegar así, con su paso firme y su sonrisa dándonos las buenas tardes... Después de aquel día, sería entero para mí... Pensé en aquel verano con él. ¿Y cómo sería el regreso al nuevo curso? ¿Seguiríamos actuando así o ya haríamos visible nuestra relación? Sonreí al imaginar aquello, sin saber que el destino, nos tenía preparado un final bien diferente...

—Vaya, srta Rivas, se la ve muy risueña. ¿Deseando acabar las clases? —me dijo mientras nos daba el paso para entrar en clase.

—En realidad deseando acabar los exámenes más bien —le contesté con una sonrisa.

Disfruté aquella última clase de manera especial. Los guiños que me hacía a escondidas, las miradas sostenidas y las sonrisas disimuladas me daban a entender que él también estaba saboreando aquella última clase igual que yo.

—Bueno, chicos, pues por mi parte nada más. Ha sido un verdadero honor trabajar con ustedes. Me lo han puesto muy fácil. El próximo año coincidiré con muchos de ustedes en alguna clase que otra —me miró cómplice y le

interrumpió una algarabía colectiva al oír esa noticia que le sorprendió bastante. Fuimos muchos los que nos alegramos al oír aquello. Intentó calmar los ánimos con las manos—. Me alegro que les guste la idea de sufrirme otro curso más —dijo sonriendo—. De verdad, nada más. Ha sido un placer. Mucha suerte en los exámenes y que pasen un buen verano. Nos vemos el próximo curso.

Y fue acabar de hablar y la toda la clase empezamos a aplaudirle forma espontánea, muchos se acercaron a su mesa para despedirse personalmente de él. En lo que llevaba de carrera jamás vi una despedida como aquella. Yo sonreía orgullosa de saber el cariño que le tenía la gente y entendí de repente aquel miedo casi infantil a que pudieran hablar de él, a que pudieran rumorear sobre su relación con las alumnas. Estaba claro que era un profesor intachable y que aquellos comentarios hubieran manchado su figura profesional.

Y así pasamos el resto de la tarde entre las despedidas de los profesores y los recuerdos que nos producían aquellos momentos. Al acabar las clases subimos a seguir estudiando a pesar de que el ambiente ya era radicalmente distinto. En el fondo necesitábamos pasar ese pequeño duelo de fin de curso para poder seguir estudiando después con más fuerza. Y eso fue precisamente lo que decidieron hacer todos, bajaron a la cafetería para quitarse esa amarga sensación de despedida, yo en cambio puse una excusa tonta y aproveché para ir a su despacho . Oí que hablaba con alguien pero llamé de todas formas.

—Adelante...

Abrí la puerta y le vi hablando por teléfono, me hizo un gesto con la mano para que entrara mientras me sonreía sorprendido de que fuera yo.

—¡Qué alegría!, no pensé que fueras a venir —me dijo según colgó.

—Aproveché que bajaron a la cafetería...

Ya estaba enganchado a mi cintura besándome las mejillas.

—¿Sabes? Hoy, al ver cómo te quería la gente en clase, entendí tus miedos a los rumores y comentarios malintencionados.

Me miró sorprendido y sonrió.

—¿Ah sí? Pues fíjate que a mi eso ahora mismo ya me da igual, Elisa. Me gustaría gritar al mundo entero que eres la mujer de mi vida.

Aquellas palabras calaron en mi alma de forma inesperada. Nos fundimos en un beso tierno, sentido y muy necesario.

LI

Se acabaron las clases y empezaron los primeros exámenes. La tensión de aquellos días repercutió un poco en mi estado de ánimo. Andaba bastante tensa y con muy pocas ganas de hablar. Arturo se esforzó en más de una ocasión en relajar aquella tensión, aunque sus continuos dolores de cabeza también le impidieron estar en su mejor momento. Una noche me despertó sobresaltada un grito muy fuerte. Me giré y vi a Arturo incorporado en la cama con las manos en la cabeza, quejándose de manera escandalosa. Me asusté...

—¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? —le pregunté con un nudo en el estómago.

—¡Nada, déjame! —me contestó gritando de muy malas maneras.

Me levanté de la cama y me puse a su lado, pero inmediatamente me hizo un gesto para que me alejara. Le dejé solo. Últimamente le había cambiado el humor, y a pesar de que notaba su esfuerzo para que yo no me diera cuenta, era imposible no percatarse de ello. Tenía demasiado trabajo con los exámenes, los trabajos, aparte de su trabajo en el grupo de investigación, tesis... Estaba sobrecargado e inevitablemente lo pagaba conmigo.

Después de un rato largo, vino hasta donde yo me encontraba un tanto tambaleante. Me abrazó, me abrazó fuerte y estuvo un rato en silencio.

—Lo siento de verdad, no quiero que esto nos afecte, quiero que todo vuelva a la normalidad. No quiero pagarlo contigo, la persona a la que más amo en este mundo... Quiero que lleguen las vacaciones y poder ir juntos a Italia.

—No pasa nada, de verdad —le tranquilicé, sabía que estaba mal—. Yo también estoy bastante irascible con los exámenes ¿Pero qué pasa Arturo?

—Son mis jaquecas, a veces el dolor es insoportable... Lo siento de verdad...

Lo sentí débil, muy débil... Estuvimos abrazados mucho rato. Yo le acariciaba la cabeza y parecía que aquello le calmaba... Después de estar allí acurrucados, se empezó a incorporar. Ya tenía mejor cara.

—Bueno... mañana es el examen... ¿Estás nerviosa? —me dijo con voz

burlona.

—Madre mía, el último examen... ¡La guinda del pastel! He tenido el mejor profesor que pudiera tener, así que yo creo que me saldrá bien.

—Estoy convencido... Espero que no hayas mirado las preguntas en algún despiste mío...

—¡Ja, ja, ja! anda, anda no te hagas el listo... ¡Como que las ibas a tener aquí! Las tendrás en tu despacho, a buen recaudo o... eso creo, porque mira que las he buscado...—dije teatralizando.

Se rio.

—He pensado que hoy voy a irme a dormir a mi casa, ¿vale? Te parecerá una tontería pero me siento más cómodo si lo hacemos así...

—¡Ja, ja, ja! ni que fuera la noche previa a la boda... ¡No me fastidies!... Se me va a hacer raro estar sin ti..

Nos reímos y se abalanzó sobre mí para tirarme del sofá, no con la misma fuerza de siempre, pero sí con las mismas ganas.

Aquel día no tenía exámenes y me vi tentada a quedarme en casa, pero al final un mensaje de Úrsula a última hora de la noche me hizo desistir de aquella idea. En plenos exámenes no me gustaba estudiar en la facultad, había demasiado estrés, demasiado nerviosismo entre los alumnos que se transmitía de unos a otros como el virus de la gripe. Aparte, había mucho movimiento de unos que entraban, otros que salían, unos que comentaban qué tal les había ido en el examen, otros que se quejaban por que no tenían tiempo para repasar...En fin, que prefería estudiar en casa, pero Úrsula me pidió desesperada que fuera con ella al departamento, necesitaba que le explicara alguna cosa ,y a pesar de que le ofrecí mi casa para estudiar, prefirió hacerlo en la facultad porque, según ella, se concentraba mejor. Por eso fui. Por eso y porque llevaba muy bien el examen de Arturo y no necesitaba estudiar más. Me lo tomé como un día de asimilación de conceptos y poco más.

Fuimos a primera hora. Úrsula estaba nerviosa, había mucha materia que todavía no había mirado y no sabía muy bien por dónde empezar. La ayudé. Establecimos juntas aquello que debería mirar sí o sí y descartamos lo que era baladí. Para ella todo era importante, pero yo, conociendo a Arturo, sabía lo que no era necesario memorizar ni aprenderlo a fuego.

Estuvimos toda la mañana en el departamento sin salir ni siquiera a tomar café y me pareció muy raro no ver a Arturo por allí.

Lo mismo pasó por la tarde. Ni rastro de él. Me dio mucha rabia porque me olvidé el móvil en casa y no podría hablar con él en todo el día. Supuse

que estaría trabajando en algún proyecto o quizá en Simancas. Pero el no verle por allí en todo el día me extrañó... Me puse algo triste. Aquel iba a ser el último día que pasáramos en el departamento. El último de un curso cargado de emociones, de historias, de amor... Recordé cada uno de los días que pasé allí, cada una de sus clases, de nuestras miradas, encuentros... Sentí una nostalgia muy difícil de explicar, sentí como se ponía fin a una etapa... y sentí una pena muy grande, porque todo aquello acabara. A pesar de que aún quedaban dos cursos para terminar la carrera y a pesar de que el próximo año seguiría teniendo clases con él, sentía que aquello era el final y una sensación muy desagradable me recorrió el cuerpo y no fui capaz de quitármela hasta llegar a casa y ver sus cosas en el lugar de siempre.

Le pedí a Úrsula marcharnos pronto, llevábamos allí todo el día y yo estaba deseando llegar a casa para coger el móvil y hablar con Arturo. Se me hacía muy cuesta arriba pensar en llegar y saber que no iba a estar con él hasta pasado el examen. Quería verle... besarle de nuevo, tocar su piel...

Subí corriendo, abrí la puerta y busqué el móvil como una loca. Para variar, no recordaba dónde lo había puesto. No había manera de encontrarlo, busqué en bolsos, mochilas, cazadoras, chaquetas, por entre el sofá, en cajones... Al final, después de revolver toda la casa, lo encontré escondido entre las sábanas de la cama. Con las prisas había hecho la cama de mala manera y lo había dejado dentro. Fui a mirar si tenía mensajes y lo tenía sin batería. "Mierda, joder. ¡No puede ser!" Cómo odiaba cuando me pasaban ese tipo de cosas. Lo puse a cargar un poco y lo encendí. Había dos llamadas de Arturo, alguna de Pedro y Olivia. Y un WhatsApp.

WhatsApp X:

Cambio de planes. Voy a pasar la mañana en el archivo de Simancas, no creo siquiera que me pase por el despacho.

Se me va hacer raro no verte en todo el día y mucho más, no tenerte en mi cama.

Te quiero Srta Rivas.

Le llamé pero me daba apagado.

Ay... Arturo... qué fácil había sido acostumbrarse a ti...

Aún era de día, el sol invadía toda la sala, abrí la ventana y me asomé para ver la calle... Respiré profundo. Recordé la canción que me cantó aquella primera vez que estuvimos juntos en su casa de Cardaño. La busqué y la puse a todo volumen...

"Ba ba babylon girl"

Ba ba babylon girl...

Dime cómo le explico a mi destino que ya no estás ahí...

*Dime cómo haré para desprenderme de este frenesí
esta locura que siento por ti..."*

Me dieron unas ganas inmensas de bailar, agarré una de sus camisetas que olían a él y me puse a bailar *ballet* con aquella canción de fondo. Estaba pletórica. Después de aquel mes de junio empezarían nuestras vacaciones. Nos alejaríamos de aquel estrés de los últimos días, él acabaría de corregir exámenes y estaría más relajado. Podríamos disfrutar del verano, de nosotros...

Al final el sol se fue escondiendo y las luces de las farolas empezaron a encenderse... Dejé las ventanas abiertas para que entrara el fresco. Ya olía a verano. Me acordé mucho de Arturo, todo el rato, pero seguía con el móvil apagado. Antes de irme a dormir, decidí repasar por última vez su asignatura, cada tema tenía una historia nuestra detrás que me golpeaba inevitablemente la mente. No paraba de sonreír. Después de dos horas de repaso, decidí irme a la cama, estaba muy cansada. Quise llamarle de nuevo pero era demasiado tarde, y a pesar de que él acostumbraba a quedarse trabajando hasta bien entrada la noche, tuve miedo de que se hubiera ido a descansar y decidí enviarle un mensaje.

WhatsApp:

Necesito que todo esto acabe ya y poder estar juntos de nuevo.

Te necesito en mi vida cada minuto, cada segundo, siempre...

Y me fui a dormir.

Teníamos el examen por la mañana a primera hora. Recuerdo que lo que menos me gustaba de la universidad era el ambiente que se formaba con los últimos exámenes de junio. Una sensación de vacío, de fin, recorría todos los pasillos y las aulas. Aulas que ya descansaban cerradas, salvo en las que se celebraban los parciales, pasillos vacíos, todo mostraba ya el final.

Cuando llegué ya estaban todos sentados. Pedro me había reservado un sitio a su lado. Aquella sensación de tristeza que sentí el día anterior volvió a colarse en mi cuerpo. La gente estaba nerviosa, recordando los últimos datos, haciéndose preguntas de última hora... Llegó la hora del examen y, a pesar de que Arturo aún no había llegado, se creó un silencio sepulcral. Se podían oír los pasos del profesor que se acercaba, y por primera vez desde que conocí a Arturo, las manos no se me congelaron. Entró en clase, pero todos nos quedamos sorprendidos al ver que no era Arturo el que llevaba los exámenes

en la mano. Era nuestro profesor de Historia Antigua. Pedro y yo nos miramos.

—Hola, buenos días. A ver apuntes y móviles fuera de la mesa por favor... —dijo serio.

La voz de Inma, destacó por encima del murmullo general que se produjo.

—¿Y Arturo?

—No ha podido venir. Yo os entregaré las preguntas. Venga, silencio...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Algo tenía que haber pasado para que Arturo no se presentase al examen. Intenté deshacerme de ese pensamiento, pero fue la primera vez en la vida que no pude usar aquel poder de concentración que tanto me caracterizaba. Hice el examen a duras penas y lo más rápidamente posible, aún así no fui de las primeras en salir. Cuando lo entregué y salí de clase, lo primero que hice fue llamar a Arturo. Volvía a darme apagado. Me fijé en el mensaje que le envié y vi que no lo había recibido. Empecé a preocuparme.

De pronto empezó a oírse barullo por los pasillos, gente hablando haciendo aspavientos. Me acerqué a ver si podía enterarme de algo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Inma que seguramente se habría enterado de algo.

—Por lo visto Arturo ha tenido un accidente con el coche, según dicen...

Me quedé pálida, las piernas parecieron flojearme. Me fui de allí sin saber muy bien a dónde dirigirme. En la entrada de la facultad me crucé con Clara que iba a toda velocidad.

—Clara, por favor —La detuve—. ¿Sabe qué ha pasado? La gente está diciendo que Arturo tuvo un accidente...

—Pues es lo que parece, no sé mucho más. A mí me lo acaban de comunicar, no sé ni dónde está ni la gravedad del accidente. Voy ahora a ver si me entero de algo. Adiós, Elisa.

No contesté, me quedé en el sitio. Aquel zumbido que me acompañó en varias ocasiones durante ese curso, volvió a hacerse con el poder de mis oídos.

—Eli... —me dijo Pedro agarrándome por la cintura cuando estuve a punto de caer—. Ya me he enterado ¿Estás bien? ¿Te llevo a casa?

Asentí con la cabeza sin hablar.

Una vez allí le pedí que por favor me dejara sola. No sabía muy bien qué hacer, a quién llamar o a dónde ir. De pronto una extraña fortaleza se apoderó de mí. Las piernas dejaron de temblarme, cogí el coche y me fui al hospital. Le encontraría, tampoco había tantos hospitales a los que acudir.. Respiré, cogí

aire y volví a recomponerme. No podía ser tan difícil, además no tenía por qué ponerme en lo peor. Quizá ya le habían dado el alta, un collarín un par de semanas y listo. Seguro que cuando fuera a casa ya estaría allí.

Fui al Hospital Clínico Universitario directa a información, pero allí no podían ayudarme. No tenían la potestad de darme ese tipo de información, tampoco hicieron la mínima intención de orientarme para saber dónde podía preguntar. Me desesperé pensando que aquello iba a ser más difícil de lo que yo pensaba. Pero siempre hay gente buena, siempre hay personas dispuestas a ayudar en un mal momento. Una enfermera que había en información dejando unos documentos me oyó y vio mi desesperación al no poder saber si Arturo estaba allí.

—Cálmese, venga. Seguro que todo se arregla. Dígame qué necesita...

—Solo quiero saber si hay un paciente ingresado... Es mi pareja, sé que ha tenido un accidente pero no sé ni dónde, ni cómo está y no tiene familia cerca a la que yo pueda acudir, además nadie sabe que estamos... —Hablaba de carrerilla, entre sollozos.

—Tranquila —me interrumpió al ver que aquella era una historia que se veía demasiado personal—, vamos a ver, dígame el nombre y apellidos y voy a ver si puedo ayudarle. Venga, mire, siéntese aquí.

Me sentó en un banco e intentó tranquilizarme un poco. Desapareció entre los pasillos, yo estaba deseando que llegara y me dijera que sí había estado, pero que ya le habían dado el alta o que estaba en una habitación con una pierna rota... Al poco la vi llegar y supe que algo iba mal. Tragué saliva e intenté respirar. Carraspeó.

—Está aquí, en la UCI, no puede recibir visitas salvo de familiares... No sé mucho más...

Sabía que me mentía. Dejé de sentir mi cuerpo, fue como una experiencia sobrenatural, sobrevolaba por encima de todas aquellas personas a las que dejé de escuchar mientras flotaba en la nada más absoluta. Me cogió del brazo suavemente y me llevó hasta donde estaba la UCI.

—Mire, puede esperar por aquí, quizá venga algún familiar y pueda hablar con él.

Aquella enfermera que me ayudó puso sin querer una cara de pena absoluta y me frotó el brazo intentando reconfortarme. Intenté agradecerse pero no podía articular palabra. Ella sonrió entendiendo el gesto. Miré el pasillo, había varias personas, algunas sentadas, otras de pie, pero todas con el mismo rictus en sus caras. Intenté avanzar por el pasillo agarrándome a los

asientos, las piernas no me respondían. A lo lejos me pareció ver a la hermana de Arturo, aquella que con la que iba el día que le encontré en mi calle paseando, sí, era ella. El corazón volvió a latirme. De pronto la sangre volvió a circular por mis venas y pude mover algo las piernas. Me acerqué lo más rápidamente que pude y saludé sin apenas voz. De hecho no me escuchó, tuve que darle un toquecito en el hombro para que se girara. Entonces me di cuenta de que la persona que estaba con ella era Alfredo, el profesor con el que siempre estaba Arturo y con el que solía bajar a tomar café .

La cara de Claudia, su hermana, estaba casi desfigurada, nada que ver con la mujer que vi por primera vez en la entrada de la facultad abrazando a su hermano. Tenía la cara hinchada, los ojos hundidos y rojos de tanto llorar.

—Hola, soy Elisa, alumna de Arturo... —No sé cómo pude decir aquellas palabras.

—No, por favor, te agradezco que vengas a interesarte, pero no voy a atender a cada alumno que venga. Espero que me entiendas...

—Claro, claro que la entiendo, pero por favor escúcheme. Yo soy su pareja. No sé si le ha hablado de mí, pero llevábamos ya un tiempo viviendo juntos, si no me cree tengo su ropa en mi casa, tengo mensajes, llamadas.. Por favor, no me deje así, dígame algo...

—¿Su pareja? ¿Una cría?, ¿una alumna? Ya lo que me faltaba por escuchar.

Miró a Alfredo como para sentirse apoyada en su afirmación, pero este se mordió los labios, y sin decir nada, afirmó con la cabeza. Aquello también me sorprendió a mí. ¿Arturo se lo había contado? Una sonrisa interna, en medio de aquella agonía, levantó mi espíritu. Le imaginé contándoselo a su compañero, haciéndole confidente de nuestro romance. Una vez más, como hacía cada día, demostró que me quería.

Ella negó con la cabeza sin poder creérselo, me miró de arriba abajo y se sentó derrotada. Yo miré a Alfredo e intenté sonreírle para darle las gracias, pero creo que mi cara ya había olvidado cómo se hacía ese gesto. Alfredo le puso la mano en el hombro a Claudia intentando consolarla, y fue él quien acabó contándomelo todo.

—Ayer sufrió un ictus mientras conducía, se salió de la carretera. Al menos no provocó ningún accidente más.

Claudia seguía mirándome... Yo dejé de existir.

—Tú... tú eres la chica esa que encontramos con las bolsas de la compra... —dijo de repente Claudia.

La miré de reojo, y a pesar de que quería girar la cabeza para mirarla, esta no me respondía.

—¡Esto es de locos! —Se rio desesperada—. Ahora entiendo su insistencia por pasear de arriba abajo por aquella calle...

Se echó las manos a la cabeza. Se puso a llorar. Yo seguía de pie, inmóvil y sin ningún tipo de sentimiento, salvo la sensación de vacío.

—¿Familiares de Arturo Losada?

Claudia se puso en pie inmediatamente y se dirigió hacia donde estaba el doctor. Alfredo la llevaba agarrada por los hombros. Ella se giró a mitad de camino y me miró.

—Ven si quieres, tú también querrás enterarte —me dijo Claudia aceptando el hecho de que nuestra historia era cierta.

—Buenas tardes —dijo aquel doctor con voz neutra acostumbrada a dar malas noticias sin imprimirle al asunto ningún tipo de emoción—, les comento: el hecho de que el señor Losada haya sufrido un ictus se debe al tumor cerebral que tiene alojado en una zona demasiado complicada para poder intervenir.

—¿Tumor? —pudo decir Claudia.

—Hum... ¿No sabían nada?, bueno... mmm... entonces es mejor que le explique todo su historial el médico que le sigue. Ahora se encuentra de viaje, pero en cuanto vuelva se pondrá en contacto con ustedes para tratar todas las dudas que tengan. Ahora mismo yo lo único que les puedo decir es el estado del paciente, que... —carraspeó— en este momento, y siento comunicárselo, se encuentra en muerte cerebral. El tumor ha crecido demasiado y ha bloqueado....

Dejé de escuchar el pitido volvió a instalarse en mis oídos Esta vez, de forma permanente.

Varios días después desperté en la cama de un hospital de la mano de mi madre.

Me quise incorporar pero la cabeza me pareció estallar. Oí como llamaban a un médico. Fueron varias personas, no sé si médicos, enfermeros... Lo único que recuerdo es que me hacían preguntas, me ponían y quitaban cosas. Yo me quejaba de la cabeza y de aquel dolor tan intenso. Cuando se fueron me dejaron un momento sola, y al instante, vi a mi madre que venía llorando. Me dio mucha pena verla así. Me volvió a coger la mano y a acariciarme la frente, aquellas caricias me reconfortaron mucho.

—¿Qué ha pasado, mamá?

—Te caíste, hija, te diste un golpe muy fuerte en la cabeza y has estado varios días en coma. Pensamos que no íbamos a recuperarte... —Y la pobre no pudo contener las lágrimas.

No me dijo ni dónde, ni el motivo por el que me caí. Quizá porque no lo sabía... quizá porque no quiso hacerme sufrir de nuevo... quizá, quizá porque había descubierto algo en la vida de su hija que no aprobaba y quiso borrarlo de mi memoria.

Intenté levantarme, pero el mareo fue absoluto y desistí del intento.

—En principio vas a quedarte un par de días más aquí en observación, si todo evoluciona bien pronto podrás irte a casa.

Poco recuerdo de aquellos días en el hospital, tan solo un cansancio extremo y mucho dolor de cabeza que intentaban calmarme con algún tipo de medicación que corría por el goteo al que estaba enganchada. Tardaron algunos días más en darme el alta por culpa de una mancha que salía en el TAC que se debía, por lo visto, a un pequeño derrame que parecía tener en la cabeza y que preocupaba a los doctores. Esperaron a que aquella mancha se fuera reduciendo y a que mis dolores de cabeza desaparecieran también. Afortunadamente todo evolucionó de la mejor manera posible y finalmente salí del hospital varios días más tarde, prácticamente recuperada aunque muy débil, eso sí, y sin demasiadas fuerzas.

La mejor solución que encontró mi familia para que acabara de recuperarme fue la de enviarme a la finca de mi abuelo a respirar aire puro y reponer fuerzas. Yo estaba tan aturdida con todo aquello que me dejé hacer sin protestar, estaba muy débil para rebatir cualquier decisión. Y para ser sinceros, me pareció muy buena idea quedarme en la bodega con mi abuelo. Decididamente, el golpe me había cambiado.

Al entrar en la finca con aquel camino de frondosos y verdes árboles, tuve una agradable sensación de paz... Bajé la ventanilla y saqué todo lo que pude la cabeza para respirar aquel olor a naturaleza que me imprimía la energía que necesitaba después de aquellos días ingresada en el hospital. Mi madre me miró de reojo mucho más tranquila al ver que mis ganas de quedarme allí eran reales. No quise subir inmediatamente a la habitación, pedí que me subieran las cosas y me quedé sentada en el jardín, respirando de aquel olor a verano, escuchando los pájaros y disfrutando de aquella sensación de bienestar.

Prepararon la mesa fuera y comimos debajo de aquella parra que nos daba la sombra y el cobijo necesario para soportar mejor el calor de un mes de junio que se adivinaba extremadamente caluroso. Estaba hambrienta, fue la

primera vez en todo ese tiempo que comí con ganas, incluso aquel pollo al horno que había hecho Rosa y que yo, rara vez, solía comer.

—¿Qué quieres para beber hija?

—Agua con hielo y unas rodajitas de limón, por favor.

Pasamos un rato muy agradable y alargamos la comida hasta bien entrada la tarde. Poco después de levantarnos de la mesa, me entró un sueño tan pesado que tuve que dejar la conversación que tenía con mi abuelo para subir a descansar un rato a mi habitación, y al ver la debilidad que tenía, Rosa me ayudó a subir las escaleras. Bajó un poco la persiana, abrió la ventana de par en par y me tapó con una sábana muy fina de algodón para evitar que la corriente se agarrara a mi cuerpo. Se lo agradecí con una ligera sonrisa que desapareció casi antes de aparecer... El sueño se apoderó escandalosamente de todos mis sentidos y me dejó noqueada cerca de tres horas. Cuando abrí los ojos tuve que concentrarme unos segundos para saber dónde me encontraba. Estaba algo desubicada por aquella siesta tan larga. Me desperecé poco a poco sin ninguna prisa y empecé a sentirme como nueva. Una vitalidad de la que ya casi ni me acordaba se apoderó de mí y me entraron ganas irrefrenables de hacer un montón de cosas. Quería dar un paseo por la finca, coger un libro y leer debajo de un árbol, hacer helado con Rosa, hablar con mi madre... También me apetecía bajar a las viñas, observar cómo iban madurando las uvas... Vamos, que estaba claro que el golpe que me di en la cabeza fue bueno, y no solo por los días que permanecí en el hospital, sino por aquellas repentinas ganas de disfrutar de la bodega. Elisa Rivas había pasado a mejor vida... Me duché sola sin necesitar a nadie. Hasta ese momento había necesitado la ayuda de alguien, ya que me encontraba muy débil y los mareos eran constantes. Bajé despacio las escaleras, ya que a pesar de encontrarme con fuerza, el vértigo todavía no se había acabado de esfumar. Fui hasta donde estaban todos que al verme, abrieron los ojos de par en par.

—Hija —dijo mi madre mientras se levantaba rápidamente para ir a dónde yo estaba—, ¿pero has bajado tú sola? ¿Por qué no nos has avisado para ayudarte?

—No sé, me encuentro francamente bien, la verdad.

—Sí, lo cierto es que tienes buena cara... —dijo mi abuelo—. ¿Cómo no te iba a sentar bien una buena siesta con lo dormilona que eres..? ¡Ja, ja, ja!

—¡Pero qué dices abuelo! ¡Yo no soy dormilona! —obvié la risa general que produjo en todos mi comentario y seguí hablando—. Quiero ir a pasear un poco por la finca, ¿vale?

—Claro hija, voy contigo.

No entendí muy bien el gesto de sorpresa que puso mi abuelo.

—¿Por qué ha puesto esa cara el abuelo, mamá?

—¿Eh? ¡Ay!, hija, yo que sé, ya sabes cómo es tu abuelo... —carraspeó—. Le habrá sorprendido verte con tantas energías. Te vimos tan mal, Elisa... estuvimos muy preocupados.

No sé por qué mi madre no estudió Derecho, hubiera sido una buena abogada, sabía llevarte a su terreno. A pesar de que desvió mi pregunta con el mayor de los disimulos, supe que a mi abuelo le habían sorprendido mis ganas de pasear por la finca, por otro motivo. Sonreí y preferí no darle más importancia.

Estuvimos paseando mucho rato, y a medida que íbamos andando, era como si fuera recuperando las fuerzas. Cada vez me sentía mejor... ¡Me encantaba aquel lugar! Sí, sí, habéis oído bien, ¡me encantaba! Menudo golpe me debí llevar... y en la cabeza... no, si demasiado bien quedé...

La cena transcurrió igual de agradable que la comida. Ahora era la luz de los farolillos que había en las parras, la que le daba un ambiente más que perfecto a aquel rincón para cenar. Volví a caer rendida. Demasiado ajeteo para un cuerpo aún convaleciente. Subí a mi habitación, esta vez sin ayuda, y me tiré en la cama para descansar. Puse los brazos detrás de la cabeza y eché un vistazo al paisaje que me brindaba aquella ventana. No me importó que los primeros rayos de luz se clavaran en mi cara, dormí plácidamente hasta las doce de la mañana. Aquel día al despertarme sí que me sentía pletórica. Al incorporarme de la cama no sentí ningún tipo de mareo, ni cuando me duché, ni cuando bajé las escaleras. Le pedí a Rosa que me preparara un desayuno con fresas, café y unos huevos. ¡Estaba hambrienta! Recuerdo como lo devoré sentada en la terraza con un calor que ya empezaba a ser asfixiante. Vi a lo lejos como mi abuelo se acercaba con el todoterreno.

—¿Qué pequeña, cómo vas? —me gritó desde el coche.

Levanté el pulgar en señal de que estaba a las mil maravillas. Bajó del coche y se acercó a mí. ¿Si tenía pensado bajar, por qué me gritó desde el coche? Siempre hacía lo mismo. Me pareció gracioso y le sonreí.

—¿Te apetece bajar a las bodegas a dar un paseo?

—Abuelo, a pesar del golpe en la cabeza, sigo aborreciendo tu vino —le dije burlándome de él.

Su vino sí, pero no aquella bodega que extrañamente me atraía hacia ella.

El se rio de manera escandalosa, como hacía tiempo que no le veía reír

—Vaya, sí, veo que sigues siendo la misma —y me arrastró hacia él revolviéndome el pelo—, quiero que veas cómo está todo, se va acercando la vendimia y está todo espectacular.

—Abuelo... aún quedan tres meses para la vendimia... Pero esta bien, vamos.

Nos subimos al coche y nos fuimos despidiéndonos de Rosa que nos miraba desde la terraza. Estuvimos paseando por las viñas, mientras él, orgulloso, me iba comentando cómo iba a ser la cosecha de ese año. Agachado en una de las cepas había un trabajador mirando algo. Al vernos llegar se levantó para saludarnos. ¡Era Martín! Qué alegría me dio verle.

—Martín, hola —Y me fui corriendo hasta donde estaba para darle un abrazo.

Él se quedó un poco paralizado sin saber muy bien cómo reaccionar, pero también se alegró de verme. Me preguntó qué tal estaba y nos quedamos hablando un rato. Detrás estaba mi abuelo que sonreía orgulloso. Hasta mucho tiempo después, no me di cuenta de que la intención de mi abuelo al llevarme hasta allí era la de que viera a Martín para poder resucitar aquellos sentimientos que un día tuve por él. Pero su plan no funcionó, no sentía el más mínimo sentimiento romántico por aquel chico, simplemente estaba encantada de volverle a ver. Mi abuelo, que como siempre no daba puntada sin hilo, quería que olvidase mi pasado y que me centrara en Martín, el chico del que me alejó un día y al que quería volver a unirme, tiempo después. Para estrangularle, no me digáis...

Seguimos caminando los tres juntos por allí, mientras hablaban del trabajo que les venía por delante. Se nos estaba haciendo tarde y decidimos regresar para ir a comer. Mi abuelo invitó a Martín que aceptó encantado. Otra comida que me sentó de maravilla, no sé si sería por el ambiente de la finca o por los días que había estado en el hospital, pero lo cierto era que aquellos días estaba hambrienta.

Después de la comida fui a descansar un poco. No porque tuviera sueño, vamos a ver, si no porque la siesta es un buen hábito muy saludable que hay que mantener. Martín, empujado por la insistencia de mi abuelo, me invitó a ir al pueblo más cercano para dar un paseo y tomar algo después de que descansara un rato. Yo acepté gustosa de poder pasar una tarde con alguien de mi edad, ya que todos los que me rodeaban eran personas mayores.

Después de una larga siesta Martín vino a buscarme. Pasamos una tarde muy entretenida, riéndonos y burlándonos de mi abuelo. Hubo un momento en

el que Martín, mientras paseábamos, rozó mi mano con la clara intención de cogerla pero yo, con mucho disimulo, la separé sin que se sintiera ofendido. No quería que malinterpretase aquella salida, lo pasábamos muy bien juntos, sí, pero yo no albergaba ningún sentimiento hacia él. Ya no...

Al regresar, me dejó en la puerta de casa.

—Me lo he pasado muy bien, Elisa, se te echa de menos por aquí...

—Yo también lo he pasado bien y... si te soy sincera, estos días he reflexionado mucho sobre lo cómoda que me encuentro aquí.

Me miró sorprendido con la misma expresión que había puesto mi abuelo el día anterior. Se dio cuenta de que me quedé analizándole y rápidamente se despidió de mí.

—Descansa, Elisa, hasta mañana...

Y descansé... Vaya si descansé. No había día que no me levantara antes de las doce de la mañana y me daba algo de rabia para ser sinceros, porque las mañanas en la finca me encantaban. La luz de los primeros rayos vestían de manera especial aquel lugar, el olor de la hierba húmeda por el rocío, los pájaros con los primeros trinos, el fresco de las primeras horas de la mañana... Remoloneé un poco más en la cama, estirándome, mirando al techo por la ventana... hasta que decidí por fin levantarme y darme una ducha.

Aquella mañana, sin saber muy bien por qué, decidí arreglarme un poco. No sabía qué ponerme, nada de lo que tenía me apetecía. Hacía mucho que aquello no me pasaba, pero aquel día me pasó y deshice prácticamente todo el armario en busca de una camiseta que me sentara bien. Revolví y revolví el armario buscando la prenda perfecta para mi estado de ánimo. Revolví hasta que me encontré con una camiseta que no identificaba... La desdoblé para verla bien y me sorprendí al ver que era una camiseta de hombre... Sonreí un poco nerviosa al no saber qué hacía eso en mi armario y de pronto me acordé ¡Arturo! Inmediatamente me vino a la mente. Hasta ese momento no me había acordado de él y mucho menos de... de lo nuestro. El corazón se me aceleró, me puse nerviosa, olí la camiseta, olía a él. Me puse a dar brincos por toda la habitación, ahogando los gritos en su camiseta, no quería que me oyera nadie. ¡Por Dios! Cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que estuve con él, ya no lo recordaba. Intenté hacer memoria, pero el golpe en la cabeza había desdibujado aquel recuerdo.

Empecé a buscar el móvil como una loca, ¿dónde narices lo habría puesto? "Fue mamá quien me hizo la maleta para venirme a la finca, seguro que se lo dejó en casa", pensé enfadada. Bajé corriendo en busca de mi madre.

—Mamá ¿dónde narices me metiste el móvil?

Noté que se ponía nerviosa. Carraspeó y titubeó un poco.

—Porque me lo has traído, ¿verdad?

—Pero para qué lo quieres, hija, si así estás muy tranquila...

—Quiero hablar con... —joder, tenía la mente en blanco, ¿cómo se llamaba el tipo este cansino? Ah, sí, Pedro... ¡ji, ji, ji!—, con Pedro, Olivia... Me gustaría verles. Podríamos invitarles aquí como aquella vez...

Fue lo primero que se me ocurrió y por suerte creo que acerté, me pareció que aquellas palabras la tranquilizaron un poco.

—Déjase, mujer, si no se va a acordar del pin —dijo mi abuelo burlándose desde el otro lado de la oficina.

“¡Mierda, el pin!” pensé. Realmente no creía que me acordara, básicamente porque, salvo en contadas ocasiones, no lo ponía ya que nunca solía apagarlo.

—Lo tienes en el primer cajón del mueble de la sala. Pero no te enfades si no puedes encenderlo.

Salí corriendo dejando a mi madre con la palabra en la boca. Busqué y lo encontré inmediatamente. Subí a mi habitación. Lo puse a cargar mientras buscaba una libreta que tenía de hacía años donde solía apuntar cosas importantes, recordaba que allí tenía apuntado el pin. ¡Ahí estaba! Pensé en el tiempo que llevaba sin hablar con Arturo y lo que podría haber pensado al estar tanto tiempo incomunicada. ¿Estaría preocupado? ¿No estaría pensando en que le había abandonado, verdad? El corazón me iba a mil por hora. Encendí el móvil y tenía un montón de llamadas de Pedro, Olivia, Sonia, Raúl, Úrsula y también de teléfonos desconocidos. Miré tras la cantidad de WhatsApp que tenía sin abrir, alguno que fuera de Arturo. Al fin lo encontré pero ya lo había leído. Me extrañé.

WhatsApp X:

Cambio de planes. Voy a pasar la mañana en el archivo de Simancas, no creo que pase siquiera por el despacho.

Se me va hacer raro no verte en todo el día y mucho más no tenerte en mi cama.

Te quiero Srta Rivas.

Metí de nuevo mi cara en su camiseta y pegué un pequeño grito que quedó amortiguado por esta. Respiré profundamente su olor. No recordaba haber leído el mensaje. Miré la fecha y habían pasado cerca de quince días. Cielo santo, tanto tiempo sin saber de mí. ¿Qué estaría pensando?

Le llamé pero el teléfono estaba apagado. Me quedé un poco decepcionada. Mi primer impulso, después del intento de llamada a Arturo fue llamar a Pedro para que me pusiera al día de cómo estaban las cosas, pero decidí mirar primero los mensajes. Había un montón y supuse que ninguno se habría enterado de lo que me había pasado.

WhatsApp Úrsula:

Espero que todo salga bien. Te queremos

WhatsApp Sonia:

Seguro que pronto volveremos a estar juntos en las clases... Recupérate pronto. T.Q...

WhatsApp Olivia:

Por favor recupérate...

Y centenar de ellos así... No los miré todos. Estaba claro que se habían enterado, así que sin demorarlo más decidí llamar a Pedro.

—¡Dios mío, Eli! —fue lo primero que dijo—. No me lo puedo creer — me pareció que empezaba a llorar—. Lo último que supe de ti es que estabas en coma y ahora estás llamándome. ¿Cómo estás? Por favor, dime algo... No volvimos a tener noticias y... ya pensaba lo peor... —ahora sí lloraba—, Eli, no me lo podía creer, si no llegas a salir de... —Bueno, Pedro, por favor cálmate —interrumpí el bucle en el que se había metido con tanto lamento—, ¡qué intenso chico!

—Brrr, ¡ja, ja, ja! —ahora reía... ¿Joder, qué era todo aquello?—. No me lo puedo creer. Sigues igual.

—Desde luego, el que parece que ha cambiado has sido tú... No te recordaba tan... sentimental...

Se quedó un segundo en silencio, sospecho que secándose las lágrimas. Volvió a reírse.

—Bueno, hombre, respira... No sabía que me querías tanto, ¡ja, ja, ja!

—Y más Eli y más... Pensé que nunca podría volver a meterme contigo...

—Ay, Pedro, ¡de verdad! —me estaba poniendo nerviosa, quería información ya—. Pues ya ves que sí. Venga, anda tranquilízate, estoy bien.

—¿Pero dónde estás? ¿Sigues en el hospital? ¿Cuándo podemos ir a verte?

—No, no... Estoy en la finca de mi abuelo desde hace ya unos días. Estoy bien. Sin ninguna secuela... o eso creo porque sospechosamente me apetece estar aquí. ¡Ja, ja!... ¿Qué te parece?

—Pues que alguna secuela sí que te ha dejado el golpe, ¡je, je!... Oh

cuánto me alegro de verdad...

—Sí, sí, vale, vale... pero cuéntame, ¿qué tal todo? ¿Cómo supisteis que estaba ingresada?

—Fue de casualidad, nos encontramos a tu abuelo en la facultad, creo que mirando tus notas. Olivia enseguida se acercó a saludarle y fue cuando nos lo contó...

En ese momento sentí una especie de sensación de vacío... Los exámenes.. No recordaba haberlos hecho...

—Vaya, no me acordaba de los exámenes

Se produjo un silencio...

—Y ¿qué tal nos ha ido? —le pregunté un tanto extrañada de aquella situación que no recordaba.

—Bien, ya sabes todo aprobado... —le noté raro.

Tuve una sensación bastante desagradable y de repente me dejó de apetecer hablar con él. Estaba pasando algo raro... notaba que algo no marchaba como debería... Los exámenes.. ¡Joder, no recordaba nada de eso!

—Me están llamando para que baje a comer —me excusé—, más tarde te llamo. Y ya puedes decir a todos que estoy bien, que me tenéis colapsado el móvil —dije intentando bromear, a pesar de mis pocas ganas.

Me quedé un rato con el móvil en la mano, mirando a la nada... Los exámenes.. Intenté hacer un esfuerzo por recordarlos pero nada, fue inútil. Volví a mirar el último WhatsApp de Arturo para intentar situarme en el día, pero nada... mi mente estaba vacía. Busqué en mi memoria hasta llegar al último recuerdo pero lo único que conseguí fue un terrible dolor de cabeza. Tuve que desistir en el intento. Volví a llamar a Arturo... Apagado... "¡Jolín! ¿tanto tiempo apagado? Habrá ido al gimnasio y se le habrá acabado la batería... seguro que hasta que no llegue a casa no podrá cargarlo... Espera un momento... Su último WathsApp es del día antes del examen...¿Por qué narices no ha vuelto a llamarme?" Intenté concentrarme en el último recuerdo que tenía con él... Me acordaba de su casa en Cardaño, del viaje a Madrid, de cómo me tiró el mando de mi garaje mientras yo estaba tumbada en el sofá, de su boca en mi piel, de los desayunos que me preparaba, de su boca en mi piel.. .¡Ah, eso ya lo he dicho! Sonreí al darme cuenta de que estábamos viviendo juntos.. .¿Y qué hacía su camiseta en el armario de aquella habitación? ¿Habíamos ido a la bodega? No conseguía recordarlo.

Poco después vino mi madre a la habitación preocupada por si había descubierto algo en el móvil que pudiera alterar esa paz que llevaba días

reinando en mi interior. Al ver su cara asomando por el marco de la puerta, fingí estar como siempre para que no se preocupara, pero la sensación de malestar seguía en mi cuerpo.

—¿Qué tal estás hija? ¿Hablaste con Pedro? ¿Les invitaste a venir?

—Pues no, la verdad es que se asombró tanto de que estuviera bien y le llamara que no me dejó hablar, ¡ja, ja, ja!

—¿Y qué te contó?

Parecía preocupada. ¿A que venía tanta pregunta? ¿Acaso Pedro sabía algo que pudiera alterarme?

—Pues nada, no paraba de gritar y preguntarme qué tal estaba...

—Sí, fueron a verte un par de días al hospital, pero solo podía estar una persona contigo y, llámame egoísta si quieres hija, pero yo solo quería estar a tu lado. Les dije que, en caso de que evolucionaras bien, ya se lo informaríamos. Por lo visto fue tu abuelo quien les contó que estabas en el hospital, se los encontró en la facultad.

—¿Y qué hacía allí?

—Ya sabes cómo es. Quería tener todo listo para cuando despertaras, notas, matrícula para el próximo curso...

Forcé una sonrisa.

—¿Por qué no bajas un rato a que te dé el aire? Ya dentro de poco vamos a comer.

—Sí, ya bajo... Pero hoy no tengo hambre así que no me insistas para que coma ¿vale?

Torció el labio como disgustada con aquel comentario pero acto seguido me guiñó un ojo.

Poco después bajé a sentarme en la terraza, no me apetecía hacer nada más. Mi cabeza giraba sin parar en busca de recuerdos. A la hora de comer me senté con todos en la mesa. Me esforcé por comer para que no estuvieran encima de mí, pero una arcada en la tercera cucharada fue suficiente para que mi madre me diera permiso para dejar de comer.

—Hija, no comas si ves que te va a sentar mal.

—Estaba claro que esto iba a pasar, se ha atiborrado estos días y ya no puede meter más —sentenció mi abuelo—. Elisa tienes que ser más comedida en todo...

Sonreí a pesar de que le hubiera tirado a la cara la comida que retuve con mi última arcada.

Me quedé allí sentada bajo la atenta mirada de todos mientras comían.

Cuando poco a poco se fueron levantando, me vi con la libertad de poder subir a mi habitación. Estaba deseando mirar el móvil. Nada, ningún WhatsApp, ninguna llamada... Volví a llamarle y volví a encontrar el móvil apagado. Me estaba desesperando. Necesitaba hablar con él, tenerle cerca. Cogí de nuevo su camiseta y aspiré su olor. Arturo... Arturo... Volví a mirar todos los mensajes, esta vez desde el primero que tenía sin leer.

WhatsApp Olivia:

Eli, qué tal estás. Ya me dijo Pedro que te tuvo que llevar a casa. Vaya palo lo de Arturo, ¿verdad?

“¿Vaya palo lo de Arturo?” ¿A qué se refería? Intenté volver al día del examen, intenté recordarle entregándonos los exámenes y mandándonos callar... Nada, me venía el primer examen que hice con él..

Seguí leyendo.

WhatsApp Raúl:

¿Qué tal el examen? Tardaste en salir más de lo que yo pensaba... Creí que serías la primera .

WhatsApp Úrsula:

Gracias, Eli. Si no es porque me ayudaste ayer, creo que me hubiera salido fatal. No tendré mucha nota pero seguro que apruebo.

“Me ayudaste ayer” Intenté recordar y sí... SI, me acordaba de estar las dos solas en el departamento, no de mucho más.

WhatsApp Úrsula:

Salí de las últimas. Aquí ya no hay nadie, ¿os habéis ido a casa?

WhatsApp Olivia:

Yo sí, Ursulita, no sé si quedará alguien por ahí, yo salí poco después de Pedro.

WhatsApp Sonia:

Yo en casa también, Úrsula. Todavía estoy temblando. ¿Os habéis enterado ya de lo que le ha pasado a Losada? Madre mía, espero que no sea nada...

“¿Os habéis enterado de lo que le ha pasado a Losada?” El corazón me empezó a latir a mil.. Mi cabeza iba a mil revoluciones intentando recordar. Lo tenía cerca, sabía que pronto todo me vendría a la cabeza, sabía que quedaba poco para ver la luz y los nervios se apoderaron de mí. Las manos comenzaron a quedármeme heladas. Necesitaba que Pedro me sacara de allí. Le llamé.

—Pedro, por favor —le dije según descolgó el teléfono sin darle margen a preguntar—. Sácame de aquí. Haz lo que sea, invéntate cualquier cosa y ven a por mí.

—Vaya pues sí que te ha durado poco la secuela del golpe... Eli... ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí.. .estoy bien, es solo que necesito volver a casa y... no me van a dejar... Necesito una excusa. Necesito irme, Pedro, no aguanto más aquí.

De pronto, recordé la manía que le tenía a aquella bodega y no entendí muy bien por qué desde que regresé del hospital, estaba tan a gusto allí... Si explotaba aquel argumento Pedro me entendería y me sacaría de allí.

—Bueno, veré lo que puedo hacer.. .No me lo pones fácil, Eli, tu abuelo es un hueso duro de roer...

Después de colgar me quedé dando vueltas a todo, intentando recordar. Recordé la canción que me puso en el coche, la busqué y la puse. El corazón se aceleraba por momentos, unas ganas inmensas de llorar me invadieron de repente aunque logré controlarlas. Me visualicé mirando por la ventana de mi casa, con la luz de la tarde, recuerdo bailar y estar feliz. Eso era poco antes del examen... Estaba cerca. Volví a mirar su mensaje... Me llamó Pedro.

—Pregúntale a tu abuelo si puedo ir mañana, he pensado que podíamos llevarte unos días a Santander. De camping con tus amigos... ¿Qué mejor terapia para recuperarte?

—Sí, Pedro, me parece genial. Gracias, gracias amigo una vez más.

—Todo lo que haga falta por una muerta viviente —dijo riéndose.

Consiguió sacarme una sonrisa.

Bajé corriendo a buscar a mi madre.

—¡Mamá!, he hablado con Pedro y... me preguntaba si podría venir mañana...

—¿Sí? Pues me parece genial que pases el día con tu amigo...

—¿De verdad? —pregunté entusiasmada—. Pero... es que... creo que tiene un plan que me hace mucha ilusión, mamá...

—¡Uy!... a ver, cuéntame.

—Se van a ir de camping unos días a Santander y yo quiero ir, mamá, van a estar todos...

—No, hija, no te vamos a dejar sola, aún estás convaleciente.

—Por favor, mamá, ya estoy bien, lo has visto...

—No. No voy a discutir, Elisa, es muy pronto y te puede pasar algo.

Me hice la indignada, pero sabía que mi madre acabaría cediendo, la

conocía. El hueso duro era mi abuelo, él me daba más miedo.

Subí a la habitación haciéndome la enfadada y fui preparando todo con la esperanza de que aquello se resolviera de la mejor manera posible.

" ¿De qué hablaban las chicas en los WhatsApp? ¿Le pasó algo a Arturo? Por eso no me coge el teléfono... ¡Por favor, que no sea nada!" Mi cabeza no paraba de darle vuelta a esos mensajes, me preocupé pensando que pudiera haberle pasado algo...", pero... de ser así, fijo que me acordaría... No, debió tener un percance antes del examen y nada más... por eso no le recuerdo el día del examen...."

A la hora de cenar bajé para estar con todos. Seguía sin tener mucho hambre, pero hice el esfuerzo para que me vieran recuperada.

—Abuelo, ¿Te comentó mamá que mañana viene Pedro? ¿ Y sus intenciones?

—¡Ja, ja, ja! ¿sus intenciones? ¿ No vendrá a pedirme tu mano? Pues me parece un buen muchacho, además es un guapete de esos como los que salen en la tele...

—Abuelo...

—Sí, mujer sí y estoy con tu madre, es muy pronto.

No le di mucha importancia, comí con ansia para que me vieran animada, mientras les comentaba las tonterías que me había contado Pedro sobre todo lo que habían hecho esos días. Me mostré contenta y animada y vi que aquello parecía funcionar. Cuando terminamos de cenar, subí de nuevo a mi habitación y volví a envolverme en ese halo de tristeza que me rondaba por no saber que había pasado. Qué le había pasado a Arturo.

Aquella noche dormí como pude. Recuerdo como las pesadillas me despertaban cada poco y tenía que incorporarme bañada en un sudor frío, para darme cuenta de que eran sueños. No soñaba con nada en especial, solo aparecían imágenes de repente y aumentadas tanto que me asustaban, oía ruidos ensordecedores... Fue una de las noches más largas y terribles que jamás había vivido.

Por la mañana, cuando me desperté, lo primero que hice fue mirar el móvil. Quería saber si Arturo me había llamado o al menos había visto el mensaje que le envié. Nada. Me preocupé, me preocupé mucho. Lo que sí había era una llamada de Pedro y un mensaje.

WhatsApp Pedro:

Ya salgo para allí, espero no perderme. Cuando puedas mándame la dirección exacta.

Se la mandé. Hacía poco que me lo había mandado así que aún tardaría un poco en llegar. Hice de tripas corazón y olvidándome de la angustia que me asolaba, bajé con buen ánimo a desayunar. Rosa me preparó el café con unas frutas. Mi madre ya estaba en la oficina, al igual que todos que ya estaban trabajando. Me quedé en la terraza, esperando a que el coche de Pedro asomara por aquella arboleda.

Era cerca de la una cuando llegó. ¡Me alegré tanto de verle! Corrí hacia su coche y le di lo que quiso ser un abrazo entre la ventanilla. Aparcó bien el coche y vino hacia mí cogiéndome en volandas y abrazándome como si no hubiera un mañana. Fue la primera vez que noté su aprecio, su cariño sincero. ¡Qué guapo estaba! Que vamos a ver, Pedro siempre fue muy guapo, pero ese día le noté algo especial, parecía más hombre...

—Estás aquí, igual que el último día que te vi... —dijo—. Bueno, no, miento, estás mucho más guapa, pero eso no sé si decírtelo para que no te vengas arriba...

—De eso quiero hablar, Pedro, del último día que te vi... —le dije susurrándole en el oído y ninguneando el último comentario que me hizo para hacerme reír.

Noté en su cara cierto desagrado con lo que le dije y tuve la sensación de que Pedro tampoco quería que recordase. Me separé lentamente de él intentando adivinar qué escondían sus ojos.

Entramos en casa y saludó a Rosa que nos había preparado un agua con hielo y mucho limón. Estuvimos sentados un rato en el porche de la entrada hablando y esperando a que todos llegaran de trabajar. Yo estaba deseando sacar el tema, pero como Rosa andaba de aquí para allá con sus quehaceres, decidí esperar a encontrar un mejor momento y preguntarle, aunque antes debía tantearle primero a él también. Su reacción cuando le dije que quería hablar del último día que nos vimos me hizo sospechar que Pedro tampoco estaba muy dispuesto a colaborar con mi causa. Hablamos de Olivia, Raúl... del susto que se habían llevado...

—Pedro, ¿tú sabes cómo me di el golpe?

—No, no lo sé. —Era sincero.

—Pedro... Necesito recordar... —vale sí, la paciencia no ha sido nunca una de mis virtudes, no podía esperar más, necesitaba respuestas—. He estado mirando los mensajes y algo le ha pasa...

Me quedé inmóvil con la palabra en la boca. Recordé que Pedro no sabía de nuestra relación. Estaba acordándome de todo... ¡Solo era cuestión de

tiempo!

—¿Qué Eli? ¿Qué me ibas a decir?

—Que... —carraspeé— algo había pasado con el examen de Losada, ¿no?

No sabía muy bien lo que estaba diciendo, pero aquella pregunta me salió sin pensar...

Estaba recordando... Me empecé a poner pálida, lo noté. Era como si la sangre no me llegara a la cara. Las manos se me congelaron y, de repente, dejé de tener ganas de

hablar.

—Eli, ¿estás bien? ¿Te has puesto pálida?

—Sí, sí —disimulé—. ¿Sabes? Es muy raro tener una memoria a cachos, una memoria selectiva. Recuerdo perfectamente muchas cosas y sin embargo otras...se han esfumado, como por arte de magia...

Pedro me miraba serio... Noté su preocupación por mí y sentí que por un momento se ponía en mi pellejo.

—Pues me alegro que yo siga estando en tu mente... Seguro que fue aquel beso que te di, si ya sabía yo que te volvió loca...

¡Lo recordaba perfectamente!, recordé a Arturo enfadado conmigo, recordé que llegó tarde a casa. Arturo... Cuánto lo necesitaba... Me reí como una loca, no por recordar el beso sino porque le recordé a él enfadado conmigo y.. haciendo las paces después.

—¡Ja!, sí debió ser eso, si en el fondo te lo tendré que agradecer y todo...

—¿Lo recuerdas?

—Sí. Y recuerdo que me enfadé mucho —le dije mientras le tiraba de una oreja.

Se rio...

—Eli —se puso serio—, luego voy a hablar con tu madre y con tu abuelo a solas, ¿vale? Quiero que se queden tranquilos, quiero que entiendan que estarás bien con nosotros... pero eso tengo que hacerlo solo, necesito que te vayas unos minutos...

Sabía a qué se refería, sabía que el temor de mi familia era que él y mis amigos pudieran tratar algún tema que pudiera desequilibrarme. Asentí con la cabeza sin pedirle explicaciones, confiaba en su manera de hacer.

—¿Por qué quieres irte de aquí? ¿Acaso no estás cómoda en este lugar?

Le miré con cara de desesperación...

—Pedro, sabes que la bodega nunca me gustó. Las veces que vengo es por trabajo u obligación. Me siento enjaulada y necesito irme a casa...

—Pero a lo mejor, no te sienta bien volver.. ¿Y si hubiera algo que te perjudicase?

—¿En mi casa? No lo creo...

Sonrió con suficiencia para dejarme tranquila. No lo consiguió... Pedro sabía algo.

Poco a poco empezamos a ver el goteo de familiares que se iban acercando a la mesa donde Rosa ya había preparado la comida. Saludaron a Pedro, hablaron de forma amistosa un rato antes de comer y después nos sentamos para disfrutar de las delicias que Rosa había preparado. Parecía que todo podía ir bien.

Cuando ya estábamos todos en la mesa y llevábamos un rato comiendo, me levanté con la excusa de tener que ir al baño para dejar un rato solo a Pedro. No encontré mejor momento para que pudieran hablar, estaban todos y todos podrían escuchar sus argumentos. Confié en él.

Al regresar todos seguían charlando de cosas sin mucha trascendencia como si nada, animados y sin dar señales de haber tenido otra conversación de más importancia de la que estaban teniendo. Me decepcioné un poco y miré a Pedro interrogante suponiendo que no había tenido la oportunidad de hablar con ellos. Como esperaba, entendió aquella mirada sin necesidad de palabras y, como respuesta, colocó su mano sobre mi pierna para tranquilizarme, aquello me sobresaltó. Me vinieron a la mente, de manera inesperada, muchos momentos en los que Arturo y yo nos habíamos rozado escondidos de la mirada de muchos. El roce de su mano cuando estábamos cerca en la cafetería o en el ascensor, cuando entrábamos en clase o cuando me entregaba cualquier material... Le miré disimuladamente, él seguía charlando como si nada, no me miró pero mantuvo su mano en mi pierna sin ningún pudor. Le sentí muy seguro de sí mismo y aquello no solo me gustó inexplicablemente, sino que me ruborizó sin explicación aparente. Después de comer tuvimos un rato de sobremesa y Pedro, por fin, sacó la conversación.

—Bueno, no sé si ya les dijo Elisa que teníamos pensado ir todos los amigos a Santander... Vamos a estar todos los compañeros de clase para celebrar el fin de curso. No puede faltar.

Se hizo un silencio bastante incómodo.

—Pero es muy ponto, Pedro —dijo mi madre—. No sabemos si aún está recuperada del todo... ¿y si se pone mal de repente?

—Mamá... si no estuviera bien no me hubieran dado el alta en el hospital... —dije sin poder evitarlo aunque me había prometido no intervenir

en aquella conversación.

Noté como Pedro me apretaba el muslo y decidí no volver a decir nada.

—Bueno, en una urgencia, allí hay hospitales, no nos vamos al fin del mundo, y si ella se sintiera incómoda o quisiera volver, yo sería el primero en traerla. Hemos pasado todos unos momentos muy duros, pero en realidad ella ha sido quien más lo ha sufrido y yo creo que se merece un respiro, oxigenarse para empezar de nuevo con más energía.

Pedro era un genio, los tenía en el bote...

—Está bien... —dijo finalmente mi madre echando una mirada cómplice a mi abuelo—pero Elisa, si te encuentras mal por la más mínima cosa llámanos y dile a Pedro que te traiga, por favor.

—¡Ah! —dije saltando de alegría—. Claro mamá, pero estaré bien.

Empecé a saltar como hacía siempre y a dar besos a todo el mundo, fingía estar pletórica cuando, en realidad, lo que quería era salir de allí cuanto antes... Había recordado el examen de Arturo. Sentada, al lado de Pedro, y todos mirándonos boquiabiertos al ver entrar a otro profesor... El nudo en el estómago cada vez se hacía más fuerte.

Subí a hacer mi maleta y pensé en el día en el que mi madre fue a mi casa a hacérmela para salir del hospital e ir a la finca... Habría tenido que ver su ropa, su bolsa de aseo, su cepillo, la espuma de afeitar... Tardé muy poco en hacerla, básicamente porque la tenía hecha del día anterior y bajé enseguida, quería irme cuanto antes. Pedro la metió en su coche y, después de charlar otro rato que se me hizo eterno, nos despedimos de todos no sin antes, cómo no, escuchar centenares de recomendaciones:"come bien, ponte la gorra, échate crema, no te pongas mucho al sol, lleva sombrilla, llámanos si te encuentras mal, no te hagas la valiente y etc, etc, etc..." Yo asentía a todo de buena gana, con una sonrisa más falsa que una moneda de cinco euros... Nos metimos en el coche y nos fuimos. ¡Por fin!

—¿Hablaste con ellos cuando me fui?

—¡Ja, ja, ja! si hablé... Buena excusa para dejar la mesa... —siguió riéndose de mí—, pero vamos que debías tener un buen apretón, porque tardaste una barbaridad.

—Quería darte tiempo, no confiaba demasiado en tus artes oratorias —sonreí.

Me miró de reojo arqueando una ceja.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Eli? ¿No será mejor que descanses y te dejes de darle vueltas a la cabeza? A lo mejor todo te viene de forma natural...

—El médico le dijo a mi madre que probablemente perdería los recuerdos a corto plazo, a lo mejor podían volver, pero en la mayoría de los casos, esa etapa de la vida solía quedar vacía... ¿Qué triste, no?

—Bueno, al menos tu mente eligió una buena época para olvidar. Los exámenes no son precisamente divertidos como para tenerlos en la cabeza, tampoco te pierdes demasiado—dijo bromeando e intentando quitarle hierro al asunto— Además, todo el mundo pierde recuerdos, ¿te crees que dentro de unos años lo vas a recordar todo igual que ahora?

—Sí, tienes razón, pero....

Y me quedé callada. El motivo de querer recordar, no era acordarme de esa época, sino entender qué había pasado con Arturo y por qué no conseguía hablar con él. Aquel camino de vuelta a casa recordaba haberlo hecho con Arturo. ¡Habíamos estado en la finca no hacía mucho!, recordé su cara al encontrarnos con Martín y la tensión de su rostro cuando le saludé al sentir que entre los dos había pasado algo. ¡Recordaba... Recordaba!... Estábamos entrando en la ciudad, el trayecto se me había hecho muy corto gracias a un súbito agolpamiento de recuerdos.

—¿Te dejo en casa?

Dudé...

—¿Tú sabes qué le pasó a Losada? —acabé por preguntarle dándome igual lo que pudiera pensar de mí—. En el camino de vuelta me ha venido a la memoria su examen y que él, ese día no estaba en clase —le pregunté intentando mostrar una preocupación natural, sin demasiada implicación aunque estaba ansiosa, nerviosa por saber algo de una vez.

Pedro se quedó blanco, creo que tenía la esperanza de que olvidara aquel capítulo de mi vida. Aunque no entendí muy bien por qué, porque él nunca supo nada de mi relación con Arturo.

—Pues poco, la verdad —carraspeó—, nos dijeron que tuvo un “pequeño” accidente con el coche. Después ya no supe nada más, como el suyo fue el último examen no volví a la facultad salvo para mirar las notas... Nadie comentó nada más en los WhatsApp, ni por ningún lado.. No sé, Elisa... No te puedo ayudar más.

Lo de “pequeño” sobraba, sabía que lo hacía para no preocuparme, pero parecía sincero. Creo que él tampoco sabía demasiado.

—Déjame aquí, Pedro —dije de repente en voz tan alta que pareció un grito.

—¿Aquí?

—Sí, sí.. luego te llamo. Quiero dar una vuelta.

Puso mala cara, pero sabía que aquella era mi lucha y hasta que no venciera a los fantasmas que me perturbaban aquello no iba a parar.

—¿Quieres que te lleve la maleta a casa cuando vayas?

—No, no, si son cuatro cosas, ya la llevo yo, gracias Pedro.

—Por favor llámame con lo que sea. Si te encuentras mal, perdida... lo que sea...

—Sí, sí. Lo haré. Pareces mi madre. Tranquilo, estaré bien de verdad.

Bajé del coche y me quedé mirando al horizonte. Al fondo estaba el hospital donde todo había pasado, aunque en ese momento yo todavía no lo sabía. Fui a paso ligero motivada no sé muy bien por qué. Antes de llegar, en una calle próxima al hospital, vi mi coche. Me sobresalté. No recordaba haber ido hasta allí y mucho menos en coche. Dudé un poco que fuera el mío. Me acerqué más y no tuve duda de que sí lo era. Busqué las llaves en el bolso atropelladamente y lo abrí. Efectivamente, era mi coche.

Los latidos de mi corazón empezaron a acelerarse, estaba cerca, muy cerca de recordar y un escalofrío recorrió mi cuerpo desde las mismas entrañas. Dejé la maleta que llevaba en el maletero y me metí en el coche. Puse las manos en el volante intentando que me trajera algún recuerdo...pero nada. Nada de nada. Me quedé allí un rato, intentando ponerme en situación. No había manera de que me vinieran los recuerdos, así que decidí seguir mi camino al hospital. Una vez dentro examiné la entrada de arriba abajo buscando algo que me hiciera recordar. No sabía muy bien qué era lo que me había llevado hasta allí, pero sabía que era allí donde debía estar. Me quedé sentada en uno de los bancos de la entrada, mirándolo todo y esperando no sé muy bien qué. La gente entraba, salía... Y yo examinaba cualquier detalle, cualquier gesto de alguien que me pudiera hacer recordar.

Estaría cerca de una hora allí sentada pero no había manera, nada me recordaba a él. De pronto, apareció aquel ángel vestido de enfermera que me ayudó una vez a encontrar a Arturo y que ahora volvía a ayudarme de nuevo haciéndomelo recordar. Cuando la vi me levanté inmediatamente, ella no me vio, estaba trabajando y se la veía apurada. A partir de ese momento todo empezó a fluir como un torrente, cantidad de palabras, frases, actos, momentos, conversaciones, personas...Todo, todo iba cogiendo forma, todo se iba poniendo en su lugar. Tuve que sentarme para no caerme otra vez, recordé a Claudia, su hermana, recordé a Alfredo, recordé al médico dándonos la noticia y recordé aquel pitido. A partir de ahí, oscuridad.

Empecé a sentir unas ganas inmensas de llorar, unas ganas que no pude contener y que acabaron por descargar de mis ojos, y más bien diría yo de mi alma, lágrimas de desconsuelo. Salí a la entrada principal corriendo, intentando evitar que la gente que estaba dentro, me viera en aquel estado. Quería gritar, gritar hasta quedarme sin voz. Lloré, lloré mucho. No podía ser que Arturo estuviera así... No sé cuanto tiempo estuve así, llorando en aquellas escaleras ante la mirada de todos los que entraban por allí. Poco a poco las lágrimas se fueron secando hasta que llegó un momento en que no tuve más. Intenté recomponerme como pude a pesar de mis pocas ganas de vivir. Quise animarme, había pasado ya algún tiempo y a lo mejor ya se había recuperado. Respiré profundo y subí a la planta donde estaba la UCI. Nada más entrar en aquel pasillo pude ver a Claudia en el fondo. Me pareció ver que tenía mejor cara, a lo mejor todo estaba evolucionando bien, pensé. Sentí algo de alivio y me acerqué despacio, ella aún no me había visto. Cuando lo hizo, su rostro cambió por completo y pareció que estuviera viendo un fantasma. Se levantó rápido y vino hacia mí.

—¡Estás bien! —me dijo sorprendida—. Lo último que supe de ti es que estabas en coma. Cuéntame, ¿qué tal estás?

—¿Cómo está? —dije sin darme cuenta de que no había contestado a ninguna de sus preguntas—. Quiero verle por favor.

—Dentro de poco es la hora de visita, por eso estoy aquí, pero tranquila, voy a dejar que entres tú. Pero cuéntame ¿Qué tal te encuentras?

—No quiero hablar de mí, estoy bien. ¿Él? ¿Cómo está él?

—Muerto, Elisa, muerto. Hazte a la idea. Aunque el diagnóstico cambió a las pocas horas de tu accidente, su estado sigue siendo irreversible.

Aquellas palabras me dejaron sin respiración aunque me infundieron cierta esperanza.

—¿Cómo que cambió el diagnóstico?.

—A las pocas horas de ingresarte a ti, vino el médico de guardia a pedirme disculpas porque habían fallado en el diagnóstico.

Al decirme aquello creí resucitar, de nuevo latía mi corazón, pero poco tardó en apagarse de nuevo. Me comentó que, debido a la sedación y, bueno, a la inexperiencia el médico que le atendió en ese primer momento, se confundieron en los reflejos y el electroencefalograma... No había muerte cerebral. Me llevé las manos a la boca y empecé a gritar, a agitarme.

—No estaba muerto... ¿Ves? Había esperanza. ¡Hay esperanza! —Lloré de alegría.

—Elisa, no hay esperanza. Se encuentra en un coma irreversible.

No estaba muerto, eso era lo único que me importaba.

—¡No! A lo mejor todavía se puede hacer algo. ¿Hablaste con su médico?

—No me has escuchado, Elisa, no hay nada que se pueda hacer. No, no hablé con su médico. Sigue de viaje. Han estado manteniendo la vida de Arturo para que su médico pudiera verle, examinarle y darles su opinión, pero la cosa se ha alargado demasiado y ya no hay nada que hacer. Lleva más de quince días en la UCI y no hay esperanza de que mejore. Me han aconsejado que le desconecte. No hay nada que hacer, su coma es irreversible. Mañana me darán la autorización para la donación de órganos. Está muerto, Elisa, le mantienen solo por indicación expresa de su médico que hasta el último momento ha querido estar con Arturo, pero no ha podido ser. Hoy tenía que haber llegado, pero han retrasado su vuelo y no saben cuándo podrá llegar. A mí también me ha costado mucho hacerme a la idea y te entiendo perfectamente, pero este tiempo ya he podido ver las cosas con más perspectiva y... bueno, hay algo que debes saber, Elisa. Siéntate, tenemos que hablar.

Mis ojos se abrían como platos a pesar de lo cansados que estaban de tanto llorar.

—No, por favor, intenta alargar su situación hasta que venga su médico. Si ha insistido tanto en que no le retiren los ventiladores, será por algo... Por favor Claudia, intenta aguantarle un poco más así.

—Mañana firmaré la autorización, Elisa, ya no hay nada que hacer. ¿Tú crees que si existiera una mínima posibilidad lo iba a dudar? Aunque llegara a tiempo su médico, lo único que podrá hacer es confirmar su estado. Solo quiere verle, no se puede hacer nada más. Ya han alargado mucho tiempo el proceso y ...

—Nooo, no por favor... —volví a gritar desesperada.

—Familiares de Arturo Losada, pueden pasar a verle. Solo una persona, por favor.

Claudia me cedió su visita. Fui detrás de aquel enfermero que me dejó enfrente de él... de Arturo... Después de tanto tiempo de ausencia, después de tanto tiempo intentando recordarle, estaba ahí en frente de mí... casi muerto...

No, aquel no era Arturo... Entubado por todos los lados, la cara hinchada... inerte... No, aquel no era el hombre que me había conquistado, que había destapado mi lado más salvaje, que había escudriñado en el fondo

de mi corazón... No, aquel no era él. No era el mismo que abría ventanas en su tejado para estar más cerca de sus padres... Me acerqué temblorosa y le cogí la mano. Su piel seguía siendo la misma, a pesar de estar fría, sin apenas temperatura, su tacto era el mismo...

Le acaricié y le miré. "Qué tonta he sido... Sí, claro que eres tú, Arturo, mi vida...". Detrás de aquellos tubos y aquella cara hinchada estaba él, dormido, descansando. Sentí algo parecido a una paz interna dentro de aquel infierno. Estuve agarrada a él, hablándole, acariciándole la piel, hasta que caí rendida en sollozos y ¿por qué?. Ahora...en nuestro mejor momento...¿por qué?¿por qué? ¿por qué?

Lloré... lloré con él hasta que me tuve que ir. Entró aquel enfermero y poniéndome una mano en el hombro con la intención de suavizar las palabras que me tenía que decir, me rogó que saliera de la habitación. Le miré por última vez intentando no ver los tubos que le envolvían, imaginándole dormido... ¿Sería esa la última vez que le vería? ¡No! ¡No era posible, Arturo no podía acabar así! ¡Lo nuestro no podía acabarse ahí! Se deslizaron unas lágrimas por mi mejilla que apenas noté caer... Pronto, muy pronto volveríamos a estar juntos, en casa... como siempre... Cuando salí de la habitación vi a Claudia que seguía allí, esperándome.

—Claudia, por favor, espera a hablar con su médico —dije con el último aliento que me quedaba.

—Me están presionado, no sé cuando llegará y... tengo que hacerlo, Elisa. Además como te dije antes, hay una cosa que no sabes —y metió la mano en su bolso buscando algo. — Hará cosa de dos años y medio me entregó esto — Sacó una carta—. Me dijo que no lo abriera. Que sabría cuándo tendría que hacerlo... No volví a acordarme de esta carta hasta poco después de que pasara todo. Un día cuando vine a verle me acordé de ese momento, y en cuanto llegué a casa, la busqué desesperada y la leí. Entonces lo comprendí todo y supe lo que tenía que hacer. Toma, léela tú también. Lo entenderás todo, entenderás mi decisión...

Cogí aquella carta con las manos temblorosas. Cuando la desplegué, vi su letra en aquel papel y se me removieron las entrañas. Le imaginé escribiendo aquello como cuando me escribió aquella nota con una frase de nuestra canción y que me metió disimuladamente en el bolsillo trasero de mi pantalón. Las lágrimas apenas me dejaban leer.

“Querida hermana:

Sé que esto va a ser muy duro para ti. No conseguiste superar la muerte

de papá y mamá y el darte esta noticia ahora me hace sentir muy culpable. Por eso no quiero que la leas hasta que no sea estrictamente necesario.

Me han encontrado un tumor cerebral. No te asustes ni te lleses las manos a la cabeza. Tranquila, por favor.

Por el lugar en el que está es muy difícil intervenir, y por su forma y manera de crecer, parece que no es cancerígeno, aunque eso no se puede confirmar del todo, pero parece que no es malo, así que relájate, ¿vale?

Lo único que se puede hacer por el momento es esperar a ver cómo va evolucionando y dejar que sea lo suficientemente grande para poder intervenir sin dañar ninguna otra función.

Ahora bien y es aquí donde quiero que prestes atención. Pueden suceder tres cosas:

Una, que crezca lo suficiente para poder extirparlo sin problema y no haya ninguna secuela.

Dos, que crezca demasiado para que bloquee algún sistema y me impida llevar una vida con normalidad.

Y tres, que me provoque un ictus, un coma o incluso una muerte cerebral. Si fuera este el caso u otro en el que la calidad de vida se quedara reducida a estar entubado o postrado en una cama, en el momento que te propongan sedarme o desenchufarme, por favor, no lo dudes. HAZLO. Sin dudas, sin miedo, sin culpabilidad HAZLO POR FAVOR, HAZLO.

La muerte forma parte de la vida, no le des más vueltas. Es el último favor que te pido. Hazlo.

Te quiero Claudia.”

Me dejé caer derrotada en el asiento. Él lo sabía, lo sabía y no me dijo nada. Me quedé un rato en silencio, mirando la carta...

—Es su voluntad, Elisa... ya no hay nada que hacer. La opinión de los médicos es clara. Sin asistencia moriría. Su coma es irreversible... —me dijo con lágrimas en los ojos— ¿Tú crees que es fácil para mí ver a mi hermano así? No te puedes imaginar la sensación de culpabilidad que tengo, siempre pensaré y si... Pero la opinión de los médicos es firme. No hay nada que hacer.

—¡No! —dije gritando, estaba desesperada—. No lo hagas, no hasta que venga su médico, él lo conoce, conoce su caso mejor que nadie. Espera y después de hablar con él decide...

—Lo siento Elisa, mañana firmaré la autorización y a las doce... todo habrá acabado. Nos van a dejar estar con él hasta su último suspiro, así que ven si quieres acompañarle. Eso sí, te aviso de que puede ser desagradable.

Según me ha dicho el médico, probablemente cuando le retiren los ventiladores, su cuerpo haga algún aspaviento, incluso hay personas que llegan a incorporarse algo. Pero eso no quiere decir que esté vivo ni mucho menos, son actos reflejos. No quiero que pienses que se podía haber hecho algo, que seguía vivo. ¿De acuerdo?

—No —dije gritando—. No estoy de acuerdo. No pienso venir, ni verle así. No cuentes conmigo.

Estaba enfadada, enfadada con él, con ella, con el mundo... Imaginar aquella escena, me revolvía el estómago. Desde luego que no iba a verle así. No, ese no era el final de Arturo. Al menos no el que yo iba a ver.

—Por última vez, Claudia, por favor. Espera a su médico. Cuando te escribió esa carta no me conocía, quizá ahora hubiera pensado de otra manera...

—Elisa —me dijo mucho más seria que otras veces—. No es decisión mía el desconectarle, es algo que han decidido los médicos, varios médicos. Únicamente han alargado el momento por petición del especialista que le seguía, no porque hubiera alguna posibilidad. Lo siento, Elisa. Mañana a las doce todo habrá acabado.

Me costó tragar saliva, no podía respirar. Me senté de nuevo... Intenté asimilar las palabras de Claudia. Lo cierto es que lo último que yo quería era hacerla sentir culpable. Me acordé de la casa de Cardaño a la que nunca pudo volver por no haber superado la muerte de sus padres y ahora...su hermano, su hermano pequeño al que tanto quería y al que tanto había ayudado cuando estuvo mal... Sentí una inmensa pena por ella. Unas ganas irrefrenables de llorar se agolparon en mi alma. Me levanté y la abracé, la abracé por todo lo que me había contado Arturo y por lo que estábamos pasando juntas. Ella me devolvió el abrazo con la misma energía y nos fundimos en él un rato largo, desahogando nuestra pena, llorando sin prejuicios. Cuando nos calmamos la miré más serena.

—Arturo me habló mucho de ti. Te quería mucho y estaba muy agradecido por todo lo que hiciste por él cuando pasó lo de vuestros padres.

—Debió quererte mucho porque no era una persona que le gustase hablar de esos temas.. Además... con una alumna... —se rio, imaginándole—. Si no estuviera seguro de sus sentimientos jamás se hubiera arriesgado a estar con una alumna —volvió a reírse—. Te debió querer mucho.

Asentí con la cabeza.

—Y yo a él —volvió a inundarme la tristeza—, y yo a él le quiero. Adiós,

Claudia. No creo que volvamos a vernos. Lo siento, siento que todo esto haya acabado así. Lo siento.

Nos dimos otro abrazo, esta vez en silencio.

Y me fui. Sin mirar atrás e intentando olvidar la última imagen que tenía de Arturo.

Fui hasta mi coche, lo abrí y me senté en él. Apoyé la cabeza en el volante y volví a llorar. Un llanto apagado, sin fuerzas, un llanto que salía de las mismas entrañas. Estuve así un rato hasta que decidí recomponerme. Mire al frente. Hacía calor, mucho calor. Hasta ese momento no me había dado cuenta. Mis manos seguían frías. Las froté sin entender muy bien por qué no entraban en calor con el bochorno que hacía en la calle. Arranqué el coche sin saber muy bien a dónde ir. En ese momento me llamó Pedro. Mi héroe, mi amigo, mi salvador...

—Hola, Pedro —dije con un hilo de voz.

—Hola, Eli, ¿qué tal estás, dónde estás? Siento llamarte, pero es que me dejaste preocupado. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, Pedro, estoy bien, gracias. ¿Sabes que he encontrado mi coche aparcado cerca del hospital? Ahora me disponía a marchar.

—¿A dónde? ¿Quieres que vaya contigo?

Me quedé dudando...

—Sí, quiero que vengas conmigo.

—Todos están deseando verte, ¿por qué no quedamos?

Sonreí...

—Sí, me encantaría.

—¿Quedamos en tu casa?

—No, en mi casa, no. No quiero volver allí de momento.

Aquel apartamento estaba repleto de cosas de Arturo, no me veía con fuerzas para hacer frente a aquello y recogerlo para que no lo vieran.

—¿Qué tal si vienes a buscarme? No me veo con fuerzas para llevar el coche. ¿Puedes llevarlo tú y meterlo en mi garaje?.

—Por supuesto. Dime dónde estás.

Tardó poco más de media hora. En ese tiempo pude recomponerme, me quedé sentada en el asiento del conductor, mirando a la nada y sintiendo la nada más absoluta. Creo que fue uno de los momentos más tranquilos que tuve desde que pasó todo aquello. La sensación de vacío no me dejaba pensar, ni sentir... A lo lejos vi como se acercaba Pedro mirando de un lado para otro intentando encontrarme. Me bajé del coche y le saludé con las manos.

Enseguida me vio. En cuanto estuvo cerca me abrazó.

—Vaya, ¿va a ser la tónica de todos los días el abrazarme así? — me abrazó porque sabía que lo necesitaba. Yo me dejé hacer aunque fingí bromear de manera natural—. A ver si te vas a acostumbrar .

—Es que te he echado mucho de menos —me dijo serio, algo a lo que no me tenía muy acostumbrada .

—Pero si me acabas de ver hace poco, exagerado —le dije yo intentando bromear. No sé de dónde saqué las fuerzas.

Llevó el coche hasta mi garaje. No quise entrar, así que me bajé antes de que girase para coger la calle en la que lo tenía. Me quedé allí parada, cerca de mi portal, mirando aquella calle...tan llena de historia, de la suya propia y de la nuestra. Recordé el día que vino a desayunar conmigo, el día que me encontró con las bolsas intentando entrar en mi portal, el día que estuvo dos horas esperando a que le abriera la puerta... Me tuve que apoyar en la pared, sentí que me iba a desvanecer de nuevo. Enseguida vino Pedro, siempre en el momento adecuado.

—He quedado con todos para cenar en mi casa. Mis compañeros no vienen hasta finales de julio, así que tenemos toda la casa para nosotros ¡Fiesta! —dijo riéndose para animarme aunque sabía que yo no era capaz de sentirme contenta.

Le sonreí sin mucho ánimo. Fuimos paseando hasta Campo Grande, el pequeño pulmón que tiene Valladolid en pleno centro. Allí al menos se podía respirar algo. Nos sentamos a comer un helado mientras Pedro me comentaba de sus historias como hacía siempre. Me vinieron a la cabeza los primeros días en la universidad, cuando todavía no nos conocíamos todos... Pero un recuerdo iba asociado a otro y el primer día que vi a Arturo haciéndonos gestos con la mano para que entráramos en clase, con aquella sonrisa... se me borró de golpe la tímida sonrisa que me había producido mi primer recuerdo en la universidad.

Pedro enseguida se percató de mi melancolía.

—¿Qué pasa Eli? Te noto triste...

—Nada, Pedro, estaba acordándome de cuando nos conocimos, parece que haya pasado una eternidad, ¿verdad?

Afirmó con la cabeza. Él también parecía melancólico.

—¿Sigues con aquella chica?¿ Cómo se llamaba..? —Exageré mi olvido para hacerle rabiarse un poco.

—Vero, se llama Vero. Y sí, sigo con ella, aunque últimamente nos vemos

poco, no tengo muchas ganas de estar con ella, la verdad.

—¿Y por qué sigues con ella?

—Porque nos entendemos bien ya sabes... —Y me puso cara de guarro.

—¡Aj! Pedro, ¡siempre igual!

Pasamos lo que quedaba de tarde allí y después fuimos a un supermercado a hacer algo de compra para la cena.

—¿Sigues comiendo hierba como las vacas o con el golpe se te ha abierto el campo de mira? ¿Te hace una *pizza*?

Miré la *pizza* que me puso enfrente de las narices, arqueé una ceja y puse cara de asco.

—Pedro, yo como comida, no esas porquerías. Si no le tienes respeto a tu cuerpo y le quieres meter basura, allá tú —le dije metiéndome con él—. Si quieres *pizza* os la hago yo, pero una de verdad, con una buena masa, con su calabacín, tomate, pimientos...

Su cara fue un poema.

Intuía que Pedro, lo único que pretendía con todo aquello, era alejarme de lo que me atormentaba.

—Gracias, Pedro. Por todo lo que haces.

Me miró en silencio, queriéndome decir algo que no llegué a interpretar.

—Anda, déjate de chorradas y coge los ingredientes para esa deliciosa *pizza* que nos vas a hacer.

Llegamos a su casa. Era la primera vez que entraba allí. Era el típico piso de estudiantes, todo alborotado y algo oscuro. Tenía una pequeña entrada que daba paso a un pasillo gigantesco en el que había una habitación y un baño. Siguiendo y a mano izquierda estaba la cocina, pequeña, oscura y con un frigorífico dividido en cuatro. Dejamos la comida y seguimos hasta el salón que se encontraba al terminar el pasillo. Era poco más grande que la cocina y en él había tres puertas que daban a las tres habitaciones restantes.

Pedro empezó a organizar el salón y yo me metí en la cocina a preparar la *pizza*. Poco a poco fueron llegando todos. Abrazos, besos y alguna lágrima fluyeron sin ponerles freno. Les abracé a cada uno con el corazón, necesitaba sentir su compañía y no pude reprimir el llanto de la pena que albergaba dentro. Todos sabían que aquellas lágrimas no se debían a nuestro reencuentro, pero me respetaron no queriendo indagar más. Nos sentamos unos en el sofá y otros en el suelo, y me desahugué. Lloré hasta quedarme seca, desesperada. No podía seguir viviendo, necesitaba dejarme ir, que el viento me llevara con Arturo e iniciar juntos, de la mano, el camino de la muerte. Nadie preguntó,

nadie se extrañó de mis enajenaciones, simplemente callaron y me abrazaron. Todos juntos, con un dolor diferente, el de ellos por ver a una amiga en aquel estado, el mío por perder, en unas horas, al amor de mi vida.

Poco a poco me fui serenando, hasta que tuve el corazón tan seco que apenas podía latir. Intentaron animarme contándome sus andanzas de lo que llevaban de verano, se lo agradecí. La pena que envolvía mi alma se fue desdibujando a medida que hablaban y pude llegar a disfrutar un poco de aquellos momentos juntos, a pesar de que en cuanto mi mente empezaba a descansar y relajarse un poco, me daba continuas puñaladas la imagen de Arturo en aquella cama. Pasé aquel rato como pude, pero llegó un momento en que no podía más. Había llegado la hora de volver a casa, de reencontrarme con la esencia que él había dejado allí. Necesitaba volver y oler su ropa, llorarle una vez más. Necesitaba arrancarme esa pena como fuera. Pedro se ofreció a llevarme en su coche. Me despedí de todos. Seguramente no les vería hasta que empezara de nuevo el curso... El nuevo curso, en el que Arturo iba a impartir tres asignaturas... Arturo... Arturo...

—¿Estás segura de que no quieres que entre contigo? —me dijo Pedro en el portal de mi casa.

Asentí.

—Elisa, no me voy a asustar de lo que pueda ver... No tienes por qué preocuparte, no te voy a juzgar, ni a ...

Me dio la sensación de que sabía lo que había en mi casa, tuve casi la plena certeza de que Pedro sabía de mi relación con Arturo, pero nunca lo pude confirmar.

—Te lo agradezco Pedro, pero ahora solo quiero descansar.

Me dio un beso lento en la mejilla, demasiado cerca de mi boca.

—Llámame si me necesitas...

Abrí la puerta de casa. Oí risas, jadeos, el grifo de la ducha... Le pude ver sentado en la mesa del salón con su ordenador mirándome y regalándome aquella sonrisa.. "¿Un agua con limón? ¿Te apetece comer fuera?¿vas a venir a comer o comes en la cafetería?" Podía seguir escuchando su voz por todos los rincones. Seguía ahí... Fui a la habitación, abrí el armario y vi su ropa. No pude evitar la pena, las lágrimas no me dejaban apreciar el color de sus camisas. Cogí uno de sus trajes, el gris, el que mejor le sentaba, con el que todas le imaginábamos cuando hablábamos de él. Lo olí, sus corbatas... Todo tenía su olor, todo estaba lleno de vida. ¿Cómo era posible que estuviera a unas horas de dejar de existir?

Grité. Chillé hasta hacerme daño en la garganta, maldije al mundo, a la vida, me maldije a mí misma, me odié de forma enfermiza por no poder hacer nada. Después de mucho rato de ofuscación, me dejé caer en la cama con una de sus camisas en la mano y rendida, miré el techo. Empezaron a sucederse los recuerdos, pero esta vez de forma calmada, sin dolor. Le pude ver apoyado en su Audi Q6, esperando por mí. Le vi frente a aquella casa explicándome el dolor que sentía su hermana. Le pude sentir a mi lado enseñándome la ventana que había hecho en el techo para sentirse más cerca de sus padres cada vez que dormía allí. Pude notar sus manos en mi cuerpo acompañando las gotas de agua que caían de aquella ducha. Me llevé la camisa a la cara y descargué de nuevo la pena que me embargaba. Aquella noche fue sin duda la peor de toda mi vida. No dormí, y los recuerdos, imágenes y su propia voz envolvían aquel apartamento en el que tan feliz había sido.

Aún no había amanecido cuando decidí darme una última ducha allí. Preparé lo que sería mi último desayuno, hice la cama. Metí en una maleta pequeña la poca ropa que me cabía. Cogí mi ordenador, y al coger el cargador del móvil, vi la nota, la bibliografía y el boli que me dio. Estuve tentada de coger la nota y leerla de nuevo, pero desistí. El boli sí lo cogí y lo metí en el bolso. Cuando acabé de organizarlo todo, ya era de día y empezaba a notarse como el calor se iba colando por la casa. Bajé la persiana de mi habitación y me dirigí al salón. Abrí la ventana de par en par, para poder respirar el olor de aquella calle vetusta y llena de historia. Dejé que el aire fresco se llevara la esencia de todo lo que habíamos vivido allí. Eché un vistazo a la casa, recordé cada momento vivido juntos. Aquel también sería mi último día allí. Los dos dejaríamos aquella casa para siempre. Cerré la ventana y bajé la persiana. Miré por última vez aquel apartamento que había sido mi hogar y al que nunca más volvería a entrar. Allí dejaba mi vida, mi ropa, mis apuntes, sus recuerdos, su ropa y la esencia que no pudo arrastrar el aire fresco que entraba por la ventana. Allí dejaba nuestra vida juntos, allí moriría todo con el paso de los años.

Cogí el coche y me fui a la facultad. No aparqué muy cerca porque quería ir un rato andando. Y me planté de pie frente aquella facultad con la misma sensación de grandeza que hacía dos años. Respiré profundo intentando encontrar un recodo de paz en el que poder sustentarme. Subí las escaleras de la entrada principal intentando arañar cada una de las sensaciones que me produjo subirlas aquel primer día de clase. Una vez dentro, y como *flashazos* incontrolados, empezaron a bombardearme los recuerdos en la mente.

Recordé aquella primera sonrisa que nos dedicó como bienvenida a la clase y a ese nuevo curso. Recordé el traje que llevaba y cómo nos fascinó su forma de hablar. Recordé aquel primer encuentro en la cafetería y su "Srta Rivas se deja el boli ...muy bonito, por cierto". Sonreí sin darme cuenta... Recordé sus miradas en clase y pasillos antes de que pasara nada. Recordé cuando me entregó el libro para que hiciera fotocopias e Inma intentó quitármelo de las manos. Recordé su enfado con el resultado de mi primer examen y recordé como me dio unas hojas para que se las entregara esa misma tarde en su despacho. Una excusa tonta para que subiera a hablar con él. Recordé el primer encuentro... Un encuentro que me desconcertó demasiado. Recordé la primera sonrisa provocadora que le regalé en la cafetería motivada por aquella euforia que me habían producido sus palabras momentos antes. Recordé el primer día que vi a Claudia con él y mis celos al verle con esa mujer a la que yo no conocía. Estaban en el mismo lugar en el que yo estaba en ese momento. Recordé el primer beso en su despacho... Sus labios suaves y envolventes... Recordé aquellos miedos que le paralizaban, que le bloqueaban y que bombardeaban nuestra relación constantemente y recordé... Recordé aquella palabra ..."Egoísta" que pronunciaba una y otra vez... Y lo entendí todo. Entendí por qué se culpaba, por qué ese sentimiento de culpabilidad una y otra vez... Recordé de inmediato aquellas semanas en que intentó obviarme, en las que no tuvimos contacto, en las que creí morir por no estar a su lado. ¡ Ja, ja, ja! ¡caprichoso destino! Por no estar a su lado... Qué absurdo me parecía aquel pensamiento en ese momento. Recordé y entendí por fin esas semanas en las que él quiso alejarme de la situación en la que precisamente me encontraba en ese mismo momento.

Conocía su enfermedad y el desenlace que podría desencadenar... Aún así, luchó contra sus miedos e inseguridades para poder vivir aquel amor de manera intensa. Me quiso, me quiso como nunca lo hizo con otra mujer... Y me vino a la cabeza ese momento tumbados en la cama de su casa de Cardaño. Aquella frase que, ya en el mismo momento en que la pronunció, no me pasó inadvertida, aunque jamás podría haber imaginado a qué se refería. "*Te quiero a mi lado, srta Rivas, hasta el final.. Aunque suene egoísta..*"

Empecé a notar las manos frías y cómo el corazón se me aceleraba igual que cuando esperaba en el pasillo a que empezara su clase... Necesité aire y respiré lo más profundo que pude... Miré la hora... 11:59... En un minuto Arturo dejaría de tener oxígeno en sus pulmones... Respiré profundo de nuevo intentando coger aire para los dos... Cerré los ojos y rodaron lágrimas por mi

cara que no escondí... Miré de nuevo el reloj, las manos como témpanos de hielo y el corazón a punto de reventar... Pumpumpumpum... Pumpumpumpum... Las 12:00... Las doce... Las 12:00...

Todo se acabó. Allí, en el mismo lugar donde todo había empezado, se ponía fin a la historia que le había dado sentido a mi vida... Dejé de escuchar a la gente, tan solo pude percibir el sonido de la puerta del ascensor al abrirse. Me giré para ver por última vez su imagen, allí apoyado con su media sonrisa, esperando a que yo entrara... De pronto aquel pitido... Y la nada... La nada más oscura... e infinita...

FIN